SERIE PECADOS V

Rey de la ENVIDIA



ANA HUANG

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Nota de la autora

Playlist

Advertencia de contenido

1. Ayana

2. Ayana

3. Ayana

4. Vuk

5. Ayana / Vuk

6. Ayana

7. Vuk

8. Ayana

9. Vuk

10. Ayana

11. Vuk

12. Vuk

13. Ayana

14. Vuk

15. Vuk

16. Ayana

17. Vuk

18. Ayana

19. Vuk

20. Ayana

21. Vuk

22. Ayana

23. Vuk

24. Ayana

25. Vuk

26. Ayana

27. Vuk

28. Ayana

29. Vuk

30. Ayana

31. Vuk

32. Ayana / Vuk

33. Ayana / Vuk

34. Ayana

35. Ayana

36. Vuk

37. Ayana

38. Vuk

39. Vuk

40. Ayana

41. Vuk

42. Ayana

43. Vuk

44. Ayana

45. Vuk / Ayana

46. Vuk

47. Ayana

48. Vuk

49. Ayana

50. Vuk

51. Ayana

52. Vuk

53. Ayana

54. Vuk

55. Vuk / Ayana

Agradecimientos

Contacta con Ana Huang

Notas

Créditos

REY DE LA ENVIDIA
SERIE PECADOS



Ana Huang

Traducción de Mariona Gastó

CROSS BOOKS

A todas las lectoras a quienes les gusta que los personajes ficticios masculinos estén un poco trastornados. Este libro es para vosotras.

Nota de la autora

La escritura y pronunciación en serbio del apellido de Vuk es Marković.

Sin embargo, como él nunca llega a pronunciarlo en voz alta, aparecerá escrito como Markovic (sin el diacrítico en la letra C) a lo largo del libro, ya que los hispanoparlantes tienden a leerlo «a la castellana», cuya pronunciación difiere de la original.

Playlist

Moth to a Flame, Swedish House Mafia feat The Weeknd
Battle Scars, Lupe Fiasco *feat* Guy Sebastian
Fashion, Sandra Resendes
You Right, Doja Cat *feat* The Weeknd
Young and Beautiful, Lana Del Rey
Tearin' Up My Heart, *NSYNC
Baby (Acoustic), Clean Bandit *feat* Marina and Luis Fonsi
Obsessed, Zandros *feat* Limi
Who Do You Want, Ex Habit
I'm Yours, Isabel LaRosa
Lose Control, Teddy Swims
Believer, Imagine Dragons
Undiscovered, Laura Welsh
I Got You, Bebe Rexha
Way Down We Go, KALEO
Let the World Burn, Chris Grey

Advertencia de contenido

En esta obra aparece contenido sexual explícito, violencia gráfica, acoso, agresión sexual y otras cuestiones que pueden resultar delicadas para ciertos lectores.

1

Ayana



—Felicidades. La mitad de las personas que hay aquí quiere matarte y la otra mitad quiere ser tú —me dijo mi prometido rozándome la mejilla con los labios—. Eso sí que es todo un logro.

—No sé yo si debería enorgullecerme por eso —dije por lo bajo, sin separar apenas los labios. Seguí sonriendo con firmeza. La gente nos estaba mirando—. Sobre todo, por lo segundo.

—Cuando la lista de invitados es un quién es quién del mundo de la moda, sí —respondió—. Suscitar envidia entre una multitud como esta es un don. Aprovéchalo, MoDA.

Exhalé riendo.

—Estás más orgulloso de este título tú que yo.

«MoDA» era la abreviación de «Modelo del año». Me habían entregado ese prestigioso título hacía ocho meses y Jordan seguía sacándolo a colación a la mínima que podía.

—¿Qué quieres que diga? Demuestra que tengo buen ojo —contestó guiñándome uno—. Me acuerdo del momento en que Hank le dijo a todo el mundo que había encontrado «la cara del siglo» en una fiesta universitaria cualquiera en Washington D. C. Y mírate ahora.

Al oír aquella mención a mi agente, me tembló la sonrisa, pero me recompuse enseguida.

—Eso de «la cara del siglo» no sé yo, pero esto es muchísimo mejor que una casa de fraternidad llena de gente sudada, clarísimamente.

Le di un sorbo al champán y paseé la vista por el jardín exterior. Estábamos celebrando un cóctel de finales de verano (cuyos anfitriones éramos nosotros) para Jacob Ford, los icónicos grandes almacenes de lujo que fundó el abuelo de Jordan hacía más de cincuenta años.

Gracias a Jordan, pude dar el gran salto como modelo cuando me dio la oportunidad de ser la embajadora de la marca hacía cuatro años. La envergadura y el éxito de esa campaña, exclusivamente de esa, me abrieron más puertas que yendo de *casting* en *casting* y aceptando pequeños proyectos en dos años enteros. Les debía mi carrera tanto a él como a Jacob Ford.

Para la fiesta de hoy, Jordan había alquilado una preciosa azotea con jardín. Iban pasando camareros con bebidas, el sol brillaba y la mitad de los invitados nos estaban mirando mientras se cubrían la boca con las manos y susurraban (algunos con más discreción que otros). Jordan tenía razón. Los había que querían matarme; estaba segura.

El mundo de la moda era despiadado como el que más. Mi ascenso a la fama a lo largo de los últimos años y el hecho de que me prometiera con uno de los solteros más atractivos de Nueva York

no les había hecho demasiada gracia a muchas de mis compañeras. Amigos tenía pocos. Y amigos de verdad, menos todavía.

Las cosas eran así y punto. Sin embargo, a veces me lamentaba por la vida que habría tenido de no haberme convertido en una figura tan visible.

—Oh, oh... —Jordan entró en tensión—. Misil a la vista. Prepárate o te dejará hecha trizas.

Mi breve instante de melancolía estalló como si fuera una más de las burbujitas de la bebida. Seguí el consejo de Jordan y me preparé para el impacto, pero también esbocé otra prieta sonrisa.

Con la indomable Orla Ford no había que tomarse nada a risa. A pesar de que Jordan fuese el director ejecutivo de Jacob Ford, su abuela era la accionista principal y la matriarca familiar. Gobernaba el clan Ford desde su finca en Rhode Island y su capacidad de conseguir que la mitad de Manhattan acatase sus órdenes a más de trescientos veinte kilómetros de distancia eran un claro ejemplo del firme carácter que poseía.

—Vosotros dos sois los anfitriones de esta fiesta, ¿no? —preguntó mientras se nos acercaba.

La mujer de ochenta y cuatro años se había vestido de forma elegante con su traje de flores y su collar de autor de diamantes y esmeraldas; sin embargo, cuando una la tenía cerca, se podía apreciar que estaba agotada. Tenía las mejillas chupadas y le temblaban muy sutilmente las manos.

Aun así, ella seguía con la cabeza bien alta y orgullosa, y entrecerró los ojos mientras esperaba a que le respondiéramos.

—Sí, abuela —contestó Jordan, desprovisto ahora de liviandad alguna.

—¿Y por qué estáis aquí, en una esquina y de risitas como si fuerais un par de adolescentes en lugar de estar haciendo lo que

hacen los anfitriones? —señaló marcando bien la última palabra antes de chasquear la lengua—. Tenéis a Dante y a Vivian Russo aquí. A Stella Alonso. Id a hacer contactos. Ahora estáis prometidos; ya tendréis tiempo suficiente para hacer cosas de pareja luego.

Al oír el tono de voz con el que pronunció eso de «cosas de pareja», me subió el color a las mejillas. Jordan dejó su copa en una mesa que quedaba cerca y salió. Yo hice ademán de seguirlo, pero su abuela me colocó una mano en el brazo para detenerme.

—Tú no, cielo. Todavía no. —Me miró perspicaz de arriba abajo—. Estás divina.

—Gracias —contesté feliz.

Los cumplidos por parte de Orla eran más bien escasos. Yo nunca me tomaba su aprobación a la ligera.

Llevaba un minivestido de gasa de color amarillo azafrán de la colección de su propia marca. Me había alisado el pelo con la técnica *slik press*, de modo que las sueltas ondas de mi melena me caían en cascada por encima de los hombros, y aquellos tacones que desafiaban la mismísima gravedad hacían que le sacase cinco centímetros de más al metro ochenta y tres de Jordan. Eran descabelladamente caros, pero tan bonitos que no me había podido resistir.

Cada uno tiene sus perdiciones, y las mías eran los zapatos y los perfumes. También me gustaba hacer punto, pero me salía todo tan deformado que aún no le había hablado de ese *hobby* en concreto a nadie.

—Quería hablar contigo porque no solemos vernos mucho en persona —comentó Orla—. Ya sé que tú y Jordan lleváis bastante tiempo prometidos... Dieciséis meses, si no me equivoco. Pero... —Dudó un poco y exhaló sibilante.

Casi alargo la mano para asegurarme de que estaba bien, pero ella siguió al cabo de un segundo como si nada.

—No he tenido la oportunidad de darte la bienvenida a la familia como es debido. —Me agarró la mano entre las suyas—. Me pasé años pensando que Jordan no iba a encontrar jamás a la persona adecuada. Es el único nieto que tengo y estaba... preocupada. Cuando salía con alguien, solo duraban unas cuantas semanas. Me preocupaba que, cuando por fin fuera a llevarnos a alguien a casa, fuera a ser una cortesana que hubiese pillado por ahí. Me alegro muchísimo de que no fuera el caso y de que esté contigo. —Orla me acarició la mano—. Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien. —Sonaba sincera, aunque un poco triste.

Hice caso omiso del comentario ese de «una cortesana» (a fin de cuentas, la mujer tenía ochenta y pico años) y camuflé mi confusión con otra sonrisa.

Orla no era una persona sentimental y ya me había dado la bienvenida a la familia hacía más de un año, en la fiesta de compromiso. A lo mejor se le había olvidado...

—Muchísimas gracias, Orla. Ha sido usted encantadora conmigo desde que anunciamos el compromiso. Estoy, eh..., encantada de formar parte de su familia.

En el caso de que se diera cuenta de mi pequeño lapsus verbal, no hizo alusión alguna a ello.

—¿Cómo no, cielo? Tenía que decírtelo en persona. No podía confiar en que fuera a hacerlo mi hija. Lo único que se le da bien a ella es gastarse mi dinero e ir de ligue en ligue, cada cual más espantoso. —Desvió la vista hacia un lado—. Anda, mira, Buffy Darlington. Disculpa, tengo que ir a saludarla.

Orla me dio una última palmadita en la mano y se marchó.

Cuando se hubo ido, pestañeé. «¿Qué narices acaba de pasar?».

—Pareces traumatizada. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha echado la bronca porque con estos tacones estás más alta que yo? —Ahora que su abuela se había ido, Jordan volvió a aparecer a mi lado cual fantasma que se materializa de la nada. Él la adoraba, pero la mujer también lo tenía aterrado—. Ya sabes lo tiquismiquis que es con las apariencias. Que la mujer sea más alta que el hombre no queda bien y blablablá...

—A ver, cuando voy plana mido metro setenta y ocho, o sea, que estaría la cosa complicada —bromeé—. Pero no, no ha dicho nada de los tacones. —Le resumí la conversación por encima—. Ah, y no quiero alarmarte, pero... ¿está bien? La he visto un poco pálida y no paran de temblarle las manos.

Jordan arrugó la frente.

—Seguro que no es nada. Estuvo engripada la semana pasada y aún se está recuperando. Aunque, como era de esperar, insistió en coger un vuelo para asistir a la fiesta. Se apunta a lo que sea con tal de poder alardear de la empresa y de nuestro compromiso. —Se tragó el *whisky* escocés que tenía en la mano—. Hablando del tema: no te olvides de que hemos quedado con Vuk para cenar el viernes y comentar algunas cosas sobre la boda. He reservado mesa en ese nuevo bistró que han abierto en West Village.

El champán se me revolvió en el estómago.

Vuk Markovic y Jordan habían compartido habitación en la universidad y sería el padrino de boda de Jordan. No lo conocía demasiado bien, pero las pocas interacciones que habíamos compartido hasta la fecha no es que hubiesen sido las más agradables del mundo, que se diga. De hecho, estaba casi convencida de que el hombre me odiaba.

No tenía ni idea de por qué. Yo siempre me había mostrado cordial y amable con él y jamás había prestado atención alguna a los

rumores que corrían por ahí acerca de que ese poderoso director ejecutivo tal vez estuviese involucrado en negocios bastante más turbios que el hecho de dirigir la destilería más importante del mundo.

Jordan era uno de los mejores hombres que conocía. Conectamos cuando yo estuve trabajando en la campaña de Jacob Ford y llevábamos siendo amigos desde entonces. No le pediría que fuese su padrino a alguien que no fuera de confiar. ¿No?

—El viernes en West Village. Apuntado —respondí—. Me sorprende bastante que no haya venido hoy.

—¿En serio? —Jordan parecía escéptico—. Vuk odia las fiestas. Estoy seguro de que cree que el séptimo círculo del infierno es una gala de etiqueta con música en directo.

Reí.

—No sé. Este año ha ido a muchos más eventos. Hasta lo mencionaron en *Mode de Vie*, en el perfil que le hicieron el mes pasado.

—Cierto, pero dudo que vaya a convertirse en una costumbre. Vuk hace lo estrictamente necesario para los negocios y punto. Una fiesta de cócteles en una azotea con jardín no entra dentro de ese abanico de circunstancias. —Jordan soltó un taco—: Mierda. Mi abuela ya vuelve a asesinarme con la mirada. Voy a buscar a alguien «importante» con quien hablar antes de que me apuñale con un picahielo. Me da a mí que no podremos volver a estar juntos en lo que queda de fiesta, no vaya a ser que nos acuse de no estar haciendo bien de anfitriones.

—Pues sí... —Nos dimos la mano solemnemente y arrugamos la boca en un intento por contener la risa—. Buena suerte, soldado —le dije—. Nos vemos en el otro lado.

Jordan respondió mediante un escueto saludo militar con solo dos dedos. Desapareció entre la multitud y yo le di un último sorbo a la bebida antes de acercarme a Stella Alonso y su marido.

De camino, pasé por el lado de Orla y las palabras que me había dicho antes me retumbaron por la mente: «Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien».

Agradecía mucho que se sintiera de esta forma, de verdad. Mucha gente le tenía miedo a esta mujer (y es que podía darlo); en privado, en cambio, era una persona mucho más cálida de lo que los demás la creían capaz.

Le devolví la sonrisa e ignoré la pizca de culpabilidad que sentí momentáneamente en el estómago.

Tener el beneplácito de Orla era un logro inmenso, pero me daba la impresión de que su bondad se reduciría al mínimo si descubriese la verdad: que mi compromiso con su nieto no era más que una farsa tan grande como una catedral.

2

Ayana



Ese viernes, tal y como le había prometido, me personé en el bistró donde Jordan había reservado mesa. La comida estaba riquísima pero, por desgracia, cuando la persona que tienes sentada delante te odia, disfrutar de la cena resulta complicado, por más que estés en un restaurante con estrella Michelin.

No lo dijo, claro, pero yo *notaba* que todo él emanaba animosidad por los poros. Y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no estremecerme ante su furiosa mirada.

Le di un sorbo al agua e intenté evitar el contacto visual con él mientras, a mi lado, Jordan iba hablando sobre no sé qué de la boda.

—Ya tenemos confirmado el castillo en Irlanda, cortesía de los Katrakis —comentó sin percatarse de la sofocante tensión que se cernía sobre la mesa—. Setecientos invitados. Cinco días en el

campo. Y, después, la ceremonia etíope en Estados Unidos. Será el bodorrio del año; estamos entusiasmados. ¿Verdad que sí, cielo?

—Entusiasmadísimos. —Sonreí.

Con solo imaginarme que tendría que pasar una semana entera con setecientas personas a quienes a duras penas conocía, me entraban ganas de hacerme un ovillo, esconderme en alguna parte y morirme. Y eso sin contar los cientos de asistentes a quienes mis padres iban a invitar al convite que *ellos* me habían organizado en Washington D. C.

Aun así, yo tenía que hacer de prometida enamorada. Formaba parte de nuestro acuerdo. Jordan tenía que casarse con alguien para asegurarse de que iba a recibir la herencia, y yo necesitaba el dinero para poder deshacerme del contrato que había firmado de joven con tal de ayudar a mi familia y sin ser consciente de que dicho contrato me robaría hasta el alma.

Cinco millones de dólares por adelantado para cinco años de mi vida, además de otros cinco millones más cuando Jordan consiguiera la herencia. El acuerdo nos beneficiaba a los dos.

Teniendo esto en cuenta, ¿a qué venía esa incomodidad cada vez que pensaba en la ceremonia?

—Casi todos los invitados han confirmado asistencia —anunció Jordan por encima del ruido del restaurante—. Que, por cierto: gracias por haberte ocupado de organizar la despedida de soltero. Ya sé que... no te apasionan las fiestas.

Silencio.

Siempre había silencio.

Al final auné la valentía necesaria para desviar la vista hacia el otro lado de la mesa, donde el padrino de Jordan se erguía cual montaña inamovible de puro músculo y cicatrices.

Vuk Markovic.

Director ejecutivo de Fincas Markovic, presidente del comité de gestión del Club Valhalla y, seguramente, la persona más intimidante que había conocido en toda mi vida.

Con su metro noventa y ocho, era mucho más alto que yo incluso estando sentados. La expresión seria de sus labios y aquella despiadada cicatriz que le partía la cara en dos (de no ser por dicha cicatriz, su belleza sería apabullante) le daban un aire de peligro sigiloso; no obstante, lo que hacía que a mí se me pusiera la piel de gallina eran sus ojos.

Fríos. Imperturbables. De un azul tan claro que parecían hasta blancos.

Cruzamos la mirada un segundo antes de que Vuk desviara la vista hacia Jordan otra vez y respondiera con unos bruscos movimientos con la mano.

Aprendí lenguaje de signos en el instituto, después de que mi tía perdiera la audición, así que entendía a Vuk perfectamente.

—Soy tu padrino. Es mi trabajo.

No era la respuesta más alegre del mundo, pero es que me resultaba imposible imaginarme a Vuk expresando entusiasmo alguno por nada. El hombre era como un cubito de hielo.

—Ya lo sé, pero bueno... —dijo Jordan—. Te lo agradezco. Te lo agradecemos los dos.

Me apretó la mano con ternura por encima de la mesa y yo volví a sonreír falsamente.

Aquí no había nada que ver. Dos personas más a punto de casarse y que estaban perdidamente enamorados el uno del otro. Evidentemente.

A Vuk le latió un músculo en la mandíbula.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y yo tuve que enfrentarme a otro escalofrío.

Ni Jordan ni yo le habíamos contado a nadie lo de nuestro acuerdo. Era demasiado arriesgado. Había millones de dólares en juego, literalmente, y el destino de estos dependía de lo bien que supiéramos vender nuestra relación. Por más que yo detestara esconderle secretos a mi familia, *necesitaba* ese dinero.

Sin embargo, en ocasiones, Vuk nos miraba, me miraba, como si...

El estridente sonido de una llamada entrante me sacó de mis cavilaciones.

Jordan hizo una mueca.

—Disculpad, tengo que cogerlo. —Apartó la mano de la mía y se levantó—. Enseguida vuelvo. Si viene el camarero, yo no quiero postre, ¿vale, cielo?

—*Sip*. Perfecto. —Ojalá mi respuesta hubiese sonado natural y para nada forzada.

A pesar de que cuando hablábamos entre nosotros la conversación fluía fácilmente, la necesidad que teníamos por convencer al mundo de que éramos una pareja feliz nos creaba cierta tensión siempre que interactuábamos delante de los demás.

Cuando Jordan se hubo ido, Vuk y yo volvimos a sumirnos en el silencio.

—Bueno —tercié alegre deseando, no por vez primera, que Jordan hubiese elegido a un padrino menos aterrador—. ¿Qué tienes pensado para la despedida de soltero? ¿Póquer? ¿Estriptis? Sé sincero, que no me ofenderé.

No quería hablar de la boda, pero dudaba que tuviéramos nada más en común.

Vuk me miró con frialdad. Estaba sujetando la copa con una mano y tenía la otra apoyada encima de la mesa. Este hombre no había entablado ni una sola conversación conmigo desde que nos

conocimos hacía más de un año. Y yo dudaba que esto fuera a cambiar hoy.

«Bueno, pues vale». Supongo que Vuk tampoco quería hablar de la boda.

Contuve las ganas de suspirar, me llevé algo de ensalada a la boca y la mastiqué con poco entusiasmo.

Acababa de obligarme a tragar la comida cuando una familia de tres pasó por nuestro lado. La hija, que debería de tener unos siete u ocho años, se detuvo y miró a Vuk boquiabierta.

—Mamá, papá, miradle la cara —dijo susurrando, aunque, como estaba a menos de treinta centímetros, la oímos a la perfección—. ¿Qué le ha pasado?

—No te quedes mirando —la reprendió su padre—. Es de mala educación.

—Pero ¡mira qué cicatrices! Son asquerosas —dijo la niña marcando bien esa última palabra.

—¡Emily! —La madre fulminó a su hija antes de mirarnos avergonzada—. Lo siento mucho. Es... —La estrepitosa risa proveniente de una mesa de al lado ahogó el resto de la disculpa de la mujer.

Esta misma colocó una mano sobre el hombro de su hija y se apresuraron a salir del restaurante. El padre las siguió por detrás, asegurándose de no mirar a Vuk.

Noté el frío metal del tenedor en la palma de la mano. No me había dado cuenta de lo fuerte que estaba agarrando el utensilio, así que me vi obligada a relajar un poco el puño.

Vuk, en cambio, no se había movido ni un ápice. De no ser por cómo apretaba los labios, de forma prácticamente imperceptible, habría pensado que no había ni oído a la niña.

¿Debería ocurrirle a menudo, que la gente se lo quedase mirando y susurrase abiertamente, como para que se mostrara tan impasible?

El enfado que había sentido yo antes fue cediendo hasta convertirse en compasión. Como no sabía si debía mencionar algo de lo ocurrido, dejé que el silencio siguiese abriéndose paso entre nosotros mientras valoraba qué decir a continuación.

Además de la cicatriz en la cara, Vuk también tenía marcas de distintas quemaduras en el cuello. Se le apreciaban por debajo del cuello de la camisa y, a pesar de que no eran extremadamente visibles, sobresalían lo suficiente como para que una persona de a pie se detuviera a mirarlas.

De todos modos, aquella niñita se había equivocado. No eran asquerosas; simplemente eran una parte de Vuk. Había quien tenía pecas o lunares; él tenía cicatrices.

Vuk apretó aún más los labios y, con unos movimientos lo suficientemente bruscos como para derrumbar cualquier cosa, signó:

—Si tanto te molesta mi físico, podemos terminar la cena antes. No querría que perdieras el apetito.

Me ruboricé en el acto. Me mortificó que me pillara mirándolo (que era justamente lo que acababa de suceder con aquella niña pequeña), pero la suposición que acababa de hacer sobre mi persona me irritó.

¿En serio me veía tan maleducada y superficial como para que lo juzgara descaradamente por su apariencia mientras cenábamos?

—No estaba mirándote por tu físico —le conté—. Estás sentado delante de mí. Es normal que te mire. Ni siquiera estaba pensando en ti —añadí haciendo especial énfasis en el verbo.

Lo cual era una mentira como una catedral, pero no iba contarle lo que pensaba realmente. Me daba la impresión de que, si algo

detestaba Vuk más que la mala educación, era que lo compadecieran.

Arqueó muy sutilmente una ceja.

—Va en serio. —Levanté la barbilla—. Estaba pensando en... Irlanda. Y en que tengo muchas ganas de ir allí.

No parecía impresionado en absoluto.

—*Ya has estado ahí antes.*

Ahora, quien arqueó las cejas fui yo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Me pasé un verano estudiando en Dublín, antes de que me reclutaran y dejara Howard para dedicarme a mi carrera como modelo a tiempo completo. No era ningún secreto, pero tampoco es que fuera *voxpopuli*.

Tras una breve pausa, Vuk respondió:

—*Me lo comentó Jordan.*

Arrugué la frente. No recordaba haberle contado nada de Dublín a Jordan, pero igual me equivocaba. El último año y medio había sido semejante locura que a duras penas me acordaba de cómo fue mi vida antes de aceptar la propuesta de Jordan para que nos casáramos por conveniencia.

El compromiso estaba durando mucho, pero iba a casarme con el heredero de Jacob Ford. La gente esperaba una boda fastuosa y este tipo de celebraciones no se organizan de la noche a la mañana.

La ceremonia estaba prevista para febrero; aún faltaban seis meses. Pasada esa fecha, yo recibiría mis primeros cinco millones de dólares y por fin podría irme de la agencia con la que trabajaba.

Bastante me habían arrebatado ya, y no me refiero solo a mi dinero: también me habían robado el alma. Como perdiera alguna otra parte de mí, no me quedaría nada.

—¿Vendrás acompañado a la boda? —le pregunté a Vuk.

A pesar de lo pública que era su figura como director ejecutivo de gran envergadura, era una persona reservada como la que más.

Sabía que Vuk había nacido en Serbia y que su familia vino a Estados Unidos cuando él tenía diez años. Estudió Ingeniería química en la universidad, donde conoció a Jordan, con quien compartió habitación durante los dos últimos años de carrera.

Había quien le llamaba El Serbio porque, según comentaban, detestaba que lo llamasen por su nombre de pila; aun así, a mí me daba la impresión de que no era más que un rumor. Jordan siempre lo llamaba Vuk y él nunca había dicho nada al respecto.

Eso era todo cuanto sabía yo de él.

En internet no había absolutamente nada acerca de la vida personal de Vuk y yo sentía una extraña curiosidad acerca de su vida amorosa.

No lo había visto nunca de cita, pero era un hombre rico, soltero y con poder: tenía la santa trinidad en sus manos, según dirían la mitad de las mujeres de Manhattan. Seguro segurísimo que quedaba con alguien, aunque fuese sin compromiso.

Una emoción que no supe identificar le atravesó el rostro y contestó:

—*Puede.*

—Esto apenas cuenta como respuesta.

—*Si tuviera otra, ya te la habría dado.*

Lo fulminé con la mirada.

—¿Te pone ir de duro o es que te sale de forma natural?

—*Ambas.*

Me sentía tan frustrada que se me escapó un sutil gruñido.

A Vuk se le encorvaron los labios. Si le hubiese ocurrido a cualquier otra persona, habría pensado que acababa de sonreír, pero la simple idea de que Vuk Markovic sonriera resultaba tan

descabellada que estaba convencida de que había sido fruto de mi imaginación.

—Me...

Una ráfaga de aire interrumpió mi respuesta, que de buen seguro habría sido ingeniosa como la que más.

—Disculpad —dijo Jordan, que parecía que se hubiese quedado sin aliento, mientras volvía a sentarse en su silla. Me había centrado tanto en aquella conversación con Vuk que ni siquiera había notado que se nos acercaba—. No pensaba que la llamada fuese a durar tanto.

—¿Va todo bien? —me interesé.

Jordan arrugó la frente y vi que tenía el pelo enmarañado. Antes lo llevaba bien peinado, de modo que intuí que se lo habría estado toqueteando con la mano.

—No del todo... —dijo tenso—. Es mi abuela. Tenías razón. No va... demasiado bien. Tengo que ir mañana a verla a Rhode Island.

Tras la fiesta del martes, Orla había regresado a la finca que tenía en Newport.

—¿Qué quieres decir con que no va demasiado bien? —pregunté preocupada.

—No lo tengo muy claro. Su criada solo me ha dicho que debería ir a verla lo antes posible.

La cosa no pintaba bien.

Me mordí el labio inferior. Yo no mantenía una relación estrecha con la familia de Jordan, pero tampoco es que quisiera que le pasara nada a su abuela.

Si nos habíamos comprometido, había sido por esa mujer. Orla ya se había cansado de esperar a que su único nieto sentara la cabeza, así que el año pasado le dio un ultimátum a Jordan: o se casaba en

los próximos veinticuatro meses y *permanecía* casado, por lo menos, cinco años, o destinaría toda la fortuna familiar a obras benéficas.

Toda: los ciento veinte millones de dólares enteritos.

No hace falta ni decir que Jordan vino a mí unos días más tarde con la propuesta que ya conocéis. Yo acepté y aquí estamos.

—*Tengo que ir mañana a verla a Rhode Island.*

De repente, asimilé lo que significaban sus palabras.

—Si tienes que irte mañana...

—No podré acompañarte a la cata de tartas —dijo con tono de disculpa—. Lo siento muchísimo. Sé que te costó muchísimo que nos dieran cita.

Mañana teníamos que volar a California para encontrarnos con Sammy Yu, cuyas tartas nupciales se habían convertido en un distintivo de clase social para los entendidos en la materia. Novias de todo el país esperaban meses y meses para conseguir cita y probar tartas. Había parejas que reservaban un viaje entero a San Francisco solo para poder reunirse con él.

—No, tranquilo. —Sacudí la cabeza—. Pediremos que nos la cambie de día. Tu familia va primero.

—Dudo que pueda darnos otra cita para antes de la boda. Bastante justos vamos ya y, como no sirvamos una tarta de Sammy Yu en el convite, mi madre se pondrá hecha una fiera. —Jordan se frotó la cara con la mano—. Lo peor es que quiere pillar el *jet* para ir a Rhode Island, o sea, que no podrás utilizarlo para viajar a California. Y no quiero que tengas que hacer la cata sola. No sé si... —Desvió la vista hacia el otro lado de la mesa.

De repente, el terror se apoderó de mí. «No».

—Vuk, sé que lo que te voy a pedir es pasarse ya, pero ¿te importaría llevar mañana a Ayana a San Francisco? —le preguntó

Jordan con cierto tono de súplica en la voz—. Tienes el *jet* en Nueva York, ¿no? Es solo el fin de semana. Te devolveré el favor.

Eché mano de todas mis fuerzas para volver a mirar a Vuk.

Aquella pizca de calidez que tal vez se le hubiese apreciado antes en el rostro había desaparecido. Ahora, Vuk parecía una estatua de piedra. Tenía la boca cerrada en una fina línea recta y se quedó mirando a Jordan como si este le hubiese pedido que se arrancara la piel y la convirtiera en una alfombra sobre la cual pudiese desfilar yo.

Vale, au. Sabía que no le caía bien, pero tampoco tenía que aterrarse de esa forma con solo imaginarse teniendo que viajar conmigo.

—Por favor. No confío en nadie más para que vaya con Ayana y ya sabes cómo es mi madre —señaló Jordan—. Como no consigamos esa maldita tarta, me lo repetirá hasta el fin de sus días.

Sin mirarme siquiera, Vuk signó:

—*Que coja el* jet*. No hace falta que la acompañe yo.*

Se me erizó la piel. A pesar de que le agradecía la oferta (más o menos), no me gustaba nada que hablase así de mí, como si yo ni siquiera estuviese presente.

—No necesito ningún *jet* —tercié—. Puedo comprar un billete e ir en un avión comercial como cualquier otra persona.

—Es demasiado lío —argumentó Jordan—. El lunes por la mañana tienes que estar aquí y, con los fallos informáticos que ha habido últimamente, se han cancelado un montón de vuelos. —Volvió a dirigirse a Vuk—: Dos días. Ya está. Sabes lo que me gusta de comer y lo que no, o sea, que puedes reemplazarme sin problemas en la cata y así Ayana no tendrá que volar sola.

Hice una mueca. Que volar me daba ansiedad no era ningún secreto; sin embargo, me pareció un detalle muy íntimo que

tampoco había que compartir con Vuk.

Absolutamente todo me parecía demasiado íntimo como para compartirlo con él.

Arrugó la frente a más no poder. Si antes se había mostrado molesto, ahora ya estaba irritado como el que más.

En parte, esperaba que fuera a decir que no. Vale, volar en privado me resultaba muchísimo más llamativo que tener que tomarme un Valium antes de subirme a un avión atiborrado de gente, pero es que Vuk y yo nunca habíamos estado los dos a solas.

Incluso ahora, rodeados de decenas de comensales en uno de los restaurantes más de moda de la ciudad, este hombre conseguía hacerse con todo el oxígeno del local. Su presencia era como un agujero negro: poderosa, ineludible y tan absorbente que todo lo que tenía alrededor se reducía a la nada.

Con una expresión más fría que el hielo, signó:

—*Vale. Iré. Pero solo este fin de semana.*

—Genial. —El alivio de Jordan se podía palpar—. Gracias, tío. —Volvió a darme un apretón en la mano—. Qué bien, ¿a que sí, cielo?

—Súper. —Sonreí con tanta fuerza que incluso me dolieron las mejillas.

Si en lugar de modelo fuese actriz, me habrían despedido aquí mismo. Por suerte, Vuk no reparó en mi penoso intento por fingir entusiasmo, porque el tío seguía ignorando mi presencia.

Era como si el regreso de Jordan hubiese activado algo. Como si Vuk hubiese pasado de mantener una conversación conmigo (por así decirlo) a ignorarme por completo.

Vale. Podía lidiar con eso. Prefería estar en compañía de alguien que guardaba silencio que con alguien que no entendía qué eran los límites.

Además, estábamos hablando de una cata de tartas. Tampoco es que Vuk fuera a acompañarme a comprar lencería nupcial.

Se trataba de ir a California, pasar el fin de semana allí y volver. Sería fácil.

Alargué el brazo para volver a coger el agua, y mi anillo de compromiso, que era absurdamente opulento, centelleó bajo las luces del restaurante. No era para nada mi estilo, pero Jordan había insistido en que tenía que ser ostentoso «por una cuestión de apariencias».

Vuk entornó los ojos. Estudió fijamente el diamante y luego levantó la vista para mirarme a mí.

Volví a notar cómo se me erizaba la piel.

«Fácil». Tragué saliva. El agua sabía a metal. «Seguro».

3

Ayana



¿La buena noticia? Que Vuk no me mató en el vuelo a San Francisco.

¿La mala? Que todavía nos quedaban unas veintiocho horas juntos y yo no podía garantizar que sus tendencias asesinas no fueran a emerger en el momento más inesperado entre que probábamos un trozo de tarta de chocolate y regresábamos a Nueva York.

Debido al tráfico matutino y a unas imprevistas tormentas por la región central del país, despegamos y aterrizamos más tarde de lo previsto. Como no nos iba a dar tiempo a hacer el *check-in* del hotel antes de ir a la cata, me tuve que acicalar en el baño del *jet*.

Crema hidratante: hecho.

Retoque de pintalabios: hecho.

Cambiarme las bailarinas por un par de Louboutin mortíferos: hecho.

Cuando Vuk y yo por fin bajamos del *jet*, ya había un Rolls-Royce esperándonos en la pista de aterrizaje.

Esperó a que yo entrase primero antes de unirse a mí, aunque eso de «unirse» es decir mucho, ya que se sentó tan lejos de mi persona como le fue humanamente posible. Vuk estaba tan pegado al otro lado del coche que me sorprendió que su cuerpo y la puerta no se fusionaran en un único ente, como una especie de híbrido extraño a medio camino entre un multimillonario y un vehículo.

—No tengo ninguna enfermedad infecciosa —señalé—. Puedes sentarte como una persona normal. Te juro que no muerdo.

No respondió.

«Qué sorpresa...». Cuando llegué para coger el avión, me miró dos segundos y luego procedió a hacer como si yo no existiera.

Me planteé tocarlo un segundo para ver si se derretía como la Malvada Bruja del Oeste ante mi atrevimiento. Sin embargo, en lugar de eso, como quería llegar a la cata de una pieza, decidí coger el móvil.

Mi intención de ponerme al día con los últimos artículos de mi *blogger* de fragancias favorita desapareció en cuanto vi el nombre que aparecía en la pantalla.

Cuatro letras que hicieron que me entraran unas náuseas espectaculares de inmediato.

—Hola, Hank —dije en un tono monocorde.

Me giré dando la espalda a Vuk y bajé la voz. Podía oírme igualmente, pero la quimera de poder disfrutar algo de privacidad era el único consuelo que tenía en ese momento.

Cada vez que hablaba con mi agente me entraban ganas de arrancarme la piel. No podía ni creerme que hubiese habido una época en la que pensé que estaba de mi parte.

Esta era una de las cosas más duras de hacerse mayor: el darte cuenta de que las personas en quienes confiabas y que iban a estar ahí para ti son, a menudo, quienes te apuñalan por la espalda.

—Ayana. —Su empalagoso saludo rezumó desde el otro lado de la línea—. ¿Has llegado bien a California?

—Sí. Justo estamos de camino a la cata.

—Excelente. ¿He oído que estás con Vuk Markovic?

Se me tensaron los hombros. No le había dicho a Hank que iba a acompañarme otra persona, pero lo sabía. Siempre se enteraba de todo.

Su inexplicable omnisciencia me emparanoiaba tantísimo que, unos meses atrás, barrí el apartamento y todos mis dispositivos en busca de aparatos de vigilancia. No encontré nada y, en parte, eso me dio más mala espina que si hubiese encontrado algo.

—A Jordan le surgió un imprevisto y él tuvo la amabilidad de acompañarme. —No le pregunté cómo se había enterado de que estaba viajando con Vuk.

Hank se aprovechaba a la mínima que notaba el más sutil indicio de debilidad y, como se diera cuenta de lo mucho que me enervaba su aparente omnisciencia, se aferraría aún más a ello.

—Qué generoso por su parte. —Se oyó un portazo y, a continuación, el ruido de la máquina *espresso* de fondo—. Bueno, odio interrumpirte el fin de semana...

Casi se me escapa la risa.

Ese hombre no tenía escrúpulos a la hora de interrumpirme en cualquier momento. Una vez insistió en que fuera a un *casting* de última hora en el centro de la ciudad cuando yo estaba en el dentista.

—Pero te llamo para asegurarme de que volverás a tiempo para la sesión de fotos de Cosméticos Delamonte, el lunes por la mañana. —«De lo contrario, te vas a enterar». Hank hizo una pausa y dejó que aquellas palabras por decir llenaran el silencio antes de continuar—: Es un cliente importante. Como la líes con esta

campaña, a la agencia no le gustará lo más mínimo, y menos con tus recientes distracciones.

Clavé las uñas en el asiento de cuero. Por «distracciones» se refería a los preparativos de la boda.

Cuando les conté a Hank y al equipo de administración de la agencia que me había comprometido, no les hizo ni pizca de gracia; sin embargo, tampoco me montaron ningún numerito hasta el mes pasado. En ese momento, estaba en pleno apogeo con los preparativos de la boda, que me tenían constantemente ocupada. Desde entonces, llevaban siguiendo todos y cada uno de mis pasos muy de cerca.

—Todavía no la he liado con ninguna campaña —señalé—. El lunes por la mañana ya estaré de vuelta. Tranquilo.

—Bien. Porque, de lo contrario, nos veremos obligados a descontarte las ganancias, el tiempo y el trabajo perdido de la próxima paga.

El enfado se me fue acumulando en la garganta. Tragué saliva para deshacerme de aquella sensación antes de que fuera a estallar y a soltar una avalancha de insultos que harían ruborizar incluso a un camionero.

—Entendido —respondí manteniendo la calma y mostrándome neutral. No pensaba dejar que me oyera entrando en pánico.

Colgó y me obligué a tomar una profunda bocanada de aire antes de dejar de apretar el puño y volver a guardar el móvil en el bolso.

Hank no me había llamado porque estuviese preocupado por si me saltaba la sesión de fotos del lunes. Me había llamado para reiterar la autoridad que tenía sobre mí. Para recordarme que estaba en deuda con él por el estúpido contrato que firmé a los diecinueve años, cuando no sabía cómo iba todo esto.

El cabreo me fue bajando hasta el estómago y se mezcló con las náuseas.

Seis meses más.

Tenía que seguir trabajando con él seis meses más. Pasado este tiempo, podría rescindir el contrato y desvincularme de la agencia para siempre.

Llevaba años queriendo marcharme, lo cual no fue posible hasta que Jordan apareció con su propuesta.

Volví a inhalar profundamente y dirigí la vista al frente otra vez. Apenas me hube recompuesto, noté que me ardía la mejilla y, al girarme, me encontré con los ojos de Vuk clavados en mí.

—¿Era tu agente?

Sabía que había podido oír el final de nuestra conversación, pero me descolocaron tantísimo sus repentinas ganas de hablar que tardé un segundo en responder.

—Sí. Estábamos hablando de... de una sesión de fotos que tengo dentro de poco.

—Pues parecías cabreada.

Primero iniciaba conversación ¿y ahora se preocupaba por mi estado emocional?

Casi paseo la vista por el coche en busca de cámaras ocultas por si esto era alguna especie de programa de bromas, pero Vuk Markovic jamás se dignaría a acercarse a un *realityshow*.

Así pues, hice lo que mejor se me daba: eludí el tema.

—Cabreada no. Solo un poco estresada por todo. —Dibujé la misma sonrisa que me había conseguido un ansiado acuerdo con Cosméticos Delamonte—. ¿Y tú qué? ¿Algo interesante en el trabajo?

No era el tema más original del mundo, pero fue el único que se me ocurrió en aquel momento.

—¿Qué te ha dicho?

Menos mal que había intentado redirigir la conversación...

—Ha llamado para recordarme el horario del lunes. —No pensaba confesarle mis secretos más profundos y oscuros a Vuk, nada menos. Ni siquiera Jordan sabía lo muy mal que iba todo con Hank —. ¿Por qué te interesa tanto saber qué me ha dicho? No me digas que buscas agente.

Lo solté como una broma a la ligera. Aun así, Vuk no hizo sino fruncir más el ceño.

—Hank Carson. Se llama así, ¿no?

Asentí y escondí mi sorpresa. La gente que no estaba familiarizada con el sector no solía saberse el nombre de mi agente de memoria.

Vuk adoptó una expresión fría y remota. Un oscuro centelleo le atravesó la mirada y a mí se me erizó la piel.

Me crucé de piernas solo para descruzarlas luego y noté cierta calidez en el estómago a pesar de que un repentino escalofrío me atravesara el cuerpo. Era como si estuviese planeando el asesinato de Hank por... ¿mí?

No. Era imposible. Yo ni siquiera le caía bien.

Visto así, ¿por qué sentí aquel sutil aleteo en el pecho al pensar en su hipotético afán protector?

«Porque, desde que te mudaste a Nueva York, no te ha protegido nadie. Al menos, no sin querer nada a cambio».

Estaba delirando; era evidente. Vuk no sería protector conmigo ni en un universo paralelo.

Aun así, el silencio que nos envolvía era tan fuerte como los latidos de mi corazón y por un segundo, uno solo, pensé que Vuk tal vez...

Se oyó el bocinazo de un coche fuera. A Vuk se le ensombreció todavía más la expresión, se recostó y sacó el móvil como si no

hubiese pasado nada. Porque, en realidad, no había pasado nada.

Me había confirmado el nombre de mi agente. Punto.

Me di la vuelta y me quedé mirando por la ventana mientras esperaba a que mi acelerado corazón recuperase su ritmo habitual. Al final, se me tranquilizó el pulso y todo volvió a la normalidad mientras atravesábamos el tráfico de la tarde.

No había pasado nada.

Y, aun así, yo continué notando una muy sutil calidez en el estómago hasta que llegamos a nuestro destino.

Llegamos a la pastelería con el tiempo justo. La recepcionista registró nuestra llegada y nos guio hacia el final del local, donde se encontraba la zona de catas, ya preparada con café, té y un variado surtido de tartas.

—Hola. —Sammy Yu nos recibió con una amplia sonrisa. Era un hombre atractivo y alto, de mandíbula cuadrada, pelo corto y actitud relajada—. Debéis de ser Ayana y Jordan. Encantado de conoceros. —Extendió el brazo.

—Igualmente. —Acepté el gesto y le di un apretón de manos—. De hecho, Jordan no ha podido venir por una emergencia familiar. Él es Vuk, su padrino. Hoy, hmmm... sustituirá a Jordan.

Vuk lo saludó con un escueto gesto con la cabeza.

Sammy arqueó las cejas.

Supongo que no era demasiado habitual que un padrino participara en una actividad tan importante a la hora de organizar una boda, pero Sammy fue lo suficientemente profesional como para no hacer ningún comentario.

Tomamos asiento. La recepcionista nos trajo unas copas de champán y yo me pasé la hora siguiente hablando de la boda con

Sammy y probando pasteles.

Había preparado seis de sabores distintos en base a los formularios de preferencia que habíamos rellenado previamente Jordan y yo.

Estaban todos de muerte.

Con razón la gente viajaba hasta aquí para reunirse con él. Me daba miedo que estuviese sobrevalorado, pero sus tartas eran absolutamente merecedoras de semejante reputación.

—Cuando hayáis escogido sabor, nos pondremos con el diseño del pastel —aclaró Sammy—. La semana que viene os enviaré unos cuantos bocetos. De momento, ¿os habéis decantado ya por alguno?

—A mí me encantan todos, pero creo que tiro más por este. —Señalé el de frambuesa y almendras—. Vuk, ¿tú qué crees?

Vuk había probado todas las tartas, pero no había hecho ningún comentario al respecto.

—*¿Ese quieres?*

Arrugué la frente y le pregunté:

—¿No te gusta?

—*No se trata de lo que me guste a mí.* —Me miró con más dureza y añadió—: *Jordan odia las almendras.*

¡Mierda! Tenía razón.

Me había olvidado por completo de la aversión que le tenía Jordan a ese fruto seco, aunque, como prometida suya que era, debería haberlo tenido en cuenta.

Dicho esto, ¿por qué narices Jordan no lo había mencionado en su hoja de preferencias? Las completamos juntos, así que tenía clarísimo que había enviado la suya.

—Es verdad. Debió de olvidársenos añadirlo en los formularios. —Reí en un intento por quitarle hierro al asunto—. Los rellenamos justo después de la Met Gala; estábamos agotados. Debería

haberme acordado ahora, pero el avión me deja el cerebro frito; ya me entiendes.

Vuk se me quedó mirando suspicaz, con una expresión sombría.

El pulso se me aceleró hasta adoptar un ritmo frenético.

«No pasa nada. Vuk no sabe nada. ¿Qué más da que se me haya olvidado que Jordan detesta las almendras? Es una nimiedad. Ni que me hubiese quitado el anillo de prometida y lo hubiese tirado a la basura de mala gana diciendo que odio a Jordan».

E incluso en el caso de que Vuk se enterase de lo de nuestro acuerdo, tampoco iría corriendo a la abuela de Jordan para delatar a su amigo... A no ser que me odiase tanto que aprovechara la ocasión para ir y cargarse nuestro compromiso.

De haberse tratado de cualquier otra persona, me habría parecido descabellado.

Sin embargo, estábamos hablando de Vuk Markovic. Tenía la impresión de que este hombre era capaz de todo.

Tras un largo y tenso minuto, él centró la atención en Sammy de nuevo.

Debería de haberme sentido aliviada, pero el nudo que notaba en el estómago no hizo sino volverse más prieto. No podía quitarme de encima la sensación de que Vuk estaba anotando mi metedura de pata con lo de las almendras en alguna lista mental que tenía solo con cosas mías.

Sammy nos miró desconcertado.

—Bueno, pues nada de almendras. Me lo apunto. —Tuvo la delicadeza de evitar hacer ningún comentario con respecto a lo último que había dicho yo—. ¿Alguna otra tarta que os llame la atención?

—Creo que la de avellanas con crema de chocolate o la de rosa y Earl Grey. —Esa última encajaba más con lo que me gustaba a mí,

pero esto era cosa de dos. Traté de comentar la elección con Vuk otra vez—. ¿Cuál prefieres?

—¿Qué más da? El que se casa contigo no soy yo.

Yo no solía perder los nervios a menudo. Mis padres me habían enseñado que nunca había que montar un numerito en público y siempre tendía a evitar las confrontaciones.

Pero es que Vuk estaba siendo un capullo de manual y, después de un vuelo de siete horas, de hablar con Hank por teléfono y de haber ingerido tanto azúcar que hasta puede que me hubiese salido una caries, estaba harta de tolerar su comportamiento pasivo-agresivo.

En lugar de responder verbalmente, lo hice con señas. No hacía falta poner a Sammy en una situación incómoda. Con unos bruscos movimientos de manos, le dije:

—Eso ya lo sé. Simplemente te estoy preguntando cuál crees que preferiría Jordan. Además, por más que te agradezco que te hayas tomado el tiempo de acompañarme, no me gusta nada tu falta de cooperación. Estás aquí porque accediste a venir. O te comportas como un ser humano decente y escoges un maldito sabor o te largas. Ya encontraré la forma de volver sin ti.

Sammy alternó la vista entre Vuk y yo. La sala estaba sumida en tal silencio que hasta se oía a la recepcionista tecleando en la entrada.

Clic. Clic. Clic.

El corazón me latía al mismo ritmo al que mecanografiaba ella. No descartaba que Vuk se largase de malas maneras y me dejase tirada en California; aun así, él parecía estar divirtiéndose.

Señaló la tarta de rosa y Earl Grey con un gesto con la cabeza sin quitarme los ojos de encima.

—A Jordan le dará igual. Pero ese te pega más.

¿Cómo sabía...?

Da igual. Había dos opciones. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de dar con mi favorito. No significaba nada.

—La segunda, pues —aclaré.

Me alisé la falda con la mano y le dediqué una sonrisa a Sammy. El pobre seguramente ya se estaría arrepintiendo de tenernos como clientes.

—Perfecto. Voy a acabar de cuadrar los detalles con Vera en la entrada. Mientras tanto, por favor... —señaló lo que sobraba de las tartas—, disfrutad de la bebida y de la comida. Enseguida vuelvo con más champán para celebrarlo.

Cuando Sammy se hubo ido, Vuk signó:

—Has estado aguantándote ese discursito un buen rato.

Se me encendieron las mejillas.

—Solo porque... Por tu...

—¿Falta de cooperación?

Casi pude oír su tono burlón.

Lo fulminé con la mirada a pesar de que mi respuesta mordaz murió en el mismo instante en el que Vuk levantó el brazo para acariciarme la mejilla con el pulgar.

Me quedé helada.

No me había tocado nunca. Jamás. Ni siquiera me dio la mano cuando nos conocimos.

Entré en tensión de inmediato, confundida, porque no sabía si decantarme por el impulso de apartarme de un tirón o si dejarme llevar por el deseo de apoyarme en él.

Tenía la mano áspera. Fuerte. Sin embargo, cuando me acarició la comisura del labio, lo hizo con un tacto sorprendentemente suave.

Y, entonces, el contacto cesó y el oxígeno fluyó libremente por mis pulmones, como si, en lugar de segundos, llevase horas aguantando

la respiración.

Inconscientemente, me toqué el mismo punto donde me había acariciado él. Aún notaba su calidez.

Vuk apretó los labios. Se limpió la mano con una servilleta, la arrugó y tiró la bola a un cubo de basura que había cerca antes de garabatear algo en otra servilleta limpia.

Me la pasó con una fría mirada en los ojos.

Tenías glaseado en la cara.

Claro. Lógico.

Noté un calor abrasador en el cuello y el pecho. ¿Qué me pasaba hoy? ¿Por qué le estaba dando tanta importancia a nuestras interacciones?

Por suerte, Sammy regresó justo en ese instante y me salvó de tener que responder.

Vuk y yo rechazamos tomarnos otra copa de champán. Nos apresuramos a cerrar el papeleo y, al cabo de quince minutos, pusimos rumbo al hotel.

Nos habíamos reunido con Sammy a última hora. Cuando nos fuimos del local, el sol ya se estaba poniendo y, a pesar de que podríamos haber vuelto enseguida a Nueva York, parecía más sensato que pasáramos la noche allí en lugar de volver a cruzar el país en avión por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

Bastante tenía ya que aguantar mi cuerpo durante la Fashion Week y unas desquiciadas sesiones de fotos. Cuando podía, intentaba darme un descanso.

—Señor Ford y señorita Kidane, bienvenidos al Winchester —nos dijo alegre la recepcionista al entrar. Le había dado los DNI para que pudiera hacer el *check-in*, pero me había olvidado cambiar el nombre de Jordan de la reserva. Ni Vuk ni yo la corregimos—. Veo que han

reservado una noche en la *Suite* Real. Me complace informarles de que su habitación ya está lista. Aquí tienen las llaves. Los ascensores se encuentran al final del pasillo, a la izquierda. Si necesitan cualquier cosa, no duden en marcar el cero para hablar con recepción; estaremos encantados de atenderlos.

Inhalé aire profundamente. «Mierda».

Jordan y yo habíamos reservado una *suite* con un solo cuarto por una cuestión de apariencias. Por desgracia, cuando Vuk aceptó sustituir a Jordan en el viaje, a mí se me olvidó cambiar la reserva.

A mi lado, Vuk se quedó tieso a más no poder.

—Disculpe, ha habido un cambio de planes de última hora. Debería habérselo comentado antes, pero es que hemos tenido un día muy largo. —Miré avergonzada a la recepcionista—. ¿Podemos añadir otra *suite* a la reserva? Eh... Nos... Nos gustaría tener dos cuartos separados, si es posible.

A la mujer le tembló la sonrisa.

—Lo siento muchísimo. El hotel está completo. Este fin de semana hay un concierto de Riley K. y todos los hoteles de la zona están hasta los topes. La única habitación que tenemos disponible para esta noche es la *Suite* Real. Aunque... —dijo, y se le volvió a iluminar la cara— la habitación tiene una cama plegable, así que pueden dormir por separado. ¿Les serviría algo así?

Vuk, que tenía las manos sobre el mostrador, apretó los puños.

Yo tragué saliva. Esperaba que no estuviese imaginándose cómo me estrangulaba. Si íbamos a tener que compartir habitación, quería despertarme de una pieza.

—¿Señorita? —insistió la recepcionista.

—Eh... —Miré a Vuk. Bastaría con que él hiciera una sola llamada para que se desocupara otra *suite* en algún punto de la ciudad. Leches, si es que Vuk podía comprar el hotel ahora mismo si

quisiera. Aun así, ni él se ofreció ni yo quise pedírselo—. Sí, ya va bien. Gracias.

Nuestra *suite* ocupaba toda la última planta del hotel. Tenía un salón, una sala de estar, un cuarto con baño privado de mármol y, efectivamente, una cama plegable.

Una muy pequeña y con pintas más bien precarias.

Para ser sincera, habría servido para cualquier persona que no fuera Vuk. Este hombre casi llegaba a los dos metros y pesaba, como mínimo, noventa kilos. Podía aplastar la cosa esa con las manos sin problema alguno.

—Quédate tú con la cama —sugerí—. No creo que, eh..., quepas en eso.

—*No dormiré en la cama.*

Vale. No pensaba discutir.

A pesar de que me sentía mal por él, prefería dormir con fundas de almohada de seda y colchones Duxiana. Me pegaba más.

Yo estaba sacando las cosas del neceser y pensando en qué pedir del servicio de habitaciones cuando ocurrió lo inevitable.

Vuk tiró su bolsa encima de la cama plegable y se sentó.

El somier se hundió con un inquietante crujido.

Y, antes de que a ninguno de los dos nos diera tiempo a asimilar lo que estaba a punto de pasar, la cama se rompió de inmediato.

4

Vuk



Me habían torturado antes.

Con cuchillos, quemaduras, cadenas... Y lo había superado todo.

Ahora bien, ¿esto? Esto era una puta tortura con todas las de la ley y solo había un culpable: yo.

Fulminé mi ordenador portátil con la mirada con la esperanza de que pudiera concentrarme en lo que me estaba contando mi jefe de seguridad y no en la puerta del baño, que estaba cerrada.

Me encontraba sentado en el salón, desde donde podía ver dicha puerta, que me quedaba justo enfrente; también la maleta abierta y llena de ropa de seda y encaje que había en la habitación. Era como si la hubiese dejado ahí mismo a propósito, para atormentarme.

Oí el rechinar de la ducha y, a continuación, el sonido del agua.

Me dio un espasmo en un músculo de la mandíbula.

—Reforzar las medidas de seguridad de la sede... —fue diciendo la voz de Sean, que iba colándose en mis pensamientos de forma entrecortada.

Jamás debería haber aceptado acompañar a Ayana aquí. Bastante malo era ya estar cerca de ella en público. Ahora no solo teníamos que compartir la misma habitación, sino que también nos tocaba dormir en la misma puta cama.

Como estaba a reventar, el Winchester no tenía ninguna otra cama disponible, así que esa noche no me quedaba otra que sufrir.

Ojalá me hubiese dado por buscar antes otro hotel.

Ojalá esa parte codiciosa y egoísta de mí (la que tan neciamente quería estar más cerca de ella) no hubiese salido ganando.

Ojalá.

—No quería comentar nada hasta que se confirmase, pero tenemos una pista que puede llevarnos hasta la persona que provocó el incendio de La Bóveda. —Las palabras de Sean por fin consiguieron sacarme de aquel bucle cada vez mayor.

Me erguí y noté cómo se me aceleraba el pulso. Últimamente, el incendio era lo único que conseguía que dejase de pensar en Ayana, y Sean acababa de servirme una distracción del copón en bandeja.

—Hemos encontrado restos de ropa que no cuadra con la de ninguno de los trabajadores ni con la de ninguna de las personas que fueron a visitar el lugar y que aparecen en el registro —me contó. Sean había estado en el ejército de operaciones especiales y luego fue uno de los mejores trabajadores de Seguridad Harper hasta que lo contraté para incorporarlo a mi equipo personal hacía cinco años. Tenía una actitud práctica y directa; justo lo que valoraba yo en mis empleados—. Teniendo en cuenta cómo quedó el local después del incendio y todo el papeleo burocrático, tardamos

un poco en poder escudriñar las pruebas. Nuestro equipo no ha encontrado los restos hasta esta mañana.

Tecleé mi respuesta en el chat. Cuando no quedábamos en persona, nos comunicábamos por una red segura y cifrada.

Alguna muestra de ADN?

—No. Aunque sí hemos dado con esta foto de alguien que estuvo por la zona en el momento del incendio.

Apareció una foto en la pantalla. Una chica de unos veintipico años con una camiseta de la Universidad de Northwestern sonreía a la cámara. Resultaba evidente que era una turista, pero a mí lo que me interesaba no era ella.

Lo que me interesaba era el hombre que salía en el fondo.

La chica se había sacado la *selfie* justo cuando el hombre caminaba por ahí. A cualquier otra persona le habría parecido un hombre de a pie que había salido a dar una vuelta.

A mí me parecía más bien un hombre que escondía algo. Por la simpleza de su ropa; por su lenguaje corporal, relajado aunque en alerta, y por cómo apartaba la cara de las cámaras de vigilancia. Este tipo era un profesional.

Tenía la mitad del rostro cubierto por la sombra de una gorra azul. Debería de medir un metro noventa, más o menos; era un hombre caucásico, musculado y de pelo oscuro. Y llevaba una camiseta negra sin ningún logo.

Sean me leyó la mente.

—La camiseta podría encajar con la tela que hemos encontrado —me contó—. Hemos revisado grabaciones de cámaras de seguridad de negocios de alrededor. En ninguna se le ve la cara de forma directa, pero si tenemos en cuenta la hora, la ropa y otros factores relevantes, este hombre es el principal sospechoso.

Volví a estudiar la foto y reparé en algo que no había visto la primera vez: parecía un tatuaje que le sobresalía por debajo de la camiseta. Estaba demasiado borroso y quedaba demasiado lejos como para que pudiese fijarme en los detalles, pero no era nada que un buen amplificador no pudiera resolver.

Sean volvió a acertar con lo que yo estaba pensando:

—Hemos ampliado la imagen y estamos analizando el tatuaje. No es tarea fácil porque solo podemos ver un cuarto del diseño, pero cuando tengamos más detalles lo pondremos en la base de datos.

Envié mi respuesta:

Bien. Ahondad tanto como podáis. No os preocupéis
ni por el dinero ni por el tiempo.

Me daban igual los meses o años que tardáramos. Pensaba dar con el cabrón que había intentado matarme.

A principios de año, mientras caminaba por La Bóveda, que ahora ya había ganado mucha fama y de la cual yo era socio capitalista, casi muero por culpa de un «extraño» incendio. De no ser porque el propietario de La Bóveda, Xavier Castillo, arriesgó su vida por mí y me sacó justo a tiempo, ahora yo no sería más que un montón de ceniza.

Las fuentes oficiales lo atribuyeron a una instalación de cableado antigua y defectuosa. No obstante, entre el momento y la forma en la que se había dado el incendio, parecía todo una coincidencia demasiado grande.

Yo no creía en las coincidencias y menos aún confiaba en los detectives de la ciudad. Así pues, le pedí a mi equipo que se ocupara de estudiar personalmente lo del incendio.

A pesar de que llevábamos medio año sin poder atar cabos, jamás me cuestionaron, lo cual demostraba lo leales que eran.

Pero cada vez estábamos más cerca de dar con el culpable. Tal y como había dicho Sean, el tatuaje no era gran cosa, pero ya era algo y eso era todo cuanto necesitaba yo.

Se abrió la puerta del baño.

Colgué la videollamada sin volver a escribir ni una sola palabra más y cerré el ordenador de golpe antes de que Ayana entrara en la habitación.

—Siento haber acaparado la ducha —dijo—. Ahora ya es toda tuya, si quieres.

Desvié la vista hacia ella. Una visceral ola de calor me recorrió el cuerpo entero y apreté los dientes.

«Joder».

Llevaba un albornoz de seda dorado que le caía por debajo de los hombros. Era perfectamente discreto, pero eso daba igual.

No llevaba ni una gota de maquillaje en la cara.

Iba descalza.

Le centelleaba la piel.

Verla recién salida de la ducha resultaba tan jodidamente íntimo que me sentí como si acabasen de pegarme una patada en el estómago.

Si la veía con un vestido elegante o en bañador, podía soportarlo, pero viéndola así no. Porque lo único que nos separaba era un trozo de moqueta y mi deteriorado autocontrol.

Era la prometida de mi amigo. No debería de estar fijándome en la curva de sus labios ni obsesionándome con la gota de agua que le resbalaba por el cuello.

Y menos aún debería de estar imaginándome cómo sería recorrerle esa misma gota de agua con la boca, bajando cada vez más por la línea de su cuello hasta llegar a la sombra de su escote.

Pero yo siempre había hecho justo lo que no debía hacer. Y nunca nadie me lo había impedido.

Nunca nadie se había atrevido.

Me recosté en la silla con expresión imperturbable mientras Ayana se acercaba a la mesa para coger el móvil. Cuando alargó la mano frente a mí, me rozó el brazo con la manga del albornoz.

Una corriente eléctrica me azotó de arriba abajo e intensificó mi incomodidad. Volví la cabeza para no tener que oler a Ayana.

Había mujeres que se ponían siempre el mismo perfume; Ayana, en cambio, siempre se ponía uno distinto. A veces optaba por uno dulce y, otras, por uno más seductor.

Esta noche había decidido no perfumarse. Solo olía sutilmente al coco de su champú y al aroma natural de su piel.

Anhelé y deploré ese olor a partes iguales.

—Lo siento —volvió a disculparse—. Me he olvidado el móvil aquí.

—*Deja de disculparte.* —Me miró a los ojos—. *Dos disculpas en dos minutos cuando no hay de qué disculparse son demasiado.*

No me gustaba esta versión comedida y sumisa de Ayana. Ella no era así. Quería ver a la Ayana que me había pegado el broncón en la pastelería y que ahora me estaba fulminando con la mirada, como si no supiera si darme la razón o pegarme una bofetada.

La satisfacción se me abrió paso en el pecho. «Así mejor».

De acuerdo, podría habérselo dicho con más delicadeza y sin ser un capullo, pero es que cuanto más lejos me mantuviera de ella, mejor.

—¿Por qué tienes que estar en Nueva York el lunes por la mañana?

Cambié de tema con la esperanza de distraerme con la conversación.

Piernas largas, pómulos altos, piel morena y unos ojos que centelleaban con una mezcla de inteligencia y jocosidad. Incluso en el caso de que Ayana no fuera una célebre modelo, haría que cualquiera que se la cruzara caminando por la calle se girase para mirarla.

Sin embargo, para mí, lo que más encanto le aportaba no era su físico. Era la forma en la que se movía, con una elegancia tan natural que no podía aprenderse; era la forma en la que reía, alegre y con todo su ser, como si pudiese deshacerse de cualquier sombra. Y era la forma en la que resplandecía, como si en su interior hubiese un montón de fuego anhelando devorar el mundo.

Famosa o no, Ayana Kidane había nacido para brillar.

—Tengo una sesión de fotos para Cosméticos Delamonte. —Tomó asiento frente a mí. Su cabellera, oscura como la noche, le caía en ondas por debajo de los hombros y la piel le centelleaba bajo la tenue luz de la *suite*. No parecía que se hubiese dado cuenta de mi agitación interior—. Soy la nueva embajadora de belleza de la marca y será mi primera sesión con ellos, así que es bastante importante.

Lo suficiente como para que su agente la llamase un sábado para atormentarla con el tema.

No había oído nada de lo que le había dicho él, pero sí había oído lo que le había respondido ella al final de la conversación. Me acordaba de cómo Ayana había clavado las uñas en el asiento y la tensión que le había notado en la voz.

Una tensión que nada tenía que ver con el estrés, pero sí con el miedo.

«Hank Carson». Volví a pensar en ese nombre mientras le preguntaba a ella:

—¿Siempre soñaste con ser modelo, de pequeña?

—No creas. —Acarició la mesa con un dedo, distraída—. Me encantaba todo lo relacionado con la moda y la belleza. Cuando tenía once años, hasta convencí a mis padres para que me pagaran una subscripción a *Vogue*. Pero no me veía como modelo. Quería ser... Bueno, un montón de cosas. Pediatra. Psicóloga. Intérprete. Acabé estudiando Química y Medicina en Howard hasta que un día fui a la fiesta que organizaba la amiga de una amiga, en Thayer. Hank también estaba allí y me reclutó. El resto es historia.

Todo eso yo ya lo sabía. Había visto todas sus entrevistas y había leído absolutamente todos los artículos en los que mencionaban a Ayana.

Aun así, disfruté al oírla contándome los detalles en persona a pesar de que aquella pizca de resentimiento que le noté en la voz me hizo ver que se estaba callando algo más.

Para ser una modelo que había aparecido en la portada de un sinfín de revistas y que había encabezado las pasarelas de Nueva York, París y Milán, no parecía demasiado entusiasmada.

—¿Y tú, qué? —La curiosidad le centelleaba en la mirada—. ¿Cómo acabaste en el mundo de los destilados?

Al notar aquella minúscula pizca de interés en mí por parte de Ayana, el corazón me latió con tanta fuerza que me resultó hasta exasperante.

—*Estudié Ingeniería Química.*

—Tampoco es que esto te catapulte directo hasta convertirte en el director de un imperio multinacional.

—*Aparte de eso, también estudié Empresariales.*

No le conté toda mi aburrida historia, que era que, en el instituto, había trabajado en una pequeña destilería en mi ciudad natal, en Virginia. No me gustó nada cómo la llevaban, así que ahorré el dinero suficiente para comprarla nada más acabar la universidad.

Cuando tomé las riendas de la empresa, aproveché mis conocimientos de ingeniería química para revolucionar el proceso de elaboración del vodka. Así nacieron Fincas Markovic y la empresa fue creciendo hasta convertirse en lo que es ahora.

—Podrías haber empezado por ahí. —Ayana adoptó una expresión pensativa—. Vuk Markovic, ingeniero. Ver para creer.

Reprimí la emoción que sentí al oír mi nombre en su boca y me limité a arquear una ceja.

—Me cuesta imaginarte dedicándote a cualquier otra cosa que no implique hacer de líder. No te veo... —se le fue apagando la voz.

—¿No me ves cómo?

—No te veo sentado en un cubículo ingeniando procesos de fabricación. Nada más —añadió finalmente.

Le noté un matiz extraño en la voz. Como si estuviese avergonzada, quizá, aunque también un poco expectante.

—¿Y qué me ves haciendo?

Desde fuera, podía parecer una pregunta inocente. Sin embargo, los movimientos de mi mano eran deliberados, casi perezosos. Como si la animaran a responder.

Estaba adentrándome por senderos peligrosos.

Aquí, en este cuarto, donde lo único que nos separaba era una mesa... Sería tan fácil...

La tenía tan cerca que me bastaría con alargar el brazo para bajarle el albornoz por los hombros. Acariciarle la piel con las manos y ver si realmente era tan suave como parecía. Colarle la lengua en la boca y comprobar si sabía tan dulce como me imaginaba.

El silencio se intensificó.

Ayana separó los labios. Resultaba evidente que había pillado la sutil insinuación que se escondía bajo mi pregunta. Abrió un poco

más los ojos y vi cómo se le aceleraba exageradamente el pulso en la base de la garganta.

Esperaba que se fuera y le pusiera fin a esta pantomima de una vez por todas. Las mujeres como ella nunca sentirían atracción alguna hacia monstruos como yo.

Pero no se fue.

Se quedó ahí sentada y me miró y... Me miró de una forma en la que no debería de estar mirándome mientras llevaba el anillo de otro hombre. Con una intención que rozaba lo indecente.

Pero se me avivó la sangre por una razón completamente distinta.

El puto anillo.

Vi cómo centelleaba el diamante en mi visión periférica y fue como si alguien acabase de arrojarle un cubo de agua helada a ese instante.

Estaba comprometida. Yo era el padrino. Y, a pesar de que me hubiera pasado de la raya y hubiera mostrado una ética rebuscada en varias ocasiones a lo largo de la vida, si a algo me aferraba con todas mis fuerzas era a la lealtad.

Me levanté abruptamente, cortando el contacto visual.

Ayana se sobresaltó.

—Me...

No esperé a que terminara la frase.

Atravesé el cuarto hasta el baño y cerré de un portazo. Los latidos de mi corazón hicieron eco entre aquellas paredes.

Tenía la polla tiesa y dura como una piedra, pero no me la toqué.

En lugar de eso, puse el agua lo más fría que pude y dejé que aquellas gotas heladas me golpearan el cuerpo.

Tal vez fuera un castigo autoinfligido y simplemente se tratase de una cuestión de masoquismo, al igual que mi imposibilidad de

mantenerme alejado de la mujer que había en la habitación al otro lado de la puerta.

Apoyé la frente en los azulejos de la pared y solté el aire despacio, controlándolo bien.

No sirvió de nada.

La cabeza seguía dándome vueltas a causa de lo que acababa de ocurrir ahí afuera. Me había sentido tan al límite que habría bastado con que Ayana pronunciara una palabra más para que estallase.

Si fuese la prometida de cualquier otro tío que no fuera Jordan, a lo mejor habría dejado que ocurriese y a la mierda con las consecuencias.

Pero Jordan era mi amigo y, en su día, me salvó la vida. He aquí la única razón por la cual había aceptado ser su padrino.

Porque yo era leal a quienes me eran leales a mí.

Sin embargo, la lealtad no fue suficiente para domar los feos y brutales celos que habitaban en mi interior. Yo era más rico y poderoso que Jordan, pero envidiaba la capacidad que tenía mi amigo para formar y mantener relaciones normales. Jordan podía ir por la vida sin que los demás lo miraran boquiabiertos como si fuera el espécimen de algún zoo y, por más que yo odiase casi todas las interacciones humanas, había días en los que anhelaba el poder tener una vida normal; una que jamás tendría.

Me cabreaba pensar en el privilegiado entorno en el que se había criado él, con lujos y fácil acceso a todo. Jordan nunca se había visto obligado a vender su alma por dinero. Nunca había perdido a alguien a quien quisiera.

Y, sobre todo, me cabreaba el hecho de que la tuviese a ella.

Apreté los dientes.

Entre la investigación del incendio y dirigir una empresa multimillonaria, tenía cosas mejores que hacer que obsesionarme

con la prometida de mi amigo. Sin embargo, como ya he dicho antes, cuando algo tenía que ver con Ayana, se me nublaba el buen juicio.

Jordan y Ayana. La puta pareja feliz.

Algo se fue desatando en mi interior. Un lento y traicionero veneno que se me fue colando hasta la garganta y que hizo que me atragantara.

Daba igual lo mucho que lo intentara. No podía disiparlo y la culpa la tenían ellos.

Porque iban a casarse.

Pero yo la había visto primero.

Porque ella estaba con él cuando debería estar conmigo.

5

Ayana / Vuk





Ayana

—Espera. ¿Estás compartiendo cama con Vuk Markovic? —dijo Sloane incrédula desde el otro lado de la línea—. ¿Cómo se ha torcido tanto la cosa?

—Ya te lo he dicho. Se me olvidó cambiar la reserva y, como hay un concierto de Riley K., todos los hoteles decentes de la zona están llenos. —Desvié la vista hacia la puerta del baño. Aún se oía el ruido del agua. Vuk llevaba ahí cuarenta minutos y yo estaba intentando, con todas mis fuerzas, no imaginarme qué podía estar haciendo—. Además, técnicamente, todavía no hemos compartido cama. No es más que... Algo inevitable que pasará cuando nos vayamos a dormir.

—¿En serio se ha cargado la cama con solo sentarse?

—*Sip*.

Aunque era un hotel de cinco estrellas, no es que nos estuviéramos llevando las mejores impresiones del Winchester.

Sacudió la cabeza a modo de respuesta y yo hasta casi pude oírla.

Sloane Kensington llevaba un año y medio siendo mi publicista. También se había convertido en una amiga; una tan buena que hasta le pedí que fuera una de mis damas de honor. Cuando aceptó, me llevé una bonita sorpresa.

La triste verdad era que yo no tenía demasiadas amigas en la ciudad. Conocía a mucha gente del mundo de la moda: trabajábamos en los mismos eventos, asistíamos a las mismas fiestas y nos movíamos por los mismos círculos; aun así, no consideraría a ninguna de esas personas «amigas». No eran la clase de gente a quien recurría si tenía un mal día ni tampoco la clase de gente con quien quería celebrar mis logros.

Por suerte, tenía a Sloane, que entendía cómo era ese mundo sin estar arraigada en él.

—Mientras la prensa no se entere del lío este del hotel, no pasará nada —me contó—. Lo último que necesitamos ahora es algún escándalo antes de la Fashion Week.

—Créeme: no tengo intención alguna de armar ningún escándalo.

Aunque, claro, las intenciones y la vida real no siempre iban de la mano.

«¿Y qué me ves haciendo?».

Al acordarme de la pregunta de Vuk, un frustrante escalofrío me recorrió la columna vertebral. Sobre todo, por cómo estaba sentado cuando signó esas palabras, con las piernas espatarradas y una mirada fría aunque burlona, como un depredador relajado antes de salir a la caza.

Me había llevado a imaginar cosas que no debería de haberme imaginado ni siquiera por un solo segundo.

A duras penas lo conocía.

Ni siquiera tenía claro que le cayera bien.

Y, aun así, su presencia era tan imponente que resultaba inevitable reaccionar ante ella. No había elección posible.

Me removí en el asiento y desvié la vista hacia el baño otra vez.

—¿Ayana? —me llamó Sloane—. ¿Me has oído?

Pestañeé y volví a centrar la atención en la llamada.

—Perdona, ¿puedes repetirlo?

—Hablaba de tu entrevista con *Novias de lujo*. ¿Me confirmas que a Jordan le va bien el cambio de horario?

—Sí, ya lo cuadraremos.

La revista *Noviasdelujo* iba a hacer un perfil inmenso sobre nuestra boda. Enviarían a su mayor corresponsal a Irlanda para cubrir el acontecimiento, pero primero querían hacernos algunas entrevistas antes.

Yo ya temblaba de miedo.

Hubo una breve pausa antes de que Sloane me dejara absolutamente anonada con su pregunta:

—¿Estás segura de que quieres casarte?

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a querer? —reí y mi voz adoptó un tono un pelín demasiado agudo.

—Porque cada vez que sale el tema a colación no pareces muy ilusionada.

Los nervios se apoderaron de mí. Pensaba que esto de fingir se me daba la mar de bien, pero es que Sloane siempre había sido una persona extremadamente observadora.

Y también había sido a ella a quien había recurrido cuando Jordan me vino con la propuesta. No le había comentado nada de la parte

empresarial del acuerdo, pero sí le había expresado mis dudas acerca de casarme con él. Se lo había planteado como que estaba indecisa entre la gratitud que sentía hacia él (había conocido el estrellato como modelo gracias a Jordan) y lo que sentía en el fondo mi corazón. Me importaba Jordan, pero ¿bastaba con eso?

Sloane me había aconsejado que le hiciera caso a mi intuición y, en lugar de eso, yo le había hecho caso a la lógica.

No todo el mundo tenía el privilegio de poderse guiar por lo que le dictaba el corazón.

—Es solo que estoy agobiada —comenté—. No me había dado cuenta del jaleo que era planear una boda. Menudo estrés...

No tenía muy claro si se lo había tragado, pero Sloane no insistió más en el tema.

—Lo importante es que hagas lo que tú quieras. —Sloane guardó silencio de nuevo—. Si necesitas hablar con alguien, puedes contar conmigo. Te lo digo como amiga, no como tu publicista.

Esas palabras eran las más sentimentales que podría pronunciar Sloane jamás.

Noté un nudo lleno de emoción en la garganta. Me obligué a sonreír a pesar de que no pudiera verme.

—Gracias. De verdad.

Ese mágico momento pasó rápido y enseguida continuamos hablando de unos cuantos temas más relacionados con cuestiones de publicidad antes de colgar. En la costa Este ya era medianoche pasada, pero Sloane trabajaba las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

Yo ya estaba a punto de revisar el correo electrónico cuando oí que Vuk cerraba el grifo de la ducha.

Se me aceleró el pulso y me apresuré a apartar la vista cuando se abrió la puerta para que no pareciese que había estado esperando a

que saliera.

Vi su piel, desnuda, por el rabillo del ojo. Aun así, mantuve la vista clavada en el móvil.

Al menos, lo intenté.

Vuk se agachó para pillar algo de su maleta. Al pasarse la camiseta por la cabeza se le tensaron los músculos de la espalda y yo atisbé lo que parecía un tatuaje en la parte interna del brazo antes de que la tela de la prenda se lo cubriera.

¿Qué sería ese tatuaje? ¿Un símbolo? ¿Una cita? ¿Un nombre? ¿Una fecha? No pensaba preguntárselo, pero me moría de ganas de saberlo.

Luché con todas mis fuerzas por no soltar un gruñido, molesta.

No entendía de dónde salía semejante y repentina fijación en él. No era una cuestión de lujuria en sí. Era... ¿intriga? ¿Curiosidad? ¿Una mórbida fascinación?

Daba igual. Eran todo ecos de lo mismo. Y resultaba inapropiado.

Me hubiese comprometido por conveniencia o no, me pagaban millones de dólares para que me comportara como una prometida enamorada. No pensaba cargarme mis planes por unos cuantos pensamientos fuera de lugar.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —le pregunté después de que Vuk se hubiese vestido ya, y señalé la cama con la cara.

Él me dedicó una sarcástica mirada y signó:

—*Es una cama. Nos metemos y dormimos.*

—Eso ya lo sé, pero es... ¿Sabes qué? Olvídalo.

Fui hacia el baño de mala gana y resoplando.

Me puse el pijama y dediqué la siguiente media hora a seguir mi rutina nocturna de *skincare* y para el pelo mientras Vuk hacía lo que quisiera que estuviera haciendo. Seguramente estaría planeando cómo matarme mientras dormía.

No entendía cómo podía ser amigo de Jordan. Este era la mar de sociable y de trato fácil, y Vuk... no.

Cuando me hube puesto los sérums y las cremas necesarios, me pasé un capillo por el pelo, me hice una trenza y me lo sujeté con unas cuantas horquillas. Me lo envolví con un gorro de seda antes de regresar al cuarto y ahí me encontré a Vuk sentado al lado de la cama, leyendo.

Era una novela de suspense o algo así y casi le pregunté de qué iba, pero me serené enseguida.

Bastantes acercamientos había habido ya por hoy. Vuk se pasaba la mitad del tiempo siendo un borde y yo no era tan masoquista como para buscar fuentes de castigo.

Si no quería hablar como una persona normal, no iba a obligarlo.

Me subí a la cama y me puse de espaldas a él a propósito. Sí, fue mezquino por mi parte, pero así yo no tendría que ver lo desesperadamente atractivo que resultaba con un libro entre las manos.

Jamás me lo habría imaginado leyendo ficción, aunque tampoco es que supiera demasiado sobre él. Incluso me respondió con vaguedad al preguntarle cómo se había metido en el mundo de los destilados.

Miré el reloj que había en la mesita de noche. Las diez y media.

Oí cómo pasaba las páginas y, a continuación, el suave golpe del libro al chocar con la madera. Un segundo después, la cama se hundió y su calor corporal me envolvió entera.

Entré en tensión por miedo a que, si respiraba con demasiada fuerza, fuéramos a tocarnos.

Daba igual lo grande que fuera el colchón. Podíamos dormir en zonas opuestas de la habitación que seguiría notándolo demasiado cerca.

Cuando Vuk se acomodó en la cama, noté cómo se me deslizaba el edredón por mi desnuda piel.

Cerré los ojos con fuerza, deseando haberme decantado por otra cosa que no fueran aquellos minúsculos *shorts* de pijama satinados.

Y deseando, también, haberme traído algún libro o mis agujas de tejer a la cama. Así tendría algo en lo que centrarme aparte del exasperante mastodonte de hombre que tenía al lado.

Como no me había traído ni una cosa ni la otra, me limité a quedarme ahí tumbada, inquieta, hasta que al final conseguí caer en un intranquilo sueño.

Vuk

Eran las tres de la mañana y, desde que había apagado las luces, no había hecho una mierda aparte de quedarme mirando el techo y escuchar a Ayana respirar.

Hacía horas que se le había relajado el cuerpo y que se le había calmado la respiración. Me había quedado más que claro que ella estaba durmiendo profundamente mientras a mí me atormentaba el diminuto espacio que nos separaba.

En circunstancias normales, la cama doble grande del hotel sería gigantesca. ¿En mis circunstancias? Ni siquiera el océano Pacífico sería suficientemente ancho.

Seguía notando su calor corporal.

Seguía oliéndole el champú.

Seguía imaginándome lo fácil que sería acortar la distancia que había entre nosotros y besarla hasta dejarla húmeda y con ganas de más.

Apreté los dientes. Cerré los ojos y me obligué a pensar en otra cosa, lo que fuera.

Los resultados del Blackcastle (el equipo londinense de fútbol que había comprado) de esta temporada.

La investigación del incendio.

La maldita hamburguesa que había pedido que me subieran antes a la habitación.

No sirvió de nada.

Durante las sosegadas horas que van de la medianoche al alba, mis peores impulsos se adueñaron de mí y no encontré la forma de impedirlo.

Giré la cara. Los ojos se me habían acostumbrado tanto a la oscuridad que no tuve problemas en atisbar la sinuosidad del hombro de Ayana y la curva sutil de sus caderas bajo el edredón.

Estaba durmiendo tan pegada al borde de la cama que podía caerse a la más mínima, lo cual me recordó que yo no era ni sería jamás su prometido. Estaba ocupando su lugar en esta escapada. Si Jordan estuviera aquí, seguramente estarían durmiendo abrazados como un par de nutrias marinas, joder.

No se irían a vivir juntos hasta que se hubiesen casado, pero seguro que dormían prácticamente todas las noches en casa de mi amigo.

Para él, era lo normal. Jordan no pestañearía siquiera ante la posibilidad de irse a dormir cada noche con Ayana y despertarse cada mañana junto a ella.

Aquel pensamiento me estuvo rondando la cabeza hasta que la oscuridad me atrapó con tanta fuerza que casi me ahogo.

Por suerte, la pantalla del móvil (que tenía en silencio) se me iluminó con una notificación justo en ese mismo instante y me sacó de aquella espiral.

Sean.

Me obligué a respirar por la nariz y abrí el correo electrónico, desesperado por encontrar una distracción. El hombre dormía tan poco como yo, lo cual nos venía de perlas.

Su mensaje consistía en una única frase:

> Adjunto los archivos que me has pedido.

La satisfacción hizo que mi lacerante envidia amainara un poco. Por eso le pagaba el dinero suficiente como para que pudiera permitirse vivir en una casa adosada de piedra arenisca en West Village y que su hijo estudiara en un colegio privado. Sean hacía su trabajo y lo hacía bien.

Abrí los documentos encriptados y leí el contenido en diagonal. Uno era un dosier entero sobre Hank Carson. El otro, un informe parecido sobre su agencia: Agencia de modelos Beaumont Management. Se llamaba así por su fundadora y dueña: Emmanuelle Beaumont. Ayana llevaba trabajando con ellos desde que empezó a hacer de modelo.

Después de oírla hablando con su agente por teléfono, le pedí a Sean que me enviara toda la información que pudiese recopilar acerca de Hank y Beaumont. A simple vista, parecía todo normal, pero algo me decía que dicha agencia ocultaba algo turbio.

No le había prestado demasiada atención hasta entonces, pero me saltaron las alarmas al ver lo nerviosa que se ponía Ayana al hablar con Hank. Al igual que me saltaron ahora, al ver el impecable historial de la agencia. Más allá de las típicas quejas por exceso de trabajo y pagos retrasados, estaban casi demasiado limpios.

Se trataba de una agencia que llevaba veinte años en el mercado y no se la relacionaba con ningún escándalo ni había rumores sobre

si eran o no deshonestos. Estábamos hablando del mundo de la moda: la cuna del maltrato.

O Emmanuelle era una santa y muy honrada, o tenía un equipo la mar de eficiente que cubría todas sus huellas.

Dicho eso, aquellos informes no eran más que el principio. También tenía estados financieros por revisar, clientes a quienes localizar y una compleja red de relaciones y favores por aclarar.

De eso ya me ocuparía yo personalmente. Quería que Sean se centrara en encontrar al sospechoso del incendio; cualquier cosa que estuviese relacionada con Ayana era asunto mío. Ese tema no lo tocaría nadie más.

Salí de las carpetas en cuestión y volví a dejar el móvil en la mesita de noche cuando Ayana se movió.

Me quedé helado.

Musitó algo (igual era yo, que ya me imaginaba cosas, pero habría jurado que acababa de oírle decir «mantequilla de cacahuete») y se giró hacia el otro lado. Al hacerlo, se me acercó hasta quedar a pocos centímetros de mí.

Entré en tensión. Antes de que me diera tiempo a poner la distancia que tanto necesitaba entre nosotros, Ayana me pasó una pierna por encima de las mías y suspiró.

Noté el ardor de su desnuda piel a través de los pantalones de chándal que me había puesto, como si no los llevara. Mi cuerpo reaccionó de una forma tan visceral e instantánea que pegué un salto sin poderlo evitar. Me pegué un golpe con el hombro contra la mesita de noche y el dolor se me extendió por todo el brazo.

Ayana se despertó sobresaltada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz soñolienta y con una pizca de pánico mientras se sentaba—. ¿Todo bien?

Encendí las luces y me quité las sábanas de encima. El pulso se me había acelerado a más no poder.

—*No pasa nada.*

Toqué el suelo con los pies. Pillé la llave de la habitación y el móvil otra vez y fui hacia la puerta.

—¿Y por qué estás despierto a... las tres y media de la mañana? —A juzgar por aquella pausa, di por hecho que estaría mirando el reloj.

Me giré y la miré cabreado.

—*Voy al gimnasio.*

—¿A las tres y media de la madrugada? —preguntó enfatizando bien la hora.

Sí. Joder, es que dormiría en el gimnasio si pudiera. Cualquier cosa con tal de alejarme de ella y deshacerme del recuerdo de tener su cuerpo pegado al mío.

Se me enfrió la expresión.

—*Sigue durmiendo, Ayana.*

No esperé a que respondiera.

Salí del cuarto y fui directo a la planta inferior del hotel. El centro de *fitness* permanecía abierto las veinticuatro horas del día; sin embargo, a estas horas de la noche, estaba desierto.

Ayana debería de pensar que era un cabrón con cambios de humor. Y seguramente tendría razón pero, cuanto más mal le cayera, mejor.

Si había algo peor que el hecho de que te odiara la mujer con quien te habías obsesionado era que intentara hacerse amiga tuya.

Cogí un par de mancuernas. Me seguía ardiendo la piel tras el breve roce de nuestros cuerpos, pero hice como si nada.

Canalicé toda la frustración que tenía acumulada en un duro entrenamiento a modo de castigo. Si Sean estuviera aquí, me

pegaría la bronca por estar siendo tan imprudente con mi cuerpo, pero a la mierda. Quien tenía que dormir en la misma cama que la prometida de su amigo no era él.

Tras una hora de pesas y cardio, por fin bajé de la cinta de correr y me senté en el banco de entrenamiento. El sudor me resbalaba por la cara y por la espalda, y los músculos me gritaban furiosos.

Agradecí aquella sensación de dolor. Me dio algo en lo que centrarme en lugar de seguir visualizando a Ayana con un camisón de encaje blanco. Mientras entrenaba, había conseguido deshacerme de aquella imagen; aun así, al quedarme ahí quieto, sentado, volvió a mí con una fuerza brutal.

Apoyé los antebrazos en las rodillas y oí cómo me rugía el corazón. El espejo que me quedaba enfrente me devolvió la mirada, fulminante.

Incluso ahora, que ya habían pasado un montón de años, mi reflejo seguía sentándome como una patada en el estómago.

La cicatriz que me atravesaba la cara ya no era de un rojo intenso, sino que ahora era de una especie de blanco rosado, y las quemaduras que tenía por el cuello habían adoptado un tono rosa violeta. La piel, lejos de ser perfecta, se me había curado todo lo que se me podía curar; no obstante, lo que hacía que se me revolvieran las tripas no era mi físico.

Cuando me miraba a mí mismo, me acordaba de los gritos. Olía la peste a carne chamuscada. Sentía el dolor que se me aferró a la cara y al cuello con uñas y dientes.

Hay cosas que, por más tiempo que pase, siempre te acompañarán.

En su día, yo no tenía el dinero y el acceso a servicios médicos que tengo ahora. Y, aunque los hubiese tenido, no me habría deshecho de las cicatrices.

Pero esas cicatrices eran el precio que pagar por lo ocurrido: rabia, culpabilidad y dolor; todo aglutinado en un monstruoso rostro que todo el mundo se quedaba mirando. Una advertencia para que se mantuvieran alejados de mí; un recordatorio de lo que yo mismo había hecho.

Por más que Ayana no estuviera comprometida con Jordan, nunca sería mía. Pertenecíamos a mundos distintos.

Sin embargo, había momentos (y días) en los que a mí eso no me importaba una mierda. Ayana tenía que estar a mi lado. Y ahora estaba justo ahí, aunque a unos pisos de distancia, como si el mundo me la hubiese servido en bandeja a propósito, para tocarme los cojones.

Encorvé los labios.

Aparté la mirada del espejo y entré en el baño contiguo. Abrí el grifo al máximo y volví a ducharme con agua fría por segunda vez en lo que iba de noche.

6

Ayana



Cuando me desperté a la mañana siguiente, Vuk ya estaba despierto y vestido. A lo mejor no había pegado ojo en toda la noche; aun así, en el caso de que la falta de descanso le afectara, yo no se lo noté.

Estaba sentado a la mesa del salón, tomándose un café y leyendo el periódico mientras yo me adecentaba. Hombros anchos y rasgos marcados, y llevaba el cuello de la camisa abierta, de modo que se le veía un pedazo de piel bronceada. Su gélida expresión no dejaba entrever rastro alguno de cansancio.

No me molesté en darle los buenos días siquiera. Después de lo de anoche, no se lo merecía.

Fue mezquino por mi parte, lo sé, pero es que estaba harta de su desprecio. No me creía ni de broma que, de repente, le hubiesen entrado unas ganas inmensas de hacer deporte a las tres de la madrugada. Lo que había pasado era que no quería estar cerca de mí y punto.

Hicimos el *check-out* y fuimos al aeropuerto en silencio.

Cuando llegamos, el personal de Vuk ya nos estaba esperando. Despegamos enseguida, rumbo a Nueva York otra vez.

Me tragué las náuseas y evité mirar por la ventana, hacia las nubes que teníamos debajo. Me había tomado una pastilla para la ansiedad antes de despegar, pero tardó un poco en hacerme efecto, de modo que tuve que lidiar con las imágenes de un avión chocando y montones de escombros que me inundaron la mente durante un rato.

Mi aprensión a volar no era invalidante. De lo contrario, no habría podido dedicarme a lo que me dedicaba.

Sin embargo, si no tenía quien me distrajera, me estresaba tanto que me ponía fatal (aunque no lo supiera nadie). Cuando yo tenía quince años, mi tía casi murió en un accidente aéreo. Después de eso, investigué acerca de accidentes de ese tipo hasta la saciedad y las imágenes que vi en el proceso se me grabaron a fuego en la memoria. Cada vez que me subía a un avión estaba segura de que esos iban a ser los últimos minutos de mi vida.

Vuk, en cambio, parecía la mar de cómodo. Estaba sentado al otro lado del pasillo, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. La copa de champán que le habían servido a modo de bienvenida al subir seguía en la mesa que le quedaba delante; no la había ni tocado.

—¿Por qué me odias tanto? —le pregunté cortando aquel silencio con firmeza.

Diría que la pregunta se me escapó sin más, pero es que ya llevaba meses queriendo salir. Supongo que no había mejor momento para hacer las preguntas difíciles (ni para distraerme de mi enfermiza imaginación) que cuando te encontrabas atrapada con la otra persona en un vuelo de seis horas.

Vuk abrió los ojos y giró la cara hacia mí. Tenía una expresión inescrutable.

—¿Crees que te odio?

—¿No me odias? —nos señalé—. Haces de todo para evitarme. Y, cuando no puedes evitarme, haces como si yo ni estuviera. Venga ya, pero si prefieres pasarte la noche en el gimnasio del hotel que en el mismo cuarto que yo. Y no intentes venderme la moto de que nadie te cae bien. La forma en la que me tratas a mí no tiene absolutamente nada que ver con cómo tratas a los demás. —Inhalé profundamente—. Ya sé que yo no nací en una familia adinerada y que quizá pienses que no soy lo suficientemente buena para Jordan. Pero eso da igual, porque estamos prometidos y nos casaremos sí o sí. Y tú eres el padrino. Lo mínimo que podrías hacer sería actuar de forma civilizada hasta que pase la boda.

Mi frustración quedó expuesta con toda su gloria y esplendor.

Estaba hasta el moño de su volatilidad. En la cata de ayer le solté una bronca más o menos similar, pero ahora estábamos solos. Ya no tenía que contenerme y era hora de que atajáramos el problema de raíz de una vez por todas.

Una oscura sombra atravesó los pálidos ojos de Vuk. Se giró deliberadamente y escribió algo en un cuaderno.

Al cabo de un minuto, se levantó del asiento y yo, en un acto reflejo, me hundí más en el mío. A la que echó a andar hacia mí, se me aceleró el corazón a más no poder.

¿Por qué había escrito su respuesta en lugar de señarla? ¿Lo había llevado finalmente al límite? ¿Iba a asesinarme aquí mismo, en su *jet* privado?

Aparte de nosotros, aquí no había nadie más a excepción del piloto y de la azafata, y ambos trabajaban para él. Dudaba que fuesen a acudir en mi ayuda.

Vuk se detuvo frente a mí. Era tan alto que tuve que alargar el cuello para mirarlo.

Aguanté la respiración mientras él abría el puño y dejaba que aquel arrugado trozo de papel me cayera en el regazo. Cuando hubo desaparecido en otra cabina, me permití relajarme y leer la nota.

Al ver las palabras que había garabateado en boli negro, se me aceleró el pulso:

No te odio. Ojalá.

Vuk no me dio explicación alguna acerca de su nota y yo tampoco se la pedí.

Que alguien desease odiarte era, en parte, peor que si te odiase de verdad, y yo estaba extremadamente cansada como para ir detrás pidiéndole explicaciones. Intentar sonsacarle una respuesta directa era como intentar sacarle sangre a una piedra.

Horas más tardes, mientras él estaba encerrado en el dormitorio del avión, yo me quedé mirando mi cuenta bancaria.

Desde un punto de vista objetivo, no era terrible. En comparación con una persona de a pie, me ganaba muy bien la vida; aun así, yo era consciente de que la cantidad de dinero que debería tener en la cuenta no era la que aparecía ahí. Había una diferencia abismal entre ambas.

Cuando empecé a trabajar como modelo, Beaumont me pagaba todos los gastos por adelantado: hoteles, transporte, fotos de prueba y un largo etcétera. Sin embargo, al igual que la gran mayoría de agencias de modelos, esperaban un reembolso completo de dichas cantidades y yo me pasé años en deuda con ellos hasta que conseguí unos trabajos lo suficientemente bien remunerados como para poder salir de aquel hoyo financiero. Más o menos.

Mis años posdeuda con Beaumont se vieron acentuados por pagos tardíos o no realizados, excusas y amenazas sutiles siempre que intentaba irles detrás. Todavía me debían meses de trabajo de proyectos que había completado hacía ya un año.

Por desgracia, en mi sector, las regulaciones iban sumamente escasas. La explotación financiera y otras formas de abuso estaban a la orden del día y las modelos poco podíamos hacer.

Yo tenía la suerte de contar con un colchón decente y de tener a mi familia cerca. Pero, de todos modos, seguía atada de manos y pies por un contrato que me impedía dejar la agencia sin que hubiera «consentimiento mutuo»; de lo contrario, tendría que pagarles una cantidad desorbitante por haber incumplido los términos. No podía permitirme perder tanto dinero, y menos aún cuando Nueva York era una ciudad tan cara y mi sueldo como modelo, tan inestable. Ahora me iba genial, pero nadie me aseguraba que siguiera teniendo tanto éxito en el futuro. Por eso necesitaba el dinero que me proporcionaba el acuerdo con Jordan: para poder rescindir el contrato, cubrir mis gastos legales y seguir teniendo una red de seguridad financiera. Salí de la cuenta bancaria y le mandé un mensaje a Hank:

> He estado mirando el pago de Crystal Water. Hicimos la sesión hace ocho meses y sigo sin haber cobrado.

Pasaron hasta quince minutos antes de que me respondiera:

> **HANK**
> Lo siento, cielo, no sé nada del tema. Tendrás que hablarlo con los de contabilidad.

Como ya sabía lo que me diría, ni siquiera me molesté en contestar. Lo único que quería yo era que quedase constancia de

ello.

Dejé el móvil y me terminé el agua. A pesar de que Jordan iba a pagarme dentro de poco, sentí un nudo inmenso en el estómago. De aquí a febrero, las cosas podían torcerse.

¿Qué pasaría si no podía rescindir el contrato? ¿Seguiría atada a Beaumont para siempre hasta que...? El móvil me cayó al suelo a causa de una repentina turbulencia. Oí cómo repiqueteaban los platos en la cocina y un relámpago iluminó el grisáceo cielo exterior. El *jet* se agitó con tanta fuerza que hasta noté cómo me temblaban los huesos.

Justo igual que en mis mórbidas imaginaciones de antes.

«Ay, Dios».

Noté cómo me subía la bilis mientras me olvidaba de todos los pensamientos acerca de Hank, Beaumont y mis finanzas. Solo podía centrarme en una cosa y era en los nauseabundos movimientos del avión.

¿A cuánta altura estaríamos? ¿A nueve mil kilómetros? ¿Doce mil? ¿Cuánto tardaríamos en chocar contra el suelo y estallar con grandes llamaradas de fuego?

Vuk entró de nuevo en la cabina principal con una expresión tensa en el rostro. A pesar del temblor de la nave (¿era normal que las turbulencias durasen tanto?), caminaba con firmeza y se sentó justo a mi lado sin mediar palabra. A su espalda, la azafata se sentó en el asiento que tenía asignado y se abrochó el cinturón.

El cinturón. Claro. Debería abrochármelo.

Mientras cogía torpemente el cinturón, apenas oí al piloto, que nos advertía de que debíamos permanecer sentados. La hebilla del cinturón no paraba de resbalarme por mis sudorosas manos.

¿Por qué no encajaba la maldita cosa esa?

A la que Vuk alargó el brazo para cerrarme bien los puntos de anclaje del cinturón, noté una sutil brisa.

—Gracias. —Tenía la garganta tan seca que me costó pronunciar aquella palabra.

Antes de que pudiera decir nada más, el avión volvió a pegar una sacudida descomunal. En esta ocasión, fui incapaz de contener un grito y, en un acto reflejo, le agarré la mano a Vuk,

Él entró en tensión, pero no la apartó.

«Respira».

Me obligué a contar hasta diez una y otra vez hasta que dejé de temblar. Entonces ya me relajé, a pesar de que la adrenalina seguía corriéndome ávida por las venas.

Y también fue entonces cuando me di cuenta de que estaba estrujándole la mano a Vuk, que desvió la vista hacia donde lo estaba tocando y apretó la mandíbula.

—Perdona. —Me sonrojé—. No llevo bien esto de las turbulencias.

Hice ademán de separarme, pero él entrelazó los dedos con los míos y me dio una palmadita en la mano con la suya. Vuk tenía la piel áspera y cálida, y me sujetó la mano con firmeza.

Me quedé sin aliento por segunda vez. Abrí la boca (aunque tampoco sabía muy bien qué decir) pero, en ese momento, el avión volvió a agitarse.

El pollo con espinacas que me había comido a la hora del almuerzo se me revolvió en las tripas. No aguantaría mucho más. Como la adrenalina siguiera subiéndome y bajándome por el cuerpo, vomitaría encima de esa mesita plegable con grabados personalizados.

Por suerte, el avión no tardó en estabilizarse. Al otro lado de la ventana, el gris se volvió azul y el piloto habló por megafonía para

asegurarnos que ya habíamos pasado las turbulencias previstas. De ahora en adelante, debería ser un vuelo agradable.

Cuando el piloto hubo terminado de hablar, Vuk me soltó la mano como si fuese una patata ardiendo.

Me froté la palma en el muslo con la esperanza de deshacerme de aquel cosquilleo. No lo conseguí.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunté.

Di por sentado que si me agarró cuando intenté apartar la mano lo hizo únicamente porque sabía que las turbulencias no habían acabado aún.

—Cuando vuelas mucho, intuyes este tipo de cosas.

Sonó un poco a trola, pero tampoco me sorprendería que tuviera poderes sobrenaturales. Ese hombre desprendía algo perturbadoramente inhóspito.

Por sorpresa mía, Vuk se quedó a mi lado a pesar de que el piloto hubiese dicho que ya estaba todo en orden. Paseó la vista desde mi sudorosa cara hasta la mano con la que me estaba agarrando la rodilla con tanta fuerza que incluso tenía los nudillos blancos.

Como he dicho ya: no llevaba bien lo de las turbulencias.

Aterrizaríamos al cabo de una hora, más o menos; justo todo el tiempo que necesitaría yo para recomponerme. Él signó:

—Te da miedo volar, pero decidiste ser modelo.

Y no era una pregunta.

Decidir igual era pasarse un poco, pero no hice ningún comentario al respecto.

—No me da miedo. Me inquieta. —Vale, a veces sí que me daba miedo, pero la mayor parte del tiempo era más bien inquietud—. Si puedo hablar con alguien, suelo sentirme mejor. Así no pienso en que estoy atrapada en un espacio diminuto en medio del cielo

porque a algún genio se le ocurrió que sería un buen método de transporte.

Una pizca de diversión atravesó la mirada de Vuk.

—*¿Y de qué hablas?*

—De lo que sea. De cualquier cosa. De pelis, memes, temas de actualidad... —Y, entonces, como no me pude resistir, añadí—: De que hay personas que un rato te tratan bien y al siguiente se ponen superbordes y no sabes por dónde pillarlas...

Vuk ignoró la segunda parte de mi intervención y se centró en lo último que me hubiese esperado yo:

—*Memes.*

—Sí. ¿Como los de la rana Gustavo? ¿O el del tío ese que pestañea nervioso? —En las audiciones, me pasaba un montón de tiempo esperando y mirando el móvil, así que era buena conocedora de las bromas de internet.

Cuando encontraba algo bueno, se lo enviaba a mi hermana, aunque ella solía estar siempre tan ocupada con sus hijos o trabajando como enfermera que no me respondía hasta al cabo de unos cuantos días.

Una vez le envié un vídeo gracioso a Jordan y me pasé media hora intentando explicarle de qué iba la broma. Nunca más volví a enviarle ninguno.

Vuk me miró de reojo.

—*Ya sé lo que son los memes.* —Guardó silencio un segundo—. *¿De qué habláis con Jordan cuando voláis juntos? Más en concreto.*

Respuesta rápida: no hablábamos. Yo intentaba tranquilizarme sola leyendo mis *blogs* de moda y de perfumes favoritos y él trabajaba. Pero eso no podía decírselo a Vuk.

—De la familia. —Fue lo primero que se me vino a la mente—. De nuestras familias —aclaré—. Y de que, eh..., pronto seremos todos

una sola familia.

Me estremecí mentalmente. Sonaba como una idiota.

En caso de que Vuk pensara lo mismo, no lo demostró.

—Háblame de tu familia.

Enmudecí un segundo. Me sorprendió darme cuenta del tiempo que hacía que no hablaba acerca de mi familia con nadie que no estuviese relacionada con ella.

—Viven en Washington D. C. —le conté—. Tengo dos hermanos mayores: Liya y Aaron. Liya es enfermera en las urgencias del hospital de Thayer y Aaron trabaja en el restaurante de mis padres. Le están enseñando para que tome él las riendas del negocio cuando se jubilen dentro de unos años.

—¿Qué clase de comida sirven?

—Etíope. Son de Addis Abeba y abrieron el restaurante cuando yo era adolescente porque echaban de menos el sabor de casa. En Washington D. C. hay una comunidad etíope inmensa, o sea, que ya había bastantes restaurantes, pero en ninguno hacen unas samosas como las de mi padre.

Al acordarme de nuestras cenas semanales de los viernes, cuando toda la casa olía a pollo y a especias, sonreí con melancolía. Liya, Aaron y yo nos peleábamos por las tareas que teníamos que hacer mientras mi padre cocinaba y mi madre ponía la mesa.

Invitábamos a más gente a comer a menudo. Nuestra casa era un constante ir y venir de tías, tíos, primos y amigos de la familia, muchos de los cuales traían a sus amigos para que probasen los famosos platos de mi padre.

Nueva York me encantaba, pero tenía mi comunidad en Washington D. C. Tras seis años en Manhattan, seguía sin acabar de encontrar mi sitio.

Llamaba a mis padres a menudo y nos íbamos mandando mensajes, pero no era lo mismo.

—Tenemos una familia muy grande —añadí—. Vive en el norte y el sur de la costa Este, pero cada año nos reunimos todos juntos por fiestas en casa de mis abuelos, en Maryland.

Con los años, me había perdido más de una reunión por cuestiones de trabajo. A estas alturas, estaban ya tan acostumbrados que no se molestaban en presionarme para que «me tomara un descanso», cosa que me hacía sentir aún peor.

La azafata se nos acercó para ofrecernos más comida y bebidas. Tanto Vuk como yo rechazamos su oferta y él volvió a centrarse en mí enseguida:

—¿Cuál es tu hermano favorito?

Lo miré de refilón.

—¿Estás intentando que me meta en líos?

Él se encogió de hombros y se le dibujó una muy sutil sonrisa en los labios.

No sabía cómo tomarme su repentino interés en mi vida personal. Ni tampoco me había olvidado de la nota que me había pasado antes: «No te odio. Ojalá».

Sin embargo, no se estaba comportando como si quisiera odiarme. Se estaba comportando como si de verdad quisiera saber más sobre mí.

Por lo visto, ahora volvíamos a tratarnos bien. Y, por más que detestara sus cambios de humor, hacía tanto tiempo que no mantenía una conversación real con nadie de algo que no estuviera relacionado con el trabajo o con la boda que... me sentó bien.

—Los quiero a los dos, pero Liya y yo somos más o menos de la misma edad —comenté—. Tiene tres años más que yo; y Aaron,

siete. Sencillamente tenemos más cosas en común. Pronto la conocerás, es mi dama de honor.

Vuk volvió a apretar los labios en una fina línea.

—*¿Por qué Jordan?*

Pestañeé. Aquel repentino cambio de tema me descolocó tanto que tardé un minuto en responder:

—No entiendo a qué te refieres.

—*¿Por qué decidiste casarte con él?*

Y dale con el *decidir*.

Sí, suponía que había decidido casarme con él. Sin embargo, al igual que había ocurrido con mi carrera como modelo, fue por una cuestión de necesidad más que por cualquier otra cosa.

Mi vida adulta la habían moldeado, en todo momento, circunstancias que yo no podía controlar.

Noté un nudo inmenso en la garganta. Me crucé de piernas y me alisé la falda con la mano, intentando ganar tiempo.

No era una persona inquieta, pero las preguntas de Vuk (y su presencia) me ponían nerviosa. Tenía la sensación de estar al borde del abismo. Que si daba un paso en falso todo se iría al traste.

—¿Por qué no iba a casarme con él?

Primera lección sobre cómo ser evasiva: responde a la pregunta con otra pregunta y cruza los dedos para que te sigan el rollo.

Vuk me clavó la vista en los ojos con una frialdad abrasadora.

—*Eso no es una respuesta, Ayana.*

No le había oído nunca la voz, pero el sonido imaginario de mi nombre hizo que un escalofrío me recorriese entera.

—Es amable. —Contuve las ganas de estremecerme ante tan pusilánime descripción—. Hace mucho tiempo que nos conocemos y disfrutamos de la compañía del otro. Es justo el tipo de persona con el que debería casarme.

No estaba vendiendo nuestra historia de amor en absoluto, pero en mi defensa diré que nunca nadie me había preguntado por qué me casaba con Jordan. La modelo y el director ejecutivo del mundo de la moda. Para la mayoría de las personas, la respuesta era evidente.

Por desgracia, Vuk no formaba parte de ese grupo.

—Si echamos mano de tu lógica, me habría casado yo con Jordan antes que tú. Hace mucho tiempo que lo conozco y disfruto de su compañía.

De no ser por el extraño cosquilleo que noté bajo la piel, me habría burlado bastante de aquella medio broma suya.

—Mentira. Tú no disfrutas de la compañía de nadie.

—Te equivocas.

—Dime el nombre de una sola persona de cuya compañía disfrutes. Aparte de Jordan.

—¿No cuenta él ya como una persona?

—Para el propósito de esta conversación, no. Estoy intentando demostrarte que tengo razón.

—¿Con qué?

—Con que no te gusta la gente.

—La gente en general, no.

Bajó la vista un segundo antes de volver a mirarme a los ojos y añadir:

—Pero hay excepciones.

Una calina espesó el aire. A cada inhalación, se volvía más y más densa.

Vuk no estaba hablando de mí. Era imposible; sobre todo, si nos fijábamos en cómo me había tratado hasta entonces.

Aunque sí que me había acompañado en este viaje.

Me había agarrado la mano durante las turbulencias.

Y, cuando me había mirado, yo me había sentido como una persona de verdad. No como un maniquí. Ni como una fuente de ingresos. Ni como un referente para niñas a las que yo nunca había pedido ser referente alguno.

Simplemente un ser humano común, con intereses y una vida más allá de la que me construía la agencia.

«No te odio. Ojalá».

La neblina chisporroteó un poco y se llevó las nociones previas que tenía sobre los sentimientos de Vuk hacia mí. ¿Y si...?

Se iluminó la señal del cinturón de seguridad y emitió un ruidito, y el piloto habló por megafonía:

—Hemos comenzado el descenso a la ciudad de Nueva York. Si tienen que utilizar el baño u otros servicios, por favor, háganlo ahora. Aterrizaremos dentro de poco.

La bruma se disipó. El oxígeno me entró a toda prisa en los pulmones y, cuando volví a mirar el móvil, me sorprendió ver que ya había pasado una hora desde que habían empezado las turbulencias.

Mi conversación con Vuk no solo me había distraído del pánico que le tenía a morir. Había hecho que se me olvidara por completo.

Cuando levanté la vista de nuevo para darle las gracias, ya se había ido.

7

Vuk



Amartillé el arma y apunté.

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

Cada disparo atravesó la cabeza y el corazón de aquel blanco de papel con unos agujeros limpios hasta que me quedé sin balas.

A continuación, Sean se me acercó y examinó el objeto en cuestión con las cejas arqueadas. Tenía un expediente en la mano.

—¿Se siente mejor? —me preguntó.

Ni de lejos. Y menos cuando el fin de semana que había pasado con Ayana seguía atormentándome.

En lugar de responder, me limité a volver a cargar el arma.

Éramos las únicas personas en el campo de tiro del Club Valhalla. Era una de las instalaciones menos concurridas del club, lo cual la

convertía en el lugar ideal para que pudiésemos pulir destrezas y hablar de asuntos privados.

A decir verdad, las pistolas no eran mi arma favorita. Eran demasiado poco personales. Si odias tanto a alguien como para matarlo, ten los cojones suficientes como para hacerlo de cerca, desde donde puedas ver cómo se le apaga la luz en la mirada.

Profesionales y psicópatas aparte, había una diferencia entre quienes mataban con un objetivo y quienes mataban por impulso. Solo que los primeros tenían la convicción de llegar hasta el final cuando notaban el último aliento de sus víctimas en la piel.

Motivo por el cual yo prefería las navajas. Eran precisas, versátiles y personales, siempre.

Sin embargo, cuando necesitaba desahogarme o quitarme a cierta supermodelo de la cabeza, las pistolas también me servían.

—Traigo noticias que le ayudarán a dejar de pensar en lo que sea que lo tenga tan cabreado —dijo Sean al ver que permanecía en silencio. Me pasó el expediente—. Hemos identificado el tatuaje del sospechoso. En base a lo que se ve en la foto, hay una coincidencia del setenta y cinco por ciento. Teniendo en cuenta lo que teníamos entre manos, es casi todo a cuanto podíamos aspirar.

Dejé el arma y abrí la carpeta. Solo había una imagen ampliada del tatuaje en cuestión: una guadaña negra con una víbora sibilante enroscada alrededor del mango.

Se me heló la sangre. Solo había una organización cuyos miembros llevaran ese tatuaje en concreto.

«La Hermandad».

—Esto lo complica todo, por supuesto —señaló Sean—. Al menos, ahora sabemos con seguridad que el incendio no fue ningún accidente y que van a por usted. Y sabemos el motivo.

Cerré la carpeta de golpe y la dejé en la mesa.

—¿Ah, sí?

Ya hacía casi trece años de mi último sangriento altercado con La Hermandad. Desde entonces, habíamos convivido con una precaria paz mutua. Ellos me dejaban en paz y yo los dejaba vivir.

Visto así, ¿por qué volvían a venir a por mí después de tanto tiempo?

—El motivo exacto no —se corrigió Sean. Después de que lo contratara, aprendió lenguaje de signos, o sea, que me entendía a la perfección—. Pero lo descubriremos. ¿Ha recibido algún tipo de mensaje extraño últimamente? ¿O se ha dado cuenta de que hubiese alguien nuevo o sospechoso merodeando por ahí? El repartidor de correos. El repartidor de comida. El electricista. Cualquier persona que quede en segundo plano y que pueda tener acceso temporal a usted.

Negué con la cabeza. Estaba capacitado para advertir comportamientos extraños. Si hubiese visto algo, se lo habría dicho a Sean de inmediato.

—Me lo imaginaba, pero tenía que asegurarme. —Sean apretó los labios. La Hermandad no era ninguna organización criminal de segunda. Mi jefe de seguridad estaba preocupado y no lo culpaba—. Ya he preparado un plan para aumentar nuestras medidas de seguridad. ¿Quiere que le ponga también un guardia a Willow?

Willow era mi antigua mano derecha y la ayudante que había tenido durante mucho tiempo. Había sido la mejor amiga de mi madre y, cuando mis padres murieron, me cuidó como si fuera su propio hijo.

Se había jubilado a principios de este año y se había mudado a Oregón. Ya no disfrutaba de una salud tan buena como antes y hacía poco que su hija había dado a luz al que sería su primer nieto. Quería pasar más tiempo con la familia. Yo había respetado sus

deseos y le había dado un generoso finiquito como regalo de despedida.

Todavía hablábamos a menudo, pero no nos veíamos tanto como solíamos vernos antes. Además, aún no la había reemplazado con otra ayudante; no confiaba lo suficientemente en nadie.

—No. Ya no trabajamos juntos y está en Oregón. No irán a por ella. —Guardé silencio un segundo y añadí—: *Y tampoco cambies nuestras medidas de seguridad represivas todavía. Que no se den cuenta de que lo sé.*

Sean abrió los ojos como platos.

—Seremos un blanco fácil —argumentó—. Ahora contamos con una seguridad excelente, pero en comparación con La Hermandad... Podrían volver a atacar en cualquier momento.

—Por poder, podrían hacer muchas cosas. Pero no ha sido el caso.

Desde el incendio, las cosas habían estado siniestramente tranquilas. Ningún intento de asesinato ni incidentes extraños. Me empezaba a cuestionar si no estarían fallándome los instintos al pensar que el incendio había sido intencionado hasta que Sean me confirmó que La Hermandad estaba involucrada en el asunto.

Conociéndolos, estarían esperando a que me confiara antes de volver a atacar. Todavía tenía un mes de margen; un poco más, tal vez.

Al igual que yo, ellos también eran pacientes.

—Refuerza las medidas de seguridad blandas que tenemos, incluyendo las cibernéticas y las de vigilancia. Haremos como si formara parte de nuestra evaluación anual. Cambia también las claves de acceso, las cerraduras y demás, pero no quiero que haya ninguna incorporación visible de personal.

Nada pondría más en alerta a La Hermandad que un aumento de guardias en mi casa y en mis oficinas.

—Entendido.

Sean regresó a su zona del campo de tiro y volvimos a disparar otras doce rondas más antes de devolver el material.

Cuando entramos en el edificio principal del Valhalla, nadie pestañeó. Si Sean tenía acceso era solo porque venía como invitado mío; sin embargo, los demás miembros ya estaban acostumbrados a verlo por allí. Y, aunque no lo estuviesen, eran lo suficientemente listos como para no cuestionar a quién llevaba yo al club ni por qué.

El Club Valhalla era la asociación internacional más exclusiva del mundo, donde solo podían entrar sus miembros. Había algunos privilegiados que habían nacido con la membresía bajo el brazo; yo, en cambio, me había ganado la mía a base de sangre, sudor y lágrimas.

Pero aquí estaba yo y, además, había conseguido convertirme en el presidente del comité de gestión del club. La posición rotaba entre miembros de alto nivel cada cinco años, y yo ya estaba llegando al final de mi mandato. Sin embargo, todavía tenía acceso a los privilegios de los cuales disfrutaba el presidente y que incluían pases de invitados ilimitados y carta blanca en casi todas las instalaciones.

—*Ya me enteraré yo de lo que quieren los de La Hermandad.*

De camino al vestíbulo, Sean y yo pasamos por el lado de un trío bien vestido. Un príncipe de Europa que estaba de visita, el director ejecutivo de una empresa de telecomunicaciones y la heredera de una exorbitantemente próspera empresa de cosméticos que se había convertido en empresaria, respectivamente. Nos miraron y salieron pitando pasillo abajo.

—*Tú ocúpate del sospechoso.*

Sean asintió.

Cuando se hubo marchado, subí a mi despacho en ascensor. Además de mis actividades extracurriculares, también tenía que

dirigir mi propia empresa y gestionar asuntos del Valhalla.

Era como si alguien me estuviese aporreando la cabeza. Me serví un vaso de vodka Markovic sin hielo y me bebí el contenido de un solo trago.

Cuando me hube terminado el tercer vaso, conseguí aunar la valentía suficiente para mirarme lo que más odiaba de mi cuerpo.

No eran las cicatrices ni las quemaduras, sino el tatuaje que tenía en la parte interna del bíceps: una guadaña negra con una víbora sibilante enroscada alrededor del mango.

Si pudiera elegir, dedicaría todo mi tiempo a volver a perseguir a La Hermandad.

Por desgracia, tenía obligaciones que cumplir. Por eso me encontraba en La Bóveda un viernes.

Desde la gran inauguración hacía cinco meses, la discoteca se había catapultado a la fama y las invitaciones a las noches de creadores de tendencias (que permitía a los asistentes entrar antes y tener acceso exclusivo a los mejores eventos de comida, moda, literatura y demás) se habían convertido en los tiques más cotizados de la ciudad.

Como socio capitalista que era, contribuía con fondos, pero me mantenía al margen de las operaciones diarias del local. De eso se ocupaba Xavier Castillo, el heredero de la fortuna de la cerveza Castillo y, ahora, el nombre más poderoso en el mundo de la noche de Nueva York.

—Me alegro de verte, Vuk. —Me dio una palmada en el hombro—. Me complace decirte que el negocio va viento en popa. El lunes te enviaré los informes del último trimestre.

Asentí, indiferente. Mi asociación con él era más bien una formalidad que otra cosa. No contaba con que La Bóveda fuera a ser una importante fuente de ingresos, aunque sí me impresionaba lo bien que estaba llevando las riendas Xavier.

La primera vez que vino a mi encuentro el año pasado para hablar de su idea de La Bóveda, lo ignoré. Ese antiguo *playboy* tenía reputación de liviano, indolente y desenfrenado, ninguna de las cualidades que buscaba yo en un socio empresarial.

Sin embargo, me había impresionado con su tenacidad y visión para la discoteca. Incluso después de que el incendio atrasara la construcción unas semanas, Xavier consiguió sacarlo todo adelante justo a tiempo para su ostentosa apertura en primavera.

Mi inversión había merecido la pena.

Sin embargo, hoy no había venido a regodearme en el éxito de La Bóveda. Hoy, el acontecimiento de creadores de tendencias constaba de una anhelada primicia a la colección de Lilah Amiri para la New York Fashion Week.

Jordan había regresado de Rhode Island y me había pedido que nos encontrásemos aquí para hablar de «un asunto importante». Siempre intentaba sacarme de casa, de ahí su insistencia en que nos viéramos en fiestas o restaurantes.

¿Hoy, en cambio? Habría venido aunque no me hubiese invitado.

Después de que Xavier se excusara para ir a saludar a los demás asistentes, paseé la vista por la sala. Estaba llena de grandes personalidades del mundo de la moda, pero yo pasé de modelos, diseñadores y editores de revista desconocidos en busca de...

«Ahí está».

Centré la vista en la esquina donde se encontraba Ayana con Jordan. Estaban hablando con una rubia de piernas largas que

llevaba un vestido azul: Sloane, la novia de Xavier y publicista de Ayana.

Oí una melódica risa por encima de la música que se me acomodó en el estómago.

Lo que me había llamado la atención de Ayana la primera vez que la vi fue precisamente su risa. Era contagiosa y alegre y estaba llena de vida: la antítesis de cómo vivía yo la mía.

Aun así, no conseguía dejar de pensar en su risa. No podía dejar de pensar en ella. Y, cuanto más la miraba, más crecía mi obsesión; tanto que sus tentáculos se me retorcían por dentro y no podía arrancármelos sin morir yo también en el intento.

Ayana dijo algo que hizo sonreír a Jordan. Él le pasó un brazo por la cintura y le susurró algo al oído. Ayana volvió a reír y su blanca sonrisa centelleó bajo las tenues luces del local.

Di un sorbo al *whisky*, decidido, sin quitar los ojos del cuerpo de Ayana y del punto exacto donde tenía la mano Jordan.

El alcohol me bajó por la garganta, abrasándome aquellos resquicios de celos y dejando un sabor amargo a su paso.

Verla con Jordan era una tortura. No verlos y dejar que mi imaginación hiciera de las suyas era todavía peor.

En todo caso, estaba jodido.

Un grupo de fiesteros escandalosos callaron al pasar por mi lado y me esquivaron, alejándose de mí como si tuviera la peste.

A excepción de Xavier, Jordan y pocas personas más, nadie se me acercaba en los eventos. Que era justamente lo que yo quería.

No se me daban bien las charlas triviales y menos aún lamerle el culo a la gente. Hoy había venido aquí por un único motivo.

Eché la copa hacia atrás y me terminé el contenido sin desviar la mirada de la pareja en su rincón.

Jordan le dijo algo más a Ayana antes de separarse de ella. Al marcharse, le acarició la cadera con la mano.

Sentí cómo crujía la copa vacía en mi mano.

En seis meses, tendría que ver cómo se besaban. Cómo se casaban. A tomar por culo el «felices para siempre» al que nunca estábamos destinados personas como yo.

El cristal se rompió.

La gente que estaba conversando a mi alrededor calló y empezó a ahogar gritos y a susurrar. Dos miembros del personal vinieron enseguida para quitarme esa copa rota de las manos y limpiar las esquirlas.

—Lo siento muchísimo, señor Markovic —me dijo uno de ellos con la voz sutilmente temblorosa. Evitó mirarme a los ojos mientras su compañero intentaba pasar desapercibido con todas sus fuerzas—. Por favor, déjenos que le pongamos una tirita en el corte. Si nos sigue...

Miré la mancha de sangre que tenía en las manos. Apenas noté el dolor hasta que el hombre mencionó el corte.

—Nos aseguraremos de que las copas sean más resisten...

«Venga ya, joder...».

Negué con la cabeza, interrumpiéndolo. Aquel incidente no había sido culpa suya, como tampoco lo había sido de la maldita copa.

Pillé una servilleta para parar el sangrado y me deshice de los hombres con un gesto con la mano. Desaparecieron sin hacer ninguna pregunta.

La música estaba lo suficientemente alta como para que solo aquellas personas que pululaban a mi alrededor se percatasen de lo ocurrido. Ayana seguía hablando con Sloane, pero esta última se fue al cabo de un minuto.

Ayana estaba sola.

Le dio un sorbo a la bebida y paseó la vista por la sala. Se fue acercando con la mirada, hasta que la enfocó en mí.

Nuestros ojos se encontraron. Un sutil centelleo de sorpresa le iluminó el rostro y el escozor de mi corte disminuyó.

Dio un paso hacia mí.

Sin embargo, antes de que pudiera seguir avanzando, un hombre de pelo oscuro y repeinado que llevaba una camisa roja le cortó el paso. Ayana se detuvo bruscamente y se le tensaron los labios.

No hizo falta que el hombre en cuestión se girase para que lo reconociera.

Hank Carson. Su agente.

Una emoción oscura y para nada agradable se me coló en las venas.

Había estado revisando los informes de este hombre y los de Beaumont. Aún no había dado con el motivo que me había hecho saltar las alarmas, pero lo encontraría. Hasta entonces, iba a ser interesante descubrir cuál era su dinámica en persona.

Así que me quedé mirando.

Y esperé.

8

Ayana



—Hank. —Disimulé mi desagrado con una prieta sonrisa. ¿Qué narices hacía él aquí?—. No sabía que te fueran las fiestas.

Me devolvió la sonrisa con sofisticación y un encanto artificial. Objetivamente, era un hombre atractivo, pero yo había visto qué se escondía tras esa máscara y sus apariencias me resultaban repugnantes.

—Y no me van, pero esto es un evento de creadores de tendencias. Teniendo en cuenta que habéis venido un montón de mis chicas, he pensado que debería pasarme.

Aparte de mí, a este acontecimiento habían asistido una decena de modelos de Beaumont más. Al llegar, había intercambiado cuatro palabras con ellas, pero todo el mundo estaba demasiado ocupado charlando como para malgastar el rato con alguien a quien consideraban su competencia.

—Qué detalle —solté impávida.

—He oído por ahí que la sesión de fotos del lunes con Delamonte fue bien. —Volvió a centrar su atención en mí—. El fotógrafo habló de ti entusiasmado.

—Ya te dije que no tenías de qué preocuparte.

Era mi primera gran campaña para el mundo de la belleza y, al llegar a la sesión, estaba hecha un manojo de nervios. Por suerte, el fotógrafo y su equipo estuvieron fantásticos y todo fue sobre ruedas.

—Hmmm. —Hank me miró fijamente a los ojos—. ¿Dónde fuiste al terminar?

Se me cortó la respiración.

No. No podía saberlo. Había tenido mucho cuidado.

«Este hombre lo sabe todo», me dijo una voz en mi cabecita. Era la misma voz que me había dicho que ir al despacho de un abogado nada más salir de la sesión de fotos para Cosméticos Delamonte había sido una mala idea. Debería haber esperado a cuando Hank no estuviese por la ciudad.

Había descartado mi inquietud, tachándola de paranoia. ¿Cómo se había enterado Hank? Me había decantado por un bufete que no estuviera relacionado con el mundo de la moda y que tenía las oficinas al otro lado de la ciudad, bien lejos de las de Beaumont. Era imposible que mi agencia tuviese espías en absolutamente todos los negocios de Manhattan, por más que a veces lo pareciera.

Me dio un vuelco el estómago.

—Fui a hacer algunos recados, al gimnasio y luego a casa —respondí.

—¿Qué clase de recados?

—Fui a la tintorería, a comprar comida y a correos. —Todo cierto, aunque obvié una parada importante. Con un tono juguetón, pregunté—: ¿A qué viene ese repentino interés por los detalles mundanos de mi vida?

—Me intereso por la vida y el bienestar de todas mis chicas. Como agente tuyo que soy, mi trabajo consiste en tener una visión global de todo lo que sucede en tu vida. Ya lo sabes.

Claro, porque mis idas y venidas de correos resultan ser una parte sumamente integral de mi carrera como modelo. Menuda gilipollez.

—Y por cierto: tengo buenas noticias. —Hank se alisó la corbata con una mano—. Han llamado de Sage Studios. La campaña de ropa vaquera es tuya.

Me dio un vuelco el corazón.

—¡Qué bien!

Mi aversión por Hank no superaba la alegría de saber que me habían contratado para otro proyecto. A pesar de que mi sueño de la infancia no fuera ser modelo, con los años me había enamorado de esta profesión.

—Sí. Llevas bastante tiempo sin hacer una campaña de ropa de las grandes. El prestigio es maravilloso, pero lo que paga las facturas es lo comercial. —Hank chasqueó la lengua—. Wentworth estará encantado. Lleva muchísimo tiempo queriendo hacer otra sesión contigo.

Se me desdibujó la sonrisa.

—¿Wentworth... Holt? —pregunté.

—¿Conoces a otro Wentworth de renombre en el mundo de la moda? —respondió Hank con un tono de voz que me indicaba que solo había una respuesta. No.

El nudo que sentía en el estómago se hizo mayor.

—Ya te dije que no quiero volver a trabajar con él nunca más.

—Es una suerte que lo que tú quieras dé igual. —Hank contestó de una forma tan despreocupada que, de haber sido nueva en este mundo, le habría preguntado si lo decía en serio—. Hoy en día,

Wentworth es el fotógrafo más influyente del mercado. Harás la sesión con él y la harás de buena gana.

Agarré la copa con fuerza.

—Me da igual. Es un depredador.

En el mundo de la moda, los había a montones, pero todo el mundo hacía la vista gorda. Llevaba ocurriendo lo mismo desde tiempos inmemoriales: cuanto más poder tenían, más se salían con la suya. Y Wentworth Holt tenía mucho pero que muchísimo poder.

Como él se negara a trabajar con una modelo, a la chica en cuestión se le había acabado la carrera. Por desgracia, el hombre también tenía fama de involucrarse mucho en sus sesiones de fotos, y no solo en sentido profesional.

—¿Has presenciado algún comportamiento inapropiado por su parte en persona o te basas en las mentiras y rumores que corren por ahí? —me interrogó Hank.

—He visto cómo ha tratado a otras modelos en el set. Y me ha hecho sentir incómoda *a mí*.

Wentworth no era tan estúpido como para intentar nada con más gente alrededor, pero ciertamente traspasaba la línea de lo inapropiado. La última vez que hice una sesión de fotos con él, me manoseó e intentó disimular diciendo que estaba «arreglándome» la ropa, de lo que ya se encargaba la estilista.

Compartí mis inquietudes con Hank y hacía más de un año que no trabajaba con dicho fotógrafo. Fui tan tonta que pensé que la agencia se estaba tomando mis límites en serio por una vez, pero debería de haber sabido que la cosa no iría así.

—Que alguien te haga sentir incómoda no significa que sea un «depredador» —soltó Hank resoplando—. El mundo de la moda es así, cielo, y tú eres la estrella. Así que apechuga con ello y deja de

lloriquear. —Arqueó una ceja—. No quieres ganarte la reputación de modelo complicada, ¿verdad que no?

Apreté los dientes. La reputación lo era todo y los rumores de que una modelo fuera «complicada» podían cargarse hasta la carrera más estelar.

Antes de que pudiese responder, a Hank se le desdibujó aquella lisonjera sonrisa. Miró detrás de mí con inquietud en el rostro.

Estaba a punto de girarme y comprobar por qué se había asustado tanto cuando lo noté.

Noté su presencia detrás de mí, fría e imponente. El sutil olor a *whisky* y a cuero. El delicado roce de su camisa en mi brazo.

No dijo ni una sola palabra. Tampoco le hizo falta.

Al percibirlo, sentí cierta calidez en la nuca.

—Voy a ver qué tal está Vlada. —Hay que reconocer que Hank consiguió fingir una calma casi convincente—. Te mandaré los detalles de la campaña de Sage Studios por *e-mail*.

Desapareció en las profundidades del local y yo esperé a que se hubiese ido antes de girarme por fin y mirar a la persona que había conseguido que saliera a toda prisa cual conejo asustado.

Me dio un sutil vuelco el corazón.

—Vuk Markovic en una discoteca. —Disimulé que me había quedado sin aliento con una sonrisa juguetona—. Eres una caja de sorpresas.

Arqueó una ceja.

—*Soy socio del local. Y he ido a otras discotecas antes.*

—Por cuestiones de negocios solamente. Nunca para nada divertido.

Aquí vino la noche de la inauguración y punto.

—*No sabía que te fijaras tanto en mis idas y venidas.*

—No me fijo pero, cuando vas a algún sitio, es difícil no reparar en ti. —Lo dije de forma objetiva, pero no me di cuenta de lo sugerentes que habían sonado mis palabras hasta que las hube pronunciado.

Vuk arqueó un poco más la ceja.

Yo me sonrojé como la que más.

—Quiero decir que tu envergadura es prominente... Hablo de tu altura. —Me apresuré a añadir—. No me refería a nada más, por supuesto.

—*Por supuesto.*

Se le encorvaron los labios. ¿¡Se estaba riendo de mí!?

Intenté fulminarlo con la mirada, pero me resultaba imposible enfadarme con él cuando yo misma había provocado aquella situación. Además, no parecía que estuviese burlándose de mí. Casi daba la sensación de que estuviéramos... ¿tonteando?

Aquel pensamiento no resultó tan desconcertante como debería haberlo sido.

—Dime. —Dejé el vaso en una mesa cercana—. Si esta noche no estuvieras aquí, ¿qué estarías haciendo? ¿Quizá merodear a solas en alguna esquina? ¿Aterrando tal vez a campesinos y niños?

La diversión le centelleó en la mirada.

—*Aquí puedo hacer tanto una cosa como la otra. Se me da bien el* multitasking*.*

Por una milésima de segundo, se me coló una imagen de lo que podía ser ese *multitasking*.

Bocas y manos. Besos rudos y tirones de pelo.

Nada de eso tenía que ver con quedarse merodeando en una esquina o aterrando a niños.

Tragué saliva para deshacerme de la sequedad que noté en la garganta.

—Mucho hablar, pero nunca te he visto en acción. —Volví a coger el agua y recé por que no se hubiera percatado de mi azorado tono —. ¿Qué haces, aparte de arrugar la frente y centrarte en cuestiones empresariales aburridas?

—Jugar al bingo.

Soltó aquella respuesta de forma tan repentina e inesperada que casi me atraganto con la bebida.

—¿Disculpa?

—Al bingo. Es un juego en el que los jugadores tienen que marcar en su ficha los números que cantan por el micrófono.

—Ya sé lo que es el bingo. —Lo miré enfadada porque no sabía si iba en serio o si se estaba riendo de mí en mi cara—. Me estás diciendo que, cuando no estás dirigiendo una sociedad que mueve miles de millones de dólares, ¿te dedicas a eso?

—Entre otras cosas.

—¿Y dónde juegas al bingo exactamente? —Aquello tenía que ser una broma.

—Si estoy de humor para socializar, en residencias geriátricas. Si no, en casa. —Se encogió de hombros—. *A mi personal le gusta jugar tanto como a mí.*

Intenté imaginarme a Vuk Markovic jugando una apasionante partida de bingo con su personal en la gigantesca mansión donde vivía.

Fue como imaginarme a un león irrumpiendo en una pista de baile con tutú y una tiara.

Aun así, imaginarme a Vuk disfrutando de algo tan mundano me pareció extrañamente encantador. Le otorgaba un insólito aire de normalidad; si es que lo del bingo no era ninguna trola. Seguía sin estar convencida.

—¿Cuántos años habías dicho que tenías? —bromeé—. ¿Ochenta?

—El bingo es un juego de azar. No hay complejidad alguna. Es la actividad perfecta para desconectar después de pasarme el día tomando decisiones en el trabajo.

Nunca lo había visto así.

—¿Ganas a menudo?

A Vuk se le encorvaron un poco más los labios. Le centellearon los ojos, pálidos y nítidos como el cristal.

—*Yo siempre gano.*

En cualquier otra persona, aquella arrogancia habría resultado chocante. Sin embargo, como se trataba de Vuk, era una verdad irrefutable.

Vuk Markovic siempre conseguía lo que quería.

La fiesta seguía avanzando a nuestro alrededor. La primicia de Lilah empezaría en breve y Hank seguía acechando por ahí, pero me resultaba imposible centrarme en nada de eso cuando la euforia me corría ávida por las venas.

Por bien que me cayera Lilah, llevada toda la semana temiendo que llegase el acontecimiento de esta noche. No quería tener que hablar de cosas triviales con gente del sector y solo he venido porque Jordan me lo pidió. La desagradable aparición de Hank no había hecho sino exacerbar mi temor.

Para bien o para mal, la presencia de Vuk se llevó todo eso por delante de una sola tacada.

Cuando me mudé a Nueva York por primera vez, tuve algunos rollos casuales con algunos chicos. Sin embargo, ninguno estaba nunca interesado en otra cosa que no fuera un revolcón de una noche o una novia-trofeo. Cuanto más avanzaba yo en mi carrera, peores se iban volviendo mis opciones y, como ahora estaba prometida, ni siquiera podía intentar salir con nadie más.

Que no es que estuviese intentado salir con Vuk (ese hombre no «salía» con nadie). No obstante, cuando estaba con él, era como si mi mundo volviese a ser más grande. El potencial, las posibilidades... La adrenalina del «y si...».

Con Vuk podía atisbar cómo sería mi vida si de nuevo me perteneciera.

Se me acercó para dejar paso a otro asistente. Me rozó el pecho con la camisa, muy sutilmente, pero sentí un montón de mariposillas revoloteándome por la piel.

Ahora que lo tenía tan cerca, sus ojos parecían más oscuros. Más candentes.

—Aquí estáis.

Al oír la repentina voz de Jordan, fue como si me hubiesen cogido y me hubiesen arrojado a la calle en plena tormenta de nieve después de haberme pasado toda la noche acurrucada al lado de una chimenea.

Vuk se puso del color de la cera mientras Jordan se me iba acercando. Había vuelto esa misma mañana de Rhode Island, justo a tiempo para la tan anhelada primicia de esta noche.

Todavía no me había contado qué tal estaba su abuela, pero sí había mencionado que teníamos que hablar de algo importante.

—¡Vuk! Me alegro de verte. —Jordan le dio una palmada en el hombro a su amigo—. Te estaba buscando.

El otro hombre asintió con un breve gesto de cabeza. El acumulado ardor que creía haberle detectado antes desapareció y su rostro, frío y duro como el hielo o como una roca, quedó desprovisto de emoción alguna.

Mi mundo volvió a cerrarse y las posibilidades fueron esfumándose una a una, al igual que se apagan las estrechas de la noche.

Volvía a ser Ayana Kidane, la supermodelo y prometida enamorada.

Quería gritar.

—La primicia está a punto de empezar, o sea, que es el momento perfecto. Tengo que contaros algo. A los dos. —Jordan se pasó una mano por la boca. Tenía los ojos un tanto irritados y la ansiedad se me coló en las venas—. Como sabéis, mi abuela enfermó la semana pasada, pero no se trata de una enfermedad pasajera. Le han diagnosticado una enfermedad en los pulmones. Por lo visto, se lo dijeron hace un mes, pero no nos lo había contado. Hablé con el médico y el pronóstico no es bueno. Me dijo que, seguramente, pierda la movilidad antes de que termine el año —anunció con un tono desolador—. Me he pasado la semana con ella y después de... hablar largo y tendido, me dejó clara cuál era su voluntad.

Sentí cómo se me iban amontonando unos bloques de cemento en el estómago. «Ay, no».

—Quiere que adelantemos la boda —sentenció Jordan—. Soy su heredero y quiere verme en el altar mientras siga más o menos bien de salud. No quiere arriesgarse y esperar hasta febrero.

Sus palabras formaron una extraña burbuja en el aire. A pesar del ruido que había en el local, en nuestro pequeño círculo se respiraba un silencio abrumador.

Vuk estaba tan quieto que parecía una estatua. De no ser porque se le hincharon muy sutilmente las fosas nasales, habría pensado que no había oído nada de lo que acababa de contarnos Jordan.

Mientras tanto, a mí me atravesaba una tormenta de emociones.

Culpabilidad por haber estado pensando solo en su amigo mientras su abuela se está muriendo. *Shock* por la petición de la matriarca de los Ford. Y, sobre todo, ese aplastante temor otra vez.

—¿Que avancemos la boda? —pregunté con un tono de voz que me pareció tirante incluso a mí—. ¿A cuándo?

Jordan suspiró.

—A octubre. —A juzgar por el tono de voz con el que lo dijo, a Jordan le hacía tanta ilusión como a mí—. De aquí a dos meses.

9

Vuk



Tenía varios problemas. Tres, para ser exactos.

Uno era que La Hermandad había vuelto a hacer acto de aparición en mi vida. Ya hacía una semana que me había reunido con Sean y seguíamos sin avanzar lo más mínimo en lo referente a dar con el sospechoso o a descubrir cuál era el objetivo del grupo.

El segundo era el hablar monótono de mi director de finanzas mientras comentábamos el último trimestre fiscal de Fincas Markovic. El hombre era competente, pero con esa voz podía conseguir que se durmiera hasta un oso que fuera de coca hasta las cejas.

Y el tercero...

Noté que me latía un músculo en la mandíbula.

La boda de Jordan y Ayana, que ahora estaba prevista para finales de octubre.

Con seis meses podía apañármelas, más o menos. Seis meses eran medio año; quedaba lo suficientemente lejos como para que pudiese tacharlo de una posibilidad semilejana.

Dos meses era algo inminente.

Faltaban dos meses y a mí me entraron ganas de prenderle fuego a la maldita iglesia.

Ya hemos acabado por hoy.

El mensaje que mandé para dar la reunión por finalizada apareció en el chat y detuvo el proceso abruptamente.

Los miembros de mi equipo ejecutivo se me quedaron mirando boquiabiertos. Por lo visto, les costaba entender que no me apeteciera pasarme horas y horas escuchando cómo hablaban de ganancias y dividendos.

—Pero, señor, no hemos... —empezó a decir el director de finanzas, a quien se le fue apagando la voz cuando lo fulminé con la mirada—. Por supuesto. Enseguida le envío los informes completos para que pueda revisarlos cuando le venga mejor.

Me desconecté, agitado. La tormenta que estaba cayendo fuera era exactamente igual que mi humor, y tiñó de un lúgubre gris el despacho de mi casa.

Por lo menos no estaba en la sede central, siendo víctima de incesantes interrupciones. Detestaba la vida corporativa. La subordinación y los lameculos y los «sí señor» de todos aquellos que, si yo se lo ordenara, se lanzarían a un mar de pirañas.

Al graduarme de la universidad, creé Fincas Markovic de la nada. Al principio, el reto que suponía me embriagaba. El dinero y el estatus que derivaban de todo aquello también me sirvió de

amortiguador por si a los de La Hermandad les daba por faltar a su palabra y buscaban venganza.

Sin embargo, después de trece años de acciones, fusiones y presentaciones de productos, estaba tan aburrido que hasta me planteaba pegarle un tiro a alguien solo para darle un poco de vidilla al asunto.

A lo mejor debería hacerle una visita a Hank y utilizarlo de ejemplo. El malestar de Ayana cuando tuvo a ese hombre cerca en La Bóveda no me pasó desapercibido; aun así, él era quien tenía la sartén por el mango en cuanto a la carrera profesional de ella. Yo todavía no podía hacer nada.

Cuando lo hiciera, sería de forma minuciosa. Era mejor tomarme las cosas con calma y hacerlo bien que ir con prisas, por más ganas que me hubiesen entrado de partirle la cara al agente de Ayana en cuanto regresamos a Nueva York.

En lugar de eso, me decanté por volver a abrir el expediente de Beaumont. Tenía a mi equipo ocupándose de lo de La Hermandad, pero, a lo largo de los años, la organización había modificado sus operaciones. Algunos de mis viejos contactos estaban muertos y a otros los habían desterrado.

Estaba tardando más de lo deseable en conseguir respuestas, pero las conseguiría. Hasta entonces, necesitaba mantener la mente ocupada para no pensar en la puta boda.

Revisé los documentos de Beaumont por tercera vez. Ya había escudriñado el resto de los informes disponibles de la agencia, pero seguía volviendo al informe inicial.

Seguía sin saber qué había provocado que me saltaran las alarmas la primera vez que lo leí. A lo mejor se trataba de alguna conexión que había hecho mi subconsciente o, tal vez, de algún nombre que tenía olvidado en algún polvoriento rincón de la mente.

En todo caso, era importante y transcendía lo meramente relacionado con Ayana.

Media hora más tarde y sin haber avanzado lo más mínimo, dejé el informe a un lado y me serví un vaso de *whisky* escocés. Todo lo que me había tomado desde que había estado en La Bóveda sabía a mierda, pero me bebí el contenido de un trago igualmente.

Tenía un estudio en casa que me habían hecho a medida, en base a mis estándares: era grande, quedaba apartado de todo lo demás, reinaba el silencio, y tenía una ventana que daba al patio trasero y un laberinto de pasillos que lo separaba de las habitaciones principales. Estaba a rebosar de muebles y de libros, pero había pocos efectos personales.

El único guiño a mi pasado se lo daba el título enmarcado de Thayer. Ahí es donde nos conocimos Jordan y yo.

De no habernos conocido jamás, yo ahora no sería su padrino. Cosa que me libraría de la tortura de tener que verlo entrando con Ayana en cualquier sala.

Sin embargo, si no nos hubiéramos conocido, yo tampoco me habría convertido en director ejecutivo. Ahora, estaría o atrapado con La Hermandad o criando malvas.

En cierto modo, le debía todo lo que tenía a Jordan. Aun así, renunciaría a absolutamente todo a cambio de una cosa (una persona).

Si hubiese dicho algo sobre Ayana cuando la conocí por primera vez, ¿habría ido Jordan a por ella igualmente?

Si no hubiese sido el caso, ¿estaría ahora Ayana conmigo?

No. Yo me habría mantenido alejado; en algún momento, ella se habría prometido con algún otro capullo y, sin el peso de deberle gratitud a esa persona ni ninguna amistad que me atara a él, lo habría matado.

Sin embargo, yo me encontraba atrapado en un limbo infernal y no podía hacer absolutamente nada. No podía tenerla a ella y no podía matarlo a él.

Me terminé el segundo vaso de *whisky* y volví al escritorio. De tanta aversión, mi sangre se había convertido en ácido.

Mi obsesión con Ayana era un arma de doble filo. Anhelaba su presencia a pesar de que me volviese loco y me obsesionaba su ausencia a pesar de que consumiera mi mente.

La tuviera cerca o lejos, yo sufría igual.

Cogí el expediente de Beaumont y lo leí. Otra vez.

Igual fue por el alcohol o por aquella exasperante necesidad de olvidarme de la fiesta que iba a celebrarse en octubre, pero en esta ocasión las palabras adoptaron otra forma. Se volvieron más claras; más reveladoras.

Me salté los orígenes de la agencia y me centré en la biografía de su fundadora.

Emmanuelle Beaumont, cuyo nombre de nacimiento era Élodie Beaumont. Mujer de cincuenta y pocos años, nacida en una pequeña población de Francia y que se cambió el nombre para estar más «a la moda» después de que la descubrieran y la ficharan como modelo mientras estaba de vacaciones en París cuando era adolescente.

«Élodie. Francia. La cronología...».

Las conexiones que me hacían sospechar fueron juntándose como si de un puzle se tratara mientras un frío invernal reemplazaba la quemazón del alcohol.

Tal vez fuera una coincidencia, pero, tal y como ya he dicho, yo no creía en las coincidencias.

Pillé el móvil y escribí a Sean:

Necesito que investigues una cosa por mí. Ya.

10

Ayana



—¿Sabes por qué te hemos pedido que vinieras, Ayana?

«No entres en pánico».

—Hank me ha dicho que quería hablar de mis objetivos profesionales de ahora en adelante.

Emmanuelle se recostó en el asiento; era la pura imagen de la sofisticación y el estilo. Su sonrisa formó un audaz corte rojo en mitad de su cara.

A sus cincuenta y dos años, la dueña de una de las más prominentes agencias de modelos de Manhattan habría pasado por alguien de veintiséis. Tenía la piel de porcelana y sin ninguna arruga, y llevaba ese corte de pelo bob rubio siempre tan bien peinado que ni un solo pelo se atrevía a moverse de sitio. Esa mujer continuaba teniendo la misma elegancia que la había convertido en toda una estrella en sus años como modelo; sin embargo, también emanaba

cierta perspicacia que me impedía relajarme cuando ella estaba presente.

Me recordaba a una bella serpiente acechando entre la hierba, lista para atacar.

—Así es. Ya llevas seis años con nosotros —señaló Emmanuelle. Tenía un acento muy sutil, nítido y pulido, al igual que su *blazer* hecho a medida—. Has alcanzado un éxito destacable a lo largo de estos años y no podría estar más orgullosa de ti.

—Gracias. —Me crucé de piernas y me obligué a mantener el contacto visual.

El íntimo santuario de Emmanuelle era falsamente acogedor. Tenía maceteros con plantas en las estanterías que había al lado de su escritorio y fotos de su marido y de su hijo en distintos formatos.

Tras todos los años que llevaba yo en la agencia, solo me había llamado dos veces a su despacho: una cuando firmé para trabajar con ella y otra después de conseguir mi primera campaña multimillonaria.

Me bastó con esas dos ocasiones para saber que aquella decoración hospitalaria era una farsa.

—No estaría aquí sin usted —añadí. Sabía cómo seguirle el juego —. El asesoramiento que me ha ofrecido a lo largo de estos años ha sido inconmensurable, al igual que los consejos y el esmero de Hank.

Era una mentira descarada. Mi mentora de verdad era Fabiana, una exsupermodelo de Brasil que, tras conocernos en los premios Modelo del Año un lustro atrás, había decidido tutorizarme.

Cierto es que ya no hablábamos tan a menudo porque ahora se había vuelto a casar y estaba viajando por el mundo con su marido, pero esa mujer había hecho muchísimo más por mí a nivel personal que Emmanuelle.

—Me alegra oírlo —contestó impávida ante mi forzada adulación —. Aunque me causa cierta confusión, porque me he enterado de que no estás satisfecha con los plazos de pago. Y no me parece la actitud propia de una modelo que está agradecida; ¿a ti sí?

Noté un frío glacial por todo el cuerpo.

«Mierda». Tenía que andarme con pies de plomo.

Mi compromiso con Jordan me daba lo que parecía cierta ventaja. Aun así, hasta que no nos hubiéramos casado y hubiese cobrado lo que me correspondía, quien seguía cortando el bacalao era Beaumont.

—No es que no esté satisfecha, solo faltaría. Le estoy muy agradecida a la agencia por todo lo que han hecho por mí durante todos estos años —contesté con tanta sinceridad como pude aunar en la voz.

Presionar a Hank era una cosa, pero enemistarme con Emmanuelle era otra. Era una de las personas más poderosas y con mejores contactos en el mundo de la moda. La última vez que una modelo la había cabreado, la chica en cuestión desapareció de la noche a la mañana. La agencia dijo que había vuelto a Wisconsin por «cuestiones de salud mental»; sin embargo, corría un sinfín de rumores sobre lo que había sucedido realmente.

Yo era bastante escéptica ante el sensacionalismo, pero nunca estaba de más andarse con cuidado. Al margen de lo que le hubiese ocurrido a esa chica, estaba claro que, si se lo proponía, Emmanuelle podía arruinarle la vida a cualquiera.

—Como ya sabrá, estoy en plenos preparativos para la boda —le conté—. Y eso implica que tengo que hablar de cuestiones financieras con Jordan; de ahí mi comentario sobre los pagos.

—Entiendo. —Emmanuelle volvió a dibujar una sonrisa—. Estoy segura de que dichos pagos no son nada en comparación con la

fortuna de los Ford, pero entiendo que tú también quieras contribuir. Ya hablaré con los de contabilidad. No querríamos estropearte tu gran día por un contratiempo tan ínfimo como este.

Me agarré a los bordes de la silla con fuerza. Este «contratiempo tan ínfimo» era mi carrera y bienestar.

—Se lo agradezco. De veras.

—Bien. Me alegro de que nos hayamos entendido. —Emmanuelle volvió a centrar su atención en el ordenador—. Ya puedes irte.

Me levanté y fui hacia la puerta. Tenía la piel tensa a más no poder.

—Otra cosa —dijo, y me detuve en el acto—. La campaña de ropa vaquera con Wentworth Holt. ¿Supondrá eso un problema?

Sentí cómo se me clavaban unos afilados cristales en el pecho.

—No. —Se me encorvaron los labios en lo que quería ser una sonrisa—. En absoluto.

Me pasé todo el tiempo que estuve en el ascensor hasta llegar abajo imaginándome las caras de Emmanuelle y Hank cuando les dijera que me iba. Cuando llegase mi último día aquí, quería romperle todos los ventanales a Emmanuelle a martillazos. Devolverles hasta la última gota de manipulación y condescendencia que me habían dispensado multiplicadas por diez.

La sangre me hirvió al máximo y alcanzó los mismos alarmantes niveles de violencia que mis pensamientos.

Me obligué a respirar profundamente por la nariz. No me podía permitir exaltarme demasiado. Si me iba, seguiría teniendo que mantener la profesionalidad.

Cuando llegas a cierto nivel, la gente busca cualquier excusa con tal de pisotearte. Y no pensaba ser yo quien les sirviera dicha excusa en bandeja.

Por eso había aceptado la propuesta de Jordan. Así tendría el dinero suficiente para poder rescindir el contrato y pagar los gastos que derivaran de eso; además, cubrir mis cuestiones financieras con Beaumont antes de marcharme era la única forma que tenía, tal vez, de satisfacer lo suficiente a Emmanuelle como para que no fuese despotricando de mí por toda la ciudad. Cuando esa mujer abría la boca, la escuchaba todo el mundo. Y por más que detestara a los malhechores del mundo de la moda, hacer de modelo me encantaba.

Mi relación con la cámara, la sensación de estar viva que me envolvía cada vez que oía ese clic, la estimulante adrenalina de meterme en un papel u otro con la misma facilidad con la que me cambiaba de ropa... Todo esto era lo mío. No podía perderlo.

Cuando por fin salí del edificio, me recibió el calor de finales de verano. Estábamos a treinta y dos grados. La Fashion Week empezaba mañana. Entre las extenuantes preparaciones y la ansiedad que me generaba la boda, últimamente dormía poco.

La cafetería estaba a rebosar, pero me alegré de que hubiese tanta gente. Cuanto más ruido hubiera, más fácil me resultaría perderme en mi propio mundo.

Me quedé mirando el menú escrito en tiza en la pizarra e intenté ralentizar los latidos de mi corazón.

«Estoy bien». Todo iba bien.

Emmanuelle no me había desterrado ni me había puesto en la lista negra, e ignoraba que yo pensaba largarme. De lo contrario, no habría sido tan sutil con sus amenazas.

En cuanto a lo de la boda... Bueno, ese era otro tema.

Era jueves. Casi había pasado toda una semana desde que Jordan soltó ese bombazo en La Bóveda. Desde entonces, actualizar las

cuestiones logísticas e informar a invitados y proveedores había sido un ajetreo.

Tanto Jordan como yo estábamos de acuerdo en que era imposible avanzar el convite con tan poco tiempo, así que nos conformamos con una alternativa: una ceremonia pequeña e íntima para nuestros amigos y familia más cercana en Nueva York, seguida de las celebraciones irlandesas y etíopes en febrero, tal y como habíamos previsto inicialmente. Lo que más le importaba a su abuela eran los votos, no la fiesta.

Al enterarse del cambio de planes, mis padres se agobiaron como los que más. Sin embargo, como la ceremonia religiosa no debería afectar a la fiesta que habían organizado ellos, acabaron tranquilizándose.

Dejando las cuestiones logísticas de lado, que nos casáramos antes de lo previsto tampoco tenía por qué ser un drama. Seguro que a la mayoría de las parejas les gustaba. Cuanto antes se casaran, antes podrían empezar a pasar el resto de sus vidas juntos. En nuestro caso, que adelantáramos la boda significaba que yo recibiría antes mi dinero. Con algo de suerte, cuando llegasen las vacaciones, Beaumont ya no ejercería ningún control sobre mí.

Aun así, Jordan y yo no íbamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos y el mes de octubre acechaba con una fuerza que no tenía febrero. Ni siquiera la idea de irme de la agencia era capaz de soltarme los nudos que notaba en el pecho.

—¿Señorita? —La pregunta del camarero me devolvió al presente. La fila se había movido y yo ni siquiera me había enterado—. ¿Qué será?

—Ay, perdón —respondí sonrojada—. Un té verde; tamaño grande. Y caliente. Gracias.

Pagué y di un paso hacia atrás. Y choqué de pleno con la persona que tenía a mis espaldas. Me di la vuelta, pero la segunda disculpa que iba a pronunciar en menos de dos minutos murió en el acto cuando vi a aquella persona de pelo casi rapado y ojos azules.

—Vuk. —Se me volvió a acelerar el pulso—. ¿Qué haces aquí?

Él arqueó las cejas y desvió la vista hacia la máquina de café.

«Claro. Ha venido a por café. Lógico».

Me recompuse mientras él pedía y, a continuación, se colocó a mi lado en la zona de recogida.

Iba vestido con ropa de trabajo: un traje negro sin corbata, aunque no por eso emanaba menos peligro. Se lo otorgaba su forma de moverse, su postura y la forma en que observaba con sumo detalle absolutamente todo lo que lo rodeaba.

No había ropa en el mundo, por más que estuviese hecha a medida, capaz de esconder el hecho de que Vuk había nacido para estar en un campo de batalla, no en una sala de juntas.

—¿Tienes alguna reunión por aquí cerca? —me interesé.

No había vuelto a verlo desde que se disculpó para irse justo después de que Jordan nos diera la noticia. Supuse que estaría liado ocupándose de lo que tenga que ocuparse un director ejecutivo y organizando la fiesta de despedida de Jordan, así que me extrañó verlo ahí en mitad del día. Esa cafetería estaba más bien alejada tanto de su casa como de su despacho.

Asintió por toda respuesta, sin añadir ningún tipo de información.

Qué sorpresa. El día en que Vuk compartiese información de sí mismo de forma voluntaria sería el mismo día en que yo me pusiera unas Crocs en público (es decir: nunca).

—¡Un té verde para Ayana! —gritó la barista.

Cogí la bebida y dudé un segundo. A pesar de su reticencia, la presencia de Vuk había conseguido calmarme los nervios, lo cual

seguramente se debiera a que yo estaba demasiado ocupada analizando hasta el más mínimo detalle de nuestra interacción como para fijarme en cualquier otra cosa.

—Puedes sentarte conmigo, si quieres —se lo dije así, sin más, y me senté a una mesa cercana que acababa de quedar libre—. Dispongo de algún tiempo antes de mi próxima reunión. No me vendrá mal algo de compañía.

Me había traído las cosas para hacer punto. Antes de encontrármelo, tenía previsto trabajar en mi último proyecto (un gorro hecho con un hilo de color celeste que había comprado en Escocia), pero prefería hablar con él que tejer.

Quería conocerlo mejor. Era el mejor amigo de Jordan, de modo que, en los próximos años, nos veríamos bastante. Además, me había acompañado a California y me había tranquilizado durante el vuelo de vuelta. Por extraño que pareciera, quería saber un poco más sobre esa faceta de Vuk. Esa más dulce, más amable; por más que Vuk no tuviese nada que pudiera considerarse dulce o amable como tal.

De todos modos, no esperaba que fuese a aceptar mi oferta. Estábamos en plena jornada laboral y él tenía mejores cosas que hacer que pasar un rato conmigo.

Cuando ya casi me hube resignado a estar en mi propia compañía, él cogió su bebida antes de que la barista pudiese llamarlo. Ignoró la sorpresa de la chica al reparar en su rostro y se sentó delante de mí.

Vuk era tan grande y esa silla tan pequeña que parecía un gigante sentándose en un mueble para muñecas. Aun así, su mirada de advertencia fue suficiente para que pillara que más me valía callarme dicha observación.

Contuve una sonrisa.

—Pensaba que un director ejecutivo y pez gordo como tú tendría una secretaria que le trajera el café. Qué humilde por tu parte que vayas a buscarlo tú solito.

—Yo siempre voy a por mis bebidas. Así hay menos riesgo de que me envenenen.

Me quedé mirándolo atónita.

—¿Lo dices en serio o estás de broma? Bueno, mejor déjalo. —Levanté una mano—. No contestes. Prefiero no saberlo.

La gente no iba por ahí envenenando a los directores ejecutivos de la competencia, ¿no? Aunque, en realidad, que eso fuese real parecía más plausible que el hecho de que Vuk Markovic hubiese hecho una broma.

Se le encorvaron los labios, pero el gesto no le llegó a la mirada.

—¿Qué tal los preparativos para la boda?

Sentí una punzada en el pecho, pero continué con la misma sonrisa.

—Genial. La ceremonia religiosa será pequeña y Vivian ya se está ocupando de los preparativos. —Jordan y yo habíamos contratado a Vivian Russo, una renombrada organizadora de eventos de lujo. Era una de las mejores amigas de Sloane, así que confiaba plenamente en que sabría organizarlo todo para el gran día a la perfección—. Estará todo listo a tiempo. Y será una ceremonia preciosa.

—Debes de estar entusiasmada. Seguro que estás contando los días, ¿a que sí?

Vuk soltó esa pregunta trampa con tanta sutileza que, de no haber sido porque me fijé en cómo se le tensaron los hombros (un gesto a duras penas perceptible), habría caído de cabeza en ella.

Estaba poniéndome a prueba. ¿Por qué? ¿Se había percatado del terror que sentí en La Bóveda antes de que se marchara? ¿O es que

seguía sospechando después de aquella metedura de pata con las almendras en la cata de tartas?

Fuera como fuese, me estaba estudiando con detenimiento la cara.

—Hombre, pues la verdad es que preferiría que pudiéramos casarnos en mejores circunstancias, pero ¿qué novia no sueña con el día de su boda? —Ojalá no se hubiese dado cuenta de cómo me temblaba la mano con ligereza cuando volví a llevarme el vaso a los labios.

Hacía solo unos minutos, me había autoconvencido de que casarme antes de lo previsto era algo positivo por varias razones. No obstante, las palabras de Vuk hicieron trizas esos fundamentos, que se fueron volando como hojas arrastradas por el viento.

Debería de estar entusiasmada. A fin de cuentas, vivir en un matrimonio ficticio tampoco se alejaba tantísimo de mi (inexistente) vida sentimental actual y, para colmo, iban a pagarme. Además, Jordan y yo éramos buenos amigos y nos lo pasábamos bien juntos. Cosas peores había que casarse con un buen amigo.

Aunque un amigo no era lo mismo que una pareja y algo ficticio no era lo mismo que algo romántico.

La cuestión es que no era amor. No el tipo de amor que me entusiasmaría a mí.

—Eso no es una respuesta, para no variar.

Vuk no había tocado su café siquiera. Estaba plenamente centrado en mí y, de repente, empaticé con los insectos que se encuentran bajo un microscopio.

—Claro que sí. Además, ¿a qué viene tanta obsesión con lo que pienso y siento respecto a la boda? —al preguntárselo, se me coló una pizca de irritación en la voz.

Yo no solía perder la calma, pero siempre que iba yo con una ofrenda de paz, Vuk se volvía contra mí con toda su arrogancia. ¿Dónde habían quedado las charlas triviales y las conversaciones agradables?

—Quiero saber si estás enamorada de Jordan.

—¿Por?

—Es mi amigo. Y te vas a casar con él. Saca tú misma las conclusiones.

En cuestión de segundos, pasé de estar contenta de verlo a querer pegarle una bofetada. Era increíble.

—Mira... —dije agarrando el vaso con tanta fuerza que saltó una gota de café por el lateral— que llegas a ser capullo.

—Cosas peores me han llamado. —El muy cabrón ni pestañeó siquiera—. *Respóndeme a la pregunta, Ayana. ¿Estás enamorada de él?*

«Sí». Una palabra. Una sílaba. Era una mentira suficientemente fácil.

Tenía la respuesta en la punta de la lengua y, sin embargo, era incapaz de pronunciarla. Así pues, opté por otra alternativa:

—Quiero a Jordan y voy a casarme con él. —Tomé aire para estabilizarme y me cuadré de hombros. No estaba enamorada de Jordan, pero quererlo lo quería... como amigo—. Así que, a no ser que tengas algún motivo legítimo o personal como para oponerte a nuestra unión, te agradecería que dejaras de interrogarme al respecto. Haces que me sienta incómoda.

La multitud que había antes en la cafetería se había dispersado y ahora el local estaba prácticamente vacío: solo quedábamos los dos trabajadores y nosotros. Mi voz retumbó por el pequeño local, pero los trabajadores se mantuvieron ruidosamente ocupados para evitar mirar hacia nuestra mesa.

A lo mejor les daba miedo Vuk, a quien se le había tensado tanto la mandíbula que me sorprendió que no le petaran los dientes.

—*Tomo nota.*

Y punto. No insistió ni añadió nada más.

Mi breve arrebato de indignación estalló.

—Gracias —contesté.

Noté algo en el pecho, pero no supe ponerle nombre. Era una sensación tirante y pesada, aunque duró tan poco que no le presté atención alguna.

Traté de dar con otro tema de conversación.

—La despedida es el finde que viene. ¿Ya sabes lo que vais a hacer?

—*Sí.*

—Vale. ¿Y cuál es el plan?

—*Ya es la segunda vez que me preguntas por la despedida.* —Vuk por fin le dio un sorbo a la bebida—. *Dices que el obseso soy yo, pero igual te equivocas.*

Me sonrojé a la altura del cuello y del pecho.

—Quien está obsesionada no soy yo. No consideraría «obsesión» el repetir una única pregunta.

—*Si tú lo dices...*

—Tú sigue así. Al final me quitaré los zapatos y te apuñalaré con el tacón —lo amenacé.

Vuk se recostó y se estiró como si acabase de ofrecerle pasar un día en el *spa*.

—*¿Y si te digo que habrá estríperes?*

Su perezosa mirada seguía teniendo la misma agudeza de antes. Con esos ojos, sería capaz de atravesar hasta una armadura.

—*¿Te molestaría?*

No podría importarme menos. Solo le había preguntado por eso porque había sido lo primero que se me había venido a la mente, pero lo que hiciera Jordan en su despedida de soltero me daba más bien igual.

Cuando estipulamos el acuerdo, dijimos que el otro podría hacer lo que quisiera con quien quisiera siempre y cuando fuese algo discreto. Lo irónico era que ni él ni yo nos aprovecharíamos de aquel vacío legal.

Jordan no estaba interesado en mantener una relación romántica con nadie; nunca. Y yo era demasiado paranoica como para tener un rollo; ni siquiera teniendo el visto bueno de mi marido. No confiaba en que ningún posible ligue fuese a mantener el pico cerrado. Lo último que quería yo ahora era montar un escándalo o que Jordan acabase humillado.

Aunque, claro está: a Vuk no podía decirle nada de eso.

—Es puro entretenimiento. No significa nada —respondí—. Todo el mundo acaba con estríperes en su despedida y confío en Jordan; no hará nada. De lo contrario, estoy segura de que tú sabrás cómo controlarlo. Para eso están los padrinos.

Vuk arrugó la frente. No parecía para nada satisfecho con la idea de tener que hacer de canguro.

Y entonces caí en que Jordan no sería el único que se mantendría entretenido con las estríperes. Vuk también estaría allí.

Volví a sentir la misma tirante sensación de antes, aunque ahora fue por una razón completamente distinta.

No lo veía como el típico tío al que le gusten los bailes eróticos pero, como padrino que era, tendría que participar en las celebraciones. Además, ¿hasta qué punto conocía yo a Vuk? Tal vez fuera al Vermilion Lounge a menudo: el club de estriptis más lujoso de la ciudad. ¿Qué iba a saber yo?

Me imaginé a Vuk sentado en una oscura sala vip mientras una bailarina pechugona se frotaba con él.

El regusto del té se volvió amargo y me apresuré a alejar el vaso de mí.

Vuk me miró en silencio.

—Si fueras mi prometida, no tendría ojos para otra mujer. Ni entretenimiento ni leches.

Una burbuja de oxígeno estalló en algún punto de mis pulmones.

«Si fueras mi prometida...».

Aquellas palabras me acariciaron la piel con dulzura y aspereza a la vez.

Yo no había oído hablar a Vuk en la vida. Muy poca gente lo había oído hablar.

Según Jordan, Vuk dejó de pronunciar palabras verbalmente con casi todo el mundo después de un indeterminado incidente en el pasado. Sin embargo, el *shock* que me generaron sus palabras fue tan potente como si me hubiese pegado la boca a la oreja y hubiese vertido esas treinta sílabas directamente en mi flujo sanguíneo.

«Si fueras mi prometida, no tendría ojos para otra mujer. Ni entretenimiento ni leches».

Vuk entornó la vista.

Me pregunté si mi cara le permitiría saber qué estaba pensando. Si había oído lo fuerte que me latía el corazón o si se había percatado de la delatadora forma en que se me hundió el pecho cuando ya no pude seguir aguantando la respiración y tuve que soltar todo el aire en una gran exhalación.

El tiempo se detuvo. El zumbido de las máquinas de café se convirtió en un apagado ruido de fondo.

En ese instante, Vuk se enderezó de nuevo y el hilo que estaba tensando ese momento en el aire petó con una celeridad

desconcertante.

Volví a oír el ruido del local con todo su esplendor, acentuado por las campanillas de la puerta de la cafetería, que repiquetearon con la llegada de un nuevo cliente.

—*Hipotéticamente hablando, por supuesto.*

La expresión de Vuk era de pura cortesía impersonal.

—Por supuesto. —Conseguí contestar con un tono más alegre—. Bueno, espero que lo paséis bien el próximo finde. Yo también tengo mi despedida el mismo día.

Empezó a signar su respuesta, pero se quedó helado a medio hacer. Desvió la vista de inmediato hacia algo que me quedaba detrás mío y se le oscureció la expresión con tanta animosidad que reculé en un acto reflejo.

—*Tengo que irme.* —Empujó la silla hacia atrás de golpe y el metal chirrió contra el suelo—. *Gracias por dejar que te hiciera compañía.*

Me lo quedé mirando literalmente boquiabierta mientras él desaparecía por la puerta. Su repentina marcha me dejó tan aturdida que ni siquiera me paré a pensar en que era la primera vez que me daba las gracias por algo.

Pegué media vuelta y centré la vista en el otro lado de la ventana, en busca de algo que pudiese haberle llamado la atención. No vi nada extraño.

Lo único que vi fue un repartidor de *pizza*, a Vuk retrocediendo y, a lo lejos, a un turista con una gorra azul.

11

Vuk



Misma altura. Misma constitución. Misma gorra que el tío de las fotos que habían captado las cámaras de vigilancia.

De espaldas, mi objetivo era el vivo retrato de un misterioso miembro de La Hermandad. Y sus andares lo delataban. Era demasiado indeciso.

Aun así, era un hilo más en la telaraña que representaba La Hermandad. Y por sí solo tenía el poder suficiente como para alejarme de Ayana.

Pegó esquinazo por la izquierda y se metió en una calle secundaria. Lo seguí a una distancia prudente para ser lo suficientemente discreto pero sin arriesgarme a perderlo. El pulso me latía con tanta fuerza que incluso me lo notaba en los oídos.

Llevaba siguiéndome todo el día. Me había fijado ya en él nada más salir de casa, pero lo había perdido en algún punto entre el Upper East Side y las oficinas de Beaumont.

El chaval no suponía una amenaza inmediata (si quisiera matarme, ya lo habría intentado en cuando puse un pie fuera de casa), así que hice como si no lo hubiera visto. No obstante, pasarse por ahí de forma tan deliberada mientras yo estaba con Ayana ya era una puta violación. No quería que la tuvieran a ella en su radar.

La Hermandad no solía arrastrar a ciudadanos inocentes en sus tejemanejes, pero no estaba de más andarse con cuidado. Tal vez, con el paso de los años, habían empezado a actuar de forma distinta.

Debería haber entrado en las oficinas de Beaumont tal y como tenía previsto de buenas a primeras en lugar de cambiar de planes y seguir a Ayana en cuanto la vi salir de la sede de la agencia, pero es que no había podido resistirme. Aquella disrupción merecía la pena por un momento más a solas con ella, a no ser que así pusiera a Ayana en peligro.

El hombre de la gorra azul ralentizó el paso; yo seguí como si nada.

Nos encontrábamos en una calle que, de tan estrecha que era, no podría pasar ni el coche más pequeño del mundo. En los laterales de aquel mugroso lugar había paredes llenas con grafitis y ventanas con postigos y, en cuanto me acerqué, un gato callejero se escondió tras un contenedor de basura. Eran las únicas señales de vida.

Gorra Azul casi hubo llegado al final de la calle antes de que se le despertara el instinto de supervivencia. Se giró con la misma expresión que se le queda a un conejo que percibe a un depredador al acecho.

Ya era demasiado tarde. Yo ya lo había pillado.

Se me abalanzó, pero esquivé el golpe con facilidad y lo empotré contra la pared. Le ejercí presión con el antebrazo a la altura del cuello. Se agitó en un intento por quitárseme de encima, pero sus esfuerzos fueron debilitándose a medida que el hombre se iba quedando sin energía y sin oxígeno.

Aunque había hecho de todo para provocarme y que lo viera en la cafetería (seguro que era consciente de que lo vería desde el otro lado de la ventana y lo seguiría), estaba esforzándose como el que más para escapar.

O el tío era imbécil o era lo suficientemente arrogante como para pensar que no repararía en él.

De todos modos, su chapucería confirmó lo que yo ya sospechaba: no era de La Hermandad. Puede que la organización hubiese cambiado con el paso de los años, pero nunca la pifiarían de esta manera con sus reclutas.

Entorné los ojos y observé la cara, cada vez más roja, de Gorra Azul. Apestaba a miedo.

No había nadie alrededor. Si le ejercía un poco más de presión justo encima de la tráquea...

—¡Espere! —espetó—. No es lo que cree. No so...

Hice más presión con el brazo en su garganta y vi cómo se me aferraba a la extremidad con una fría apatía.

No, no lo mataría aún. Era una fuente de información, pero hasta dichas fuentes necesitan un poco de motivación extra.

Aguardé hasta que el rojizo tono de su cara adoptó un color morado intenso y luego lo solté un poco.

Él jadeó y se le fue hinchando y deshinchando el pecho al respirar profundamente.

—No he venido a hacerle daño —dijo sibilante—. Me han pagado para que lo siguiera y llamase su atención. El hombre en cuestión

me dijo... me dijo que no podía acercarme de repente. Que tenía que ser usted quien viniera a por mí.

¿Veis? Nada como el miedo a morir para que a alguien se le suelte la lengua.

—¿Por qué? —pregunté con voz gutural porque hacía años que a duras penas la utilizaba.

Detestaba malgastar palabras en gente insignificante pero, en situaciones como esta, era una cuestión de necesidad.

—¡No lo sé! —A Gorra Azul se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me pagó mil dólares en efectivo para que me pusiera esta gorra y le pasara un mensaje. Me dio la dirección de su casa y la del despacho. Necesito la pasta sí o sí, o sea, que tampoco le pregunté nada.

El hombre de la foto debía de ser consciente de que Gorra Azul se le parecía muchísimo y conseguiría llamarme la atención. Esto ya era la guinda del pastel.

—Te... tengo la nota en el bolsillo del pantalón. El de la izquierda —dijo Gorra Azul, que parecía profundamente arrepentido de haber aceptado lo que a él le daba la impresión de que sería una forma de ganar dinero fácil.

Podría estar mintiendo. Los de La Hermandad serían capaces de hacerse las víctimas con tal de conseguir lo que querían, pero yo ya había desarrollado y perfeccionado mi radar antigilipolleces.

Y el chaval decía la verdad.

Aun así, seguí sin apartarle el brazo del cuello y mantuve todos mis sentidos en alerta mientras le quitaba la nota del bolsillo. La habían metido dentro de un envoltorio blanco con mis iniciales impresas en la parte delantera en negro y escritas con la fuente Times New Roman. Simple, genérico e imposible de rastrear.

—Descríbemelo —le ordené.

—Se me acercó en el exterior de un bar anoche. Estaba a oscuras y llevaba una capucha y las gafas de sol puestas. No vi... —Gorra Azul se fue ahogando, pues volví a cortarle el aire—. ¡Espere! Espere —jadeó—. Re... recuerdo que medía más o menos lo mismo que yo. Y tenía una constitución parecida. Debería de tener entre unos veintilargos o treinta y pocos, creo. No lo vi muy bien, pero... pero recuerdo que olía a aceite para motores. Como si fuera mecánico o algo así.

Interesante.

Me guardé toda esa información para seguir indagando un poco más. Había distintos talleres abandonados a las afueras de la ciudad que podían servir de guarida. No estaría de más que les echara una ojeada.

Gorra Azul no tenía más información útil que darme, así que lo solté con una sutil amenaza para que no le contase a nadie nuestro incidente. No le dije lo que le haría como rompiera la promesa; no me hizo falta.

Esperé a que se hubiese ido por patas antes de abrir el sobre. Tenía la cartera de Gorra Azul en el bolsillo, con su carné de identidad incluido. Ni siquiera se había dado cuenta de que se la había pillado.

Sean ya introduciría luego el nombre de este tipo en nuestra base de datos. De momento, yo me centré en lo que decía la nota.

Una frase tecleada con la misma fuente negra y genérica que mis iniciales:

Encuéntrame antes de que lo hagan ellos.

12

Vuk



En la nota no había ni rastro de huellas ni ADN, y no había forma de identificar el remitente ni de saber de dónde habían sacado la tarjeta.

Los análisis de laboratorio de mi equipo confirmaron mis sospechas, pero se nos escapaba algo. Estaba seguro.

«Encuéntrame antes de que lo hagan ellos».

Hacía una semana de mi persecución a Gorra Azul. Su historial resultó ser tan raquítico como su ingenio. Pues sí: no era más que una desafortunada alma que el misterioso miembro de La Hermandad había escogido para que le hiciese el trabajo sucio.

Si el miembro en cuestión quería encontrarme, ya me habría dejado alguna pista. Echamos una ojeada a los talleres de reparación de automóviles que había abandonados por la ciudad y

no encontramos nada. Si el hombre también hacía de mecánico, el radio de búsqueda se nos acrecentaba kilómetros y kilómetros.

Volví a repasar los detalles de la situación mentalmente.

Los hechos: el hombre de la foto era miembro de La Hermandad, seguía en Nueva York y, en lugar de esconderse, quería llamar mi atención. Sabría que no iba a dejar correr lo del incendio de La Bóveda, así que su motivo para hacer algo así tenía que pesar más que sus ganas de vivir.

Lo que no sabíamos: por qué, de repente, La Hermandad volvía a estar interesada en mí; si el misterioso miembro actuaba solo o con la aprobación de quienes tuvieran las riendas en la organización; por qué no me había venido a buscar él por su cuenta y quiénes eran «ellos». Podía estar hablando de La Hermandad o de cualquier persona.

Demasiadas cosas que no sabíamos, para mi gusto.

Y por si la cosa no fuera ya lo bastante complicada, también tenía que ocuparme de asuntos del trabajo, de la boda y de mi corazonada sobre lo de Beaumont mientras Sean se encargaba de ahondar más en la pista que nos había dado Gorra Azul sobre aceite de motores.

Pestañeé para deshacerme de la imagen de la nota y volví a centrarme en la pantalla del ordenador. Era un vídeo del último desfile de Stella Alonso. Ya lo había visto, pero me gustaba tenerlo puesto de fondo mientras trabajaba.

La New York Fashion Week acababa de terminar y, a pesar de que yo nunca asistiría a dichas pasarelas en persona, seguía algunos desfiles muy específicos por internet.

Stella, Delamonte, Prada, Saint Laurent y Dior. Todos tenían una cosa en común.

El bajo de la música se fue desvaneciendo y a mí se me aceleró el pulso con anticipación.

Al cabo de un segundo, Ayana apareció sobre la pasarela, luciendo un delicado vestido color lavanda. La piel le centelleaba de forma natural bajo los focos y le caían unos tirabuzones sueltos de un elaborado tocado que le ensombrecía la mitad de la cara. Aun así, yo la había visto desfilar tantas veces suficientes como para reconocer su peculiar forma de pavonearse.

La Ayana Kidane que salía en los desfiles era una persona distinta a la que me había invitado a café y me había hecho broma con lo del bingo. Su personalidad cambiaba con cada *show*, oscilando de un carácter juguetón y coqueto a uno altivo y majestuoso. Una diosa que podía adaptarse a todo.

Aunque daba igual qué papel adoptase o que estuviese caminando o no por una pasarela de moda: Ayana siempre desprendía aquella chispa tan exclusivamente suya. Aquella chispa que me arrastraba a ella sin cesar.

Esperándola. Mirándola. *Obsesionándome*.

El vídeo terminó. Me planteé reproducirlo por tercera vez consecutiva pero, antes de que pudiera acabar de decidirme, un mensaje me interrumpió.

JORDAN
Cómo van los preparativos de la despedida?

JORDAN
Todo en orden? Si hace falta que ayude con algo,
dímelo.

La realidad redujo a polvo mi momentáneo placer. Teníamos la despedida de soltero este fin de semana, algo que yo había

intentado olvidar por más que hubiese estado confirmándolo todo con el resto de los invitados.

No. Ya está todo listo.

JORDAN
Seguro? Porque tú nunca has organizado una fiesta.

JORDAN
Sin contar el incidente del fiestón de Halloween en tercero de carrera.

Arrugué la frente. Jordan era la única persona capaz de convencerme para que organizara una fiesta tan desastrosa como aquella en la universidad. Siempre me animaba para que «me soltara y me divirtiera». Al final, ante sus incesantes súplicas, cedí y mirad cómo acabamos: ante una audiencia disciplinaria oficial con la universidad, que nos prohibieran entrar en el supermercado local de forma permanente y doscientos rollos de papel higiénico que no pudimos quitarnos de encima lo suficientemente rápido.

¿Que si fue divertido? Más o menos, mientras duró.

¿Que si me solté? No.

Te dije que no volvieras a sacar el tema nunca más.

JORDAN
Ya, pero yo solo digo que tú odias las fiestas. Si necesitas ayuda, estaré encantado de echarte un cable.

Un sutil gruñido me agitó el pecho.

Sí, yo odiaba las fiestas, pero había aceptado ser el padrino. Por más que detestara la tarea en cuestión, no pensaba endosarle a

nadie más lo que me tocaba hacer a mí.

Por suerte, Jordan tampoco era un fiestero empedernido. Mi amigo era feliz con una copa bien cargada y buena música. Era una de sus mejores cualidades. A pesar de haber nacido en una familia adinerada, no era para nada pretencioso.

Como me vuelvas a preguntar si necesito ayuda, cambiaré de plan y nos iremos de acampada. Con osos.

JORDAN
…

JORDAN
Tú te ocupas. Entendido. No haré más preguntas.

Dejé el móvil a un lado e intenté volver a centrarme, pero ahora que me había vuelto la idea de la despedida (y, por lo tanto, de la boda) a la cabeza, ya no pude dejar de pensar en todo eso.

En Jordan y Ayana.

En Ayana y Jordan.

Las paredes de mi despacho fueron estrechándose. Noté una presión en el pecho que me sofocó y, de repente, sentí la imperiosa necesidad de salir a que me diera el aire.

Apagué el ordenador, pillé la americana que tenía colgada del respaldo de la silla y salí decidido del despacho.

Al pasar, mi equipo se quedó en absoluto silencio y todos me miraron con los ojos como platos, siguiendo mis pasos mientras me dirigía hacia el ascensor, como si tuvieran miedo de que fuera a petar si dejaban de prestarme atención.

Las puertas del ascensor se abrieron. Dentro ya había un par de júniores del departamento de *marketing*; no obstante, en cuanto me

vieron, salieron despavoridos.

—Disculpe, señor Markovic —dijo uno de ellos—. Todo suyo.

Se me quedó mirando la cicatriz más de lo que debería antes de que su amigo le pegara un codazo. Entonces apartó la vista en el acto, rojo como un tomate.

Me metí en el ascensor sin responder nada. De camino al vestíbulo, se detuvo en dos pisos más, pero no entró nadie.

Fuera, otra tormenta estaba a punto de desatarse sobre la ciudad. A lo largo de los últimos días, la lluvia había teñido las calles de color gris y, a pesar de que por la mañana el cielo estaba de color azul y el sol brillaba en lo alto, hoy no iba a ser ninguna excepción.

Tomé una profunda bocanada de aire fresco y dejé que fuera extinguiendo las llamaradas que me carcomían por dentro. Como Sean me viese fuera, así, en plena amenaza de La Hermandad, se desquiciaría, pero yo nunca me había escondido de nada ni de nadie. Y no pensaba empezar a hacerlo ahora.

Me había asegurado de vestirme con ropa de tejido kevlar y llevaba un arma oculta en todo momento, aunque sabía que La Hermandad no acabaría conmigo pegándome un tiro en público. Esos querían algo más personal.

Al cabo de cinco minutos, me encontré delante de un escaparate que me resultaba familiar. Según una de las entrevistas que le habían hecho a Ayana, era su bar de zumos favorito de la ciudad.

No había previsto venir aquí (yo detestaba los zumos), pero mis pies tenían vida propia.

«O igual...». Se me aceleró el pulso cuando vi que se abría la puerta y aparecía una morena espectacular. «Igual es que el Universo tenía otros planes».

Ya era coincidencia que yo apareciera justo en el mismo instante en el que salía Ayana.

Se detuvo justo frente a mí. Llevaba un zumo verde en una mano y el móvil en la otra.

—Primero en la cafetería y ahora en el bar de zumos. —Me miró con los ojos centelleantes de sorpresa—. Señor Markovic, ¿está usted siguiéndome?

Signé mi respuesta con más brusquedad de la prevista:

—No. Tengo la oficina cerca. Es mi pausa para comer.

—Ya lo sé. Era broma. —Ayana se guardó el móvil en el bolsillo y se subió un poco más la tira del bolso por encima del hombro.

Se hizo el silencio un segundo.

Con aquellos tacones de diez centímetros, era casi igual de alta que yo. Sin embargo, más allá de los zapatos, iba con una simple camiseta, unos vaqueros y no se había maquillado. De todos modos, seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en la vida.

—Siento haberme ido tan abruptamente el otro día. Fue una emergencia.

Se lo conté con unos movimientos rígidos.

—No pasa nada. Total, yo tenía que ir a una prueba de vestuario. —Ladeó la cabeza—. Un *gracias* y una disculpa en el mismo mes. Las ranas deben de haber criado pelo.

—No te acostumbres.

—No se me ocurriría jamás.

Otro silencio.

Di un paso al frente para dejar pasar a una madre con su hijo. Ayana abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin soltar ni una sola palabra.

Mientras tanto, aquella inminente tormenta fue cerniéndose sobre nuestras cabezas, amenazando con nubes oscuras.

Ni siquiera así hicimos ademán de marcharnos, ni ella ni yo.

Yo tenía una lista eterna de cosas por hacer en el despacho, pero me quedaría con ella para siempre. Justo así, los dos solos.

La gota de agua que me cayó en la mejilla me devolvió a la realidad. A esta le siguieron otras tantas enseguida; fue nuestra última advertencia antes de que el cielo estallara y arruinase aquel momento de paz.

Con la lluvia torrencial que cayó, parecía que los dioses estuviesen soltando toda su rabia, inundando las calles y empapándonos hasta la médula.

—¡Mierda! —gritó Ayana, y echó a correr hasta un andamio que había al otro lado de la calle. Empleó el bolso para cubrirse como si fuera un paraguas hasta que estuvo a cobijo.

La seguí más bien poco preocupado por mí, pero bastante preocupado por ella, que iba corriendo con tacones, aunque no debería de haberme inquietado. Ayana llegó a buen puerto sin trastabillar siquiera.

—Supongo que es culpa nuestra por no haber buscado refugio antes —dijo jadeante. Aquel andamio nos dio un respiro, pero la dirección de la lluvia hizo que siguieran salpicándonos unas cuantas gotas—. Si es que ya sabía yo que debería haber cogido el paraguas. Odio que me pille la lluvia. Los zapatos se me... —Dejó la frase a medias y rio avergonzada—. Perdona, estoy yéndome por las ramas. Seguro que te da igual lo que les pase a mis zapatos.

«Me importa todo lo que sea importante para ti». Fue un pensamiento fugaz y silencioso que me apresuré a contener.

—¿Cómo vas a volver a casa?

—En metro —respondió Ayana—. Y si no deja de llover pronto, pediré un Uber.

La estación de metro más cercana estaba a manzanas de allí y, cuando llovía con fuerza, se inundaba a menudo. Al imaginarme a

Ayana entrando en un tren atiborrado de gente, empapada y con desconocidos que a saber qué historial tenían, hice una mueca.

—*No hace falta que pidas un Uber. Ya te llevo yo.*

—No hace falta. He...

—*No tengo el coche lejos.* —Sacudí los hombros para quitarme la americana y se la pasé—. *Mejor cúbrete con esto. Ese bolso parece caro.*

Ayana se cruzó de brazos.

—¿Siempre eres igual de mandón?

—*Sí.*

—Pues no es un rasgo muy atractivo, que lo sepas.

—*Ya.*

Resopló sin hacer ademán alguno por cogerme la americana.

Llegados a este punto, seguro que estaba rechazándola por pura cabezonería. Meterse en un asqueroso tren o pagar un montón de dinero para sentarte en el coche de un desconocido no podía compararse con que te ofrecieran llevarte a casa en coche gratis.

—*Cuando llueve, es más común que salgan las ratas. Que no te sorprenda si te encuentras con toda una familia de roedores en la estación.* —Me detuve un segundo y añadí—: *¿Has visto alguna rata de metro? Son igual de grandes que un gato.*

Ayana titubeó.

—No he visto ninguna, pero no es verdad. Te lo acabas de inventar.

Arqueé una ceja como si quisiera decirle: «Puede, pero ¿en serio quieres arriesgarte?».

—Mira...

Alguien gritó no muy lejos y la interrumpió. El paraguas de alguna transeúnte había perdido la batalla contra la tormenta y se había girado del revés. La propietaria del paraguas en cuestión estaba

empapada y, por desgracia, la mujer iba vestida de blanco de los pies a la cabeza.

Ayana miró la escena perturbada.

—Vale —accedió—. Puedes llevarme a casa, pero solo si me dejas hacerte tres preguntas mientras conduces. Y tienes que responder con ho-nes-ti-dad.

Casi sonrío. Nadie se habría atrevido a negociar conmigo con tanto descaro.

—¿Yo te hago un favor y tú me vienes con exigencias?

—*Sip*. —Se encogió de hombros con elegancia—. A mí me da igual. Si no quieres responder, me arriesgaré a encontrarme a esas ratas gigantes invocadas por la lluvia.

Mi sonrisa casi se convierte en risa.

Le ofrecí la chaqueta otra vez en un acuerdo tácito. Ella la aceptó y se le encorvaron los labios.

—¿Y tú? —me preguntó—. Si te agachas, cabemos los dos.

Esa americana no era tan grande como para taparnos a ambos.

—Es agua. No pasa nada.

La guie fuera de aquel refugio bajo el andamio y hacia el garaje de mi despacho. Yo apenas conducía por la ciudad, pero hoy había pillado el coche para ir a echarles una ojeada a los talleres personalmente cuando acabase de trabajar. Ese plan tendría que esperar.

Un bus que pasaba por ahí pisó un charco bastante grande y nos salpicó de agua. El instinto me llevó a girarme para cubrirla a ella y Ayana me agarró el brazo con la mano que le quedaba suelta. Me estremecí y ella apartó la mano a toda prisa.

—Lo siento. No quería...

—No te preocupes.

Reanudé el paso con el corazón acelerado, pero ni siquiera la lluvia fue capaz de borrarme la sensación que me había causado su tacto.

Llegamos a mi coche sin más incidentes. Abrí las puertas y Ayana se quitó la chaqueta de la cabeza antes de sentarse en el asiento del copiloto.

Encendí la calefacción de los asientos mientras ella observaba aquel interior de cuero negro italiano que lo envolvía todo, ese tablero de última generación y los detalles personalizados.

—Muy rollo Batman —señaló.

—*Suena a insulto.*

—Solo si decides tomártelo así. —Se hundió más en el asiento, suspirando—. Tienes razón. Esto es mejor que un Uber.

—*Yo siempre tengo razón.*

—Y siempre eres muy modesto, también —contestó seca.

Me dio su dirección y la puse en el GPS para disimular. Ya sabía dónde vivía.

Salimos del garaje y condujimos en silencio por las calles.

Era la primera vez que estaba completamente a solas con Ayana desde que nos vimos obligados a compartir habitación de hotel tres semanas antes. E incluso en ese momento tenía la opción de cerrar la puerta que nos separaba o irme al gimnasio.

Aquí no había escapatoria. No había ni puertas ni peatones ni llamadas telefónicas que pudieran distraernos de la presencia del otro.

Solo había el aroma de su perfume y la cálida curiosidad de su mirada.

Era un infierno exquisito que había creado yo mismo.

—Primera pregunta —dijo Ayana cuando llegamos a un semáforo en rojo—. ¿Cómo es tu familia? Yo te hablé de la mía, pero no sé

nada de la tuya.

«Mi familia...».

El eco de unos gritos lejanos me retumbó por la mente. El olor a carne calcinada se me coló en los pulmones y se me encogió el estómago.

Me agarré al volante con tanta fuerza mientras me obligaba a tragarme la bilis que se me quedaron los nudillos blancos. Cuando las náuseas hubieron pasado, solté el volante para responder:

—No hay mucho que contar. Tenía padres y un hermano. Y ya.

El repiqueteo de la lluvia contra el cristal inundó el silencio del coche.

—¿Tenías? —preguntó ella en voz baja.

—¿Es tu segunda pregunta?

Detestaba hablar de mi familia. Mis padres habían fallecido por causas naturales: mi madre por una enfermedad cardíaca y mi padre por cáncer; hablar de ellos no era complicado. El caso de mi hermano, en cambio...

Noté cómo me ardía el tatuaje que tenía en la parte interna del brazo.

—No —contestó Ayana en un tono de voz más bajo todavía, casi con timidez.

Solté un poco el volante. Sin advertirlo, había vuelto a agarrarlo con demasiada fuerza.

El semáforo se puso en verde y arrancamos de nuevo. El tráfico avanzaba a paso de tortuga gracias a la lluvia. Lo que debería haber sido un trayecto de veinte minutos estaba convirtiéndose en uno de cuarenta.

Mi equipo seguramente se estaría preguntando dónde narices me había metido, pero una de las ventajas de ser el director era que no tenías que responder a preguntas.

A no ser, claro está, que las formulara Ayana.

Parecía estar perdida en sus pensamientos hasta que llegamos a otro semáforo en rojo.

—Vale, segunda pregunta. Y no es sobre tu familia, te lo prometo. —Se aclaró la voz—. ¿Sales con alguien?

Desvié los ojos hacia ella. Parecía serena, pero detecté cierto nerviosismo cuando se movió bajo mi escrutinio.

—*Define «salir».*

—¿A tus treinta y pico años necesitas que te defina «salir con alguien»? Qué típico de los tíos...

No mordí el anzuelo. Simplemente me quedé ahí sentado, esperando.

Al cabo de un minuto, suspiró y aclaró:

—Me refiero a que si quedas con alguien a menudo en el plano romántico.

—*Define «quedar».*

Ayana puso cara de pocos amigos.

—Ya sabes a qué me refiero.

—*Pues no. ¿Me estás hablando de quedar para cenar, Ayana, o de follar?*

Al ver cómo inhalaba de repente, se me encorvaron los labios.

Notarla tan incómoda no tendría que haberme deleitado tanto. Sin embargo, quien había empezado todo esto era ella y tal vez yo quisiera provocarle lo mismo que me hacía sentir al tenerla cerca: una tensión insoportable y agonizante, como si el mundo entero estuviese condensado en una burbuja a nuestro alrededor y respirar fuese jodidamente difícil.

Ayana tragó saliva. Se removió de nuevo en el asiento y, a pesar de su tono monocorde, la sutil forma en que apretó los muslos la traicionó al responder:

—De ambas.

La hice esperar un poco.

Cuando el semáforo se hubo puesto en verde y una cacofonía de bocinazos estalló detrás de ambos, me giré para responder con un simple:

—*No.*

Tenía mis necesidades, pero el trajín de las relaciones modernas hacía que se me pasaran las ganas. Las mujeres que se me lanzaban directamente lo hacían por dinero o por poder, y a mí no me apetecía lo más mínimo ver cómo se tragaban la repugnancia que sentían sin apenas discreción movidas por la esperanza de convertirse en la mujer de un multimillonario.

Y ya podía venir alguien con interés genuino y con quien pudiese congeniar que daría igual.

Yo solo quería estar con una persona. Y ninguna otra mujer era ella.

Ayana jugueteó con la americana que tenía en el regazo. No volvió a abrir la boca hasta que llegamos a su edificio al cabo de media hora.

—Cuando respondes, nunca lo haces de forma directa —señaló—. Tampoco cuesta tanto decir «no, no estoy saliendo con nadie», ¿no?

—*Qué fijación tan peculiar tienes con mi vida privada, oye.*

No me di el permiso de analizar a qué se debería. No redundaría en nada bueno, ni para ella ni para mí.

—No es fijación, es curiosidad. Son cosas distintas —replicó con una dignidad sorprendente—. Solo te lo preguntaba porque en internet no se menciona absolutamente nada de tu vida personal y Jordan a duras penas me cuenta algo.

Al oír el nombre de mi amigo, se me ensombreció el humor.

Quería inclinarme y empotrar mi boca contra la suya hasta que no se acordara ni de cómo se llamaba, y mucho menos de cómo se llamaba él.

Quería rodear mi cintura con sus piernas y hacerla gritar para mí, única y exclusivamente para mí.

Quería un montón de cosas que no podía tener, así que opté por una indiferencia burlona.

—¿Tanto rato te pasas buscándome en internet?

—Solo cuando me aburro. También me paso un montón de rato buscando patrones de punto o viendo vídeos de gatos, o sea, que tampoco te flipes. No eres tan interesante como esas otras dos cosas.

Ocurrió tan de repente que no me di cuenta hasta que se me hubo escapado ese sonido. Era una risa. Y era mía.

La primera risa genuina que se me había escapado en años, seguramente.

Me quedé tan estupefacto que permanecí inmóvil un segundo. Yo nunca, pero nunca jamás, perdía el control de esta manera; además, tampoco es que la respuesta de Ayana hubiese sido lo más gracioso o sorprendente del mundo. Aun así, fue tan adorablemente malévola que no pude no ceder.

La alegría que se le dibujó a Ayana en el rostro hizo que me entraran ganas de ser el tipo de hombre que ríe con facilidad con tal de disfrutar más a menudo de su sonrisa.

Un golpe nos sacó de aquel momento de complicidad. El conserje debería de haberse cansado ya de que estuviéramos parados delante del edificio.

Mi diversión se esfumó.

Ayana bajó la ventana.

—Hola, Bernard. ¿Te importaría darnos un minuto, por favor? Enseguida salgo.

—Señorita Kidane, me temo que... —Se le fue apagando la voz cuando lo fulminé con la mirada, sentado a espaldas de Ayana—. Un minuto. Por supuesto.

Reculó y Ayana volvió a mirarme.

—Gracias de nuevo por haberme traído y por la americana.

—*De nada.*

Esperaba que fuese a marcharse de inmediato, pero se quedó ahí, cruzando y descruzando las piernas como si estuviese debatiendo algo mentalmente.

Había pocas cosas que me sorprendieran ya. Me habían entrenado para que esperase lo inesperado. Sin embargo, nada en el mundo me habría podido preparar para las palabras que pronunció ella a continuación:

—¿Quieres subir a mi apartamento?

13

Ayana



—¿Quieres subir a mi apartamento?

Mi pregunta quedó suspendida en el aire. Se llevó por delante la calidez que aún emanaba de la risa de Vuk, pero era demasiado tarde: ya se lo había preguntado.

—Para secarte —me apresuré a añadir—. Estás empapado y tal y como está el tráfico tardarás otros cuarenta minutos en llegar a casa, como mínimo.

A mí me parecía una oferta razonable pero, a juzgar por cómo arrugó la frente, cualquiera diría que acababa de pedirle que le pegara un tiro a un gatito recién nacido.

—No hace falta que subas. —Seguí hablando por los codos para llenar aquel pesado silencio—. Imagino que ya se te habrá secado la ropa, pero de esa manera que se queda rígida, ¿sabes? Por la lluvia... A ver si te resfrías o algo. —«Cállate. Ya»—. Pero, vaya, sin presión. Era solo una sugerencia por si, eh..., quieres.

Me ardía la cara.

Por si no estaba lamentándome ya por haberle preguntado antes por su vida amorosa, ahora iba y me acababa de cavar mi propia tumba con este discurso tan incoherente.

Mis intenciones eran inocentes, pero había sonado como si estuviese desesperada porque Vuk subiera a hacer algo más que la colada.

Le latió un músculo en la mandíbula.

Tras otro interminable segundo de silencio, Vuk se alejó de la acera y fue hacia el garaje adjunto.

Iba a subir.

Los nervios se me colaron bajo la piel mientras aparcábamos y subíamos a la vigésima planta en ascensor. Vuk era el primer hombre al que invitaba a casa desde hacía meses aparte del señor de mantenimiento. Daba igual que su visita fuese por una cuestión puramente platónica; los nervios me carcomieron por igual.

Llegamos a mi apartamento. Giré la llave en la puerta principal y la abrí.

—Ya hemos llegado. Hogar, dulce hogar.

Durante los primeros cuatro años que pasé en la ciudad, compartí piso con más personas hasta que conseguí ahorrar el dinero suficiente para alquilar el piso donde vivía ahora: uno acogedor, con un solo cuarto y unas vistas maravillosas. Quedaba cerca de una estación de metro y le entraba un montón de luz natural, que eran las dos cosas imprescindibles que había tenido en cuenta a la hora de buscar apartamento.

Cada mes pagaba una locura de alquiler, pero merecía la pena. Tenía unas ventanas gigantescas con vistas a Manhattan y una de ellas incluso disponía de un banco y todo donde sentarse a leer y a soñar despierta.

Las paredes estaban decoradas con cuadros de colores atrevidos. El suelo de madera clara estaba cubierto por unas alfombras de fibra natural y las plantas colgantes le daban un toque verde al espacio. Sobre el respaldo del sofá descansaba una gruesa manta blanca que yo misma había tejido en una noche de insomnio.

La manta en cuestión no era mi mejor proyecto, pero sí era el primero que había terminado y estaba orgullosísima de ello.

Miré a Vuk mientras entraba. Paseó la vista por aquel diáfano espacio e intenté imaginarme viéndolo a través de sus ojos. ¿Qué vería él al mirar aquella manta o la colección de botellas de perfume vacías que tenía alineadas en la estantería del salón?

Imposible saberlo.

Nos quitamos los zapatos y le enseñé rápidamente el apartamento. Salón, cocina, la esquina que utilizaba para fotos y entrevistas... Evité enseñarle el dormitorio a propósito.

—El baño está por aquí. —Señalé el pasillo con el brazo—. Puedo meter tu ropa en la secadora mientras te... ah.

Vuk se quitó la camisa por la cabeza y signó sin mirarme:

—Los pantalones me los dejo puestos. ¿Dónde tienes el cuarto para la colada?

Tragué saliva con la garganta seca y, sin mediar palabra, abrí el armario donde se encontraba uno de los artilugios más codiciados en Manhattan: una lavadora/secadora en casa. Nadie tenía un cuarto como tal para la colada a no ser que fuese algún rico nivel Markovic.

Intenté no mirar mientras Vuk metía la camisa en la máquina y seleccionaba el programa adecuado. De verdad que lo intenté.

Pero lo tenía a menos de treinta centímetros y me fue imposible no deleitarme con una ojeada. Giró la espalda, dándome así una amplia visión de la esculpida arquitectura de su torso para que pudiera admirársela.

Tenía los brazos y la espalda musculados, y unos hombros igual de anchos que el marco de la puerta. Sus muslos eran tan gruesos que parecían el tronco de un árbol. Cuando terminó con la secadora y se dirigió al baño, atisbé una fina capa de vello que le bajaba por el pecho y le desaparecía por debajo de la cintura.

Al percatarme de eso, una exasperante sensación me recorrió la columna vertebral. ¿Cómo se atrevían mis neuronas a dejar que me comiera al padrino de mi prometido con los ojos? ¿Acaso no habían captado que se suponía que no deberíamos de estar haciendo algo así? ¿Y cómo se atrevía Vuk a entrar en mi apartamento y a ocupar tantísimo espacio que yo apenas podía respirar? Era de una mala educación descomunal.

Me obligué a esperar hasta que hubiese cerrado la puerta tras de sí y luego me metí en la cocina y me mantuve ocupada preparando un par de tazas de té.

Ya había visto a hombres sin camiseta antes. Dios, si hasta había visto al mismísimo Vuk sin camiseta antes.

Pero nunca lo había visto tan de cerca. Y nunca aquí, en mi apartamento, a unos simples pasos de mí, desde donde podía...

—¡Mierda! —espeté en cuanto eché tanta agua en la taza que se derramó por los costados y el té me abrasó la mano.

Me lo tomé como una señal de que ni siquiera el Universo les daba el visto bueno a mis inapropiados pensamientos.

Cuando hube terminado de limpiarlo, Vuk salió del baño y vino a la cocina (de donde yo no me había movido) con una presencia tan dominante que exigió atención inmediata.

—Toma. Te he preparado té. —Empujé aquella taza humeante por la isla de mármol resuelta a no mirarlo por debajo de la barbilla—. Es una mezcla especial etíope que preparó mi madre. Debería

ayudarte a entrar en calor mientras esperas que se te seque la camisa.

Se quedó mirando la bebida que le había servido en una taza de café donde aparecía un sonriente gato gris. Por un segundo, me lo imaginé tirando el pobre gatito de cerámica contra la pared, cabreado por la ternura del animal; sin embargo, la cogió sin hacer ningún comentario. La taza en cuestión parecía sumamente delicada en su mano.

Me mordí el labio y contuve las ganas de reír.

Vuk paseó la vista por la cocina.

—*Tu piso no es como me lo había imaginado.*

—¿Tanto rato te pasas imaginando cómo será mi piso? —bromeé haciendo referencia a la pullita que me había soltado él antes cuando le dije eso de buscarlo en internet.

A lo mejor era por la luz, pero habría jurado que acababa de ver cómo se le sonrojaban muy sutilmente las puntas de las orejas. Pero pestañeé y ya no quedaba ni rastro de dicho rubor.

Sin duda fueron imaginaciones mías. Vuk Markovic no se sonrojaba. Nunca.

—*Las modelos no suelen coleccionar tazas de animales ni tener una decoración con colores tan vivos.*

¿Que las modelos no suelen qué? Pero ¿en la casa de cuántas modelos había estado?

Las ganas de saber la respuesta se adueñaron de mí, pero no le di la satisfacción de preguntárselo.

—En primer lugar, esto es generalizar un montón. Y, en segundo lugar, no todo el mundo venera el minimalismo —contesté quitándome una imagen de él con Polina, Indira o Vlada de la cabeza.

Paseé la vista por mis armarios verde esmeralda, los utensilios de cocina de color cobre y las paredes de azulejos blancos. Los armarios los había pintado yo misma y, cuando me marchara de este apartamento, tendría que volver a pintarlos de su color original, pero merecía la pena; no soportaba aquel blanco estéril.

—Cuando me mudé a Nueva York, compartí piso con otras modelos de la agencia —le conté—. Era el lugar más insípido y falto de color que puedas imaginarte. Como no sabíamos cuánto tiempo duraríamos aquí, tampoco tuvo mucho sentido que nos gastáramos dinero y perdiéramos el tiempo decorándolo. —Por aquel entonces, no me sobraba ni una cosa ni la otra. Mi situación actual tampoco era para tirar cohetes en todos los aspectos, pero jamás echaría de menos aquella época de *castings* masivos y rechazos constantes—. Cuando por fin alquilé un piso para mí sola, quise que fuese justo lo opuesto al otro. Así que lo llené de lo que más me gustaba, aunque sea una mezcla de cosas que no pegan.

Creía firmemente que una casa tenía que hacerte sentir, justamente, en casa. Tenía que haber libros para leer, un sofá para sentarte y una cocina a la que dar uso. Una casa no era un museo; era un tapiz que mostraba quiénes éramos y cómo eran nuestras vidas.

—*Pero vas a tener que mudarte pronto.* —Vuk se detuvo un segundo—. *A no ser que se mude Jordan a vivir aquí.*

Se me desdibujó la sonrisa.

—No. Él no se mudará.

Jordan y yo habíamos acordado que, una vez casados, nos iríamos a la casa adosada que tenía él en el Upper East Side. Dado que habíamos avanzado la fecha de la boda, yo ya debería de haber empezado a hacer cajas, pero es que ni siquiera había abierto una sola maleta.

No es que temiera nada de eso. Simplemente había estado ocupada con la Fashion Week. Nada más.

—Será genial —añadí—. Tendré muchísimo más... espacio. —Un espacio sofocante, formal y anticuado.

Podríamos redecorarlo con Jordan para que yo me sintiera más en casa, pero ¿qué sentido tenía que lo hiciéramos si, dentro de unos años, me marcharía de allí?

—¿Cómo nació tu amistad con Jordan? —pregunté para desviar la conversación hacia aguas menos movedizas—. Ya sé que erais compañeros de habitación, pero mucha gente lo es y pocos siguen manteniendo el contacto durante tanto tiempo al acabar los estudios. —Se lo había preguntado ya a Jordan, pero la respuesta que me dio según la cual «acabaron llevándose mejor con el tiempo» fue tan genérica que no me satisfizo.

La expresión de Vuk fue tan austera que me parecía increíble que fuese la misma persona que había reído antes.

—Si respondo, esa será tu tercera pregunta.

Gruñí. Ni que estuviera torturándolo para sonsacarle vete a saber qué confesión en lugar de estar haciéndole preguntas la mar de normales.

Aunque una promesa era una promesa.

Titubeé y me pregunté si merecía la pena gastar mi tercera pregunta en eso. Tal vez debería de preguntarle algo más profundo, como con qué se hizo aquellas cicatrices o por qué prefería no hablar, pero me parecieron ambas demasiado invasivas. Tampoco nos conocíamos tanto y no quería obligarlo a hablar de algo que lo hiciera sentir incómodo.

También podía preguntarle a qué se había referido con la notita esa del avión. La tenía guardada en el cajón de la mesita de noche y la releía más a menudo de lo que estaba dispuesta a admitir.

«No te odio. Ojalá».

Podía darme varias respuestas y no tenía claro si quería conocer ninguna de ellas.

Asentí para darle el visto bueno. Mi curiosidad por su historia con Jordan era genuina de verdad. Eran polos opuestos, como el día y la noche, y su amistad era lo que más me sorprendía; más que cualquier otra cosa que supiera de Vuk hasta la fecha. Bueno, aparte de lo del bingo, que seguía sin estar segura de si me lo había dicho en serio.

—Al principio no éramos amigos. Teníamos una relación cordial, pero yo era demasiado tranquilo y él, un torbellino. Nos... interesaban cosas distintas. Luego me metí en un lío y él me salvó la vida.

Me quedé sin aliento.

—No me lo había contado nunca.

Vuk se encogió de hombros.

—¿Qué pasó?

Ya había agotado mis tres preguntas. Viendo lo reservado que era Vuk, yo no tenía derecho alguno a husmear en su vida y él tenía todo el derecho del mundo a no responderme. Aun así, algo en ese momento (la lluvia que caía fuera, las tazas de té que se iban enfriando o el sutil zumbido de la secadora que se oía de lejos) le dio a la situación un aire de intimidad.

O a lo mejor fue porque lo tenía en mi cocina y ahí, entre especias ordenadas alfabéticamente y unas diáfanas cortinas, parecía que estuviese como en casa. Vuk era sumamente rudo, sumamente frío y sumamente masculino, y aun así encajaba a la perfección.

Una isla de calma en medio de un mar de incertidumbre.

—Me junté con quienes no debía. Contraje deudas con ellos y no eran el tipo de gente a quien nadie quiera deberle nada. Cuando

Jordan se enteró, pagó la suma al completo sin preguntarme. —Se encogió otra vez de hombros—. *El resto es historia.*

Teniendo en cuenta la reticencia habitual de Vuk, básicamente acababa de darme el equivalente a una mina de oro en información.

Intenté procesarlo todo.

Ahora entendía por qué Vuk era tan leal con Jordan a pesar de las diferencias entre ambos. Debía tener la sensación de que estaba en deuda con él.

Pero ¿quién sería esa gente con quien «no debía» haberse juntado en la universidad? ¿Una banda, la mafia, alguna otra organización criminal? Eran las opciones más plausibles. Por más miedo que diese el Sistema de Impuestos Interno, no iban por ahí matando a la gente que les debía dinero.

A Vuk se le encorvaron los labios ante mi prolongado silencio.

—*Pregunta.*

—¿Que te pregunte el qué?

—*A quién le debía la pasta.*

Sus ojos eran como dos pedazos de hielo incrustados en un rostro hecho de piedra.

No era difícil imaginárselo involucrado en actividades cuestionables en el pasado, pero eso daba igual.

Negué con la cabeza.

—No.

A Vuk le centelleó la mirada, sorprendido.

—Si quieres contármelo, puedes hacerlo —le dije—. Pero, pasara lo que pasase, fue hace más de una década. Al final salió bien; el pasado pasado está. No sería justo que fuera a meter el dedo en una llaga tan vieja, a no ser que tú te sientas cómodo hablando del tema.

Esos ojos glaciales se derritieron y me dejaron entrever al dueño de aquella risa tan bonita e inesperada de antes. Haber conseguido que bajara la guardia era uno de mis mayores logros; uno que no esperaba repetir, por más que siguiera echando de menos la franqueza del momento.

—Si lo haces en plan psicología inversa, no funcionará. No voy a contártelo a no ser que tú me lo preguntes.

Reí por la nariz. No sabía si reírme o dejarme llevar por la exasperación.

—No espero que vayas a... Lo que te he dicho iba en serio, pero gracias por *pensar* que soy así de manipuladora. —Eso último lo añadí en plan broma.

—Eres muchas cosas, Ayana, pero de manipuladora no tienes nada.

Mi diversión se esfumó con la misma rapidez con la que había florecido.

Le oía la voz alto y claro, lo cual resultaba extraño porque nunca me había dicho nada en voz alta.

Me agarré a la encimera con la mano. Notaba la insoportable pesadez del anillo de compromiso y me moría de ganas de quitármelo. Un solo movimiento que me daría libertad. No necesitaba nada más.

Vuk desvió la vista hacia el diamante. Una evidente brisa se coló en el aire.

Cuando volvió a mirarme a los ojos, el peso del anillo se multiplicó por dos.

Me ganaba la vida estando delante de las cámaras. Fuera donde fuese, había ojos por todas partes. Mirándome, diseccionándome, juzgándome. Me adaptaba a lo que los demás esperaban de mí

porque era mi trabajo y estaba acostumbrada a ser objeto de escrutinio.

No obstante, delante de una cámara o de una multitud, la que fuera, nunca me había sentido como me sentía con Vuk. Con él era como si volviera a ser yo misma. Como si me viera como soy de verdad.

Un fuerte pitido hizo que rompiéramos el contacto visual.

La secadora había terminado.

Bajé la mano y di un paso hacia atrás con el corazón latiéndome más rápido de lo que debería.

—Voy a por...

Alguien llamó a la puerta y me interrumpió. Arrugué la frente. No esperaba a nadie y llevaba el tiempo suficiente viviendo en esta ciudad como para desconfiar de visitantes inesperados.

Aun así, la presencia de Vuk me dio la valentía que no habría aunado de no estar él aquí, así que me acerqué a la mirilla para ver quién había al otro lado de la puerta mientras él iba a por su camisa.

Al ver a la otra persona, me dio un vuelco inmenso el estómago.

Pelo repeinado y hacia atrás. Piel morena. Un reluciente Rolex en la muñeca.

¿Qué cojones...? ¿En qué momento mi agente había empezado a hacer visitas a domicilio?

Me planteé dejarlo tirado en el pasillo y fingir que no estaba en casa, pero así solo conseguiría alargar lo inevitable. Era mejor que arrancase la tirita de golpe y me quitara aquello de encima.

Me erguí y abrí la puerta.

—Hank. ¿Qué haces aquí?

No estaba de humor para fingir modales. Mi casa era mi santuario y no me gustaba que él viniese a mancharlo.

Por una vez en la vida, no me insultó con falsas banalidades ni dijo que había venido a ver cómo estaba porque se preocupaba muchíííísimo por mi bienestar. De todos modos, la seriedad de su rostro hizo que un escalofrío me recorriera entera.

—Tenemos que hablar.

14

Vuk



Mientras Ayana abría la puerta, yo fui hacia la secadora y pillé la camisa. Me la deslicé por la cabeza mientras sentía que me iba a explotar el cerebro por culpa de los errores que había cometido hoy.

Ofrecerme para llevar a Ayana a casa en coche. Aceptar subir a su piso. Contarle lo de mi pasado con Jordan. ¡Reír, joder!

Peligrosas equivocaciones todas ellas que me acercaban todavía más a su órbita cuando debería de estar manteniéndome alejado de ella.

Le había vendido una media verdad de lo ocurrido con La Hermandad y para qué había necesitado la pasta de Jordan pero, si me hubiese pedido que entrara en detalles, a lo mejor se lo habría contado. Tal vez no todo, pero sí lo suficiente como para que me

mirase como me miraban los demás. Como si fuera un monstruo vestido de hombre.

Ayana me miraba con unos ojos que me veían como un hombre mejor del que sería jamás, y yo era demasiado egoísta y masoquista como para arrebatarle aquella noción de mí.

Si no podía tener a Ayana plenamente, atesoraría aquella parte de ella que seguía permitiéndome esperar cierta redención.

El grave murmullo de voces que se colaba desde la entrada me sacó de mis cavilaciones. Una era una voz de mujer; la otra, de hombre.

¿Ayana y quién? ¿Jordan? ¿Algún vecino extremadamente amable? ¿Quién coño venía a visitarla en pleno miércoles por la tarde?

Mis especulaciones acerca de quién podía ser esa persona me fueron carcomiendo por dentro.

Cerré la puerta de la secadora y me dirigí al salón. Ayana me daba la espalda, pero incluso estando a más de tres metros y medio de ella me di cuenta de toda la tensión que desprendía su cuerpo.

—Fui a consultar una cosa de la boda. Nada más —dijo ella con un tono un tanto afilado a pesar de su calmada voz.

—Ya... —Aquella empalagosa respuesta me llevó a apretar los dientes. «El puto Hank Carson». Reconocería su asquerosa voz en cualquier parte—. Mira tú qué interesante, teniendo en cuenta que Brown, Kermit & Wells están especializados en contratos mercantiles. Sobre todo, en cuestiones de rescisión.

—Casarse es un contrato y, para muchísimas personas, hasta un negocio. —La voz de Ayana adoptó un tono un tanto más frívolo—. Quiero a Jordan, pero sería estúpido por mi parte no protegerme.

«Quiero a Jordan».

Sentí una despiadada presión en la garganta. Me obligué a tragar saliva para deshacerme de dicha sensación, pero el residuo de esos tóxicos celos siguió carcomiéndome por dentro, negándose a desaparecer.

—Me alegro —contestó Hank con un tono lo suficientemente sutil como para esconder gran parte de su escepticismo, aunque no lo lograra del todo—. Solo quería ver qué pasaba y asegurarme de que iba todo bien con la agencia. Si se enterase de que piensas irte, a Emmanuelle no le sentaría demasiado bien.

Ya había oído suficiente.

Me acerqué a Ayana por detrás; estaba tensa a más no poder, pero estaba conteniéndose. Hank llevaba en mi radar desde que llamó a Ayana cuando estábamos en esa limusina en California y yo había esperado, paciente, a que llegase el momento adecuado para atacar.

No obstante, se me estaba agotando la paciencia y, como Hank no dejase de hablarle a Ayana con ese tono amenazante, pensaba arrancarle la lengua. Al diablo con la paciencia.

Hank abrió la boca para hablar pero, al verme, se quedó helado y con los labios separados. Hay que reconocer que, en lugar de salir por patas como aquel día en La Bóveda, esta vez se mantuvo firme.

—Señor Markovic. Menuda sorpresa —dijo tras recuperarse del *shock*. Alternó la vista entre Ayana y yo con un centelleo curioso en la mirada—. No sabía que se llevaran tan bien usted y Ayana.

—Nos hemos encontrado antes y ha tenido la amabilidad de traerme a casa en coche porque llovía —contestó ella antes de que pudiera hacerlo yo—. Lo he invitado a subir para que se secara. Y ahora, a no ser que quieras hablar de algo más, tengo clase de boxeo en una hora.

—Por supuesto. No querría interponerme en tu rutina de ejercicio. —Hank apretó los labios—. Qué pena que este año vayas a faltar a las pasarelas de París y de Milán por la boda.

Un gruñido de advertencia me retumbó por la garganta.

Hank se estremeció y retrocedió muy sutilmente antes de afanarse en añadir:

—Una boda preciosa, seguro.

El hombre volvió a mirarme. Tras aquel velo de miedo, una pizca de especulación se coló en el centelleo de su mirada.

Me apostaba lo que fuera a que ya estaba montándose mil películas mentalmente, imaginándose qué pintaba yo en el apartamento de Ayana. Películas que luego utilizaría para chantajearla a ella.

Ya me había topado con hombres como Hank antes. Había matado a hombres como Hank antes. Tenía clarísimo cuál era su *modus operandi*.

Debió de percatarse del peligro que se iba gestando en el aire porque apartó la vista de repente y se fue con un apresurado «adiós».

Ayana cerró la puerta con más fuerza de la necesaria. Se giró con la frente arrugada a causa de la irritación.

—Perdona. No tenía ni idea de que iba a venir por aquí.

—¿Suele aparecer por tu casa sin previo aviso a menudo?

—No, por eso me ha pillado tan por sorpresa. —Suspiró—. Se enteró de que fui a un despacho de abogados hace unas semanas; un despacho con fama de liberar a sus clientes de contratos superestrictos y empezó a sospechar que yo tenía previsto largarme de Beaumont.

Se me coló cierto frío en las venas. Mi equipo no consiguió confirmar la corazonada que había tenido respecto a la fundadora de

la agencia, lo cual me preocupaba más que si me hubiesen dado la razón. O yo le estaba dando demasiadas vueltas a la conexión que había establecido al revisar el dosier o Emmanuelle Beaumont estaba aliada con gente que era lo suficientemente buena como para limpiarle el historial.

Fuera como fuese, a Ayana le iría mejor estando lejos de esa agencia, pero a ellos no les gustaría demasiado perderla.

—¿Y te largarás?

Ayana dudó.

—Me lo estoy planteando —me contó con cierta precaución en la voz—. Hay muchas cosas que debo tener en cuenta; por eso fui a ver a un abogado. No se lo comenté a Hank por razones evidentes. Si me quedo en Beaumont pero descubren que me he planteado irme, las repercusiones para mi carrera serían... nefastas.

No conocía demasiado bien los entresijos del mundo de las modelos, pero lo que sí sabía era que había agentes que ejercían un poder desproporcionado. Como Emmanuelle Beaumont, por ejemplo.

Estudié a Ayana. Volvía a tener la mano en el pomo de la puerta y estaba agarrándolo con fuerza; igual había sido un gesto inconsciente. Me miró a los ojos con tanta firmeza que parecía que estuviese obligándose a sí misma a mantener el contacto visual para que yo no pensara que estaba mintiendo.

No era feliz en Beaumont; eso estaba más que claro. Sin embargo, a juzgar por las pocas interacciones que había presenciado entre ella y Hank, estaba convencido de que Ayana ya había tomado una decisión sobre si dejaba la agencia o no. Lo que ocurría era, simplemente, que todavía no quería decirlo en voz alta.

—¿Por qué quieres irte?

—Conque ahora me interrogas tú a mí, ¿eh? —La breve sonrisa de Ayana se desvaneció enseguida—. Llevo toda mi carrera con

Beaumont. Han hecho un montón por mí, pero creo que va siendo hora de ampliar mis horizontes. Además, Hank es... Chocamos; tanto por una cuestión de personalidad como por nuestra forma de trabajar.

La historia no terminaba ahí; había algo que no me estaba contando. Siempre ocurría lo mismo.

Había oído historias terroríficas de cómo trataban las agencias a algunas de sus modelos. Tal vez, en gran parte, Ayana pudiese escudarse tras su éxito; aun así, ni siquiera las modelos de más renombre eran inmunes a la explotación y a los abusos de una industria con tan pocas regulaciones.

La gente de a pie solía pensar que los famosos tenían banda ancha para hacer lo que les apeteciera; sin embargo, había muchos que tenían que responder ante sus agencias, discográficas o quien fuera que estuviese por encima de ellos.

Una sensación oscura e insidiosa se abrió paso en mi interior. Tendría que ahondar más en la relación que tenía Ayana con Beaumont pero, ahora mismo, me asaltaba una pregunta más apremiante: si Ayana no quería que su agencia supiera que iba a dejarlos, ¿cómo podía ser que Hank se hubiese enterado de que se había reunido con un abogado?

—No tengo muy claro cómo sabe que quedé con un abogado —respondió como si acabase de leerme la mente. Bajó la mano del pomo y se toqueteó el colgante que llevaba en el cuello—. Aunque no debería de sorprenderme. Lo sabe todo.

Entrecerré los ojos.

—*Explícate.*

Dudó un poco más de lo normal.

—Es solo que siempre acaba enterándose de todo —contestó finalmente—. Por ejemplo, sabía que me acompañaste tú a California

y no Jordan. Lo mencionó al llamarme, pero yo no le había dicho nada. Y también hay otras cosas... Pequeños detalles sobre lugares a los que he ido o gente con quien he quedado fuera del trabajo. Nunca le he preguntado nada al respecto porque no quiero que sepa que me molesta. —Se le escapó una risa triste—. Igual estoy siendo paranoica, pero me da la sensación de que, si se lo digo, aún se obstinará más con el tema. Y me seguirá más la pista a su manera para que yo nunca descubra cómo lo hace.

La sangre se me congeló, helada pero abrasadora a más no poder.

—Antes de que me preguntes, sí: he peinado el piso y mis dispositivos para ver si tenía algún micrófono escondido —me contó Ayana—. No he encontrado nada.

—¿Cada cuánto lo compruebas?

Se lo pregunté haciendo unos movimientos con la mano totalmente controlados, si bien la bestia que habitaba en mi interior estaba cabreadísima y solo quería ir a por Hank.

Le cambió la expresión a una más avergonzada.

—Eh... ¿Lo he mirado dos veces en total?

Dios. Mi equipo me peinaba la casa, el coche, las oficinas y los dispositivos a diario. Cuesta deshacerse de las viejas costumbres, y el mundo corporativo era igual de despiadado que el mundo criminal.

—Hay ciertos dispositivos de vigilancia que los detectores de micrófonos más básicos no detectan. —Cosa que tenía muy clara porque yo mismo los había utilizado—. *Le pediré a mi equipo que venga a peinarlo todo. Serán discretos. Y así llegaremos al fondo de todo esto.*

Ayana exhaló temblorosa.

—Gracias Te lo agradezco. De verdad.

—Ya te diré algo.

Alargué el brazo hacia el mango de la puerta.

—¿Ya te vas? Digo... Es que no te has acabado el té —se apresuró a añadir Ayana.

Casi sonrío por segunda vez en lo que iba de día.

Quería quedarme. Resultaba evidente que aquella interacción con Hank la había dejado tocada y precisamente por eso tenía que irme.

—*A la próxima me lo termino* —Abrí la puerta—. *Tengo que ocuparme de algunos asuntos.*

El apartamento de Hank se encontraba en la zona oeste de la ciudad. El edificio era sorprendentemente normal, pese a que el hombre iba presumiendo de relojes de lujo y fanfarroneaba como el que más. Sin embargo, aquel contraste concordaba con lo que yo ya sabía de la naturaleza humana.

Dime de qué presumes y te diré de qué careces.

Aparqué a unas cuantas manzanas de allí y entré en aquel edificio desprovisto de portero sin problema alguno. Mi búsqueda del misterioso miembro de La Hermandad tendría que esperar un día más; por ahora, tenía algo más apremiante de lo que ocuparme.

Me bastó con un mensaje a Sean para saber cuál era la dirección y la matrícula del coche de Hank, pues una suposición fundamentada me llevó a pensar que el agente en cuestión se habría ido directo a casa tras haberse plantado en el apartamento de Ayana.

Era agente sénior en Beaumont, de modo que disfrutaba de más flexibilidad para poder teletrabajar. Ya era demasiado tarde como para comer, pero seguía siendo demasiado pronto para cenar, y el piso de Ayana quedaba relativamente lejos de los barrios donde solía quedar la gente del sector de la moda. De haber tenido la tarde atiborrada de trabajo, Hank no habría tenido tiempo de ir a ver a

Ayana y, además, llegar a las demás reuniones. Ergo lo más probable era que ahora mismo se encontrase en casa.

Me bastó con llamar una sola vez para ver que no me había equivocado.

Hank abrió la puerta. Seguía vestido con la misma camisa y el mismo reloj hortera que le había visto antes. Al verme, abrió los ojos como platos.

—¿Qué hace a...? ¡Eh! —gritó cuando pasé por su lado pegándole un empujón con el hombro—. ¡No puede venir y entrar así como así! ¡Esto es allanamiento de morada!

Ignoré su aullidos y estudié el apartamento con una mirada imparcial. Era un espacio abierto y no había ninguna pared que separase el salón de la cocina o de las zonas para comer. Había un televisor de pantalla plana, un montón de revistas apiladas sobre una mesita de café y platos por lavar en el fregadero. El típico piso de soltero.

—Largo o llamo a la policía. —Hank manoseó el móvil; le temblaba la mano—. Venga.

Fui andando decidido hacia la cocina y pillé una manzana de la cesta de fruta.

—¿Me has oído? —dijo con un tono más agudo—. ¡Llamaré a la policía!

Saqué un cuchillo del bloque de madera.

Hank empalideció, pero no hizo ninguna llamada. La policía tardaría en llegar y yo podía hacer muchas cosas en poco tiempo.

—¿Es por Ayana? —Su tono se volvió persuasivo—. Porque juro que solo he ido a ver cómo estaba. Es una de nuestras clientas más importantes. Me preocupo por su bienestar.

Tenía gracia lo rápido que había cambiado. Ahora que no tenía a un blanco fácil a quien intimidar, ya no parecía tan duro.

Fui pelando la manzana lentamente con el cuchillo. Aquella metódica actividad me ayudó a contener la rabia; sin embargo, cuanto más parloteaba Hank, más me costaba contenerme.

Seguía oyendo el tono con el que le había hablado a Ayana. Y la conversación que habían mantenido hizo que me acordara de lo molesta que se había mostrado ella. Y de lo que yo había oído antes de acercarme a ellos y que me vieran:

«Quiero a Jordan».

La afilada hoja del cuchillo atravesó la manzana. Cayó un pedazo de fruta en el fregadero que había al lado, junto a los trozos de piel.

¿Habría mentido Ayana o habría dicho la verdad? Me había autoconvencido de que no estaba tan ilusionada con la boda como debería estarlo una novia.

Tal vez me había equivocado.

El último trozo de piel cayó en el fregadero. Pegué un mordisco a la manzana y Hank enmudeció. Parecía que se había dado cuenta de que tenía más probabilidades de sobrevivir si se callaba un poco la puta boca.

No le di ningún otro mordisco a la manzana. En lugar de eso, anduve hacia Hank, cuchillo y fruta en mano. Mis pasos hicieron eco por las vacías paredes de madera de su apartamento.

Hank fue retrocediendo hasta chocar con el sofá. Desvió la vista de repente hacia la puerta; resultaba evidente que estaba calculando cuántas probabilidades tenía de escapar antes de que yo pudiese pillarlo. Más bien pocas.

Me detuve a treinta centímetros de él. Ahora que lo tenía tan cerca, me fijé en que Hank tenía los ojos un tanto enrojecidos y apestaba a colonia. Levantó la vista para mirarme; estaba bastante más pálido de lo normal.

La rabia me fue aumentando lentamente hasta hervir. Notaba cómo me pedía a gritos que le diera rienda suelta y que soltara toda mi frustración con un hombre que no era mucho más que un matón pretencioso.

La boda. La Hermandad. La tensión que se le había acumulado a Ayana en el rostro al hablar con Hank.

Todo esto lo soportaría mejor con una o dos cuchilladas.

Desvié la vista de la cara de Hank a su mano y luego al sofá. Entonces levanté la mirada. Él arrugó un poco la frente antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Abrió la boca pero la cerró de nuevo y, tembloroso, apoyó la mano en el sofá.

Sacudí la cabeza y elevé la barbilla. Él dudó un segundo antes de poner las palmas de la mano bocarriba. Tenía las entradas del pelo llenas de sudor.

Le coloqué la manzana en la mano. Despacio, casi cuidadosamente.

Pasó un segundo. Dejó de arrugar la frente y se le relajaron los hombros.

—Si...

Dejó la frase a medias para gritar con todas sus fuerzas en cuanto bajé el cuchillo. Ocurrió tan deprisa que Hank ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar antes de que atravesara la fruta entera con la hoja, justo por la mitad.

Cuando se le clavó la punta del cuchillo en la carne, su grito siguió reverberando en el aire. La manzana se manchó de sangre y un ligero olor cobrizo se mezcló con el de la orina, porque Hank se estaba meando encima.

Se quedó con la manzana en la mano y, mientras yo daba unos pasos hacia atrás, me di cuenta de que Hank parecía catatónico a

causa de la estupefacción. Yo había ejercido tanta fuerza que el cuchillo seguía temblando, pero al final se detuvo.

De no haber parado cuando lo hice, le habría rajado la piel y los huesos y lo habría dejado con la mano derecha inutilizable.

Se me encorvaron los labios. Apenas lo había cortado pero, al verse tan cerca de acabar mutilado, le había desaparecido toda aquella falsa bravuconería. El hombre tenía la piel del mismo color que un papel encerado y temblaba como una hoja solitaria al viento.

Hank no tenía problema alguno en ir amenazando o espiando a Ayana pero, si hacías lo mínimo por devolvérsela, se meaba encima.

Patético.

Lo dejé en su apartamento, empapado de meados y sangre, y regresé tan tranquilo al coche.

Si pudiese hacer lo que me apetecía de verdad, lo habría llevado todo un poco más lejos. Sin embargo, la última persona con quien se había visto a Hank era Ayana (seguro que las cámaras de seguridad del edificio de la modelo habían documentado la llegada de su agente) y yo no quería que acabase involucrada en una investigación por asesinato.

Así que no: aún no podía ocuparme de su agente como quería, pero había conseguido mi propósito.

Lo que había ocurrido en el piso de Hank demostraba que las palabras no siempre eran imprescindibles para comunicarse.

Hank había oído mi advertencia alto y claro.

15

Vuk



—¡Lo has conseguido! —Jordan me dio una palmada en el hombro —. Joder, tío, estoy orgulloso de ti. Esta noche está siendo una pasada.

Respondí con un ruido evasivo. Claramente entendíamos cosas muy distintas por «una pasada».

Era sábado, la noche de la tan temida despedida de soltero. Jordan se lo estaba pasando en grande; yo preferiría tirarme a una piscina llena de ácido sulfúrico. Si conseguía llegar al final de la noche sin haber asesinado a alguien sería un milagro.

Jordan fue a pedir otra ronda de chupitos y yo permanecí quieto en aquella esquina. Todavía estábamos en la que era la segunda parada del itinerario que un servidor había preparado la mar de meticulosamente y no podía dejar de mirar el reloj. Aún quedaban,

¡como mínimo!, cuatro horas más de gilipolleces hasta que terminara la noche.

Dios. Que alguien me pegue un tiro, venga.

Lo único positivo de la noche era ver a Jordan así de feliz y ver lo fácil que resultaba complacerlo. Pensar en él y Ayana hizo que se me removieran las tripas pero, como amigo suyo que era, estaba muy contento de verlo disfrutar.

Había sido muy explícito al mencionar que no quería nada extravagante para la despedida: ni viajes ni actividades alocadas ni *performances* tampoco. Así pues, me había ceñido al infalible trío de música, alcohol y mujeres.

La primera parada había sido en la sala vip de La Bóveda que nos había reservado Xavier. La situación había degenerado y habíamos pasado de beber alcohol de primera clase y tener a un famoso *DJ* de Islandia pinchando música a meternos en el tugurio donde nos encontrábamos ahora, con el suelo pegajoso y unas luces de neón la mar de horteras por todas partes.

Como había crecido envuelto de lujos, Jordan tenía cierta debilidad por los antros sórdidos. El bajo empapado era ideal para él, aunque tal vez no lo fuera para todos los asistentes a la despedida.

—Un bar... interesante. —Kai Young hizo una mueca mientras una morena más bien ligera de ropa echaba la cabeza hacia atrás para tragar birra de un embudo. A su lado, dos tíos que parecían sacados de una fraternidad chocaron el pecho y gritaron como si fueran un par de estúpidos gorilas—. ¿Cómo has dicho que habías descubierto este local?

Parecía más perplejo que otra cosa. No obstante, de todos los asistentes, aquel aristócrata británico y magnate del sector de los

medios de comunicación era el que menos números tenía de pisar este lugar por voluntad propia.

Me encogí de hombros. Estaba demasiado irritado a causa del ruido, la gente y la noche en general para responder.

Éramos ocho en total: yo, Xavier, Jordan, su amigo Will del internado, su primo Topher, unos cuantos socios de la empresa y gente cercana a él. En la alta sociedad de Nueva York, incluso los acontecimientos personales como las fiestas de despedida y las bodas eran poco más que excusas para hacer contactos.

Como director ejecutivo de un imperio de medios de comunicación cuyas publicaciones de moda contaban con Jacob Ford como anunciante principal, Kai entraba en la categoría de los contactos. Al igual que Dante Russo: el director ejecutivo de un grupo de bienes de lujo.

El octavo y último miembro del grupo era el único que quedaba en la fina línea entre ser amigo y conocido. Killian Katrakis era un amigo íntimo de la familia de los Ford, motivo por el cual había dejado que Jordan y Ayana celebrasen la boda en la famosa propiedad ancestral que tenía en Irlanda. Sin embargo, como el hombre tenía ocho años más que Jordan, a no ser que hubiese algún acontecimiento familiar, ellos dos apenas quedaban.

Kai se fue hacia la barra para reunirse con Jordan y yo me bebí aquella copa de vodka solo de un trago. Sabía a alcohol barato y me quemó la garganta al bajar.

Después de esta parada, todavía nos quedarían tres más: dos bares y el club de caballeros del Valhalla. En cuanto a clase y calidad, estaba extremadamente por encima del Vermilion Lounge, pero si lo había añadido al itinerario no había sido por eso.

Quería ver cómo reaccionaba Jordan ante la tentación: si le era leal a Ayana o si se dejaría llevar. Si la respetaba o si pasearía ojos y

manos más allá de lo aceptable.

Se trataba de un gesto manipulador por mi parte, pero es que yo en ningún momento he dicho que fuera un santo.

—¿Y tú por qué tienes esta cara tan larga?

Pasé de la pregunta que me hizo Dante al acercarse. Además de dirigir el Grupo Russo, iba a ser el próximo presidente del comité de gestión del Valhalla. Habíamos trabajado codo con codo durante meses para preparar dicha transición, de modo que yo lo conocía un poco más que muchos de los invitados.

Aunque eso no significaba que me apeteciera hablar. Odiaba las fiestas y odiaba las conversaciones triviales.

Dante me siguió la mirada hasta donde se encontraba Jordan, que estaba riendo con Xavier y Topher.

—Parece que el novio se está divirtiendo. ¿Esa expresión que tienes de querer matarlo se debe a algo en concreto?

Desvié la vista hacia el italiano y tecleé la respuesta en el móvil:

Tú no deberías estar en casa con tu mujer y tu hija?

Daba igual que lo hubiese invitado Jordan. Dante no tenía por qué aceptar.

Esbozó una sonrisa socarrona en los labios y me devolvió la mirada.

—Debería —gruñó—, pero Josie está con su abuela y Vivian tiene noche de chicas. —Parecía desproporcionadamente decepcionado por pasar una noche alejado de su familia.

No lo entendía. ¿Quién no querría una noche de tregua para no tener que oír a un bebé llorando?

Volví a centrar la atención en la barra. En menos de dos meses, Jordan y Ayana serían marido y mujer.

Ayana se iría a vivir a casa de mi amigo. Dormiría en su cama. Se despertaría a *su* lado cada mañana y lo besaría cariñosamente cada noche.

Algún día, también tendrían hijos y estarían unidos el uno al otro para siempre, incluso en el caso de que se divorciaran.

El vodka se me removió en el estómago. Dejé el vaso vacío en una mesa cercana con tanta fuerza que hasta oí un leve crujido.

Dante arqueó las cejas. Tuvo las luces suficientes como para no decir nada, pero siguió observándome especulativo mientras Jordan y los demás venían hacia nosotros.

—Tienes pinta de necesitar otra copa —señaló Jordan pasándome otro vaso de vodka. Tenía la cara roja a más no poder, lo cual demostraba claramente que estaba borracho—: ¡Venga, suéltate un poco! Es una noche de la leche.

Acepté la bebida y me la tragué de golpe.

Hoy también se estaba celebrando la despedida de Ayana. ¿Qué estarían haciendo? ¿Estarían también en un bar o habrían ido a algún club de estriptis?

Me vino una imagen a la mente: la de un bailarín embadurnado en aceite frotándose con ella. Cerré el puño con ganas de metérmelo en el cerebro y apartar a aquel cabrón imaginario de Ayana.

Will hizo una mueca.

—No me puedo creer que te bebas el vodka a palo seco. Es... —Al ver cómo lo miraba, se le apagó la voz—. Una pasada —se apresuró a decir—. Una pasada, tío.

—¿Qué, tienes ganas de que llegue la boda? —le preguntó Kai a Jordan—. Cada día falta menos.

A mi amigo se le ensombreció la expresión.

—Muchísimas, pero ojalá se diera en otras circunstancias —respondió—. Al menos mi abuela podrá celebrarlo con nosotros.

Todos soltaron el protocolario ruidito de compasión hacia la débil salud de la matriarca Ford.

—Estará bien que os podáis quitar la ceremonia de encima, así luego podréis disfrutar del convite —comentó Killian arrastrando las palabras. Aquel titán de la electrónica y las telecomunicaciones estaba recostado contra una barandilla cercana y había llamado la atención de varias chicas que también estaban celebrando una despedida de soltera—. Mi equipo está encantado de poder organizar una boda en Westford por fin. Como ya han perdido toda la esperanza conmigo...

Westford era el castillo que tenía la familia de Killian en el condado de Mayo y el chaval era un soltero de mala fama que había jurado públicamente que no se casaría nunca. Aunque eso tampoco impedía que absolutamente todas las mujeres de Manhattan intentaran atarlo (una hazaña inútil, cosa que había quedado clara con el paso de los años).

—¿Algún consejo de los casados del grupo? —preguntó Topher dándole una palmada a Jordan en el hombro—. Antes de Ayana, no había tenido ninguna relación duradera. Tenemos que prepararlo antes de que cometa algún error conyugal irreversible. No pienso ir hasta Irlanda para un convite y que luego el tío se divorcie al cabo de un mes.

Todos rieron.

«Un divorcio rápido». Ahora que lo pensaba... Encontré consuelo en la posibilidad de que ocurriera algo así, por más remota que pudiese parecer.

—Eh, confiad un poco más en mí —protestó Jordan—. Ayana y yo nos llevamos genial. No nos hemos peleado ni una sola vez.

—Porque todavía no estáis casados —señaló Topher.

—Te daré un consejo: si alguien te dice que tienes que llevarte bien con los suegros y demás, no los escuches —le dijo Dante—. Cuanto menos los veas, mejor. La familia política son todos unos gilipollas.

—No —lo corrigió Kai—. *Tu* familia política son unos gilipollas. La mía es encantadora.

Dante fulminó a su amigo con la mirada y los demás rieron de nuevo.

La esposa de Dante, Vivian, tenía una relación más bien turbulenta con su padre, lo cual era de dominio público. El hombre en cuestión había orquestado el matrimonio concertado entre su hija y Dante. A pesar de que la relación de este con Vivian había funcionado, se rumoreaba por ahí que Francis Lau había recurrido a maniobras más bien turbias antes de la boda, con lo que solo había conseguido que tanto su yerno como su hija le hicieran la cruz y la raya.

—A mí, los padres de Ayana me caen bien; no creo que tengamos problemas —nos contó Jordan—. Son majísimos y cocinan que flipas.

Dante abrió la boca, pero Kai lo interrumpió:

—No le hagas caso a Russo. Este no sabe librarse del rencor —soltó—. Mi consejo es que escuches, seas paciente y nunca jamás ordenes los libros de tu mujer sin su permiso. —Kari arrugó la frente —. Lo suyo sería colocarlos en orden alfabético según el título pero, por lo visto, «no queda bien a nivel estético».

—Pero ¿y tú por qué le ordenas los libros? —preguntó Xavier, que parecía horrorizado—. La primera regla cuando te metes en una relación, estés casado o no, es precisamente esta: no toques sus cosas. Si yo intentara cambiar las cosas de Sloane de sitio, ahora mismo no estaría aquí. Estaría criando malvas.

—Porque ella tenía que acabar un encargo y yo estaba intentando ayudar —se defendió Kai.

—Bueno, pues menuda cagada. —Xavier desvió la atención hacia Jordan y le dijo—: Yo no estoy casado pero, sinceramente, creo que la clave para un matrimonio feliz es follar cada día. Y, según el día, doble tanda.

Apreté los dientes. «Maldito Xavier». No podía matarlo, pero desde luego podía pensar en hacerlo...

—Joder... —gruñó Topher—. ¿En serio nadie tiene un consejo práctico de verdad? Macho, estás jodidísimo.

—Míralo por el lado positivo —dijo Killian sonriéndole a un Jordan que cada vez parecía estar más nervioso—: Si te divorcias, puedes pedirle a Davenport que te dé consejos para recuperarla. A él le funcionó.

—Que, por cierto, ¿por dónde anda? —se interesó Xavier—. Está en la ciudad seguro.

—Es su antiguo aniversario de bodas —respondió Dante sonriendo sabiondo—. Y no volverá a saltarse esa celebración precisamente.

Dominic Davenport era un poderoso hombre de finanzas de Wall Street cuya mujer le pidió el divorcio hacia dos años. No hubo pasado ni un año desde que se divorciaron y ya se habían vuelto a casar. Yo no estaba muy al tanto de su divorcio ni de su reconciliación pero, a juzgar por la indirecta de Dante, supuse que habría tenido que ver con el aniversario de bodas.

La verdad era que me importaba una mierda. Bastantes problemas tenía yo ya como para ocuparme de los del resto.

Mientras el grupo continuaba bromeando con Jordan acerca de la vida conyugal, yo paseé la vista por el entorno.

Mi equipo seguía sin encontrar nada del misterioso miembro de La Hermandad. No estaba tan preocupado por si la organización en

cuestión actuaba esa noche como para redoblar la seguridad (me encontraba con algunos de los hombres más poderosos de la ciudad y La Hermandad pasaba de meterse en follones en público), pero aun así tenía que estar alerta.

El tiempo iba pasando. Tarde o temprano, La Hermandad volvería a atacar. Mi trabajo consistía en dar con ellos, neutralizarlos y descubrir qué demonios querían antes de que ese día llegase.

Topher se alejó para ir al baño; al menos, eso intentó. De camino hacia allí, se topó con otro parroquiano y, cuando el hombre se giró, lo fulminó con la mirada y pareció que se detuviera un segundo el tiempo.

—¿Algún problema? —le preguntó gruñón.

El tipo era casi tan alto como yo, aunque el doble de ancho. Tenía unos brazos tan mazados que parecían troncos de árboles y una barba canosa le cubría la mitad de la cara.

—Ninguno. —Topher levantó las manos—. Solo intentaba pasar.

—¿Ah, sí? Pues me has tirado la bebida. —El hombre estampó la copa en la mesa que le quedaba más cerca. Entre lo dilatadas que tenía las pupilas y lo mucho que le apestaba el aliento a alcohol, estaba clarísimo que iba como una cuba—. ¿Crees que puedes ir por ahí y chocarte con la gente solo porque quieres «pasar»?

El primo de Jordan se quedó con cara de cordero degollado. Era un niño rico que medía la mitad que Barba Canosa; como se pelearan, ya sabíamos cómo iba a terminar.

—Ha sido un accidente, pero entiendo que te haya molestado —terció Kai, que era siempre la voz de la razón—. ¿Qué tal si te compramos otra copa y nos olvidamos del tema?

Barba Canosa soltó un escarnio.

—¿Qué tal si no?

Empujó a Kai. Con fuerza.

Kai bajó la vista hasta el punto en el que el hombre le había manchado la camisa (previamente impoluta) con las manos. Cuando volvió a levantar la mirada, tenía una expresión férrea a más no poder.

—Aquí —dijo— la has cagado.

La situación se agravó tan deprisa que nadie podría explicarlo con precisión ni queriendo.

Barba Canosa hizo ademán de pegarle un puñetazo a Kai, que esquivó el golpe del borracho y le dio uno propio, consiguiendo así que el otro se doblara. Un amigo de Barba Canosa se metió en la pelea, pero Dante lo apartó de inmediato antes de que se convirtiese en un dos contra uno. A partir de ahí, fue todo caótico.

Más gente se fue uniendo a la pelea, cada vez mayor. Se formó una multitud alrededor, la gente fue abucheando y vi que el portero se abría paso entre el gentío a codazos para poder pillar a los responsables.

De haber sucedido cualquier otra noche, igual habríamos podido salir airosos de la situación, con tan solo unos cuantos moratones en la mandíbula y el ego un poco maltrecho.

Por desgracia, como yo ya estaba a punto de estallar, cuando otro amigo de Barba Canosa intentó provocarme, algo en mí petó.

—¿Qué haces aquí quieto? ¿Te dan miedo las peleas? —me vaciló antes de mirarme las cicatrices—. Porque cualquiera diría que un espantoso hijo de puta como tú estaría...

Lo agarré por el cuello de la camisa y lo tiré contra la barandilla. Con el impacto, aquella madera de mala calidad se partió y el aullido de dolor del tío fue tal que incluso las demás personas que se estaban peleando se detuvieron un momento para mirarlo.

La vista se me tiñó de rojo. Me pitaron los oídos con un zumbido ya familiar y eché a andar decidido hacia ese cabrón.

Alguien me agarró por detrás cuando ya estaba a medio camino. Me colocó el antebrazo en la garganta en un intento por inmovilizarme, pero yo me zafé de él sin problema. El tío salió despegado hacia una mesa donde descansaban algunas copas medio vacías. La mesa acabó en el suelo, rota, y unos cuantos pedazos del mueble salieron volando por el aire.

La música se detuvo y el local se convirtió en un tumulto de gritos. Al fin, el portero llegó al núcleo de la riña; sin embargo, cuando intentó separar a los integrantes de la despedida de soltero y a los amigos de Barba Canosa, alguien le pegó un puñetazo en el ojo.

Y ahí fue cuando se lio parda de verdad.

16

Ayana



—¿Qué crees que estarán haciendo los chicos? —preguntó Indira—. ¿Disfrutando de algún baile erótico? Deberíamos ir con ellos.

—Las despedidas de soltera no van así —respondió mi hermana mayor, Liya, mirándola con cara seria. Las dos teníamos los pómulos igual de pronunciados y la tez bien morena, pero ella era más bajita que yo y tenía unos rasgos menos marcados—. Hoy es la noche de Ayana. *Basta* de pensar en los chicos; hemos venido por *ella*.

Indira se encogió de hombros, un poco avergonzada. Era una de las pocas modelos que consideraba amiga aparte de compañera. No quedábamos cada semana, pero a menudo trabajábamos en los mismos proyectos y nos pasábamos mucho rato quejándonos del sector y compadeciéndonos.

—Lo siento, pero es que no puedo evitarlo. ¿Habéis visto la lista de invitados de la despedida de Jordan? Es como un quién es quién de los tíos más sexis de Nueva York. —Desvió la vista hacia mí—.

Que no es que me aburra con vosotras, ¿eh? Es solo que, no sé... Es la despedida de soltera más tranquila del mundo. —A juzgar por su tono de voz, aquello no parecía que fuese un cumplido.

Todas mis primas vivían lejos de la ciudad y, como habíamos tenido que mover la despedida de día, no habían podido venir, o sea, que solo éramos cinco: Indira, Sloane, Liya, Kim (mi fiel estilista) y yo.

Estábamos cenando en un restaurante conocido por la cursi decoración del local, su extensa carta de cócteles y por contratar a unos camareros la mar de atractivos. A juzgar por las diversas mujeres con bandas y diademas que había por aquel bullicioso espacio, muchas chicas venían aquí a celebrar su despedida de soltera.

Yo había pasado de bandas y tiaras, pero sí me había puesto un precioso vestido nuevo de Stella Alonso y mis tacones favoritos. Puede que no me casara por amor, pero no por eso dejaría de asistir a mi propia despedida con mi mejor atuendo.

—Venga, basta de «tranquilidad» por esta noche —dijo Kim. A pesar de tener cuarenta largos, disfrutaba de una vida social más activa que la mayoría de veinteañeras a quienes conocía yo—. Llevamos un buen rato bebiendo cócteles; esto parece un club de lectura. Ha llegado la hora de animar un poco el ambiente.

Liya se cruzó de brazos.

—¿Cómo? No hay pista de baile —señaló.

Como era mi dama de honor, le había tocado organizar la noche: una cena seguida de un *escape room* personalizado y cócteles en un bar clandestino de *jazz* para terminar la velada. A mí, eso de ir de discotecas no me entusiasmaba y le había hecho prometer a Liya que no me llevaría a ningún sitio donde hubiese tíos descamisados ni

postres con forma de pene. El itinerario actual era perfecto, por más «tranquilo» que le pareciera a Indira.

—Ni que necesitáramos una pista para bailar... —resopló Kim—. Aunque tampoco estaba pensando en eso. Si vamos a pasar la noche juntas, deberíamos conocernos mejor. Pensad en algo simple, divertido, obsceno...

—¡Como un juego de beber! —A Indira se le iluminó el rostro—. ¿Qué os parece el Yo nunca? Es un clásico.

—No sé... —comentó Sloane arrugando la nariz—. Hace que no juego a esto desde que iba a la universidad.

—Ahora lo entiendo todo —respondió Kim—. No te lo tomes a mal, pero creo que te vendrían bien unas tres copas más y desmelenarte un poco. Quítate ese palo de escoba que tienes metido por el culo. Te sentirás mejor.

Lo dijo con un tono de voz amigable y en plan broma; aun así, yo desvié la vista, nerviosa, hacia Sloane, que no se dejaba vacilar por nadie ni lo haría jamás. Era algo más estirada que el resto de mis amigas, pero la conocía lo suficiente como para saber que se soltaría y saldría de fiesta si quisiera; sobre todo, desde que empezó a salir con Xavier.

Me sorprendió ver que Sloane ignoraba casi por completo el comentario de Kim.

—Otra copa más sí que me vendría bien —le dio la razón—. He tenido una semana de locos en el curro.

—Bueno, pues ya está. —Indira dio una palmada—. Yo nunca, venga.

Pedimos otra ronda de margaritas e Indira arrancó el juego porque una servidora se negó a ser la primera.

Ella se quedó pensativa un segundo y luego dijo:

—Yo nunca me he montado una orgía de cuatro. Todavía.

Kim le dio un comedido sorbo a la bebida y las demás ahogamos un grito.

—¿Qué? —preguntó ella encogiéndose de hombros—. La primera década de los dos mil fue un escándalo.

Tras semejante sorpresa, seguimos jugando eufóricas. Cada confesión era más atrevida que la anterior y, cuando por fin me tocó a mí, no se me ocurrió nada bueno que no hubiesen dicho ya.

—Yo nunca... he tenido varios orgasmos con la misma persona en una sola noche. —Fue lo mejor que me vino a la cabeza; aun así, lo último que me esperaba era que todo el mundo bebiera. Me las quedé mirando boquiabierta—. ¿En serio? ¿Me estáis diciendo que *todas* habéis tenido múltiples orgasmos? Pero ¡si es estadísticamente imposible!

Gran parte de la población femenina tenía suerte de llegar a un orgasmo con su pareja sexual. Imaginaos llegar a dos o tres.

—Si has experimentado lo suficiente, todo es posible —comentó Indira—. Aunque tengo que decir que, en ese aspecto, me va mejor con las mujeres que con los hombres. Eso de ir al lío se les da mejor; ya me entendéis...

—Yo tuve la suerte de conocer a un tío francés que sabía muuuy bien lo que se hacía cuando estudié en el extranjero. —Kim se abanicó a sí misma—. Gérard. ¡Ufff! Todavía pienso en ese hombre de vez en cuando.

Desviamos la vista hacia Sloane, que negó con la cabeza.

—No pienso hablar de mi vida sexual en un restaurante con lámparas en forma de plátano. Pero... —Levantó un solo hombro y sus fríos ojos azules le centellearon con picardía—. Lo que sí diré es que, en ese aspecto, no tengo ninguna queja.

—Tú. Ni se te ocurra decir nada —advertí a mi hermana— o no podré a volver a ver a Nathan con los mismos ojos nunca más.

Me resultaba imposible imaginarme al tranquilo y sosegado de mi cuñado... «No». Sentí un escalofrío. «No pienses en eso».

Liya rio.

—No entraré en detalles, pero solo te diré que a veces necesitan que les guíen un poco. Cuando te sientes cómoda con alguien, no tienes miedo a la hora de pedirle algo que sabes que te funciona o hablarle de lo que no. Así se disfruta mucho más de la experiencia en general.

—Tienes que decirle a Jordan que se espabile. —Kim chasqueó la lengua—. Ya sé que estás enamorada y tal, pero le he visto bailar. Con el ritmo que tiene el pobre, parece una tabla de lavar humana.

No debería de haberme reído, pero se me escapó una risilla antes de que pudiera contenerme.

Si supieran lo irrelevante que resultaba esta conversación en relación con mi vida sexual ahora mismo... Jordan podía ser buenísimo o pésimo en la cama, pero yo nunca lo sabría. Solo nos habíamos besado y había sido únicamente por una cuestión de apariencias... E íbamos a casarnos dentro de un mes.

Al pensar en cinco años de celibato, se me disipó la diversión. Era incapaz de imaginarme teniendo una aventura extramatrimonial, por más que a mi marido no le importase, pero...

«Nada de peros. Te has metido tú solita en esto. Ahora ya es demasiado tarde para cuestionártelo».

—¿Sabéis lo que os pasa? —Indira se inclinó hacia delante—. Que tenéis que darle un poco de vidilla a vuestra vida sexual. Estar *demasiado* cómoda en la relación también conlleva ciertos problemas. Probad a hacer un trío.

—No deberías de estar animándola a meter a una tercera persona en el cuarto durante su propia despedida de soltera —terció Sloane

—, pero tienes razón con que deberían darle vida al asunto. Intentad acostaros en algún lugar prohibido, como su despacho.

—O... utilizad más cosas —dijo Liya—. Esposas o pinzas para pezones, por ejemplo.

Casi me atraganto con la bebida.

—¡Liya!

—No me vengas con estas, que llevo diez años casada. Si no hubiésemos encontrado formas de mantener la chispa encendida, nos habríamos muerto del aburrimiento.

—Ahí lleva razón. —Kim soltó una carcajada—. Si ya sabía yo que los juegos de beber serían una buena idea. Dicho esto, háblalo con Jordan antes de volverte loca en sextoys.
com. No lo veo como al típico tío al que le mole utilizar esposas o pinzas para pezones.

—La verdad es que tiene toda la pinta de hacerlo lento y con dulzura—musitó Liya—. Lo cual no tiene nada de malo, ¿eh?, pero ese tipo de hombres no son los más aventureros en la cama que digamos.

—Las apariencias engañan —soltó Sloane con las mejillas bien sonrojadas: ya le habían subido las margaritas—. Tengo una amiga que dice que los más peligrosos son los más calladitos.

—Uy, y que lo digas. ¿Y sabéis quién encaja perfectamente en esa descripción? —A Indira se le dibujó una pícara sonrisa en los labios —. Vuk Markovic.

Esta vez sí que me atraganté. Empecé a toser sin parar mientras el tequila y el zumo de lima me subían por la nariz.

Me recompuse tan deprisa como pude. Sin embargo, cuando las demás volvieron a centrarse en el nombre de Vuk, yo todavía tenía los ojos acuosos.

—¿Quién era ese? —preguntó Kim—. Me suena el nombre...

—El padrino de Jordan —le contó Indira antes de buscar algo en el móvil y pasárselo a mi estilista.

—Uhhh. Ese sí que tiene pinta de poder darte un buen meneo. —A Kim le centelleó la mirada—. Es justo mi tipo.

—Estás casada con un contable —señalé.

—¿Alguna vez has visto a un contable en plena temporada de impuestos? —contraatacó ella—. Dan miedo.

—Venga ya, Ayana... —Indira me dio una patadita en la pierna—. No me digas que no sientes curiosidad por Vuk. Tendrá la cicatriz espantosa esa, pero hasta le da un toque atractivo. Lo peligroso es sexi.

Al oírla decir *espantosa*, me irrité y tuve que contener aquella repentina e ingente necesidad de estrangular a una de mis nuevas amigas de la ciudad.

—No he pensado en él en este sentido en la vida —respondí tensa —. Estoy prometida, ¿recuerdas?

¿Cómo habíamos llegado hasta aquí? Yo no había venido a hablar de la vida sexual de Vuk; ni hoy ni nunca. En realidad, cuanto menos pensara en él, mejor.

—¿Y? Ni que fueras monja. Además, seguro que las monjas también se imaginarían cosas impuras con ese hombre. —Indira suspiró—. Tendrá la cara que tiene, pero ¿y el cuerpo? Fua. Total, para eso está el hacerlo a cuatro, o apagar la luz. Sin esas cicatrices sería espectacular, pero no me gustaría tener que verle la cara mientras me corro. Me entendéis, ¿no?

La sangré me subió a la cara y al cuello. Empecé a oír un extraño pitido y me agarré con fuerza al lateral del asiento. La intuición me decía que dejara el tenedor y el cuchillo tranquilitos a no ser que quisiera acabar la noche entre rejas por asesinato.

—¿Qué pasa con las cicatrices? —espeté con un tono de voz tan mordaz que hasta yo me sorprendí—. Le dan más carácter.

—Eso. —Indira me miró extrañada—. Justo lo que he dicho.

—No has...

—Venga —terció Sloane con delicadeza—. Tenemos el *escape room* en media hora; deberíamos ir tirando. Voy a por el camarero.

Pagamos y nos fuimos del restaurante. Las seguí, rezagada del resto del grupo, incendiada e irritada a causa de nuestra última conversación. El pitido de antes había amainado, pero el corazón aún me latía con fuerza.

¿Quién se había creído Indira para hablar de Vuk como si fuese un animal del zoo? ¿Le gustaría a ella que alguien apagase la luz antes de que se enrollaran para no tener que mirarla a la cara? No. Hablar así de la gente era... Era grosero y deleznable, y estaba MAL. Punto.

Que Vuk tuviese dinero y poder no significaba que fuera de piedra. Él también tenía sentimientos. Y sí: seguramente fuese la última persona en la faz de la Tierra que necesitase que lo defendieran en su ausencia, pero...

—¿Sabes a quién NO le repugnan las cicatrices de Vuk? A Polina. Lleva toda la vida intentando echársele encima. —Indira se puso a andar a mi lado; no se había percatado de lo molesta que estaba yo, o tal vez estuviese haciendo como si nada—. No para de ir a todos los acontecimientos habidos y por haber con la esperanza de encontrárselo. Esa sí que tiene empeño.

Polina era otra modelo y se la conocía por haber tenido varias relaciones con personas de gran notoriedad, incluido un breve rollo con el jugador de fútbol europeo Asher Donovan hacía algunos años.

Tambaleé. Al imaginarme a Vuk saliendo con Polina, me irrité más con Indira.

—Pues qué estrategia más mala. Vuk odia los acontecimientos públicos.

Además, Vuk y Polina no pegarían ni con cola. Con lo que le gustaba a ella llamar la atención, Vuk acabaría desquiciado.

Dicho esto, la chica era despampanante, eso sí. No veía a Vuk como un hombre superficial pero, si una espectacular modelo rubia se les abalanzara, pocos serían los que la rechazarían.

La cena amenazó con subírseme por la garganta. No debería de haberme tomado tantas margaritas.

—Ya no los odia tanto. —Indira le guiñó un ojo a un grupo de tíos que también iban de despedida de soltero y que nos desnudaron con una descarada mirada llena de deseo—. Últimamente lo he visto más por ahí. El año pasado, hasta fue a esa fiesta de moda en Londres.

Me acordaba de esa fiesta. Técnicamente, yo tenía que asistir, pero al final no fui porque preferí asistir a una cena de marca con Versace de última hora.

—Bueno —espeté—. Tampoco es que me importe demasiado.

Aceleré el ritmo para no tener que seguir hablando con Indira.

El *escape room* estaba a solo unas manzanas del restaurante, así que habíamos decidido ir andando en lugar de pillar un taxi. Parecía que a todo el centro de Manhattan le hubiese dado por salir hoy; había tantísima gente amontonada en las aceras que a duras penas podíamos pasar.

Kim miró con los ojos entrecerrados a un grupo de chicos que había en la puerta de un bar.

—Igual me equivoco porque no llevo las gafas puestas, pero... ¿ese de ahí no es tu prometido?

Me detuve un segundo y me fijé en el grupo en cuestión. Había varios tíos con rasguños y moratones. Uno de ellos tenía una bolsa de hielo en la mejilla y otro estaba discutiendo con un poli que

parecía exasperado. Las luces del coche patrulla teñían el grupo de rojo y azul, aunque habían dejado la sirena apagada.

Pestañeé. Tenía una mezcla de sobreestímulos en el cerebro y me resultaba imposible centrarme en una única persona.

Sloane reaccionó medio segundo antes que yo. Se detuvo al lado del grupo y ahogó un grito antes de preguntar:

—¿¡Xavier!?

Su novio se dio la vuelta. A pesar de la tímida expresión de su rostro, los hoyuelos de Xavier hicieron acto de presencia.

—Hey, Luna. No es... Eh... No es lo que parece.

Sloane se cruzó de brazos.

—Lo que parece es que tú y todos lo que estabais de despedida os habéis metido en una pelea y os han echado del local.

Xavier guardó silencio y señaló:

—Vale, es justamente lo que parece.

—Te juro que... —Sloane se fijó en el moratón que él tenía en la mandíbula—. Te has hecho daño. ¿Dónde tienes el hielo? ¡Tú! —Señaló a un viandante cualquiera que pasaba por ahí—. Tráeme hielo.

—Señorita, no sé quién es us...

—Hielo. Venga.

El chico se estremeció bajo la fulminante mirada de Sloane. Tragó saliva y entró a toda prisa en el bar como si tuviese a unos cuantos perros infernales persiguiéndolo.

Jamás habría dicho que Sloane fuese a ser así de melindrosa, pero ver a su novio herido debió de haberle despertado algún fuerte instinto protector.

—Duele —dijo Xavier solemne mientras ella le pasaba los dedos por la mandíbula—. ¿Podrías darme un beso justo...? Ahí. —Cuando

ella le dio un delicado beso en el moratón, Xavier suspiró—. Mucho mejor.

Debería de haber seguido el ejemplo de Sloane e ir directa hacia Jordan. Sin embargo, me encontré buscando a alguien de pelo muy corto y oscuro y de ojos de un azul más claro que el cielo.

Nada.

Me dio un vuelco el estómago, pero hice como si nada y me apresuré a buscar a Jordan. Estaba de pie, cerca del grupo y con su primo Topher, a quien conocí en nuestra fiesta de compromiso.

Topher tenía un corte en la frente. Aunque Jordan, con ese ojo morado, tampoco es que llevase mejores pintas. Al verme, se sorprendió y se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Que ilusión verte aquí.

—Dios mío... ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunté.

Fui corriendo hacia él y le acaricié la cara con delicadeza. Al verle esa mancha negra y azul en la piel, hice una mueca. Aquel moratón tenía muy mala pinta.

—Sí. Topher se ha chocado con un idiota y como el tío en cuestión iba borracho perdido ha intentado pelearse con él y con Kai —me contó Jordan—. Luego se ha metido Dante, los amigos del otro tío se han sumado a la pelea y... bueno, se ha ido calentando el ambiente.

Desvié la vista hacia el italiano, que estaba lo suficientemente cerca como para oír a Jordan.

—El cabrón se lo ha buscado —dijo Dante sin arrepentimiento alguno.

—A Vivian no le hará ni pizca de gracia —lo advirtió Sloane. Acto seguido, desvió la vista hacia Xavier y lo fulminó con la mirada. A Sloane le había cambiado la expresión; ya no parecía tan preocupada y puso más bien cara de reprimenda. El chico a quien

había pillado antes por banda regresó con una bolsa de hielo y Xavier se la acercó a la mandíbula—. Y tú. Tú deberías saber que más vale no meterse en líos.

—Uno para todos y todos para uno —respondió su novio, que tampoco parecía arrepentido en absoluto—. No iba a dejar que mis amigos se valieran por sí solos.

—He aquí lo que pasa cuando la testosterona se mezcla con el alcohol —señaló Liya, sacudiendo la cabeza. Tanto ella como Kim estaban contemplando la escena, divertidas, mientras que Indira estaba ocupada tonteando con Killian Katrakis—. ¿Dónde han quedado las fiestas de toda la vida, con estríperes privados?

—Ja, eso nos tocaba ahora —nos contó un amigo del internado de Jordan, sonriendo. ¿Cómo se llamaba? ¿Wyatt? ¿Walker? ¡Will!, eso es—. Aunque tampoco me importa estar hablando con unas chicas tan guapas como vosotras —añadió paseando la vista por el grupo.

—Y casada, en mi caso, pero gracias por el cumplido —respondió Kim—. Sigue, sigue.

Parecía que Will fuese a continuar halagándolas hasta que desvió la vista hacia alguien que tenía yo detrás.

—Tú, Markovic, seguimos yendo al Valhalla, ¿no? Siempre he querido verlo por dentro.

De no ser porque contuve las ganas, casi me giro.

Volví a centrarme en Jordan y le acaricié la cara como quien no quiere la cosa mientras sentía que se me tensaba el cuerpo entero al saber que Vuk se estaba acercando.

Una ráfaga de aire fresco me rozó la espalda. Noté que se me ponían los pelos de punta, pero conté hasta tres antes de bajar el brazo y darme la vuelta.

Sabía que estaba allí incluso antes de verlo; era imposible no reparar en su presencia. Aunque no por eso dejó de parárseme el

corazón en cuanto lo vi.

A diferencia del resto, a Vuk la pelea no le había dejado ninguna marca. No tenía ningún moratón ni ningún rasguño a la vista.

Ignoró la pregunta de Will y se me quedó mirando. Le latió un músculo en la mandíbula.

Yo no había dicho ni hecho nada todavía; aun así, él parecía cabreado.

—Pasábamos por aquí y os hemos visto —le conté porque sentí la necesidad de rellenar aquel silencio con algo que no fueran los fuertes latidos de mi corazón—. ¿Os habéis metido en un buen lío o qué?

La poli ya se había ido, pero el portero del local tenía pinta de querer meterlos a todos en un callejón y pegarles una buena paliza.

—Qué va. Ya lo hemos resuelto con la poli.

Vuk estaba cabreadísimo, clarísimamente. Lo supe solo por cómo se movía.

Bajó la vista. Deslizó sus ojos por mis piernas en dirección ascendente y luego por mis hombros, que llevaba al desnudo, hasta detenerse en mi cara.

Noté una sensación de calidez tras su escrutinio. Fue como meterte bajo el chorro de una ducha de agua caliente después de una tormenta: mi cuerpo entero reaccionó, quisiera yo o no.

—A ver si lo adivino. —Dibujé una sonrisa de oreja a oreja para esconder aquel estremecimiento—. ¿Los has intimidado hasta que han decidido dejarlo correr?

—«Intimidar» igual es pasarse. Los he convencido.

—Ajá. Con razón no querías contarme qué tenías pensado para la fiesta de despedida. Suerte que no era un bingo, porque eso de pelearse en un bar no lo tenía yo en mi lista. Y menos en un lugar que se llama... —Entrecerré los ojos para leer lo que ponía con esas

luces de neón verde que centelleaban en la entrada—. El bajo empapado.

—Es que La fosa de combate estaba a reventar.

Vuk signó su respuesta con una expresión tan circunspecta que por un segundo pensé que lo decía en serio hasta que vi que se le encorvaban sutilmente los labios.

Me obligué a mantener los míos bien rectos y pregunté:

—¿Era una broma?

A pesar de que siguió observándome con una mirada inescrutable, a Vuk por fin se le relajó la expresión. Ahora ya no estaba cabreado por lo que fuese que lo estuviera antes.

—Ayana —me llamó Indira acercándose. Killian se había marchado y la chica había vuelto a centrar la atención en Vuk cual misil que va directo hacia su objetivo—. ¿Por qué no me presentas a tu amigo?

No esperó a que le respondiera. Se acercó un poco más a Vuk y le tendió la mano:

—Indira, una de las amigas de Ayana del trabajo. —Guardó silencio un segundo, como si estuviese dándole tiempo para que procesara el hecho de que también era modelo—. Igual me has visto en la portada del último número de *Mode de Vie*.

Vuk se quedó mirando el brazo de Indira. No aceptó el apretón de manos y yo sentí una pizca de satisfacción ante su total desinterés.

Indira se mostró impertérrita ante su no respuesta.

—Por lo visto, somos los únicos solteros del grupo —dijo. Estaba tan concentrada en tontear con Vuk que incluso parecía que se hubiese olvidado de Killian, que también estaba soltero. «Pues menos mal que antes estabas burlándote de sus cicatrices...», pensé echando humo—. Deberíamos ir a cenar algún día. Hay un sitio increíble en SoHo...

Las náuseas regresaron a mí multiplicadas por diez y dejé de escuchar a Indira. Cuando yo me había puesto a hablar con Vuk, Jordan había reanudado la conversación con Topher, pero ahora necesitaba distraerme. Como no me apartara de Indira pronto, le vomitaría encima de aquellos Louboutins de diez centímetros.

—Odio ser aguafiestas, pero ¿y si volvemos a las despedidas *de verdad*? —preguntó Liya con segundas—. Llegamos tardísimo al *escape room*.

—¿Habéis organizado un *escape room* para una despedida de soltera? —preguntó Will con desdén—. Menudo rollazo.

—Si te va más el alboroto, siempre puedo amputarte una de tus pelotas —respondió ella con un tono de voz la mar de dulce—. Soy enfermera. Sé utilizar un montón de aparatos médicos.

El chaval palideció de inmediato y se llevó las manos a la ingle.

—Ni de broma. ¿A ti no te hicieron hacer un juramento hipócrita ni nada de eso?

—Se llama juramento hipocrático y solo lo hacen los médicos. —Liya no mencionó nada acerca del juramento de Nightingale, que era el que les correspondía a las enfermeras—. Tienes suerte de que esta noche no tenga tiempo de ocuparme de tus genitales. Venga, Ayana. Tenemos que ir tirando, en serio.

Dudé un segundo. Solo estábamos pululando por ahí y charlando un poco pero, por algún motivo, no me apetecía marcharme.

—Se me ha ocurrido algo mejor. ¿Por qué no nos juntamos todos? —sugirió Indira—. Ahora ya estamos aquí. Ya puestos, lo hacemos a lo grande. Ya sabéis lo que dicen: «Cuantos más, mejor».

—Cierto —se apresuró a añadir Topher, que miró a la supermodelo como si acabase de salir de sus mismísimos sueños—. Deberíamos ir todos juntos. Totalmente.

—A mí me da igual —dijo Kim encogiéndose de hombros.

Los demás integrantes del grupo fueron dando también su aprobación.

—Parad. Os estáis olvidando de que esto no va de nosotros —terció Sloane, acallando a todo el mundo con una mirada glacial—. Es la noche de Jordan y de Ayana. Que decidan ellos. —Se giró hacia nosotros—. ¿Cómo lo veis?

Jordan y yo intercambiamos miradas.

No quería tener que hacer de la prometida encantadora durante mi despedida de soltera, pero estábamos con nuestros amigos. Seguro que nos daban banda ancha para que fuéramos a nuestra bola. No todas las parejas tienen que estar pegadas absolutamente todo el rato.

—A mí me parece bien —señalé—. Como ha dicho Indira: cuantos más, mejor.

—Eso. Pero se acabó ir de bares, ¿vale? Ya he tenido suficiente para toda la noche —comentó Jordan señalándose el ojo morado.

Cuando hubimos dado nuestro consentimiento, tuvimos que resolver otro problema más: ¿adónde íbamos a ir, exactamente? Habíamos descartado bares y discotecas, y éramos un grupo demasiado grande como para ir al *escape room*.

La gente fue sugiriendo una noche de minigolf, karaoke o casino hasta que, al final, intervino Xavier:

—Un momento. Tengo el plan perfecto. —Sonrió y se le llenaron los ojos de picardía—. Pero vamos a necesitar a tres chicas más.

17

Vuk



El puto karma tenía muchas facetas. En ocasiones le daba por el intento de asesinato y, en otras, por propiciar una maldita noche de juegos con pistolas láser junto a mi amigo, su prometida, de quien yo estaba secretamente obsesionado, y una modelo que se me aferró como una lapa. Ah, y un montón de gente borracha que no me importaba lo más mínimo.

Habría preferido otro intento de asesinato.

Después de que la poli disolviera la pelea en El bajo empapado (no sin que antes Kai le rompiese la nariz a Barba Canosa y de que yo consiguiera que dos amigos del susodicho huyeran corriendo en mitad de la noche), resolví el tema con las autoridades. Varios testigos confirmaron que quien había pegado el primer puñetazo

había sido Barba Canosa y bastó con que la poli oyera los nombres de los integrantes de la despedida de soltero para que se relajasen.

Cierto es que nos prohibieron volver a pisar El bajo empapado para siempre, pero tampoco es que nos afectara demasiado a ninguno.

Aun así, lo último que esperaba yo era encontrarme con Ayana y sus amigas. Cuando salí del bar y la vi acariciándole la cara a Jordan, me entraron ganas de volver a pegarle otro puñetazo a algo.

Los celos se me comieron vivo y ahora, encima, tenía que pasarme toda la maldita noche viéndolos acaramelados el uno con el otro.

Fulminé a Jordan con la mirada mientras Xavier iba cantando las normas. Me había suplido en mi rol como líder de la despedida, aunque a mí eso me importaba una mierda.

—Chicos contra chicas. Quien gane podrá chulear tanto como quiera. —Xavier paseó la vista por aquel ecléctico grupo de multimillonarios, supermodelos y varios amigos y familiares. Con tal de poder hacer equipos equitativos, reclutó a algunas de las amigas de Sloane y así fue como Vivian Russo, Isabella Young y Maya, otra clienta de Sloane, terminaron uniéndose al grupo. Con aquellos chalecos para jugar con pistolas láser, teníamos todos unas pintas ridículas, yo incluido—. ¿A todo el mundo le han quedado claras las normas?

—Son pistolas láser —señaló Kai—. Creo que podemos apañárnoslas.

—Yo nunca he jugado —musitó Will—, pero me flipan los videojuegos. Es bastante parecido, ¿no?

A Dante se le encorvaron los labios.

—Petición para cambiarlo por Viv. Por lo menos ella sabe distinguir la realidad virtual de la realidad como tal.

Su mujer sonrió.

—Ni de broma. Me muero de ganas de ganaros —respondió ella.

A Dante le centelleó la mirada. Agachó la cabeza y le susurró algo que hizo sonrojar a su esposa.

—Ni que fuerais a ganar vosotras —se mofó Jordan—. Nosotros ya tenemos la victoria en el saco.

—¿Quieres que nos apostemos algo? —preguntó Ayana ladeando la cabeza—. Quien pierda se encargará de pagar todas las rondas de la noche.

Antes de reunirnos en el Área 56, nos habíamos ido todos a casa a cambiarnos. Ayana llevaba una camiseta negra y unos pantalones lisos que, en cierto modo, resultaban todavía más seductores que el vestido que lucía antes; además, también había ignorado la sugerencia del local (que recomendaba no llevar tacones) y había conjuntado su atuendo con unas botas de cuero que le sumaban, como mínimo, unos ocho centímetros a su altura habitual.

—Hecho —aceptó Jordan—. Pareces extremadamente segura de ti misma. Está claro que no has jugado nunca a esto.

Ella le respondió con una ceja arqueada y un:

—¿Quién ha dicho que no haya jugado nunca?

—*Touché*. —Jordan le dio un beso en la mejilla—. Bueno, si ganas tú, estaré encantado de pagarte todas las copas de la noche.

Se me hincharon las fosas nasales. Aparté la vista de mala gana y fui decidido hacia la entrada de la zona de juego sin esperar a los demás.

¿Habíamos venido a jugar o a tocarnos los cojones?

Los demás pillaron la indirecta y desfilaron detrás de mí.

Según Xavier, el Área 56 era el mejor lugar cubierto del área triestatal para jugar a pistolas láser. Tenía un servicio excelente, tecnología de última generación y una sala vip donde los clientes

podían deleitarse con licores de alta gama y un bar gastronómico entre partidas: lo tenía todo.

De todos modos, a mí los extras me daban igual. Yo solo quería pegarle un tiro a algo, aunque fuese con un arma falsa.

Cuando las puertas se cerraron y empezó la partida, todos se espabilaron enseguida. Éramos muy competitivos y, a pesar de que a nadie le preocupaba demasiado tener que pagar todas las rondas de la noche, nadie quería perder.

Me separé de los demás chicos y fui a mi bola. No quería que nadie me ralentizara ni delatara nuestra posición.

La música sonaba a todo volumen a través de unos altavoces escondidos. Fui esquivando obstáculo a obstáculo en busca de melenas largas y siluetas que me resultaran familiares.

Tardé solo unos minutos en ver a mi primera víctima. Levanté la pistola y disparé a Isabella justo en el pecho.

—¡Jolín! —se quejó ella—. Descalificada en la primera ronda. Tantas horas viendo pelis de acción, total, para nada...

No oí el resto de la queja. Avancé y conseguí «matar» a Liya y a Maya antes de que terminasen dos partidas consecutivas.

Total de víctimas anotadas: ocho. Habían quedado fuera cuatro hombres (Topher, Xavier, Killian y Jordan) y cuatro mujeres (Isabella, Maya, Liya e Indira); estábamos empatados.

Teníamos veinte minutos de pausa antes de la siguiente partida. Como el grupo era demasiado grande como para que pudiéramos sentarnos todos juntos, nos separamos y nos colocamos en dos mesas que quedaban cerca.

Yo terminé junto a las últimas personas con quienes habría querido sentarme: Jordan, Ayana e Indira.

—Antes, en la cena, hemos jugado al Yo nunca—anunció Indira cuando ya nos hubieron servido las bebidas. Me miró con cierta

intención—. Ahora deberíamos cambiar de juego. Sugiero Verdad o atrevimiento.

—Somos adultos. Ya no tenemos edad para estos juegos —se quejó Dante.

—Justamente porque somos adultos deberíamos jugar —terció Xavier—. La nostalgia es como una droga, Russo. Cede un poco.

«Hay que joderse...».

En la uni, jamás participé en estos juegos tan insípidos y no tenía ningunas ganas de hacerlo ahora. Por desgracia, ganó la mayoría en una votación a favor de Verdad o atrevimiento con un matiz: nada de pasar. Tenías que responder sí o sí o aceptar el reto que te tocase.

Ignoré a todo el mundo hasta que le tocó el turno a Ayana.

—¿Qué eliges? —le preguntó Kim con los ojos brillantes—. ¿Verdad o atrevimiento?

—Verdad.

—¿Cuál es el lugar más exótico en el que has mantenido relaciones sexuales?

Yo, que me estaba llevando la copa a los labios, me quedé con la bebida a medio camino. Volví a dejarla en la mesa sin darle un sorbo siquiera y me recosté con la mirada bien puesta en Ayana.

Ella se quedó helada. Desvió la vista hacia mí una milésima de segundo antes de carraspear y responder:

—El lugar más exótico donde he mantenido relaciones sexuales ha sido, eh... ha sido...

El aire fue llenándose de expectativa. Jordan se meneó en su asiento; parecía exageradamente incómodo. A mí me empezó a latir el pulso a un ritmo firme y peligroso.

—Ha sido en un vestidor de unos grandes almacenes —confesó Ayana—. Los de Bergdorf. En, eh... la zona de vestidos de gala.

—Uhhh —se animó Kim—. Sexo y alta costura. Me encanta. Bien hecho. —Le guiñó un ojo a Jordan y él respondió con una prieta sonrisa.

El pulso decidió acelerárseme de forma violenta.

Quienquiera que inventase este juego tenía que morir. Y, si ya estaba muerto, debería morir otra vez. Y de una forma horrible.

Ayana retó a Indira a compartir el historial de su móvil con el resto del grupo (cuántas compras, por el amor de Dios) y, a continuación, me tocó a mí.

—Vuk. —Indira se giró hacia mí—. Verdad o atrevimiento —me dijo enfatizando las palabras con ambas manos para indicarme cuál era cual.

Me tragué la irritación que sentía y señalé su mano izquierda con la cabeza. Atrevimiento.

La sonrisa de Indira sugirió que esperaba que fuese a escoger aquella opción.

—Te reto a que beses a alguien de esta mesa.

La única soltera de la mesa en cuestión era ella. Teniendo en cuenta que el juego me impedía pasar, había sido una estratagema astuta.

—Guau —rio Jordan—. Ahí te ha pillado.

A su lado, Ayana entró en tensión; se lo noté en el cuello y en los hombros.

Miré a Indira con frialdad. Desde un punto de vista objetivo, era bastante atractiva, pero yo preferiría besar a una babosa antes que a ella; además, detestaba que la gente intentase tenderme una trampa para que hiciera algo en contra de mi voluntad.

Le aguanté la mirada mientras me inclinaba y, lenta y deliberadamente, le cogí la mano a Ayana.

La mesa se quedó en silencio.

Me acerqué su mano a la boca y le rocé los nudillos con los labios... Y los dejé ahí. Aquel sutil aroma a almendra dulce me inundó los sentidos.

Llevaba tanto tiempo imaginándome cómo sería besarla que incluso ese breve roce de mis labios en su mano fue suficiente para que se me acelerase el corazón. Me noté el pulso en los oídos y se me avivaron todas las células del cuerpo.

Quería acercarla a mí y besarla de verdad. Colarle la lengua en la boca, agarrarle el pelo con fuerza y oírla gemir.

Quería tumbarla en la mesa y deleitarme con ella hasta que la tuviera rogándome que le diera más. Hasta que la tuviera gritando *mi* nombre y que les quedase claro a todos los presentes en esta puta mesa, en esta ciudad e incluso en el *mundo*, que Ayana era mía y solamente mía.

Quería todo cuanto no podía tener y todos los instantes que no podía robar. Aun así, por un segundo, casi creí que ella también quería lo mismo.

Ayana encorvó los dedos y le temblaron sutilmente, acompañados por una entrecortada respiración tan discreta que hasta podría haber pasado desapercibida.

Ahí fue cuando le solté la mano y volví a recostarme en el asiento sin apartarle la mirada a Indira. Nunca desvié los ojos hacia Ayana.

Indira separó los labios. Se había quedado helada y en su expresión se atisbaban decepción y deseo a partes iguales.

Mi osadía dio paso a un silencio pesado y ensordecedor antes de que Xavier estallara de la risa:

—Por eso hay que ser más específico con estas cosas —dijo este —. Si no, el personal siempre acaba yéndose por la tangente.

En efecto, en su reto Indira se había olvidado de la mayor especificación de todas: qué tipo de beso. Al elegir a Ayana, los

demás se habían pensado que había optado por una salida fácil, porque ¿quién sería el cabrón impertinente que le tiraría los tejos a la prometida de su novio estando este delante?

Cuando por fin desvié los ojos hacia Ayana, ella ya estaba mirándome con expresión inescrutable. Apartó la vista antes de que pudiésemos cruzar miradas, pero era imposible no darse cuenta de la rapidez con que se le agitaba el pecho.

Se me animó la sangre. Para bien o para mal, ese beso no solo me había afectado a mí.

La pausa llegó a su fin y regresamos a la zona de juego para terminar la partida. Fui muchísimo más rápido que en las primeras rondas. Tenía muchísima energía por gastar y los demás iban un poco contentos a causa del alcohol y/o estaban distraídos con sus parejas.

Todo el mundo quedó eliminado en diez minutos y solo quedamos Ayana, yo y, por sorprendente que pareciera, Will.

La música seguía sonando bien alto. Las sombras se iban reflejando en las paredes y, ahora que casi todos los jugadores habían quedado descalificados, la zona de juego adoptó un aire casi fantasmal. Los distintos obstáculos acechaban a mi alrededor; el enemigo podía estar escondido detrás del menos pensado.

Seguía siendo un juego con armas falsas y apuestas bajas, pero no por eso dejé de experimentar una sensación de *déjà-vu*.

De repente, me acordé de otra noche, una con música de fondo y en la cual la muerte o algo peor aguardaba a la vuelta de la esquina.

Los gritos. El miedo. El *olor*.

Se me ensombreció la vista. Noté un sabor metalizado en la boca y el olor a humo me colapsó los sentidos.

Me agarré con fuerza a la pistola. «No es lo mismo». No estábamos en el pasado ni en mi casa tampoco. Estábamos jugando

con pistolas láser y un montón de estructuras de cartón, y con gente a quien conocía. Punto.

Me obligué a ralentizar la respiración.

A pesar de que estuviéramos aquí, a mí ya no me quedaba nadie a quien pudieran arrebatarme a excepción de...

Oí un ruido detrás de mí y se me despertó el instinto. No pensé; ni siquiera miré quién era.

A mí nadie, pero absolutamente nadie, me pillaba desprevenido. Nunca.

Me di la vuelta y empotré al contrincante contra la pared más cercana. Le cayó el arma al suelo, agarré a la persona en cuestión por las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza, contra la pared, para inmovilizarla. Le coloqué la otra mano en el cuello y ejercí presión.

La adrenalina se me coló en la sangre, me nubló la vista y me llevó a seguir ejerciendo más y más presión todavía hasta que un jadeo desdibujó aquella neblina.

Bajé la vista hasta la persona que tenía justo debajo. Se me fue aclarando la visión de forma gradual y, a la que le fui atisbando el contorno de la cara, el terror se apoderó de mí.

Pestañas largas y oscuras. Unos ojos enormes y centelleantes llenos de miedo. Unos pómulos marcados y unos labios carnosos y suntuosos que me quedaban tan cerca que hasta me permitían notar los suaves jadeos de su respiración.

«Ayana».

18

Ayana



No podía respirar.

Cada vez que intentaba coger más oxígeno, el esfuerzo era en vano. Y estaba empezando a marearme alarmantemente, tanto por la mano con la que me estaba estrujando el cuello como por el peso de su cuerpo al estar clavado contra el mío.

Vuk se cernía sobre mí con la frente tan arrugada que mi instinto de supervivencia empezó a gritarme. Una emoción oscura que no supe distinguir le abrasaba la mirada, era como si Vuk no estuviera aquí. Tenía la cabeza en otra parte, lejos de su cuerpo; perdida en algún punto al que yo no podía llegar.

No me veía. Veía una amenaza sin nombre y sin rostro a quien debía neutralizar.

Unas manchas me fueron nublando la vista. El miedo se me coló en el pecho junto con una ínfima sensación de euforia completamente infundada.

Duró una milésima de segundo, pero me dejó tan estupefacta que conseguí soltar un sutil jadeo.

Por lo visto, aquel ruido sirvió para que Vuk volviera en sí.

Al darse cuenta de la situación, le fue cambiando el rostro y, al final, el terror se adueñó de su mirada. Dejó de apretarme el cuello de inmediato y yo volví a respirar. Con aquel repentino flujo de aire, me ardieron los pulmones.

Me escocían los ojos: una reacción más física que emocional y, con el alivio, se me fue destensando el cuerpo.

Vuk se me quedó mirando con una severa expresión. A pesar de que siguiera agarrándome el cuello con la mano y de que continuara sujetándome los brazos por encima de la cabeza, ya no estaba ejerciendo tanta presión. Y tenía su cuerpo tan pegado al mío que le noté absolutamente todos los músculos y protuberancias.

Mis fuertes jadeos se ralentizaron y mi respiración fue retomando su ritmo habitual. No le di ningún empujón para apartarlo de mí.

Debería de haberme asustado. Si Vuk no hubiese vuelto en sí en aquel momento, yo podría haberme desmayado o me podría haber pasado algo incluso peor. Sin embargo, una parte de mí, una un tanto delirante, no lo veía capaz de hacerme daño bajo ninguna circunstancia.

Por más que no pudiera basarme en nada que lo demostrase, a mí me daba esa impresión. Y era una impresión sin fundamento. Una cuestión de instinto y ya.

Vuk me estudió la cara con la mirada. No era de esos que muestran arrepentimiento alguno; nunca. Sin embargo, la forma en que estaba apretando la mandíbula era un claro indicio de su conmoción ante lo ocurrido.

—Estoy bien —susurré—. No pasa nada.

Él tragó saliva con tanta fuerza que se le marcaron las líneas de la garganta. Hizo ademán de soltarme, pero yo aparté una de las manos en un acto reflejo y lo agarré por la muñeca para que se quedara quieto.

Le centelleó la mirada, sorprendido, y aquella minúscula chispa de ardor que había notado antes volvió a prenderse.

No me consideraba una adicta al miedo. Detestaba las películas de terror, evitaba pasar por calles sombrías por la noche y me tomaba Halloween con la misma cautela con la que alguien se acercaría a un gato salvaje. Hasta la fecha, mi vida sexual había sido más bien normal y nunca había fantaseado con juegos de asfixia.

No obstante, en aquel momento, algo dentro de mí cambió. Tal vez fuera por el alcohol o tal vez, simple y llanamente, por *él*.

Volví a acordarme de los labios de Vuk acariciándome la piel. Se había tratado de un beso ultraligero. Aun así, noté que me dolía el cuerpo entero con solo pensar en eso y, en un acto reflejo, levanté las caderas.

Vuk me había inmovilizado colándome el muslo entre las piernas y aquel delicadísimo movimiento de mis caderas hizo que sintiera una acuciante presión ahí abajo.

Aquella chispa se encendió hasta convertirse en una fogata inmensa. Se me puso la piel de gallina y tuve que echar mano de absolutamente toda mi fuerza de voluntad para no frotarme con su pierna cual leona en celo. La respiración se me volvió errática de nuevo mientras yo intentaba controlar mi inexplicable excitación.

¿Qué diantres me pasaba? Tenía a mi prometido esperándome en la otra sala y yo aquí, fantaseando con su padrino; eran unas fantasías sucias y obscenas sobre lo que ocurriría si yo cedía ante mis deseos y lo que me haría él al tenerme justo debajo.

Aquellas llamaradas de fuego hicieron que se me avivara la parte baja del estómago.

Dios, seguro que en el Infierno tenían un lugar específico solo para mí.

A Vuk volvieron a oscurecérsele los ojos. Yo aún no le había soltado la muñeca y seguro que él sabía (o sospechaba) lo que me estaba haciendo.

Se me secó la boca.

No tenía muy claro cuánto tiempo había pasado, pero aquí estaba tan oscuro y la música sonaba tan alta que parecía que el tiempo se hubiese esfumado directamente.

Vuk levantó la rodilla para ejercer presión contra mí. Solo la levantó un centímetro; fue un movimiento tan sutil que ni siquiera se le movió ninguna otra parte del cuerpo.

Pero fue suficiente. Aquella nueva presión hizo que una ola de placer me recorriese entera. Se me coló en las venas y me incendió desde lo más profundo de mi ser.

Vuk volvió a cerrar la palma de la mano con la que aún me estaba sujetando el cuello. No ejerció tanta fuerza como para cortarme la respiración, pero sí la suficiente como para que se me escapara un sutil y humillante gemido.

No debería, pero *joder* si me gustaba aquello.

Le bajé la mano de la muñeca hasta el hombro. Vuk agachó la cabeza. Su cara era como una máscara aterradora de rasgos bien marcados y de una intensidad fría y brutal mientras observaba cómo me frotaba descaradamente con su cuerpo y sin comedimiento alguno.

Yo apenas me di cuenta. Una ola de calor me abrasó la piel y el mundo se volvió sumamente borroso hasta que solo existió aquel

punto exacto en mi entrepierna. Noté una presión que fue creciendo sin cesar y subiéndome cada vez más hasta que...

El sonido de unos pasos me sacó de aquella neblina.

Vuk retrocedió de repente, como quien acaba de quemarse. Desvió la vista hacia mi izquierda de golpe y le vibró el chaleco. Le habían dado.

El mío vibró al cabo de un segundo. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo, pero apreté los dientes y me obligué a enderezarme.

Miré al intruso. Todavía me latía el sexo y tenía la piel tan sensible de mi frustrado orgasmo que las vibraciones del chaleco me fueron retumbando por el cuerpo cual morbosa provocación.

—¡He ganado! —Will nos sonrió y se meneó alegre—. ¡He ganado, joder!

Parecía tan ilusionado con aquella victoria que ni siquiera se dio cuenta de que era un juego colectivo y que, al habernos dado a Vuk y a mí, había descalificado a un miembro de su propio equipo.

Daba igual. La única mujer a quien no habían eliminado era yo, o sea, que habrían ganado los chicos igualmente.

Inhalé temblorosa. Se me había olvidado completamente que estábamos jugando con pistolas láser. ¿Qué habría visto Will antes de dispararnos? ¿Habría...? ¿Cuando me...?

Sentí que me ardían las mejillas. Levanté la vista hacia Vuk, que ya estaba actuando otra vez como si yo no existiese. Pasó por mi lado en dirección a la salida sin mirarme siquiera.

«Ay, Dios».

La realidad de lo que había hecho me sentó igual que si me acabase de atropellar un camión. Básicamente, me había frotado con Vuk Markovic en una puñetera zona de juego de pistolas de láser. Y él no me había detenido.

¿Qué significaba eso? A lo mejor se quedó tan atónito que no supo reaccionar. O... puede que (siendo yo muy optimista) ni siquiera se percatase de lo que estaba sucediendo.

De eso había más bien pocas posibilidades, pero ni que nos hubiéramos besado o desnudado. Gracias a Will, ni siquiera me había corrido. Total, que era como si no hubiese pasado nada. ¿Verdad?

Dejé escapar un sutil gruñido. Incluso yo sabía que esas excusas no se sostenían por ninguna parte.

Seguí a Vuk y a Will escaleras arriba hasta llegar a la sala vip, donde estaban esperándonos los demás. Estaba segura de que aquella casi infidelidad se me veía en la cara; sin embargo, nadie pareció darse cuenta de nada.

—Bien hecho, cielo —me dijo Jordan, que se levantó y me plantó un beso en la mejilla.

Me obligué a sonreír. La culpabilidad se me aposentó en el estómago en forma de nudo y acepté el beso de Jordan mientras el fantasma del tacto de otro hombre seguía acariciándome la piel.

Desvié la vista de nuevo hacia Vuk. Me sobresalté al ver que tenía los ojos clavados en nosotros. Paseó la mirada de Jordan a mí y se le encorvaron los labios con una sonrisa burlona que me llevó a sonrojarme de nuevo.

Volví a apartar la vista.

Vuk sabía lo que había hecho. Aunque tampoco hacía falta que fuese tan cabrón.

Por suerte, una vez hubimos terminado la partida, no nos quedamos mucho rato más allí. Como perdimos las chicas, las demás pagaron todas las rondas de la noche y me impidieron que contribuyese.

—Es *tu* noche —señaló Sloane con firmeza—. No vas a aportar ni un centavo.

Como discutir con ella era como discutir con una pared, no me molesté en llevarle la contraria.

Fuimos desfilando todos hacia fuera. Vuk, sin embargo, se quedó rezagado porque le entró una videollamada. El grupo se fue despidiendo, la gente empezó a marcharse a casa, y Jordan y yo nos quedamos a solas por primera vez desde que había regresado de Rhode Island.

Esperó a que los faros del último taxi se hubiesen perdido bajo el manto de la noche y luego me preguntó:

—¿Cómo estás?

Una fresca brisa se llevó por delante el calor que aún notaba en la piel.

—Pues tengo frío y voy contentilla —contesté, y él rio divertido. Sonreí y, a continuación, algo más aprensiva, añadí—: Seis semanas.

—Sí... —Jordan se metió las manos en los bolsillos—. ¿Preparada?

«No».

—¿Y tú? —quise saber yo.

—Todo lo preparado que estaré jamás.

Nos quedamos ahí de pie, en silencio, escuchando el ruido del tráfico y el conversar de los peatones. Normalmente no teníamos problemas para dialogar, pero esta noche estábamos los dos perdidos en nuestros propios pensamientos.

—¿Qué tal tu abuela? —me interesé rompiendo por fin aquel silencio.

—Tan bien como cabría esperar. Ya la conoces... —comentó Jordan con una media sonrisa—. Es fuerte. Además, lleva atormentándome con que me case desde que acabé la universidad. Teniendo en

cuenta las circunstancias en las que se ha dado todo, nuestra boda la ha hecho muy feliz.

Bueno, por lo menos había algo positivo. Y ya que estábamos hablando de esto...

—Cuando termine el acuerdo, ¿le contarás la verdad a tu familia?

Su sonrisa se transformó en una especie de mueca. Casi nunca hablábamos de esto, pero yo sabía lo mucho que le pesaba ese secreto a Jordan. Ocurriera lo que ocurriese con nuestro matrimonio, quería que él fuera feliz. Y dudaba que eso fuese posible si no le contaba a su familia por qué habíamos optado por un matrimonio de conveniencia en lugar de casarnos por amor.

—No lo sé. Quiero, pero tengo la sensación de que no les sentará bien y no estoy preparado para enfrentarme a ello —reconoció, y sonrió sin demasiado entusiasmo otra vez—. Vuelve a preguntármelo en cinco años.

—Luego lo pongo en el calendario —contesté.

Jordan rio, pero no le insistí más.

Era su vida; debería hacer las cosas cuando a él le pareciera mejor. Además, entendía de dónde surgían aquellas dudas. Era el único heredero de la familia. ¿Cómo podía decirles que no estaba interesado en absolutamente nadie a nivel romántico? Se había acostado con varias personas y había experimentado con distintas relaciones, pero ni necesitaba ni quería compañía de por vida. Y menos aún, tener hijos.

Por eso me había venido a buscar a mí para llegar a ese acuerdo. Yo ya sabía su secreto: me lo había confesado una noche mientras nos estábamos tomando unas copas en Milán. Ocurrió hacía años, justo cuando terminé mi campaña para Jacob Ford y hube demostrado ser una de las pocas personas de su círculo que nunca había intentado utilizarlo, manipularlo o seducirlo de ninguna forma.

Además, tampoco había probabilidad alguna de que yo fuera a enamorarme de él ni de que esperara disfrutar de un matrimonio tradicional con Jordan, lo cual me convertía en la candidata ideal para sus fines.

Se trataba de un acuerdo que nos beneficiaba a ambos, pero a una parte de mí le gustaría que no fuese necesario. No podía evitar que me entristeciera un poco el pensar que Jordan no podía compartir algo tan relevante para su vida (y para él, en general) con su familia.

—Nunca me has contado por qué necesitas el dinero del acuerdo —señaló—. ¿Me das alguna pista?

—¿En serio la gente necesita tener una excusa para querer más dinero? —respondí evadiendo su pregunta.

Confiaba en Jordan, pero estaba demasiado metido en el sector como para confesárselo y que mis planes se fueran a pique. Además, con respecto a mi contrato, él tampoco podía hacer nada, y yo no quería meterlo en todo ese lío cuando su abuela estaba enferma y Jordan tenía una empresa que dirigir.

—No. Pero cuando alguien como tú está dispuesta a renunciar a media década por dinero, suele ser por un motivo de peso. —Se encogió de hombros—. Eres guapísima, lista y tienes éxito. Podrías encontrar, en el momento menos pensado, a un pretendiente mejor que yo e incluso más rico con quien encajaras a nivel romántico.

«Un pretendiente con quien encajara a nivel romántico. Ya...».

Eché la cabeza hacia atrás y levanté la vista. Era imposible ver los astros que surcaban el cielo de Manhattan, pero me gustaba imaginarme que ahí afuera había un mar entero de estrellas que centelleaban sobre nuestras cabezas como bondadosos ángeles que observaban los dramas y las penurias del ser humano mientras

nosotros deambulábamos por la vida en busca de un propósito, de una intención y de una pizca de felicidad.

—Puede —respondí—, pero ahora eso da igual.

¿Que si había hombres más ricos que Jordan? Sí. Ahora bien: ¿eran mejores que él o mi alma gemela tal vez? Pfff, a saber.

Desvié la vista hacia la entrada del local de juegos de pistolas láser. Vuk seguía ahí dentro.

Me fui acordando, de forma espontánea y más bien fugaz, de las interacciones que habíamos compartido a lo largo del último mes.

Cómo su presencia había encajado perfectamente en mi cocina. El minivuelco que me daba el estómago cada vez que lo veía. El roce de sus labios en mi piel y de su mano en mi cuello.

No era tanto una cuestión de quién era, sino de cómo me hacía sentir: como si no estuviera sola, como si estuviera viva y como si el mundo fuese un lugar lleno de posibilidades y no de obstáculos.

Si quien me hubiese propuesto un matrimonio concertado hubiese sido Vuk, ¿me sentiría así de contrariada mientras esperaba que llegase el día de la boda?

—Yo me voy a casa —dijo Jordan—. ¿Te pido un taxi?

Negué con la cabeza.

—Iré andando. La mía tampoco queda tan lejos.

Nos despedimos, se fue y yo volví a quedarme sola. Aun así, algo extraño me impidió que me fuera.

Ahora que ya se habían ido todos, me sentía... vacía. Hasta entonces, me había contagiado de la energía del grupo y, ahora que la ilusión había desaparecido, solo me sentía triste y agotada. Y las futuras novias no deberían de sentirse precisamente así justo después de su despedida de soltera.

Me había divertido, pero eso no significaba que no me hubiese dado cuenta de que a duras penas conocía a la mitad de las

personas que habían asistido a nuestras respectivas despedidas esta noche.

Había perdido el contacto con mis amigos del instituto o de la universidad. El tiempo y la distancia habían debilitado aquellas relaciones y ahora no tenía nada con que rellenar dicho espacio. A lo mejor, de tenerlo, no me sentiría tan perdida.

Cuando me daban noticias maravillosas, no tenía con quién compartirlas; cuando tenía un día de mierda, no podía refugiarme en nadie. Al menos, no en profundidad. Era como si hubiese una gruesa pared de cristal que me separase del resto del mundo. Podía ver a los demás, pero no llegar a ellos. En caso de que tuviera una emergencia de las de verdad, no sabría a quién llamar, aparte de a mi familia.

Y todo porque había intercambiado aquello que quería por... esto. El glamur, la fama y el dinero (que, una vez pagados los impuestos, los honorarios de la agencia y demás, tampoco era tanto). Muchísima gente mataría por tener una vida como la mía, pero yo solía preguntarme cómo habría sido esta si hubiese terminado mis estudios y me hubiese dedicado a la medicina o a la química en lugar de hacerme modelo.

Tal vez habría sido mejor, o tal vez peor, pero por lo menos me habría sentido libre.

La puerta de entrada del local se abrió. Vuk salió con una cara seria a más no poder, para variar. No tenía ni idea de qué rondaba por su cabeza a estas horas de la noche de un sábado pero, fuera lo que fuese, estaba cabreado.

Cruzamos miradas. Los acontecimientos de la noche se pasearon por el espacio que nos separaba, con el peso adicional de unas palabras por decir.

A Vuk le latió un músculo en la mandíbula. Se dio la vuelta y se fue sin despedirse siquiera.

«Haz como él y vete tú también, Ayana».

Me lo quedé mirando, acordándome de la adrenalina que había sentido al notar sus labios en la mano y del electrizante subidón de aquel momento que habíamos compartido en la oscuridad. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no me sentía tan viva como entonces.

Cuando pegó esquinazo y desapareció, algo en mi interior reaccionó. Eché a correr detrás de Vuk sin pensarlo dos veces.

—¡Espera!

Se detuvo a medio andar, pero no se giró. La calle en cuestión era mucho más tranquila que la avenida principal a la que daba la entrada del local y, mientras caminaba hacia él, fui oyendo los fuertes latidos de mi corazón.

A pesar de las recomendaciones de los del local, me había puesto unas botas de tacón porque me sentía más cómoda que yendo plana. Cuando iba con tacones, tenía más confianza en mí misma y me daba la sensación de que, en cierto modo, controlaba mi propia vida.

Esta noche, la confianza y el control no habían hecho acto de presencia. Los nervios se apoderaron de mí con fuerza, pero ya era demasiado tarde para echarme atrás.

Al final, Vuk se giró y se me quedó mirando mientras yo me acercaba a él. Vuk era la mismísima imagen de la indiferencia. Las sombras de la noche le danzaban por la cara, acariciándole aquellos afiladísimos pómulos y sus serios y crueles labios.

Si un mes atrás me hubiese quedado a solas con Vuk Markovic en una calle a oscuras, me habría dado un ataque de pánico. No

obstante, en algún momento y sin que yo supiera muy bien cómo, la cosa había cambiado.

Si pudiese elegir con quién estar en ese preciso instante, lo elegiría a él.

Me detuve a unos cuantos pasos de Vuk. Se me encogió el corazón y noté cómo se me instalaba un nudo en la garganta.

—Cuando me has besado la mano mientras estábamos jugando, ¿lo has hecho para tener una escapatoria o... por algo más?

Fui directa al grano. Era muy tarde y yo estaba demasiado frustrada como para hacer otra cosa.

El corazón me fue latiendo a un ritmo errático mientras yo aguardaba su respuesta.

Vuk respondió sin la más mínima expresión en el rostro:

—¿«Algo más» como qué?

—Dímelo tú.

Nunca había sido tan directa con nadie, pero llevábamos semanas jugando al gato y al ratón.

Ya era hora de que hablásemos del tema de una vez por todas.

Vuk salió de entre las sombras y se colocó en un punto donde le daba la luz. El eco de sus pasos retumbó por esa calle vacía y una especie de miedo nervioso me fue carcomiendo por dentro.

Era la misma sensación que se había adueñado de mí en la zona de juego. La sensación que notas cuando sabes que estás al borde del peligro y que, como caigas por ese precipicio, vivirías la experiencia más aterradora y más emocionante a la vez de toda tu vida.

Solo tuvo que dar tres pasos para acortar la distancia que nos separaba. La amenaza de una tormenta inminente acechaba tras aquellos fríos ojos azules.

—¿Qué haces aquí, Ayana?

Era mi última oportunidad para inventarme alguna excusa. Igual sería lo más sensato e inteligente.

Pero yo estaba harta de ser sensata e inteligente y todas esas cosas que no me habían llevado a ninguna parte y por culpa de las cuales ahora estaba aquí: atrapada en una jaula dorada y atada a un hombre a quien no amaba.

¿Por qué todo el mundo podía hacer lo que le apeteciera y yo tenía que ceñirme a lo que era «correcto»? ¿Por qué no podía ir en busca de mi felicidad si había sacrificado gran parte de esta en pos de sueños y objetivos ajenos?

Solo quería una única cosa para mí misma. Una chispa de conexión que hiciera que mi vida volviese a ser emocionante.

Mi aliento formó pequeñas nubes al exhalar en el frío aire de la noche. Di un minúsculo paso hacia delante y, cada vez que espiraba, le rozaba el pecho a Vuk con el mío.

A pesar de que entró visiblemente en tensión, no se apartó.

Una emoción nerviosa me empezó a correr por las venas. Estaba acercándome muy lentamente a la cima de una montaña rusa mientras esperaba la inevitable caída. No había nada como aquella repentina y vertiginosa adrenalina.

Me envalentoné y le coloqué una mano en el hombro antes de ponerme de puntillas y dejar que un insensato valor me llevase a levantar la barbilla y...

Vuk levantó la mano y me agarró por la cintura para detenerme. Noté cómo me ardía la piel bajo su tacto.

—Para.

Aquella palabra me raspó todos los sentidos y me dio justo en el estómago.

Había hablado. Con una palabra de verdad. Y me la había dicho a mí.

Me quedé sin aliento. Vuk tenía una voz grave y áspera; una que emanaba control y emoción por igual.

La estupefacción se llevó por delante mi intención de besarlo, que acabó como un montón de escombros tras una inundación.

Vuk no hablaba a no ser que sintiera la necesidad de hacerlo. Ni siquiera Jordan lo había oído hablar demasiado desde la universidad.

¿Por qué había elegido romper el silencio justamente ahora?

Me lo quedé mirando y me fijé bien en lo tensa que tenía la boca y en lo dolorosamente fuerte que me estaba agarrando por la cadera.

«Para». Aquel tortuoso sonido me rechinó en los oídos y, en ese preciso instante, me di cuenta de lo que ocurría con una dolorosa y desgarradora claridad.

No era la orden de un hombre que no me deseaba. Era la súplica de uno que sí lo hacía.

Vuk Markovic me deseaba y lo mataba no poder tenerme a pesar de que fuese yo misma quien se le hubiera ofrecido. *Sobre todo* cuando yo misma me había ofrecido a él.

Al asimilarlo, sentí una desenfrenada ola de adrenalina.

—Vuk... —exhalé.

Él me apretó con tanta fuerza las caderas que casi grito. Me acercó la boca a la oreja y, con una voz tan grave y áspera que consiguió que me estremeciera, anunció:

—*Kada te konačno budem poljubio nećeš više nositi njegov prsten na ruci*.

No entendí ni una palabra de lo que me acababa de decir, pero lo que sí percibí fue la emoción con la que acompañó su frase. Sonaba a amenaza y a promesa, todo en uno.

Vuk me soltó por segunda vez en una misma noche.

Y me dejó ahí, en medio de la oscuridad, sin aliento y con unas dolorosas ganas de más.

19

Vuk



La última botella estalló en una lluvia de cristal.

Había batido mi propio récord y le había dado a las doce botellas en menos de un minuto, pero no sentí satisfacción alguna. Continuaba muy resentido y mis emociones oscilaban entre la ira y el arrepentimiento como si de un maldito péndulo se tratase.

Hacía seis días de la despedida.

Seis días sin parar de visualizar el beso que Jordan le había dado a Ayana en la mejilla y la sonrisa que le había dedicado ella a modo de respuesta.

Ciento treinta horas sin parar de recordar cómo se arqueó el cuerpo de Ayana contra el mío.

Más de ocho mil minutos sin parar de revivir el hecho de que casi me había besado.

Y un sinfín de preguntas sobre qué habría ocurrido si no la hubiese detenido.

¿A qué narices había estado jugando Ayana al actuar así en su propia despedida?

No me creía ni de broma que fuese a arriesgar su compromiso con Jordan porque sí. Y menos aún me creía que hubiese sentido una repentina atracción tan fuerte hacia mí que no había podido contenerse.

Alineé unas cuantas botellas más.

Como no me apetecía socializar, me había replegado en el campo de tiro improvisado que tenía en casa en lugar de ir al del Valhalla. Después de la despedida, no quería volver a hablar con nadie hasta dentro de, como mínimo, dos meses.

Estaba a punto de empezar mi segunda ronda de tiros cuando se abrió la puerta. Entró Sean con expresión sombría.

Mi equipo se había pasado la semana entera evitándome. Llevaban el tiempo suficiente trabajando para mí como para darse cuenta enseguida de cuál era mi humor y sabían que cualquier interacción humana no haría sino cabrearme aún más.

Si Sean había conseguido obtener el visto bueno de Jeremiah, mi mayordomo y la máxima autoridad que decidía quién podía entrar por la puerta y quién no, sería que se trataba de algo importante.

Me quité los cascos y esperé.

—Hemos encontrado algo. —Sean fue directo al grano—. Una tarjeta SIM en un taller abandonado a las afueras de la ciudad. La hemos cogido y tenemos el punto de venta donde la compraron. Dudo mucho que nos ayude, pero al menos tenemos una pista. —La satisfacción le centelleó en la mirada, escondida tras el cansancio. Sean llevaba semanas persiguiendo a Chico Misterioso sin pausa y se

le notaba físicamente—. Devin Rhoades. Es el alias de un conocido miembro de La Hermandad.

Absolutamente todas las células de mi cuerpo se aferraron a ese dato con el mismo ahínco que un tiburón que huele sangre en el agua y el tiempo se detuvo.

—Esto es todo lo que hemos podido descubrir de él. —Sean me tendió una carpeta—. El tío es un fantasma; aunque era de esperar, teniendo en cuenta con quién se relaciona. Pero fíjese en el apellido.

Abrí la carpeta y me encontré con la nítida foto del misterioso miembro de la organización. Salía con la vista clavada en la cámara; poseía unos rasgos brutales y unos fríos ojos verdes. Tendría treinta y pocos años; era americano, caucásico, y la última vez que alguien lo vio fue en la ciudad de Nueva York. Había operado bajo distintos alias, pero el primer nombre registrado era el mismo que en el historial de adopción.

Roman Davenport

—Sí —confirmó Sean, que había interpretado a la perfección mi anonado silencio—. *Ese* Davenport. De adolescentes, tanto él como Dominic terminaron en la misma casa de acogida en Ohio. Dominic se fue a la universidad y Roman desapareció del mapa. Desconocemos los detalles de cómo acabó en La Hermandad y de cómo se formó para ello, pero volvió a aparecer hará unos seis años en Francia. Según las malas lenguas, es el responsable de la muerte de un capo de por ahí. Lo decapitó. Un gesto que habló por sí solo.

Despacio, fui digiriendo toda esa información.

Roman y Dominic Davenport eran hermanos de acogida. El mismo Dominic con quien yo había hecho negocios, con quien me había cruzado en varios eventos y con quien había intercambiado cuatro palabras por mera cordialidad en el Valhalla.

Dominic nunca hablaba de su familia ni de los años previos a la universidad. El instinto me decía que él no tenía nada que ver con La Hermandad; sin embargo, en situaciones como esta, no se podía descartar nada.

—¿Qué clase de relación tienen ahora Roman y Dominic?

—No está demasiado claro —confesó Sean—. De momento solo sabemos que perdieron el contacto en cuanto Dominic se fue a la universidad, pero esto solo es lo que hemos encontrado hasta ahora. Vamos a tener que seguir investigando y ahondando más, pero quería compartir este hallazgo con usted enseguida. —Guardó silencio.

Al verlo dubitativo, arqueé una ceja. Sean no solía dudar.

—¿Qué más? Suéltalo.

—¿Se acuerda del escándalo de Sunfolk de hace un par de años?

Asentí.

Aquel escándalo fue uno de los mayores sucesos criminales que ocuparon la atención de los principales periódicos en los últimos años. El miembro de una organización mercenaria sin nombre había filtrado un contrato confidencial entre el director ejecutivo del Banco Sunfolk y los mercenarios para cargarse a la competencia del primero como fuera (es decir: recurriendo a técnicas de asesinato).

El contrato fue circulando por internet y acabó en manos de todo el mundo. A pesar de que gran parte de los detalles estuvieran tachados, dio paso a un sinfín de rumores y teorías conspiratorias. El director ejecutivo del Sunfolk murió bajo extrañas circunstancias en prisión; sin embargo, justo cuando el banco se estaba yendo a pique, alguien más intervino y lo compró: Dominic.

Empecé a atar cabos.

—Crees que La Hermandad es la organización del contrato.

—Sí. Y creo que igual fue Roman quien lo filtró. —Sean apretó los labios—. Todavía no puedo confirmar nada pero, teniendo en cuenta la cronología y los personajes implicados, no sería nada descabellado.

Pues sí. Joder, ojalá no fuera el caso.

Si Dominic estaba metido en todo esto, la cosa se complicaba aún más. No éramos amigos, pero sí nos movíamos por los mismos círculos. Yo intentaba separar mi pasado de mi presente y Dominic estaba demasiado relacionado con mi vida actual como para tener algo que ver con la de hacía años.

—Seguid investigando. Quiero que me informes a diario.

Sean asintió.

—Otra cosa más. Como jefe de seguridad, sería negligente por mi parte no enfatizar la importancia de incrementar las medidas de seguridad tanto aquí como en la oficina. Hemos implementado unas actualizaciones de seguridad blandas, tal y como comentamos, pero como La Hermandad lo esté controlando, puede que ya se hayan enterado de que estamos investigando a Roman. Se darán cuenta de que sabe que van a por usted y, por lo tanto, puede que vuelvan a atacar de forma inminente.

Tenía razón. Otra vez.

Detestaba tener a guardas de seguridad armados a mi alrededor. Cuanta más gente estuviese involucrada en todo esto, mayor serían las probabilidades de que se filtrara algo y, por lo tanto, de que me traicionaran. Daba igual lo mucho que evaluara al personal; gran parte de la población se dejaba comprar. A no ser que tuviese un largo historial con la persona en cuestión y me hubiese demostrado ya su lealtad, yo no confiaba en nadie.

Por suerte, había otras formas de protegerme que no implicaran matones a sueldo.

—Nada de guardaespaldas. Reforzad las demás medidas.

En cuanto Sen abrió la boca para rechistar, añadí:

—Puedo cuidarme solito.

Suspiró, pero no insistió.

—Hecho.

Cuando se hubo ido, me quedé en ese campo de tiro improvisado e intenté ir conectando las piezas que faltaban de aquel rompecabezas.

Roman. Dominic. La Hermandad. La Bóveda. ¿Cuál era el hilo conductor?

Si Sean llevaba razón y quien había filtrado el contrato era Roman, eso lo convertía en el principal objetivo de la organización. En lo relativo al trabajo, los sicarios dependían de su reputación; una filtración de aquel calibre les arruinaría la credibilidad. Puede que la gente de a pie no supiese quiénes eran, pero aquellos que permanecían entre las sombras tenían un don para olisquearnos los secretos.

Si Roman era el objetivo de la organización, ¿por qué iba a intentar matarme en nombre de La Hermandad? A lo mejor estaba actuando por cuenta propia, pero nuestros caminos no se habían cruzado en la vida. No albergaba ninguna razón personal para querer matarme.

Y luego estaba la maldita nota esa: «Encuéntrame antes de que lo hagan ellos». Con ese «ellos», ¿se referiría a La Hermandad?

Entre tantas preguntas sin respuesta y los miles de posibilidades que había, la cabeza me daba vueltas.

Como no pude centrarme, lo ordené todo y subí al despacho sin desprenderme de la pistola.

Un pasillo cerrado separaba mi ala de la casa de las demás estancias principales. Si no era para limpiar o para arreglar algo, mis

empleados nunca venían hacia mi zona a no ser que los llamase yo; mejor así. Si había comprado esta vivienda en el Upper East Side había sido, justamente, porque la distribución me ofrecía más privacidad que los áticos y las casas adosadas de arenisca que tanto les gustaban a los demás.

Entré en el despacho dispuesto a ponerme manos a la obra con tareas del trabajo que había ido dejando de lado porque había estado obsesivamente entretenido con la despedida de soltero. Sin embargo, en cuanto puse un pie dentro, se me erizó la piel.

Algo no iba bien.

O, para ser más exactos: ahí dentro había alguien.

Aquel sexto sentido que en tantas ocasiones me había ayudado a sobrevivir a lo largo de los años se activó antes incluso de que me fijase en la sombra que se reflejaba en la pared o en que la silla estaba del revés.

Cuando el intruso se giró sentado en *mi* puta silla para mirarme, yo ya lo estaba apuntando con el arma.

Se hundió todavía más en mi butaca de cuero marrón y sonrió engreído.

—Con qué poca educación saludas a tus invitados.

Preparé el arma, listo para disparar.

—Puedes pegarme un tiro —dijo con tono aburrido— o puedes descubrir por qué me he arriesgado a colarme en tu casa.

—Prefiero la primera opción —gruñí.

Odiaba malgastar palabras en un muerto viviente, pero no pensaba bajar el arma ni por asomo. En este caso, la única forma viable para comunicarme era hablando.

—Anda, conque hablas. —Sonrió sin humor alguno—. Sé que sabes quién soy, o sea, que también sabes que tenemos un mismo interés en común: La Hermandad. Como te he dicho, puedes

pegarme un tiro o puedes escuchar lo que he venido a decirte. Me da a mí que vas a encontrar las respuestas a varias preguntas que te habrás estado haciendo últimamente. —Levantó las manos despacio —. Nada de armas. Solo quiero hablar.

Encorvé el dedo. Me sentí tentado de apretar el gatillo y pegarle un tiro sí o sí; a la mierda con La Hermandad. Joder, igual este tío había venido solo a distraerme. Podría tener a otros miembros de la organización por casa ahora mismo, asaltando los pasillos y aterrorizando a mi personal mientras yo estoy ocupado aquí.

Puesto que no había saltado absolutamente ninguna alarma, era poco probable, pero no imposible.

Que el tío hubiese conseguido colarse en mi casa sin problema era una mala señal de cojones, pero ya me ocuparía de aquella cuestión de seguridad luego. Ahora tenía algo más apremiante entre manos.

Se me quedó mirando, impávido.

«Cabrón». El chaval tenía ventaja y lo sabía. Ahora mismo, él era la única persona que yo había relacionado con La Hermandad, de modo que no merecía la pena volarle la cabeza porque, con él, también moriría toda la información que pudiera darme.

Bajé la pistola mínimamente y le hice un gesto para que empezara a hablar.

—Ya decía yo... —Roman Davenport se inclinó hacia delante y le centellearon los ojos bajo la tenue luz de la tarde—. Antes de que entremos en detalles, tengo una oferta para ti.

20

Ayana



—¡Corten! —Wentworth bajó la cámara y arrugó la frente—. Ayana, reina, no estás con-cen-tra-da. ¿Dónde está la chispa? ¿Dónde está la pasión? ¿Dónde está ese *gancho* que te convirtió en Modelo del Año, eh? No lo veo, cielo.

Deja ya de llamarme *reina* y *cielo*.

Me mordí la lengua por no soltar aquella respuesta mordaz. Como no me comportase con suma profesionalidad, me tacharían de modelo «complicada».

Además, por más que detestara reconocerlo, él tenía razón. Mi cabeza estaba en otra parte. Llevábamos dos horas trabajando en la campaña para ropa vaquera de Sage Studios y todavía no habíamos clavado ninguna foto. No me costaba tanto centrarme en un encargo desde aquella vez en que me dio una intoxicación alimentara en Milán y vomité encima de un vestido de gala de diez mil dólares.

—Lo siento. —Me obligué a sonreír—. Ya estoy lista. Me centro.

Wentworth se me quedó mirando un segundo más antes de suspirar con exageración y decidir:

—No. Vamos a parar todos cinco minutos. Que te dé el aire; ve al maldito baño y espabila... Me da igual. Pero, cuando volvamos al set, necesito que todo el mundo lo dé todo, ¿ha quedado claro? ¡Venga! —Chasqueó los dedos—. ¡Andando!

Los asistentes, estilistas, maquilladores y peluqueros se dispersaron. La cháchara del personal fue llenando el estudio y ciertas personas me miraron con compasión mientras yo iba hacia la ventana que más cerca me quedaba.

La abrí solo un par de centímetros y tomé una profunda bocanada del fresco aire de septiembre. Desde que me había tomado aquel *smoothie* verde para desayunar, no había vuelto a comer nada más y estaba un poco mareada, tanto por el hambre como por el estrés. Las órdenes y ladridos que iba soltando Wentworth de fondo no ayudaban. Dios, cuánto detestaba a ese hombre.

De momento, su comportamiento había sido pura formalidad, pero su simple presencia me asqueaba. Había visto y oído demasiadas cosas como para estar plenamente cómoda a su alrededor, por más que estuviésemos rodeados de gente.

«Ojalá Vuk estuviese aquí». Aquel pensamiento me vino a la mente sin previo aviso. Vuk no tenía nada que ver con el mundo de la moda; sin embargo, por más intimidante y exasperante que fuera, hacía que me sintiese a salvo. Estaba convencida de que, si mañana llegara el apocalipsis, Vuk tendría clarísimo qué hacer para que nos salváramos. Así de habilidoso era este hombre.

Por desgracia, también era la razón por la cual yo estaba saboteando la sesión de fotos.

Hacía casi una semana que Vuk me había dejado plantada en medio de la calle después de que intentara besarlo. Cuanto más

pensaba en ello, más se me comían viva la vergüenza y la culpabilidad; aun así, era incapaz de dejar de darle vueltas al tema.

Por cómo me había mirado, por cómo me había agarrado por la cadera y por las ásperas palabras que me había susurrado al oído...

No entendí lo que me dijo, pero daba igual. Al acordarme de todo eso, me estremecía. Siempre, joder.

El maquillador se me acercó.

—Retomamos la sesión en un minuto. Deja que te arregle un segundo el maquillaje.

—Claro. —Tragué saliva para deshacerme del tumulto que sentía por dentro y cerré la ventana—. Gracias.

Mientras me retocaban el peinado y el maquillaje, mi mente se fue volando al fin de semana anterior.

No había vuelto a ver a Vuk ni a hablar con él desde entonces y estaba empezando a cuestionarme si no me habría traicionado el instinto. A lo mejor Vuk no sentía atracción alguna hacia mí. A lo mejor el alcohol me había jugado una mala pasada y habían sido todo imaginaciones mías.

De ser el caso, a Vuk seguramente le habría asqueado mi desfachatez y me vería como alguien que había intentado engañar a su prometido semanas antes de la boda.

De no ser el caso y suponiendo que realmente sintiese alguna especie de atracción hacia mí... Bueno, tampoco es que cambiara nada, ¿no? A no ser que Vuk estuviera dispuesto a poner en riesgo una amistad de trece años por un instante de gratificación momentánea.

Gruñí por lo bajo. Borracha, todo era mucho más fácil.

Peluqueros y maquilladores concluyeron los retoques y yo me coloqué otra vez delante de la cámara.

Wentworth me estudió de arriba abajo.

—Preciosa —comentó deteniendo la mirada un pelín demasiado en mi pecho y mis piernas—, pero no basta. Enséñame esa chispa que tiene la famosa Ayana Kidane.

Cuanto antes terminara, antes podría marcharme, así que aparté mi desazón y todos los pensamientos sobre Vuk y la boda a un lado.

Si había podido hacer una sesión de fotos de invierno en Islandia, con un vestido de gala de espalda abierta y unos *stilettos* puestos mientras tenía la regla, podía con esto.

Tomé una profunda bocanada de aire y dejé que el resto de la sala desapareciera hasta que solo quedamos yo, la cámara y aquel rítmico clic cada vez que la disparaban. Puede que el resto de mi vida fuese un desastre absoluto, pero ¿esto? Esto era lo que mejor se me daba.

Me pasé las próximas horas posando, improvisando e ignorando la creciente energía de la sala. No tenía que pensar; solo tenía que dejar que mi cuerpo fuese acomodándose a una posición u otra de forma natural.

De fondo sonaba una música electrónica francesa y, de vez en cuando, a esta se le superponía la voz de Wentworth, que exclamaba: «¡Maravillosa!» o «¡Perfecta!». Fuimos haciendo alguna que otra pausa para unos cuantos retoques y ajustes de vestuario adicionales, pero la sesión de fotos avanzó sin más contratiempos y terminamos antes del atardecer.

—Bien hecho, equipo —dijo Wentworth cuando hubimos terminado—. Será una campaña sensacional.

Me cambié y miré el móvil mientras los demás profesionales iban guardándolo todo. Tenía mensajes de mi familia y de Indira (que me preguntaba, ootra vez, si podía montarle una cita con Vuk); no obstante, de Vuk no tenía ningún mensaje... Lo cual era lógico, si consideramos que yo nunca le había dado mi número.

Pero me sentí decepcionada igualmente.

—Un trabajo fantástico, cielo. Ya sabía yo que podías hacerlo.

Al oír la voz de Wentworth, me sobresalté. Levanté la cabeza de repente y me encontré con su cara a centímetros de la mía. Si no le pegué una patada en los cojones fue porque me contuve con todas mis fuerzas.

—Ha costado arrancar, pero ha salido bien, ¿eh? —Sonrió, pero aquel gesto surtió el efecto contrario que él esperaba.

Desde un punto de vista objetivo, Wentworth tenía una aspecto decente. De pelo moreno y grueso, ojos marrones y unos rasgos muy masculinos, debería de tener cuarenta y poco años. No era el tipo de hombre a quien le costaría encontrar a una compañera... hasta que dicha compañera lo conociese mejor.

Todo el atractivo que pudiese tener se lo cargaban de inmediato su arrogancia y aquella sordidez generalizada.

—Sí. —Fui retrocediendo poco a poco, con discreción—. Me alegro de que hayamos conseguido las fotos.

Miré a mi alrededor y reparé en que se había marchado todo el mundo. Me pegué la bronca mentalmente por no haberme marchado nada más terminar la sesión; no había modelo en el mundo que quisiera quedarse a solas con Wentworth.

—Deberíamos celebrarlo. —Volvió a acortar la distancia que nos separaba. Ahora que no había nadie más por allí, ya no parecía tan preocupado por mostrarse profesional—. Mi apartamento no queda lejos. Puedo pedir comida. Champán. Otras cositas... —Aquellas últimas dos palabras supuraban insinuación.

Se me erizó todavía más la piel.

—No, gracias. —Di otro paso más hacia atrás, pero la pared que quedaba a mi espalda me impidió seguir reculando—. Tengo que estar en otro sitio en breve. De hecho, debería...

—¿Ah, sí? —Wentworth arqueó las cejas—. Hank me ha dicho que esta era tu última sesión del día.

«*Mecagüen*... Maldito Hank».

Había estado sorprendentemente callado desde que se presentó en mi casa sin avisar. De normal, ya me habría llamado unas cuatro veces, como mínimo, para asegurarse de que todo iba bien, pero no había dado señales de vida.

Tal vez sabía que yo sospechaba que me estuviera espiando. Tal y como me prometió, Vuk envió a su equipo para que peinaran mi apartamento y los dispositivos electrónicos en busca de algún micrófono a principios de aquella misma semana. Encontraron uno en mi teléfono y otro en el bolígrafo con el logo de Beaumont que llevaba conmigo a todas partes. No pudieron demostrar que fuese cosa de Hank, pero yo ya sabía que sí.

El equipo de Vuk se deshizo de los micros y me dejó un escáner para que pudiese revisar los dispositivos «indetectables» por mi cuenta. Aquella repentina falta de información habría hecho que le saltaran las alarmas a Hank, pero es que llevaba sin decir nada incluso desde antes.

Todavía no quería confrontarlo con el tema de la vigilancia. No tenía demasiado claro a qué estaba esperando, pero sabía que no era el momento adecuado.

Sin embargo, ahora tenía que ocuparme de otro capullo del sector.

—Es que no es por trabajo. Tengo... un tratamiento facial —mentí.

Me subí un poco más la tira del bolso por el hombro y desvié la vista hacia la puerta. No quedaba demasiado lejos, pero Wentworth me bloqueó el paso e impidió que pudiese ir directa.

—Me he enterado de que te vas a casar en un mes o así. —Se me acercó tanto que casi me ahogo con el insoportable aroma de su colonia.

—Sí —respondí con una prieta sonrisa—. Ahora, si me disculpa...

—¿Por eso estabas tan distraída? Sinceramente, esperaba más de ti. —Wentworth sacudió la cabeza—. Es una cuestión de profesionalidad.

Me cabreé, pero no caí en su trampa. Me negaba a darle el más mínimo juego.

—Se rumorean un montón de cosas acerca de la boda —dijo con tranquilidad—. Como que, en realidad, si habéis avanzado la ceremonia religiosa ha sido por un escándalo y no por el estado de salud de Orla Ford. Por un embarazo, vaya; para no tener un hijo fuera del matrimonio... Cosas de esas.

—Pues quien vaya contando esas cosas se equivoca —respondí seca y demasiado irritada como para seguir fingiendo—. Como he dicho ya, tengo un tratamiento facial dentro de nada; de verdad que debo irme.

Intenté pasar por su lado, pero él fue más rápido y volvió a bloquearme el paso.

—También se comentan otras cosas —soltó—. Como que tú y tu prometido ni siquiera os acostáis. Debe de ser complicado. En una pareja, las relaciones también son importantes. —Me tocó el brazo y noté su aliento en la cara.

Wentworth tenía las pupilas del tamaño de una moneda.

«Va drogado». Al darme cuenta, me quedé petrificada. No tenía ni idea de qué se había tomado al terminar la sesión de fotos, pero resultaba evidente que Wentworth iba colocado hasta las cejas.

En cuanto se movió con la misma rapidez que un relámpago, el miedo se adueñó de mí. Cuando quise reaccionar, ya era demasiado tarde.

Wentworth ya había encajado la boca contra la mía. Tenía las manos apoyadas en la pared, justo por encima de mi cabeza para

dejarme atrapada, y estaba recorriéndome la comisura de los labios con la lengua.

Aquel repentino cambio me dejó tan anonada que fui incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarme ahí quieta, inmóvil, mientras Wentworth Holt me besaba sin consentimiento alguno.

Debería haberlo apartado de un empujón. Gritar, chillar, lo que fuera. Sin embargo, había una parte de mi cerebro que no podía procesar lo que estaba ocurriendo.

Habíamos oído algunas historias y habíamos visto alguna que otra cosa, pero todas vivíamos con la pequeña aunque firme certeza de que íbamos a ser la excepción. De que lo que les pasaba a las demás no podía pasarnos a nosotras. De que el desastre, a pesar de ser una posibilidad, era poco probable.

Así que por más que me preocupara tener que hacer sesiones de fotos con él y por más incómoda que me sintiera, jamás llegué a pensar que este hombre realmente tendría la osadía de hacerme algo así a mí.

Wentworth se tomó mi falta de reacción como si acabara de darle luz verde. Me besó con más ahínco y bajó una de las manos de la pared para acariciarme el hombro.

Al notar su palma en mi piel desnuda, el *shock* me sacó de aquel trance.

Me dio un vuelco el estómago y una rabia repentina anuló todas las demás emociones. En ese instante, poco me importaron mi trabajo o mi reputación. Los hombres como Wentworth Holt llevaban demasiado tiempo aprovechándose de los demás y yo ya estaba *harta* del tema.

Lo aparté de un empujón y le pegué una bofetada. El ruido del golpe que le di hizo eco por todo el estudio, ya vacío.

—No me *toques* —le dije.

El corazón me latía con una fuerza descomunal. Noté algo pegajoso y agrio en la lengua y el ruido de las luces me recordó al zumbido de las abejas.

En comparación con las otras modelos, de momento, yo había tenido «suerte» con los cretinos como Wentworth. Había sido sujeto de miradas y comentarios sugerentes y había tenido que apechugar con que alguien tuviese la mano demasiado suelta en alguna que otra ocasión; aun así, nadie se había atrevido a ser tan descarado. Hasta ahora.

Wentworth esbozó una fea mueca. No estaba acostumbrado a que le dijeran que no y aquel rechazo, junto con las drogas que se hubiese tomado, lo convirtieron en una versión todavía más monstruosa de sí mismo.

Volvió a abalanzarse sobre mí. Traté de esquivarlo, pero disponía de más bien poco espacio y él tenía una fuerza sobrehumana (cortesía de las drogas).

Me agarró con fuerza por los brazos y me empotró contra la pared. Grité y la ira volvió a apoderarse de mí.

Tenía hambre y estaba agotada porque me había pasado el día posando, pero ese hombre estaba equivocado de cojones si pensaba que iba a dejarle que me hiciera lo que se le antojara sin tan siquiera defenderme.

Cuando Wentworth intentó besarme de nuevo, auné todas mis fuerzas y le pegué un cabezazo. El escalofriante ruido de huesos al chocar se mezcló con su gruñido de dolor.

Empezó a salirle sangre a borbotones de la nariz y me manchó la piel en cuanto lo eché a un lado y fui hacia la puerta como buenamente pude.

—¡Serás zorra! —Me agarró por el brazo al pasar. Como le resbalaba la mano porque la tenía ensangrentada, pude zafarme de

él con solo girar el brazo.

No le di tiempo de intentar acorralarme de nuevo; ni siquiera pensé. Actué por puro instinto y levanté la rodilla para pegarle una buena patada en la ingle con todas mis fuerzas.

Wentworth soltó un agudo gruñido y se dobló de dolor. Por si acaso no había conseguido incapacitarlo ya con eso, le pegué con el bolso en toda la cara. Había cogido el mismo bolso de mis sesiones de fotos, de modo que estaba atiborrado de maquillaje, productos de tamaño de viaje para el pelo, una botella de agua, una agenda, el cargador del móvil, tentempiés, un par de tacones de repuesto y mil cosas más que llevaba encima por si había alguna emergencia.

Con esto vengo a decir que el bolso pesaba a más no poder y, cuando chocó con la cara de Wentworth, el golpe que emitió fue enormemente gratificante.

No esperé a ver si lo había dejado KO del todo o si solo había conseguido ganar algo de tiempo.

Me giré y salí por patas. Estábamos en la sexta planta, pero decidí bajar por la escalera en lugar de pillar el ascensor porque necesitaba moverme, tenía que seguir moviéndome sí o sí por si Wentworth me alcanzaba y me hacía pagar.

Cuando llegué al vestíbulo y salí fuera, en pleno centro de Chelsea, me ardían los pulmones.

Al verme salir tan cansada y manchada de sangre, una pareja que pasaba por ahí ahogó un grito; sin embargo, como estábamos en Nueva York, no me dijeron nada. Ignoré a los demás viandantes que me miraron boquiabiertos mientras yo me alejaba a toda prisa del estudio. Fui cruzando calle tras calle y pasé de una a la otra en un sinfín de zigzags hasta que hube perdido el sentido de la orientación.

Al final, me detuve en una esquina, al lado de unas oficinas del banco Chase. Me dolían los gemelos de lo rápido que había

caminado y, cuando se me nubló la vista, me di cuenta de que tenía las mejillas húmedas.

Y el pecho agitado de sollozar en silencio. Intenté secarme las lágrimas, pero no podía parar de llorar. Al final, me rendí.

Me dejé caer contra la pared. El estímulo de adrenalina que había sentido antes desapareció y noté que me pesaban tanto las extremidades que a duras penas podía aguantarme de pie.

Llevaba meses con el piloto automático puesto y sin pilas, pero aquel incidente con Wentworth me había acabado de arrebatar la poca energía que me quedaba.

Permanecí con la vista al frente y el mundo se redujo a un borroso montón de gente y tráfico.

Si fuese un día como cualquier otro, con la agenda apretadísima y un montón de cosas con las que distraerme sin tener que estrujarme los sesos, podría convencerme de que no pasaba nada. No obstante, cuando estaba sola conmigo misma y vulnerable, no podía seguir negando aquello que tanto me costaba reconocer: estaba agotada. Física, mental y emocionalmente.

Mi vida era un caos y lo único que conseguía cada vez que intentaba retomar el control era alejarme más y más. Primero, el contrato que firmé con Beaumont para que mi familia no tuviese que arrastrar un lastre financiero. Luego, aceptar casarme con Jordan para poder deshacerme del contrato en cuestión. Y ahora, mis sentimientos hacia Vuk y lo que acababa de ocurrir con Wentworth. Estaba convencida de que el hombre intentaría tergiversar la situación y dejarme como la mala de la historia.

La migraña empezó a apoderarse de mí.

Podía ir a una comisaría y denunciarlo. Podía llamar a Sloane. Podía ponerme a pensar qué diría cuando mi agencia me echara las

culpas por haber «atacado» a Wentworth cuando, en realidad, había actuado en defensa propia.

Hacía tiempo que había abierto los ojos y sabía que Beaumont no estaba de mi parte. Para ellos, las modelos quedábamos en el peldaño más bajo de toda la jerarquía porque teníamos reemplazos a montones.

Siempre habría, en algún lugar del mundo, una chica joven y guapa, con una mirada centelleante y el sueño de hacerse famosa y rica (o, como mínimo, de encontrar la forma de traer comida a casa).

Así que no: Beaumont nunca se pondría de mi parte cuando descubriesen lo ocurrido (cosa que era inevitable). Lo mantendrían en secreto y encontrarían la forma de apaciguar a Wentworth.

Me volví a pasar el dorso de la mano por la cara, enfadada. La parte racional de mi ser sabía que tenía que levantarme antes de que alguien me sacara una foto llorando y la subiera a internet.

Había ido adquiriendo renombre pero, por suerte, no era lo suficientemente famosa como para tener a una pila de *paparazzi* siguiéndome a todas horas. Aunque eso no impedía que algún peatón me sacase alguna foto furtiva.

Tomé una profunda bocanada de aire para tranquilizarme e intenté pensar. ¿Qué debería hacer ahora?

No quería irme a casa y encerrarme sola en mi apartamento; quería estar con alguien en quien confiara. Aunque, pensándolo bien, ¿con quién podía contar?

Desde un punto de vista práctico, la opción más evidente era Jordan, pero ahora no quería algo práctico. Quería apoyo emocional y, en estos casos, la primera persona a quien recurrir no era Jordan.

Kim estaba trabajando e Indira quedaba clarísimamente descartada: entendería la situación, pero era una persona

demasiado cercana al sector. Sloane sería demasiado lógica y mi familia se subiría por las paredes como se enterase de lo ocurrido. Mi padre seguramente vendría y mataría a Wentworth con sus propias manos. No quería sumarles esa carga emocional; bastante tenían ya con el trabajo y con organizar el convite de mi boda.

Al final, aquel mar de lágrimas se convirtió en un simple goteo.

Para ser sincera, solo quería ver a una persona. Lo cual no tenía sentido alguno, pero es que, en mi vida, pocas cosas lo tenían.

Así pues, antes de que pudiese autoconvencerme de hacer otra cosa, fui directa hacia la estación de metro que más cerca me quedaba y pillé un tren hacia las afueras de la ciudad para ir en busca del hombre más peligroso que conocía.

21

Vuk



—Tengo una oferta para ti.

Las palabras de Roman se quedaron suspendidas en el aire. Se recostó detrás de mi escritorio con aire más bien despreocupado pero, a juzgar por su afilada mirada, mi respuesta le importaba más de lo que quería demostrar.

—Quiero cargarme a La Hermandad —confesó—. Y quiero que me ayudes.

Volví a levantar el arma.

—Ya, ya lo sé. Debes de estar preguntándote por qué ibas tú a ayudarme. —En el caso de que a Roman le inquietase tener el cañón de una Glock apuntándole directamente, no se le notó—. Quien le prendió fuego a La Bóveda fui yo. Y casi te mato. Así que entiendo que estés un poco...

Se oyó un disparo.

La bala pasó por su lado y acabó encastrada contra la pared. Una advertencia. Una que lo rozó tan de cerca que, a causa de la rapidez y la cercanía con que había salido disparada, le movió muy pero que muy sutilmente el pelo.

Roman guardó silencio un segundo.

—Enfadado —terminó la frase con frialdad—. No fue nada personal. Tenía una deuda con los de La Hermandad y la saldé. Si no lo hubiese hecho, tanto tú como yo sabemos lo que me habría pasado.

Apreté los labios. Por desgracia, sabía de buena mano qué pasaba si le debías algo a La Hermandad. Aun así, eso no cambiaba el hecho de que el muy cabrón se había aprovechado de mi mayor debilidad para intentar ma-tar-me.

La sangre empezó a hervirme a más no poder. Quería tirar la pistola a un lado, coger mi navaja favorita y pintar las paredes con su sangre.

Mis instintos más viles me pedían que lo hiciera pero, al final, ganó la racionalidad.

No mataría a Roman. De momento.

—Iré directo al grano. Cuanto más tiempo me quede aquí, más probable es que descubran que me he puesto en contacto contigo. —Paseó la vista por mi despacho como si los mismísimos miembros de la organización estuviesen escondidos entre las sombras—. La Hermandad me quiere muerto. Muertísimo.

«No me jodas. Dime algo que no sepa».

Mi silencio se encargó de evidenciar mi inexpresivo descontento.

—No es por lo que crees. La organización está en guerra. Gallo murió el año pasado. Su discípulo Shepherd asumió el cargo, pero algunos miembros se opusieron firmemente a que él fuese el líder.

La organización se dividió en dos y ahora cada bando está peleándose para hacerse con el control. En lugar de matarse entre sí, que iría claramente en detrimento del bienestar y la longevidad general de La Hermandad, han estipulado un premio y el ganador se hace con todo. —Roman inclinó la cabeza—. Tú.

Aquella revelación me atravesó la piel como si de la hoja de una cuchilla se tratara.

No dijo nada más, pero la información que faltaba podía completarla yo solo.

Para La Hermandad, yo llevaba años siendo una piedra en el zapato. Porque me escapé. Para ellos, yo era un recuerdo (uno vivito y coleando) de que habían fallado.

La Hermandad era el grupo de asesinos a sueldo y sicarios más elitista del mundo. Y, en sus cien años de historia, la única persona que se había enfrentado a ellos a la cara y los había ganado era yo.

Si me mataban, restaurarían su honor. Y lo que era más importante aún: el grupo que ganara habría demostrado poseer las cualidades que más valoraba La Hermandad. Fuerza. Técnica. Poder.

—Yo me uní a Shepherd. Por eso de que más vale malo conocido que bueno por conocer y tal. Me encargó que te matara y que hiciera que pareciese un accidente. Puede que fracasara a propósito en el intento, pero resultó ser lo bastante convincente como para que no sospecharan de que estuviese jugando a dos bandos.

—¿Por qué?

Lo suyo habría sido que se me quitara de en medio y así caerle en gracia a Shepherd. Aunque, claro: si La Hermandad estaba en guerra, eso de caerle bien no importaba una mierda como ganase el otro bando.

Eso teniendo en cuenta que Roman estuviese diciéndome la verdad. Como no tenía forma de verificar lo que me estaba contando

en el acto, tuve que asumir que estaba siendo sincero hasta que pudiese cotejar su historia. Con detenimiento.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. —Se encogió de hombros—. Yo ya no le juro lealtad a ningún bando. Quiero quitármelos de encima, pero no puedo cargármelos solo. Por eso necesito tu ayuda.

Esperé.

—Te pasaré toda la información que tenga y tú me das dinero y recursos —me contó—. Habría esperado a que me encontrases tú antes, pero las circunstancias han cambiado y tus hombres ya estaban tardando demasiado. Así que les dejé una pista en el taller para acelerar el ritmo. —Roman volvió a pasear la vista por mi despacho. O era un actor digno de un Óscar o le preocupaba de verdad que los de La Hermandad pudiesen encontrarlo aquí—. Después de cierto desliz, todavía no he recuperado la confianza de la organización al cien por cien. Me vigilan de cerca y no podía arriesgarme a ponerme en contacto directo contigo hasta tenerlos a ellos... distraídos.

—Por lo visto, tienen razones para no confiar en ti. —Eso estaba más claro que el agua. Primera norma para sobrevivir: no confíes en alguien que juega a dos bandos; si han sido capaces de traicionar a quienes antes juraban lealtad, podrían traicionarte a ti luego. Sin embargo, en el caso de que los de La Hermandad estuvieran al tanto de su paradero...—. ¿A quién te referías con ese «ellos» en la nota?

«Encuéntrame antes de que lo hagan ellos».

A Roman se le ensombreció la expresión.

—A alguien con quien me topé mientras me escondía de La Hermandad.

Aquellas palabras ocultaban secretos a montones.

Me apostaba la empresa entera que ese «cierto desliz» que había mencionado antes era la divulgación del contrato de Sunfolk y que por eso había estado escondiéndose de los miembros de La Hermandad. ¿Por qué había vuelto a salir a la luz y con quién se había topado? ¿Quién tenía tanto poder como para incomodar a un asesino experto?

Eran todas preguntas la mar de intrigantes, pero ahora mismo no podía perder el tiempo encontrándoles la respuesta. Hasta que no me asegurara de que lo que me había contado era cierto, no iba a complicar más las cosas.

—Si te cargas a los líderes de ambos bandos, te convertirás, *de facto*, en el nuevo líder de La Hermandad. Mira tú qué oportuno.

Roman había dicho que quería quitárselos de encima, no que quisiera largarse de la organización. Punto.

La organización seguía unas normas típicas de la vieja usanza. Los más fuertes eran los que estaban en la cima. Y los miembros tenían que acatar sus órdenes y las de nadie más.

Si Roman mataba a Shepherd y al líder del otro bando, se convertiría en el más fuerte y asumiría el liderazgo de La Hermandad a no ser que alguien lo desafiara.

—Eres listo. He hecho bien en venir a buscarte. —Sonrió genuinamente—. Sí, tengo razones sumamente egoístas para convertirme en líder; pero a ti también te beneficiaría. Cuando asuma el mandato, la animadversión que existe ahora entre tú y La Hermandad desaparecerá. Para siempre. Me aseguraré de ello.

—¿Y esperas que te crea?

—Claro que no. Pero mi palabra ya es más que nada. —Roman señaló con la cabeza el arma que tenía yo entre las manos—. La tregua te duró porque La Hermandad te tenía miedo. Por desgracia, ahora, ese mismo miedo te ha convertido en su principal objetivo. Si

todavía no te han atacado es solo por ciertas... circunstancias que se han dado ahora que están en guerra. Distracciones. Cuando las resuelvan, volverán a ir a por ti.

—¿Qué circunstancias?

Rio por lo bajo.

—Buen intento. Bastante te he contado ya. Si quieres saber más, vas a tener que darme algo a cambio. —Roman me estudió con la mirada—. Te has quedado sin las fuentes que tenías antes en La Hermandad. Ahora, esas personas o están muertas o se han jubilado. Soy el único vínculo activo que tienes con la organización y soy la única persona que puede decirte cuándo tienen pensado volver a atacar; al menos, el bando de Shepherd, aunque estoy seguro de que puedo infiltrarme también en el otro.

Habló con cautela, asegurándose de no decir el nombre de ningún miembro del otro bando. ¿Me estaba ocultando información o aquello revelaba su idiotez?

Despacio, fui analizando las opciones que tenía.

Si Roman me estaba mintiendo y yo accedía a ayudarle, podría llevarme directo a su trampa. De todos modos, había conseguido colarse en mi casa sin problema. En el caso de que estuviese aliado con La Hermandad, a estas alturas, ya me habrían atacado. No lo veía alargándolo todo porque sí; a no ser, claro está, que quisieran montar un espectáculo en el proceso, humillándome primero para demostrar lo ingenuo que había sido al creerme la trola de Roman y, luego, torturarme. Era poco probable, pero no imposible.

Si Roman estaba diciendo la verdad, esta era la mejor alternativa que me quedaba para sobrevivir. Desde que había descubierto que La Hermandad estaba detrás del incendio, había ido jugando a la defensiva porque no me había quedado más remedio; estaba actuando a ciegas.

En cuanto a las consecuencias que acarrearía que Roman acabara haciéndose con el mandato de la organización... de ese problema ya me ocuparía más adelante.

—Bueno. —Me miró fijamente a los ojos—. ¿Hay acuerdo?

Puede que me hubiese quedado sin las fuentes que tenía antes en La Hermandad; sin embargo, si sabía dónde buscar (y lo sabía), podría corroborar si la organización estaba realmente atravesando una guerra civil.

Tendría que verificar una y otra vez absolutamente todas las palabras que salieran de la boca de Roman, pero, hasta entonces...

Apreté el gatillo.

No tuvo tiempo de salir corriendo. Se le sacudió el cuerpo entero del impacto y, cuando la bala le atravesó el hombro, siseó con fuerza. La sangre empezó a brotarle por la parte delantera de la camisa y me manchó el reposabrazos de cuero.

«Joder». Era mi silla favorita.

Roman me fulminó con la mirada, pálido a causa del dolor. Aun así, no gritó. Punto extra para él.

—Podría haberte disparado en el corazón —señalé—. Ya te diré algo sobre la oferta. Ahora, lárgate de mi puta casa antes de que cambie de opinión.

22

Ayana



La mansión de Vuk se parecía a su dueño: era grande, imponente y silenciosa a más no poder.

Era una de las pocas propiedades en Manhattan con el espacio suficiente para tener un jardín en la parte delantera y otro detrás, ambos escondidos tras unas enormes puertas de hierro.

Había venido ya una vez con Jordan. Me había intimidado tantísimo la enorme y para nada acogedora fachada del lugar que me pasé la cena entera en tensión. Aquel delicioso asado *gourmet* casero me supo a cartón piedra.

De eso hacía un año.

Ahora, ver aquellas puertas me hizo sentir aliviada. Quería perderme tras el amparo de esas gruesas paredes de piedra y de sus respectivos cerrojos. Quería esconderme en una burbuja donde no existiera el mundo exterior y donde hombres como Wentworth Holt no pudieran tocarme. Pero, sobre todo, quería ver a la única persona

que podría conseguir que me olvidara de lo ocurrido siquiera por un minuto.

Llamé al timbre de la entrada y esperé a que alguien respondiera. El sol ya se había puesto y la luz del atardecer bañaba la calle de un fresco y mullido tono azul.

A pesar de hallarme en uno de los barrios más seguros de Nueva York, prefería más estar dentro que fuera.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó una voz clara y con un ligero acento británico desde el otro lado del interfono.

—Hola. He venido a ver a Vuk Markovic —añadí neciamente, como si hubiese otro Vuk que pudiese vivir en estas mismas premisas—. Soy, eh... una amiga.

Tal vez eso de «amiga» era pasarse un poco, pero decir que era «la prometida de su amigo que había intentado besarlo después de que él casi la hubiese ahogado por error la noche de su despedida de soltera» no sonaba demasiado bien.

Además, dicho así... Hice una mueca. Mierda, estaba jodidísima.

—Ya veo. —La otra persona, por educada que fuera, no parecía impresionada lo más mínimo—. Me temo que, ahora mismo, el señor Markovic está ocupado, pero le diré que ha venido. ¿Cómo se llama?

—Ayana Kidane.

Tragué saliva para deshacerme de la bochornosa pesadez que notaba en la garganta. No iba a ponerme a llorar solo porque Vuk no pudiese recibirme habiéndome presentado yo en su casa sin previo aviso. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviese sentado aquí, esperando a que alguien viniese a verlo? Era el director ejecutivo de su empresa y el presidente del Valhalla. Tenía cosas más importantes que hacer.

Tras mi respuesta, se hizo un largo silencio.

Para sorpresa mía, las puertas se abrieron al cabo de un minuto y, acto seguido, desde el otro lado del interfono, dijeron con un tono

sutilmente más amable:

—Adelante, por favor.

No tenía ni idea de qué habría hecho cambiar de opinión al portero pero, como bien dicen: «A caballo regalado, no le mires el diente». Así pues, atravesé el jardín y anduve hacia la puerta principal.

Un hombre alto, de pelo blanco y vestido con un traje negro me recibió en las puertas de entrada. No recordaba haberlo visto durante mi última visita. Aunque, claro, en esa ocasión, nos recibió Vuk personalmente y los únicos miembros del servicio con quienes interactué fueron los sirvientes.

—Señorita Kidane, bienvenida —dijo—. Soy Jeremiah, el mayordomo. Por favor, acompáñeme. El señor Markovic la está esperado.

No hacía ni un minuto que me había dicho que entrase. ¿Cómo podía ser que ya lo hubiese avisado?

«Eso da igual». No había venido a ver cómo trabajaba el personal de Vuk.

Seguí a Jeremiah. Antes de venir, me había adecentado en los baños de unos grandes almacenes. De todos modos, no pude hacer nada para deshacerme de lo hinchados que tenía los ojos ni para quitarme la mancha que me había dejado la boca de Wentworth en los labios.

Me tambaleé un segundo al andar y esperé que Jeremiah no se diera cuenta del ligero temblor que tenía en la mano mientras me colocaba bien el bolso.

Cruzamos el vestíbulo y nos fuimos adentrando por la casa. Seguía tal y como la recordaba, con unas largas paredes de mármol alrededor de unas grandes salas dedicadas a todas las actividades habidas y por haber: una sala de billar, una sala de proyección, una

sala de estar, un comedor (yo seguía sin entender qué diferencia había entre esas dos últimas) y una sala que parecía que no tuviera ningún propósito en concreto más allá de servir como sala donde se exponían distintos instrumentos musicales.

Al cabo de unos buenos diez minutos, por fin nos detuvimos delante de la biblioteca. Las puertas estaban entreabiertas. Jeremiah me hizo un gesto con la mano, invitándome a pasar. Cuando entré, cerró las puertas tras de mí con un suave clic.

Esperé hasta que oí cómo se alejaban sus pasos y luego ya volví a respirar con normalidad. La última vez que estuve aquí con Jordan, Vuk no me hizo un *tour* de toda la casa, de modo que nunca había visto la biblioteca.

Era preciosa: estaba repleta de un sinfín de estanterías atiborradas de libros con cubiertas de cuero, había una moqueta color esmeralda tan gruesa que ni siquiera me oía los pasos al andar y unos ventanales gigantescos daban al jardín trasero.

Vuk estaba sentado a una de las mesas de madera de guayacán. Tenía el portátil encendido justo delante y la frente arrugada. Sin embargo, cuando me vio, se le relajó una pizca la expresión.

Cerró el ordenador abruptamente; paseó su vista por mi cara y luego se fijó en lo fuerte que estaba agarrándome al bolso. Se le intensificó la mirada.

—¿Qué ha pasado?

Abrí la boca. No me salió nada.

«Solo venía a saludar. Quería comentar algunas cosas de la boda. Quería hablar de lo del fin de semana pasado».

En el tren de camino aquí, había practicado decenas de excusas distintas. Había llegado a la conclusión de que sería mejor que no le contara lo ocurrido con Wentworth a Vuk porque, a decir verdad, me

daba un poco de miedo lo que pudiera hacer este último. No quería que se metiera en problemas.

Sin embargo, ahora que estaba aquí, todas las excusas que me había ido inventando murieron al alcanzar mi garganta. Y, para mi horrorizada sorpresa, fueron sustituidas por lágrimas.

Durante un breve segundo pensé que podría controlarlas, pero entonces se me escapó un sollozo y estallé.

Me vine abajo, se me hundieron los hombros y se me contrajo el estómago de la fuerza con la que estaba llorando. Las lágrimas de antes no eran nada en comparación con estas. Las había ido reprimiendo de forma inconsciente porque estaba en público; no obstante, ahora que estaba en un lugar seguro, me iban brotando a toda prisa.

El enfado, el asco, el miedo y la frustración y los nervios... Todas las emociones que había ido amontonando a lo largo del último año y pico fueron desfilando por aquella sala. No era solo por lo de Wentworth; era por absolutamente todo. Lo ocurrido con ese hombre simplemente había sido la gota que había colmado el vaso.

Traté de respirar para hacer llegar el oxígeno a los pulmones, pero no lo conseguí y el cuerpo se me agitaba más y más con cada temblor. Un escalofrío me recorrió la piel y sentí que me hundía en lo más profundo de mi angustia; tanto que ni siquiera me di cuenta de que Vuk se estaba acercando.

Me abrazó con sus fuertes brazos y me acercó a él. El instinto me llevó a hundirle la cara en el pecho, dejando que me consolaran su calidez y su delicado aroma, sutilmente ahumado. El corazón de Vuk latía a un ritmo constante bajo mi mejilla.

Pensaba que lo que me hacía sentir a salvo eran las paredes y las puertas que envolvían su casa, pero no era el caso. Era *él*.

Al cabo de unos cuantos minutos u horas o tal vez días, el llanto sucumbió hasta que las lágrimas fueron goteándome lentamente. Me aparté con los ojos hinchados y la garganta adolorida.

—Lo siento. —Sorbí por la nariz—. No quería entrar y ponerme a llorarte encima de esta forma. No he... Ni siquiera te he dicho hola.

—No pidas perdón.

A pesar de signar su respuesta con unos movimientos controlados, atisbé algo que no le había visto nunca en la mirada: pánico.

—Cuéntame qué ha pasado.

Tragué saliva. A pesar de mis previas convicciones, no quería mentirle. No al verlo tan preocupado y sintiéndome yo tan desesperada por poder confiar en alguien.

Suponiendo que Vuk hiciera algo, ¿qué era lo peor que podía hacer? ¿Algunas llamaditas para que la gente le pusiera la cruz y la raya a Wentworth o darle una paliza? Se lo merecía.

—Estaba en una sesión de fotos y el fotógrafo... —Me entró hipo —. Cuando se hubo marchado todo el mundo... Intentó... In... — Tuve que volver a empezar más de una vez, pero al final conseguí soltar las palabras.

Le conté a Vuk lo ocurrido, empezando por las insinuaciones de Wentworth al terminar la sesión y acabando por cómo me había escapado yo. Cuanto más le contaba, más y más quieto se iba quedando Vuk. Cuando hube acabado, él parecía una estatua; tenía una mirada tan fría y vacía que se me erizó la piel.

—Te ha tocado —dijo con un hilo de voz sin entonación ni emoción alguna. Era simplemente glacial.

Fue tan perturbador que no me paré a pensar en que era la tercera vez que me hablaba.

—No... Más allá de esto, no ha pasado nada. —No es que estuviera intentando defender al hombre en cuestión, pero es que la

espeluznante calma que transmitía Vuk me ponía más nerviosa que si se hubiese cabreado y le hubiese pegado un puñetazo a algo—. Estoy bien.

No era cierto. Físicamente, estaba bien, pero tenía la cabeza y las emociones aturulladísimas. Aunque me sentía muchísimo mejor que cuando había llegado.

Me preparé para un buen interrogatorio sobre los acontecimientos del día. Pero para sorpresa mía, dicho interrogatorio nunca llegó.

Vuk tecleó algo en el móvil y me guio hacia la mesa que nos quedaba más cerca. Me senté, confundida, hasta que un par de criados aparecieron al cabo de poco, bandejas de plata en mano. Las dejaron delante de mí y levantaron las cubiertas para revelar una humeante taza de té con un surtido de frutas y pastas y, por extraño que pareciera, un par de botes de manteca de cacahuete. Una cremosa y la otra con crocante.

—*Come.* —Cuando el personal se hubo ido, Vuk se sentó ante mí —. *Te sentirás mejor.*

Me rugió el estómago en señal de respuesta. En realidad, estaba muerta de hambre.

—¿Cómo lo sabías?

—Te has pasado el día entero en una sesión de fotos. Dudo que te hayan alimentado como es debido.

Noté cierta calidez en el estómago.

—¿Y lo de la mantequilla de cacahuete? —Era uno de mis placeres culpables.

—Lo mencionaste mientras dormías cuando estuvimos en California. He supuesto que te gustaría.

—¿Hablé de mantequilla de cacahuete en sueños? —pregunté mortificada—. ¿Qué...? Mátame.

A Vuk se le dibujó una discreta sonrisa en los labios. Desgarré un *croissant* y hundí los trozos de manzana en la mantequilla de cacahuete. A la mierda las calorías. Hoy pensaba comerme lo que se me antojara; ya me preocuparía luego.

Vuk no me preguntó nada más acerca de Wentworth, cosa que le agradecí. Me había quitado lo ocurrido de encima y valoré muchísimo el poder comer en silencio sin tener que seguir hablando de aquella experiencia traumática.

Esto era justo lo que necesitaba ahora mismo.

Le di un sorbo al té. Al notar el sabor, abrí los ojos como naranjas.

—Es casi idéntico al que te ofrecí en mi casa.

Vuk se encogió de hombros.

—Me gustó. Así que le pedí a alguien que hiciese uno que se le pareciera tanto como fuese posible.

—¿Cómo? Es la mezcla personal de mi madre. No me dice qué le pone ni siquiera a mí.

—Tengo mis métodos.

Cómo no.

—Qué guay —musité.

Si quería reponer provisiones de ese té, yo tendría que volver a Washington D. C.

La reconfortante familiaridad de la bebida hizo que la nostalgia se apoderara de mí. Ojalá estuviese en casa. Echaba de menos la sencillez de mi vida cuando era más joven; cuando no había nada que no pudiese solucionar con un abrazo o una de las bebidas calientes de mi madre.

Vuk volvió a sonreír, pero la frialdad de su mirada no desapareció en ningún momento. Seguía pensando en Wentworth.

Aun así, también había algo más cargando el aire. Me debatí entre si sacar el tema o no, pero en algún momento tendríamos que

hablarlo. Ya puestos, mejor que arrancase la tirita de golpe.

—Respecto al sábado... —dije con cautela—. No quería...

—El sábado no pasó nada.

Me sobresalté ante su lacónica respuesta. Vuk acababa de soltarlo sin dudar un segundo siquiera.

¿Estaría delirando yo? Lo de la calle, ¿habrían sido imaginaciones mías?

No. Tampoco me había emborrachado tanto. Había intentado besarlo, eso seguro, y tenía clarísimo que él me había frenado. No tenía ni la menor idea de qué significaba lo que me había dicho en serbio, pero la palabra que dijo antes la oí alto y claro: «Para».

Vuk estaba fingiendo que no había ocurrido nada para dejarme banda ancha y que pudiese hacer como si nada. Era lo mejor para los dos, sin duda.

Visto así, ¿a qué se debía tanta decepción?

Cambió de tema.

—¿Le has contado a alguien más lo que ha pasado con Wentworth?

—Todavía no. —Me sonrojé—. Has sido la primera persona a quien he acudido.

La manifiesta vulnerabilidad de mi confesión se quedó suspendida en el aire que nos separaba como si de las hojas arrancadas de un diario que se mecen con el viento se tratase.

A Vuk se le relajó muy discretamente la mirada.

—Tendré que hablar con Hank y con Sloane —me apresuré a añadir—. Total, con Hank también tendré que hablar pronto. Hace una semana que no sé nada de él.

Con expresión neutral, Vuk signó:

—¿En serio? Qué raro.

—Sí. —Me terminé el té y aparté la taza a un lado—. Gracias por la comida y por escucharme, pero debería irme. Bastante tiempo te he robado ya.

—¿Por qué no has acudido primero a Jordan?

Me quedé helada. Siendo lógicos, sí que debería de haber recurrido primero a mi prometido. Pero ¿cómo podía decirle a Vuk que a quien había querido ver era a él y no a Jordan?

—Se lo contaré luego —mentí—. Pero hoy, eh..., tenía una reunión de la Junta superimportante en el trabajo y no quería distraerlo.

Vuk entrecerró los ojos. Era una excusa de pacotilla pero, por suerte, no insistió más.

Cuando ya estaba levantándome de la silla, me preguntó otra cosa y volví a desplomarme en el asiento de inmediato:

—¿Estás enfadada?

—¿Qué?

—Por lo de Wentworth.

Apreté la mandíbula.

—Claro que estoy enfadada —respondí marcando bien la primera palabra—. Me ha agredido y no soy la primera modelo a quien acosa. Ojalá... —Guardé silencio un segundo y tomé una profunda bocanada de aire—. Da igual. El enfado no me llevará a ninguna parte. Tengo que ocuparme de todo esto siendo... siendo práctica. Aunque es posible que le haya roto la nariz. Y yo que me alegro.

Esperaba que no se acabase de recuperar nunca del todo y que el muy cabrón tuviese que ir por ahí con la nariz torcida hasta el fin de sus días. Con lo vanidoso que era, seguro que una nariz así lo mataba.

Vuk se levantó con brusquedad.

—Acompáñame. Tengo algo que igual te sirve.

El hecho de que no lo cuestionara evidenciaba ya lo mucho que confiaba en él.

La curiosidad hizo que se me acelerase el pulso mientras lo seguía hacia las afueras de la biblioteca y bajábamos a...

Pestañeé. No tenía demasiado claro qué era eso.

Aquel cuarto que tenía Vuk en el sótano era el doble de grande que mi apartamento, pero estaba vacío. Solo había una mesa en medio y cajas repletas de trastos. Al fondo de la sala, en una esquina, había un montón de botellas rotas y sus respectivos tapones, y un olor sutilmente agrio permeaba el aire. Me hizo pensar en el olor de una tostada quemada, pero con unas notas algo más ahumadas.

Vuk anduvo hacia un cofre negro y lo abrió. Me hizo un gesto con la mano para que me acercara.

Le hice caso. Eché una ojeada dentro, casi esperando encontrarme con algún cadáver o algo parecido. No obstante, lo que vi allí fueron un casco, un chaleco, unas gafas de protección y guantes.

Arrugué la frente.

—¿Qué...? —Enmudecí, miré a mi alrededor de nuevo y entonces lo asimilé—. Espera. ¿Tienes tu propia *rage room*?

Se encogió de hombros.

—A veces viene bien.

Había oído hablar de que existían locales donde iba la gente y pagaba para romper cosas; les servía para desestresarse y deshacerse de la rabia. Yo nunca había ido a ninguno, pero el concepto en sí siempre me había despertado cierta curiosidad. Era mejor que liarse a puñetazos con alguien en un bar o arremeter contra cualquiera que estuviese a mi alrededor, eso seguro.

Desvié la vista hacia las cajas de vajilla y electrodomésticos viejos que nos rodeaban. Mis padres me habían enseñado que había que valorar todo aquello que tenemos. Me estremecí con solo imaginarme rompiendo indiscriminadamente todos esos objetos... Hasta que reparé en una cámara antigua.

No era ni el mismo modelo ni de la misma marca que la de Wentworth. Ni siquiera era del mismo color. Aun así, me bastó con verla para volver al estudio, al horror que había sentido al notar sus manos en mi cuerpo y al poder que había querido imponer con su comportamiento.

La rabia de antes volvió a subir a la superficie, haciéndose cada vez mayor e hinchándome más y más por dentro hasta que pensé que iba a explotar.

Cogí la equipación y me la puse para protegerme. Me aseguré de atarme bien los mechones de pelo suelto antes de colocarme el casco para que no se me enredaran. Cuando hube terminado, Vuk me pasó un bate de béisbol y retrocedió sin decir nada.

Oí cómo cerraba la puerta.

Me quedé mirando la mesa, donde antes no había nada. Mientras yo me preparaba, Vuk había apilado varias cosas ahí encima. Había copas de vino, platos, un televisor y la maldita cámara. La oscura pantalla del televisor me devolvió el reflejo de mi temblorosa silueta.

¿Qué habría visto Wentworth al mirarme? Alguien de quien podía aprovecharse porque nuestro mundo giraba en torno a un sistema que lo favorecía a él. A otra chica más, de esas que callan y siguen mostrándose amables porque temen remover el avispero.

No las culpaba por no haberlo denunciado. El mundo era un lugar cruel para quienes se atrevían a alzar la voz.

Pero eso no significaba que estuviese bien.

Me acerqué a la mesa. El pulso me latía con fuerza. Vestida con la protección y bate en mano, ya no tenía unas pintas tan indefensas, por más que a menudo me sintiera así. Tenía pintas de ser alguien que contraatacaba.

Inhalé profundamente y golpeé la cámara con el bate con todas mis fuerzas. El objeto emitió un horrendo crujido al romperse.

No satisfecha aún, fui a por el televisor. Fui dándole con el bate una y otra y otra vez hasta que la pantalla quedó tan desmenuzada que a duras penas se distinguía el objeto que había sido antes. Acto seguido, di rienda suelta a mi frustración y rompí los platos, las botellas y los adornos de cerámica. Nada se salvó de mi rabia.

Sin embargo, la ira que sentía dentro permaneció allí, aferrándoseme desesperada en busca de una salida. El corazón me latía desbocado. Una pátina de sudor me cubría la piel y me dolían los músculos por la fuerza de mis golpes.

Aun así, yo continué bateándolo todo, disfrutando de la perversa satisfacción que suponía aquella lluvia de esquirlas de cristal y cerámica hasta que, al final, ¡por fin!, me quedé sin objetos por romper. Y ahí fue cuando paré.

El bate cayó al suelo. Apoyé las manos en la mesa sin quitarme los guantes y me incliné un poco con la respiración acelerada. Se me habían empañado las gafas y unas perlas de sudor me resbalaban por los laterales de la cara. Tenía los brazos tan adoloridos que incluso me costó levantarlos.

Aquello no era algo reconfortante. Era algo incluso mejor.

Era catártico.

23

Vuk



—Señor, no puede entrar ahí. ¡Señor! —El asistente en cuestión echó a correr tras de mí y sus relucientes mocasines chirriaron al entrar en contacto con los suelos de mármol.

Pasé de él al igual que había pasado también del resto de personal que me había mirado boquiabierto al entrar iracundo en las oficinas de Beaumont.

Llevaba todo el fin de semana esperando este momento y ya se me había agotado la paciencia.

Cuando Ayana salió de mi *rage room* improvisada, la llevé a casa en coche y me aseguré de que entrase en el apartamento y quedara a salvo, antes de idear mi plan.

Había tenido que contenerme a más no poder para no ir a por el puto Wentworth Holt esa misma noche y matarlo. Sin embargo,

primero tenía que hacer otra cosa. Además, actuar de forma impulsiva nunca traía nada bueno.

Me detuve en la esquina del despacho y entré sin llamar.

A Emmanuelle Beaumont no pareció sorprenderle mi llegada. Debían de haberla llamado desde recepción para advertirla.

—Vuk Markovic. —Le hizo un gesto con la mano a su asistente para que nos dejara a solas y, cuando cerré la puerta en los morros del chaval, vi que a ella le centelleaba la mirada, divertida—. Menuda sorpresa. ¿A qué se debe este honor?

Me senté frente a la mujer y la miré ecuánime.

Era objetivamente atractiva, pero yo ya había tratado con suficientes víboras a lo largo de la vida para reconocer a otra nada más verla.

Bajo su refinado exterior se escondía la sagaz mente de una persona perversa. Esa mujer había jugado limpio hasta llegar a la cima de su sector y la habría admirado por ello de no ser porque su naturaleza implacable había afectado a Ayana.

Fui directo al grano y le pasé un trozo de papel que ya traía escrito. En él solo había dos palabras:

Wentworth Holt.

—¿Qué le pasa? —preguntó en un tono monocorde y con expresión neutral.

Aunque Emmanuelle ya sabía qué había sucedido. Lo supe por la placidez que emanaba. Era el tipo de calma que desprenden quienes se esmeran en exceso por fingir que no saben de qué les están hablando.

A mi lado había un tarro de cerámica lleno de bolígrafos de los de toda la vida. Ignoré esos bolis y le arranqué un Montblanc personalizado de quinientos dólares de la mano.

Emmanuelle apretó los labios, pero tuvo dos dedos de frente y no dijo nada.

Escribí mi respuesta con unos garabatos negros bien precisos:

Abusó de Ayana al terminar la sesión del viernes.

Al escribir aquellas palabras, noté cómo volvía a arderme la sangre de la rabia que sentía. Solo los cobardes atacaban a aquellas personas que creían que no iban a defenderse. Wentworth sabía de cuánto poder gozaba y se aprovechaba de ello para tomarse unas libertades que no tenía derecho alguno a tomarse.

Eso era ser un cobarde, pero de los peores.

—Interesante —comentó Emmanuelle con expresión neutra otra vez—. Wentworth me ha llamado esta mañana gritándome y contándome que había sido Ayana quien lo había agredido a él. Hasta tiene heridas y un historial de urgencias que lo demuestran. Me ha dicho que se está planteando denunciarla.

Usted permítaselo.

Emmanuelle se quedó con la vista fija en el papel. La amenaza que escondían esas palabras permeó el aire con pesadez.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con cierta precaución en la voz:

—No soy su jefa, señor Markovic. Yo no le permito hacer nada. No puedo controlar sus decisiones.

Pero sí puede controlar las sesiones de la agencia.

La sangre pasó de arderme a hervirme, pero me controlé. De momento.

No vuelva a poner a ninguna de sus modelos en una sala con ese hombre nunca más.

—Para no dedicarse al mundo de la moda y teniendo en cuenta que no hemos hablado nunca, lo veo con muchas exigencias —señaló Emmanuelle, estudiándome con la mirada—. Es usted el padrino de Jordan Ford, ¿no es así?

Contesté con una fría mirada. Ambos sabíamos la respuesta.

—Era pura curiosidad. —Recorrió lo que había escrito en negro en el papel con una afilada uña roja—. ¿Por qué está usted aquí, discutiendo este tema conmigo, y no el prometido de Ayana?

«Porque es MÍA, joder».

Puede que Jordan fuese su prometido en teoría, pero ella había acudido primero a mí. Yo era quien entendía lo que necesitaba Ayana y no era consuelo: era venganza. Yo era quien mataría y moriría por ella al mismo tiempo.

No había otro hombre en el mundo que pudiera decir lo mismo, con o sin alianza de por medio.

Sonreí. No lo hice con la emoción de una sonrisa genuina, sino que fue una copia deliberada de lo que sería sonreír de verdad. Al hacer aquel gesto, se me retorció la cicatriz que tenía en la cara.

Emmanuelle tragó saliva. La repulsión le atravesó un segundo la mirada.

Me levanté. En cuanto las patas de metal de mi silla chirriaron contra el suelo, ella empalideció.

Salí sin responder a su pregunta.

Esperé a llegar a la calle y, una vez allí, pillé el móvil y entré en una *app* encriptada.

Habría querido enfrentarme a Emmanuelle por lo de Wentworth, pero había ido ahí con otra intención: colocarle un dispositivo de vigilancia minúsculo debajo del escritorio mientras ella estaba distraída leyendo mi nota.

Ahora mismo, el aparato en cuestión estaba retransmitiendo alto y claro lo que ocurría en su despacho.

Cuando ya estaba a punto de guardarme el móvil, me llegó una notificación que lo hizo vibrar:

SEAN.
Estamos listos. Cuando digas.

Entonces sí que sonreí de forma casi genuina.

El día ya iba mejorando.

Al cabo de cuarenta minutos, llegué a una zona industrial en las entrañas de Brooklyn. A diferencia de las zonas más de moda y que quedaban más cerca de la ciudad, ese rincón en concreto era un montón de grafiti y calles vacías. Había un sinfín de almacenes abandonados a ambos lados de aquellas aceras agrietadas y repletas de suciedad. Incluso el cielo era más gris.

Las probabilidades de que hubiese alguien vagando por la zona eran prácticamente nulas.

Aparqué detrás del almacén número cinco y entré por la puerta trasera.

Sean ya estaba esperándome fuera del antiguo trastero que había en la parte de atrás.

—Lo hemos recogido mientras se iba a casa —me dijo—. No nos ha visto nadie y le hemos traído aquí con los ojos vendados en todo momento, o sea, que no sabe dónde estamos.

—Bien.

Cogí el mango de la puerta. Me moría de ganas de entrar, pero mi jefe de seguridad me detuvo.

—Otra cosa —añadió bajando la voz—. He investigado las alegaciones de su... amigo. No he podido conseguir una respuesta clara por parte de nadie, pero mis fuentes están bastante convencidas de que dice la verdad. La mafia entera está a la que salta. Y no suele ser algo habitual en ellos a no ser que se haya armado un buen lío. —Sean se frotó la boca con la mano—. Podríamos intentar contratar a La Hermandad a través de algún intermediario, pero sería arriesgarse mucho.

Toda la razón. Nada de intermediarios.

Si lo hacíamos mediante alguien más, tal vez acabarían dando con nosotros. Si pillaban al intermediario, los de La Hermandad le sonsacarían información a base de torturas, por más duro que fuese el sujeto en cuestión. Tarde o temprano, todo el mundo acababa cediendo.

—A partir de ahora, me ocupo yo de esto. Espérame aquí hasta que haya terminado.

Le había contado a Sean (única y exclusivamente a Sean) lo de la visita de Roman. Se había quedado atónito y horrorizado al enterarse de que alguien había conseguido colarse en mi casa sin problema. Roman se había hecho pasar por uno de nuestros jardineros, que venían dos veces por semana, y el vigilante que estaba encargado de controlar a todos los visitantes no había hecho bien su trabajo. Lo despedí en el acto y lo reemplacé con alguien de más experiencia.

Se trataba de un error necio que, ahora que La Hermandad había vuelto a las andadas, no podíamos permitirnos.

A Sean tampoco le había entusiasmado la propuesta de Roman. Sin embargo, como sabía que mi relación con La Hermandad era más bien complicada, se limitó a advertirme y a decirme que no debería confiar en Roman, pero no me juzgó más.

—Entendido —respondió—. Me mantendré alerta.

Giré el pomo y entré en el trastero.

Había comprado aquel almacén hacía años mediante una empresa fantasma cuya titularidad estaba soterrada bajo tantísimas capas de papeleo que incluso un equipo con los mejores contables forenses del mundo tardaría años en relacionarla conmigo.

En gran parte, había dejado el almacén como estaba, aunque había insonorizado ciertas salas, incluido el trastero. Era imposible que la gente que estaba dentro oyera lo que ocurría fuera y viceversa.

Comprar aquel almacén y reacondicionarlo sin que nadie sospechase de quién era había sido un dolor de cabeza, pero había merecido la pena.

Guardaba aquel espacio para casos especiales. No venía a menudo, pero me servía cuando lo necesitaba.

Al oírme entrar, el hombre que había ahí dentro se enderezó. Estaba atado a una silla y tenía los ojos vendados.

Me acerqué y, despacio, le quité aquel trozo de tela de la cara con la mano, que me había cubierto con un guante.

Wentworth Holt levantó la vista hacia mí, pálido. Al verle la mirada, supe que me había reconocido.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Qué está pasando? ¡Tienes que ayudarme! Tienes que... —Dejó la frase a medias cuando saqué un trozo de papel del bolsillo y lo dejé cuidadosamente en el regazo.

Era una copia de su horario del viernes pasado, donde salía la sesión de fotos de Sage Studios redondeada en rojo.

Wentworth sería un abusón, pero no era estúpido. No tardó ni un minuto en atar cabos.

—¿Es por Ayana? —Se le escapó una risa nerviosa—. Oye, tío, no sé qué te habrá contado, pero fue *ella* quien vino a por *mí*. Estaba prácticamente suplicándome que...

A la que le empotré en puño en la cara, cambió las palabras por un chillido. Me alegró ver que todavía no se le había recuperado la nariz tras el cabezazo de Ayana. Aun así, con mi golpe, se le volvió a romper fácilmente.

El dolor tenía que ser desgarrador.

—Pero ¡si yo no hice nada! —gritó Wentworth con la cara ensangrentada y llena de lágrimas—. Fue un beso de nada. No puedes... Tú eres un hombre de negocios, ¿no? Me suena haberte visto en los periódicos. No puedes hacer esto. Es... Me... ¡Que esto es un secuestro!

Uno: yo detestaba que la gente me dijera lo que podía o no hacer.

Dos...

Tecleé mi respuesta en el móvil:

Se le llama secuestro cuando la persona no está muerta.

En cuanto asimiló la amenaza, se le giraron tanto los ojos que le desaparecieron los iris por completo y se desmayó en el acto.

«Joder, venga ya...».

Me quedé mirando su flácido cuerpo. Arrugué los labios, asqueado.

¿Qué les pasaba a los hombres que se dedicaban al sector de la moda? Primero Hank y ahora Wentworth. Les encantaba aterrar a la gente y, sin embargo, ellos eran incapaces de aguantar una ínfima parte de lo que iban repartiendo por ahí.

Veían a Ayana como a alguien débil, pero era mil veces más fuerte que esos dos.

Miré el reloj de muñeca. Había quedado en que iría a probarme el esmoquin y tenía una reunión con Singapur dentro de dos horas.

En lugar de perder el tiempo, le pegué una bofetada a Wentworth para despertarlo e hice caso omiso de lo que iba farfullando el hombre, aterrado, mientras yo cogía un martillo de una mesa cercana. Le junté los brazos y le coloqué la mano derecha en la mesa.

Era su mano dominante. La que utilizaba para sacar fotos y con la que había tocado a Ayana. Con la que la había agarrado y con la que la había sujetado mientras intentaba hacerse con aquello que no era suyo.

Era la mano que había utilizado para hacerla llorar, joder.

Mi rostro debía de dejar claras cuáles eran mis intenciones, porque Wentworth empezó a suplicarme a más no poder. El hombre no era tan estúpido como para intentar largarse, pero con tanto griterío solo consiguió que la rabia me corriese todavía más gélida por las venas.

Pensé en Ayana con la cara llena de lágrimas. Volví a oír el sonido de sus sollozos. Recordé cómo temblaba cuando la abracé.

Se me tiñó la vista de un rojo carmesí y dejé que toda la ira que se me había ido acumulando estallara mientras le martilleaba la mano a Wentworth.

El nauseabundo crujido de los huesos al romperse fue tal que lo oí incluso a pesar de los inhumanos gritos del hombre.

Eché el martillo a un lado y canalicé el resto del cabreo a base de puñetazos. Las navajas y las pistolas estaban bien pero, cuando la cosa iba de desahogarse, no había nada mejor que una buena paliza a la vieja usanza.

Los sollozos de Wentworth no surtieron efecto alguno. ¿Cuántas veces había ignorado él a alguien que le gritaba que parase? Cuando

eres tú quien recibe, ya no mola tanto, ¿a que no?

Una pátina de sudor me cubrió la piel. Tenía los nudillos magullados y amoratados de tantos golpes, pero continué hasta que el hombre dejó de quejarse y se desmayó de nuevo.

Ahí paré.

Pasé junto a su andrajosa figura y le hice señas a Sean para que se ocupara de él. Había amainado mi rabia más potente, pero aún lo veía todo con un sutil tono rojizo.

Wentworth había salido bien parado. Quería cortarle la polla y hacer que se atragantara con su propio miembro, pero eso habría sido demasiado lío. Así que lo dejé con la cara ensangrentada, una mano hecha añicos y una advertencia que no había tenido que verbalizar para que no volviese a acercarse y ni a pensar siquiera en Ayana nunca más.

Ni que decir tenía que, como intentara contarle a alguien lo ocurrido hoy aquí, la cosa acabaría mal (para él). Puede que Emmanuelle intentara atar cabos después del numerito de su despacho, pero la suerte que había sufrido Wentworth también servía de advertencia para ella. Como esa mujer era más lista que el fotógrafo, mantendría el pico cerrado.

Cuando me hube ido del almacén, ya se me había calmado la respiración. Ayana nunca descubriría lo que acababa de hacer. No hacía falta. De lo único que tenía que enterarse ella era de que ya se había solucionado el problema en cuestión.

NADIE le hacía daño a Ayana y salía de rositas.

Ahora que ya me había ocupado de Wentworth, centré mi atención en otro cabo que seguía suelto.

Todo apuntaba a que Roman estaba diciendo la verdad y que La Hermandad se encontraba en guerra. Puede que él mintiera acerca de los detalles pero, ahora mismo, yo no podía permitirme el lujo de

ponerme quisquilloso cuando tenía a la organización pisándome los talones.

El otro día, antes de que lo echara de mi casa definitivamente, Roman me dejó el número de teléfono de su móvil de prepago. Le envié un mensaje escueto aunque claro:

Acepto.

24

Ayana



Lo reconozco: me acobardé.

No les dije nada de lo ocurrido con Wentworth ni a Sloane ni a Jordan ni a mi agencia siquiera. Quería hacerlo, de verdad, sobre todo porque estaba convencida de que iría él e intentaría darle la vuelta a la tortilla para que quedase yo como la mala de la película; sin embargo, al cabo de una semana del incidente, el hombre se desvaneció.

Había cancelado todas las sesiones de fotos y, con ello, había dejado a una marabunta de editores y marcas enfadados. Wentworth no entró en detalles; desconectó el teléfono y se borró la cuenta de correo electrónico sin darle alternativa alguna a nadie que quisiera ponerse en contacto con él.

Ya hacía dos semanas de la sesión de fotos con Sage Studios y nadie sabía dónde se había metido Wentworth. Y había cabreado a tantísimas personas de las que cortan el bacalao y que habían tenido

que apañárselas para encontrar a otro fotógrafo a toda prisa en el último minuto que, aunque ahora intentase volver por aquí, su regreso al mundo de la moda ya nunca sería igual.

Ni Hank ni Emmanuelle mencionaron nada de lo sucedido en la sesión de fotos. O no tenían ni idea de lo que había pasado o les daba igual. Ambas opciones eran posibles.

Fuera como fuese, la desaparición de Wentworth hizo que mi plan cayera en saco roto. Ya había soltado todo lo que sentía en la *rage room* de Vuk y no quería volver a hablar del tema con nadie que no fuera él. Era emocionalmente agotador. Demasiado.

Tenía mis sospechas acerca de qué (o, mejor dicho, quién) había hecho que Wentworth desapareciera pero, a fin de cuentas, eso daba igual. Yo solo quería olvidarme de lo ocurrido.

Por fortuna, tenía muchísimas cosas con las que distraerme; entre ellas: mi boda, para la cual faltaban solo tres semanas, y la gala de esta noche en el Club Valhalla. A pesar de que yo no era miembro del club, Jordan sí.

—¿Te importa que me escaquee un segundo? —me preguntó nada más entrar en la sala de baile—. Tengo que ir a hablar con Dante de una cosa.

—Claro. No te preocupes. —Señalé la sala con la mano—. Será que no tengo con qué distraerme.

La temática de la gala giraba alrededor del océano y los organizadores se las habían ingeniado para meter dos acuarios de tamaño real en cada punta de la sala. Había bebidas de todo tipo, una orquesta en directo, acróbatas y una escultura de hielo de Poseidón de cuatro metros y medio. Todos los invitados íbamos de punta en blanco y con ropa con tonalidades azules, verdes y plateadas, incluida yo.

Tras pensarlo largo y tendido, me había decantado por un vestido de gala de tul sedoso de un color verde espuma de mar con un corpiño sin mangas y una preciosa falda con volumen cuyas elegantes capas de tela me cubrían hasta los pies. Había preferido ponerme pocas joyas y llevaba unos impresionantes pendientes de oro con cuarzo verde que me llegaban a los hombros y el anillo de compromiso. Un conjunto de una sencillez impactante.

—Genial. —Jordan sonrió distraído—. Enseguida vuelvo.

Mientras él hablaba con Dante, yo fui hacia la barra principal y pedí un agua con limón. Como llevaba unas semanas sin prestarle demasiada atención a lo que comía, ahora no podía tomar absolutamente nada de alcohol hasta la boda.

—Dile que es inaceptable. —La voz de una mujer enfurecida hizo que desviara la atención hacia donde estaba ella, a unos cuantos taburetes de mí—. No —dijo con vehemencia—; no pienso copresidir con Sebastian Laurent. Por mí como si es el... Mamá. Por favor. —Suspiró exasperada como la que más—. Lo entiendo, pero ¿podemos hablarlo luego? Estoy en la gala del Valhalla. Sí, vale. Sí, ya lo sé. Buenas noches.

Colgó y se frotó la sien.

Su belleza natural no necesitaba adornos. Tenía el pelo más brillante y las pestañas más largas y gruesas que había visto jamás, además de una figura atlética y tonificada. Se había arreglado con un precioso vestido azul y, con aquella fina piel morena y esos esculpidos pómulos, le podría hacer la competencia a más de una modelo de las que yo misma conocía.

También me resultaba extrañamente familiar. Para empezar, me di cuenta de que estuvo en mi despedida de soltera. Era otra clienta de Sloane.

Debió de notar que la estaba mirando porque bajó la mano y desvió la vista hacia mí.

—Perdona —me disculpé avergonzada—. No quería husmear, pero... eres Maya, ¿verdad? Creo que estuviste en mi despedida.

Era una forma más bien rara de conocer a alguien. Pocas novias dejarían que alguien a quien no conocían se uniera a las celebraciones preboda, pero es que mi boda no tenía nada de normal.

—Sí. —A Maya se le iluminó la expresión—. Gracias por dejar que me acoplara. Estaba con Vivian porque me está organizando la fiesta de cumpleaños y, cuando llamasteis, no pude no ir. Hacía años que no jugaba a guerras láser. —Adoptó una expresión tímida—. Espero que no se te hiciera muy raro. Como casi no...

—¿Nos conocemos? —Sonreí—. No pasa nada. Fue divertido y a mí me gusta conocer a gente nueva.

—Genial. Sé que, técnicamente, ahora ya nos conocemos, pero me presento otra vez. —Me tendió la mano—. Maya Singh. Encantada de hacerte de dama de honor de repuesto si te hace falta; como ya me colé en tu fiesta de despedida...

Reí y le di un apretón de manos.

—Ayana Kidane. Te apuntaré en la lista de «damas de honor de repuesto».

A Maya se le ensanchó la sonrisa. Sloane nos presentó cuando llegamos al local de guerras láser, pero en aquel momento había tanta gente y teníamos que estar tan pendientes de todo que a duras penas pudimos conversar.

«Singh». Era un apellido común; sin embargo, si Maya estaba en el Valhalla, era porque tenía que ser una de LOS Singh: una familia inmensa y sumamente adinerada que habían hecho fortuna con el sector de los ultracongelados. Desde que crearon la empresa, habían

expandido su imperio y ahora también tenían tentempiés, bebidas y confiterías, entre otras cosas.

Vaya, que no podías entrar en un único supermercado o en un colmado sin ver, como mínimo, una decena de marcas propiedad empresarial de los Singh.

—Bueno, estoy invitada al convite de Irlanda, o sea, que me verás sí o sí. —Maya sacudió la cabeza—. Me parece increíble que hayáis adelantado la ceremonia religiosa tantos meses. Entiendo las causas, pero te admiro, porque yo estaría de los nervios con el cambio.

—No es ideal —reconocí.

—¿Tienes ganas del convite, al menos? —se interesó a la vez que le hacía señas al camarero para que le trajera otra copa.

—Claro —respondí con un tono de voz algo más agudo de lo que me habría gustado.

—Tranquila. A mí no tienes que engañarme. Ya sé cómo son las bodas a lo grande. —Puso los ojos en blanco—. Cuando mi hermana mayor se casó, mis padres invitaron a todos sus conocidos, literalmente. Fue una ceremonia india con dos mil asistentes; no es coña. Mi hermana no había visto a la mitad de las personas en su vida, pero tenían que constar en la lista de invitados sí o sí porque, de lo contrario, sería «socialmente inaceptable».

—Nosotros tendremos setecientos invitados. No es lo mismo que dos mil, pero te entiendo... —Hice una mueca—. Tener que ir saludando a todo el mundo será una tortura.

—Ponte unos zapatos cómodos y ten gel antiséptico a mano —me recomendó Maya—. O bebe tanto champán como puedas y así verás la fila de recepción como una especie de conga de gente sonriente que quiere felicitarte.

Volví a reír. Ojalá hubiésemos podido hablar más en la despedida. Esta chica tenía algo que me hizo sentir cómoda en el acto.

Nuestra conversación fue desviándose poco a poco de los votos de la boda a viajes, moda y lo poco que nos gustaba a las dos la comida y la bebida con sabor a calabaza (como estábamos en otoño, estaba por todas partes, pero yo era más de boniato).

Pese a que su familia tenía miles de millones de dólares en el banco, Maya era una persona con los pies en la Tierra. Me gustó poder hablar por fin con alguien que no tuviese absolutamente nada que ver con mi trabajo. Maya no tenía ningún vínculo con el mundo de la moda y tampoco compartíamos ninguna relación profesional. Simplemente nos habíamos caído en gracia.

—Ojalá Sloane nos hubiese presentado antes. Me caes mucho mejor que la mitad de las personas con quienes tengo que lidiar a diario. —Maya suspiró. Desvió la vista hacia algo que quedaba detrás de mi espalda y arqueó un poco sus perfectamente delineadas cejas —. Guau. Ha venido El Serbio. Eso sí que es una sorpresa.

No pude contenerme y me giré.

A pesar de las más de cien personas que había en la sala, vi a Vuk de inmediato. Mientras caminaba, parecía que el aire se volviese más denso a su alrededor. Espacio y tiempo sucumbieron al vigor de su presencia. Vuk era la viva imagen de la devastación en esmoquin.

Se me aceleró el pulso.

Aparté los ojos enseguida para que no me pillara mirándolo. Aun así, como sabía que estaba ahí, noté cierto cosquilleo en la espalda. Daba igual que lo tuviese cerca o lejos; cuando estábamos en la misma sala, siempre lo notaba.

—Ay. —Maya abrió los ojos a más no poder—. Viene hacia aquí.

—¿En serio? Digo... —Le di un sorbo al agua—. Interesante.

No había vuelto a ver a Vuk en persona desde el día de la *rage room*. En las últimas dos semanas, me había planteado escribirle en

varias ocasiones, pero siempre acababa echándome atrás. Total, ¿qué le diría?

«Hey, gracias por haberme dejado partir un montón de trastos en tu sótano. Por cierto, ¿quieres venir a tomar té algún día?».

No, gracias.

—Ups. No. —Maya seguía centrada en lo que quiera que estuviese haciendo Vuk detrás de mí. Como él no solía ir a galas a menudo, su asistencia a una siempre era una novedad—. Me he confundido. Está hablando con los Davenport.

Sentí una pizca de decepción en el pecho. Volví a mirar detrás de mí un segundo. Efectivamente: Vuk estaba hablando con Dominic y Alessandra Davenport.

Pero me quedaba de cara. En esta ocasión, deslizó la vista hacia mí en cuanto me giré y se le encorvaron sutilmente los labios.

Mierda. Acababa de pillarme con las manos en la masa.

Noté cómo me sonrojaba. Aparté la vista de golpe y me terminé el agua.

¿En qué momento había empezado a hacer tanto calor?

—¿Estás bien? —me preguntó Maya con la frente arrugada—. Pareces un poco acalorada.

—Mhmmm. —«No mires. No mires»—. De hecho, tengo que, eh..., ir al baño, pero me alegro muchísimo de que hayamos podido hablar. Ha estado bien. Deberíamos darnos el teléfono, por si te apetece que quedemos para un *brunch* o lo que sea algún día. Si quieres —me apresuré a añadir.

Me entraron ganas de estremecerme, pero las reprimí. Hacer amigos cuando se es adulto es como ir de cita: incómodo y mortificante a partes iguales; sin embargo, cuando la cosa va bien, las molestias merecen la pena.

Maya sonrió encantada y dijo:

—¡Me encantaría!

Después de que me diera su número, salí de la sala de baile. Que necesitaba ir al baño no era ninguna mentira, pero también tenía otro motivo.

Al marcharme, pasé por el lado de Vuk a propósito. No desvié la vista hacia él, pero el calor de su mirada me abrasó la piel.

Por suerte, no había cola en el baño. Me afané y me retoqué el maquillaje. Al salir, el pasillo estaba vacío.

Me decepcioné un poco. A lo mejor lo había entendido todo mal. A lo mejor...

Las puertas de la sala de baile se abrieron y aparecieron unos anchos hombros envueltos por unas finas líneas negras. Y así, sin más, se me volvió a acelerar el corazón.

Vuk me estudió con una fría mirada.

Pasé de él y me puse a subir la escalera. El corazón me latía más fuerte a cada paso que daba. El segundo piso estaba desértico. Seguí andando hasta que llegué a las puertas que había al final del todo del pasillo.

El rugir de mi pulso fue cada vez mayor. Inhalé con discreción y giré los pomos rápidamente para entrar en la biblioteca del Club Valhalla. La luz de la luna se colaba a través de los vitrales y un silencio sepulcral lo envolvía todo, desde aquella afelpada moqueta hasta el techo de triple altura.

Más que oír, noté a Vuk entrando detrás de mí. Al cabo de un segundo, las puertas se cerraron con un suave clic y un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza.

—Deberías estar abajo. —Al oír su áspera voz, se me erizó la piel.

Y entonces me giré.

—Tú también. —Me aseguré de sonar ligera y airosa—. Pero me has seguido hasta aquí.

Vuk me miró a unos cuatro metros de distancia. Tenía una expresión severa y desprovista de sonrisa alguna.

—Dime que me vaya.

—No.

Mi respuesta viajó entre nosotros con todo el desacato que la acompañaba. No había llegado hasta aquí para achicarme ahora. Si quería irse, que lo hiciera por voluntad propia. No pensaba ponérselo tan fácil.

Vuk exhaló con fuerza.

—No te has arreglado así para quedarte a echar el rato conmigo en la biblioteca.

Puede que no, pero mentiría si dijese que no había esperado que Vuk apareciera esta noche por aquí.

—Insisto: tú me has seguido hasta aquí —reiteré siendo plenamente consciente de que había sido yo quien había lanzado el cebo.

—Y la que quiere que me quede eres tú.

Verdad también.

Fueron pasando los segundos. Ni yo contesté nada ni Vuk hizo nada. El silencio fue alargándose y cargándose de un reservado sofoco y de un jadeante anhelo que no deberíamos sentir.

Vuk me paseó la vista de la cara al cuello y me la fue bajando por el pecho. Luego siguió por mi vientre y por las caderas, hasta deleitarse lentamente por toda la longitud de mis piernas antes de volver a subirla y mirarme a los ojos.

Exhalé con delicadeza hasta quedarme sin aliento. Tras su escrutinio, fue como si mil luciérnagas bailoteasen a mi alrededor. Había sido algo tan cálido, tan *íntimo*, que me había hecho sentir la misma seguridad que la caricia de un amante.

—¿Por qué acudiste a mí primero, el otro día?

Estaba tan aturdida que tardé un segundo en asimilar sus palabras. Me preguntaba acerca de lo de Wentworth.

—Porque en ese momento solo quería verte a ti. —Si me lo hubiese preguntado en otro instante o estando en algún otro lugar, tal vez habría mentido, pero ya no estábamos para estas cosas—. Ya está. Fue por eso y nada más.

Vuk tragó saliva con fuerza y se le movieron las líneas del cuello.

—Wentworth ha desaparecido —añadí con un hilo de voz—. ¿Tú no tendrás nada que ver con eso, por algún casual?

—*No.* —La satisfacción que le centelleó en la mirada me dijo más bien lo contrario—. *Pero supongo que se habrá hecho justicia.*

Un escalofrío me envolvió entera.

Que Vuk tuviese algo que ver con la desaparición del fotógrafo debería de haberme hecho sentir intranquila. A Wentworth lo movía el ego y lo que quiera que hubiese hecho Vuk tenía que haber sido algo extremado para conseguir que el otro se escondiese de esa manera. Sin embargo, la gente me había ignorado durante tanto tiempo y yo me había pasado tantos años sacándome las castañas del fuego solita que el hecho de que Vuk decidiera ocuparse personalmente de ello hizo que me sintiera, por encima de todo, protegida.

—¿Crees que sigue vivo? —le pregunté con cautela.

No quería pasarme de la raya tampoco.

Vuk se encogió de hombros y signó:

—Si es lo suficientemente listo y se anda con cuidado...

—Ah... —Me relamí los labios.

Vuk volvió a bajar la vista hacia mi boca y la ola de calor que había sentido antes se avivó de nuevo.

Se me entrecortó la respiración y todos los pensamientos acerca de Wentworth, el trabajo y el mundo en general más allá de aquella

sala desaparecieron bajo el peso de la mirada de Vuk.

No sé qué me vio en el rostro, pero se le ensombreció la mirada.

—Te casas este mes.

—Ya.

Aquella discreta confesión hizo desaparecer cualquier posible negativa por mi parte. Esta noche no podía esconderme tras la excusa del alcohol. Era plenamente consciente de lo que estaba haciendo.

Si todavía pensara que Vuk me odiaba o que me toleraba por Jordan, la cosa sería distinta. No obstante, los acontecimientos de las últimas semanas demostraban que él también me deseaba, por más que intentase esconderlo.

Y, aun así, aquí estábamos. Atrapados en polos opuestos de un océano y separados por la lealtad que le teníamos a un hombre que no había hecho nada mal. Yo le había prometido algo a Jordan, pero aquella promesa no incluía *esto*.

Sentimientos de verdad. Oportunidades vertiginosas. La tentación de un mundo que me había quedado tan lejos durante muchísimo tiempo.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste si quería a Jordan? —al oírme preguntar eso en voz baja, a Vuk le centelleó la mirada—. Pues la verdad es que no. No de forma romántica.

Ahora, al exhalar, a Vuk se le agitó el cuerpo entero.

—Y él tampoco me quiere a mí —admití—. Nunca me ha querido.

En la biblioteca reinaba un silencio tan sepulcral que, cuando por fin me quité el peso de aquella confesión de los hombros, incluso pude oír la fuerza con la que caía al suelo. Me sentí desnuda, con la vulnerabilidad a flor de piel; sentí un nudo en la garganta y fue como si tuviera medio corazón encogido en el pecho y el otro medio en la manga.

Tanta pretensión, tantas mentiras, tantos engaños y tantas negaciones me habían llevado hasta aquí. Justo aquí, donde quería estar.

—¿Por qué me estás contando esto? —me preguntó Vuk con un tono de voz frío a más no poder, pero con una mirada tan abrasadora que incluso me llevó a encoger los dedos de los pies.

Eso: ¿por qué le estaba contado esto? ¿Qué esperaba? ¿Que admitiera que sentía algo por mí? ¿Que me cogiera en volandas, chasqueara los dedos e hiciera desaparecer todos mis problemas?

Vuk tenía poder de sobra para hacer eso, pero yo no quería una solución mágica. Quería...

Lo quería a él.

Y punto. Me daba igual el dinero o el poder del que disfrutase Vuk. Me daban igual las cuestionables acciones que hubiese llevado a cabo contra Wentworth o contra quien fuese que se lo mereciera. Me daba igual el ayer, el mañana o lo que pasara dentro de tres semanas.

Solo me importaba el ahora, estando los dos justo aquí.

—Porque quiero que lo sepas —respondí—. Y porque no... No quiero que te sientas culpable.

—¿Por qué?

—Por lo que quiero que hagas ahora mismo —dije en un susurro.

Vuk acortó la distancia que nos separaba con unos pasos lentos pero deliberados. Bajo la tenue luz de la sala, sus ojos, de normal pálidos, adoptaron el mismo color que el cielo a medianoche. Y Vuk se me acercó con la misma elegancia con la que un depredador va a por su presa.

Me mantuve firme a pesar de que miedo y deseo hicieran que me palpitase la entrepierna con fuerza.

Vuk se detuvo a pocos centímetros de mí.

—Lo que quieres que haga... —repitió en un tono letalmente delicado—. ¿Y de qué estaríamos hablando?

El aroma de su perfume me robó no solo el aire de los pulmones, sino también las palabras. Volví a humedecerme los labios. Reposé la vista en su boca y a él se le escapó un tortuoso ruido.

He aquí la primera señal tangible de que estaba perdiendo el control.

Las llamaradas que sentía fueron cada vez más arrolladoras y se me fue tensando tanto la piel que percibía hasta la más mínima corriente de aire. La atmósfera se había vuelto tan densa que la chispa más diminuta del mundo podría haberla incendiado.

—Quítate el anillo.

La dura orden de Vuk surtió el mismo efecto que si me hubiesen inyectado un chupito de *whisky* directo en las venas.

Me subió la temperatura y empezó a darme vueltas la cabeza. Se me encendió la piel y noté cómo me temblaba sutilmente la mano mientras me quitaba aquel diamante del dedo.

Él se quedó observando mi movimiento con una oscura y despiadada mirada.

Dejé la alianza en la mesa que tenía detrás. Nada más hubo tocado la superficie de caoba, Vuk me agarró por la nuca e hizo que mi grito ahogado se perdiera en su boca.

Las llamas que ardían en mi interior se convirtieron en un incendio incontrolable. Humo y calor me inundaron las venas y aquella mezcla me consumió entera. En un mundo en llamas, la piel de Vuk era lo único que me ofrecía un respiro de aire fresco, así que le paseé las manos por el cuerpo desesperada por encontrar algo con lo que apaciguar aquella sensación, aquel insaciable deseo que habitaba en mí.

Gruñó. Me levantó y me sentó en la mesa mientras seguía besándome con voracidad, de forma casi delictiva. Cuando le envolví la cintura con las piernas para acercarlo más a mí, me mordisqueó el labio inferior a modo de advertencia:

—Cuidado, *srce moje*. —Noté la caricia de su voz contra mi sensible piel—. Me vas a matar, joder.

Le agarré la camisa con fuerza y exhalé:

—Mejor.

Vuk me agarró con más vehemencia. Noté cómo se me clavaban sus dedos a ambos lados del cuello y se me escapó un bochornoso gemido antes de que él volviese a cubrirme la boca con la suya.

Esto. Esto es lo que me había perdido. No había podido ponerle un nombre hasta ahora porque nunca lo había experimentado, pero era algo salvaje y despiadado y todo lo que me había imaginado yo que sería un beso.

El beso era de los que detienen el tiempo. No quería apartarme jamás. No quería que terminara.

Mis discretos jadeos se mezclaron con su pesada respiración. Noté el ardor de su mano en la piel mientras me la deslizó por la curva del hombro y la fue bajando y bajando por debajo de la cintura hasta...

Un fuerte ruido nos sacó de aquella burbuja y nos arrojó un cubo de agua helada encima.

El tacto de Vuk cesó. Se me puso la piel de gallina a causa del frío que noté a continuación y ambos desviamos la vista hacia la puerta de inmediato.

El ruido había provenido del pasillo. Quienquiera que lo hubiese causado no había entrado aquí (todavía); sin embargo, aquella escandalosa risa seguida de unas risitas alegres me dijeron que no éramos los únicos que nos habíamos escabullido de la sala de baile en busca de privacidad.

Vuk volvió a centrar su atención en mí. Al ver su gélida mirada, el subidón que me había generado el beso sufrió una muerte súbita.

Y volví a la realidad.

Él me estudió con la mirada. Le latió un músculo en la mandíbula y se le tensó el cuello al callarse una blasfemia. Acto seguido, apartó la vista de mí y se fue. Las puertas se cerraron tras de sí pero, esta vez, lo hicieron con más vehemencia.

No hizo falta que soltara aquella blasfemia para que yo supiera lo que significaba: «Mierda».

En plan: «¿Qué mierda hemos hecho?».

Las risas que se habían oído en el pasillo desaparecieron. Fueran quienes fuesen los que antes habían estado riendo ahí afuera no iban a entrar.

Así que me quedé inmóvil, con el corazón acelerado, el pelo enmarañado y el vestido arrugado después de la experiencia más minuciosamente seductora de toda mi vida. El anillo se había caído al suelo y centelleaba acusatorio desde la moqueta.

Debería sentirme culpable. Debía de tener a mi prometido abajo, buscándome, y yo aquí, ocupada besándome con su padrino. Si no nos hubiesen interrumpido, Vuk y yo habríamos ido más allá de los besos.

Exhalé discretamente. No me levanté ni hice ademán alguno de coger la alianza.

Sí, debería sentirme culpable, pero no era el caso.

Me costaba arrepentirme por lo ocurrido porque jamás me había sentido tan maravillosa y hermosamente viva.

25

Vuk



Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad por alejarme de Ayana en la biblioteca. Y todavía tuve que aunar más fuerzas aún para no ponerme en contacto con ella durante la semana después de besarnos.

Tuve que pedirle a mi equipo informático que instalara un puto programa que bloquease absolutamente todos mis dispositivos si le enviaba un *e-peromail* o un mensaje de texto o si la llamaba yo primero. Así estaba la cosa.

Había cometido muchos errores a lo largo de la vida, pero ¿besar a Ayana? Ese era el mayor de todos, hostia.

Si no la hubiese besado, no lo habría sabido. Lo habría sospechado, pero no habría sabido que ella me deseaba tanto como

yo. No habría saboreado su deseo ni habría oído sus malditos gemidos.

Y saber aquello suponía el principio de mi fin porque solo había un obstáculo que nos separase y mi lealtad hacia ese hombre iba debilitándose más y más a cada día que pasaba.

Miré a Jordan. Tenía la frente arrugada y la vista puesta en el móvil porque estaba estudiando qué películas ver en la sala de estar. Me había llamado y me había dicho que necesitaba tomarse una pausa de los preparativos preboda. Solíamos quedar en mi casa porque un servidor evitaba salir en público a toda costa, pero esta vez había preferido ser yo quien fuera a visitarlo a él.

Desde que Roman se había colado en mi casa, había mejorado la seguridad y había limitado el acceso de cualquiera que viniese, menos si se trataba de algún miembro de mi personal más esencial. Ayana era la única persona que constaba en mi lista de personas que podían entrar siempre.

No me preocupaba que Jordan pudiese suponer una amenaza, pero sospechaba que La Hermandad estaría vigilando mi propiedad de cerca. No quería poner a ningún posible objetivo en su camino.

Roman seguía mosqueado porque le hubiese disparado y se negaba a confirmar o desmentir hasta qué punto me estaba vigilando La Hermandad. Me había dicho que había tenido que marcharse de la ciudad por una cuestión laboral, pero me había prometido que me avisaría cuando supiera en qué momento intentaría atacarme de nuevo el bando de Shepherd. En cuanto al otro bando, no podía garantizarme que tuviese información sólida para pasarme.

No confiaba lo más mínimo en ese cabrón. De momento, todo cuanto me había contado había resultado ser cierto, pero confiar

ciegamente en alguien como Roman Davenport era como firmar mi propia sentencia de muerte.

Había acorralado a Dominic en el Valhalla para ver hasta qué punto estaba al tanto de las idas y venidas de su antiguo hermano de adopción. Tenía pinta de no saber nada, pero yo prefería tenerlo controlado igualmente.

La Hermandad, Beaumont, los Davenport... A este ritmo, hasta podía crear mi propia red de espionaje. Bastante desbordado iba ya mi equipo de seguridad. Esperaba que no nos explotara algo en la cara antes de que pudiésemos arreglar siquiera uno de los demás problemas que teníamos. Aunque no disponíamos ni del personal ni del tiempo para entrenar a nadie.

—Me rindo. Elige tú —dijo Jordan, que tiró el mando a un lado y le dio un sorbo a la cerveza—. Tengo fatiga decisoria.

Me importaba una mierda lo que viéramos. No estaba de humor para ver una peli, pero prefería quedarme en su casa que salir. A pesar de que Roman me hubiese dicho que ahora estaba todo en calma, yo seguía en alerta.

Los acontecimientos como la gala del Valhalla eran lugares más o menos aceptables porque contaban con máxima seguridad y los invitados estaban acreditados. Pero ir al cine u otros lugares públicos ya era otro tema.

Aun así, le eché una ojeada a las opciones que había y escogí una película de robos al azar. Con un poco de suerte, me serviría de distracción y aquellos nudos que sentía en el estómago desaparecerían.

«No quiero que te sientas culpable».

«Y él tampoco me quiere a mí. Nunca me ha querido».

Tenía la confesión de Ayana grabada a fuego en la mente. ¿Era cierto o simplemente eran espejismos tanto por su parte como por la

mía?

—Llevas todo el día callado que flipas —señaló Jordan—. ¿Todo bien?

Asentí una única vez con la cabeza y signé:

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Por el curro? Vais a sacar algo nuevo dentro de poco, ¿no?

Solté un ruido evasivo. Mis equipos de *marketing* y de ventas ya se estaban ocupando de la presentación del producto en cuestión, de modo que eso no me preocupaba. Tendría que darle una paga extra de las buenas a todos los trabajadores de mi empresa a finales de año; yo me había mantenido alejado del despacho y ellos habían seguido dándolo todo sin perder ni un segundo.

Sin embargo, si Jordan pensaba que mi retraimiento se debía al trabajo, no iba a ser yo quien lo corrigiera.

—¿Alguna vez pensaste que estaríamos así? —preguntó en voz baja—. Tú siendo el director ejecutivo de una empresa multimillonaria y yo a punto de casarme. —Se terminó lo que le quedaba de cerveza—. Nuestros yoes de veintiún años no se lo creerían.

—La gente cambia.

Me quedé mirando la pantalla mientras aparecían los créditos iniciales. Tras pensarlo un poco, añadí:

—Nunca me has contado por qué.

—¿Por qué qué?

—Por qué te casas con Ayana.

Cuando me soltó el bombazo de su compromiso con Ayana, me quedé tan en *shock* que no le pregunté nada. Sencillamente fui directo al campo de tiro y canalicé mis emociones a base de disparos.

Mira que había personas en el mundo y Jordan había tenido que elegirla a ella. A la única que quería yo.

Sabía que Jordan y Ayana eran amigos desde hacía años, pero jamás se me había ocurrido que sintieran algo romántico hacia el otro. Su compromiso me pilló totalmente desprevenido y, cuando su relación cambió, Jordan se mostró muy reservado.

Sin embargo, según Ayana, su relación no había cambiado lo más mínimo. De no ser porque me sentí tan embriagado por ella anoche, le habría preguntado por qué se casaban si no se querían.

Era mi oportunidad para encontrar las respuestas a semejantes preguntas.

Jordan titubeó. Abrió otro botellín de cerveza, se lo acercó a la boca y tragó antes de responder:

—¿Por qué se casa la gente? Por amor.

—Tanto tú como yo sabemos que hay quien se casa por otras cosas.

—Yo no.

—O sea, que amas a Ayana.

Me miró de reojo y me interrogó:

—¿A qué vienen tantas preguntas hoy? ¿Ha pasado algo?

—Pura curiosidad.

Si no le había preguntado nada antes acerca de su relación con Ayana era porque no quería oírlo hablar efusivamente del tema. He ahí mi error.

—¿Te acuerdas de Hungría?

—Dios, tío, acabas de destapar un montón de recuerdos —rio Jordan.

Durante las vacaciones de primavera del último año de carrera, fuimos de turismo por Budapest. La última noche, nos encontramos con una boda en nuestro hotel. Nos colamos en la fiesta y nos

pasamos la noche divirtiéndonos con los invitados, a quienes hicimos creer que éramos unos primos americanos del novio.

Fue una de las últimas veces que me sentí verdaderamente libre.

—Fue un viajazo. —Jordan estiró las piernas—. Me parece increíble que hayan pasado ya doce años. El tiempo vuela. —Volvió a mirarme—. ¿Por qué preguntas?

—Porque cuando nos fuimos de la boda me dijiste que no te casarías nunca.

Vale, Jordan iba como una cuba en ese momento, pero lo dijo con tal convicción que lo creí.

—Era joven y estúpido —dijo ahora—. No iba en serio.

Entorné la vista en un intento por descubrir si estaba mintiendo.

A lo largo de los años, Jordan había tenido alguna que otra novia; sin embargo, dejando el tema de Ayana de lado, todas sus relaciones habían terminado al cabo de pocas semanas. Además, mi amigo nunca había mencionado nada sobre querer casarse o tener hijos.

Aunque todo eso era circunstancial.

—¿Y tú? —me preguntó en un evidentísimo intento por cambiar de tema—. ¿Veremos al gran Vuk Markovic casado algún día?

Se me ensombreció la expresión.

Eso dependía de lo que ocurriese dentro de dos semanas. Si Ayana y Jordan se casaban, ya estaría. Si no...

—Ya veremos.

Los planes de la boda iban avanzando a toda mecha. No había nada que apuntase a que la ceremonia no se fuese a celebrar... A no ser que fuera yo quien la detuviera.

Eché la cabeza hacia atrás y me bebí el botellín entero de un solo trago. No me surtió ningún efecto.

Jo-der. Tenía que recurrir a algo con más graduación que la birra.

—Te envidio —dijo Jordan en voz baja—. Puedes hacer lo que te dé la gana y no te importa una mierda lo que piensen los demás. Disfrutar de tanta libertad tiene que ser... embriagador.

Casi río en voz alta ante tal ironía. ¿Que podía hacer lo que me diera la gana? No tenía ni idea lo que estaba diciendo. Él envidiaba mi «libertad» y yo se la daría toda a cambio de una única persona en su vida.

—La libertad es relativa. Todos cargamos con algo.

Lo dejé ahí.

—Puede. —Jordan se frotó los labios con una mano. Ni él ni yo estábamos prestándole la más mínima atención a la película—. ¿Sabes por qué te pedí que fueras mi padrino?

—Porque soy el único testigo con dos dedos de frente.

Sus amigos del colegio privado al que fue eran el equivalente a un hongo pringoso descerebrado con patas. Podías juntar a dos que ni así conseguirías que se les avisparan las neuronas.

—No y no te pases —me reprendió a pesar de que le centelleó un brillo de diversión en la mirada—. Tú y yo somos amigos desde hace mucho tiempo, pero a ciertos testigos los conozco desde hace más que a ti. Y sabe Dios que a ti eso de organizar fiestas ni te va ni te pega.

Arqueé las cejas. Era un argumento interesante en el que basarse para escoger a un padrino, pero ¿qué iba a saber yo, si nunca me había casado?

—Peeero —continuó Jordan—, de todos mis amigos, en quien más confío es en ti. Tú siempre has sido noble; siempre me has sido honesto, incluso cuando no quería que lo fueras. —Rio—. Nadie tuvo las narices de decirme que el plan de *marketing* de otoño que preparé hace unos cuantos años era una porquería.

Signé con brusquedad:

—Porque toda esa gente no tiene ni dos dedos de frente.

Jordan resopló.

—No, ahora en serio. Te lo digo de verdad. Ya sé que todo esto de hacer de padrino te obliga a salir de tu zona de confort, o sea, que te agradezco que te lo tomes en serio. No quiero venir con sensiblerías y mierdas de estas porque lo odiarías y casi me alegro de que ocurriese... *eso* cuando íbamos a la universidad. De lo contrario, igual no seríamos amigos. ¿Soy mala persona por haber dicho esto?

El nudo que sentía en el estómago se agrandó.

—No. Sé a lo que te refieres.

—Vale. —Carraspeó y se le sonrojaron las puntas de las orejas—. Ahora que ya nos hemos quitado estos sentimentalismos de encima, veamos la película. Quiero saber si van a colarse en el depósito ese o no.

Volvimos a quedarnos en silencio.

Yo tenía la vista puesta al frente, pero la cabeza no paraba de darme vueltas.

Jordan nunca llegó a responderme si quería a Ayana, cosa que no me pasó desapercibida. El instinto me decía que no, no la quería; sin embargo, por alguna razón (ya fuese que se sentía presionado por su familia o que no quería quedar mal con la gente al cancelar una boda tan sonada a tan poco tiempo de la ceremonia), él seguía firme en su postura de casarse con Ayana.

Nada de eso explicaba por qué Ayana había aceptado la propuesta de Jordan, pero ahora tampoco era el momento de insistirle a mi amigo. Jordan ya había dejado claro que no quería seguir hablando del tema. Cuanto más lo presionara, más se encerraría en sí mismo.

Seguí con los ojos puestos en las imágenes que iban apareciendo en pantalla sin prestarles atención alguna.

Empecé a serle fiel *de facto* a Jordan el mismo día en que él me prestó quinientos mil dólares sin preguntarme absolutamente nada. Con aquel dinero, conseguí que La Hermandad me dejara en paz durante un tiempo mientras yo buscaba una solución a largo plazo.

Sin embargo, nunca nada había puesto a prueba mi lealtad hacia él hasta que apareció Ayana. Imaginarme de pie en el altar, al lado de Jordan, mientras ella se le acercaba hacía que me entrasen ganas de prenderle fuego a la puñetera iglesia entera.

Así que la pregunta era la siguiente: ¿era mi lealtad hacia mi amigo mayor que mi deseo por ella?

El corazón me latía con fuerza. Aún seguía notando su dulce sabor. Aún seguía notando la dulzura de sus labios separándose apasionadamente bajo los míos.

Pillé otro botellín y di un sorbo, pero el sabor que noté fue otro.

El de aquello que me atormentaba.

Después de tres horas de escenas de acción sin sentido alguno y de darle a la sinhueso, me excusé, me marché de casa de Jordan y volví andando a la mía. Solo había veinte minutos a pie y, tal y como estaba estructurado aquel barrio, los sicarios lo tenían chungo para esconderse. Por si fuera poco, yo iba con ropa de tejido kevlar y llevaba una pistola y algunas navajas escondidas encima.

En parte, esperaba que los de La Hermandad intentaran atacarme. Tenía que deshacerme de tanta frustración. Además, cuando actuaran, yo podría tomar represalias en lugar de seguir con la insoportable espera.

Detestaba esperar, pero aún no podía pasar a la acción porque Roman estaba liado con un proyecto (o eso me había dicho él).

Necesitaba que me pasara información y que me ayudase a organizar una ofensiva como Dios manda.

Mientras tanto, los aparatos que había escondido en el despacho de Emmanuelle no estaban sirviendo para nada. A no ser que la mujer hablase en clave, no hacía más que decir un montón de gilipolleces sobre tarifas de modelos y sesiones de fotos. No esperaba que fuese a hablar de temas más delicados en el trabajo, pero como tuviese que escuchar una charla más sobre estampados florales o telas lisas me cortaría las orejas.

Había hecho que la siguieran por si eso servía de algo. De momento, nada.

En resumen: estaba estancado en absolutamente todos los frentes y eso me ponía de muy mala leche.

A medio camino, oí un chirrido que me llamó la atención. Me tensé e instintivamente me llevé la mano donde tenía la pistola guardada mientras estudiaba mis alrededores hasta que di con el origen del ruido en cuestión.

Un pequeño y sarnoso gato gris me observaba con una mirada fulminante desde encima de la tapa cerrada de un contenedor de reciclaje. No vi que llevase collar ni atisbé nada más que indicara que pudiese tener dueño; debía de ser callejero.

Me relajé, pero le devolví la mirada.

Nunca había entendido cómo podía ser que la gente se encaprichase tanto de sus mascotas. Tampoco es que yo tuviera nada en contra de los animales, pero es que no le encontraba la gracia a abrirle la casa a unas criaturas que apestaban, dependían de los demás y, seguramente, morirían antes que sus dueños.

Dicho esto, el gato me hizo pensar en la taza de Ayana, solo que este era menos lindo y más feroz. Casi me ablando un poco con el bicho.

Se oyeron unos truenos. El gato bufó; parecía que mi osadía de pasar por su improvisado refugio sin mostrarle respeto lo había ofendido sobremanera.

Cualquier sentimiento de afecto que hubiese podido sentir hacia el animal se desvaneció. Casi se me escapa un gruñido al darme cuenta de que estaba peleándome con un puto gato.

Dios. Pero ¿qué me pasaba hoy? Si los de La Hermandad me estaban espiando, seguramente estuvieran tronchándose de la risa.

Me serené y me fui, no sin notar los ardientes y suspicaces ojos del gato clavados en mi espalda.

Al llegar a casa, fui directo al despacho e intenté trabajar un poco. Era sábado, pero se me había acumulado un montón de papeleo al que le había prestado más bien poca atención durante la semana.

Conseguí revisar una media docena de documentos aproximadamente antes de que los relámpagos iluminaran el cielo al otro lado de la ventana. Los truenos fueron cada vez más fuertes y más continuos.

A saber por qué, me imaginé a aquel estúpido gato acurrucado bajo las escasas ramas de algún árbol. Por aquí había más bien pocos refugios para los animales callejeros. Ese pequeño parásito acabaría empapado.

Aunque a mí me daba igual. No era mi problema.

Volví a centrar la atención en el ordenador.

Al cabo de un minuto, empezó a llover a mares. La lluvia caía por las ventanas en unas gruesas y despiadadas cortinas de agua. Otro trueno hizo temblar la casa y yo sentí cierta incomodidad.

Ese gato tenía una asombrosa semejanza al de la taza de Ayana y me parecía triste e impresionante a la vez que algo tan pequeño pudiese aguantar tanto tiempo en la calle sin estar protegido en absoluto. Fuese un incordio o no, el animal era un superviviente.

Desvié la vista hacia el otro lado de la ventana. Estaba cayendo tal chaparrón que ni siquiera se veía el cielo.

Apreté los dientes. «Mecagüen...».

Eché la silla hacia atrás y fui hacia mi cuarto. Me puse una sudadera negra por encima de la camiseta, pillé un paraguas y me lancé decidido al exterior. Nada más salir, me recibió una ducha de agua helada y una fuerte ráfaga de viento.

A veces me odiaba a mí mismo con ganas.

Volví a donde había visto antes al gato. Ya no estaba en la tapa del contenedor. Busqué rápidamente por ahí, pero no encontré nada, salvo un folleto de promoción de una *boutique* de ropa femenina.

Ya estaba a punto de tirar la toalla cuando una hebra de pelo gris me llamó la atención. El gato estaba acurrucado bajo un arbusto, temblando. De no ser porque le sobresalía la cola, no lo habría visto.

El animal bufó más bien con desgana y yo alargué el brazo. Cuando lo cogí, no volvió a soltar ningún otro ruido.

«Ya no eres tan duro, ¿eh?», le dije mentalmente.

Me lo acerqué al pecho. El felino aún estaba temblando.

Por suerte, mi casa no quedaba lejos. Esperaba poder entrar sin que nadie reparara en el animal; sin embargo, como la suerte me la tenía jurada, me topé con Jeremiah en el vestíbulo. Al verme con un gato en brazos, arqueó las cejas.

—¿Quiere que me ocupe yo de su invitado, señor? —preguntó, y tuvo la sensatez de no comentar nada más.

Negué con la cabeza. Bastante la había pifiado ya trayendo a esa cosa sarnosa a casa. No iba a ir ahora y se la iba a endosar a mi personal.

Fui hacia la cocina, envolví al gato en un trapo y lo dejé en el suelo. A juzgar por lo que pude ver, supuse que era macho.

«No eres ningún invitado. No quiero tenerte por aquí. Solo te he traído porque me recuerdas a Ayana».

En el caso de que pudiera oír mis hostiles pensamientos, ni se inmutó. Sacó la cara de aquella manta improvisada y estudió el lugar con los ojos entrecerrados.

Sin duda estaba hambriento, pero yo no tenía comida para gatos. Además, ¿qué narices comían los gatos?

Tras una rápida búsqueda en Google, le dejé un poco de atún en lata y un bol con agua. El muy desagradecido se abalanzó a la comida directamente sin maullar ni una única vez para darme las gracias.

A mí se me escapó un gruñido de contrariedad.

Oí una risita tras de mí. Me giré y me encontré con una de las criadas sonriéndonos a mí y al gato.

Fruncí el ceño. Ella dejó de sonreír en el acto y se disculpó con un agudo «Perdón» antes de salir por patas.

Yo me quedé ahí y volví a fulminar al intruso felino con la mirada porque no tenía ni idea de qué hacer cuando hubiese terminado de comer. ¿Lo echaba de nuevo a la calle en cuanto escampara? ¿Lo llevaba a un refugio para que lo pusieran en adopción?

Toda esta situación iba tan poco conmigo que estaba perdidísimo.

Me vibró el móvil y me salvó de ahogarme en mi indecisión. Inhalé sorprendido y el corazón se me aceleró de súbito.

Era Ayana.

AYANA
Hola.

Aparecieron tres puntitos, desaparecieron y luego volvieron a aparecer.

AYANA
Estás ocupado?

Me quedé mirando los mensajes. Era la primera vez que nos escribíamos. Habíamos hablado en persona, pero aquellas conversaciones habían quedado relegadas a los baúles de la memoria. Esto era algo concreto. Determinado.

Saboreé aquel momento antes de responder.

El programa que me había instalado mi equipo no me permitía ser yo el primero en escribirle, pero sí que podía responder a sus mensajes sin sufrir ninguna consecuencia.

No, qué va.

AYANA
Podrías pasarte por aquí en una hora, más o menos?

Me envió la dirección de un hotel en Madison.

AYANA
Tenemos que hablar.

El beso. No podíamos evitarlo para siempre.

Me froté la boca con el pulgar y tomé una decisión en un microsegundo:

Llego en media hora.

26

Ayana



En mi defensa diré que había bebido un poco.

Vale, no me servía de excusa absoluta, pero sí explicaba de dónde había sacado el valor para ser yo quien escribiera primero a Vuk cuando llevaba una semana mirando el móvil y esperando que fuera él quien me escribiese o me llamase.

Era un tanto patético, pero también emocionante. Era el primer chico que me había gustado lo suficiente como para que me importase si me llamaba o no. Por fin formaba parte del club de gente obsesionada con su *crush* y que hablaba eufóricamente de él. Y eso hizo que me sintiera normal.

Aquella restricción de alcohol autoinfligida se fue volando por la ventana esa misma mañana porque fui de *brunch* con Maya y nos atiborramos a mimosas. No hablamos de Vuk, pero al ver a Maya sin remordimiento alguno y yendo tan de malota me entraron ganas de

mandarlo todo a la mierda y ser yo quien tomara las riendas de la situación.

Al terminar el *brunch*, reservé una *suite* en el hotel más cercano y me pasé horas dándole vueltas al tema hasta que al final escribí a Vuk. Ahora mismo, estaba plantada en mitad de la moqueta mientras esperaba a que llegase.

Faltaban dos semanas para la boda. Mi familia iba a llegar en unos días, de modo que este era el último fin de semana que tenía para mí hasta la ceremonia.

Era ahora o nunca.

Llamaron a la puerta con fuerza.

Me detuve y se me cortó la respiración. Volvieron a llamar a la puerta, salí de aquel trance y conté hasta tres para calmar los nervios antes de abrir. No sirvió de nada.

Al ver a Vuk, que ocupaba todo el marco de la puerta, dichos nervios volvieron a irme a mil por hora. Llevaba una sudadera negra y unos pantalones del mismo color, y unas cuantas gotas de lluvia le recorrían la piel. Nunca lo había visto con un atuendo tan informal.

Y me gustaba aún más que con el esmoquin. Le pegaba más.

—Hola —lo saludé, aunque no me gustó nada que me saliera la voz tan ahogada.

—Hola.

Se me dibujó una sutil sonrisa en los labios.

Sería una tontería, pero yo coleccionaba sus palabras al igual que coleccionaba perfumes y zapatos. Centelleaban como piedras preciosas en medio de la arena, lo cual demostraba que Vuk confiaba lo suficiente en mí como para comunicarse abiertamente cuando no tenía por qué hacerlo. Simplemente quería.

—Pasa. —Abrí más la puerta y me eché a un lado—. Siento esta, eh..., invitación de última hora —dije *invitación* porque no encontré

una forma mejor de referirme a todo aquello—. ¿Has comido? Se ve que este hotel tiene un servicio de habitaciones increíble.

La evidente diversión de Vuk hizo que se me desatara la verborrea.

—Has dicho que querías hablar. ¿De qué?

—De lo que sea. —En realidad, quería hablar del beso, pero me pareció descortés ir directa a un tema tan peliagudo cuando Vuk acababa de llegar.

Me acerqué a la mesa que quedaba al lado de la ventaba y serví un vaso de agua. Necesitaba tener algo en las manos.

—Bueno —dije como quien no quiere la cosa—, ¿has ido a algún bingo últimamente?

Vuk me miró burlón, como diciendo: «¿En serio? ¿De ESO quieres hablar?».

Y razón no le faltaba, pero es que fue lo primero que me vino a la mente. Seguía sin tener del todo claro si lo del bingo era broma o no.

—No. Pensé que así les daría un poco de tregua a los ancianos para que no pierdan siempre.

—Guau. Ganar a un montón de personas de ochenta años tiene que ser superemocionante.

—La cuestión es ganar.

Cómo no. Vuk no podía responder otra cosa.

—¿Crees que podrías llevarme algún día? —le pregunté—. Hace siglos que no juego al bingo.

—¿Me lo estás preguntando porque quieres ir de verdad o porque no te crees que yo vaya?

—Por las dos cosas.

Se le dibujó una ligerísima sonrisa en los labios.

—Bien. Nunca te tomes nada de lo que te diga la gente al pie de la letra.

Sacudí la cabeza.

—Qué triste, ir así por la vida...

—Puede. Pero también puede salvártela.

Vuk se me acercó. Le pasé el agua sin decir nada. Él aceptó el vaso y me rozó los dedos muy sutilmente.

A mí me dio la sensación de que me había calado hasta los huesos.

Estudié su perfil. Era como si se lo hubiesen esculpido en piedra: relieves cincelados y una frialdad remota que le servían de máscara para convencer al resto del mundo. De vez en cuando, aquella frialdad desaparecía y te dejaba atisbar, muy brevemente, al hombre que se escondía debajo.

Ahora solía ser más habitual que antes. Vuk había compartido más conmigo de lo que yo había esperado nunca, pero seguía sin saber muchas cosas. Su pasado, sus miedos, sus deseos y esperanzas...

La atracción física que sentíamos por el otro era innegable. Aun así, lo que más anhelaba yo era la parte emocional. Vuk había estado allí para mí en algunos de mis peores días a lo largo de este año y yo quería poder ofrecerle el mismo refugio a él.

La confianza era algo recíproco.

Paseé la vista por su cara, ignorando sus quemaduras para mirarlo a los ojos. Él ya me estaba mirando.

Volvió a dejar el agua en la mesa.

—Pregúntamelo.

Lo miré otra vez a los ojos.

—¿El qué?

—Lo que quieras saber. Te responderé.

El corazón me latió con fuerza. Con respecto a Vuk, todo el mundo tenía una única pregunta en mente y siempre era la misma.

Le estudié la expresión en un intento por descifrar si realmente podíamos hablar de ese tema o si es que simplemente se estaba burlando de mí.

Pero Vuk era Vuk. No me tendería la mano para luego apartarla.

—¿Qué pasó?

En general, la historia que escondían sus cicatrices seguía siendo un misterio para casi todo el mundo. Jordan se negaba a hablar de ello y nadie se atrevía a preguntárselo directamente a Vuk. Se rumoreaba de todo, desde hipótesis realistas (como que se había tratado de un accidente aparatoso) a otras más quiméricas (como que Vuk había trabajado para la CIA y los enemigos lo habían capturado y torturado).

Me daba a mí que la historia verdadera caía en algún punto entremedio.

Una luz grisácea se coló a través de la ventana y le tiñó la cara de sombras. Vuk guardó un largo silencio. Cuando habló, lo hizo vacilante y con la voz áspera:

—Tuve un... roce con viejos conocidos al terminar la universidad. Y acabé con esto. —Se señaló el cuello y la cara y volvió a guardar silencio.

Esperé, paciente.

—Había salido a celebrarlo con mi hermano la noche antes de la ceremonia de graduación —prosiguió al fin—. Lazar no fue a la universidad; a él nunca le interesaron los estudios, pero estaba orgullosísimo de mí. Estábamos en casa, bebiendo, y los otros entraron a la fuerza. Porque yo tenía algo que querían. Me negué a decirles dónde estaba; nos habrían matado igual por más que se lo hubiese contado. Así que ataron a mi hermano y lo torturaron.

El terror se apoderó de mí e inhalé con fuerza.

Vuk hablaba de aquellos acontecimientos con una frialdad cínica. No obstante, en los ojos le centelleaba una pizca de rabia bien arraigada.

—Me peleé con ellos con todas mis fuerzas, pero ellos contaban con un factor sorpresa. Le prendieron fuego a la casa para encubrir sus huellas. Cuando los subyugué, ya era demasiado tarde. El fuego se había esparcido a toda velocidad y enseguida se fue todo al traste. Adiós a mi casa. Adiós a mis efectos personales. Adiós a mí... —se le tensó el cuello— hermano.

Seguía con una expresión estoica, pero sus palabras iban cargadas de agonía.

Se me partió el corazón en dos.

—Vuk... —exhalé, demasiado atónita como para poder formular una respuesta como tal.

Había dado por sentado que su hermano murió a causa de alguna enfermedad o en un accidente. Jamás de los jamases me habría imaginado algo así. La absoluta brutalidad de lo que sucedió realmente era inconcebible.

—Si sobreviví fue solo porque lo abandoné —confesó en un tono lúgubre—. Intenté salvarlo, pero se había quedado atrapado bajo una viga que había caído. No pude sacarlo de ahí. Me dijo que ya era demasiado tarde para él, pero que yo todavía tenía la posibilidad de sobrevivir; que, si me quedaba, él jamás me lo perdonaría. Así que lo abandoné entre las llamas.

Era evidente que Vuk seguía fustigándose por aquello. Y no lo culpaba. La culpabilidad siempre encuentra la forma de ganarle el pulso a todo lo demás, incluso a la lógica. Sobre todo a la lógica.

—No fue tu culpa —le dije—. Si no te hubieras ido, os habríais quedado atrapados los dos.

Lo dije así porque fui incapaz de decir «muerto». Al pensar que podría no haber conocido a Vuk jamás (que, ahora mismo, Vuk podía no existir), se me cerraron los pulmones.

Él volvió a tragar saliva.

—Puede.

—¿Qué les pasó a tus... conocidos? —me aventuré.

Me había dicho que los había subyugado. ¿A qué se refería con eso?

A Vuk no le cambió lo más mínimo la expresión al responder:

—Se hizo justicia.

Eso me recordó a la conversación que habíamos mantenido en el Valhalla:

«Wentworth ha desaparecido. ¿Tú no tendrás nada que ver con eso, por algún casual?».

«No. Pero supongo que se habrá hecho justicia».

Noté que se me ponía la piel de gallina a la altura de los brazos y de los hombros. Vuk no estaba hablando de la policía.

No le pregunté qué entendía él por *justicia*. Prefería no saberlo.

Coloqué la mano encima de la suya sin pensarlo. Él bajó la vista y se le tensaron los hombros; entonces exhaló con discreción y se fue relajando otra vez, despacio.

—Gracias por contármelo —le dije con un hilo de voz—. Sé que no es fácil.

Sonaría a cliché, pero lo dije muy en serio. En los últimos meses, nuestra relación había sufrido varios cambios pero, hasta la fecha, ese había sido el mayor de todos.

Vuk se había abierto conmigo por voluntad propia. Si eso no era indicio de que me tuviera confianza, no sé qué sería.

Para mí, valía muchísimo más que cualquier regalo.

—Nunca le había contado a nadie los detalles de lo ocurrido. Ni siquiera a Jordan. O a mi personal.

Eso lo signó y, luego, aclaró en voz baja:

—Solo a ti.

Sentí cierta calidez en el pecho.

—¿Por qué a mí sí?

—Ayana —pronunció mi nombre como si fuera una plegaria y una maldición a la vez—. Ya lo sabes.

Algo cambió. Sus palabras se llevaron la melancolía y la reemplazaron por una sensibilidad agonizante.

El recuerdo de aquel beso se abrió paso entre los dos con una doliente dulzura. Yo había visto ya muchas películas para saber que las aventuras de este tipo se suponía que eran algo apasionado y que estaban repletas de chispa y espontaneidad. De eso, en el Valhalla, había habido de sobra.

¿Esto, en cambio? Esto era una intimidad completamente distinta.

Tenía a Vuk tan cerca que hasta podía estudiarle minuciosamente las cicatrices. Sus hombros me bloqueaban el resto de la habitación, de modo que tuve la vertiginosa sensación de que, más allá de esa esquina, no había nada.

Solo existíamos él y yo. Su presencia se adueñó de absolutamente todas las moléculas que impregnaban el aire e hicieron que me ardiera el cuerpo. Era como si me hubiese pasado la vida hibernando y su cercanía fuese justo lo que necesitaba para volver a la vida.

El pulso me latía a un ritmo frenético en la base del cuello.

Se suponía que debía sentirme así con mi prometido, no con su mejor amigo. Sin embargo, en lo concerniente a Vuk, yo ya hacía mucho que había dejado ese «se supone que...» atrás.

Alargué el brazo y le acaricié las quemaduras que le invadían el cuello. Aquella piel gruesa y más rugosa que el resto me abrasó la

punta de los dedos.

Dijo que a quien habían torturado había sido a su hermano, pero el patrón de sus quemaduras indicaba que se había ahorrado ciertos detalles cruciales de la historia (como, por ejemplo, que alguien le ató una cuerda al cuello y le prendió fuego a esta).

Vuk debió de escaparse con la rapidez suficiente como para evitar sufrir daños vocales irreversibles, pero las huellas de lo ocurrido eran notorias.

—¿Te duele? —le pregunté con un hilo de voz bajo aquel silencio.

Vuk apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

Le recorrí el cuello y la línea de la mandíbula con los dedos.

Tenía la mirada perdida, pero, cuando llegué a la cicatriz que tenía al lado de la boca, tragó saliva y se le movió la nuez con fuerza.

Le acaricié la piel rugosa con el pulgar.

—¿Y aquí? —pregunté en voz baja.

Volvió a negar con la cabeza; esta vez, más lento.

Dejando de lado el sonido de mi voz y los fuertes latidos de mi corazón, el aire que nos envolvía era tan tenso que la más sutil brisa podría partirlo en dos.

El corazón empezó a latirme con más ímpetu todavía.

Le aguanté la mirada mientras me inclinaba y le besaba la comisura de los labios, despacio y con dulzura. Reposé los labios en la cicatriz y deseé poder arrancarle el dolor y el sufrimiento que la acompañaban.

Yo no poseía el poder necesario para lograr algo así, pero sí podía darle esto: la posibilidad de crear nuevos recuerdos con los que reemplazar los dolorosos.

Un escalofrío lo recorrió entero.

Me aparté. Seguí mirándolo a los ojos mientras me llevaba los dedos a la otra mano y me quitaba el anillo, poco a poco.

Dejé que cayera contra la moqueta con un discreto golpe.

A Vuk se le ensombreció la mirada.

No se movió. No me tocó. Aunque sí que cerró los puños muy discretamente, sin llegar a apretarlos, en cuanto me deslicé el cárdigan por los hombros.

Acabó en el suelo, justo encima del anillo, tapándonoslo para que no lo viéramos.

Y yo me quedé con solo un vestido corto de seda. Ni zapatos ni jersey ni diamante.

Había mil razones por las cuales no debería hacer aquello; sin embargo, todas ellas perdían fuerza en cuanto las comparaba con la única razón por la cual sí debería. Estar con él era lo único que me había hecho sentir verdaderamente feliz en mucho, muchísimo tiempo. Si no aprovechaba ahora, no me lo perdonaría jamás.

Y si eso significaba que estaba siendo una egoísta, pues vale.

—Para —me detuvo Vuk con la voz rasgada.

«Para». Ya me lo había dicho antes y en ese momento le creí tanto como ahora.

Para muestra, la forma en que me miraba: como si le doliese físicamente apartarme los ojos de encima pero como si no pudiese soportar mirar a otra parte porque eso le dolería todavía más.

Lo reté:

—Pues vete.

Se quedó.

Fuera se iluminó el cielo con un relámpago. Noté el frío cristal en la espalda, pero yo estaba que ardía.

—No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo, *srce moje* —dijo con un tono letalmente dulce.

Srce moje. No sabía qué significaba, pero el sonido de sus palabras me recorrió por dentro con una lánguida calidez.

—Una vez me dijiste que dejara de disculparme —respondí jadeante—. Lo haré si tú dejas de decirme lo que debería querer.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó con un oscuro tono de voz.

Se me erizó todavía más la piel. La fogosidad se me fue acumulando en lo más bajo del abdomen, ardiente y cargada de necesidad.

Cuando me preguntó algo parecido en el Valhalla, me quedé sin palabras. Ahora, me salieron sin problema:

—A ti —respondí irredenta y con descaro—. Quiero estar contigo.

El control que había exhibido Vuk hasta entonces estalló.

Se movió con tanta rapidez que no tuve ni tiempo de inhalar antes de quedar atrapada entre la ventana y los fuertes y firmes músculos de su cuerpo. Su boca quiso adueñarse de la mía y yo separé los labios encantada por él, embriagada con su sabor y su limpio y vertiginoso aroma.

Mis caderas se mecieron hacia delante sin pudor alguno en busca de su erección. Vuk me hundió los dedos en el pelo y yo lo agarré por los hombros. Nuestra agitada y jadeante respiración impregnó el aire y no hizo sino avivar aún más el fuego que me corría por las venas.

Me daba igual dónde estuviéramos, que nos pudiera ver alguien o lo que sucediese después. Este beso era una revelación brutal y devota a la vez, y yo necesitaba más.

Vuk me mordisqueó el labio inferior. Aquella sutil punzada me bajó directa a la entrepierna.

—¿Qué más quieres? ¿Quieres que te folle, Ayana?

Dios. La obscena rudeza de sus palabras hizo que la lujuria que sentía se disparase al máximo. La humedad se me fue acumulando

en la entrepierna y asentí; tenía la boca demasiado seca como para poder pronunciar nada.

Él gruñó y soltó una contundente palabra en serbio antes de agarrarme el dobladillo del vestido y levantármelo por encima de la cintura. Eché la cabeza hacia atrás y solté un discreto gemido cuando Vuk me pasó los dedos por mi húmedo sexo, muestra evidente de la necesidad que sentía.

—Dímelo —me ordenó.

—Quiero que me folles —jadeé cuando ejerció presión contra mi sexo.

El placer se me coló en las venas y una ola de calor me abrasó entera.

Ya no había lugar para la timidez. Necesitaba desesperadamente algo que saciara aquel doloroso vacío que sentía en la entrepierna.

—Mira qué húmeda estás. —Me echó las bragas a un lado y me frotó mi empapado e hinchado clítoris con el pulgar—. Joder, cuántas ganas le tienes a mi polla, *srce moje*.

Se me escapó un desesperado gemido. Intenté frotarme con él, pero Vuk me inmovilizó las caderas con una mano mientras me provocaba con la otra. Frotándome, acariciándome, matándome mientras alternaba unos roces ligeros como una pluma con otros despiadados.

La presión que sentí aumentó, disminuyó y volvió a aumentar en un círculo vicioso que me llevaba constantemente al límite. Ya no estaba húmeda: estaba empapada. Los jugos fueron resbalándome por los muslos y se me pegaron a la piel; debía de tener una pinta lamentable. De piernas abiertas y despeinada: la pura imagen del abandono desenfrenado.

—Por favor. —Volví a menear las caderas, pero no hallé la fricción suficiente para ponerle fin a aquella tortura—. Vuk, por favor...

Él gruñó.

—Abre la boca —me obligó con la voz sutilmente tensa, aunque en cierto modo controlada.

Tenía la mente tan nublada que obedecí sin protestar. Al cabo de un segundo, él me metió dos dedos empapados en la boca. El agridulce sabor de mi propia excitación me inundó las papilas gustativas.

Ante el *shock*, solté un grito sordo. Me sonrojé de la vergüenza; sin embargo, bajo aquella sensación, se escondía algo más: una especie de deseo oscuro. Uno que quería más.

—¿Ves a qué sabes, *srce moje*? —Vuk me miró fijamente a los ojos—. A eso sabes cuando me deseas. No cuando deseas a cualquier otra persona. Cuando me deseas *a mí*. —Me hundió todavía más los dedos. Me atraganté y se me llenaron los ojos de lágrimas—. Eres mía, Ayana. *I teško onom koji pokuša da mi te uzme.*

Me quitó la mano de la boca y la bajó. Cuando por fin (¡por fin!) me coló dos dedos en la hendidura, gemí. Todavía los tenía húmedos con mi propia saliva.

Hacía tantísimo tiempo que no mantenía relaciones sexuales que incluso noté cómo se me ensanchaba el sexo teniendo solo dos dedos en mi interior; aun así, aquella incomodidad inicial enseguida se convirtió en un placer cegador.

Me contraje a su alrededor; necesitaba más, desesperadamente. Me agarró el cuello con la otra mano, aprovechando mientras me follaba con los dedos hasta que acabé temblando y sollozando. Veía las estrellas con cada empellón y cada vez que me sacaba los dedos de dentro sentía que todo me daba vueltas. Estaba tan húmeda que aquel obsceno chapoteo retumbaba por la sala con cada fuerte embestida de su mano.

Los jugos me chorreaban por los muslos, pero yo estaba en una nube y a duras penas me di cuenta. Nunca me había sentido tan exquisitamente desinhibida. Nunca había confiado tanto en alguien como para dejar que me vieran así ni para soltarme tantísimo.

Era embriagador.

Vuk me apretó el cuello con la delicadeza justa para no hacerme daño pero lo suficientemente fuerte como para hacerme gemir. Ahora mismo, si yo me aguantaba en esa posición era gracias a él, porque ya ni me sentía las extremidades y tenía el cerebro frito.

Aun sí, tenía la mente lo bastante despejada como para jadear cuando, poco a poco, me coló un tercer dedo.

—Dios... —Jadeé cuando se me ensanchó un poco más el sexo—. Es demasia... No pue... Ah, ¡joder!

Era imposible que el grito que se oyó cuando me hundió todos los nudillos hasta el fondo hubiese salido de mi garganta.

Sonaba demasiado necesitado y yo ya estaba tan llena que a duras penas podía respirar. Me retorcí. Las sensaciones que resultaron de aquella fricción se cargaron cualquier protesta que hubiese podido quedar en mí. Se me escapó otro gemido, todavía más cargado de necesidad que el anterior.

—Sí que puedes —dijo Vuk tranquilo.

De no ser porque era consciente de que la cosa no iba así, habría pensado que a él no le afectaba lo más mínimo. Sin embargo, el sutil tono rosado que le envolvía las mejillas y el oscuro tono de su voz evidenciaban el deseo que sentía.

—Mira cómo me chorreas en la mano. —Agachó la cabeza hasta dejar la boca a la altura de mi oreja—. Te gustaría que te follara hasta el fondo con la polla, ¿eh? —Me quitó los dedos y volvió a colármelos los tres con fuerza. Mucha. Grité y me aferré bien fuerte a sus hombros, suplicándole más en silencio—. ¿Quieres que te

empotre contra esta ventana y te folle por detrás para que nos vea toda la ciudad?

—¡Sí, sí, SÍ! —Sollocé y grité cual súplica pecaminosa—. Por favor...

—Escúchate. —Vuk me paseó la boca por el cuello. Se detuvo justo en la curva de mi cuello y me hincó los dientes en la carne, marcándome. Haciéndome suya. Aquello no debería de haberme puesto tanto—. Estás guapísima cuando me ruegas que haga que te corras.

Era demasiado.

Su tacto, aquella marca, la obscenidad de sus palabras... Se me fue formando una bola de fuego en la parte baja del vientre y el orgasmo detonó. Convulsioné a su alrededor y, al soltarme, lancé un fuerte y agudo grito. La ola de placer que me envolvió fue tal que me dio la sensación de que el mundo entero explotaría bajo su peso. Exploté y tanto mi cuerpo como mi mente estallaron en un caleidoscopio de sensaciones.

Fue azotándome una ola tras otra. Me había convertido en miles de pedazos de confeti que revoloteaban por el aire hasta que el subidón por fin cedió y, poco a poco, fui volviendo a la realidad.

Me dejé caer contra la ventana con la respiración andrajosa.

Vuk me dio un beso en el pelo, me soltó el cuello y me quitó los dedos con un húmedo sonido. Apoyó la frente en la mía. Él también tenía la respiración agitada. Notaba su empalmadísima polla en el vientre.

—No te has...

—¿Corrido? —terminó la frase con un tono de voz que me dijo que tenía una sutil sonrisa en los labios—. No.

—Creo que podemos solucionarlo.

Yo seguía flotando en la languidez derivada de mi orgasmo. Atrevida, acerqué las manos a la hebilla de su cinturón, pero Vuk me agarró por la muñeca para detenerme.

Levanté la vista, confundida. Al ver su seria expresión, la inquietud se adueñó de mí.

—Cancela la boda —dijo con un tono de desesperación muy sutil bajo aquella firme orden.

Me dio un vuelco el estómago.

Al oírlo mencionar la boda, la calidez poscoital desapareció y una fría ráfaga de aire se me coló en los pulmones.

—No puedo —susurré, y las palabras me dejaron un amargo sabor en la boca.

Vuk se quedó con expresión neutral y el frío que yo sentía aumentó.

—¿No puedes o no quieres?

Negué con la cabeza y las emociones se me amontonaron en la garganta.

—No lo entiendes.

¿Cómo podía contarle la situación en que me hallaba? Bastante lío tenía yo ya. Faltaban *dos semanas* para la boda. Por más que quisiera estar con Vuk, no podía dejar a Jordan tirado de esa forma. Había firmado un contrato, le había hecho una promesa; se lo debía.

Aunque... tal vez podía conseguir estar con Jordan en público y quedar con Vuk en privado.

Vuk me soltó la muñeca y dio un paso atrás. Respondió en señas:

—Pues ayúdame a entenderlo.

Ya volvía a tener la mirada perdida. Remota. ¿Cómo podía ser que la cosa hubiese cambiado tan deprisa? Su visita había sido una montaña rusa de emociones y no conseguía seguirle el ritmo.

Me erguí y me arreglé mientras intentaba ordenar mis pensamientos para que fueran más o menos coherentes.

—He... —titubeé.

No podía contarle lo de mi acuerdo con Jordan. Era más secreto de Jordan que mío y no pensaba compartirlo sin su permiso.

Además, por más que me retractara y cancelara la boda, ¿de qué serviría? Necesitaría la ayuda de Vuk para poder rescindir el contrato con Beaumont, de modo que estaría cambiando una deuda por otra.

Confiaba en Vuk. Me ayudaría y dudaba que fuera a echármelo en cara. Sin embargo, seguiría habiendo un desequilibrio de poder y me negaba a pedirle a otra persona que viniera y se ocupara de mis problemas. Así era como había acabado yo con Beaumont, para empezar.

Con Jordan, al menos, los dos salíamos ganando. Me necesitaba tanto a mí como yo a él.

Tenía que solventar aquel dilema yo solita. Me lo debía a mí misma.

—Jordan y yo llegamos a un acuerdo —le conté por fin—. No estamos enamorados, pero acordamos que podíamos... quedar con otras personas... —se me fue apagando la voz al ver la tormenta que iba formándose en los ojos de Vuk.

—Si no estáis enamorados, ¿por qué cojones os casáis? —me preguntó.

Exhalé temblorosa.

—No puedo decírtelo, pero hay un motivo. Te lo prometo.

Detestaba encontrarme en esta situación. Sabía que en algún momento tendríamos que hablar del tema, pero estaba siendo más duro de lo que me había imaginado.

Lo peor era que entendía a Vuk. Si yo fuera él, también estaría confundida y mosqueada.

Quien recurrió a él tras el incidente con Wentworth fui yo. Quien le pidió que me besara en el Valhalla fui yo y quien lo había invitado a un *hotel* justo antes de casarme también había sido yo. Con razón Vuk pensaría que iba a cancelar la boda con Jordan.

La culpabilidad fue carcomiéndoseme bajo una capa de desdicha.

Me había permitido ser egoísta por una vez en la vida, pero cuando hacías lo que querías pasaba esto: que el subidón no te preparaba para el inevitable impacto que vendría después.

—O sea, que me estás hablando de una aventura —volvió a señalar Vuk con un tono de voz bajo, aunque ahora no me habló con dulzura, sino con desdén—. ¿Por eso me has pedido que viniera aquí? ¿Para ver si te follaba lo suficientemente bien como para tenerme ahí mientras vives tus sueños de dama de la alta sociedad con Jordan?

—¡No! —Las lágrimas me escocían en los ojos—. No es por eso. Quiero estar contigo.

—Pero no vas a dejar a Jordan.

—No puedo —respondí, y se me rompió la voz.

Se me escapó una lágrima y me fue bajando mejilla abajo. Vuk la recorrió con la mirada y apretó la mandíbula a más no poder.

Su gélida actitud escondía algo que era peor aún que el desdén: dolor. Y se lo había causado yo.

La pena me inundó el pecho. Como fui incapaz de inhalar el aire suficiente como para ganarle el pulso a aquella abrumadora ola de autodesprecio, me quedé ahí, con la cara empapada por culpa del arrepentimiento, mientras Vuk volvía a agachar la cabeza y a acercarla a la mía.

—Deberías saber una cosa sobre mí, Ayana. Solo una —dijo rozándome el oído con el aliento—. Yo. No. Comparto.

Y se fue.

Cerró de un portazo y yo volví a quedarme ahí sola, envuelta por el frío.

27

Vuk



El día de la boda de Jordan y Ayana amaneció soleado y fresco. Estábamos a unos veintipico grados, el cielo estaba despejado y el sol brillaba en lo alto.

Por cruel capricho del destino, el peor día de mi vida resultó ser uno de los más bonitos que había visto Nueva York en todo el año.

Me quedé mirando por la ventana con los dientes apretados. Detrás de mí, Jordan y los demás testigos se preparaban, relajados, para la ceremonia. Faltaba solo una hora.

Era como si tuviese una abrazadera de hierro estrujándome el cuello. Quería tirarlos a todos por el puto balcón.

«Cancela la boda».

«No puedo».

Hacía dos semanas de mi encuentro con Ayana en aquella *suite* de hotel y seguía teniendo aquellas dos palabras grabadas a fuego en el cerebro.

«No puedo».

¿Por qué cojones no podía? ¿Qué era tan jodidamente importante como para desperdiciar su vida casándose con un hombre al que no amaba y que tampoco la amaba a ella?

La intriga me fue carcomiendo tanto y se me fue pudriendo tantísimo el humor que nadie se atrevió a acercárseme, a excepción de Jordan.

Habría vuelto a insistirle con el tema, pero no soportaba hablar con él a no ser que tuviese que hacerlo sí o sí. Tanto por mi resentimiento hacia su papel en todo esto como por el autodesprecio que sentía por lo que yo había hecho.

Aún oía los gemidos de Ayana. Alejarme mientras ella lloraba casi me mata, pero no podía quedarme. Aunque tampoco podía sacarle una respuesta en claro a Jordan a menos que le contara lo ocurrido, cosa que afectaría a la relación entre Ayana y él; y también a la mía.

Así que aquí estábamos. A una hora del apocalipsis.

La presión que notaba en el pecho fue ensanchándose cada vez más hasta casi sofocarme.

—Vuk. —La voz de Jordan hizo que volviera a centrar mi atención en él—. ¿Estás preparado? Ya casi ha llegado el momento.

Me di la vuelta. Al verlo engalanado para la boda, me dio un tic en el ojo.

Los demás testigos habían desaparecido. No me había dado ni cuenta de que se habían marchado, aunque no podía importarme menos dónde se hubieran ido.

—Hoy es un día importante.

Estábamos en un hotel de lujo cerca de la iglesia donde tendría lugar la ceremonia. Habían invitado a menos de cincuenta personas a la boda en sí y la mayoría eran los familiares y amigos más cercanos de Jordan y Ayana.

La *suite* nupcial estaba dos pisos por encima del cuarto donde nos encontrábamos nosotros. Ahora mismo, Ayana estaba ahí, preparándose para casarse con otro hombre.

Un sabor cobrizo me inundó la boca. Desde nuestro encuentro en el hotel, no había vuelto a confiar en mí para hablar con ella. Me había pasado las dos últimas semanas intentando encontrar la forma de desenzarzarme de ese lío; sin embargo, a menos que la secuestrara, tenía las manos atadas.

Aunque se me había pasado la idea por la cabeza. En varias ocasiones. De no ser por lo de La Hermandad y demás mierdas que me iban jodiendo la vida, me lo habría planteado en serio.

—Deberíamos ir preparándonos todos —señaló Jordan, que parecía no haberse ni percatado de mi tumulto interno—. Tendremos que bajar pronto para socializar con los invitados antes de la ceremonia. Falta menos de una hora para...

—No tienes por qué casarte con ella.

Las palabras se me escaparon en medio de aquel ensordecedor silencio.

Jordan se me quedó mirando boquiabierto. No sabía si estaba más estupefacto por mi declaración en sí o por el hecho de que hubiese hablado.

Desde que había muerto mi hermano, me había comunicado verbalmente con Jordan en alguna que otra ocasión. No obstante, desde que me contó que se casaría con Ayana, yo no había vuelto a pronunciar ni una sola palabra.

Al final, cerró la boca y preguntó:

—¿De qué me estás hablando?

—Si no la quieres, no tienes por qué casarte con ella.

He ahí mi último intento desesperado por solucionar las cosas de forma cordial. Se lo debía a mi amigo.

Aun así, ahora que lo veía vestido con su esmoquin hecho a medida y esa puñetera flor de ojal, la envidia que sentía era tan sofocante que casi me ahogo en ella.

Quería arrancarle la flor del ojal.

Quería obligarlo a que me contara por qué estaba empeñado en seguir adelante con la farsa aquella de la boda.

Quería subir escaleras arriba, coger a Ayana y hacerla absolutamente mía delante de todas las malditas personas que estaban ahora mismo en el edificio para que le quedase más claro que el agua a todo el mundo que era mía. SOLO mía.

En parte (una muy pequeña), me había sentido tentado de aceptar la propuesta de tener una aventura. La deseaba tantísimo que me aferraría a lo que fuera con tal de tenerla.

Sin embargo, había ganado la otra parte, que era mucho más grande. No por una cuestión moral ni por mi amistad con Jordan, sino porque yo era demasiado egocéntrico como para compartir, joder.

Cuando dije que quería a Ayana me refería a que lo quería TODO de Ayana. Quería todas sus sonrisas, todas sus lágrimas, todos sus suspiros y gemidos. Ayana me consumía en cuerpo y alma y, a cambio, me negaba a conformarme con menos.

—Dios... No volvamos ahora con esto. —A Jordan le tembló su incrédula risa con una pizca de nervios—. ¿Quién dice que no la quiera?

—¿La quieres?

Se me quedó mirando. Tras un minuto, Jordan empezó a asimilarlo todo.

Lo conocía bien, pero él también me conocía a mí. A veces se me olvidaba.

Al final, Jordan lo entendió. Entendió por qué estaba yo tan ensimismado en lo que sentía él por Ayana, por qué había decidido hablar de esto hoy en especial... Se cristalizó todo en un destello que le atravesó la mirada.

—Vuk —pronunció mi nombre en una mezcla de terror y comprensión.

Volví la cabeza de repente y miré de nuevo a través de la ventana. Los hirvientes celos que notaba en mi interior alcanzaron el punto de ebullición. Como siguiera mirándolo, haría algo de lo que luego me arrepentiría.

Jordan se me acercó y se quedó mirando las ajetreadas calles que quedaban a nuestros pies. Una fila de taxis avanzaba por delante del hotel cual ejército de hormigas amarillas.

—¿Desde cuándo?

Ni siquiera me molesté en negarle lo que ahora ya sabía. Habíamos llegado a un punto en el que las mentiras ya no servían para nada.

—Hace bastante.

Me quedé prendado en cuanto la oí reír en aquel maldito programa de televisión hacía años. Por aquel entonces, Ayana empezaba en el mundo de la moda; sin embargo, su forma de hablar y de comportarse tenían algo que me caló bien hondo y ya luego se negó a abandonar mi cuerpo.

Ayana irradiaba autenticidad y tenía una sonrisa que hacía que me entrasen ganas de sonreír a mí también. Y yo odiaba sonreír, hostia.

Pensé que mi reacción no había sido sino algo puntual. En aquella época, yo aún estaba construyendo Fincas Markovic y no tenía ni el tiempo ni las ganas de obsesionarme por una mujer a quien no conocía.

Pero no podía quitármela de la cabeza. Así pues, una noche asistí a propósito al mismo evento al que iría ella para demostrarme que no podía ser tan cautivadora. Cualquiera podía venderse cual diosa a través de una pantalla; vender una mentira así en la vida real ya era más complicado.

Y tuve razón. Ayana no era igual que en televisión: era mejor. Brillaba más, era más encantadora; más *real*. No me acerqué a ella, pero sí observé y escuché.

Después de aquella noche, seguí todas sus apariciones y me empapé de todas sus entrevistas. Cada nuevo detalle que descubría, ya fueran fotos de su intercambio universitario en Irlanda o de la extraña pasión que tenía por hacer punto, me atrapaba cada vez más bajo su hechizo. Ayana siguió manteniéndose igual de auténtica incluso después de alcanzar la fama.

Era una gota de color en medio de mi grisáceo mundo y me capturó sin que yo me diera cuenta. Ya no había vuelta atrás.

Y entonces Jordan me contó lo de su compromiso y yo me fui muriendo por dentro.

—Nunca me dijiste nada —evidenció en voz baja—. Hostia, pero si llevamos un año y medio comprometidos y no me has dicho nada. ¿Y ahora me lo dices para que cancele la boda a una hora de la ceremonia? —me preguntó con un tono que denotaba una pizca de cabreo y otra de incredulidad.

Lo miré. Lo había traicionado de varias formas, pero él tampoco había sido sincero conmigo.

—No te dije nada porque pensaba que lo que sentías por ella era real. ¿Lo es?

—Eso da igual.

—¡Claro que no, *joder*! —estallé. La frustración ardía dentro de mí y me pedía a gritos que la dejara salir—. Dime la verdad. Basta de mentiras. ¿*Por qué* te casas con ella?

A Jordan le centelleó la mirada. Abrió la boca como si tuviera la intención de rechistar, pero se le hundieron los hombros y fue como si se desinflara ante mí.

Tras un largo silencio, señaló:

—Ya sabes que mi abuela está enferma. Lo que no sabes es que en su testamento incluyó una condición: si no me casaba antes del año que viene, perdería mi herencia. Toda. —Se frotó la cara con una mano—. No solo el dinero, Vuk. La empresa también. El legado de mi familia. Si no me caso, lo traspasará todo.

Dios. Orla Ford era influyente como la que más, pero esto era extremo incluso para ella.

—Soy su único nieto. Su único heredero. Y mi abuela prefiere ponerle punto final al legado de los Ford que dejármelo a mí si no hago lo que quiere. Así que se me ocurrió un plan. —Jordan tomó una profunda bocanada de aire—. Le pregunté a Ayana si estaría dispuesta a contraer un matrimonio de conveniencia. Fingiría ser mi mujer durante cinco años a cambio de diez millones de dólares. Me dijo que sí y bueno... —Se señaló a sí mismo—. Aquí estamos.

Me daba vueltas la cabeza.

Su relación había sido una farsa desde el principio. Pensé que se habían metido en todo esto con las mejores intenciones y poco a poco me fui dando cuenta de que no sentían nada romántico por el otro, pero jamás me habría imaginado esto.

—¿Por qué no buscaste a alguien con quien quisieras casarte de verdad? Has tenido años para encontrar a la persona —señalé.

—Porque nunca la encontraré —dijo Jordan con una delicada sonrisa en los labios—. No me interesan las relaciones románticas. Nunca me han interesado y nunca me interesarán.

Tardé un segundo en entender qué estaba intentando decirme. Cuando lo pillé, exhalé con fuerza.

Debería haberlo sabido. Eso explicaba la apatía que mostraba Jordan hacia tener pareja y hacia el sexo en general, así como su reticencia a la hora de meterse en una relación a largo plazo. A menudo parecía que le despertara más interés lo que iba a cenar que el ligar con alguien.

Ahora lo entendía.

—Justo —dijo cuando me vio la cara al asimilar sus palabras—. Ahora entiendes por qué mi mejor opción era casarme con alguien que me cae bien. Hace años que Ayana y yo somos amigos. Ayana es... de todas las opciones, la menos mala.

«La menos mala».

Me hirvió la sangre. Ayana se merecía ser la MEJOR opción. De hecho, no había más opciones. Estaba ella y nadie más.

Descubrir la razón que se escondía tras su matrimonio no hizo que disminuyera mi empeño, sino que lo acrecentó.

—Yo te doy los ciento veinte millones.

Jordan desvió la vista hacia mí en el acto y preguntó:

—¿Qué?

—Es el valor total de tu herencia. —La cabeza me iba a mil por hora y ya estaba pensando en los pasos que tendría que dar a continuación. Debíamos ocuparnos de todo rápido para poder cancelar la boda. Dejaríamos a los invitados desconcertados, pero estaba convencido de que se nos ocurriría alguna historia creíble

para justificar por qué Jordan y Ayana ya no iban a casarse. Había un montón de parejas que se echaban atrás en el último momento —. Ciento veinte millones de dólares. Si cancelas la boda, mañana por la mañana tendrás la suma entera en tu cuenta bancaria.

Mi contable me arrancaría la cabeza y yo tendría que mover unos cuantos hilos para poder transferirle tantísimo dinero de la noche a la mañana.

Pero me daba igual. Si hacía falta, pagaría incluso el triple.

Ayana lo valía.

En lugar de mostrarse aliviado, a Jordan se le ensombreció la expresión:

—No pienso aceptar tu dinero. ¿No has oído lo que te he dicho de la empresa? No es solo por los ciento veinte millones. No pienso ser el Ford que pierda el legado familiar.

—Estoy seguro de que podemos encontrar la forma de que puedas seguir siendo el dueño de la empresa.

Joder, si es que le compraría el puto negocio y se lo regalaría luego. A los accionistas no les haría ni pizca de gracia, pero yo lo plantearía de tal modo que no lo pudieran rechazar.

—No *vamos* a hacer nada. *Me voy* a casar y punto.

El enfado le ganó el pulso a la incredulidad. ¿Por qué me lo estaba poniendo tan difícil cuando mi solución era, clarísimamente, la mejor alternativa para todas las partes involucradas?

—Pero ¡si tú ni siquiera quieres casarte!

—Puede que no, pero voy a hacer lo que me toca. —Se le pusieron los nudillos blancos—. Yo no soy una obra benéfica, Vuk. Puede que tengas cientos de millones para ir repartiendo por ahí, pero no necesito que vengas a salvarme como si fueras el puto Supermán.

Y entonces me di cuenta de otra cosa.

Esto no era por la empresa. Al menos, no del todo. Era una cuestión de orgullo y ego. Jordan no soportaba aceptar dinero de alguien porque se suponía que el niño predilecto era él.

No lo culpaba. De estar en su misma situación, a mí también me molestaría que me hicieran semejante propuesta. Detestaba que se compadecieran de mí.

Sin embargo, su orgullo era lo único que me impedía estar con Ayana, y eso era inaceptable.

—No es una cuestión de caridad —señalé con un tono de voz lo más controlado posible para no estallar ante él.

—¿Y entonces qué es? ¿Una retribución por la pasta que te dejé cuando íbamos a la uni? —Jordan negó con la cabeza—. Si no te hubiese salvado la vida, tú ahora no estarías aquí, ¿no?

Enmudecí.

Con el paso de los años, había acabado disfrutando de su compañía y valoraba mucho su amistad, pero ahí tenía razón. De no ser porque me había salvado la vida, nunca habríamos forjado amistad alguna. Y, en el caso de que sí hubiese ocurrido, yo no me habría esmerado en seguir manteniendo dicha amistad al terminar la carrera.

—Eso me da igual. Las cosas son como son —prosiguió—. Pero ¿hasta qué punto te importa nuestra amistad si te has pasado todo este tiempo sin decirme que estabas enamorado de Ayana?

Me estremecí en un acto reflejo. ¿Enamorado?

Fascinado, así me sentía por ella. Ensimismado. Obsesionado hasta la médula; tanto que, en ocasiones, no podía ni respirar.

Ahora bien, ¿enamorado? Si yo ni siquiera sabía lo que significaba esa palabra.

—Todos tenemos nuestros secretos —gruñí—. Tú me hiciste pensar que os casabais por amor y no me dijiste absolutamente

nada de por qué no tienes pareja. Visto así, ¿quién es el que ha estropeado la amistad?

—Tenía razones para hacerlo —contestó Jordan sonrojado—. No supe por qué no me... interesaba acostarme con nadie ni tener ninguna relación amorosa hasta hace un par de años. Simplemente pensaba que todavía no había encontrado a la persona adecuada. Y como mi abuela se enterase de mi acuerdo con Ayana sería el fin, joder. Ya sabes que tiene ojos y oídos en todas partes.

—¿Y yo también entro en el saco?

Apartó la mirada.

—No podía arriesgarme. Acordamos con Ayana que no se lo diríamos a nadie —señaló marcando bien esa última palabra—. Ni a nuestras familias ni a nuestros mejores amigos. Había demasiado en juego.

Apreté los dientes. No sabía si sucumbir a la necesidad que sentía de pegarle una buena sacudida o empatizar con él.

No tenía tiempo ni para una cosa ni para la otra. Las agujas del reloj iban avanzando y ya casi eran y media. Teníamos que ponerle fin a esto de una vez por todas.

—Acepta el dinero, Jordan —le dije.

Se puso más serio.

—No. Entiendo que sientas algo por Ayana, pero no siempre puedes tener todo lo que quieres. Si de verdad la quieres, habrías dicho algo antes. No habrías esperado al último momento.

La amargura de sus palabras me dejó en *shock* hasta que las entendí.

Cuando nos conocimos, Jordan era quien tenía casi siempre la sartén por el mango. Era el niño rico, popular y atractivo cuya familia llevaba generaciones estudiando en Thayer. Fue pasando de curso

en curso a sabiendas de que, cuando se graduara, tendría el mundo a su alcance.

Yo, en cambio, era el intruso: un alumno con beca que trabajaba solo y tenía varios curros para así poder pagar los gastos.

Trece años más tarde, yo tenía muchísimo más que él. Disfrutaba de mayor estatus y era más poderoso e influyente. Para él, tenía que ser un giro desconcertante de los acontecimientos.

Jordan nunca había expresado resentimiento alguno hacia mi éxito, pero que no lo mostrara de forma pública no significaba que no existiera.

Como decía: una cuestión de orgullo y ego. Incluso las mejores personas del mundo son susceptibles de caer en eso.

—Tienes razón. —Tragué saliva para deshacerme del nudo que notaba en la garganta—. Pero ahora sí te lo estoy pidiendo. No lo hagas. —Esto era lo más cerca que había estado jamás de suplicarle algo a alguien.

Se me ocurrían varias alternativas. Podía ir yo a su abuela y hablarle del acuerdo o encerrarlo a él aquí y largarme con Ayana. Podía obligarlo a punta de pistola a que hiciera lo que yo quería.

Pero jamás recurriría a nada de eso. Con él no. Había ciertos límites que ni siquiera yo cruzaría jamás.

Jordan tragó saliva y se le movió la nuez.

—Es demasiado tarde —dijo con un hilo de voz—. Lo siento.

No me preguntó qué pasaba con mi papel como padrino ni con nuestra amistad. Simplemente se marchó, sin más.

La puerta se cerró tras de sí. El minutero que antes marcaba y media fue avanzando y su tictac sutil me hizo estallar.

Enrabiado, tiré todas las copas que había encima de la mesa de un manotazo y vi cómo caían al suelo y se rompían. Ni siquiera aquel

estallido de cristales rotos sirvió para aliviar el ardor que notaba en el pecho.

Había intentado razonar con Jordan, pero no podía ver cómo Ayana se casaba con otro.

Necesitaba hablar con ella. Tenía... Joder. La necesitaba a ella. No debería haberme marchado de esa forma del hotel. Debería haberme quedado y haber arreglado todo esto como fuera. Debería haberla convencido de que este acuerdo con Jordan no merecía la pena.

El arrepentimiento se apoderó de mí.

Volví a mirar el reloj. Aún faltaban unos cuantos minutos para que empezara la ceremonia.

Salí decidido por el pasillo y fui hacia los ascensores con el pulso a mil por hora a causa de la adrenalina. Cuando estaba ya a medio camino, me sonó el teléfono de prepago, ese que utilizaba exclusivamente para comunicarme con Roman.

Joder. Si había una llamada que no podía permitirme ignorar era justamente la suya.

—¿Qué? —respondí mientras iba hacia los ascensores.

—Tenemos un problema.

Al oír su lúgubre tono de voz, me saltaron todas las alarmas.

—¿Qué clase de problema?

—Nuestro amigo tiene otras prioridades.

Traducción: las distracciones que mantenían a La Hermandad a raya habían desaparecido.

—¿Vuelve a casa? —En otras palabras: ¿volvían a ir a por mí de forma activa?

—Sí. —Roman sonaba tenso—. Sospecho que no está... satisfecho conmigo. No tengo forma de enterarme de nada en detalle.

Me mordí la lengua por no soltar un taco. La cosa no podría haber avanzado en peor momento.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero será pronto. Conociéndolo, elegirá un día en el que hayas bajado la guardia y tengas menos posibilidades de contraatacar.

Yo nunca bajaba la guardia. Incluso ahora paseé la vista por el pasillo y puse la antena por si oía la más mínima amenaza. En cuanto a lo de contraatacar, los únicos instantes en los que no podría defenderme serían si estaba durmiendo o con...

¡Mierda!

Colgué sin volver a decir ni una palabra y llamé a Sean desde el otro móvil. Respondió al primer todo.

Me ahorré las formalidades.

—Han comprometido la boda.

Tras un milisegundo de *shock* que oí desde el otro lado de la línea, Sean se recuperó y se puso en modo profesional automáticamente. Menos mal que tomé la precaución de traerme a tres hombres a la boda a pesar de las quejas de los Ford.

—Entendido —respondió, y colgó.

Miré el reloj. Faltaban diez minutos para que empezara la ceremonia, lo cual significaba que Jordan y los invitados ya estaban ahí dentro. Ayana estaría cerca.

Ojalá me equivocara, pero el instinto me decía que no.

Los de La Hermandad ya no actuaban a la vieja usanza. El incendio de La Bóveda había sido muestra suficiente. Daba igual que esto fuera una boda de suma notoriedad y que antes ellos solieran actuar en la sombra. Además, que yo no estuviera en la iglesia tampoco les impediría nada, sino que los alentaría a utilizar a las personas que me importaban para llegar a mí.

Ya lo habían hecho antes.

Noté cómo se me encogía el corazón y cómo se me instalaba un nudo en la garganta. Incluso me entraron ganas de vomitar.

Llegó el ascensor. Le di al botón del vestíbulo con fuerza. Tenía el cuerpo tan tenso que pensé que iba a explotar antes de salir de aquel cubículo.

Veinte pisos.

Diecinueve.

Dieciocho.

Cuando por fin llegué a la planta baja, me dejé de historias y eché a correr con todas mis fuerzas, ignorando los gritos y maldiciones de la gente con quien me crucé.

La adrenalina me energizaba, pero la sensación que notaba en el pecho seguía siendo amenazante.

«Que no sea demasiado tarde, por favor...».

28

Ayana



—¿Estás bien, Ayaniye? —me preguntó mi madre. Eso de combinar la primera sílaba o las primeras dos sílabas del nombre de una persona con el sufijo «-iye» era típico en etíope y denotaba cariño; sin embargo, mi madre no me llamaba Ayaniye desde que iba al instituto. Al oír aquel apodo, la nostalgia se adueñó dolorosamente de mí—. Te noto un poco tensa.

—Estoy bien. Son solo los nervios de la boda. —Sonreí con la esperanza de que no pudiera ver más allá de la animada máscara tras la cual me escondía desde que había llegado a Nueva York.

Estábamos esperando a que nos tocara entrar en la iglesia. Las damas de honor ya estaban en fila, listas para caminar hacia el altar, pero mi madre se había quedado conmigo en lugar de ir a sentarse con el resto de la familia. Mi padre estaba de pie, a una distancia respetuosa de nosotras, para darnos espacio y que pudiéramos tener

una última charla madre-hija antes de que me convirtiera, oficialmente, en una mujer casada.

«Casada».

Al pensarlo, me dio un vuelco el estómago.

Parecerlo lo parecía. Iba con un vestido increíble, adornado con un delicado encaje floral y un vaporoso tul. El maquillaje era perfecto y llevaba el pelo semirrecogido y adornado con perlas, cortesía de Kim. Para las joyas, había optado por unos pendientes de oro y diamantes de mi madre (legado familiar).

Era la cárcel más bonita del mundo.

—Bien. —Mi madre me apretó la mano con una pizca de preocupación en la mirada. Se había hecho mayor desde que me había ido de casa: le habían empezado a salir canas y tenía unas cuantas arrugas alrededor de los ojos; aun así seguía teniendo la piel fina, de un impecable tono marrón. Me estudió con una mirada cómplice—. Hoy es un día importante. Tu padre y yo solo queremos que seas feliz.

¿Esto era lo que se decía normalmente antes de una boda o es que mi madre sabía que algo no iba bien? Pensaba que había sabido fingir bien, pero no debemos de subestimar nunca el sexto sentido de una madre.

—Ya lo sé. —Le devolví el apretón a pesar de tener las lágrimas amontonadas en la garganta.

Quería hundirme en sus brazos y dejar que me tranquilizara hasta olvidarme de mis problemas, como cuando era pequeña. Por aquel entonces, todo era fácil. No había contratos, agentes abusivos ni sentimientos rebuscados hacia cierto padrino de por medio. Mis padres me habían protegido de la fealdad del mundo.

Me deshice del pensamiento de Vuk en cuanto me vino a la mente.

No pensaba dejar que ni él ni mis sentimientos arruinasen el día. Quien había decidido meterse en todo esto era yo; ahora me tocaba apechugar. Cuando me hubiese librado de Beaumont, todo esto habría merecido la pena.

La música de la orquesta empezó a sonar más fuerte. Las damas de honor entraron en la iglesia y mi padre me hizo una señal. Ya casi había llegado el momento.

—¿Cómo supiste que papá era el definitivo? —La pregunta se me escapó de repente.

No sé muy bien a qué vino. Nunca le había prestado tanta atención al amor de mis padres. Se conocieron en un restaurante donde trabajaban los dos hacía décadas: mi padre como ayudante de cocina y mi madre como camarera. Se enamoraron enseguida y ella lo animó a que abriese su propio restaurante después de que su antiguo jefe se jubilara.

—No sabría cómo explicártelo... Simplemente lo supe —reconoció mi madre—. No es como una lista de cualidades que haya que ir tachando, *mamaye*. Es una sensación. —Me apoyó la mano en la mejilla con dulzura—. Sé que no es de gran ayuda pero, si dudas, confía en tu corazón: él siempre sabe la verdad; por más que la cabeza no lo sepa.

Sonreí e intenté respirar para aliviar el dolor que se me iba colando en el pecho.

«Cancela la boda».

«No puedo».

Volví a acordarme del dolor que le vi a Vuk en la mirada. Y me obligué a echar aquel recuerdo a un lado.

En teoría, eso de escuchar a mi corazón sonaba bien. Pero es que esto era el mundo real. No podía permitirme el lujo de ir idealizándolo todo.

Volvieron a abrirse las puertas. Mi madre fue la primera en entrar. A continuación, me agarré del brazo de mi padre, que tenía los ojos acuosos, y anduvimos hacia el altar.

Fui poniendo un pie delante del otro y me dio la sensación de estar disociándome. Al caminar, las caras de mis familiares y amigos se fueron nublando y lo único que sentía eran los dolorosos latidos de mi corazón.

Jordan estaba de pie en el altar con una expresión seria. Tenía en los labios una sonrisa de novio enamorado medio convincente.

Los testigos estaban al lado, incluido el padrino.

«No mires».

No pude no hacerlo.

Desvié la vista de Jordan al hombre que tenía al lado. Tropecé y los invitados ahogaron un jadeo antes de que volviese a recomponerme enseguida.

—¿Todo bien, *mare*? —me preguntó mi padre sin apenas separar los labios.

—Sí —mentí.

Porque era que no. Porque de pie, en el lugar del padrino y con expresión alegre aunque un tanto confundida, estaba el primo de Jordan. No había ni rastro de Vuk.

En parte, sentí cierto alivio al ver que no tendría que verlo ahí mientras pronunciaba mis votos. Sin embargo, otra parte de mí se derrumbó ante su ausencia.

A pesar de cómo habíamos dejado las cosas, esperaba volver a verlo hoy. Anhelaba su presencia al igual que un adicto anhela el próximo colocón, y ya hacía dos semanas desde mi último chute.

Tal vez fuese irracional, pero su ausencia me sentó como si no fuese a volver a verlo nunca más. Como si aquel encuentro subido de tono en el hotel hubiese sido mi última oportunidad para

aferrarme a él y Vuk se me hubiese escurrido entre los dedos sin que yo me diera cuenta.

Se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

No debería de haber dejado que Vuk se marchara. Debería... No lo sé. Debería de haber hecho algo. Explicarme mejor. Buscar alternativas distintas para que pudiésemos mantener una relación. Llamar a Jordan y preguntarle si podía contarle a Vuk lo del acuerdo.

Como mínimo, durante las semanas que siguieron a ese encuentro, debería de haberme puesto en contacto con él y haber disfrutado de unos cuantos instantes robados más con Vuk.

Ahora ya era demasiado tarde.

Conseguí llegar al lado de Jordan sin desmoronarme. Pestañeé para deshacerme de las lágrimas y sonreí con más ímpetu mientras mi padre me dejaba oficialmente en el altar.

—Estás preciosa —me dijo Jordan. Ahora que estábamos cerca, vi que tenía los ojos rojos, como si hubiese estado llorando, bebiendo o ambas cosas.

—Gracias.

Titubeé. ¿Debería preguntarle por Vuk? ¿Que Jordan pareciera tan infeliz tendría algo que ver con la ausencia de este?

Antes de que pudiera tomar una decisión, el clérigo dio comienzo a la ceremonia y todo el mundo guardó silencio.

Jordan y yo nos pusimos mirando hacia el frente. Intenté centrarme en las palabras del párroco en lugar de en el vacío que se me iba agrandando cada vez más en el pecho.

—Queridos hermanos. Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar la unión en santo matrimonio de Jordan Ford y Ayana...

Las puertas se abrieron e interrumpieron su discurso.

Me giré de repente. Por un breve aunque fulgurante segundo esperé ver a Vuk entrando decidido para impedir que nos

casáramos.

En lugar de eso, tres hombres vestidos de negro con expresión sombría empezaron a desfilar por la iglesia. Reconocí al que iba delante: Sean, el jefe de seguridad de Vuk.

Los invitados empezaron a susurrar confundidos. Mi padre se levantó y dio un paso al frente, pero mi madre lo agarró para que retrocediera.

—¿Qué hacéis? ¿Qué es todo esto? —interrogó Jordan a Sean cuando este se nos acercó.

—Siento interrumpir, señor, pero tienen que evacuar la iglesia. Ya —dijo el jefe de seguridad. Sus hombres ya estaban obligando a los asistentes, perplejos, a levantarse.

—Y una mierda. ¿Dónde está Vuk? ¿Os ha dicho él que hagáis todo esto? —A Jordan le subieron los colores—. De entre todos los...

—Señor, por favor. —Sean parecía tenso—. Han comprometido la boda. Tienen que irse ahora mismo o estarán todos en riesgo.

Entonces me fijé en la pistola que llevaba en la cadera y se me secó la boca.

¿Qué pasaba? ¿Quién había comprometido la boda? ¿Por qué había mandado Vuk a su equipo en lugar de venir él mismo?

Jordan seguía discutiendo con Sean, que tenía pinta de estar a nada de echárselo encima del hombro y obligarlo a salir a cuestas. Sus hombres habían conseguido llevar a casi todos los invitados hacia la salida.

Yo estaba a punto de intervenir y decirle a Jordan que deberíamos de salir todos y reagruparnos cuando ocurrieron tres cosas a la vez como a cámara lenta.

El pianista se levantó del asiento y sacó una pistola. El clérigo cogió a Jordan y una silueta alta y oscura entró corriendo a toda prisa en la iglesia, hacia nosotros.

Vuk. Con una expresión de pánico colosal.

Me pitaron los oídos. El tiempo volvió a acelerarse y lo que ocurrió en ese minuto se dio tan deprisa que ni siquiera pude ir asimilándolo todo.

El pianista apuntó a Vuk con el arma y uno de los seguratas de Vuk lo abordó por detrás antes de que pudiera disparar. El párroco le dio la vuelta a Jordan para utilizarlo de escudo contra la pistola con que lo estaba apuntando Sean.

El pianista consiguió zafarse del guardaespaldas. Volvió a apuntar, pero esta vez hacia el altar. Directamente a mí.

Se oyó un disparo.

Se me heló la sangre, aterrada. Debería agacharme, echar a correr o hacer lo que fuera menos quedarme petrificada, pero yo iba como a cámara lenta y la bala iría demasiado...

Alguien corpulento me echó al suelo justo cuando se empezaron a oír más disparos. Un sabor cobrizo me llenó la boca. Se oyeron más gritos, se rompió algo que sonaba pesado y, entonces...

Silencio.

Me quedé ahí tumbada, con la cabeza tan disociada de aquella masacre que no podía asimilar lo ocurrido.

Estaba respirando. Creo. No lo tenía demasiado claro. Tenía el cuerpo entero entumecido.

Vuk apoyó sus brazos a ambos lados de mí. Me cubría de los pies a la cabeza con su cuerpo y su escudo protector me impedía ver el techo que se cernía sobre nosotros. Dijo algo, pero fue como cuando hablas bajo el agua. El sonido me llegó tan apagado que no logré entenderlo.

Así que giré la cabeza hacia un lado.

Me dio un vuelco el estómago y otro grito rompió el silencio. Tardé unos cuantos segundos en darme cuenta de que aquel aterrador

sonido había salido de mí.

Porque ahí, tumbado a mi lado, inconsciente, envuelto por un mar de sangre y más blanco que la cera, estaba Jordan.

29

Vuk



Tenía las manos manchadas de sangre.

Aquel espeso líquido rojo me goteaba por los dedos e iba pintando el suelo de pecados del pasado y del presente.

Carne carbonizada. Gritos. El resignado empeño que le vi a Lazar en la mirada cuando me insistió para que me fuera y el convulso momento en el que se oyó un disparo y una bala salió disparada en el altar.

En ambos casos, tuve que tomar una decisión en una milésima de segundo. Ahora, Lazar estaba muerto y Jordan estaba...

—Señor. —Aquella palabra se quedó flotando bajo el fuerte latido de mi corazón. Las paredes se fueron cerrando a mi alrededor y el agrio olor a humo se me coló en las fosas nasales. La sangre iba cayendo en un rítmico ploc, ploc, ploc—. ¡Señor!

Levanté la cabeza de golpe y me encontré a Sean mirándome con expresión preocupadísima.

Al verlo, fui volviendo poco a poco a la realidad.

No estaba en la iglesia. No había ningún incendio y nadie me estaba apuntando con una pistola. Cuando me miré las manos, las tenía limpias; al menos, literalmente. No había ni una sola mancha de sangre sobre aquel refinado suelo de madera.

Era el día después del ataque en la iglesia y nos encontrábamos en el salón de mi segunda residencia, en Westchester. Estábamos a salvo. De momento.

«No todos», me susurró una voz en mi cabeza.

Me vino una imagen del cuerpo completamente inmóvil de Jordan a la cabeza. Notaba el peso de la culpabilidad en la garganta, pero me lo tragué y me esforcé en conseguir que el pulso me volviera a la normalidad.

—¿Qué?

Estaba a la que saltaba. Como todos.

—Solo confirmarle que los Kidane están en el segundo piso. Nos costó un poco convencerlos, pero al final aceptaron no regresar a Washington D. C. hasta el lunes —me contó—. Hemos reforzado la seguridad en el edificio de Ayana, así como en la casa de los Ford y en el hospital. Les hemos dicho que era para mantener a la prensa alejada y se lo han tragado. —Titubeó un momento—. También nos hemos ocupado de quienes perpetraron los ataques en la boda. Los hemos neutralizado a todos menos uno.

Repetí en señas:

—Menos uno.

O sea, que todavía había un culpable suelto. Corriendo, respirando, *viviendo* por ahí cuando debería de estar dos metros bajo tierra y con una bala en el entrecejo.

—Escapó entre tanto caos después de que dispararan a Jordan. —Sean mostraba una expresión impávida, pero le noté una pizca de culpabilidad en la voz. Había estado ocupado peleándose con el falso cura, que resultó ser un miembro de La Hermandad disfrazado, pero seguía culpándose por no haber salvado a Jordan a tiempo—. Tenemos a todos los informantes y a la mitad de las cámaras de seguridad de toda la ciudad buscándolo. Lo encontraremos.

El recuerdo de ver a Jordan tumbado en el suelo, inconsciente y envuelto en su propia sangre, volvió a mí con una claridad lacerante. A ese recuerdo se le superponía, también, la cara aterrorizada de Ayana y el sonido del grito que soltó.

Una sensación fría e insidiosa se me arremolinó en el estómago.

Retiraba lo dicho. Una bala era demasiado poco para el último miembro.

—Cuando lo encontréis, dejádmelo a mí.

Sean asintió.

Hubo un total de cuatro asesinos: el párroco, el pianista y dos conductores que habían estado esperando fuera por si necesitaban refuerzos. Mi equipo sospechaba que el objetivo principal de La Hermandad había sido eliminarme mientras tuviera la guarda baja cumpliendo con mi deber como padrino. En caso de que ese plan fallase, utilizarían a Jordan como cebo o, como último recurso, lo matarían para desestabilizarme. Para que yo actuara por impulso en lugar de seguir una estrategia y cometiera unos errores de los que ellos mismos podrían aprovecharse.

Era un plan bastante decente. Lástima que hubiesen fallado.

Los demás miembros de La Hermandad habían muerto antes de que me diese tiempo a ponerles las manos encima. Aun así, cuando encontrásemos al último, lo haría sufrir.

Hasta entonces, tenía otras cosas de las que ocuparme.

Al final le hice la pregunta que llevaba evitando toda la mañana:

—¿Qué tal Jordan?

Lo acompañé al hospital pero no pude quedarme porque tenía que elaborar una estrategia con Sean. Ya había pasado un día entero. Podría haber ocurrido cualquier cosa.

Se me encogió el corazón hasta que Sean volvió a hablar:

—Sigue crítico —me contó—. Está inconsciente, pero se le han estabilizado las constantes vitales.

Solté el aire en una larga exhalación. Eso era buena señal. Estar inconsciente era mejor que estar muerto.

De todos modos, aquellas noticias no eran sino una minúscula isla en medio de aquel mar de culpabilidad. Todo aquello había ocurrido por mi culpa. Si La Hermandad se había presentado en la boda había sido solo por mí. Si habían disparado a Jordan y Ayana casi muere en aquel tiroteo había sido solo por mí.

En un momento crucial como ese, yo podía salvarla a ella o a él. Y escogí a Ayana. Ahora Jordan estaba en coma sin pronóstico alguno de cuándo iba a despertar. La prensa se lo estaba pasando en grande y los Ford estaban desconsolados (y con razón).

Mi equipo se apresuró a darle la vuelta a la tortilla y a encauzar la historia hacia la narrativa de que el ataque había formado parte de una guerra territorial de envergadura entre bandas. El párroco y el pianista eran miembros de bandas rivales. Era una historia absurda, pero más verosímil que la verdad. Todo el mundo se lo tragó.

Antes de que Sean se marchara la dije:

—Gracias. —Luego, añadí—: *No tuviste la culpa. Tu comportamiento ayer fue admirable.*

No había muerto nadie de nosotros y Sean había hecho todo lo que había podido con el tiempo y la información de que disponía.

Tragó saliva.

—Gracias, señor.

—Descansa un poco.

Sean no descansaría hasta que pilláramos al último miembro de La Hermandad. El conformismo no formaba parte de su ADN; aun así, atisbé una pizca de agradecimiento en sus labios.

Él se marchó y yo subí al segundo piso por la escalera. Me detuve justo fuera del cuarto de Ayana para ver si oía un murmullo de voces en el interior. No oí nada.

Su familia debía de estar dándole espacio. Tras el tiroteo, Ayana había entrado en *shock*. A pesar de que ella no había sufrido ningún daño físico, ayer su familia decidió quedarse a su lado en todo momento.

Sentí un vacío en el estómago. Las últimas veinticuatro horas habían sido tan caóticas que no había tenido oportunidad de hablar con ella. Además, también quería darle espacio para que estuviese con su familia. Esta sería la primera conversación que mantendríamos cara a cara desde que la traje a Westchester.

Tras dudar un segundo, llamé a la puerta y esperé a oír su sutil «Adelante» antes de abrirla.

Entré. Tenía las cortinas echadas, pero por los laterales se colaba discretamente la luz del atardecer, que teñía el suelo de un tono pálido.

Ayana estaba sentada en la cama, vestida con una sudadera *oversize* y unos pantalones de chándal. Anoche le pedí a mi equipo que le trajera algo de ropa y unas cuantas cosas de aseo. Tenía los ojos cansados y su oscuro pelo le caía en ondas por debajo de los hombros.

Cerré la puerta tras de mí y me senté a su lado.

—¿Has comido?

Me moría de ganas de tocarla, pero ¿qué sabía yo sobre consolar a la gente? ¿Cómo iba a tocarla para consolarla cuando el responsable de su aflicción era yo? Estaría físicamente limpio, pero tenía las manos manchadas de sangre en el sentido metafórico de la expresión.

—Un poco. No tengo demasiada hambre. —Ya no estaba en *shock*, pero era evidente que seguía procesando los acontecimientos del día anterior. Se acercó las rodillas al pecho con cierta vulnerabilidad en el rostro—. ¿Jordan sigue...?

—Inconsciente. Pero estable. Saldrá de esta.

Intenté parecer alentador. No estaba del todo convencido de lo último que le había señado, pero Jordan tenía que sobrevivir. No había otra.

Yo no quería que se casaran. Joder, si me proponía impedirlo hasta que me llamó Roman. Pero no por eso quería que Jordan acabase muerto o herido.

Si no se despertaba jamás, nuestra última conversación habría estado cargada de enfado.

El arrepentimiento se me arremolinó en el pecho e hizo que me temblara la caja torácica. Apreté la mandíbula y me obligué a echar ese dolor a un lado. Ahora mismo no tenía tiempo para pararme a pensar en casos hipotéticos. Mis prioridades principales eran asegurarme de que todo el mundo estuviera a salvo y pillar al último miembro de La Hermandad.

Ayana exhaló aliviada, aunque temblorosa.

Ella quería quedarse en el hospital con Jordan, pero yo insistí en que se marchara pasada una hora. Detestaba negarle algo pero, por más que mis hombres estuvieran montando guardia, seguía siendo demasiado peligroso.

Los Kidane me creyeron cuando les dije que habían neutralizado a los «pandilleros»; sin embargo, para conseguir que vinieran a Westchester, tuve que decirles que el resto de la banda tal vez querría cargarse a los testigos.

La Hermandad seguramente necesitaría algo de tiempo para reorganizarse tras el fracaso de ayer, pero yo no pensaba dejar nada al azar.

—El lunes, mi equipo acompañará a tu familia a Washington D. C. Deberías ir con ellos. Date un respiro.

Anoche hablé con Roman. Él seguía sin tener ni idea de qué pensaba hacer La Hermandad para acabar conmigo, pero me dijo que ambos bandos estaban cerrando filas. Se habían reunido en Nueva York y su presencia en el resto de la costa se había reducido.

Me sentiría muchísimo mejor si Ayana permaneciera fuera de la ciudad hasta que hubiésemos pillado e interrogado al último miembro de la organización.

—No —dijo ella con determinación y la mandíbula bien apretada —. Le prometí a mis padres que me iría con ellos el fin de semana, pero no pienso escaparme antes. Y menos teniendo a Jordan en el hospital y con todo... esto. —Señaló su móvil. Le iban llegando notificaciones cada dos por tres. Cualquiera que estuviese mínimamente relacionado con ella debía de estar bombardeándola a llamadas y mensajes—. Es solo que... necesito tiempo a solas. Puedes quedarte —me dijo cuando hice además de marcharme—. Me refería a que necesito estar un tiempo sin que me digan nada ni me pregunten. Ya sé que mi familia tiene buenas intenciones, pero si se pasan el rato preguntándome cómo estoy no puedo ni pensar. —Sonrió temblorosa—. Contigo es distinto.

—¿Porque casi no hablo?

—Porque siempre sabes cómo hacerme sentir mejor. —Se le desvaneció la sonrisa y la emoción le centelleó en la mirada—. ¿Te importaría abrazarme? —me preguntó con un hilo de voz—. Solo un rato.

Joder. Se me partió el corazón en dos.

No dije nada. Simplemente la abracé y dejé que Ayana se acurrucara hecha una bola en mi pecho. No lloró, pero parecía tan frágil y vulnerable que me entraron ganas de salir y cargarme a cualquiera que se atreviese a pensar en hacerle daño siquiera.

Nos quedamos ahí sentados en silencio varios minutos; tal vez horas. Era la primera vez que la abrazaba de verdad desde que me había ido del hotel. En comparación con lo de ayer y, sobre todo, tras la confesión de Jordan al contármelo todo, lo ocurrido en aquella *suite* parecía intranscendente, pero en algún momento tendríamos que abordar el tema.

—Siento lo del hotel —dijo ella como si me hubiese leído la mente —. Te estaba dando señales contradictoras y en ningún momento quise insinuar que tú..., que quisiera casarme con Jordan en público y esconderte a ti y solo vernos en privado.

Los latidos de mi corazón se me apretujaron en un incómodo nudo que se me atascó en la garganta.

—Ya lo sé —respondí.

Aunque sí se me había pasado por la cabeza. Ella era la Bella y yo era la Bestia. ¿Quién iba a mirarnos y a pensar que yo merecía estar con ella? Aunque Ayana no era superficial. Juzgaba a la gente por su forma de ser y no por el físico. No es que yo fuera precisamente un ciudadano ejemplar pero, por alguna razón, Ayana encontraba mi presencia agradable.

—Jordan me contó lo de vuestro acuerdo —le dije en voz baja.

Ayana levantó la cabeza, se separó y me miró con los ojos bien abiertos, sorprendida.

—Nos peleamos por el tema. Le dije que le pagaría hasta el último centavo de su herencia si cancelaba la boda. Se negó. —Tragué saliva—. Por eso llegué tarde a la iglesia. No podía ver cómo te casabas con él. Iba a interrumpir la ceremonia cuando me soplaron que habían comprometido la boda.

A Ayana le centelleó la mirada.

—Yo quería decírtelo, pero Jordan...

—Ya lo sé —repetí.

El arrepentimiento que sentía antes se fue colando por las grietas de la caja donde lo había encerrado. Ojalá pudiese volver atrás en el tiempo y repetir el día de ayer desde el principio.

Ayana inhaló temblorosa. La seguía abrazando mientras el silencio nos envolvía de nuevo.

Ahora que yo ya sabía lo de su acuerdo, ¿qué pasaba con nosotros? Técnicamente, ella seguía prometida con Jordan. Si él despertaba (cuando lo hiciera), ¿seguirían con la boda como si no hubiese pasado nada? La salud de la abuela de Jordan era cada vez más y más débil, y seguro que la ofensiva de ayer no ayudó.

Además, ¿qué cojones me pasaba a mí, pensando en esto cuando Jordan estaba en coma? Lo mío era de cabrón de manual.

—Has dicho que te lo soplaron —señaló Ayana en voz queda—. ¿Quiénes eran las personas que había en la iglesia? Y no me digas que eran miembros de bandas rivales. Dime la verdad. Me lo merezco.

Contuve las ganas de estremecerme.

Por impulso, le habría contado la verdad a medias. Ayana no conocía mi pasado de mierda ni la de límites que había cruzado y prefería que la cosa siguiera así. Deseaba poder ser el hombre que

ella veía al mirarme: uno con menos defectos y más merecedor de su confianza.

Pero Ayana tenía razón. Se merecía que le contase la verdad al dedillo. Mi pasado la afectaba directamente y si quería protegerla tendría que contarle a qué nos enfrentábamos.

—Eran miembros de La Hermandad —dije—. Es una organización de sicarios profesionales. Extremadamente elitista y extremadamente secreta. Operan desde la costa Este y son los responsables de miles de muertes desde hace años.

Ayana guardó silencio como si estuviera dándome tiempo para admitir que estaba de broma. Como no fue el caso, se separó y me miró incrédula:

—¿Una organización de asesinos a sueldo? ¿Me estás vacilando?

Negué con la cabeza.

—Sé que suena surrealista pero, pelis de Hollywood aparte, los asesinos existen de verdad. La gente que tiene poder no quiere ensuciarse las manos. Necesitan a organizaciones como La Hermandad para que se ocupen de... asuntos más delicados por ellos.

Ella se quedó congelada por un momento.

—Es... Vale. De acuerdo. Sicarios. Entendido. —Cerró los ojos e inhaló profundamente. Cuando volvió a abrirlos, estaban llenos de curiosidad—. La Hermandad esta... iba a por ti.

—Sí —me limité a responder.

—¿Porque contrataste sus servicios en un pasado y la cosa fue mal?

—Porque fui uno de ellos.

Mi confesión quedó colgando en el aire con una dolorosa claridad. Hacía años que no hablaba de mi relación con La Hermandad. A excepción de Jordan y Lazar, la única persona que lo sabía era Sean.

Estas conversaciones no resultaban nunca fáciles, pero contárselo a Ayana fue todavía más complicado. Ayana pertenecía a un mundo donde las bodas eran momentos felices y no existían los asesinos. No se merecía que mi sórdido pasado le arrebatase la inocencia de esta forma.

Separó los labios. Se balanceó en la cama. Parecía demasiado estupefacta como para responder.

—Te conté que mi hermano no había ido a la universidad —proseguí—. Lo que no te conté fue que trabajaba en un casino de Maryland donde los adeptos de Washington D. C. iban a apostar y a hacer tratos en secreto, y uno terminó siendo un objetivo de La Hermandad. Mi hermano fue testigo del asesinato. Escapó antes de que también se lo cargaran, pero sabía que lo verían como un problema y que seguramente irían a por él. Cuando me contó lo ocurrido, busqué a La Hermandad y les propuse un trato.

Ayana parecía aturdida.

—¿Que los buscaste? ¿Cómo?

—Mi hermano y yo éramos mellizos. —Al ver cómo se sorprendía, sonreí sin humor alguno—. Me puse a mí mismo como cebo y funcionó. Por aquel entonces, yo no tenía ni idea de lo que era La Hermandad; sin embargo, a juzgar por lo que me había contado Lazar, supuse que la persona que se había ocupado de aquella arremetida habría sido un profesional y acerté. También tuve la suerte de contar con habilidades que las organizaciones de este tipo consideran útiles.

Eran pocas las personas que sabían que tenía un mellizo. Lazar y yo habíamos venido juntos al mundo, habíamos crecido juntos y casi morimos juntos también. Fue la única persona en quien confiaba de forma incondicional. Perderlo a él fue peor que si me amputaran una extremidad.

Por eso no hablaba de él ni tenía fotos suyas a la vista. Bastante doloroso era ya mirarme a mí mismo en el espejo. Cada vez que veía mi reflejo, me acordaba de todo lo que había perdido: a mi hermano y a la persona que yo era antes.

—Estudié Química —continué—, pero me interesaban más los aspectos prácticos que pudiese utilizar fuera de clase. Estudié en Thayer gracias a una beca y, para ganar algo más de dinero, fabricaba... sustancias que luego vendía a través de intermediarios. Tenían varios efectos. Algunas ayudaban a los alumnos a concentrarse cuando tenían exámenes y otras los ayudaban a relajarse o a que se sintieran mejor. No eran letales ni adictivas, pero sí sumamente rentables, de modo que fui ganándome cierta reputación entre algunos círculos de Washington D. C. —Ahora, parecía que hiciera siglos de esa época—. La Hermandad oyó hablar de mí y tuve la suerte de que en aquel momento estuvieran buscando a un químico.

—¿Para hacer drogas? —quiso adivinar Ayana.

—Para hacer veneno.

Se agarró al edredón con fuerza y se le pusieron los nudillos blancos. Tenía los ojos abiertos como platos y una mirada oscura e indescifrable.

Era evidente e irrevocable: había dejado de verme con los mismos ojos. Sentí cierto escozor en la garganta, pero ya era demasiado tarde para cambiar el discurso. Ahora me tocaba terminar la historia.

—Les dije que me uniría a ellos si dejaban a mi hermano en paz. Aceptaron, siempre y cuando pagara quinientos mil dólares por adelantado a modo de garantía. Si no, no había trato y nos matarían a los dos.

A Ayana le centelleó la mirada al asimilar lo que acababa de contarle y señaló:

—El dinero que te prestó Jordan.

Al oír el nombre de mi amigo, se me revolvieron las tripas de nuevo. De no ser por mí, Jordan nunca habría estado en peligro. No estaría inconsciente. Estaría bien. A salvo.

—Sí —respondí—. Me pasé dos años trabajando para La Hermandad. La mayoría de sus objetivos no eran buena gente. Políticos corruptos, narcotraficantes, delincuentes sexuales... O eso me decían a mí. Tampoco los cuestionaba demasiado. Me resultaba más fácil hacer mi trabajo si pensaba que las víctimas se lo tenían merecido.

Visto en perspectiva, había sido muy ingenuo por mi parte pensar que solo utilizarían el veneno que fabricaba con gente que «se lo tuviera merecido». La Hermandad seguía una única religión: el dinero en efectivo. Si les pagaban lo suficiente, mataban a quien fuera.

—Pero no podía quedarme con ellos para siempre —continué—. No quería esa vida y, cuanto más descubría acerca de la organización, menos me apetecía formar parte de su mundo. Tenía que largarme de ahí. Solo había un problema: la gente solo podía irse de La Hermandad con un retiro oficial que tenía que firmar el líder de la organización o bien con los pies por delante. Como yo era demasiado valioso para ellos como para que me dejaran marchar, tenía que encontrar algo con lo que poder chantajearlos para que me permitieran largarme.

Vi cómo Ayana iba atando cabos.

—Que es lo que estaban buscando cuando se colaron en tu casa.

Preciosa y lista. He aquí la clase de mujer que me gustaba.

—Justo —confirmé—. Me hice con el registro del líder, que incluía una lista completa de todos los miembros de La Hermandad, los asesinatos que habían cometido, sus alias y quién los había

contratado. Estaba todo encriptado a más no poder, por supuesto. Habría tardado años en descodificarlo, o sea, que tampoco me molesté en hacerlo. Simplemente los amenacé con enviarlo a organizaciones rivales.

Tuve la suerte de que el líder de aquella época estaba extremadamente emparanoiado con la lealtad de los miembros (de ahí el registro) y confiaba plenamente en sus medidas de seguridad.

Yo seguía teniendo el registro. Sin embargo, después de tantos años, no estaba actualizado y ya no me serviría para chantajearlos.

—A pesar de que los rivales no pudieran hackearlo, la mera existencia y el posible descubrimiento de algo de ese calibre habría sido devastador —seguí explicándole—. En su sector, la discreción y el boca a boca eran fundamentales. Si sus clientes se enteraban de que sus peores secretos estaban reflejados por escrito, nadie volvería a contratarlos jamás. La organización implosionaría. Como los amenacé con el registro, aceptaron dejarme marchar. Pero entonces...

—Se retractaron y fueron a por ti —terminó Ayana.

Asentí brevemente. Me ahorré comentarle lo que le hice a La Hermandad cuando hubo muerto Lazar. No hacía falta que Ayana viera esa faceta mía jamás.

Exhaló con fuerza. Parecía abrumada por aquella avalancha de información y no era de extrañar. Eran muchísimas cosas, pero mejor arrancar la tirita de golpe que ir alargando el proceso.

Aun así, entré en tensión. Tenía la impresión de que cada latido podía ser el último.

Estaba acostumbrado a tener el control de las cosas. Dinero y poder eran sinónimos de una autoridad perpetua y lista para ser ejecutada. Sin embargo, lo que no podía controlar era cómo reaccionaría ella a mi confesión.

Podía matarme con una sola palabra y Ayana ni siquiera era consciente de ello.

—Pero fue hace mucho tiempo —señaló—. ¿Por qué vienen ahora a por ti?

Se me relajaron muy sutilmente los hombros. No había salido del cuarto a toda prisa y gritando... Todavía.

—Políticas internas. El antiguo líder ya no está y los miembros no paran de pelearse para hacerse con su puesto. —Hice una mueca—. Para la organización, yo soy una espina clavada; la principal. Matarme otorgaría poder a los nuevos.

Solo que los nuevos no eran tan listos como el líder anterior. Eran más patosos y no tenían tanta disciplina. Lo cual había quedado demostrado con el jaleo de ayer.

La Hermandad de antes jamás habría intentado perpetrar un asesinato o un puto secuestro en un acontecimiento público y tan destacado. O estaban desesperados o se habían ofuscado tantísimo en vencer al otro bando que ni siquiera se habían parado a pensar en una estrategia sólida.

Ambas opciones podían jugar a mi favor.

Pronto quedaría con Roman para hablar del tema. Después de que me avisara ayer, se había ganado una pizca de mi confianza. De no ser por su soplo, la boda habría acabado en un desastre todavía mayor.

—Ya... —dijo Ayana en un tono monocorde que me impidió adivinar cómo se sentía realmente—. Gracias por contármelo.

Sentí la necesidad de aclarar algo:

—Llevo mucho tiempo alejado de ese mundo. Si no hubiesen venido a por mí, los habría dejado felizmente en el pasado.

Yo no fui buena persona, pero ya no era *ese* hombre. A no ser que no tuviese alternativa.

—¿Con eso quieres decir que no quieres volver a tu vida como maestro secreto de venenos para una organización mortífera? —preguntó Ayana con las comisuras de los labios sutilmente arqueadas.

Se me relajó un poco (muy poco) la tirantez que notaba en el pecho.

No la había asustado.

—La gente cambia y a ti no te quedó otra que acabar en esa posición. No te culpo por ello. Pero esto... —Señaló alrededor del cuarto—. Son un montón de cosas que procesar. Necesito tiempo. Tú... Solo dame un poco de tiempo para pensar, ¿vale?

Lo que me estaba pidiendo era razonable.

A ambos nos vendría bien algo de espacio. Ahora que ese miembro de La Hermandad seguía suelto por ahí y Jordan se debatía entre la vida y la muerte, la incertidumbre era tal que no podíamos hacer más que esperar y ver cómo iba avanzando todo.

Aun así, al pensar en dejarla, se me encogió el estómago.

—Vale. —Me levanté y escondí la decepción—. Te dejo descansar. Ha sido un día largo.

Estaba a medio camino de la puerta cuando Ayana me detuvo:

—Vuk.

Me giré.

Se le relajó la expresión y dijo:

—Gracias por el abrazo.

Una sensación densa y para nada familiar se me abrió paso en el pecho. Era tan cálida que casi me incomodó. Como no supe cómo describirla, me limité a responder con una simple verdad:

—Siempre a tu disposición.

30

Ayana



—Lo que ha ocurrido ha sido una tragedia. Espero de verdad que Jordan se despierte pronto. Su muerte sería una pérdida inmensa para el mundo de la moda —oí que decía Emmanuelle fingiendo sinceridad desde el otro lado de la línea—. Dicho esto, ya hace casi un mes desde tu último encargo, cielo. La gente se está impacientando.

«¿Y por *gente* te refieres a ti?». Contuve aquella respuesta mordaz y seguí con la vista puesta al otro lado de la ventana. Hacía un día otoñal perfecto. Debería de estar fuera, disfrutando del sol; sin embargo, estaba encerrada en mi apartamento. Desde que regresé a casa el martes a pesar de las firmes objeciones de Vuk, a duras penas había salido. No podía quedarme en los suburbios para siempre. Necesitaba tener cierta sensación de normalidad.

—No hay mejor distracción que el trabajo —prosiguió Emmanuelle —. Los de Sage Studios están encantados con la campaña.

Deberíamos decantarnos por un ángulo más comercial. Este año ya has hecho suficientes editoriales, y lo comercial se paga mejor.

A duras penas la estaba escuchando. Tenía la cabeza en Westchester; seguía oyendo a Vuk hablándome de su pasado.

Sicarios. Asesinatos. Veneno.

Era como si alguien me hubiese sacado de mi vida y me hubiese arrojado en mitad de un *thriller* de Nate Reynolds.

Ya hacía días de ello y aún me costaba asimilarlo. Mi familia se había mostrado reticente a volver a Washington D. C. después de que tanto Vuk como la policía les asegurara que ya se habían ocupado de «las bandas» y que yo estaba a salvo. No quería ni saber cómo había conseguido Vuk que el Departamento de Policía de la Ciudad de Nueva York lo respaldara con su tapadera.

Le prometí a mi familia que iría a verlos este fin de semana después de visitar a Jordan y acabar algunas cosas «del trabajo». De momento, lo único que había hecho «de trabajo» era tejer media manta y reorganizar mi colección de perfumes.

—¡Ayana! —me gritó furiosa Emmanuelle—. ¿Me estás escuchando?

—Sí. —Esta mujer solía intimidarme, pero la semana pasada habría sobrevivido a un tiroteo en una iglesia y a unos asesinos profesionales. Una directora de agencia cabreada era la menor de mis preocupaciones. Se me acabó la paciencia—. La estoy escuchando pero, por desgracia, ahora mismo no puedo aceptar más encargos. Tal y como ha tenido la amabilidad de señalar usted antes, mi prometido está en coma. Le dispararon en nuestra propia boda hace seis días. Seis. Días. Necesito tiempo para pasar el duelo y recuperarme. De modo que, a no ser que quiera que me presente en un set y me desmorone ahí mismo, sugiero que pospongamos

cualquier conversación acerca de futuras campañas hasta pasadas las vacaciones.

Emmanuelle tomó aire con tanta fuerza que lo oí. Dudaba que alguien le hubiese hablado así en años.

—Tienes...

—Aunque, ya que estamos hablando de trabajo —continué, interrumpiéndola—, le agradecería que me pagara todas esas sesiones de fotos que sí he hecho en los últimos doce meses. Me gustaría que quedase todo pagado antes de que acabe el año natural. He enviado varios *e-mails* a Hank y a contabilidad, pero solo he recibido una cuarta parte de lo que me deben. Como mujer de negocios que es usted, estoy segura de que entiende por qué es eso inaceptable. Y ahora, si me disculpa, tengo ciertos asuntos personales que atender. Gracias por su llamada.

Colgué a Emmanuelle mientras ella farfullaba y tiré el móvil en el sofá con el corazón aceleradísimo.

Dios. Mío.

Me llevé la mano a la boca. Pero ¿¡qué había hecho!?

Emmanuelle Beaumont era una de las mujeres más poderosas del mundo de la moda. Como te cogiera manía, ya podías despedirte de tu carrera como modelo. Como te echara de su agencia, ya podías despedirte de tu carrera como modelo. Como te... Bueno, ya me entendéis.

Hace un mes, no me habría atrevido a hablarle así. Sin embargo, cuando vives una experiencia cercana a la muerte, empiezas a verlo todo con más perspectiva. Me importaba mi carrera como modelo, pero no tanto como el saber defenderme a mí misma. Si me muriese mañana, ¿de qué estaría más orgullosa, de haber conseguido el título de Modelo del Año o de haber luchado por lo que merecía la pena?

Bajé la mano. Unas finas briznas de euforia fueron sorteando los punzantes nervios que tenía arremolinados en el estómago.

Puede que me arrepintiera luego pero, joder, qué bien me sentaba eso de haber puesto a Emmanuelle en su lugar. Ojalá hubiese podido verle la cara.

Desde la boda, la primera vez que había sentido que volvía a tener cierto control sobre las cosas había sido con aquella llamada. Y pensaba aferrarme tanto como pudiese a ese subidón.

Ahora que había recuperado algo de energía, pillé las agujas de coser y medio terminé la manta. Liya siempre se burlaba de mi «*hobby* de señora mayor», pero la repetición mecánica de movimientos conseguía que me aumentara la serotonina a más no poder.

Ya estaba encontrando el ritmo de nuevo cuando me sonó el móvil.

Arrugué la frente. Eran los de recepción. Casi nunca me llamaban a no ser que hubiese llegado algún invitado, pero no estaba esperando a nadie.

Respondí.

—¿Diga?

—Buenas tardes, señorita Kidane —me saludó el conserje—. Tengo aquí a una persona llamada Maya Singh que ha venido a verla. ¿Quiere que la deje subir?

La sorpresa se llevó por delante la confusión que sentía.

—Gracias. Sí, por favor.

Maya nunca había venido a mi casa. ¿Qué hacía aquí un martes en horario laboral?

Di con la respuesta a mi pregunta al cabo de unos minutos, cuando abrí la puerta tras oírla llamar y me la encontré en el pasillo con la bolsa blanca de una pastelería en la mano.

—Lo siento mucho. No quería plantarme aquí sin previo aviso —me dijo mientras la hacía entrar y la guiaba hacia la cocina. Sonaba un tanto avergonzada—. Pero... A ver, sé que esto va a sonar a acosadora, pero he recordado que me dijiste que vivías en este edificio. Estaba por la zona y he pensado que igual te vendría bien un tentempié para subirte el ánimo. —Dejó la bolsa blanca en la isla de la cocina—. Galletas de jengibre y chai de mi pastelería favorita. Son el Paraíso metido en una caja, básicamente.

—No tienes por qué disculparte. Me ha gustado la sorpresa. Además, me has ganado ya con lo de que son de jengibre y chai —le dije con una sonrisa—. Gracias. Es todo un detalle.

—No hay de qué. —Maya se mordió el labio inferior. Me estudió con la mirada y arrugó la frente, preocupada—. ¿Cómo te encuentras?

Cuando la debacle de la boda salió por las noticias, me mandó un mensaje de texto, pero esta era la primera vez que hablábamos del tema en persona.

—Pues como cabe esperar, más o menos. —Saqué las dos galletas de la bolsa y le pasé una; la aceptó, pero ni siquiera la probó—. Ahora que se ha calmado la cosa, estoy un poco mejor. La prensa ya lo ha dejado correr, pero Jordan sigue en coma. Debería estar más con él y, en cambio, aquí estoy.

La culpabilidad me carcomió por dentro.

Compromiso aparte, Jordan era mi amigo. Alguien inocente que no pintaba nada en todo esto. Y yo daría lo que fuera por que volviese a despertar.

El anillo de diamantes centelleaba con fuerza en mi mano izquierda. Una prometida de verdad estaría a su lado. No escondiéndose, tejiendo e intentando no pensar en cierto hombre de

voz áspera y aterciopelada y brazos que la hacían sentir como en casa.

Cuando Vuk me abrazó ese día en el cuarto, me sentí como si por fin hubiese llegado a un refugio tras una larga caminata bajo una tormenta. Sus brazos me aportaron calidez, me reconfortaron y consiguieron que me sintiera a salvo.

Lo cual, teniendo en cuenta lo que me había contado, no tenía sentido. Puede que Vuk fuese la persona más peligrosa con la que me había cruzado; tal vez lo fuera. Sin embargo, yo no lo veía así.

—No te machaques tanto —me dijo Maya—. Todos gestionamos los traumas de forma distinta. Tú también has pasado por mucho y, por más que te quedes a su lado todo el rato, la cosa no cambiará. Lo están tratando los mejores médicos de la ciudad. Está en buenas manos.

Lo dijo con tanta autoridad que casi la creí. Con razón su padre la había puesto al mando de todo el departamento de ventas y *marketing* de la empresa. Maya era convincente por naturaleza.

—Ojalá —respondí con una sonrisa desganada.

Hablar con alguien a quien había conocido hacía solo un mes era raro, pero Maya tenía algo que me facilitaba confiar en ella.

—Ya basta de charlas mórbidas. —Me froté las manos para deshacerme de las migas antes de coger la segunda galleta—. Cuéntame qué has estado haciendo tú. Me vendría bien un poco de salseo.

No tuve que pedírselo dos veces. Maya me empezó a poner al día con los planes que tenía para su fiesta de cumpleaños, que sería pronto, y fue intercalando algunos comentarios según los cuales conseguiría que «el fiestón de Sebastian en Monte Carlo pareciera una chiquillada». Supuse que estaría hablando de Sebastian Laurent. Para odiarlo tanto, lo sacaba muchísimo a colación.

—Mierda. Llegaré tarde —me dijo después de mencionar, ootra vez, que se moría de ganas de ver cómo se quedaba Sebastian cuando se diera cuenta de que le había superado con creces en eso de las fiestas. Miró el reloj con la frente arrugada y añadió—: Me gustaría poder quedarme más rato, pero tengo una reunión dentro de veinte minutos.

—No pasa nada. Estas galletas me harán compañía. —Le di un golpecito a la bolsa medio vacía ya—. Están de-li-cio-sas.

—¿Verdad? Están riquísimas. La verdad es que me molesta un poco que sean de la competencia. —Maya se volvió a abrigar con la bufanda y dudó un segundo antes de decir—: Si necesitas algo, escríbeme. Te lo digo de verdad. Ya sé que hace poco que nos conocemos, pero yo no le llevo galletas de jengibre y chai a cualquiera.

Se me dibujó una genuina sonrisa en los labios.

—Lo haré. Gracias. Y recuerda que tu fiesta de cumpleaños es *para ti*, no para Sebastian.

—No, si para él no es. Es para superarlo. —Maya resopló—. Bueno, ahora en serio: tengo que irme o mi padre me mata. ¡Hablamos luego!

Salió disparada.

Cuando se hubo ido, me terminé las galletas y regresé al sofá. Seguía vibrándome el móvil con un montón de notificaciones. Era increíble la de conocidos que aparecían de la nada cuando se enteraban de que te había arrollado una tragedia.

Seguramente hubiese mensajes importantes. Llevaba toda la semana evitando mirar la bandeja de entrada, como si fuera contagiosa. Sloane me había llamado el lunes, más como amiga que como publicista. Ella pudo escaparse a tiempo antes de que empezara el tiroteo, pero resultaba evidente que lo ocurrido le había

afectado. Tras recomponerse, volvía a estar en modo relaciones públicas total.

La verdad es que a mí la prensa me importaba un bledo. La gente ya iba perdiendo interés en la acometida de la iglesia. Las agencias informativas e internet harían lo que quisieran. Yo no podía controlar nada de eso; lo único que podía controlar era mi reacción.

Desvié la vista al otro lado de la ventana de nuevo.

Realmente hacía muy buen día. ¿Por qué estaba aquí dentro cuando debería estar fuera? No había mirado a la muerte a los ojos para quedarme en el sofá cosiendo todo el día.

Sin embargo, cada vez que me imaginaba saliendo del edificio, oía los ecos de los disparos. El nauseabundo olor metalizado de la sangre me inundaba las fosas nasales y el doloroso recordatorio de que si Vuk hubiese reaccionado un segundo más tarde o yo me hubiese movido dos centímetros a la izquierda ahora estaría muerta volvía a mí.

Había un asesino escondido en cada esquina esperando a poder terminar lo que había empezado y en todas las azoteas se apostaban francotiradores que me tenían en el punto mira.

No era para nada racional, pero es que el miedo casi nunca lo es.

Me mordí el labio. Vuk me estaba dando espacio, tal y como yo le había pedido, y a mí se me iba desvaneciendo la incredulidad hacia la historia que me había contado. Prácticamente cualquiera se alejaría de él tanto como pudiera teniendo en cuenta que..., bueno, ya sabéis: solía fabricar ve-ne-no para una organización de asesinos profesionales.

Yo lo veía de otra forma. Para mí, Vuk se había encontrado entre la espada y la pared en aquella situación. No había hecho nada de eso por placer. Lo hizo por una cuestión de lealtad y supervivencia, no por malicia.

¿Que si pensaba que Vuk siempre estaba de parte de la ley? No. No sabía qué le había hecho a Wentworth, pero me apostaba lo que fuera a que un tribunal no se pondría de su parte. Aunque no lo había matado y además la ley no siempre hace justicia. Mirad la de inocentes que han acabado entre rejas y la de delincuentes que hay en libertad.

Los principios morales de Vuk quedaban difuminados en un montón de tonos blanquinegros, pero siempre se inclinaban hacia la justicia.

«O eso o te estás metiendo en camisa de once varas mientras intentas justificar sus acciones porque te gusta y te salvó la vida».

Vale. Y si era el caso, ¿qué? Eso tampoco le quitaba veracidad alguna a mis justificaciones.

Cerré los ojos y pensé en la sólida firmeza de su cuerpo cubriendo el mío. Se había arriesgado a que lo atravesara literalmente una bala por mí.

A pesar de que le estaría eternamente agradecida por eso, al pensar en Vuk herido me entró un escalofrío. Vuk era listo, poderoso y hábil, pero no invencible. Era de carne y hueso, como el resto de los humanos, y podría haber muerto para salvarme.

El escalofrío me caló más hondo aún hasta helarme huesos y pulmones.

Durante el tiroteo, fui la típica damisela en apuros. No quería volver a sentirme así de indefensa nunca más. Quería salir ahí fuera y poder protegerme a mí misma si hacía falta.

Los engranajes de un plan fueron apiñándose en mi mente. Antes de que pudiera autoconvencerme de que era mejor dejarlo estar, me calcé mi par de tacones favorito y salí de casa por primera vez en dos días.

31

Vuk



—Visto lo visto, podría haber sido peor —comentó Roman, que estaba sentado frente a mí y parecía aburrido.

Ya se le había curado la herida que le había hecho al dispararle en el hombro, pero seguía moviéndose con cautela mientras repasábamos los acontecimientos de la semana anterior.

—Jordan está en coma —señalé categóricamente.

—Pero no está muerto. —Me sonrió con frialdad—. Cumplí con mi parte del trato. Te pasé toda la información que tenía en ese momento; cosa que me pone en peligro, por cierto. Como Shepherd empiece a sospechar que quien se chivó del ataque fui yo, le pondrá precio a mi cabeza extraoficialmente. Otra vez.

Lo dijo como si fuera problema mío. Le agradecía que me hubiese advertido, pero quien tenía que andarse con cuidado era él.

Estábamos a jueves; hacía casi una semana del desastre de la boda. Roman y yo nos encontrábamos en el mismo almacén done habíamos metido a Wentworth, que tuvo la sensatez de esfumarse a una isla del Caribe.

Mi equipo seguía en busca del miembro de La Hermandad que se había escapado, pero cada vez faltaba menos para que diéramos con él. Una cámara de tráfico de Filadelfia había grabado a alguien cuya descripción coincidía con la suya.

—Va siendo hora de que cumplas con tu promesa —señaló Roman —. Ve a por Shepherd ahora que todavía puedo pasarte información. No puedo asegurarte que él no vaya a cambiar de táctica y de escondite cuando se entere, si se entera, de que he estado jugando a dos bandas a sus espaldas.

Entre sus compromisos «laborales» y la boda, yo llevaba a la defensiva desde que llegué a ese acuerdo con Roman. Me había prometido pasarme información con la que pudiese prepararle una emboscada a Shepherd y borrarlos del mapa tanto a él como a su círculo más cercano; sin embargo, seguía sin acabar de fiarme de Roman.

El soplo de lo de la boda pudo ser un caballo de Troya que utilizó para ganarse mi confianza antes de tenderme una trampa. Necesitaba más garantías.

—Primero vas a dar con el miembro de La Hermandad que se escapó de la iglesia —aclaré—. Cuando lo hayas encontrado, me lo traes vivo y de una pieza. Luego ya hablaremos.

Roman apretó la mandíbula.

—Esto es una gilipollez y lo sabes. No tengo tiempo de ir cazando a la gente que a ti te interesa cuando el primero que se arriesga a que lo cacen soy yo.

—¿No? —Arqueé una ceja—. A lo mejor me sale más a cuenta llegar a un acuerdo con Shepherd. Mi inmunidad y que uno de los miembros de la organización siga a la fuga a cambio de un traidor. No sé yo a quién elegirían...

La Hermandad adoraba el dinero y *detestaba* a los traidores. Encontrarse en medio de una guerra interna era una cosa, pero conspirar con personas ajenas a la organización era otra. Antes de Roman, en los cien años de historia de la organización, solo había habido una única persona lo suficientemente estúpida como para arriesgarse a eso último. Se lo cargaron de una forma tan tenebrosa que nadie se atrevió a pasarse de la raya durante décadas.

Roman se inclinó hacia delante. Le centellearon los ojos en la oscuridad.

—A mí no me amenaces, Markovic —me advirtió con un suave tono de voz—. Puede que nos entendamos con el tema de La Hermandad, pero como intentes jugar a dos bandas conmigo voy a destriparte como a un puto pez.

Tenía gracia que fuera él quien me aconsejase que no jugara a dos bandas.

Se me encorvaron los labios.

—Tú inténtalo.

El aire que nos envolvía se tensó. Se oía caer el agua de una tubería rota en una esquina. Cada ruido que emitía al gotear hacía eco por el amplio espacio del almacén y el silencio fue cargándose de la particular quietud que solo se produce antes del ataque de un depredador.

Ninguno de los dos se movió.

Al final, tras unos cuantos segundos, Roman pestañeó. Volvió a recostarse en la silla.

—Te crees tan listo que flipas, pero cometiste un error de principiante —señaló con una especie de satisfacción despiadada en la voz—. Ayana.

Yo no era un tipo impulsivo. Actuaba con racionalidad, habiendo planeado cada paso que daba y habiendo considerado todas mis opciones antes de hacer nada.

Ayana era la única excepción. Al oír su nombre en boca de Roman y confirmar que el hombre era consciente de su existencia y, seguramente, de cuánto me importaba ella, hizo que todo mi maldito ser entrase en modo violento.

Tenía sentido que Roman supiera quién era Ayana. Era la novia de la boda en cuestión, hostia. Sin embargo, saber algo en teoría y oírlo de viva voz en la práctica eran dos cosas distintas.

Si Roman la sacó a colación fue solo porque la estaba utilizando como peón en su juego. Como se atreviera a tocarle un solo pelo a Ayana...

La vista se me tiñó de rojo. La adrenalina me invadió el cuerpo y el sabor a cobre me inundó la boca. Me levanté de golpe del asiento, dispuesto a abalanzarme sobre Roman, hasta que la sonrisa que se le dibujó en los labios hizo que me detuviera.

—Ya decía yo... —comentó cuando frené. Agarré la mesa con la misma fuerza con la que me latía el corazón—. Te delataste al salvarla. ¿Vuk Markovic arriesgándose a que lo atraviese una bala para salvar a otra persona? Por favor... —Rio por lo bajo y con cierto humor negro—. Demostraste que ella te importaba, lo cual significa que eres vulnerable. Que tienes una debilidad. Si crees que La Hermandad no va a aprovecharse como pueda de todo esto, es que te has vuelto muy naíf.

Un frío helador me recorrió la columna vertebral.

—No involucran a civiles en sus asuntos.

Esta respuesta no tenía ni pies ni cabeza. Que atacaran durante la boda ya había demostrado lo contrario. Joder, si hasta se habían saltado sus propias normas al matar a mi hermano, a pesar de que ese fuera un caso ambiguo porque ya tenían pensado matarlo antes de que yo llegase a aquel otro acuerdo con ellos.

Podríamos debatir si nuestra amistad convertía a Jordan en un objetivo evidente o no. Mi cercanía pública con Ayana era algo mucho menos sólido.

Pero Roman tenía razón. Al salvarla, les había mostrado mis cartas, y aquel miembro de La Hermandad suelto era testigo de ello. Y en caso de que no fuera así, la forma en la que acababa de reaccionar ante las sospechas de Roman lo confirmaba del todo.

El corazón me latía con fuerza contra la caja torácica. «Mierda».

—Antes no —respondió Roman—. Como ya habrás supuesto, esta es una nueva era. Y es caótica. Ya no rigen las normas de antes, o sea, que amenázame tanto como quieras, pero como me pierdas a mí vas a quedarte sin nadie dentro de la organización. Puedo no enterarme de nada y aun así seguir siéndote de más ayuda que si continúas por tu cuenta. —Sonrió—. Tenlo presente cuando vuelvas a amenazarme.

Dejé de apretar tanto los puños y me senté otra vez. Me moría de ganas de pegarle un tiro y quitarle esa sonrisa de la cara, pero no podía permitirme volver a perder el control de la situación.

—Como te he dicho ya, me ocuparé de tu problema cuando te hayas ocupado tú primero del mío —contesté—. No pienso tener a mi equipo desperdigado por ahí para tenderle una emboscada a Shepherd cuando hay un miembro de la organización suelto. Así tendríamos todas las de perder.

Roman apretó los labios. Al cabo de un segundo, inclinó la cabeza para asentir en silencio.

—Otra cosa. —Esta situación tenía algo que llevaba semanas inquietándome—. ¿Cómo financia las operaciones cada bando? A la mafia ya le han llegado rumores de la guerra interna de La Hermandad. No tienen trabajo, pero necesitan dinero para las armas y la logística. A estas alturas, ya deben de haberse pulido casi todos los recursos de la organización, si no todos. ¿De dónde sacan la pasta?

—Esos detalles no los sé. No soy el puto director financiero —soltó Roman—. No infravalores la capacidad que tienen los asesinos a sueldo para hacerse con pasta y clientes cuando más lo necesitan. Siempre hay alguien en algún lugar que quiere a alguien muerto.

—Parece que siempre se te escapan los detalles.

—Y tú parece que no haces más que pedir sin dar nada a cambio.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada, pero un ruido enseguida hizo que se disipara la tensión.

Nos levantamos de los asientos en menos que canta un gallo, sacamos las pistolas y apuntamos hacia el lugar de donde procedía el ruido. Reaccionamos tan deprisa que ni siquiera nos dio tiempo a pestañear.

Una criatura gris y peluda salió de entre las sombras.

«¿Qué cojones...?».

Me quedé mirando cómo *Sombra* se estiraba y bostezaba. Se nos acercó, se subió a una silla vacía y se acurrucó perezosamente ahí, como si fuese su trono, sin parecer preocupado en absoluto por las armas. Un collar plateado con el serpentino emblema Markovic le centelleaba alrededor del cuello.

La mayoría de las familias serbias carecen de emblema, pero hace años yo pedí que me diseñaran uno como símbolo del legado. Aunque quizá no debería haberlo grabado en el collar de un animal.

—¿Te has traído a tu puto gato? —preguntó Roman, incrédulo.

—No es mi gato y no lo he traído —gruñí.

Miré iracundo a aquella insoportable criatura. Cuando hubo pasado la tormenta, no me faltaron ganas de volver a echarlo a la calle, pero mi personal se lamentó y protestó hasta que cedí. Por lo visto, había ciertas personas que encontraban consuelo en acariciar a un pequeño monstruo peludo. Vete a saber por qué.

Muy a mi pesar, todo el mundo insistió en que le diera un nombre a dicho monstruo. El bicho tenía la sorprendente capacidad de escabullirse por ahí y camuflarse entre las sombras, de ahí su nuevo apodo. Si *Sombra* fuese una persona, lo habría petado como agente de la CIA. Prueba de ello es haber logrado seguirme hasta aquí sin que yo me percatase. Debía de haberse escondido en la parte trasera del coche.

Era un enorme dolor de cabeza. Qué ganas de que llegase el día en el que todo el mundo se cansase del animal y pudiese llevarlo al refugio más cercano.

Sombra fue moviendo la cola de un lado para otro, como si intentara provocarme. Me lo imaginaba diciéndome algo del estilo: «*Nunca* se cansarán de mí. Por eso me han comprado este collar».

Cabrón.

YO le había comprado ese collar. Bastante a regañadientes, debo añadir. Mi personal no dejó de resoplar y suspirar hasta que encargué el collar solo para que se callaran.

Roman bajó un poco el arma. Se quedó mirando a *Sombra* un segundo más como si esperase a que ese mau egipcio fuese a adoptar la forma de un asesino humano. Al ver que no ocurría, acabó de bajar el arma y sacudió la cabeza.

—Ya hemos perdido suficiente tiempo —señaló—. Veré a ver qué descubro del último miembro de La Hermandad. Tú empieza a pensar en una estrategia para la emboscada. Ah, Markovic, y

recuerda: como Shepherd se entere de lo que hemos planeado, estamos jodidos los dos.

Cuando Roman se hubo marchado, yo también me fui del almacén.

Me sentí tentado de dejar a *Sombra* allí pero, al final, agarré su engreído trasero de la silla y me lo llevé a casa. Dudo que Jeremiah y el resto del personal fueran a creerme si les hubiese dicho que *Sombra* se había «escapado» por voluntad propia. Se había acostumbrado un poco demasiado a su nuevo y agradable hogar, al igual que a aquel atún tan rico. Cuando regresé a casa, el mayordomo me estaba esperando en la entrada.

—Buenas tardes, señor. Tiene visita —me contó—. La señorita Kidane está esperándolo en el salón.

Me detuve en el acto. Solté a *Sombra*, que estaba indignado, y respondí:

—¿Cuánto tiempo lleva esperando?

—Unos diez minutos.

—¿Por qué no me habéis llamado?

—Verá, señor... —dijo con la tez pálida—. Supuse que llamarlo no lograría acelerar el tráfico por arte de magia. —Se agachó para coger a *Sombra* del suelo—. Sin embargo, le gustará saber que hemos cuidado maravillosamente de la señorita Kidane. Le hemos servido un poco de ese té personalizado que a usted tanto le gusta. A la señorita le encanta.

Pasé de su tono sabiondo. En cualquier otra ocasión, lo habría aleccionado por faltarme el respeto, pero suficiente tiempo llevaba ya esperando Ayana.

Atravesé la casa decidido en dirección al salón. El nudo que sentía en la garganta se fue disipando hasta convertirse en una especie de

cosquilleo nervioso.

Después de la charla que mantuvimos en Westchester, respeté sus deseos y le di espacio. El segurata que se apostaba en su edificio me dijo que no había salido del apartamento desde que regresó a casa, de modo que el hecho de que estuviera aquí significaba que había tomado alguna decisión.

Si no quería saber nada de mí, no estaría aquí. Podría haberme escrito para decirme que mi pasado la superaba y que no quería volver a verme nunca más, o simplemente podría haberme ignorado y ya.

Su presencia era una buena señal, ¿no?

Cuando entré, Ayana se levantó. Ya no iba en pantalones de chándal y una camiseta vieja: se había vestido con un top de seda naranja, unos vaqueros y tacones. Detrás de sus frondosos rizos se apreciaban unos pendientes dorados.

Se me dibujó una sutil sonrisa en los labios. Me daba igual lo que llevase Ayana: podía ponerse un saco de patatas y seguiría convirtiendo al resto de las mujeres de la ciudad en un cero a la izquierda. Pero a Ayana le encantaba la moda y me gustaba verla en plena forma de nuevo.

—Hola. —Se acomodó un rizo detrás de la oreja—. Espero que no te importe que haya venido sin avisar. Debería haberte llamado pero ha sido, eh..., improvisado.

Puedes venir siempre que quieras.

Paré un segundo y me acordé de la advertencia de Roman. Mierda. Como La Hermandad me tuviese controlado, la visita de Ayana consolidaría la idea de que ella era mi debilidad. Como ya era demasiado tarde para hacer nada, aparté aquellas preocupaciones a un lado.

—No esperaba saber de ti tan pronto.

—¿Por lo que me dijiste?

Apreté los labios y asentí.

Ayana abrió la boca. Y entonces apartó la vista de mí y abrió los ojos como platos.

—No sabía que tuvieras un gato.

Me giré de inmediato y me encontré con *Sombra* entrando en la sala como si fuese su territorio. Pasó de mí y fue directo a Ayana. Se frotó la cabeza con la pierna de esta y ronroneó hasta que ella se agachó para rascarle justo detrás de las orejas.

—No es mi gato. —Ya estaba harto de repetirme.

Ayana lo cogió y se lo acercó al pecho.

—¿Cómo se llama?

—*Sombra* —dije con cierta amargura.

Sombra se me quedó mirando mientras se acurrucaba en el pecho de Ayana. Soltó un sutil maullido que ella interpretó como una señal de afecto y que yo me tomé como un «jódete» de los grandes.

Apreté bien los dientes. No obstante, las palabras que pronunció Ayana a continuación consiguieron apartar a un segundo plano mis pensamientos de asesinar al bicho ese.

—He tenido tiempo para pensar en lo que me dijiste. —Se puso seria—. Te seré sincera. Al principio sí me... desconcertó. Y me asusté. No por ti, sino por la situación y el mundo en que he acabado de repente. En el sector de la moda, he visto un montón de cosas cuestionables, pero no se pueden comparar con sicarios, asesinatos y torturas. —Inhaló profundamente—. No te voy a negar que todo eso me hace sentir un tanto incómoda, pero tenías una razón de peso para hacer lo que hiciste. Si me hubiese encontrado en la misma situación que tú y solo hubiese podido salvar a mi familia uniéndome a La Hermandad, habría hecho lo mismo.

El nudo que notaba en el estómago se soltó por completo, pero me di un par de segundos para encontrar las palabras adecuadas y le pregunté:

—¿A qué te refieres?

Me daba igual lo que pensaran los demás de mí, pero con Ayana la cosa era distinta. Solo me importaba la opinión de una persona: la suya.

—A que si crees que me asustaste y que me alejaría de ti, te equivocas. —Ayana me sonrió medio avergonzada medio pícara—. Vas a tener que seguir aguantándome, Markovic.

Una calidez para nada familiar se me arremolinó en el pecho. Sentí que se me aliviaba un poco el peso que cargaba en los hombros y aquella ligereza me desorientó tanto que casi trastabillo.

—Vas fuerte, *srce* —dije en voz baja.

Sombra aulló, pero ni así consiguió cargarse el momento.

Jamás había estado tan cerca de la felicidad.

—Es la verdad. —Ayana abrazó todavía más a *Sombra* y se mordió el labio—. Pero tengo que confesarte algo. No he venido hasta aquí solo por eso.

Arqueé las cejas.

—Quiero aprender a protegerme a mí misma —me contó—. He tomado clases de defensa propia, pero de poco me sirven si me apuntan con una pistola. Si vuelvo a encontrarme en una situación de peligro, no quiero tener que depender de otra persona para que me salve.

—Con eso de «protegerte a ti misma»... ¿a qué te refieres?

Yo la estaba observando cauteloso y Ayana me clavó una mirada contundente.

—Quiero que me enseñes a disparar.

32

Ayana / Vuk





Ayana

Para mi sorpresa, Vuk no desestimó mi petición. De hecho, pareció aceptarla, a pesar de que se negó a entrar en detalles acerca de dónde y cuándo empezaríamos las clases. Simplemente me dijo: «Después de Washington».

No es que yo fuera fan de las pistolas ni de la violencia en general, pero con gente como La Hermandad suelta, que intentaba matar a personas cercanas a mí, no podía esconder la cabeza bajo el ala.

Aunque Vuk tenía razón con lo de Washington. Yo tenía que coger un tren para irme a casa al día siguiente, de modo que, una vez me hube ido de la suya, no me quedó demasiado tiempo para nada más que no fuera hacer la maleta e ir a la peluquería. Cuando viajaba

(por más que se tratase de un viaje corto), me gustaba hacerme unas trenzas africanas, que no requerían demasiado trabajo. Además, Kim las hacía más rápido y mejor que cualquiera que conociese.

Sin embargo, cuando Vuk se enteró de que iba a ir en tren, insistió en llevarme personalmente a Washington D. C. «por cuestiones de seguridad». Y por eso acabé yendo en coche hasta allí con el mismísimo Vuk Markovic.

—Me encanta que hayas traído a tu gato. —Acaricié a *Sombra* y sonreí cuando me dio un coletazo en el muslo.

—Es un invitado temporal y no lo he traído —aclaró Vuk con tono resignado—. Es un polizonte. No lo he visto escondido en la parte trasera hasta que hemos parado a poner gasolina. —Miró con la frente arrugada al soñoliento felino.

Sombra estaba acurrucado en mi regazo, ajeno al enojo de su dueño.

Tuve que contener mis ganas de reír ante el entrañable mal humor de Vuk.

—Lo habría visto antes si no te hubieses traído todo el armario solo para un fin de semana —añadió—. Con esa montaña de maletas, apenas puedo ver por el retrovisor.

—No es todo el armario —respondí—. Es solo una octava parte.

Tres maletas, una bolsa de mano y un neceser era lo mínimo de lo mínimo. ¿Sabía Vuk acaso lo mucho que ocupaban los zapatos?

—Es... aterrador. —A pesar de sus palabras, vi cómo se le encorvaba la comisura de los labios.

Mi indignación se difuminó hasta convertirse en una sonrisa. Tal vez fuera por su compañía, por lo agradable que resultaba acariciar a un gato así de mono o por la idea de volver a ver a mi familia, pero no me había sentido tan ligera en toda la semana.

Aún no había superado el trauma que me provocó el ataque del viernes pasado ni de broma. Seguramente tendría que ir a terapia durante muchísimo tiempo para digerir todo lo ocurrido; además, por si fuera poco, Jordan seguía debatiéndose entre los dos mundos. Y yo seguía viendo a La Hermandad como una siniestra amenaza de fondo. Sin embargo, en nuestras peores épocas, las personas necesitamos esperanza, y adentrarnos en un hoyo de preocupaciones no iba a hacerle bien a nadie.

Cogí el móvil y cambié la música para poner algo más alegre. La *DJ* del viaje era yo y a Vuk no parecía importarle que fuera pasando canciones de Spotify según iban apareciendo.

—¿Es la primera vez que viajas en lo que va de año? Dejando el viaje de San Francisco de lado —le pregunté—. Tengo la impresión de que no vas nunca de vacaciones.

—No y no tengo tiempo para irme de vacaciones.

—Todo el mundo tiene tiempo para irse de vacaciones.

—Yo no.

—Entonces, cuando viajas, ¿por qué lo haces?

—Por trabajo.

Dios, qué exasperante podía llegar a ser.

—Menudo pelmazo.

Vuk me miró de reojo.

—Dice la chica que viaja por el mundo de sesión de fotos en sesión de fotos. ¿Cuándo fue la última vez que te fuiste tú de vacaciones?

—No es lo mismo. —Acaricié el pelaje de *Sombra*—. Si puedo, procuro tomarme algunos días de vacaciones aprovechando mis sesiones fotográficas. Por ejemplo, después de la campaña de perfumes para Chanel, me quedé cuatro días de vacaciones en la Provenza.

—Pero volaste allí por trabajo. Si no fuera porque te reclamaban allí, no habrías ido a la Provenza.

Abrí la boca y la cerré de inmediato. *Mecagüen*... Tenía razón.

Una de las cosas que más me gustaban de ser modelo era que podía viajar, pero también estaría bien poder irme a algún sitio sin tener que preocuparme por el trabajo constantemente.

—Vale —sentencié tras pensarlo un segundo—. En el caso de que sí tuvieras tiempo para irte de vacaciones, ¿dónde irías?

Vuk arrugó la frente, pensativo. Me encantaba verlo así. Cuando no intentaba sacarme de quicio de forma intencionada con sus apáticas respuestas, meditaba absolutamente todas las preguntas con la misma seriedad con la que un director ejecutivo se plantearía una decisión empresarial. Daba igual lo estúpida que fuese la pregunta en cuestión.

Con Vuk no solo me sentía comprendida, sino también escuchada.

—A algún lugar frío —musitó—. Me gustan las montañas y la nieve. Hay poca gente.

—¿Por qué será que no me sorprende...? —bromeé—. Yo soy más de lugares cálidos. De una playa con bebidas afrutadas y unas sombrillitas de esas decorativas dentro.

—Si son desérticas, las playas están bien.

—¿Qué tienes en contra de la gente?

Vuk me miró con sarcasmo. Claro. Qué pregunta más tonta. Había gente que le había disparado, que había matado a su hermano y que también había intentado matarlo a él. Eso sin contar a todos los desconocidos que se quedaban mirándole las cicatrices boquiabiertos, como si fuese el animal de algún zoológico. Con razón no le gustaba nada salir de casa.

—Da igual. Playas o montañas desiertas. Tomo nota. —Me mordí el labio inferior. Quería preguntarle algo más, pero... «A la mierda».

Todavía nos quedaba una hora de camino y por fin me sentía lo suficientemente cómoda para abordar un tema en el que llevaba pensando hacía tiempo—: Empezaste a hablarme de viva voz después de mi despedida de soltera. ¿Qué cambió esa noche?

—¿Aparte de que intentaras besarme? —preguntó Vuk arrastrando las palabras, y yo me sonrojé.

—Aparte de eso.

Me daba igual cómo se expresara Vuk siempre y cuando él estuviera cómodo. Se comunicara oralmente o mediante señas, lo importante era cómo se sentía. Sin embargo, Vuk solo habló conmigo con señas hasta que intenté besarlo. Pensé que se habría tratado de algo puntual, que lo habría pillado desprevenido, pero nos habíamos pasado semanas hablando de forma oral casi exclusivamente.

Vuk ni siquiera hablaba tanto con Jordan y eso que Jordan lo conocía desde antes del incendio.

—Fue algo natural —se limitó a responder—. Eres la única persona con quien hablo tanto, a excepción de Willow.

Experimenté ciertos celos que me llevaron a preguntar lo siguiente:

—¿Quién es Willow?

El nombre me resultaba familiar. Me imaginé a alguna chica guapísima, de piernas largas pero sin cara, y arrugué la frente.

—Mi exsecretaria.

—Hmmm. ¿Cuántos años tiene? —me interesé como si nada.

Vuk me miró con una ceja arqueada.

—Era la mejor amiga de mi madre, o sea, que tiene cincuenta y pico. Me cuidó cuando murieron mis padres. Se jubiló a principios de año y se mudó a Oregón. Como ahora tenemos tierra de por medio,

ya no hablamos tanto como antes, pero tengo pensado ir a verla dentro de unos meses.

—Ah...

Ahora que lo comentaba, me acordaba muy sutilmente de una mujer mayor abrumadoramente competente que había estado al lado de Vuk durante mi fiesta de compromiso.

Una pizca de diversión le ensombreció la mirada.

—¿Celosa, *srce moje*?

—Sí, será eso. —Me subieron los colores—. Bueno, me alegro de ser una de las dos elegidas. De verdad —añadí acompañando esa última palabra de un tono sincero.

A él se le dibujó una sonrisa en los labios que desapareció enseguida. Volvió a centrarse en la carretera. Tras una breve pausa, me preguntó:

—¿Te contó Jordan por qué dejé de hablar?

Negué con la cabeza.

—Me dijo que no era él quien tenía que contarlo.

—Típico de Jordan —contestó Vuk con una pizca de melancolía en la voz.

A pesar de lo fácil que nos resultaba conversar, a ninguno de los dos se le olvidaba la situación actual de Jordan.

Tras otra larga pausa, Vuk prosiguió:

—La noche en la que Lazar murió, todo cambió. Uno de los miembros de La Hermandad que se había colado en mi casa intentó ahorcarme con una soga. Como no pudo, le prendió fuego a la soga en cuestión. Conseguí quitármela a tiempo, pero el incidente me dejó marcas. —Se señaló el cuello—. Los médicos me dijeron que no había acabado con las cuerdas vocales destrozadas de milagro. Sin embargo, para poder hablar de nuevo con normalidad, antes tuve que someterme a muchas operaciones y hacer un montón de

sesiones de rehabilitación vocal. Durante meses, me dolía incluso pronunciar una simple palabra, así que no dije nada. Dejé que la gente pensara que aquello era consecuencia de un atraco que había salido mal. Jordan sabía que yo me había juntado con gente turbia, pero ni siquiera él sabía toda la verdad.

La música dio paso a la siguiente canción. La paré con un nudo en la garganta. Me había imaginado que le habría sucedido algo por el estilo y que por eso tenía esas cicatrices, pero la realidad de lo sucedido era peor todavía de lo que me había imaginado.

—Me acostumbré a no hablar —prosiguió Vuk sin apartar la vista de la carretera. La emoción que escondían sus palabras no casaba con su estoica expresión—. Aprendí lenguaje de signos y empecé a comunicarme con señas. Sin embargo, incluso después de curarme, fue como si el fantasma del dolor que sentía antes al hablar siguiera ahí. Me recordaba demasiado a lo ocurrido aquella noche. Dejando las heridas de lado, también estaba cabreado con el mundo y conmigo mismo. Solo salía de casa si tenía que ir a trabajar. Estar callado me resultaba... más fácil. Mi preferencia por el silencio se convirtió en una costumbre y aquella costumbre acabó convirtiéndose en mi nueva normalidad.

Sentí una fuerte punzada de dolor tras la caja torácica.

Por aquel entonces, Vuk era muy joven. La culpabilidad y la soledad que sintió debieron de ser insoportables. Su hermano mellizo había muerto y él no podía contarle a nadie lo que había ocurrido realmente. Había tenido que vivir en un mundo de medias verdades.

Yo no había vivido ninguna experiencia personal con sicarios y asesinatos de por medio, pero entendía lo que era sentirse solo pese a estar rodeado de gente. Lo que era tener que guardar secretos y

no poder contárselos a nadie aun teniendo a un montón de personas a tu alrededor.

—A veces no me queda más remedio que hablar —continuó—. Muy pocas veces. No me gusta malgastar palabras con gente a no ser que...

Se me aceleró el corazón y me aventuré a preguntar:

—¿A no ser que...?

—A no ser que sean especiales para mí. —Confesó con la vista todavía puesta en la carretera, aunque jamás lo había oído hablar con un tono de voz tan dulce.

Me quedé sin aliento. Una densa calidez me recorrió el cuerpo y consiguió que el dolor que había sentido antes amainara un poco con su sedosidad.

Como fui incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describir aquella sensación, le agarré la mano. Vuk la tenía apoyada en la consola del coche que nos separaba y, cuando entrelacé los dedos con los suyos, noté la aspereza y el calor de su piel.

A él se le tensó la mano. Tras un segundo, se le volvió a relajar y entrelazó sus dedos con los míos.

Nos pasamos lo que quedaba de trayecto así.

Vuk

Llegamos a casa de los Kidane a la hora de cenar. Tardamos un poco más por culpa del tráfico de hora punta y, de no ser porque había cogido mi Range Rover completamente blindado, me habría

preocupado ante la posibilidad de que alguien de La Hermandad estuviera en algún coche cercano y nos embistiera.

Cristales blindados, interior revestido con tejido kevlar, neumáticos a prueba de pinchazos y suelo antiexplosivo. No dejé nada al azar.

Por suerte, llegamos a casa de los padres de Ayana sin problemas. La ayudé a llevar el equipaje a la puerta, donde sus padres ya nos estaban esperando, nerviosos.

Tras el contacto con Ayana, seguí notando cierto cosquilleo en la palma de la mano. Como también seguía sintiendo que tenía el corazón encogido por haberle contado lo que ocurrió después del incendio o tal vez por la ternura de su respuesta, no lo tenía claro. Fuese como fuese, el fin de semana apenas había empezado y yo ya estaba abrumado.

Abel y Saba Kidane le hicieron carantoñas a *Sombra* y se abalanzaron hacia su hija, exigiéndole que les contara si ya había comido y si había estado durmiendo las horas suficientes. Su padre me dio un apretón de manos para saludarme a la vez que su madre se giraba hacia mí.

—Vuk. —Me dedicó una dulce sonrisa que le arrebató las arrugas de preocupación que le envolvían los ojos—. Muchísimas gracias por traer a Ayana hasta aquí y por... todo. No tenías por qué hacerlo.

El lunes les pedí a dos de mis hombres que trajeran a los padres de Ayana a casa. Todavía estaban en Washington D. C., montando guardia hasta que yo llegase.

A Saba se le pusieron los ojos acuosos. Su marido le apoyó una mano en el hombro y ella se secó las lágrimas un tanto avergonzada.

—Perdona —se disculpó—. No suelo ponerme tan sensiblona, pero es que si no hubieses estado en la iglesia... Si hubieses llegado unos minutos después... No estaríamos... Yo no estaría...

Me sentí un poco atrapado. Miré a Ayana en busca de ayuda. Agradecía que su madre se sintiera así, pero detestaba que la gente me diese las gracias y no tenía ni idea de qué hacer cuando alguien se ponía a llorar.

—Mamá, estoy bien —señaló Ayana con dulzura—. No nos aferremos al pasado.

—Tiene razón. No hace falta que nos torturemos con algo que no pasó —declaró su padre—. Vamos dentro, que aquí hace fresco.

—Cierto. —Saba carraspeó y se echó a un lado para que su marido y Ayana pudieran meter las atiborradísimas maletas de su hija dentro. Si eso era solo una octava parte de lo que tenía Ayana en el armario, no podía ni imaginarme cómo sería su colección de ropa entera—. Vuk, Ayana nos ha comentado que también la vas a llevar de vuelta a Nueva York. ¿Dónde pasarás el fin de semana?

Ayana me había comentado que toda su familia aprendió lengua de signos después de que una de sus tías perdiera la audición, así que respondí con señas:

—Tengo una reserva en un hotel de por aquí cerca.

Saba se mostró horrorizada.

—¿En un hotel? Ni hablar. Le salvaste la vida a mi hija y la has traído hasta aquí en coche. Tú te quedas con nosotros. Tenemos un cuarto de invitados arriba. Y cenas con nosotros, que también vienen Aaron y Liya.

—¡Mamá! —soltó Ayana, que parecía avergonzada—. Vuk seguramente ya tenga planes para cenar. No lo intimides para que se quede.

—¿Planes para cenar, dónde? ¿Qué restaurante puede compararse con la comida casera? —replicó la mayor de las Kidane—. Y lo digo yo, que soy la dueña de uno. —La mujer volvió a mirarme—. Te

quedas con nosotros. Enseguida te preparamos la habitación de invitados.

Era el director ejecutivo de una empresa multimillonaria y antiguo miembro de una organización de sicarios. Sin embargo, hasta yo sabía que no había que discutir con una madre a quien se le ha puesto algo entre ceja y ceja.

—Gracias. Yo, encantado.

Mis planes para cenar consistían en pillar comida para llevar y trabajar desde el ordenador. No me daba ninguna pena tener que cambiarlos.

—Lo siento —musitó Ayana mientras nos adentrábamos en la casa —. Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza, no hay forma de hacerla cambiar de opinión.

—Anda, mira, como otra que yo me conozco.

Ayana me pegó un codazo en las costillas y sonreí. Me gustaba hablar con ella cuando estábamos a solas, pero cuando había gente cerca que pudiera oírnos prefería comunicarme con señas.

Los Kidane vivían en una acogedora casa de dos plantas en la frontera entre Washington D. C. y Maryland. Estaba decorada con los mismos colores llamativos que el apartamento de Ayana y tenían fotos de sus hijos y nietos por doquier.

En el salón había tres estanterías enteras dedicadas a exhibir medallas por buen trabajo en equipo o por logros atléticos, así como trofeos académicos. Las paredes estaban decoradas con cubiertas de revistas enmarcadas: Ayana posando para *Vogue*, Ayana sonriendo en *Harper's Bazaar*, Ayana fogosa para *Cosmopolitan*... Sobre la repisa de la chimenea descansaban fotos de su hermana durante la ceremonia oficial de graduación de Enfermería, justo al lado de fotos de su hermano trabajando en la cocina.

Esa casa estaba repleta de amor. Hacía años que yo no experimentaba aquella sensación, pero me alegraba de que Ayana tuviese una red de apoyo tan potente en casa. En Nueva York podían pasarle un montón de mierdas, pero al menos podía contar con el apoyo de su familia.

Saba me hizo un *tour* entero por el lugar mientras Ayana deshacía las maletas y Abel preparaba la comida. La visita terminó en el cuarto de invitados.

—La cena estará lista en una hora, más o menos —me comentó la madre de Ayana—. El baño está en la otra punta del pasillo. Tienes toallas limpias en el armario que queda justo al lado. —Alguien llamó a la puerta y la interrumpió—. Deben de ser Liya y Aaron. Disculpa.

Volví a darle las gracias. Ella se marchó y yo dejé la bolsa de viaje en la silla que había en una esquina. La habitación en sí era pequeña, pero estaba bien amueblada. Un edredón azul marino cubría la cama y el suelo estaba adornado con una alfombra tejida a mano. En una esquina había una butaca con una manta de algodón recubierta con un complejo tejido. No era tan lujosa como la *suite* del ático que había reservado en el Ritz, pero esta era la casa donde se había criado Ayana. Era mejor que cualquier hotel de cinco estrellas.

Deshice la maleta, me duché y me cambié. Le mandé un mensaje a mi equipo para informar de que me quedaría en casa de los Kidane y, mientras tanto, *Sombra* se coló en mi cuarto y se puso a husmear entre mi bolsa como si hubiese metido atún ahí para él.

«Lárgate».

El gato ignoró mi orden silenciosa, fue paseándose por el cuarto y se acomodó justo en medio de la cama.

Cabrón.

Tragué saliva para no soltar un gruñido y bajé. Se oían risas en la cocina y la casa entera olía a especias y a carne que se iba cociendo a fuego lento. Se me hizo la boca agua.

Tomé nota mentalmente de que tendría que pensar cómo le daba de comer a *Sombra* y de que tendría que buscarle un arenero.

—Justo a tiempo —dijo Saba cuando entré en el salón—. La cena ya casi está lista.

—¿Qué hago?

Cocinar se me daba como el culo, pero podía poner la mesa.

—Nada de nada —respondió en tono firme—. Eres nuestro invitado. Siéntate. Enseguida traemos la comida.

Dos críos (un niño y una niña) pasaron a toda prisa por su lado, gritando. Deberían de tener unos cinco o seis años. Liya apareció detrás de ellos con la frente arrugada.

—¿Qué os he dicho de correr por casa? —los riñó—. ¡Guardad los juguetes y lavaos las manos antes de cenar!

La única respuesta de los pequeños fue un indulgente «Sí, mamá» seguido de más risas y un «¡Gatito!» bien agudo.

Sombra debía de haber bajado. Ese gato hacía lo que se le antojaba en todo momento.

Liya sacudió la cabeza.

—Hola, Vuk —me saludó de camino a la cocina—. Me alegro de volver a verte.

Asentí con la cabeza a modo de saludo. Liya se escapó de la iglesia sin un rasguño siquiera. No sabía cómo se sentiría emocionalmente pero, de puertas para fuera, se mostraba más relajada que nadie a pesar de lo ocurrido la semana anterior. Según Ayana, como Liya era enfermera de urgencias, estaba acostumbrada a situaciones peliagudas.

—Debería haberte advertido. Los viernes por la noche, esto parece un zoo —oí que decía Ayana detrás de mí.

Me giré y, al verla, me destensé. Ella también se había cambiado y se había puesto ropa más cómoda. Aquel jersey rojo y esos vaqueros le quedaban ideales con su oscuro tono de piel.

—No importa.

—Pensaba que odiabas a la gente —señaló arqueando una ceja en plan bromista.

Me encogí de hombros.

—A ciertas personas. No a todas.

Se le ensanchó una brillante sonrisa y yo noté que me envolvía una sensación de calidez.

No tardamos en empezar a cenar. Éramos diez personas en total: Ayana, sus padres, sus hermanos y sus respectivas parejas, los dos hijos de Liya y yo. *Sombra* pasó del bol que le había preparado Saba y se sentó a los pies de los niños, regodeándose con la atención que le prestaban estos.

Tal y como habían prometido, la comida estaba deliciosa. Habían preparado una ensalada de tomate con cebolla, jalapeños y un aderezo con un leve toque de limón; pescado frito; estofado de carne picante y pan. La madre de Ayana tenía razón: no había nada como la comida casera.

—Bueno, Vuk —dijo Aaron hacia la mitad de la cena—. ¿A qué te dedicabas?

—Tengo una empresa de destilados.

Silbó.

—Debe de irte fenomenal, porque menudo cochazo tienes.

O era el mejor actor del mundo o el tío realmente no tenía ni idea de quién era yo. Tampoco resultaba tan descabellado. Fuera de Nueva York, eran pocas las personas que, sin estar relacionadas con

el mundo empresarial, prestaban atención a los directores ejecutivos.

—*Va bien, sí.*

—Está siendo modesto —intervino Ayana, que estaba sentada a mi lado y la tenía lo suficientemente cerca como para que me viniera el olor de su perfume cada vez que se movía—. Su empresa es la más importante en el sector. La abrió a los veintitrés años y ha ido creciendo desde entonces —les contó con una pizca de orgullo en la voz.

Volví a sonrojarme.

No estaba acostumbrado a que la gente ensalzara mis logros sin esperar nada a cambio. Era... incómodo, pero no desagradable.

La mesa entera me miró, incluidos los niños.

—Joder —dijo Aaron. Liya lo fulminó con la mirada y él hizo una mueca—. Eso no se dice —les recordó a los niños antes de volver a mirarme a mí—. ¿Te importaría enseñarme el coche después de cenar?

—*Por supuesto.*

—Pero no lo dejes conducir —terció Abel—. Dos días después de que le dieran el carné de coche, estampó el mío contra una cuneta.

—Papá... —Aaron se cruzó de brazos y el resto de la mesa se echó a reír—. ¿Vas a dejar el tema algún día?

—Cuando me haga mayor y me falle la memoria.

Más risas y bromas desenfadadas. Aaron puso los ojos en blanco, pero se le encorvaron los labios.

—Como castigo, mi hermano tuvo que pasarse *meses* haciendo las tareas de casa —me susurró Ayana—. Liya y yo teníamos la esperanza de que volviese a estrellar el coche para que no tuviéramos que fregar los platos nunca más antes de ir a la uni.

Al imaginármela a ella y a su hermana conspirando en contra de su hermano mayor, sonreí.

La cena fue avanzando con esa misma dinámica: con la familia de Ayana echándose pullitas entre sí y haciéndome preguntas de buen grado sobre mi vida y mi trabajo. Nadie sacó a relucir el chasco de la boda ni nada relacionado con eso.

Nos habíamos pasado una semana pensando en ello y me daba la sensación de que todos necesitábamos quitárnoslo un poco de la cabeza. Nadie quería estropear la relajada atmósfera de la cena con un tema tan cargado como ese.

Nadie me miró las cicatrices ni me preguntó nada al respecto, ni siquiera los niños. Cuando nos hubimos terminado el plato principal, me relajé lo suficiente como para bajar un poco la guardia.

—Bueno... ¿Te ha contado Ayana lo de nuestras noches de juego? —se interesó su padre mientras nos tomábamos un café y comíamos tiramisú.

Negué con la cabeza.

—Se me ha pasado —reconoció Ayana—. El último viernes de cada mes, jugamos a las cartas o a algún juego de mesa. Es una tradición familiar desde que yo era niña. No he podido participar desde que me mudé, claro está, pero es muy divertido. Aunque no tienes por qué jugar, si no quieres —se apresuró a añadir—. Si quieres, adelante, pero ha sido un día largo. Entiendo que prefieras descansar.

Al oírla divagar nerviosa, una pizca de diversión se abrió paso en mi interior.

—Jugaré encantado.

Me dedicó una sutil sonrisa y yo casi se la devuelvo hasta que pillé a su madre mirándonos con un especulativo centelleo en la mirada.

Aplané los labios en una fina línea y me terminé el agua.

A continuación, presencié un animado debate para escoger a qué jugar:

—Yo voto que al Monopoly —dijo Ayana.

—Qué aburrido. Siempre jugamos al *Monopoly* —respondió Aaron —. ¿Y al *Exploding Kittens*?[1]

Sombra levantó las orejas. A continuación, alzó la cabeza y fulminó al hermano de Ayana con la mirada mientras barría el suelo con la cola.

—O igual no —añadió Aaron a la vez que apartaba el pie un poco más de donde estaba conspirando el gato.

—Ojalá tuviéramos cartas de bingo... —dijo Ayana con picardía—. Vuk es el rey del bingo.

Le di un golpe en la rodilla con la mía por debajo de la mesa en señal de advertencia y ella rio por lo bajo. Aquel dulce y agradable sonido reverberó por todo mi cuerpo.

Al final, nos decantamos por el *Pictionary*. Ayana y yo acabamos en el mismo equipo que su madre, su hermano y su sobrino. Tras una hora y media de competir acaloradamente, el otro equipo terminó ganándonos por muy poco.

Normalmente me tomaría haber perdido como una muestra más de que debería evitar las actividades en equipo. Si quería ganar, solo podía confiar en mí mismo.

Sin embargo, los Kidane me caían bien y disfruté tanto viendo cómo Ayana celebraba cada punto con un sutil meneo que ni siquiera me molestó tanto perder.

—Gracias por haberte quedado —me dijo Ayana cuando sus hermanos se hubieron ido y sus padres fueron a acostarse. Nosotros dos nos quedamos en el salón, donde las lámparas lo teñían todo de un cálido brillo ámbar—. Les encantan las noches de juego.

—Ha sido más divertido que revisar informes de seguridad —confesé.

—Pero no más que el bingo.

—¿De dónde sale tanta obsesión por el bingo?

—Eh... La que está obsesionada con el bingo no soy yo —resopló ella—. El que juega en residencias geriátricas eres tú.

—Y tú la que no para de sacar el tema a colación.

—Solo porque te niegas a confirmar o desmentir si ibas en serio o no cuando me dijiste que jugabas.

—Si te lo confirmara, te sentirías bastante mal por haber ido burlándote de mí, ¿a que sí?

—Te... —Apretó los labios. El casi imperceptible temblor que le noté en la boca menoscabó su estoica expresión. Sin embargo, cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono noble en la voz—: ¿Sabes qué? Que ya es muy tarde como para que me ponga a discutir ahora contigo sobre eso. Buenas noches.

Encorvé los labios.

—Buenas noches, Ayana.

Se le relajaron los labios. Era tan tarde que no se oía ruido alguno; aun así, noté cómo le latía el pulso en la base del cuello.

Se acomodó una trenza detrás de la oreja. Abrió la boca. La cerró.

El siguiente segundo de silencio duró tanto que incluso me dio tiempo a imaginarme acercándomela a mí y empotrándole mi boca en la suya. La cena me había dejado lleno, pero podría pasarme la eternidad bebiendo la dulzura de sus labios y no saciarme jamás.

Tener semejantes pensamientos era turbio de cojones; sobre todo, porque Ayana seguía prometida con Jordan, que continuaba hospitalizado. Aun así, mis deseos eran oscuros y egoístas, y yo en ningún momento había dicho lo contrario.

Separó los labios como si pudiese oír mis pensamientos obsesivos. Por una milésima de segundo, pensé que sería ella quien me besara primero.

Y entonces pestañeó y sacudió la cabeza discretamente.

—Nos vemos por la mañana —me dijo con la voz un tanto ronca.

Desapareció escalera arriba. Esperé a que me hubiese pegado esquinazo para soltar el aire con una larga y calmada exhalación.

Paseé la vista por el salón. *Sombra* estaba durmiendo acurrucado en el sofá. La caja del *Pictionary* seguía en la mesa y las piezas continuaban desparramadas por ahí, a la espera de que alguien lo recogiese todo por la mañana.

Esta noche había sido la primera vez que me había sentido normal desde que falleció mi hermano. Los Kidane no eran mi familia, pero me recordaban a aquello que tanto echaba de menos: la calidez. El pertenecer a algún lugar. La sencillez de los placeres de la vida.

Disfruté de aquella silenciosa atmósfera un segundo más y, a continuación, apagué las luces y me fui arriba.

33

Ayana / Vuk





Ayana

Mi madre tenía razón. La mejor prescripción médica era un fin de semana en casa, rodeada de mi familia.

A la mañana siguiente, después de haber descansado por primera vez en toda la semana, fui con Aaron y mis padres al restaurante familiar mientras Vuk se reunía con su equipo de seguridad para que pudieran ponerse al día.

De pequeña, solía echar una mano a mis padres en la cocina al terminar las clases y enseguida volví a adaptarme al reconfortante ritmo de tomar nota de los pedidos y meterlos en bolsas. Aquellas tareas mundanas quedaban tan lejos del mundo de la moda y de la amenaza de los asesinos que casi resultaban terapéuticas.

—Ya te he dicho que no hacía falta que vinieras —me dijo mi madre—. Deberías de estar relajándote. Vete a un *spa*. O de compras. Diviértete.

Negué con la cabeza.

—Eso ya puedo hacerlo en Nueva York. Prefiero estar aquí. —Metí dos pares de cubiertos en una bolsa de papel marrón—. Echaba de menos este lugar.

—Si quiere trabajar, déjala que trabaje —terció Aaron mientras pasaba con un bol de estofado en mano—. No nos viene mal la ayuda y bastante tiempo lleva ya holgazaneando por la ciudad. Ya va siendo hora de que se acuerde de lo que es el trabajo de verdad.

Le pegué un manotazo en el brazo y él rio.

Mamá sacudió la cabeza. A pesar de estar sonriendo, me miró con una sombría preocupación en los ojos.

Hasta la fecha, mi familia había evitado hablar de la boda y de Jordan. Intuía que les preocupaba que fuese a perder los estribos o algo parecido si mencionaban alguno de esos temas. Como no sabían nada de mi acuerdo con Jordan, para ellos, yo debía de ser una prometida que estaba desolada pero que se hacía la fuerte ante los demás.

A ver, desolada estaba, y también estaba haciéndome la fuerte, pero no tanto como si hubiese estado verdaderamente enamorada de él. De hecho, ayer hubo ocasiones en las que se me olvidó por completo, como cuando le hice broma a Vuk con lo del bingo y nos dimos las buenas noches. De haberme quedado un segundo más ahí, tal vez lo habría besado.

Un ladrillo más para mi muro de culpabilidad.

Por suerte, aquí había tanto trabajo que no tuve tiempo de darle demasiadas vueltas. Mis padres no tenían un restaurante lujoso, pero sí se habían ido ganando la fidelidad de muchos parroquianos a

lo largo de los años. Cualquier famoso que visitara Washington D. C. solía pasarse a comer por el local.

La «pared de la fama» del salón estaba repleta de fotos con autógrafos de comensales célebres. Había personalidades de todo tipo: desde la estrella de cine Nate Reynolds hasta la reina Bridget de Eldorra, que era clienta habitual desde sus días como estudiante en la Universidad Thayer, pasando por el fenómeno británico del fútbol europeo Asher Donovan.

—Bueno —dijo mi madre mientras nos tomábamos una pausa para comer sentadas en una mesa justo al lado de dicha pared—. ¿Qué os traéis entre manos Vuk y tú?

Casi me atraganto con el agua. Debería de haberme imaginado que estaba esperando al momento oportuno para atacar.

—¿A qué te refieres? —pregunté poniendo una expresión neutral.

—Ayana, puede que ya seas una mujer adulta, pero sigues siendo mi hija. Te conozco mejor que nadie. —Y prosiguió con un tono de voz más dulce—: Si no quieres, no tenemos por qué hablar de esto ahora. Ha sido una semana dura. Pero vi cómo lo mirabas anoche. Parecías... feliz. Hacía muchísimo tiempo que no te veía reír así.

Me quedé mirando mi bol de verduras. Los ladrillos fueron amontonándoseme en el estómago.

—No debería estar feliz. Jordan está ingresado en el hospital.

El anillo de compromiso me centelleaba en el dedo. No sabía cómo navegar aquellas aguas posboda. ¿Debería hacer más de prometida o de amiga preocupada? Si Jordan seguía en coma de forma indefinida, ¿debería contarles lo de nuestro acuerdo a los demás o debería devolver el anillo y dejar que fuera el resto quien pensara que era una zorra desalmada por dejar tirado a mi prometido cuando las cosas se ponían feas?

—La alegría no implica la ausencia de dolor —señaló mi madre—. Podemos sentir ambas emociones a la vez. Forma parte la experiencia humana. —Guardó silencio mientras pasaba un camarero al lado. Había tanto ruido en la sala que, más allá de un grupo de chicas adolescentes que parecían haberme reconocido (y que no paraban de mirar y de intentar tomar fotos discretamente con los móviles), nadie nos estaba prestando atención—. No quiero que te tomes esto a mal —continuó mi madre cuando el camarero se hubo marchado—. Soy tu madre y yo nunca voy a juzgarte. Dime la verdad: aunque sea muy ínfimamente..., en parte, ¿te alegras de que no hubiese boda?

Sentí que la tierra se abría bajo mis pies. Me hundí y el estómago me dio una pirueta mortal a una velocidad nauseabunda. Abrí la boca pero no me salieron las palabras.

¿Tan transparente era yo? No llevaba ni un día en casa y mi madre ya había descubierto el porqué de la culpabilidad que me atormentaba. Y tenía razón: sí que me sentía aliviada de no haberme tenido que casar con Jordan.

La lógica y la lealtad me habían impedido anular la boda, pero que el Universo hubiese intervenido sería una señal, ¿no? Jamás habría deseado que la boda terminase como lo hizo pero, ahora que se había acabado (o, por lo menos, pospuesto), me sentía mucho más liviana.

La pelota ya no estaba en mi tejado. Ahora solo me tocaba esperar.

—¿Sería una malísima persona si dijera que sí? —pregunté en voz muy baja.

—No. —Mi madre me estrechó la mano y, con una voz repentinamente severa, añadió—: No podemos controlar lo que sentimos. Ya sea envidia, rencor o, sí, alivio: todos hemos sentido

algo de lo que nos hemos avergonzado. Pero lo que más importa son nuestras acciones. Quien motivó aquel tiroteo no fuiste tú, como tampoco fuiste tú quien hizo que Jordan acabase en coma. Sufriste por lo ocurrido igual que los demás. Permítete ser humana. Puedes sentir lo que sea.

Tragué saliva para deshacerme de la emoción que me ardía en la garganta y le pregunté:

—¿Cómo lo has sabido?

—Soy tu madre. Es mi trabajo. —Sonrió y le centellearon los ojos —. En ningún momento te vi tan animada como suelen estarlo las novias antes de su boda. Cuando me preguntaste cómo supe que tu padre era el definitivo, ahí até cabos. Te vi la cara antes de que echaras a andar hacia el altar, Ayaniye. Y esa no era la cara de una mujer enamorada.

—No —admití con un hilo de voz más fino todavía—. No lo era.

—¿Acaso estabas enamorada de él?

Negué lentamente con la cabeza.

—Entonces..., ¿por qué os ibais a casar? —inquirió ella con la frente arrugada.

—Es complicado.

Me cuestioné, por enésima vez, si contarle lo de mi acuerdo con Jordan. Dadas las circunstancias, a él seguramente no le molestaría que rompiese la norma de «no contárselo a nadie» si rompíamos (o cuando rompiéramos).

Sin embargo, no podía cargarle aquel peso a mi madre. Si le decía que era para ayudar a un amigo, me diría que un amigo de verdad no me pondría en una situación tan incómoda. Si le decía que era por dinero, me preguntaría que para qué lo necesitaba. Vivía cómodamente con lo que ganaba como modelo y, por más que me gustara ir de compras, tampoco era tan materialista.

Aun así, si le decía que quería largarme de Beaumont, acabaría haciéndome más preguntas hasta que al final descubriría cuánto me maltrataban en la agencia. Había conseguido fingir que mi vida en Nueva York era la mar de glamurosa porque, de puertas para fuera, lo era; además, a mi familia no la veía tanto en persona como para que se percataran de las grietas que había. Si mi madre se enteraba de lo infeliz que era yo, la destrozaría. Bastante se preocupaba ya por tenerme viviendo sola en la ciudad.

Pero, sobre todo, lo que menos quería era que mi familia se enterase de que me había lanzado a firmar el contrato con Beaumont por ellos. Jamás se lo perdonarían.

—¿Más complicado que tu relación con Vuk? —preguntó ella con astucia, y yo volví al presente.

Reí pesarosa.

—No lo sé. Las dos situaciones son más o menos igual de complicadas. —Desmenucé mi *injera* en unas tiras blandas y pequeñas. Me encantaba cómo cocinaba mi padre, pero se me había quitado el apetito—. Si sospechabas que no quería a Jordan, ¿por qué no dijiste nada?

Permaneció en silencio unos segundos antes de responder.

—Debería haberlo hecho —dijo por fin—, pero creo que no quería que fuese cierto. Desde un punto de vista práctico, Jordan es ideal para ti: es un chico amable y tiene éxito y dinero. Erais amigos de antes y te podría haber ofrecido una buena vida. Es el yerno que cualquier madre querría para su hija y yo quería creer a pies juntillas que eras feliz con él. Me dije a mí misma que eran imaginaciones mías. Y la pifié.

—Pues no —contesté—. Y, aunque me hubieses dicho algo, seguramente habría seguido adelante con la boda. Es lo que te decía: las razones para casarme con él son...

—¿Complicadas?

Asentí.

—¿Tienes algún tipo de problema?

—No —esquivé su pregunta—. No es eso.

Si me quedaba con Beaumont, tampoco es que fuese a tener problemas realmente. Al menos, no del tipo que pensaba ella.

—¿Me vas a contar por qué es tan complicado?

—No puedo, pero lo tengo todo bajo control. —Más o menos. Más bien menos que más, pero eso ella no tenía por qué saberlo—. Mejor hablemos de otra cosa, ¿vale?

—Vale, vale. Tsss. Soy consciente de cuándo no conseguiré sonsacarte más, pero si en algún momento tienes algún problema, tienes que contármelo. Somos tu familia. Estamos aquí para esto.

—Lo sé, mamá. Lo haré.

De no ser por los traumáticos acontecimientos de la semana pasada, mi madre no me habría dejado cambiar de tema tan fácilmente ni de broma. Cuando percibía que alguno de sus hijos tenía alguna clase de problema, se convertía en un sabueso.

Por desgracia, pasó del tema de Jordan a otro igual de incómodo.

—Volviendo al tema de Vuk. Ese hombre se arriesgó a que lo atravesara una bala por ti —evidenció exageradamente tranquila—. Menuda forma de salvarte la vida.

—Mhmmm. —Me metí un montón de verdura en la boca para no tener que responder.

—Lo busqué por internet —comentó—. Tiene un historial impresionante. Y también tiene pinta de estar soltero.

Me ruboricé a más no poder. Tragué saliva y respondí:

—Mamá, por favor. —Me señalé el diamante que seguía llevando en el dedo—. Enamorada o no, sigo prometida, ¿recuerdas?

—No he dicho lo contrario. —Mi madre era la mismísima representación visual de la inocencia—. Lo único que digo es que, cuando Jordan se despierte, que lo hará, me da la impresión de que podréis resolver vuestras... complicaciones. Y, después de esto, ¿quién sabe? —Le dio un modesto sorbo al agua—. Tienes el mundo a tus pies.

Hice una mueca.

—Ay, no digas estas cosas. Es un cliché tan grande que da hasta repelús.

Mi madre rio.

—Cuando eres madre, te acostumbras a eso de decir cosas que dan repelús. —Miró detrás de mí y se le iluminó la mirada con un pícaro centelleo—. Hablando del papa de Roma. Mira quién viene.

Me giré. Vi a Vuk entrando y adueñándose de todo el oxígeno de la sala con su imponente presencia. Sean lo seguía por detrás, vestido con una camiseta y unos vaqueros parecidos a los de su jefe. Algunos comensales dejaron de comer para quedárselos mirando mientras se me acercaban.

Yo misma había invitado a Vuk al restaurante, pero no pensaba que fuese a venir. ¿Y el vuelco que me había dado el corazón al verlo? La mar de normal.

Cuando cruzamos una mirada, a él se le encorvaron los labios.

Los míos imitaron el gesto y entonces me acordé de que mi madre nos estaba observando. Me giré de nuevo y la vi sonriendo, sabionda.

Pasé de su sonrisa a propósito y volví a llevarme algo de ensalada a la boca. El corazón aún me latía desbocado.

La. Mar. De. Normal.

Vuk

No tenía pensado pasarme por el restaurante de los Kidane. Ayana necesitaba pasar algo de tiempo a solas con su familia y yo tenía que ocuparme de mil y una cosas más.

Sin embargo, mi reunión con el equipo había terminado pronto y yo no podía concentrarme en las tareas mundanas que tenía que hacer para Fincas Markovic. Tampoco es que fuera nada importante: papeleo que había que firmar. También llamé al hospital, como hacía cada día, para preguntar por Jordan. Seguía inconsciente, pero sus constantes vitales habían mejorado y las heridas se le estaban curando bien. Algo es algo, al menos.

Sean, que había venido en coche esta misma mañana para informarme personalmente sobre cómo iba la persecución del fugitivo, me convenció para que me «tomara una pausa». Me daba a mí que lo que quería realmente era probar la comida de los Kidane, pero aun así me dejé persuadir y acabamos viniendo.

Sean llevaba un mes dejándose la piel currando con el tema de La Hermandad. Todavía no habíamos encontrado al miembro de la organización que se había escapado, pero íbamos avanzando poco a poco. Él también merecía un descanso.

Mientras se presentaba a Saba y tomaba asiento a una mesa que quedaba cerca, yo me senté delante de Ayana. Parecía que la hora punta de la comida iba amainando, de modo que no me sentí tan mal por estar ahí mientras ellos trabajaban.

—¿Y *Sombra*? —me preguntó Ayana.

—En el hotel, fastidiándome al equipo.

Ella sonrió. Se había vestido con una camiseta y unos vaqueros negros que, casualmente, pegaban también con el atuendo que

había escogido yo hoy, y también llevaba una pañuelo azul y dorado alrededor de las trenzas.

—¿Tienes hambre? Te traigo algo para comer. —Cuando ya se estaba levantando, su madre le colocó una mano en el hombro y la volvió a sentar de golpe con firmeza.

—Tonterías —terció Saba—. Ya lo traigo yo. Tú hazle compañía a Vuk. Sean ya comerá conmigo.

Le guiñó un ojo a Ayana y desapareció por la cocina. Regresó al cabo de unos minutos con platos llenos de pan *injera* y *tibs* de ternera. Cogió los platos que tenía en la mesa para ponerlos en la que se encontraba Sean y me dejó a solas con su hija.

—Bueno, pues... este es el restaurante de mi familia —dijo Ayana, señalando el local con el brazo—. ¿Qué te parece?

—Es perfecto.

Y lo decía en serio. A mí no me hacía falta ir a un lugar con vajilla elegante ni camareros con guantes blancos para saber apreciar una buena comida. La modesta decoración del local y aquellos toques rústicos y hogareños pegaban totalmente con los dueños del restaurante.

A Ayana se le ensanchó la sonrisa.

—Gracias. Estamos muy orgullosos del restaurante. Es un lugar pequeño, pero a mis padres les gusta más que sea así. Han tenido muchas oportunidades de expandir el negocio. Los del grupo hostelero Laurent incluso les ofrecieron convertirlo en una franquicia el año pasado, pero mis padres rechazaron la oferta. Dijeron que tener más locales no serviría de nada si no podían traer el alma a todas partes.

—Buena elección. Lo de las franquicias es impredecible.

Los Laurent eran los dioses del sector gastronómico, pero el dinero y la calidad no siempre iban de la mano. Si los Kidane

vendían su restaurante al grupo, no serían más que otro nombre en la ya eterna lista de los Laurent.

—Dijiste que tu hermano se quedará con el negocio cuando tus padres se jubilen, ¿no?

Ayana asintió.

—Esa ha sido siempre la idea. Ni Liya ni yo tenemos interés alguno en llevar el restaurante; además, Aaron es el que mejor cocina de los tres. De adolescentes, solíamos echarles un cable, pero ya está.

—¿Eres feliz siendo modelo?

Acabó en ese sector después de que la reclutaran y había logrado un éxito extraordinario desde entonces, pero eso no significaba nada. Había muchísima gente con éxito a quien no le gustaba nada su trabajo.

Se le apagó un poco el brillo de la mirada.

—En cierto modo —respondió con cautela y bajando la voz—. Es lo que te decía: me encanta la moda. Crecí idolatrando a Iman, a Beverly Johnson y a Pat Cleveland. Si solo tuviera que ponerme delante de una cámara o caminar por una pasarela, sí: sería muy feliz. Pero no estaba preparada para la parte empresarial de todo esto ni para que ciertas personas del sector intentaran aprovecharse de mí. Es exasperante.

—¿Personas como los agentes, quieres decir?

Todavía no tenía nada firme con lo que culpar a Emmanuelle. Y me crispaba. Llegados a este punto, casi había esperado que mi instinto se equivocase. De lo contrario, significaría que yo estaba perdiendo facultades. O que ella era muy buena.

A Ayana se le ensombreció la expresión.

—Sí. —Ladeó la cabeza y entornó la vista—. Desde que vino a verme a mi apartamento, Hank se ha mostrado muy servicial, por

extraño que parezca. Ya sé que me pasé casi todo el mes sin trabajar por lo de la boda, pero aun así... Lo normal sería que lo tuviese encima constantemente por «aflojar en el trabajo». Por casualidad, tú no sabrás nada al respecto, ¿no?

Me encogí de hombros y bebí un poco de agua para tragarme la comida.

—A lo mejor es que se dio cuenta de que si era un cabrón acabaría pagando por ello. Con lo vigilada que te tenía, podrías haberlo denunciado.

Mi equipo le había limpiado todos los aparatos a Ayana, de modo que él tenía que saber que lo habían pillado. Ayana no quería confrontarlo hasta que estuviese preparada para marcharse definitivamente de la agencia; sin embargo, cuanto más lo pensaba yo, más deseaba haberle clavado ese cuchillo bien hondo.

—Ya... —Ayana hizo una mueca—. No me puedo creer que... —Se le fue apagando la voz y giró la cara para mirar detrás. Su madre estaba conversando animadamente con Sean, pero claramente no quería que la otra mujer se enterase de sus problemas con Beaumont—. En fin, que me alegro de que ya se haya solucionado todo.

De momento. Cuando no estuviese tan ocupado con La Hermandad, pensaba volver a visitar a Hank Carson. Tenía que pagar por sus actos.

Aunque ese plan me lo guardé para mis adentros. No hacía falta que Ayana acabase involucrada en las cuestiones menos agradables de mis negocios.

—¿Qué tienes pensado hacer el resto del día?

—Nos lo llevamos de copas con el equipo —terció Sean antes de que pudiese responder yo mismo. Saba se había marchado para

atender a un cliente y resultaba evidente que Sean había estado escuchándonos—. Hoy cumple treinta y cinco tacos.

Casi lo ahorco.

Ayana abrió los ojos y preguntó:

—¿Es tu cumpleaños?

—Técnicamente.

Después de mi reacia respuesta, fulminé a Sean con la mirada, pero él estaba demasiado ocupado engullendo otra ración de ternera como para darse cuenta siquiera.

En el trabajo, era un gran profesional, pero como lo pusieras delante de un plato de comida se olvidaba de los modales.

—¡Qué fuerte! —Ayana dio una palmada a la mesa—. Tenemos que celebrarlo.

Contuve las ganas de hacer una mueca.

—No soy muy de celebraciones.

Odiaba los cumpleaños. Me recordaban que Lazar ya no estaba aquí y no podíamos festejarlo juntos.

A Ayana se le fue desdibujando la sonrisa y tuve claro que había hecho la misma reflexión que yo.

—¿Celebrar el qué? —preguntó su madre, que regresó justo a tiempo para oír la última parte de nuestra conversación.

—Es el cumpleaños de Vuk —respondió su hija mientras se acomodaba una trenza detrás de la oreja—, pero no quiere una gran celebración, o sea que...

—Ni hablar. —Saba puso los brazos en jarras—. Los cumpleaños son una ocasión especial. No deberías pasarlos encerrado aquí. De hecho... —Apretó los labios—. Ayana, ¿por qué no le enseñas la ciudad a Vuk? Seguro que le encantará conocer un poco mejor Washington D. C.

—No hace...

—Mamá, no quiere...

—Bueno, pues ya está decidido —dijo Saba, ignorando nuestras protestas—. Aunque, primero, tengo algo para ti.

—Gracias, pero de verdad que no es... —Desapareció por la cocina y yo acabé de signar—: *Necesario.*

Ayana gruñó.

—Lo siento muchíííísimo —se disculpó—. Cuando a mi madre se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la frene. Si no quieres que lo celebremos, no hace falta que hagamos nada, en serio. Podemos pasear por la ciudad y fingir que NO es tu cumpleaños. No quiero que te sientas... mal. —Al pronunciar la última palabra, tartamudeó.

El nudo que sentía en el corazón se me aflojó un poco y sentí una pizca de diversión. Siempre que podía, intentaba olvidarme de mi cumpleaños, pero la preocupación de Ayana era tan adorable que me hizo más llevadera la situación.

—No te preocupes. Sobreviviré.

Las puertas de la cocina se abrieron de par en par. Saba salió con más platos y una botella de un líquido anaranjado en la mano.

—Baklava y nuestro característico vino de miel —anunció—. No te voy a cantar el cumpleaños feliz, pero insisto en que pruebes el postre antes de marcharte.

No le llevé la contraria.

Sean y yo limpiamos los platos en un tiempo récord. Cuando intentó venir con Ayana y conmigo al levantarnos para salir, Saba lo detuvo arqueando una ceja, con segundas.

—Nada. Mejor me quedo y, eh..., reviso los planes de seguridad —anunció—. Si surge algo urgente, lo aviso.

Sonreí socarrón al ver a mi jefe de seguridad, que había trabajado para el ejército de operaciones especiales, resignado y acatando

órdenes de una mujer que le llegaba por la cintura y le doblaba la edad.

—Dile al resto que luego recojo a Sombra*.*

Guardé silencio y añadí:

—Y asegúrate de que no le den leche, hostia, que los gatos son intolerantes a la lactosa.

Ahora, quien sonrió con suficiencia fue Sean.

—Entendido. —Me dedicó un saludo militar con dos dedos juntos y añadió—: Diviértase, jefe.

34

Ayana



Al regresar a Washington D. C. me sentí igual de bien que cuando me ponía un par de pantalones de pijama viejos. Por más tiempo que hubiese estado fuera, la ciudad se me antojaba amena y familiar, y no tuve que pensar adónde ir ni cómo.

La Hermandad, Jordan, Beaumont... Todo se derritió bajo el sol y aquella brisa con olor a arce.

Vuk dejó que fuese yo quien planease el itinerario. Como él ya había estado aquí antes, pasé de los puntos turísticos y lo llevé a mis lugares favoritos: un puñado de joyas escondidas.

Primero, hicimos parada en Apollo Hill Books: una tienda de libros llena hasta los topes, tanto con títulos antiguos como con obras contemporáneas. No compramos nada, pero me encantaba pasearme entre las estanterías y respirar aquel fuerte aroma a libros. Después lo llevé a Crumble & Bake (no era ninguna joya

escondida, pero sí hacían los mejores *cupcakes* habidos y por haber) y a un museo de espionaje interactivo superguay.

—Se te daría bien hacer de espía —le dije cuando salimos del museo—. Ya tienes ese rollo taciturno y sombrío.

Vuk arrugó los labios y preguntó:

—¿Ves a los espías como a gente taciturna y sombría?

—¿No lo son?

—No suele ser el caso. Se trata de saberse integrar. Suelen ser discretos, como él. —Señaló a un hombre que llevaba un jersey azul y gafas—. O como ella. —La persona en cuestión era una mujer mayor con el pelo rizado y canoso que llevaba un cárdigan rosa de punto.

—Supongo... —dije dubitativa—. Pero a mí me gusta el rollo taciturno y sombrío.

Deambulamos por las calles empedradas de Georgetown. El sol de última hora de la tarde caía sobre aquellos pintorescos escaparates y yo ralenticé mi habitual ritmo agitado de Manhattan para pasear con tranquilidad. Vuk caminaba en silencio a mi lado, con expresión pensativa.

Llevaba evitando el tema de su cumpleaños desde que nos habíamos marchado del restaurante. No se me había ocurrido que para él pudiese ser un tema sensible hasta que yo había sugerido celebrarlo y había visto cómo se estremecía. Que algo le recordase la ausencia de su hermano tenía que ser doloroso a más no poder y justamente por eso estaba dispuesta a que, hoy, su día estuviese repleto de recuerdos felices.

—Ay, este sitio me en-can-ta —le dije cuando pasamos por delante de un escaparate blanco que me resultaba familiar. En el aparador centelleaban decenas de botellas de cristal preciosas—. Es una de mis tiendas favoritas.

—Entremos.

—Es una perfumería. —Podía comprar perfumes y zapatos el día que fuese; hoy era el día de Vuk, no el mío.

—Ya me he dado cuenta.

Me colocó una mano en la espalda y me guio hacia la puerta con firmeza.

Noté cómo me abrasaba el calor de su tacto a través de la lana del abrigo. Cuando me apartó la mano, seguí notando su roce y unas pequeñas chispas de electricidad se me colaron en las venas.

Me quedé tan aturdida que a duras penas oí el saludo de la dependienta.

—Bienvenidos. ¿Buscan algo en concreto? —preguntó con educación, a pesar de que la pillé mirando las cicatrices de Vuk por el rabillo del ojo y la vi hacer una mueca con los labios.

La sangre me avivó las mejillas. La fulminé con la mirada y ella se apresuró a apartarle los ojos de encima.

—No, gracias —respondí seca—. Solo mirábamos.

Cuando lo agarré por el brazo y lo arrastré hasta el fondo de la tienda, lejos de aquella dependienta maleducada, Vuk arqueó una ceja.

¿Acaso la mujer no sabía que era de muy mala educación quedarse mirando así a alguien? Si tenía que quedárselo mirando, por lo menos que tuviese la decencia de no hacerlo con cara de asco.

Mientras miraba un estante con aceites esenciales, impávido, Vuk signó:

—Estoy acostumbrado.

—¿Qué? —pregunté intentando respirar a pesar de la silenciosa rabia que me consumía.

Mirándolo con perspectiva, lo que pensara una desconocida quedaba rezagado al final de la lista de problemas por resolver. No obstante, por algún motivo, la reacción que había mostrado ella ante Vuk me irritaba.

—Que estoy acostumbrado a que se me queden mirando.

Cogió una botella de aceite de sándalo, leyó la etiqueta y la volvió a dejar.

El hecho de que se hubiese dado cuenta del comportamiento de la dependienta me encolerizó todavía más.

—Pero eso no quita que esté mal. Es... —callé. ¿En serio quería pasarme el rato quejándome de alguien que no importaba? Solo conseguiría que Vuk se sintiera mal. Me obligué a respirar y cambié de tema—: En fin... Antes siempre solía venir aquí —señalé. Por aquel entonces, esa dependienta no trabajaba en esta tienda ni de broma—. Todo el mundo me conocía por mi nombre y eran los suficientemente majos como para dejarme probar un montón de fragancias a pesar de que no tenía dinero para comprarme casi nada. —Al acordarme de todo eso, sonreí—. Ya te he dicho que yo también estudié Química, ¿no? Bueno, pues me fascinaba la ciencia que se esconde tras los aromas: la forma en que los seres humanos procesamos el olor, la combinación de notas distintas, el hecho de que un mismo perfume huela distinto en diferentes personas según la química corporal de cada uno... Si no me hubiese convertido en modelo, igual me habría metido en el mundo de las perfumerías. Ahora, en cambio, me limito a coleccionar fragancias.

Vuk había dejado de rebuscar entre los estantes y estaba escuchándome atentamente.

—Creo que vi tu colección cuando estuve en tu apartamento. En el salón.

—Esas botellas están vacías. Las bonitas las tengo de decoración —confesé—. La colección de verdad la guardo en el armario. Mi hermana siempre se burla. Dice que no me dará la vida para ponérmelas todas y seguramente tenga razón, pero es que no las colecciono para ponérmelas. Las colecciono para... supongo que para recordar cosas. Hay quien compra postales o camisetas a modo de *souvenir*; yo compro perfumes. El de verbena de limón para la costa amalfitana; el de té verde y rosas para Japón, y el de lavanda para la Provenza. Un olor distinto para cada recuerdo. Por eso solo los compro para los lugares que más me gustan.

Pasé los dedos por la suave superficie de madera de las estanterías. Cuanto más mayor me hacía, más susceptible me volvía a la nostalgia. Me bastaba con oler un poco un aroma familiar para transportarme de inmediato a cierto lugar y a cierto momento en concreto.

Una vez intenté contárselo a Liya, pero no acabó de entenderlo. Mi hermana era una persona visual, de modo que, para ella, las fotos y los vídeos tenían más sentido que el rico aroma del café de nuestra madre o las hierbas y especias características de los platos que preparaba nuestro padre.

—¿Sabías que la anatomía del cerebro hace que el olfato esté más relacionado con los recuerdos que cualquier otro sentido? —Casi nunca podía hablar de este *hobby* tan peculiar con nadie y las palabras me salieron de la boca sin pensarlo—. El tacto, el gusto, la vista y el oído... Todos atraviesan el tálamo antes de llegar a las zonas más relevantes del cerebro. Sin embargo, los aromas pasan de largo el tálamo y van directos al bulbo olfatorio, que está directamente conectado con la amígdala y el hipocampo. Por eso... —Se me fue apagando la voz y me subieron los colores. Era su

cumpleaños y yo aquí: hablando sin parar de MI *hobby*—. Perdona. Estoy siendo una friki.

—*No pasa nada. Me gusta oírte siendo una friki.* —A Vuk se le dibujó una sutil sonrisa en los labios—. *¿A qué olía el último perfume que compraste?*

Parecía interesado de verdad.

Eché memoria para acordarme de mi última compra.

—A nieve y a pinos —le conté—. Para Finlandia. Fui a hacer una sesión de fotos para la colección de invierno de la temporada pasada de Stella Alonso. Después del trabajo, no tuve demasiado tiempo libre para quedarme y explorar el país, o sea, que no llegué a ver las auroras boreales, pero las montañas de la región eran preciosas y no pude no comprarme algo de recuerdo.

Nos entretuvimos en la tienda un rato más hasta que nos rugieron las tripas. Cuando ya estábamos a punto de marcharnos, me vino una idea a la cabeza.

—¿Te importaría esperarme fuera? —le pregunté—. Aquí hay muchísima gente y tengo que ir al baño.

Fingí ir hacia el cuarto de baño hasta que Vuk se hubo marchado. Tras asegurarme de que no podía verme, volví atrás y cogí lo que estaba buscando. Cuando me tocó pagar, me aseguré de evitar a la dependienta borde.

Salí al cabo de unos minutos, bolsa en mano. Vuk levantó la vista del móvil y, cuando le pasé la bolsa a él, arqueó las cejas de nuevo.

—Es para ti —anuncié alegre—. Es un regalo de agradecimiento. Por haberme salvado la vida.

Se quedó mirando la bolsa como si hubiese una víbora esperando para atacar.

—*No hacía falta que me compraras nada.*

—Quería hacerlo. No es nada del otro mundo, pero el aroma me ha recordado a ti.

Siguió sin aceptar la bolsa.

Las dudas empezaron a adueñarse de mí. ¿Y si me había equivocado? ¿Y si debería de haberlo dejado estar y no haberle comprado nada en absoluto? Acababa de decirle que era un regalo en señal de agradecimiento, no uno de cumpleaños, pero a lo mejor los regalos también le traían malos recuerdos.

—Si no te gustan los perfumes, puedes cambiarlo —le dije dubitativa—. No te veas obligado a...

—No. Me lo quedo.

Vuk me quitó la bolsa de la mano de inmediato.

Contuve una sonrisa.

—Ábrelo.

Y lo hizo con expresión precavida. Aquella elegante botella negra con un grabado plateado encajaba perfectamente con su armario, casi completamente negro. Me había llamado la atención mientras echábamos una ojeada por la tienda y las notas del perfume también le venían que ni pintadas.

Señalé el envoltorio.

—Aroma suave de madera para las montañas, que has dicho que te gustan. Una pizca de ron porque tienes una destilería. Vainilla para la calidez y el confort. —«Que es lo que significas para mí», pensé, aunque la vergüenza no me permitió pronunciarlo en voz alta, pero esperé que Vuk entendiese el mensaje subliminal.

Él giró la botella. No dijo nada.

—No sabía qué clase de aromas te gustan, así que he ido un poco a tientas. —Pasé mi peso de un pie al otro. El calor del sol acariciándome la piel era exageradamente fuerte—. De verdad que

no tienes que ponértela. Solo he pensado que estaría bien para ocasiones especiales. Que no creo que huelas mal ni nada, eh.

«Por el amor de Dios. Cállate ya». Cuando me ponía nerviosa, hablaba sin parar, y ahora lo estaba haciendo más todavía.

La discreta sonrisa de Vuk hizo que mis inseguridades se disiparan. Se me había olvidado lo guapísimo que era cuando bajaba la guardia. Se le relajaba la expresión entera y hacía que pareciese muchísimo más joven.

—Tomo nota.

Volvió a meter la colonia en la caja.

—Gracias, *srce* —me dijo—. Me encanta.

Le devolví la sonrisa, ilusionada.

—De nada.

Reanudamos el paso. Como ambos teníamos hambre pero Vuk no quería nada del otro mundo, nos detuvimos en el restaurante informal más cercano que encontramos y pedimos una *pizza* (él) y una hamburguesa vegetariana (yo).

—¿Qué significan *srce* y *srce moje*? —me interesé al final de la comida—. Siempre me lo dices.

Vuk se terminó la porción de *pizza* sin decirme nada.

—Hooolaaa... —Le agité la mano delante de la cara—. Tierra llamando a Vuk.

Se tragó la comida y se pasó la mano por la boca.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Porque me dará vergüenza? No me estarás llamando... no sé, rata o algo así, ¿no?

Vuk sonrió, pero ni lo confirmó ni lo desmintió.

—Puedo buscarlo —le dije—. Cuando descubra cómo se escribe.

—Pues búscalo.

Gruñí frustrada.

—Aunque a veces eres muy atento, otras veces también puedes ser un cabrón de manual.

Se encogió de hombros.

—Nunca he dicho que fuese buena persona.

—No he dicho que no seas buena persona. He dicho que eres un cabrón. —Se lo dije sin malicia en la voz, pero pensé que podía darle a probar un poco de su propia medicina—: *Ahya*.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué significa?

Di un tímido sorbo de agua y sonreí antes de responder:

—Búscalo.

Y ahí fue cuando ocurrió. Vuk rio. OTRA VEZ.

Era la segunda vez que lo oía reír. Pero reír de verdad, sin reparos, arrugando los ojos y dejando entrever sus blancos dientes.

Verlo y oírlo reír era tan cautivador que casi dejé de respirar.

Por desgracia, su risa también llamó la atención de una mesa de universitarios que teníamos al lado y cuyos teatrales susurros se cargaron la magia del momento.

—¿Es quien creo que es? Ay, Dios. ¡Que sí! Es Ayana Kidane.

—¿La modelo? Hala, tienes razón. ¿Qué hace con... este?

—A lo mejor el tío es superrico. Hay un montón de tías guapísimas saliendo con hombres feos solo por dinero.

—Hmmm, a mí tampoco me parece feo. Es solo por las cicatrices...

—Ya. Dan bastante grima.

—Pero ¿no estaba prometida con ese tal Jordan Ford? Lo leí en *Mode de Vie*.

—¿Hola? ¿En qué mundo vives? Una banda armó un tiroteo en su boda y...

Ya estaba harta. Antes no le había dicho nada a la dependienta, pero el descaro de este grupo me superó.

Me giré hacia el grupo y sentí una brutal punzada de satisfacción al ver cómo se callaban de golpe y les subían los colores.

«Sí, os he oído, imbéciles».

—La próxima vez que habléis mal de la gente, tened la decencia de aseguraros de que no pueden oíros —espeté. Me daba igual que se rumorearan cosas sobre mí por ser «maleducada» o «una zorra». Se lo merecían—. Esas cicatrices son una muestra de su personalidad, a diferencia de vuestras acciones, que son una muestra de vuestra falta de educación. Si yo fuera vosotros, me costaría más mirarme a mí misma al espejo que mirar a cualquier otra persona. El «feo» aquí no es él. Sois vosotros.

Eché la silla atrás y me levanté. Entonces me acordé de que no me había terminado la hamburguesa, pero ya era demasiado tarde.

—Venga —le dije a Vuk, aturdida—. Vámonos. He perdido el apetito.

No me llevó la contraria.

Los cuatro universitarios se nos quedaron mirando todos igual de boquiabiertos.

Al salir, tiré uno de los refrescos que tenían en la mesa «sin querer» encima a uno de los miembros. Fue una mezquindad, pero qué jodidamente bien me sentó.

35

Ayana



Vuk estaba riendo de nuevo. Esta vez, su risa no me cautivó tanto como en las otras dos ocasiones.

—A mí no me hace gracia. —Me crucé de brazos. Seguía mosqueada por el encontronazo ese durante la cena—. Han sido supermaleducados. ¿Qué clase de persona hace algo así? Tampoco es que tuviésemos las mesas tan separadas. Seguro que sabían que los oiríamos; segurísimo.

—Son universitarios. Viven en su propio mundo. —Vuk estaba sorprendentemente calmado—. Ya te lo he dicho: estoy acostumbrado a que la gente se me quede mirando y cuchichee. Los insultos de ese grupo no son nada en comparación con lo peor que me ha llegado a decir la gente.

—¿Que es...? —Me picó demasiado la curiosidad como para no preguntárselo.

Sacudió la cabeza. Todavía se le apreciaba una muy sutil sonrisa en los labios.

Estábamos regresando a casa a pie porque esa mañana Vuk había dejado el coche en casa de mis padres. Nos habíamos pasado el día moviéndonos con Uber. Era una caminata de treinta y cinco minutos, pero hacía buen tiempo y yo necesitaba tranquilizarme.

—Pensaba que en tu vocabulario no se incluía el más mínimo insulto —señaló Vuk—. Es usted una caja de sorpresas, Ayana Kidane.

—Solo cuando estoy cabreada. No suele pasarme a menudo. No soy para nada conflictiva —reconocí. Pero una también tenía sus límites.

Nos adentramos en la calle de mis padres. Sentí una pizca de tristeza en mi interior. No estaba preparada para que se terminara la noche. Hoy, por primera vez en años, me había sentido relajada. A pesar de que nos alojáramos en la misma casa y de que Vuk siguiera estando aquí por la mañana, ya no sería lo mismo. Esta noche había tenido algo mágico.

—Qué raro... —dije cuando llegamos. Estaba todo a oscuras y reinaba un silencio poco habitual—. A estas horas ya deberían de haber llegado.

Una sensación de miedo irracional se apoderó de mí. ¿Y si los de La Hermandad nos habían seguido hasta Washington D. C.? ¿Y si habían encerrado a mis padres en algún lúgubre sótano mientras Vuk y yo estábamos de compras y comiendo por la ciudad? ¿O y si había ocurrido algo más mundano pero igual de alarmante, como que habían tenido un accidente de tráfico o los habían atracado y la cosa había acabado mal?

Detrás de mí, Vuk entró en tensión. No era la única a quien le iba la cabeza a mil por hora.

Justo cuando me dispuse a llamar a mi madre para ver si estaba bien, recibí un mensaje suyo. Espeluznante. Os juro que esa mujer tenía un sexto sentido.

MAMÁ
Se me ha olvidado decirte que tu tío nos ha conseguido entradas de última hora para el Kennedy Center esta noche. No nos esperes despierta.

MAMÁ
Espero que lo hayas pasado bien con Vuk. Acuérdate de cerrar con llave antes de irte a dormir.

Exhalé aliviada. «Menos mal».

—¿Todo bien? —se interesó Vuk.

—*Sip*. —Pillé las llaves del bolso y abrí la puerta—. Mis padres están en el Kennedy Center. Llegarán tarde.

Vuk se relajó, pero no dijo nada más. Entramos en el vestíbulo y nos descalzamos.

No estaba acostumbrada a que hubiese tanto silencio en casa. Mis padres no solían salir a menudo y en las habitaciones siempre se oía la voz de mi padre o el sonido de la tele de fondo. Tanta quietud era desconcertante.

Vuk se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero de latón que había al lado de la puerta. Yo hice lo propio. Nos rozamos los brazos y sentí una minúscula descarga eléctrica en la zona lumbar.

En caso de que a Vuk le acabase de ocurrir lo mismo, no se le notó. El silencio que se respiraba en casa parecía haberse tragado nuestra reciente complicidad y la convirtió en algo más pesado. Más relevante.

—Bueno, pues ya está —dije—. Espero que te hayas divertido y que no haya sido un día demasiado, eh..., horrible. Sé que mi madre te ha medio obligado a que echaras el rato conmigo.

Hice una mueca. «Genial. Ayana. Si es que tienes un don para las palabras...».

—No ha sido... horrible. —Vuk le dio un divertido énfasis a la última palabra y yo me sonrojé a más no poder—. La distracción me ha venido bien. Eres mejor compañía que Sean y mi equipo.

—Menudo halago. —Fuimos hacia la escalera a la vez, como sincronizados—. ¿Eso soy? ¿Una distracción? —le pregunté con un tono un poco bromista.

—Entre otras cosas.

Tropecé con el borde de la alfombra. Recuperé el equilibrio antes de que Vuk se diera cuenta (o eso esperaba), pero el ardor que noté en las mejillas me fue bajando por el cuello hasta llegarme al pecho. Y mil mariposas aterciopeladas me alteraron el ritmo cardíaco.

«Entre otras cosas».

Habíamos estado todo el día juntos, pero de forma totalmente platónica. No nos habíamos besado, no habíamos ido de la mano ni nos habíamos lanzado ninguna indirecta sexual. Simplemente nos habíamos comportado como dos amigos que disfrutan de la compañía del otro.

Sin embargo, ahora que estábamos solos, lejos del bullicio de la ciudad y del gentío, se avivó una latente chispa.

Los escalones de madera crujieron bajo nuestro peso mientras caminábamos a la par. La escalera era tan estrecha que no podíamos movernos sin chocar el uno con el otro.

Bajo el peso de tanta cercanía, se me encogió el corazón. A mi izquierda, Vuk, con toda su altura; a mi derecha, la pared. Aunque el cuerpo de Vuk parecía más sólido e inamovible que aquel muro.

Cuando llegamos al rellano del segundo piso, me rozó la mano con la suya. Se me erizó la piel. Fue un roce inocente, pero en el aire se meció la promesa de algo más.

Nos detuvimos en la puerta de mi cuarto. La casa estaba sumida en tal silencio que incluso pude contar todos los latidos de mi corazón.

—Gracias por dejar que te arrastrara por toda la ciudad —le dije—. Feliz cumpleaños y, eh..., buenas noches.

Lo del cumpleaños se me escapó antes de que pudiese cerrar el pico. «Mierda». Volví a hacer una mueca; esperaba no haberme cargado la noche con aquella metedura de pata inconsciente.

Por suerte, Vuk no pareció molesto ante el recordatorio. Agachó la cabeza con una oscuridad inescrutable en el rostro.

—Buenas noches.

Pasó un segundo. Él no se movió y a mí se me aceleró el pulso a más no poder. Ya estaba. Vuk iba a...

Alejarse y desaparecer en el cuarto de invitados.

Cuando cerró la puerta tras de sí, se me hundió el pecho. Me metí en mi cuarto y cerré la puerta de un puntapié antes de dejarme caer en la cama con un suspiro.

—Seré idiota... —musité.

Giré la cabeza para mirar la hora. Aún eran las nueve menos cuarto. Debería de haberle sugerido que nos quedáramos abajo y echáramos una partida a algún juego o algo por el estilo, pero ahora ya era demasiado tarde para proponérselo. Si ahora iba a buscarlo, sería todo demasiado obvio.

«Porque comprarle un maldito perfume no lo es». Un perfume es lo típico que te regala tu novia, no tu amiga. Una amiga que resultaba que sabía bastante bien cómo sabían sus besos y cómo era su tacto.

Me encendí de los pies a la cabeza. Con lo ocurrido desde mi boda, había conseguido apartar de mi mente aquel revolcón en el hotel; sin embargo, dicho recuerdo reapareció de súbito con una intensidad flagrante.

Él agarrándome el cuello con la mano. Su pesado cuerpo empotrándome contra el cristal. Él...

Alguien llamó a la puerta y me sacó de aquel obsceno recuerdo.

Me levanté de golpe y se me aceleró el corazón de nuevo. Noté una pesadez en la entrepierna.

Me quedé mirando la puerta, paralizada. Al oír que volvían a llamar, planté los pies en el suelo y atravesé la habitación.

Era Vuk, por supuesto. No podía ser nadie más. Aun así, no por eso dejé de sentir una agradable punzada en el pecho al abrir la puerta y encontrármelo justo delante.

Al igual que yo, él tampoco se había cambiado de ropa. Aquella camiseta negra se le tensaba por todo lo ancho de los hombros y los pantalones, del mismo color, e insinuaba los fuertes músculos que se escondían debajo. Me estudió la cara con sus fulminantes ojos azules llenos de vida.

—Aún faltan tres horas para que se acabe mi cumpleaños —dijo en voz tan y tan baja que aquellas palabras parecieron la sombra de un susurro.

Me limité a asentir por toda respuesta.

No podía hablar. A duras penas podía respirar. El aire era tan pesado que me daba miedo que si se me escapaba cualquier sonido fuese a cargármelo.

—Iba a dormirme, pero he recordado que se me había olvidado algo —anunció con tono indiferente a pesar de que los ojos... los ojos le ardían con una fogosidad TAN profunda que me caló hasta los huesos.

Encogí los dedos. Me palpitó la entrepierna, pesada, y conseguí arrastrar la respuesta cuello arriba:

—¿El qué?

Al oír mi jadeante contestación, Vuk me dedicó una sombría sonrisa. Yo tenía plena conciencia de lo frágil que era la barrera física que nos separaba: solo unos cuantos centímetros de distancia y cuatro latidos contados; bastaba con que diéramos un paso más, decididos, para romper aquel espacio.

—Esto.

Aquella singular y áspera palabra fue la única advertencia que recibí antes de que me agarrase por el cuello e hiciera añicos dicha barrera.

Sus labios se adueñaron de los míos, me quedé con la mente en blanco y la imperiosa presión de su beso me arrastró hasta un punto donde no existía el oxígeno. La sangre se me convirtió en lava derretida a pesar de que los pezones se me endurecieron a más no poder, como si acabase de lanzarme de cabeza a un lago helado. El contraste frío-calor hizo que unos mini fuegos artificiales me avivaran la piel.

Vuk me coló la lengua en la boca con avidez, separándome los labios y arrancándome un gemido de la garganta. Jadeé y el universo se detuvo en ese instante

Ya no estaba ahogándome. Estaba en mi cuarto de la infancia, aferrándome desesperadamente a Vuk en busca de fuerza mientras él, experto, se cargaba todas mis defensas de forma sistemática. Me besó cual hombre hambriento; como si pudiese pasarse bebiéndome toda la eternidad y no saciarse jamás. Al notar cómo me agarraba por el cuello, posesivo, la emoción se adueñó de mí. De no ser porque Vuk me estaba sujetando, habría acabado en el suelo, derretida y convertida en un charco de necesidad.

—Más —jadeé.

Le tiré del dobladillo de la camiseta y él cedió. Se echó atrás para quitarse la camiseta por la cabeza con una mano antes de volver a acercarme a él.

Vuk sabía a hielo y a pecado: una combinación tan embriagadora que a duras penas me di cuenta de que toda nuestra ropa acabó en el suelo. No sé ni cómo ocurrió ni cuándo.

Noté el ardor de su piel contra la mía. Ejercí presión con el cuerpo contra el suyo; me encantaba cómo mi suave piel se adaptaba a los fuertes músculos de su figura. En algún rincón de mi mente descansaba una brumosa recopilación de razones por las cuales no deberíamos estar haciendo esto. Estaba convencida de que eran buenas razones. Buenísimas, de hecho. Pero no tenían posibilidad alguna de ganarle el pulso a la desesperante y agonizante necesidad que habitaba en mi interior.

Lo ocurrido en aquella habitación de hotel no fue sino una burla. Una burla de lo que podría haber pasado si nos hubiésemos dejado llevar y hubiésemos cruzado esa línea que con tanta cautela habíamos rozado.

Bueno, pues la línea en cuestión había quedado arrasada. Nos la habíamos cargado con cada secreto compartido, con cada mirada intercambiada, con cada roce robado... No solo hoy, sino cada día en los últimos dos meses.

Me daba igual que todo esto estuviese mal. ¿Cómo podía estar mal algo que me hacía sentir tan bien? Y, cuando era con Vuk, SIEMPRE me sentía bien; era como una sudadera que te pruebas una vez y ya te queda como un guante, o como la pieza de un puzle que encaja sin problemas.

Y yo quería estar aquí. Quería estar con él.

El aire se fue cargando entre jadeos y suspiros. La cabeza me daba vueltas. Sin embargo, cuando alargó el brazo para apagar la luz, tuve la claridad suficiente para detenerlo.

No habíamos llegado hasta aquí para escondernos entre la oscuridad.

—No. —La voz me salió tan ronca que casi ni parecía la mía—. Quiero verte.

Vuk se quedó de piedra. Tras un largo segundo, bajó la mano hasta dejarla a un lado y la urgencia de nuestro beso se convirtió en algo más lánguido.

Cuando le bajé la vista de la cara y le estudié el torso con detenimiento, él tragó saliva con fuerza.

Al verlo, se me aceleró el pulso. Me daba igual lo que dijeran los desconocidos o la sociedad en general. Vuk Markovic era pre-cio-so.

Y no me refería a que fuese precioso como las personas que vemos en redes o en las películas: hombres con abdominales a base de gimnasio y piel morena gracias al autobronceado, con un cuerpo cincelado, recortado y esculpido en una perfección tan uniforme que, al final, todos tenían la misma pinta.

Vuk poseía una belleza natural y primaria, sin pretensiones ni vanidad. Con su metro noventa y cinco, me sacaba unos buenos dieciocho centímetros. Unas musculadas líneas le cubrían brazos y piernas, y tenía el pecho cubierto de una fina capa de vello que le baja por el plexo solar. En la zona inferior izquierda del abdomen le atisbé la cicatriz de una cuchillada y la herida de una bala. No se le apreciaban tantísimo como las cicatrices del cuello, pero seguían siendo igual de despiadadas.

Su cuerpo era un lienzo de su vida: dura y, en ocasiones, brutal; sin embargo, Vuk era tan imponente y emanaba tanta fuerza que era imposible negar su poder. Cada cicatriz y cada quemadura eran

una prueba de todas las adversidades que había tenido que atravesar para seguir con vida y estar hoy aquí, mostrándose como un dios de la guerra antes de librar una batalla.

Pura magnificencia.

Volví a mirarlo a los ojos. Su mirada escondía una ligerísima pizca de temor, como si estuviese esperando a que yo fuese a salir corriendo, gritando, o a que fuera a alejarme asqueada.

Cuando me arrodillé despacio ante él, aquella chispa de temor se convirtió en una llamarada de sorpresa.

Separó los labios, pero negué con la cabeza antes de que le diese tiempo a decir nada.

—Es tu cumpleaños —le dije en voz baja. Me lo había dicho tras llamar a mi puerta, así que supuse que podía soltar aquel comentario sin problema—. Tú relájate. —Le paseé las manos por los muslos en dirección ascendente—. Y déjame que me ocupe yo de esto.

Ahí, en el suelo, arrodillada sobre la alfombra y con su ardiente mirada abrasándome la piel, mis ojos quedaron justo al nivel de su evidente erección.

Era preciosa e intimidante, al igual que todo él. Tenía un sexo grande, grueso y tan empalmado que incluso veía cómo le latían las venas alrededor de su tensa longitud. Tenía el glande hinchado y le iba goteando algo de líquido preseminal.

Se me hizo la boca agua. Cuando levanté la vista para mirarlo de nuevo, la lujuria le ensombreció el rostro.

Me incliné hacia delante sin quitarle los ojos de encima y paseé la lengua por toda su envergadura. Le lamí hasta la última gota de líquido preseminal antes de meterme la punta en la boca y a él se le ensancharon las fosas nasales, pero no dijo nada. Le agarré la base

de la polla con ambas manos, le acaricié la punta con la lengua y gemí ante su masculino sabor salado.

Succioné y fui lamiéndosela entera, preparándolo y humedeciéndolo antes de metérmela tan hondo como pude. Me atraganté y se me llenaron los ojos de lágrimas, pero no dejé que eso me echara atrás; al contrario: encontré el ritmo enseguida. Se la apreté y se la fui acariciando con las manos en direcciones opuestas, disfrutando de cómo le latía el pene mientras yo movía la cabeza hacia delante y hacia atrás dando ávidos sorbos.

Mis gorjeos y gemidos se mezclaron con los sonidos ahorcados que me provocaba su polla al chocar con la garganta. Ahogarme con su sabor y ardor me ponía a mil. Me latía el clítoris con tanta urgencia que casi bajo la mano para tocarme, pero no quería soltarlo. Y menos cuando él me colocó una de sus fuertes manos en la parte de atrás de la cabeza y Vuk por fin emitió un profundo y gutural gruñido.

—Jo-der —exhaló, y a mí se me avivaron absolutamente todos los nervios como si fuesen un cable eléctrico en plena tormenta.

Me encantaba su sabor; me encantaba que su grosor me dilatara la garganta y me la llenase tantísimo que a duras penas podía respirar. Sin embargo, que alguien tan templado perdiese el control por MÍ me revolucionó las hormonas a más no poder.

El triunfo y la lujuria arrasaron mi entrepierna.

Succioné con más fuerza, dejando que se me hundiesen las mejillas. En lugar de aliviar con los dedos el escozor que experimentaba, me abrí de piernas y me incliné hacia delante en un intento por frotarme con el suelo. Necesitaba tanto aquella fricción que el cuerpo entero me ardía.

—Mírate, aquí, intentando correrte. —Vuk me agarró por la cabeza y me hundió todavía más su miembro en la garganta—. ¿Tanto te

gusta atragantarte con mi polla, eh?

El gemido que emití en señal de respuesta se convirtió en un grito ahogado en cuanto él me sacó el miembro de la boca solo para volver a embestirme. Al principio, lo hizo lento; sin embargo, enseguida empezó a follarme la boca con tanta rudeza que las lágrimas empezaron a resbalarme mejilla abajo.

Ya no podía más. Bajé una mano y empecé a frotarme el clítoris frenéticamente mientras, con la otra, me pellizcaba y me enroscaba el pezón. Estaba tan cachonda que incluso notaba la pegajosidad de mi excitación en la entrepierna y, con cada empellón de Vuk, una nueva ola de placer me recorría el cuerpo entero.

—Dios, mírate. —Vuk gruñó—. Qué bien me la comes, ¿eh? Mira cómo te abulta la garganta. Cuántas ganas le pones, joder.

Sí, sí, SÍ.

Sus obscenas palabras surtieron el mismo efecto que un trago de *bourbon*. Volví a gemir y a tocarme todavía más rápido con los dedos. Tenía el clítoris tan hinchado y sensible que sentía que, como no me corriese pronto, me moriría. Aun así, no quería terminar antes que él.

Vuk estaba a punto de acabar. Sus empellones se habían vuelto erráticos y yo redoblé mis esfuerzos hasta que él soltó un fuerte taco con vehemencia y me llenó la boca de semen.

Llegamos al orgasmo a la vez. Grité y me tembló el cuerpo. El semen me resbalaba por la comisura de los labios y me atraganté un poco antes de tragarme el resto con entusiasmo. La mezcla de su sabor con las fogosas oleadas que sentía por dentro casi me llevan a experimentar un segundo orgasmo de inmediato.

Me eché atrás para recobrar la respiración. Empapada en sudor y semen debía de tener una pinta catastrófica, pero me daba igual. Hice ademán de cogerle el sexo de nuevo para limpiárselo, pero no

me dio tiempo. Vuk me levantó y me tiró a la cama con la misma facilidad con la que alguien tiraría a una muñeca de trapo.

—Tú ya te has divertido —dijo con un oscuro centelleo en los ojos que me llevó a apretar la entrepierna—. Ahora me toca a mí.

Abrí la boca, pero las palabras que hubiese podido decirle murieron en el mismo instante en que él acercó los labios a mi aún sensible clítoris.

—¡Joder! —quien soltó aquella maldición ahora fui yo.

Solté una maldición tras otra y empecé a gritar y a sollozar mientras él me lo comía con la mista tenacidad y empeño que lo había llevado a hacerse con el título de uno de los hombres más poderosos del mundo.

Era despiadado. Estaba trabajándome con dedos, boca y lengua para llevarme al borde del delirio y de vuelta al mundo real. Sin parar, más y más fuerte, hasta que consiguió que me deshiciera y me recompusiera tantas veces que al final perdí la cuenta.

En algún momento entre olas y olas de placer oí el ruido de un envoltorio al romperse. Al cabo de un segundo, le noté la punta de la polla en mi hendidura.

Estaba tan empapada que era hasta bochornoso, pero él la tenía tan grande y se le había empalmado tantísimo que me tensé, incómoda, con el primer empellón.

—Respira, *srce* —murmuró Vuk con un tono de voz sorprendentemente amable teniendo en cuenta la brutalidad de los orgasmos que me había arrancado—. Te cabe.

Solo me había metido la mitad. Yo tenía la impresión de que ya había llegado al límite, pero apreté los dientes e intenté relajarme mientras él seguía hundiéndose en mi interior.

—Eso. —Gruñó—. Tienes el coño empapado, joder. Me está su-pli-can-do que lo dilate.

Y lo hizo. Centímetro a centímetro, toda su envergadura amenazó con partirme en dos mientras me dilataba el sexo y me penetraba hasta lo más hondo. Por increíble que me pareciese, en algún momento, mi vagina acogió su enorme polla entera.

Sentí un escalofrío que me recorrió de los pies a la cabeza. Me sentía tan llena que no podía pensar con claridad y los sonidos que salieron de mi boca cuando Vuk empezó a moverse, a duras penas parecían humanos.

Sus largas y suaves acometidas se fueron volviendo más rápidas y duras; al final, el placer eclipsó el dolor y Vuk se acomodó en un implacable ritmo. Me folló hasta el fondo, dejando que los huevos me rebotaran en la piel. El sudor y el olor a sexo permearon el aire. Grité y me estremecí; estaba tan embriagada por el delirio que no pude hacer otra cosa salvo ceder ante las necesidades más básicas de mi cuerpo.

Lo agarré con tanta pasión que le hice sangre con las uñas. En lugar de frenarlo, eso lo asilvestró todavía más. Me mordió el pezón y tiró de él. Con fuerza.

La aguda punzada que noté me arrancó otro grito. Aún se oía el eco de aquel desesperado sonido cuando Vuk me dio la vuelta y me embistió con más brutalidad todavía. El cabezal empezó a chocar con la pared y a mí me tembló el cuerpo entero con cada feroz empellón.

Me sentía los brazos débiles y, cuando arremetió de tal forma que me hizo ver las estrellas, mis codos cedieron. Caí de bruces contra la cama. Vuk aprovechó esa nueva posición y me levantó un poco más las caderas. Entonces me la metió tan hondo que me pareció que se me iba a salir por la boca, pero la almohada acalló mis gritos.

El sexo era rudo y brutal, dichosa y desconcertantemente espectacular.

A lo largo de los últimos años, había pasado más noches con mi vibrador que con ningún hombre. Nunca me importó. Las relaciones sexuales que había mantenido hasta entonces, incluso las más satisfactorias, tampoco fueron nada del otro mundo. Además, con el vibrador no tenía que entablar ningún tipo de conversación antes de correrme.

¿Esto, en cambio? Esto desató partes de mí que ni siquiera yo sabía que existían.

—Ah, Dios. ¡Sí! —gemí cuando Vuk alargó el brazo hacia delante para estimularme el clítoris.

—Pensabas que no te cabría y mírate ahora... —se burló—. Qué coño tan avaricioso tienes. Te lo he llenado hasta el fondo con toda la polla y aún quieres más.

Sus sucias palabras me atravesaron entera y sortearon mis pretensiones de decencia para despertar mi lado más oscuro. Vuk se equivocaba. No era una cuestión de avaricia, sino de insaciabilidad.

—Sí, por favor... —gimoteé—. Quiero más. Necesito... ¡Ah, Dios! Necesito que me folles...

Mis súplicas adoptaron la forma de un grito ahogado cuando Vuk me dio justo lo que le estaba pidiendo y más. Si antes había sido brusco, ahora fue despiadado y me bastó con un minuto para llegar a un orgasmo de una intensidad cegadora.

Primero estaba a cuatro patas, dejando que me penetrase hasta lo más hondo, y luego estaba deshaciéndome en un millón de esquirlas de mí misma que flotaban y bailoteaban por el aire como los copos de nieve en plena tormenta invernal. El sexo se me contrajo y me entraron espasmos. Grité una y otra vez mientras cada ola de placer me arrollaba entera, pero Vuk no cesó.

Me dio la vuelta y empotró su boca en la mía. La posesiva urgencia de aquel beso me hizo estallar de nuevo y volví a correrme

con su polla dentro por enésima vez en lo que iba de noche. ¿Era la tercera? ¿La cuarta? ¿La quinta? Ya había perdido la cuenta. Los orgasmos fueron encadenándose de forma tan seguida que aquello se convirtió en una sinuosa e inmensa marea de sensaciones.

Al final, justo cuando ya estaba a punto de suplicarle que parase, que tuviese piedad y me dejase respirar porque como me volviese a correr me moriría de verdad, Vuk se corrió con un grito gutural.

Cayó rendido a mi lado con la respiración agitada. Yo seguía teniendo la mente cortocircuitada a causa de aquella ola de endorfinas y estaba demasiado aturdida como para hacer otra cosa que no fuese quedarme ahí tumbada; él, en cambio, se levantó al cabo de un minuto.

Oí cómo se abría y se cerraba la puerta. Al poco rato, Vuk regresó con un vaso de agua. Anda... O sea, que se había puesto los pantalones antes de bajar. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—¿Cómo puede ser que aún te quede energía para andar? —le pregunté en un susurro—. Lo tuyo no es normal.

Yo estaba agotada y no era precisamente la que más se había esmerado.

Su grave risa me hizo sonreír. Vuk se sentó a mi lado y me acercó el vaso a los labios.

—Abre —me ordenó.

Obedecí. Él inclinó el vaso de agua para que el fresco líquido me bajara por la garganta. Cuando se hubo asegurado de que estaba lo suficientemente hidratada, me cogió en brazos sin preguntarme nada y me llevó al baño.

Esperaba poder tachar «sexo en la ducha» de mi lista de deseos. Para decepción mía, Vuk negó con la cabeza y me recogió el pelo para tapármelo con un gorro de ducha antes de proceder a enjuagarnos rápida aunque meticulosamente a los dos.

—La próxima vez, *srce*, o no podrás caminar por la mañana.

—Estoy bastante segura de que ya es demasiado tarde para eso —respondí enfurruñada.

Vuk volvió a reír y aquel sonido iba cargado de diversión y pura satisfacción masculina.

Nos secó a ambos y me llevó de vuelta a la cama. Conseguí aunar la energía suficiente para atarme el pelo con un pañuelo de seda antes de meterme bajo las sábanas con un perezoso suspiro de felicidad. Después de lo de esta noche, tendríamos que hablar de un sinfín de cosas, pero podía esperar hasta mañana. Ahora estaba demasiado feliz y saciada como para dejar que nada me sacase de aquella burbuja.

Vuk se acostó a mi lado. Me acercó a él y me di el gusto de estirarme una última vez antes de acurrucarme entre sus brazos.

Que Vuk se hubiese negado a que volviéramos a enrollarnos tal vez fuera algo positivo. La ducha me había dejado sin energía y no podía... No podía...

Se me cerraron los ojos. Lo último que noté fue que me dio un delicado beso en el pelo antes de caer rendida en los brazos de Morfeo y que la oscuridad lo envolviera todo.

36

Vuk



Cuando Ayana se hubo quedado dormida, yo seguí despierto mucho rato más.

Continué abrazándola, saboreando su calidez e inhalando su aroma. No era perfume ni champú, era algo que olía exclusivamente a ELLA y era cautivador. Si pudiese regresar a la perfumería y meter aquel aroma en un frasco, lo haría.

Cerré los ojos y disfruté del momento. Nuestros problemas acechaban al otro lado de la puerta, esperando para entrar con virulencia, pero llevaba tantísimo tiempo soñando con esto, joder, que no pensaba dejar que me arruinasen aquel instante de felicidad.

No era solo por el sexo; era por todo. Por el paseo por la ciudad, por las conversaciones, por haberla visto relajada y adorablemente ilusionada mientras me hablaba de perfumes. La colonia que me

había comprado no era ni el regalo más caro ni el más extravagante que me habían hecho jamás, pero sí el más atinado.

«Vainilla para la calidez y el confort».

Pillé lo que quería decir sin que a Ayana le hiciese falta pronunciarlo siquiera. Pensar que alguien me considerara cálido y reconfortante me parecía absurdo, pero Ayana me hacía sentir como si pudiera ser la persona que ella creía que era. Con Ayana, estaba muy cerca de sentirme normal.

«Esas cicatrices son una muestra de su personalidad, a diferencia de vuestras acciones, que son una muestra de vuestra falta de educación».

La presión se me fue abriendo paso por el pecho. Una imagen de la feroz expresión de Ayana al arrugar la frente me vino a la memoria. Estaba acostumbrado a que la gente se me quedase mirando y cuchicheara. No necesitaba que Ayana me defendiera, pero que lo hubiese hecho provocó que se me removieran las tripas.

No sabía cómo, pero Ayana había convertido mi día más temido del año en algo que recordaría siempre con cariño.

Giré la cabeza y estudié su adormecida figura. No tenía la frente arrugada; lo que sí tenía era una ligera sonrisa en los labios. La luz de la luna le acariciaba el rostro, embelleciéndole los pómulos y otorgándole cierto brillo a la piel. Estaba preciosa y se la veía tan relajada que me entraron ganas de grabarme aquella versión de Ayana a fuego en la memoria.

Le pasé los dedos por la curva del hombro. Los números de su reloj digital pasaron a marcar la una en punto de la madrugada. Debería marcharme; ahora sí que sí.

La reticencia me carcomía por dentro.

Ojalá pudiese quedarme en su cuarto toda la noche, pero no quería que sus padres me vieran escaqueándome de su habitación

por la mañana. Daría lugar a demasiadas preguntas que le harían, sobre todo, a ella. Además, necesitaba echarme una cabezadita. Había sido un día largo.

Me regalé el gusto de permanecer a su lado un minuto más antes de darle un delicado beso en la frente y soltarla con cuidado. Salí de la cama y regresé al cuarto de invitados, donde por fin me quedé frito.

Conseguí dormir tres horas del tirón hasta que un insistente ruido me despertó de repente.

Gruñí, pero me senté y pillé el móvil de la mesita de noche sin dilación.

Al ver el nombre de Sean en la pantalla, me despejé enseguida. No me llamaría a esas horas de la noche a no ser que se tratase de una emergencia. Joder, no me llamaría y punto; solíamos comunicarnos por mensaje de texto.

Respondí. Ni me saludó siquiera antes de decir:

—Lo tenemos.

Se me aceleró el pulso a más no poder. Me senté y, de repente, el sabor de la adrenalina me inundó la boca.

—Hemos seguido la pista que nos dio su amigo —me contó Sean, que se había adelantado a mi pregunta. Roman me escribió ayer por la mañana para redoblar la búsqueda de Filadelfia. No me prometió nada, pero sí mencionó algunos barrios que le gustaban particularmente al bando de Shepherd—. Bruce y Mav lo han pillado en su hotel. No hay testigos. En estos momentos están llevándolo al almacén, pero La Hermandad no tardará en darse cuenta de que lo han descubierto. Cuando se den cuenta, cambiarán cualquier plan en el que él estuviese involucrado. La información que le sonsaquemos no nos servirá de nada.

La cabeza me iba a mil por hora. Sean tenía razón. Nuestro prisionero no nos serviría de nada a no ser que Shepherd no se enterase de que lo teníamos.

—¿De cuánto estamos hablando? —le pregunté.

Ya me había comunicado de viva voz con Sean antes, aunque aquellas interacciones fueran más bien escasas.

A la parte primitiva y salvaje de mí, le importaba una mierda que la información que pudiésemos sonsacarle no fuera a servirnos de nada. Simplemente quería que ese cabrón pagara por lo hecho.

«La sangre, con sangre se paga», ese era mi lema de vida. Me había venido bien hacía años, cuando mi plan de venganza contra La Hermandad surtió tal efecto que me dejaron en paz durante más de una década.

Pero ahora ya no era una simple persona que buscaba venganza. Ahora tenía un negocio. Y más importante aún: tenía a Ayana. No podía permitirme tomar decisiones apresuradas que la pusieran a ella en peligro.

—Cuarenta y ocho horas, como máximo —respondió Sean—. Veinticuatro, mejor, para no jugárnosla. Supongo que tendrá un protocolo de comunicación. La mayoría de las organizaciones lo estipulan cada doce o veinticuatro horas. Cuando alguien se salta más de dos, se ponen en alerta absoluta.

Solté una maldición. Eso significaba que tenía que regresar a Nueva York enseguida. Ayana se quedaba en Washington D. C. hasta el lunes, pero yo no podía contarle la verdadera razón de mi temprana marcha. Le había hablado de La Hermandad, pero había preferido dejar la parte más sucia de mis quehaceres bien lejos de ella.

—Nos marchamos de inmediato —decidí—. Que se quede el equipo aquí para asegurarse de que Ayana está bien y llevarla hasta

la ciudad el lunes, y a *Sombra* también. Te recojo en media hora.

—Entendido.

Colgué, me cambié y volví a hacer la bolsa de viaje. No tardé demasiado porque tampoco había traído gran cosa.

Escribí dos notas: una para Ayana y otra para sus padres. En la casa reinaba un silencio sepulcral y anduve tan despacio que a duras penas se oyeron mis pasos al caminar por la gruesa alfombra que adornaba el pasillo.

Me detuve justo enfrente de la habitación de Ayana. Parecía haber pasado un siglo de la feliz sesión de antes, llena de lujuria.

Joder. Me alegraba que mi equipo hubiese pillado a ese miembro de La Hermandad, pero ojalá pudiese disfrutar de una noche entera para mí antes de tener que volver a la vida real. En cierto modo, seguía disfrutando de la alegría que me había dejado aquel rato con Ayana cuando Sean llamó.

Agarré la nota con fuerza. Tras dudar un segundo, le pasé el papel doblado por debajo de la puerta para no despertarla.

Como la viera, caería en la tentación de quedarme. Me autoconvencería de que no pasaría nada por quedarme una hora o dos más envolviéndola en mis brazos cuando, en realidad, aquella fracción de tiempo podía ser decisiva para cargarme al bando de Shepherd.

Desvié la vista hacia la puerta una última vez antes de bajar. Dejé la nota que había escrito para sus padres en la mesita de noche. En ella, les agradecía la hospitalidad y me disculpaba por marcharme sin despedirme en persona. Con algo de suerte, no se molestarían demasiado porque me hubiese largado en mitad de la noche sin decir nada.

Cuando cerré la puerta de entrada tras de mí con la llave que tenían de repuesto bajo un macetero («Nota mental: recordarle a

Ayana que le dijese a sus padres que escondieran esa llave en un lugar más seguro y menos evidente»), no se movió absolutamente nada en esa casa.

Recogí a Sean en el hotel y llegamos a Brooklyn en un tiempo récord. A aquellas horas de la madrugada no había tráfico, así que nos ahorramos una hora de camino.

Cuando hubimos llegado al almacén, el cielo justo empezaba a teñirse muy sutilmente de naranja y yo eché todos los pensamientos relacionados con los Kidane a un lado para priorizar lo que había venido a hacer. Ya me preocuparía luego por Ayana; ahora mismo, tenía que centrarme.

Sean y yo pasamos de largo el trastero y fuimos directos al sótano, donde nos esperaban los dos hombres que habíamos enviado a Filadelfia justo al lado de una puerta de acero hecha a medida. El trastero me servía para tratar con personajes como Wentworth, pero los miembros de La Hermandad ya eran otro tema.

Mav y Bruce nos saludaron asintiendo respetuosamente con la cabeza.

—Lo hemos dejado inconsciente con un tranquilizante —nos contó Mav—. Está empezando a despertarse.

—Bien —respondió Sean, y me miró.

—Ya me ocupo yo personalmente.

Esta batalla tenía que librarla yo, no ellos.

Nadie se quejó.

Abrí la puerta y entré. El sótano estaba todavía más despojado de mobiliario que el resto del almacén. Paredes de piedra, suelo de piedra y nada de muebles a excepción de una larga mesa apoyada contra la pared, una lona en el suelo y una silla en medio.

El hombre que habían atado a la silla tenía la cabeza cubierta con una bolsa. El pecho se le movía al ritmo de una respiración constante. Estaba vivo y de una pieza, justo como me gustaba a mí.

En aquel cuarto insonorizado, a duras penas se oían mis pasos. No se le agitó la respiración, aunque sí le percibí una pizca de tensión en el cuello y los hombros. Se lo conocía por el alias «Dexter»: un descarado guiño al asesino en serie de la tele, que llevaba el mismo nombre.

Le quité la bolsa de la cabeza.

Sus ojos marrones me miraron tras aquellas gafas de montura fina. Tenía el pelo canoso y los parches de cuero que llevaba cosidos en los codos de las mangas de su chaqueta de lana le daban aires de profesor afable.

Como he dicho ya antes: si odias tanto a alguien como para matarlo, ten los cojones suficientes como para hacerlo de cerca y personalmente.

—Dex. —La sonrisa que le dediqué estaba absolutamente desprovista de calidez alguna—. Qué gusto volver a verte.

37

Ayana



Cuando me desperté, la cama estaba vacía.

Tras lo de anoche, las sábanas estaban arrugadas, pero la parte del colchón donde se tumbó Vuk estaba fría. Debió de marcharse cuando me quedé dormida.

Lo cual fue inteligente. Mis padres se despertaban temprano y estaban justo al otro lado del pasillo. Tampoco hacía falta que lo vieran saliendo de mi habitación de la infancia oliendo a sexo.

Deslicé mis piernas hasta el borde de la cama y me estiré. El delicioso escozor que notaba en la entrepierna alivió la irracional pizca de decepción que sentí al ver que Vuk no estaba.

Lo de anoche fue increíble. No había otro adjetivo que pudiese describirlo. El día entero había sido increíble (a excepción del encontronazo ese con aquellos capullos a la hora de cenar), pero ver cómo Vuk bajaba la guardia por completo y perdía el control era algo que no olvidaría jamás.

Al acordarme de cómo me llenó la garganta con la polla y del gutural gemido con el que se corrió, encogí los dedos de los pies. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección y de forma tan natural que me resultaba imposible imaginarme haciendo lo que hicimos con cualquier otra persona.

Gracias a Vuk, ahora ya no podría estar con ningún otro hombre.

«Estoy jodidísima». Literal y metafóricamente. Aun así, dibujé una sonrisa tan ancha que me dolieron hasta las mejillas.

Como era domingo, mis padres estaban en casa. Hoy no abrían el restaurante hasta mediodía, de modo que oí el chisporroteo del beicon al cocinarse y el olor a café, que viajaba desde el piso de abajo hasta aquí.

Me puse unos pantalones de chándal de cachemir y me dispuse a bajar con ellos cuando, de repente, un cuadradito de papel doblado que había al lado de la puerta me llamó la atención. En el exterior se leía mi nombre, escrito con la familiar caligrafía de Vuk.

Recogí la nota y la leí:

> Me ha surgido una emergencia de trabajo en Nueva York. He tenido que marcharme de inmediato, pero no quería despertarte. Mi equipo te traerá de vuelta el lunes. Tú disfruta con tu familia. Nos vemos por la ciudad.
> P. D.: Te lo compensaré. Te lo prometo.

Me quedé mirando aquellas fuertes letras cuadradas. Sentí placer, consternación y, de nuevo, placer.

Era fin de semana. ¿Qué clase de emergencia requería que un director ejecutivo regresara de inmediato? Aunque, claro: Fincas Markovic era una empresa multimillonaria con cientos de empleados. Había un sinfín de cosas que podían salir mal en cualquier momento. Dudaba que Vuk mintiese; desde un punto de vista lógico, tenía sentido.

Desde uno emocional, en cambio, volví a notar otra punzada de decepción. La inseguridad me corrió por las venas. Nos habíamos acostado por primera vez y luego él se había ido en mitad de la noche. Ni siquiera había tenido tiempo de despedirse.

Eso me sentó fatal, sinceramente.

Aunque... me había dejado una nota. Una larga, considerando que venía de él. Puede que a alguien que no lo conociera le pareciese una nota seria pero, si no hubiese sido honesto, se habría largado habiendo escrito un máximo de tres palabras (o, seguramente, nada y punto).

«Te lo compensaré. Te lo prometo».

Una nueva ola de calidez se llevó por delante todas mis inseguridades. Confiaba en Vuk. No era el tipo de hombre que iba jugando por ahí. Si decía que le había surgido una emergencia era porque le había surgido una emergencia.

Guardé la nota en el bolso. Cuando me hube lavado y adecentado, fui abajo. Mi padre estaba leyendo el periódico dominical y mi madre entreteniéndose en la cocina.

—Buenos días —la saludé—. ¿Qué tal por el Kennedy Center?

—Ay, fue maravilloso. Deberíamos ir más a menudo, en serio. —A mi madre le centelleó la mirada—. ¿Qué tal tu día con Vuk?

—Bien.

Traté de no sonrojarme y evité mirarla a los ojos. Juro que, a veces, esta mujer podía leerme la mente.

—Ven. Siéntate. —Señaló la mesa—. Te hemos guardado un poco de desayuno. Cómetelo antes de que se enfríe.

No tuvo que decírmelo dos veces. Estaba famélica.

Me senté delante de mi padre y devoré aquel plato de huevos, aunque dejé el beicon. A pesar de los estrictos y, a menudo, tóxicos estándares de peso del mundo de la moda, me negaba a morirme

de hambre. Hacía deporte cinco veces por semana y solía seguir una dieta saludable y equilibrada; sin embargo, después de todo lo que Vuk y yo hicimos ayer, tenía que vigilar y no pasarme con los caprichos.

Les hice unas cuantas preguntas más a mis padres sobre el Kennedy Center antes de que mi padre dejase el periódico a un lado.

Me estudió con la mirada y anunció:

—Bueno... Vuk se ha ido.

—Ha tenido que marcharse a Nueva York; le ha salido una emergencia de trabajo. —Le di un sorbo a la mezcla de *shai* de mi madre (no confundir con *chai*). Era como si hubiesen metido el confort en una taza—. Cuánto lo echaba de menos —suspiré—. Gracias, mamá.

Ella sonrió.

—Te prepararé unas cuantas bolsitas para que te las lleves.

—Ya, ya lo sé —contestó mi padre, regresando al tema de la ausencia de Vuk—. Nos ha dejado una nota.

Me dio un vuelco el corazón ante aquella agradable sorpresa. Claro que les había dejado una nota. Si es que cuando quería podía llegar a ser la mar de atento.

—Una muy bonita —intervino mi madre.

—Sí, bueno... —Mi padre agitó la mano en el aire—. Es un tipo interesante. Parece muy... consagrado a ti, Ayana.

Me removí bajo su perspicaz mirada.

—A ver, es buena persona.

—De eso no me cabe la menor duda. De no ser por él, ¿quién sabe lo que habría ocurrido en la iglesia?

—Abel, por favor, que acaba de despertarse —lo cortó mi madre, advirtiéndolo con la mirada—. Dejemos el interrogatorio para más tarde.

—O para nunca —añadí yo—. Podríamos ahorrarnos el interrogatorio directamente.

—No la estoy interrogando. Solo he hecho una pregunta retórica —se quejó mi padre, a quien se le relajó la expresión—. Yo solo quiero lo mejor para ti, Ayana. No digo que Vuk sea mala persona ni que albergue malas intenciones. Me cae bien, pero no es el único hombre en el mapa ahora mismo. —Desvió la vista, con segundas, hacia mi mano izquierda, donde no llevaba NADA. Se me entrecortó la respiración. ¡Mierda! Me había olvidado de volver a ponerme el anillo antes de bajar—. Te salvó la vida. Es normal que tengas ciertos... sentimientos hacia él. Pero los sentimientos son maleables, la integridad no. En esta casa no estrechamos nuevos vínculos antes de soltar los viejos.

Los huevos se me revolvieron en el estómago. Eché el plato a un lado. Se me acababa de cerrar la garganta y no podía tragar nada más.

Anoche, lo que ocurrió con Vuk pareció natural. Inevitable. No fue un morboso revolcón de una noche al que sucumbimos simplemente porque fuimos incapaces de controlar nuestras hormonas; fue la culminación de meses de acercamientos cada vez más y más latentes, tanto a nivel físico como a nivel emocional.

Sin embargo, ahora que lo veía en plena luz del día, con las palabras de mi padre retumbándome por el tímpano y con el anillo arriba, solo me sentía avergonzada.

—Ya basta —terció mi madre, mandándolo callar y poniéndose a hablar en amárico—: ¿Tú te escuchas? Nuestra hija por fin vuelve a casa después de una terrible tragedia y vas y la sometes a esta encerrona mientras desayuna. ¿Qué clase de ejemplo le estás poniendo *tú*, eh?

—No es ninguna encerrona, Saba. Es un delicado recordatorio.

—Tú y yo no entendemos lo mismo por *delicado*.

Mientras mis padres discutían, yo me terminé el té con la esperanza de que me calmase las náuseas.

No fue el caso.

Mi padre me estaba diciendo todo eso de buena fe. No sabía nada de lo de mi acuerdo con Jordan y tampoco tenía ni idea (o eso esperaba) del reciente, eh..., giro carnal que había experimentado mi relación con Vuk. Mi madre era mi punto de apoyo; y mi padre, mi estrella polar. Era a quien recurría para que me guiase en la dirección correcta cuando estaba perdida, y ahora tenía razón.

Si quería seguir adelante con Vuk, primero debía terminar oficialmente mi relación con Jordan. Pero ¿cómo podía hacerlo si...?

Me llamaron al teléfono.

Visto con perspectiva, ocurrió en un momento tan precioso que no pudo ser otra cosa que una señal del Universo. Una gigantesca y titilante señal de neón acompañada de un montón de campanitas y pitidos.

Sin embargo, en aquel momento, el *shock* de la llamada me dejó tan desubicada que no pude hacer más que quedarme sentada y escuchar.

Tras aquella breve actualización, colgué.

Mis padres habían dejado de discutir y me estaban mirando curiosos y preocupados.

—¿Quién era? ¿Qué ha pasado? —quiso saber mi madre.

—Es Jordan. —Se me aceleró el pulso—. Se ha despertado.

Después de eso, todo ocurrió muy deprisa.

Insistí en regresar a Nueva York de inmediato para visitar a Jordan y rechacé los intentos de mis padres por acompañarme. Les

agradecía que quisieran venir, pero yo no sabía cómo estaba Jordan. A lo mejor se agobiaba si veía a mucha gente. Además, mis padres cada vez se hacían más mayores y los viajes largos en coche les pasaban factura.

Tras ponerme a hacer maletas como una loca y prometer a mi familia que los mantendría informados en cuanto supiera algo, me reuní con el equipo de Vuk fuera. Jake y Peter habían acompañado a mis padres a casa tras el ataque de la boda.

Vuk me había dejado el número de teléfono de ambos en el reverso de la nota. Cuando los llamé y les conté la situación, aceptaron llevarme hasta el hospital siempre y cuando Sean les diera el visto bueno.

El jefe de seguridad debió de darles el *okey* porque, menos de una hora después de recibir la llamada de la madre de Jordan, ya estábamos en un coche negro blindado, camino a Manhattan. *Sombra* estaba acurrucado y durmiendo junto a mí, en los asientos traseros.

Me pasé el trayecto con la cabeza hecha un lío. El alivio y la ansiedad coexistían en mi interior, que se había convertido en un campo de batalla para mis emociones.

Me entusiasmaba que Jordan se hubiese despertado, pero seguía teniendo los acontecimientos de anoche fresquísimos. ¿Se darían cuenta los demás? Cuando entrase en el hospital, ¿detectaría la familia de Jordan que le había sido infiel? ¿Cómo podía decirle que quería anular el acuerdo cuando él acababa de ganarle el pulso a la muerte? Si al final decidía decírselo, ¿debería hacerlo enseguida o era mejor esperar?

Y Vuk... ¿Sabía que su amigo ya había recuperado la consciencia? ¿Estaría ya al lado de Jordan, esperando a que llegase yo, o la

emergencia que le había surgido sería tan grave que estaría completamente desconectado del mundo?

Un sinfín de preguntas hipotéticas me asaltaron y nublaron la mente. Quería escribir a Vuk, pero tenía el cerebro tan cargado que ya no podía almacenar más información.

Sentí un lánguido dolor en la base del cráneo. Cerré los ojos y me obligué a tomar unas cuantas profundas bocanadas de aire.

«Uno. Dos. Tres».

Cuando entramos en los confines de Nueva York ciudad, logré calmar mi desbocado corazón. No le veía sentido a dejarme llevar por el frenesí y por casos hipotéticos. Lo más importante ahora mismo era Jordan. Todo lo demás podía esperar.

Llegamos al hospital. Peter me acompañó hasta la habitación de Jordan mientras Jake aparcaba el coche. Se mantuvo un poco alejado, a una respetuosa distancia, mientras yo saludaba al padre de Jordan, que estaba en el pasillo con la camisa arrugada y el pelo enmarañado. Parecía agotado.

—¿Cómo está? —le pregunté en voz baja, interesándome por su hijo.

Solo había coincidido con Richard Ford en ciertas ocasiones, todas ellas eventos repletos de gente. Se había divorciado de la madre de Jordan hacía años y se pasaba gran parte del tiempo jugando al golf en Escocia o navegando por el Caribe.

—Tan bien como cabría esperar —respondió Richard—. Ahora está Margot dentro, con él. —Margot era la madre de Jordan.

—¿Y Orla? —me interesé, pues me sorprendió que su abuela no hubiese venido.

Aquella mujer había criado a Jordan mientras su madre estaba ocupada yendo de ligue en ligue y su padre se dedicaba a viajar por el mundo.

—Ha venido cuando se ha despertado, pero no puede hacer sobreesfuerzos. —Richard se metió las manos en los bolsillos—. Se cayó el viernes. Está en una *suite* al final del pasillo.

Mi culpabilidad se multiplicó. No tenía una relación cercana con la familia de Jordan, pero me importaban; sobre todo, *él*. Si lo pensaba racionalmente, era imposible que me hubiese enterado de lo que le había ocurrido a su abuela a no ser que los Ford me lo hubiesen dicho, cosa que no hicieron. Aun así, la agonía me carcomió por dentro al pensar que me había pasado el viernes jugando al *Pictionary* mientras hospitalizaban a Orla.

La puerta se abrió y Margot salió de la habitación.

Nos saludamos brevemente y, acto seguido, pasé por su lado y entré en el cuarto de Jordan.

De todos los Ford, quien menos me tragaba era la madre. No tenía muy claro por qué, pero el sentimiento era mutuo. Era igual de cálida y reconfortante que un puercoespín helado.

A pesar de aquella disfuncionalidad familiar, los Ford soltaron un montón de dinero para conseguir la mejor *suite* donde pudiese recuperarse su hijo. Tenía un televisor de alta gama y una decoración elegante; más que una habitación de hospital, parecía la de un hotel. Aun así, ignoré la sofisticada parafernalia y me centré en el hombre que me estaba sonriendo. Era una sonrisa débil, pero una sonrisa a fin de cuentas.

—Hey, MoDA —me saludó Jordan.

—Ya te he dicho que este apodo no tiene nada de entrañable. —Me acerqué junto a él y se me encogió el corazón al verlo tan pálido y delgado. Aunque estaba vivo y había recuperado la consciencia y la congruencia, que era lo importante—. Si tú no lo ves igual, tal vez debería venir el médico y estudiarte el cerebro.

Soltó una risa flemática y tosió antes de responder:

—Mi madre me ha dicho que estabas en Washington D. C. No hacía falta que volvieras tan deprisa el mismo día. Estoy vivo, no me estoy muriendo.

—Claro que hacía falta. —Le apretujé la mano—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Quedarme en casa de mis padres sin hacer nada mientras tú te pasas el día viendo los programas matinales de la tele en un hospital?

—No me gustan nada los programas matinales.

—Precisamente por eso.

Jordan volvió a reír, pero el sonido de su risa se escondió enseguida bajo una seria expresión cuando me preguntó:

—¿Cómo has estado?

—Bien. —«Mejor de lo que debería, teniendo en cuenta que tú estabas aquí». Tragué saliva para deshacerme del nudo que sentía en la garganta—. Debería ser yo quien te hiciera esta pregunta. Cuando te vi en la iglesia después de... de lo que ocurrió, pensé que...

—Ya lo sé. Yo también —respondió en voz baja. Me soltó la mano y se frotó la cara—. Fue un día de locos, joder. He oído que fue no sé qué asunto de unas bandas enemigas que la liaron.

—Algo así.

Si Jordan le había prestado dinero a Vuk para pagar a La Hermandad y que lo dejaran en paz, seguro que había oído hablar de la organización, pero no tenía claro hasta qué punto sabía nada del tema. Como no era mi secreto, tampoco me pareció que tuviese que ser yo quien lo corrigiera. Quien tenía que decidir si contaba o no la verdad era Vuk.

—De todas las bodas del mundo, tenía que pasar en la nuestra —señaló sin humor alguno—. Si esto no es una señal del Universo, no sé qué es.

Efectivamente. Yo no me consideraba una persona muy supersticiosa, pero era complicado no tomarse como algo personal el hecho de que tu prometido por conveniencia casi se muera en el altar.

El anillo de compromiso me centelleaba bajo los fluorescentes de la habitación. Me había acordado de volver a ponérmelo antes de marcharme de casa y, ahora, aquella joya pesaba tanto que parecía que llevase doce peñascos en el dedo.

No debería obligar a Jordan a mantener una conversación de tanta envergadura nada más despertar del coma, pero tampoco era justo seguir alargando las cosas cuando yo ya había tomado una decisión. Había echado mis sentimientos preboda a un lado y me había decantado por ser práctica y ver dónde nos llevaba todo esto.

Si hubiese escuchado a mi corazón y hubiese cancelado la boda en lugar de seguir adelante, no habríamos estado en la iglesia y no habrían disparado a Jordan.

Noté una especie de lodo de hormigón en el estómago. Me obligué a calmarme porque los nervios iban adueñándose cada vez más de mí y me centré en lo que tocaba:

—De hecho, ya que estamos hablando del tema, quería comentarte algo.

—Espera. Déjame hablar a mí primero. Por favor. —Jordan tomó una profunda bocanada de aire antes de continuar—: Hubiese preferido hablar de esto más adelante, cuando me dieran el alta y tuviésemos más tiempo para... procesarlo todo, pero tú y yo siempre hemos sido sinceros con el otro, ¿no?

El lodo que notaba en el estómago antes se solidificó hasta convertirse en granito.

—Claro —conseguí responder con una débil sonrisa. «Me iré al Infierno de cabeza».

—Bueno... —Volvió a toser—. Llegamos a ese acuerdo hace casi dos años. En ese momento pensé que era lo correcto. Tanto tú como yo conseguiríamos lo que queríamos. Éramos amigos y tampoco me pareció tan mal que nos casáramos; así la gente por fin dejaría de preguntarme cuándo pensaba sentar la cabeza. Lo vi como tener a una compañera de piso, ¿sabes? Algo que sería superfactible. Pero a medida que fue acercándose la boda, fui... Qué sé yo. No es que me fuese echando para atrás. Es que me fueron asaltando más y más dudas. Pequeñas. Unas que podía ignorar con facilidad. ¿Qué más daba que tuviese que fingir que estaba enamorado durante cinco años? En el círculo que nos movemos, la gente lo hace constantemente. ¿Qué más daba que mi familia no me conociese de verdad? Total, tampoco es que estén mucho por aquí. Pero entonces ocurrió algo antes de la ceremonia que casi consiguió que me lo replanteara todo, aunque no lo hice. Por una cuestión de orgullo, de ego; por quedar bien. Lo que sea. —Rio de nuevo, con algo de amargura en la voz—. Al cabo de una hora, me dispararon. Lo que decía: el Universo no es para nada sutil. Debería haberle hecho caso a mi instinto mucho antes.

Sus palabras me revoloteaban por la mente. Sonaba como si... Pero no, no podía... Aunque, ¿y si...?

—¿Qué quieres decir? —aguanté la respiración y me preparé para su respuesta, fuera cual fuese.

Jordan tragó saliva.

—Digo que quiero que anulemos el acuerdo.

Solté el aire de repente e incluso me mareé un poco.

—Siento dejarte en la estacada de esta manera. —Me miró pesaroso a los ojos—. Seguiré pagándote por tu tiempo. No llegamos a casarnos, pero te has pasado dieciocho meses fingiendo ser mi prometida y eso tengo que compensártelo. No serán cinco

millones porque ahora no dispongo de tanta liquidez para gastos, pero por lo menos sí llegará a un millón. Espero que sea...

—Jordan. —Le coloqué una mano en el hombro. El corazón me latía tan fuerte que, en parte, esperaba que fuese a salírseme del pecho y ponerse a bailar una conga aquí mismo, en medio del hospital—. Frena. Ni estoy enfadada contigo ni me debes nada. De hecho, eh... Bueno, pensaba decirte que yo también quería que anulásemos el acuerdo.

Abrió la boca y preguntó:

—¿En serio?

Asentí.

—Joder. —Se dejó caer contra la almohada de nuevo—. Debería haberte dejado empezar a ti y así me ahorraba el discurso. Después... —La tos lo interrumpió—. Después de hablar tanto, necesito beber agua.

Me entraron ganas de reír. Intenté contenerme pero, una vez empecé, ya no pude parar. Estallé en una carcajada; Jordan se quedó en *shock* un segundo y, después, él también empezó a reír.

Me doblé y las lágrimas empezaron a nublarme la vista. A Jordan se le sacudían los hombros con tanta fuerza que incluso se agitó la cama. El cuarto reverberó con el sonido del alivio que sentíamos los dos y la oscura nube que acechaba sobre mi cabeza por fin se evaporó.

Los problemas que sí seguían acechando en la distancia eran aquellos relacionados con Beaumont y con La Hermandad. No obstante, me permití disfrutar provisionalmente de aquel momento.

Cuando por fin dejamos de reír, saqué una botella de agua de la neverita y se la acerqué a Jordan mientras intentaba pensar en cómo debíamos proceder a continuación. No me preocupaba demasiado anunciar nuestra «ruptura». La ofensiva de la boda nos

había dado un empujón para romper y Sloane y el equipo de relaciones públicas de los Ford ya se ocuparían de ultimar los detalles.

Lo que me preocupaba más eran las consecuencias tangibles que pudiese tener esto para Jordan.

—¿Qué pasará con tu herencia? —quise saber.

La incertidumbre se llevó por delante el humor que aún le quedaba en el rostro.

—No lo sé, pero casi me muero, Ayana. Este tipo de cosas hacen que te replantees cuáles son tus prioridades. Cuando me atravesó aquella bala, antes de perder el conocimiento, no pensé en el dinero. Pensé en cómo había vivido hasta entonces y de qué me arrepentía. Habría muerto sin contarle la verdad a mi familia. Y ese era mi mayor arrepentimiento. —Jordan apretó los labios en una fina línea —. Mi abuela no está bien. A ver, ya lleva un tiempo mal, pero espero que nuestra ruptura no la mande antes a la tumba.

Bajé la mano y estreché la suya. Ojalá pudiese hacer más para ayudarlo, pero esta batalla le tocaba librarla a él. Era él quien tenía que enfrentarse a todo esto.

—Ella valora la honestidad; por algo se empieza. Aunque no sé cómo reaccionará cuando sepa... lo mío o el acuerdo que tenía contigo. —Exhaló—. Supongo que lo peor que puede pasar es que me desherede, que tampoco es tan drástico como morirse. Perder el negocio familiar me dolerá más que perder el dinero, pero por lo menos no tendré que seguir escondiéndole quién soy.

—No saques conclusiones antes de tiempo. Tu abuela es una mujer razonable. Igual te sorprende —contesté. Orla Ford podía ser un montón de cosas, pero no una persona de mente cerrada.

—Puede. —Jordan me miró perspicaz—. ¿Y tú qué? ¿Por qué querías anular el acuerdo?

—Eh, pues...

A Jordan no le importaría que Vuk y yo acabásemos juntos, pero me parecía muy feo decirle que habíamos estado tonteando mientras él estaba postrado en una cama, inconsciente.

—Es por Vuk, ¿a que sí?

Pese a llevar tan solo unas horas despierto tras una semana en coma, se mostraba sorprendentemente observador.

Supuse que ya sabía que Vuk sentía algo por mí porque Vuk mismo le había pedido que cancelara la boda, pero Jordan ignoraba que dichos sentimientos eran mutuos. Hasta ahora.

—Sí —reconocí—. Me contó que os peleasteis antes de la ceremonia. Estaba en Washington, conmigo. Se ha ido esta mañana porque le ha surgido una emergencia, pero hemos... O sea...

—No pasa nada —dijo Jordan—. No hace falta que me digas nada. Ya lo sé. Se te ve en la cara.

—Lo siento —contesté tristemente—. A pesar de que tú y yo no estuviésemos saliendo de verdad, no está bien que te lo escondiéramos. Pasó antes de la ceremonia. A principios de octubre. Y también... este fin de semana. Antes de que terminásemos oficialmente el acuerdo. —Me sentía tan avergonzada que me sonrojé a más no poder.

—No necesito saber los detalles, pero dijimos que podíamos tener aventuras a pesar de estar casados, siempre y cuando lo hiciésemos de forma discreta —me recordó Jordan con un tono monocorde en la voz—. Lo que haya pasado entre vosotros dos es justamente eso. Reconozco que puede resultar chocante que te fueras con un amigo cercano, porque lo complica todo más, pero no estoy molesto ni contigo ni con él por lo que hayáis hecho. Lo que sí me molesta un poco es que no me lo dijerais antes. —Sacudió la cabeza—. Aunque,

bueno, yo también me guardé las dudas para mis adentros; supongo que cada uno cargó con sus secretos.

—Supongo que sí. —Sonreí pesarosa. Cuánto tiempo habíamos perdido por no habernos sincerado desde el principio, pero hay cosas que solo vemos con claridad cuando ya ha pasado algo de tiempo—. Espero que podamos dejarlo todo atrás.

—Yo también. —A Jordan empezó a fallarle la energía. Apartó la mirada y la respiración se le volvió débil. Hacerle hablar de esto justo cuando acababa de recobrar la consciencia había sido durísimo; sin embargo, cuando intenté que volviera a acostarse, me lo impidió—. Hablando de Vuk: no es perfecto, pero cuando le importa alguien, cuando le importa DE VERDAD, hará lo que sea por esa persona. Acuérdate de eso la próxima vez que te cabree, porque pasará.

Volví a reír de nuevo.

—Uy, eso ya lo sé. Créeme. —Desvié la vista hacia el móvil. Todavía no tenía ningún mensaje ni ninguna llamada—. ¿Sabe que te has despertado?

—A saber. Mi madre dice que lo ha llamado, pero que le ha saltado directamente el buzón. Será cabrón. —Jordan suspiró—. Yo vuelvo de entre los muertos y el tío ni siquiera tiene la decencia de venir a verme con un globo donde ponga «Bienvenido».

—Si te consuela, lo veo más trayéndote una botella de vodka.

—Cierto.

A Jordan le temblaron los párpados, como si le estuviese costando un mundo seguir con los ojos abiertos.

Había llegado la hora de que me fuera.

—Descansa. Luego hablamos. —Me quité el anillo del dedo y se lo coloqué cuidadosamente aunque con firmeza en la palma de la

mano. Él la cerró justo cuando me agaché para darle un beso en la mejilla—. Ha sido un honor ser tu prometida, Jordan Ford.

Su sonrisa iba cargada de nostalgia hacia nuestra vieja amistad.

—Lo mismo te digo, Ayana Kidane.

Cuando salí del cuarto, sus padres ya se habían ido.

Cogí el ascensor para bajar hacia el vestíbulo y salí fuera, donde me recibió el sol y me sentí más ligera de lo que me había sentido en años.

38

Vuk



Dexter, también conocido como «El Trapero». Edad: cuarenta y un años. Asesinatos cometidos: más de cincuenta, lo cual lo convertía en uno de los sicarios más prolíficos de La Hermandad.

Pese al transcurrir de los años, no había cambiado demasiado. Seguía teniendo los mismos ojos, llevando las mismas gafas y mostrándose con la misma actitud de mierda de siempre mientras me sonreía con suficiencia.

—Markovic. —Su voz, delicada y casi aguada, sonaba engañosamente cortés—. Veo que sigues vivo. Qué pena.

Ignoré su pullita y fui hacia la mesa. Distintos instrumentos centelleaban sobre aquella superficie de madera. Me decanté por los alicates. Íbamos a empezar con algo fácil.

Cuando me giré, Dexter parecía tranquilo, pero me fijé en que desvió la vista una milésima de segundo hacia la mesa.

Era perfectamente consciente de para qué servía cada utensilio. Por algo lo llamaban «El Trapero».

La mayoría de los sicarios preferían los asesinatos limpios. Cuando lo llamaban a él, era porque los clientes querían algo más... feo.

—Cometisteis un error al atacar durante la boda —señalé en voz baja. Le desaté una mano de la silla y fui directo a arrancarle la uña del pulgar con los alicates.

Cualquier otro hombre habría gritado. Dexter se limitó a apretar los dientes y se le tensaron los músculos. La sangre brotó y cayó directa a la lona.

—Pensé que había dejado ya las cosas claras hacía años. —Le cogí otra uña y él se estremeció. Era un comienzo de sesión aburrido, pero primero había que calentar—. Si vais a venir a por mí... —Me agaché para mirarlo directamente a los ojos y le arranqué una tercera uña con una lentitud cruel y agonizante—. No puto falléis.

Cuando le arranqué la quinta uña, gritó.

He aquí lo que sucedía con los sicarios: que no estaban acostumbrados a ser la presa. Sí, algunos habían trabajado para el ejército de operaciones especiales y eran más fuertes que otros, pero al final todo el mundo acababa rompiéndose. Era solo cuestión de tiempo.

Por desgracia, íbamos con el tiempo justo. Disponía solo de unas cuantas horas para sonsacarle la información que necesitaba, lo cual significaba que tenía que acelerar el proceso. No podía jugar con él eternamente.

Por suerte, siempre había odiado a Dexter. Yo solo recurría a la violencia extrema cuando era necesario, pero él disfrutaba de la brutalidad porque sí. Era un psicópata vestido de profesor. De no ser

porque La Hermandad controlaba sus impulsos, sería un asesino en serie indiscriminado.

No formaba parte del antiguo grupo de liderazgo, tampoco de quienes se colaron en mi casa, motivo por el cual había sobrevivido a mi purga de antaño. Sin embargo, había disparado a Jordan y casi le da a Ayana. La semana pasada firmó su tan esperada sentencia de muerte.

Cuando le hube arrancado las diez uñas, dejé los alicates y me puse manos a la obra. Tenía un montón de herramientas a mi disposición y, en el caso de que sus gritos o el charco de sangre que empapaba la lona empezaran a disuadirme, me bastaba con imaginarme a Jordan tumbado en el suelo con los ojos abiertos. Volvía a oír el grito de Ayana y notaba cómo temblaba al entrar en *shock*. Volvía a notar el sabor frío y metalizado del miedo que me invadía cada vez que pensaba en lo cerca que ella estuvo de recibir un disparo en el corazón.

Me acordaba de todo aquello, los sentimientos volvían a mí y me invadía la rabia.

Cada pizca de culpabilidad, ira, lástima e impotencia que había sentido a lo largo de la última semana (joder, y del último año también) me corría por las venas y aumentaba mi sed de venganza.

El mundo fuera de este cuarto había dejado de existir. Washington D. C. era un recuerdo lejano y Ayana era un sutil destello de luz que centelleaba sobre la superficie pero que me quedaba demasiado lejos como para poder alcanzarla desde aquí, desde las profundidades de mi perversidad.

El pulso me latía con fuerza. El adormilado monstruo que habitaba en mi interior fue abriéndose paso para salir, desgarrando todas las reminiscencias de sonrisas y perfumes y paseos a última hora de la tarde bajo la luz del sol.

Era así. Bajo los trajes y las apariencias de hombre respetable, ese era yo. Hacía pagar a mis enemigos y no me arrepentía lo más mínimo.

—¿Cuándo volverán a atacar, Dex?

Ya llevábamos horas aquí. El hombre estaba irreconocible; los moratones y la sangre al rojo vivo le teñían la cara de color púrpura. En el suelo, al lado de sus uñas, descansaban también algunos dientes.

—Vete a la mierda —farfulló.

Había soltado lo que sabía acerca del estado actual de las finanzas de La Hermandad, sus guaridas y los trabajos internacionales que tenían entre manos, pero no había comentado nada acerca de sus planes para un futuro inmediato. De momento.

—Dímelo o cállatelo. Acabarás muriendo igualmente. Pero podemos hacer que sea relativamente rápido... —Dejé el taladro a un lado y cogí una sierra—. O podemos alargarlo más.

A Dexter se le entrecortó la respiración, fruto del pánico. La sierra era su juguete favorito. Sabía exactamente lo creativos que podían ponerse quienes la usaran.

Se me quedó mirando mientras me acercaba a él y se le fue apagando aquel brillo de rebeldía en los ojos. No había jurado lealtad eterna a La Hermandad. Para él, la organización era solo como un jefe, de modo que su negativa a contarme lo que le estaba pidiendo radicaba en una cuestión de orgullo y rencor, nada más.

Por suerte, el orgullo y el rencor eran un cero a la izquierda en comparación con las despiadadas garras del dolor extremo.

Tardé menos de quince minutos en lograr lo que quería con la sierra.

Dexter delató a Shepherd y yo le di una muerte (relativamente) rápida, tal y como le había prometido.

Le apoyé la pistola en la cabeza y apreté el gatillo. La piel se me manchó de rojo carmesí y su cuerpo cayó desplomado. He ahí su fin.

Me levanté envuelto en un silencio sepulcral y con la piel pegajosa por culpa de la sangre. A mi alrededor, se amontonaban carne y sangre a montones, formando una escena que provocaría arcadas incluso a las personas con más estómago del mundo; aun así, yo no sentí nada.

Por eso. Por eso La Hermandad me había dejado en paz durante tantos años. Eran asesinos profesionales; sin embargo, cuando yo me obstinaba en un objetivo concreto, me convertía en alguien cruel. Despiadado.

La adrenalina siguió invadiéndome el cuerpo y el hedor a muerto me asaltó los pulmones. Debería marcharme y que mis hombres limpiasen todo aquello, pero no me fui.

Físicamente, seguía ahí, pero mi mente visitaba el pasado. Trece años atrás, para ser exactos, cuando perseguí y destruí sistemáticamente a las personas responsables de la muerte de mi hermano.

La arrogancia de los antiguos líderes de La Hermandad anunció ya su perdición. Pensaban que un hombre solo no podía suponerles ninguna amenaza, pero la venganza siempre encontraba la forma de convertir a la gente de a pie en verdaderos monstruos. Durante los años que pasé con ellos, fui estudiando sus métodos de eliminación y, llegada la hora, yo mismo los puse en práctica.

Después del incendio, me escondí. Eché mano del conocimiento que había adquirido gracias a sus trucos y capacidades y los evité mientras trazaba un plan. Cuando me hube recuperado por completo, me pasé un año localizando a los líderes. Quienes se habían colado en mi casa no eran sino unos simples soldados rasos;

los que tenían que pagar realmente por lo que habían hecho eran los de arriba.

Los encontré en sus casas, en sus coches y en sus trabajos de día, esos que desempeñaban para cubrir las apariencias. Cuando enviaron a sus mejores hombres a por mí, a esos también los maté y me aseguré de que sus muertes fueran macabras a más no poder para disuadir al resto y evitar que salieran a buscarme.

Los líderes fueron mermando hasta que, al final, me propusieron una tregua. La organización se olvidaría del registro y yo le pondría punto final a mi venganza. Había conseguido lo que quería y más. Podríamos coexistir en cierta precaria paz siempre y cuando continuáramos sin entrometernos en el camino del contrario.

Acepté. Había dejado clara mi posición y, por más que diezmara a La Hermandad, Lazar no regresaría. O me olvidaba de la organización o me pasaba el resto de mis días viviendo con miedo.

Pero ahora volvíamos a estar aquí; en el punto de partida. Ellos iban a por mí y yo exigía venganza. El ciclo de la vida y la muerte era un constante no parar.

Unas manchas me nublaron la vista. Pestañeé y, poco a poco, empecé a ver de nuevo todo lo que me rodeaba.

Dexter. El almacén. Nueva York.

La neblina asesina se fue disipando y la claridad fue regresando a mí.

Doce horas antes, tenía a Ayana en brazos. Estaba tocándola con las mismas manos con las que había torturado y arrebatado la vida a un hombre. La había besado con la misma boca con la que había insistido en busca de MÁS (más información, más gritos) mientras me cargaba a aquel hombre hasta convertirlo en una sombra de lo que solía ser.

¿Qué diría Ayana si supiera de lo que verdaderamente soy capaz?

El cobrizo olor a sangre se volvió más pesado. La bilis me subió por la garganta y me giré bruscamente, ansioso por dejar atrás a Dexter.

Cuando salí del sótano, Sean me estaba esperando. Debió de haber enviado a Bruce y a Mav arriba, para que vigilaran las salidas.

—Intuyo que ha ido bien —dijo.

Al verme la ropa manchada, no se estremeció lo más mínimo. Él también tenía sus propios trapos sucios; mis acciones no iban a perturbarlo en absoluto.

Asentí una única vez, escueto, a modo de respuesta. Compartí la información que había recopilado con Sean y le encargué que comprobara su veracidad. Cabía una ínfima posibilidad de que Dexter me hubiese pasado información falsa, aunque gran parte de lo que me había dicho coincidía con lo que ya sabía por Roman. Los detalles que no coincidían eran los detalles de que Roman ignoraba.

Teníamos que darnos prisa. Según Dexter, el bando de Shepherd tenía previsto volver a atacar antes de que terminase el mes. Esta vez, no lo harían en un evento público y se asegurarían de que no hubiese testigos; irían directamente a por mí. Era todo lo que sabía Dexter.

Lo creí. Shepherd no compartiría toda la estrategia con sus secuaces. Por suerte. Dexter me había dicho dónde se encontraban su sala de operaciones y el alijo de armas. Si destruíamos esos lugares de forma preventiva (o, todavía mejor: si nos cargábamos a Shepherd), podríamos terminar con la guerra interna que dividía a La Hermandad y quitarme a la organización de encima de una puta vez.

—Comprobaré si la información es cierta y le pediré a alguien que haga un reconocimiento de la sala de operaciones —dijo Sean—, pero bastante desbordados vamos ya y vamos a tener que destinar

todos nuestros recursos a esto. ¿Quiere que dejemos el tema de Emmanuelle a un lado hasta que tengamos a Shepherd?

Llevaba meses siguiéndole la pista a la presidenta de la agencia Beaumont, pero no había servido para nada. La intuición me decía que no debía subestimarla, que ahí había gato encerrado, pero todavía no conseguía atar cabos. Tal y como estaba la cosa, tocaba priorizar.

Asentí de nuevo para darle el visto bueno a Sean y consolidar todos nuestros recursos.

Dejé que se deshicieran de Dexter entre él, Mav y Bruce mientras yo me limpiaba y me cambiaba en el baño, y luego tiré la ropa sucia en el incinerador. No pude adecentarme demasiado, pero por lo menos ya no parecía que acabase de salir del set de una película de terror.

Esperé a estar a media hora del almacén antes de encender el móvil. Un alud de mensajes y llamadas perdidas me inundó la pantalla.

Se me detuvo el corazón. Primero pensé que le habría ocurrido algo a Ayana o que Jordan habría muerto, pero leí los mensajes en diagonal, deprisa, y me di cuenta de que se trataba justamente de lo contrario.

El *shock* hizo que una fría ráfaga de aire me quemara los pulmones.

Se había despertado.

No se había muerto por mi culpa.

Se había despertado.

39

Vuk



Cuando llegué, Jordan estaba dormido, así que esperé a su lado hasta que por fin abrió los ojos. Las enfermeras protestaron hasta que se dieron cuenta de quién era yo y de la cantidad de donaciones que hacía cada año al hospital. Después de eso, me dejaron en paz.

Por suerte, Jordan no tardó en despertarse, de modo que no tuve que quedarme todo el día mirándolo desde aquella incómoda silla de plástico.

Pestañeó y me miró con los ojos legañosos.

—Dios —espetó—. Qué grima, tío. Ya sé que me echabas de menos, pero tampoco hacía falta que te quedases viendo cómo duermo como si fueras el maldito Edward Cullen.

Hice caso omiso de la sensación de alivio que me estalló en el pecho y reí por lo bajo.

—Te despiertas y ya sueltas gilipolleces. Típico.

—¿Y tú qué sabes? No estabas aquí cuando me he despertado —contraatacó—. Llevo horas despierto. Ya empezaba a pensar que te habías cabreado y te habías olvidado de mí.

—¿Te han dicho ya que eres un canalla de cojones?

—Sí. Tú.

Nos aguantamos la mirada durante un tenso segundo antes de sonreír ampliamente los dos. Bueno, él sonrió ampliamente; yo dibujé una especie de prieta sonrisa con los labios.

Me incliné hacia él y lo abracé. Era el primer abrazo que le daba en años. No es que yo fuera muy de abrazar a la gente pero, joder, qué bien me sentí al volver a verlo en plena forma.

Desde mi llegada, los pitidos del monitor cardíaco habían sido constantes en todo momento. Aun así, no me convencí de que Jordan no estuviese muerto de verdad hasta que abrió esa bocaza suya.

Le di una última palmada en la espalda antes de separarme. Se me desdibujó la sonrisa. A pesar de sus ocurrencias, aquella semana en el hospital lo había dejado pálido y demacrado. Y si se había pasado una semana allí, había sido por mi culpa.

Le habían disparado por mi culpa y, ¡además!, me había acostado con su prometida mientras él estaba en coma. Compromiso de conveniencia aparte, lo que había hecho yo era feo de cojones.

Me iba a pudrir en el Infierno. Cosa que ya sabíamos, pero mis recientes actuaciones habían acabado de confirmarlo.

Nuestra última conversación pesaba con fuerza entre los dos. Ambos habíamos dicho cosas improcedentes, pero el tiempo y aquella experiencia cercana a la muerte había limado las asperezas de nuestro enfado.

—*Me alegro de que estés bien.* —Tiré por lo obvio antes de que nos adentráramos en lo inevitable.

—Yo también. —Sonrió de medio lado—. Los médicos han dicho que hubo un punto en el que estuve colgando de un hilo, pero no os vais a librar de mí tan fácilmente. —Dudó un segundo—. ¿Qué pasó con los atacantes?

—*Ya me he ocupado yo.*

Jordan sabía de la existencia de La Hermandad, pero muy muy por encima. Le había contado lo justo y necesario para que supiera por qué necesitaba la pasta, pero nunca llegó a saberlo todo, ni acerca de lo que hacían ni acerca de mi vínculo con la organización.

Tenía previsto dejarlo así. Me negaba a arrastrarlo por el sórdido submundo que era mi vida.

—Ya te has ocupado tú —repitió Jordan—. ¿Quiero saber cómo?

Me encogí de hombros.

—Ya. —La mueca que dibujó me sirvió para ver que, si bien tenía sus sospechas, prefería no confirmármelas—. Ayana ha venido esta mañana. Me ha contado lo vuestro.

Lo miré a los ojos enseguida.

—Tranquilo. No estoy cabreado ni nada —prosiguió con una sonrisa torcida—. Hemos tenido una buena charla. Me ha... venido bien, así que te diré lo mismo que le he dicho a ella: que me dispararan me ha servido para reevaluar mis prioridades. Si no fuera porque corres el riesgo de morirte, se lo recomendaría a todo el mundo; te aporta una claridad excepcional. —El tono divertido de su voz desapareció con las siguientes palabras—: No quiero seguir fingiendo ser quien no soy, Vuk, y menos aún quiero que lo que pasó antes de la ceremonia se interponga entre nosotros.

Ahora quien dibujó una mueca fui yo. En algún momento teníamos que hablar de lo sucedido, pero yo tenía tantas ganas de abordar el

tema como de que me hicieran una endodoncia sin anestesia.

—Todo eso de... ya sabes, lo de Ayana, me pilló por sorpresa. —Jordan suspiró y la culpabilidad se adueñó ligeramente de mí—. Deberías habérmelo contado antes, Vuk. Nos pasamos meses prometidos y tú no me dijiste nada. Si hasta te pedí que la llevases a probar tartas a California, por el amor de Dios.

—En ese momento, eso fue lo de menos.

Porque yo creía que estaban enamorados y que, evitándola, podría aniquilar la obsesión. Menudo idiota.

—No lo fue, porque intentaste comprarme una hora antes de la boda para que no me casara. Ciento veinte millones de dólares. Es muchísimo, tío —contraargumentó Jordan—. Me cabreó que me lo hubieses escondido durante tanto tiempo. Me sentí como un idiota que no había parado de juntaros constantemente cuando... —Volvió a suspirar y se pasó una mano por la nuca—. Bueno, da igual. Ya ha salido todo a la luz. La pregunta importante es: ¿qué pasará ahora?

Sentí muchísima presión contra la caja torácica.

Había dicho que no quería seguir fingiendo. ¿Significaba eso que...? No me atrevía a albergar esperanzas de que...

—Me siento hasta tentado de mantenerte en vilo, pero... A tomar por culo. —Jordan estiró el brazo para coger algo que tenía en el cajón que quedaba al lado de la cama. Cuando abrió el puño, un diamante que conocía bien le centelleó en medio de la palma—. Lo he dejado con Ayana. Oficialmente.

Solté todo el aliento en una ávida exhalación. La presión que notaba en el pecho se evaporó y, con ella, también desaparecieron el terror y la ansiedad.

Lo había dejado con Ayana. Adiós al compromiso. Adiós a la boda. Adiós a tener que escondernos de Jordan. Estaban los dos solteros y eran libres.

De no ser porque estaba sentado, tal vez habría salido volando hacia el techo como la maldita Mary Poppins.

—Ya iba siendo hora. Acordamos todo eso hacía muchísimo y, cuando llegó el momento de la ceremonia, a ninguno de los dos le apetecía seguir. Lo que pasa es que nos habíamos esmerado tanto en mantener esa farsa que no nos atrevimos a cancelarlo a última hora —continuó Jordan—. Reconozco que también fue un poco una cuestión de ego. A nadie le gusta que lo tachen de persona necesitada y, cuando me ofreciste darme toda esa pasta de la nada para que me perdiera, me sentí así. Como si aquella suma de dinero, que a mí me parecía descomunal, no fuera nada para ti.

Una pizca de culpabilidad me volvió a anclar los pies en el suelo.

—No fue mi intención, pero sé que tampoco tuve demasiado tacto cuando conversamos. —Dudé un segundo—. *Le pedí a Ayana que cancelara la boda unas semanas antes de la ceremonia. Se negó. Hasta el último minuto, pensé que podría respetar vuestros deseos y soportarlo. Que no me mataría por dentro ver cómo se casaba con otro. Pero no pude. La hora antes de la ceremonia, entré en pánico. Y cuando me contaste lo del acuerdo, pensé que había una salida. No pensé en nada que no fuera comprar la boda. La cagué. Lo... siento.*

Lo de compartir mis sentimientos y disculparme no iba conmigo. Yo hacía lo que sentía y nadie se atrevía a decir nada.

Sin embargo, la situación de Jordan y Ayana era distinta. Ambos merecían más por mi parte.

—Joder —dijo Jordan, mirándome boquiabierto—. Creo que no te he visto soltando tantas palabras seguidas en la vida. Ni cuando íbamos a la universidad.

Reí por lo bajo.

—No te acostumbres. Ya casi he llegado al cupo de palabras anual.

—Menos mal que ya casi se ha terminado el año, ¿eh? —Me sonrió con discreción—. Te agradezco las palabras. Disculpas aceptadas. Y yo también siento haberme dejado llevar por el ego. No debería haber intentado seguir adelante con la boda. No fue justo para ninguno de los tres. Bueno... —Jordan se aclaró la voz—. Ahora que los dos nos hemos disculpado, supongo que no hace falta alargar nada, ¿no? ¿Todo arreglado?

Se me encorvaron los labios.

—Sí. Siempre y cuando guardes esa maldita cosa bien lejos. No quiero volver a ver ese anillo en la vida.

—Oye, que «esa maldita cosa» vale un pastizal —se quejó, aunque me hizo caso.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Los médicos quieren tenerme unos cuantos días en observación. Luego ya podré largarme de aquí. —Desvió la vista hacia la puerta y se le nubló la expresión—. Cuando vuelva a casa, se lo contaré todo a mi familia. Me acojona pero, como he estado a punto de morir, igual no se ponen demasiado duros conmigo. Quien más me preocupa es mi abuela. Además de lo que le han diagnosticado, el viernes se cayó. Espero no empeorarlo todo al contarle lo mío.

No supe qué decir. Jamás había experimentado algo así. Cuando estaba preocupado, me gustaba encerrarme en casa y aislarme del resto del mundo. Supuse que no era lo que Jordan quería.

—Irá todo bien.

Era lo típico que se decía y era una idiotez, pero a la gente le gustaba oír esas palabras.

Jordan me miró.

—¿Vuk Markovic reconfortándome? —bromeó—. Será por influencia de Ayana, digo yo.

—Es lo único que te diré. Si quieres hablar más del tema, búscate a un psicólogo.

—Mira que eres cabrón —contestó riendo.

Seguimos tirándonos pullitas un rato más hasta que llegó una enfermera para decirnos que se había terminado el horario de visita.

Salí y el alivio me inundó entero. Yo estaba bien; Jordan y yo estábamos bien.

Me había pasado años pensando que Jordan y yo no teníamos demasiado en común a excepción de la historia que compartíamos. No me había dado cuenta hasta entonces de que sí compartíamos un rasgo importante: la lealtad. Joder, si es que él era más leal que yo, teniendo en cuenta toda la situación con Ayana, y yo no lo había valorado lo suficiente. No volvería a cometer el mismo error otra vez.

A pesar de que me había adecentado antes de ir a ver a Jordan, me pegué una buena ducha al regresar a casa; una de las de verdad. Me froté con ganas para deshacerme de la mancha que habían dejado en mí los acontecimientos de aquella mañana. Dexter se lo tenía merecido, pero tampoco es que le encontrara ningún placer inherente a lo que había hecho yo.

Cuando ya estaba impecabilísimamente limpio y me hube puesto ropa nueva, llamé a Ayana.

Respondió al segundo tono.

—Hey. —Su cálida voz se me coló en el pecho—. ¿Ya has podido solucionar esa emergencia del trabajo?

—En gran parte. —Me quedé sentado en el escritorio, con la vista puesta en la pantalla apagada del ordenador—. Acabo de volver de ver a Jordan. Me ha contado que lo habéis dejado.

Oí cómo se le cortaba la respiración y, acto seguido, con cautela, respondió:

—Así es.

—Bien. —Una palabra que iba cargada de un montón de emociones.

Ayana ya volvía a estar en la ciudad. No es que me entusiasmase la idea (teniendo en cuenta lo sucedido con La Hermandad, eso la ponía demasiado en peligro), pero lo había dejado con Jordan, lo cual significaba que ya no había nada que nos impidiese estar juntos.

Si no fui directamente a su piso en aquel preciso momento fue solo porque me preocupaba que los de La Hermandad me estuvieran vigilando. No llevábamos ni un día separados y ya la echaba de menos. Patético.

Por desgracia, primero tenía que ocuparme de Shepherd. Cuando me lo hubiese quitado de encima, podría destinar todo el tiempo del mundo a estar con ella.

—Estos días tendré que acabar de atar algunos cabos sueltos de una cosa del trabajo —le conté—. Pero si todavía quieres que te enseñe a disparar, ven al Valhalla el viernes a las seis de la tarde. Y ponte ropa cómoda.

—Cita apuntada. —Ayana guardó silencio un segundo—. O sea, que...

—Es una cita.

Casi la oí sonreír desde el otro lado de la línea.

—Bueno, pues no te entretengo demasiado, que tienes que trabajar. Nos vemos el viernes. Buenas noches.

Una extraña calidez se me coló en las venas.

—Buenas noches, *srce*.

Aquella llamada con Ayana fue el último momento de paz del que disfruté antes de ponerme en modo trabajo.

Sean no tardó ni cuarenta y ocho horas en confirmar la información que nos había pasado Dexter. Luego, necesitamos otras doce para dar con una estrategia lo más rápida, astuta y eficaz posible teniendo en cuenta que contábamos con un margen de tiempo y unos recursos limitados.

En circunstancias óptimas, gozaríamos de más de dos días para llevar a cabo nuestro ataque contra aquella organización de sicarios de élite. Por desgracia, Dexter había revelado nuestras intenciones. Shepherd estaba asustado y, como no nos diéramos prisa, operaría en secreto antes de que pudiéramos pillarlo.

No pensaba alargar el tema más de lo necesario. Quería dejar todo eso de La Hermandad en el pasado de una vez por todas. Cuando Shepherd hubiese muerto, Roman uniría las tropas y aniquilaría al otro bando. Ya tenía el plan hecho y, para poderlo ejecutar, solo necesitaba mis recursos. Cuando los tuviese, se haría con el control de La Hermandad y me había asegurado que haría un juramento de sangre para que la organización no volviese a ir a por mí nunca más.

Su plan implicaba que yo confiase muchísimo en alguien en quien, de por sí, no se podía confiar. Por desgracia, no tenía alternativa mejor. O me aliaba con Roman o seguía preocupándome y declarándole la guerra a la organización hasta a saber cuándo. Y, ahora que habían violado el antiguo código e iban a por civiles, no podía permitírmelo.

USUARIO 02
Menos de cinco minutos.

El pulso se me aceleró al ver el mensaje encriptado de Roman. Asentí a Sean y este mandó prepararse al resto del equipo.

Era miércoles por la noche. Había llegado el día. Tenía a un equipo de doce personas sin contarme a mí mismo. La mitad estaban aquí, conmigo. Ese era el equipo principal. El secundario estaba a menos de cinco minutos, por si necesitábamos refuerzos.

El refugio base de Shepherd se encontraba al final de un callejón sin salida en Jersey, a unos cuarenta minutos de la ciudad en coche. Mi equipo de reconocimiento llevaba vigilándolo desde el lunes y nos había informado de que, en los últimos días, se había producido mayor actividad. Shepherd estaba trasladando material, lo cual no hacía sino respaldar mi decisión de actuar rápido, antes de que abandonara su puesto.

Yo mismo había contratado a un actor local de forma anónima para que invitase a los demás ciudadanos que vivían en esa calle a una «experiencia gastronómica exclusiva» en uno de los restaurantes más famosos de Nueva York. La cena costaba más de mil dólares por persona y solía ser imposible encontrar hueco para una reserva. El actor les dijo que se trataba de un sorteo especial para celebrar el aniversario de la inauguración de ese restaurante. La oferta era tan apetecible que nadie la rechazó, de modo que aquella calle había quedado vacía; las únicas personas allí éramos nosotros.

El equipo principal se había colocado en la casa que más cerca quedaba de la de Shepherd. Pudimos colarnos dentro y prepararnos justo después de que Roman sacase al líder de aquel bando de casa con alguna excusa de mierda. Por suerte, no había más miembros presentes.

Ahora, Shepherd y Roman estaban a punto de volver y la tensión que se respiraba en el ambiente era tan densa que podía cortarse

con un cuchillo. Yo me encontraba en el piso de abajo, con Sean, Mav y Bruce. Los demás estaban arriba.

A saber qué pensarían los verdaderos dueños de la casa si vieran a siete hombres cargados con armas y ordenadores controlando el salón y las habitaciones. Seguramente, nada bueno.

Un deportivo negro se adentró en la calle y aparcó delante de la guarida. Entré en tensión; a mi lado, a Sean le ocurrió lo mismo.

Del vehículo salió un hombre de pelo canoso, con su flaco cuerpo y una expresión seria que nada tenía que ver con el atuendo informal que llevaba puesto. Al cabo de poco, salió Roman. No miró hacia la casa donde nos encontrábamos nosotros ni una sola vez.

Mi equipo y yo estábamos perfectamente camuflados entre las sombras. Aun así, contuve la respiración para evitar que Shepherd se girase y nos pillara mientras intentábamos tenderle una emboscada.

No sucedió.

Tanto él como Roman entraron en aquella casa. Los ordenadores se iluminaron y en la pantalla empezaron a aparecer imágenes en blanco y negro de los dos hombres que acababan de entrar. El temporizador que habíamos conectado a la puerta de entrada empezó la cuenta atrás.

«Cinco minutos».

Shepherd y Roman se detuvieron en el salón. Intercambiaron cuatro palabras con expresión calmada. Por desgracia, no nos había dado tiempo de activar una fuente de audio, o sea, que no oímos lo que decían.

«Cuatro minutos».

Roman, que seguía con expresión apacible, señaló la salida. Caminó hacia la puerta, pero Shepherd lo agarró antes de que diera dos pasos siquiera.

—Mierda —susurró Sean.

Se me aceleró el corazón. La idea era que Roman se asegurase de que Shepherd llegase bien a casa y se quedase ahí hasta que detonaran los explosivos. El primero tenía un margen de cinco minutos para salir del edificio antes de acabar estallando en mil pedazos junto con el líder del bando.

«Tres minutos».

Roman debió de ser lo suficientemente convincente como para conseguir que Shepherd saliese de casa con él cuando el otro ya tenía bastantes sospechas relacionadas con la desaparición de Dexter. No obstante, era evidente que el repentino intento de Roman por marcharse había hecho que le saltaran las alarmas, porque Shepherd arrugó la frente.

«Dos minutos».

Shepherd le soltó el brazo a Roman. Con un movimiento sinuoso y tan rápido que a duras penas pude verlo, se sacó la pistola y ejerció presión con ella en la sien de Roman.

—Mierda —soltó ahora Mav—. Es hombre muerto.

—Al menos está asegurándose de que Shepherd esté dentro cuando la casa explote —señaló Bruce—. Algo es algo.

Nadie respondió.

«Un minuto».

El pulso se me aceleró tantísimo que fue al mismo ritmo que la cuenta atrás definitiva. Mi interior era un caos emocional.

No me caía bien Roman. A duras penas confié en él cuando, para empezar, ni siquiera tenía que hacerlo. Ese día en mi despacho, de no ser porque se salvó por los pelos, le habría pegado un tiro con mucho gusto y lo habría matado.

Los traidores traidores son. Y, por más que lo tuviese de mi parte, sus acciones me dejaban un sabor amargo en la boca.

Aun así, también me había sido de gran ayuda y me había aportado muchísima información para que pudiese cargarme a La Hermandad. ¿Que el tipo tenía unas razones más bien egoístas para hacerlo? Sí, pero aún no me la había jugado, que ya es más de lo que me cabía esperar de él.

Miré el temporizador. Faltaban treinta segundos.

Habíamos colocado las cámaras y los explosivos en casa de Shepherd a contracorriente. Los había en la planta superior y en la inferior. Los explosivos abarcaban una parte en concreto de la casa, así como una zona del jardín, pero tenían la potencia suficiente como para aniquilar a cualquiera que se encontrase a su alcance.

Habíamos tanteado opciones más sutiles, como decantarnos por francotiradores o envenenarlo, pero esas alternativas dependían demasiado del factor suerte. A veces, no quedaba otra que recurrir a la fuerza bruta.

En la pantalla vimos a Roman hablando. No sé qué le dijo a Shepherd, pero bastó para que este no disparara. Lo cual fue un error.

Roman actuó todavía más deprisa que Shepherd y le torció el brazo para tirar la pistola al otro lado de la sala.

«Veinte segundos».

Roman ni siquiera se molestó en volver a mirar atrás, hacia el líder del bando. Salió escopeteado hacia la salida. Shepherd echó a correr tras de él con una expresión prácticamente salvaje.

«Diez segundos».

Bruce y Mav entraron en tensión. A mí me latió el corazón con fuerza.

«Cinco».

Roman ya casi había llegado a la puerta cuando Shepherd lo agarró por la parte baja de la camisa. Roman entró en pánico; se le

veía en la cara.

«Cuatro».

Se giró y encontró el impulso suficiente como para pegarle una patada en la ingle con la rodilla a Shepherd. Este se dobló de dolor.

«Tres».

Roman consiguió soltarse del otro y abrió la puerta de par en par.

«Dos».

Salió a toda prisa por el jardín y...

«¡PUM!».

La explosión lo mandó volando hacia la calle. Las llamaradas atravesaron las ventanas e iluminaron el cielo nocturno.

Mi equipo y yo nos habíamos protegido bien los oídos con la equipación necesaria, pero oímos el fuerte estallido de las ventanas, que hizo temblar la casa y me caló hasta los huesos.

El equipo principal salió inmediatamente para ocuparse de la situación y asegurarse de que Shepherd estuviese muerto. Uno de ellos levantó a Roman del suelo; el hombre parecía cabreado y estaba cubierto de hollín.

Yo permanecí dentro de la otra casa. Me quedé mirando cómo danzaban las llamaradas que tenía a menos de tres metros y medio. Eran preciosas, lo cual las hacía más temibles aún. El punzante olor a humo atravesó las ventanas, que estaban atornilladas, y me inundó los pulmones.

Olía a carne chamuscada. A la carne de todo un cuerpo. ¿Tendría el cadáver de Shepherd el mismo aspecto que el de mi hermano? ¿Habría muerto sufriendo tanto como Lazar o su muerte había sido injustamente rápida y misericordiosa?

—Vuk. —La sutil voz de Sean me sacó de aquella espiral.

Él ya había pensado en cómo me afectaría presenciar el incendio, pero yo había insistido en venir de todas formas. No pensaba dejar

que mis hombres arriesgaran la vida sin estar yo dispuesto a hacer lo mismo.

Dibujé una expresión más relajada y me giré hacia mi jefe de seguridad. Se había ido comunicando con el equipo mediante los auriculares.

—Todo despejado —me dijo—. Shepherd era el único en la casa. El equipo ha encontrado el cadáver. Está muerto.

«Muerto».

Shepherd estaba muerto. Aquel plan preparado a toda prisa había acabado saliendo bien y sin contratiempo alguno.

Volví a mirar por la ventana.

Mi equipo había conseguido controlar el fuego. Roman había desaparecido, tal y como habíamos supuesto que ocurriría. Habíamos interceptado las líneas del teléfono de emergencias para que los de primeros auxilios no nos interrumpieran, pero lo más prudente seguía siendo largarse de allí cuanto antes y con la mayor discreción posible.

Cuando los investigadores se pusieran a indagar en las causas de la explosión, encontrarían pruebas que habíamos colocado nosotros mismos y que, en parte, conducían a la verdad: un líder criminal que había acabado muerto en manos de sus adversarios. Las fuerzas del orden nunca se esmeraban demasiado en llevar a los asesinos de asesinos ante la justicia. No tardarían demasiado en dejar correr el caso, que acabaría relegado en el fondo de algún cajón y nadie volvería a abrir nunca más.

Shepherd había muerto.

Aquella verdad siguió dándome vueltas por la cabeza. Esperaba sentirme medio aliviado, pero el peso que notaba en los hombros siguió sin atenuarse.

Quitando que Roman había estado a nada de morir, la facilidad con la que habíamos conseguido cargarnos a los líderes de ambos bandos de La Hermandad resultaba anticlimática. Demasiado anticlimática. Ni siquiera habíamos tenido que recurrir al equipo secundario.

¿En serio era así de fácil? ¿Acaso las nuevas generaciones eran tan chapuceras que habían sido víctimas de un plan elaborado atropelladamente?

Teníamos una fuente interna y un elemento sorpresa a nuestro favor (más o menos), lo cual explicaría el éxito.

Aun así, cuando mis hombres y yo hubimos acabado con lo que nos faltaba y nos marchamos, yo continué sin poder quitarme de encima la sensación de que mis problemas no terminaban ahí.

40

Ayana



Me pasé la semana ansiosa por volver a ver a Vuk.

Destiné ese tiempo a comprar, tejer, ver la televisión y a rechazar una oferta de trabajo para el mes siguiente. Esperaba que, después de cómo le había respondido, Emmanuelle fuese a vengarse de mí de alguna forma u otra; sin embargo, desde aquella llamada telefónica, no me había vuelto a decir nada. Quien me había enviado la oferta para la campaña en cuestión había sido Hank, pero yo seguía sin estar preparada mentalmente para volver a trabajar.

Eso a Hank le había molestado. Aun así, cuando llegué al campo de tiro del Club Valhalla el viernes, en lo último que pensé fue en mi agente.

Aquel lugar parecía sacado de un *thriller* de espionaje de alto riesgo. Había unos suelos de piedra de color gris claro, paredes recubiertas de tejido kevlar, y catorce carriles de última generación aislados por unos separadores hechos a medida que inhibían un

poco el sonido de las armas al disparar y, por ende, reducían también los decibelios en cada zona. Según la hoja informativa (de un negro impecable) que había en la entrada, aquel campo de tiro también contaba con un sistema de filtrado que eliminaba el humo que emitían las armas al disparar y que permeaba el aire, así como con un compartimento de realidad virtual (aunque a saber lo que era eso).

A pesar de disponer de una equipación tan lujosa y de alta gama, el lugar en cuestión estaba vacío: solo estábamos Vuk y yo. Llegué diez minutos antes, pero él ya me estaba esperando.

Camiseta negra, pantalones negros y su rasurado corte de pelo del mismo color. Tenía las mismas pintas de siempre; sin embargo, el estómago me dio un vuelco inmenso, como si fuese la primera vez que nos veíamos.

No lo había vuelto a ver desde que estuvimos en Washington D. C.

Habían pasado seis días y parecía una eternidad.

Al verme, se le medio dibujó una sonrisa en los labios.

—¿Qué entiendes tú por «ropa cómoda»?

Había optado por un vestido de cachemir ultrasuave y unas botas Christian Louboutin con tacón de aguja que me llegaban hasta las rodillas. Me había recogido el pelo en un moño y había complementado el *outfit* con unos pendientes de botón dorados. No quería que se me engancharan las joyas con nada.

Me encogí de hombros. No veía el problema.

—Voy cómoda con vestidos y tacones.

Llevaba usando *stilettos* desde que era adolescente. A estas alturas, podría correr una maratón con ese calzado puesto.

Vuk sacudió la cabeza, pero se le ensanchó un poco la sonrisa.

—¿Te has ocupado ya de lo del trabajo? —me interesé.

—Sí. —Me estudió con la mirada mientras caminaba hacia él contoneándome de una forma más natural que cuando estaba sobre una pasarela. Una ola de ardor se cargó el humor que tenía antes en la mirada.

—¿Y ha salido como querías?

—Sí.

—Me alegro. —Me detuve a unos centímetros de él. El aroma a vainilla, a madera blanca y a una nota de ron se me colaron en los pulmones. Llevaba la colonia que le había regalado por su cumpleaños. Inhalé profundamente y contuve una sonrisa de adolescente risueña—. No esperaba menos.

—Bueno es saberlo. —La diversión volvió a atravesarle los ojos, junto con una mirada pesarosa—. Siento haberme marchado en mitad de la noche de esa forma. El asunto en cuestión era... urgente.

—No pasa nada. —Me acerqué un poco más a él. Rocé su pecho con el mío y se le entrecortó la respiración—. Creo que sé cómo puedes compensármelo.

—¿Ah, sí? —Entornó los ojos—. ¿Cómo?

Me incliné hacia delante y, rozándole la oreja con los labios, respondí:

—Enseñándome a disparar.

Su risa me acompañó hasta el carril de tiro.

Sonreí de oreja a oreja. Me gustaba vacilarle, pero oírlo reír me gustaba aún más.

Como era la primera vez que iba a un campo de tiro, Vuk empezó explicándome cuáles eran los procedimientos de seguridad y me contó cómo funcionaba todo: cómo tenía que colgar los objetivos, cuándo hacer una pausa, cómo actuar si algo iba mal, etcétera.

Cuando hubo terminado, nos pusimos el equipo de protección y empezamos.

Vuk se colocó tras de mí y me ayudó a ponerme en posición.

—Levanta un poco más el brazo. Dobla el codo y gira el lado izquierdo de tu cuerpo hacia el objetivo. —Noté la aspereza y la calidez de su mano mientras él iba dándome instrucciones claras y concisas—. Así. Bien.

El sutil aire que se le escapó con aquel elogio me acarició la nuca.

Se me encogió el estómago. Esto no debería ponerme tanto, pero entre su cercanía y la forma tan hábil y segura con que me movía el cuerpo para que quedase en la posición correcta hizo que el deseo empezara a palpitarme en la entrepierna.

Me obligué a apartar aquellos pensamientos obscenos a un lado. Lo último que quería era distraerme teniendo una pistola entre las manos.

Cuando Vuk estuvo satisfecho con cómo estaba colocada, se apartó. Le di al gatillo y... fallé. También fallé a la siguiente, y a la tercera. Entre el culatazo y los nervios, disparar era muchísimo más difícil de lo que parecía cuando veías a Nate Reynolds haciéndolo en las pelis de acción.

En mi defensa diré que sí di a algunas partes del objetivo, aunque no fueran a las que quería darle realmente. Le perforé la rodilla y el antebrazo, pero en el fondo quería apuntar al corazón.

Estaba tan avergonzada que casi tiro la toalla en mitad de la sesión, pero eso sería peor que fallar. Así que apechugué hasta el último tiro, donde no le disparé al corazón por poco. No era ideal, pero sí mejor que volver a dispararle a la rodilla.

—Mejor —me dijo Vuk, que se había mostrado sorprendentemente paciente a pesar de mis múltiples fallos. Hice pucheros y él sonrió—. Ya le pillarás el tranquillo.

—Eso espero. De lo contrario, hay tantas probabilidades de que me dé a mí misma como de que le dé a otro —me quejé.

A pesar de mi deprimente actuación, me sentía un pelín orgullosa. No tenía previsto dispararle a nadie; las pistolas seguían poniéndome de los nervios; además, había una clara diferencia entre dispararle a un objeto inanimado y dispararle a una persona de carne y hueso. Aun así, el simple hecho de saber hacerlo me hacía sentir más segura. Como si controlase más la situación.

En un mundo donde existían organizaciones como La Hermandad, toda ventaja contaba.

Cuando terminamos la clase, fui a refrescarme en el baño y, a continuación, me reuní con Vuk en la sala de espera. Nos marchamos del campo de tiro juntos y caminamos al unísono.

—Ya te he dicho que podía disparar con tacones —fanfarroneé.

—Si te hubieses puesto otro calzado, igual le habrías dado al objetivo —contestó él.

Ahogué un grito y le di un manotazo en el brazo justo en el mismo instante en que nos detuvimos delante de un resplandeciente ascensor. Él sonrió y se le llenó la mirada de picardía.

A pesar de su absoluta falta de respeto hacia mi calzado, me encantaba esta parte bromista y desenfadada de Vuk. No sabía cuál era el problema ese que había tenido que gestionar en el trabajo, pero ahora ya no le veía los labios tan arrugados por culpa del estrés. No es que estuviese relajado del todo, pero su expresión era mucho menos tensa.

Me preguntaba si eso del «trabajo» había tenido que ver con La Hermandad. Como no quería preguntárselo y cargarme su buen humor, decidí no evidenciar mi curiosidad, de momento. Si él no estaba preocupado, yo tampoco.

En lugar de un botón, el ascensor tenía una plataforma biométrica sobre la cual Vuk colocó el pulgar. El aparato emitió un pitido y centellearon unas brillantes luces amarillas. Al cabo de dos segundos, las luces pasaron a un verde chillón y las puertas se abrieron.

¿Veis? Sacado de un *thriller* de espionaje.

—Qué sofisticado —dije al ver los relucientes espejos del ascensor y aquella afelpada alfombra.

No tenía muy claro dónde me llevaba, pero, por ahora, yo estaba encantada de seguirlo.

Las puertas se cerraron y Vuk presionó un botón para subir al cuarto piso.

—O sea, que es totalmente privado —señalé—. ¿No puede entrar nadie por error?

Vuk negó con la cabeza.

Yo seguía con la adrenalina a flor de piel tras aquella sesión en el campo de tiro y me acordé de cómo me había envuelto su calor corporal al tenerlo justo detrás. De su control, de su precisión, de su autoritario tono cuando me iba diciendo qué tenía que hacer y qué no.

Se me encendió la piel. Alargué el brazo y le di al botón de emergencia para detener el ascensor antes de que el pudor se adueñara de mí. El ascensor frenó en seco con un temblor sutil.

Vuk arqueó las cejas.

—Es que no nos hemos saludado como es debido —dije lamiéndome los labios. Tenía la garganta más seca que el papel de lija—. Es la primera vez que nos vemos desde que lo dejamos con Jordan. Ya no estoy prometida.

Fue como si acabase de tirar un fósforo encendido en una piscina llena de gasolina. Las chispas empezaron a arder en mitad de aquel

minúsculo ascensor y a Vuk se le ensombreció la mirada.

—No, ya no.

Si lo hubiese dicho otra persona, la susurrante suavidad de sus palabras habría hecho que saliera por patas. Sin embargo, en este caso, solo consiguieron avivar todavía más el fuego que ardía en mi interior.

Aun así, cuando él acortó la distancia entre los dos, yo di un paso hacia atrás en un acto reflejo. Me di contra la barandilla de madera y Vuk colocó ambas manos a mis laterales, acorralándome.

—Aquí no hay cámaras —musitó recorriéndome el mentón con los labios—. Puedo hacerte lo que me dé la gana... —Me mordisqueó el lóbulo de la oreja con la fuerza suficiente como para arrancarme un gemido—. Y nadie se enterará de nada.

Se me endurecieron los pezones y ni siquiera me molesté en contener otro gemido más cuando me coló la mano por debajo del vestido.

—Mejor —jadeé.

Vuk gruñó. Me acercó a él para besarme apasionadamente y yo le devolví el beso con fervor, clavándole los dedos en los hombros mientras él me levantaba y me sentaba en la barandilla.

No era lo suficientemente ancha como para que me pudiese quedar ahí sentada sin sujetarme, así que le envolví la cintura con las piernas a Vuk y me arqueé contra él a propósito. La gruesa y dura presión que sentía al notar su erección en mi clítoris me llevó a gemir de nuevo, con más ganas todavía.

Ya no teníamos el peso del compromiso acechándonos. Ya no había nada que nos impidiera darle y pedirle al otro todo cuanto quisiéramos, y joder si le tenía ganas. Tantas que a duras penas podía respirar.

El beso de Vuk fue todavía más insistente en cuanto me levantó el vestido hasta dejármelo encima de la cintura. El fresco aire me acarició la parte interna de los muslos. El contraste que suponía eso con su calor corporal hizo que la cabeza me diese vueltas.

Me paseó los dedos justo por el dobladillo de las bragas y los hundió bajo la delgada seda.

—Ya estás empapada. Tsss... —soltó como si mi descaro lo decepcionara—. Llevas soñando toda la semana con que te folle, ¿a que sí?

A cada minuto que pasaba, más chorreaba yo, pero no pude evitar ser un poco insolente y contestar:

—Toda la semana no. Me follaste el sábado.

Estábamos a viernes; solo habían pasado seis días.

Vuk rio con un sonido cargado de una oscura diversión.

—No, *srce*. Eso no fue follar. —Me quitó los dedos y, antes de que pudiese percatarme de lo que estaba ocurriendo, abofeteó mi sexo con la mano. El impactante contacto de su palma contra mi clítoris me arrancó un grito. Se me nubló la vista, la excitación fue a más y acabó de arruinarme las bragas, que ya estaban empapadas a más no poder—. Esto sí.

41

Vuk



El necesitado grito de Ayana me pudo. Tras darle aquella palmada en la vagina, chorreó. Yo ni siquiera me contuve y volví a agarrarle la ropa interior. Se la arranqué de golpe y tiré la tela, hecha jirones, al suelo.

Llevaba el día entero al límite. La semana entera, para ser sincero. El ataque contra Shepherd había monopolizado tanto mi tiempo como mi energía, de modo que me había pasado días sin ver a Ayana.

Había sobrevivido décadas sin ella pero, ahora que formaba parte de mi vida, no podía imaginarme el futuro sin su presencia.

Necesitaba verla.

Tocarla.

Saborearla.

Llenarme de ella hasta la saciedad; hasta tenerla grabada a fuego en el alma.

—Dime. —Le colé un dedo. Estaba tan húmeda que entró sin problema—. Mientras estabas prometida con Jordan, ¿lo besaste alguna vez?

A Ayana se le entrecortó la respiración. Empezó a menear las caderas en un intento por frotarse con mi mano sin caerse de aquella estrecha barandilla.

—¿En serio vas a preguntarme por otro tío ahora mismo?

Le hundí todavía más el dedo hasta llegar a un punto que le arrancó un grito ahogado.

—Contéstame —le exigí severo e inflexible.

Ayana me estaba dejando la mano empapada. Me moría de ganas de darle eso que tanto me suplicaba en silencio y que la tenía chorreando, pero me reprimí.

«Todavía no».

Tras años de desearla sin cesar, por fin era mía. Solo mía. Y pensaba saborear cada maldito segundo con ella.

—Sí. —Ayana tragó saliva—. Algunas veces.

Ejercí la suficiente presión con el pulgar en el clítoris como para arrancarle una sacudida involuntaria. Volvió a mover las caderas.

—¿Cuánto es «algunas veces»? —le pregunté con un lúgubre tono de voz.

—No... No lo sé.

Le quité el dedo y se le escapó otro lloriqueo desesperado.

—Haz memoria.

Le di otra palmada en el sexo con firmeza. Noté cómo le palpitaba el clítoris contra la palma de mi mano y el dulce y almizclado aroma de su excitación permeó el aire.

Joder, estaba empapada. La polla me latía de las ganas.

—Cuatro —sollozó—. Nos besamos cuatro veces.

—Bien. —Le aparté dulcemente un mechón de pelo que le caía por la cara y le acerqué la boca a la oreja—. Porque son las mismas veces que te follaré con rudeza en este ascensor, *srce*. Pienso hacer que te corras tanto que luego no te acordarás ni de cómo te llamas, y menos aún de las veces que hayas besado a otro hombre.

Tembló. Sus endurecidos pezones se marcaban bien bajo el vestido.

No llevaba sujetador.

Al darme cuenta de ello, un deseo feroz me bajó hasta la ingle. Tenía la polla tan empalmada que hasta me dolía y ya no pude aguantar más.

Con la rodilla, le separé todavía más las piernas a Ayana y saqué un condón del bolsillo. Solo llevaba uno encima, o sea, que tendría que echar mano de la creatividad para arrancarle esos cuatro orgasmos, pero estaba convencido de que algo se me ocurriría.

Cuando me lo hube colocado, no perdí tiempo y la penetré. Fui bajándole la cremallera del vestido hasta que la tela le quedó arrugada alrededor de la cintura y le dejó los pechos al descubierto. Agaché la cabeza y me deleité con sus pezones mientras la embestía con fuerza y me bebía el dulce sonido de sus gritos y gemidos.

En aquel ascensor solo se oían los obscenos y húmedos sonidos de la carne entrechocando. Solo existía eso. Estar con ella me tenía embelesado y la necesidad de conseguir que se olvidase de absolutamente todo lo que no fuese esto me poseyó. Quería que solo pudiese pensar en mí, al igual que yo solo podía pensar en ella.

Le envolví un pezón con los dientes y tiré de él. Ayana convulsionó alrededor de mi polla y ahogó un grito. Se la había hundido tanto que no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba ella y, aun así, seguía sin tener suficiente.

Levanté la cabeza y volví a besarla, disfrutando de su sabor. De su deseo. De su pasión.

No estaba acostumbrado a perder el control. Ya fuese en el trabajo o en el sexo, yo siempre mantenía las emociones muy a raya. Cuando se trataba de negociaciones de algún tipo, yo siempre tenía ventaja porque no me interesaba tanto como a la otra parte. Podía largarme fácilmente sin pensarlo dos veces siquiera.

Sin embargo, con Ayana no podía largarme ni queriendo. No había negociación alguna. Era mía y moriría antes que perderla.

—¡Vuk! —gritó, y me clavó los talones en la espalda. La lujuria la había vuelto tan salvaje como a mí, y me encantaba, joder. Verla en el campo de tiro fue lo más sexi que había presenciado en la vida, y no por las armas o por aquellos tacones que, aunque nada prácticos, hacían aumentar la libido, sino por su fuerza y resolución. Cuando Ayana quería algo, iba a por ello. Y cuando fracasaba, se levantaba y volvía a intentarlo.

No había nada más sexi en todo el mundo.

—Vuelve a decir mi nombre —gruñí.

—Vuk. —Ayana echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared. La respiración se le había vuelto superficial y el pecho se le agitaba al mismo ritmo—. Por favor.

—*Por favor*, ¿qué?

—Fóllame más duro, por favor. Quiero... Necesito... ¡¡¡Ah, Dios!!!

Su grito me atravesó entero cuando la embestí con una entrega feroz. Ayana estaba temblando y sus gritos se deshicieron hasta convertirse en un sollozo a la vez que me hundía la cara en el cuello y se dejaba llevar por la fuerza de aquel orgasmo.

—Cuenta. —Ralenticé el ritmo de mis empellones; no quería correrme demasiado pronto. Todavía teníamos que llegar a muchos orgasmos más—. Cuenta cuántas veces te corres por mí, *srce*.

—Una.

Cuando me retiré y la dejé en el suelo, gimoteó en señal de protesta.

—Échate hacia delante y agárrate a la barandilla —le ordené.

Obedeció sin titubear. Ante la sinuosa vista de tenerla abierta de piernas y empapada por mí, me volvió a palpitar la polla. El resultado de su primer orgasmo le resbalaba por los muslos. Tenía las bragas hechas jirones tiradas en el suelo y el vestido arrugado alrededor de la cintura, pero esas botas... Joder. Aquel brillante cuero negro se amoldaba a la perfección a las curvas de sus piernas y los tacones eran tan finos que hasta podrían matar a alguien.

La mujer más hermosa del mundo, agachada medio desnuda y con los zapatos más sexis que había visto en toda mi vida. Casi me corro ahí mismo.

Apreté los dientes y conté hasta tres. Una vez hube recuperado el control suficiente, volví a colocarle la punta de la polla en su hendidura.

—Te gusta que te lo haga duro, ¿eh? —Le apreté el culo con ambas manos.

Ayana asintió frenéticamente y temblando de ganas.

Le di justo lo que me estaba pidiendo. Me incliné y le agarré el cuello por delante con una mano, aprovechando que así podría follármela más deprisa, con más brusquedad y más hondo. Teníamos la piel empapada en sudor. El olor a sexo se había pegado a aquellas paredes aterciopeladas y convertía ese elegante ascensor en un altar de la depravación.

Ayana no tardó demasiado en volver a correrse. Arqueó la espalda, se le contrajo el sexo y me estrujó la polla en una búsqueda desesperada por más.

«Mierda». Cerré los ojos. El placer era tal que casi no podía soportarlo.

—Cuenta —le mandé.

El sonido de mi tirante voz consiguió hacerme recuperar algo parecido al control.

—Dos —sollozó.

Se la volví a sacar, giré a Ayana de nuevo y me arrodillé en el suelo. La lujuria me corría ávida por las venas. Como necesitaba más tiempo para relajarme, le arrebaté el tercer orgasmo de otra forma.

Empecé despacio, acariciándole su sensible clítoris con unos lengüetazos lentos y duraderos hasta que la agonía de su orgasmo amainó. Cuando se le relajó la respiración, intensifiqué mis esfuerzos, chupándoselo y succionándoselo con una intensidad inquebrantable hasta que la tuve retorciéndoseme en la cara.

Ayana me agarró el pelo por detrás y me empotró aún más la cara al cuerpo.

—¡Justo aquí! ¡Aquí! Ah, ¡joder!

Me coloqué una de sus piernas en el hombro para poder hundirme todavía más en ella. La penetré con la lengua y no tardé ni dos segundos en tener la boca inundada con sus dulces jugos.

Ayana sabía jodidamente bien y no pensaba desperdiciar ni una sola gota. La aguanté en esa misma posición con firmeza hasta que lo hube bebido absolutamente todo. Cuando por fin me levanté, tenía la cara centelleante a causa de la recompensa por mis esfuerzos y ella estaba casi deshilvanada.

—Tres —dijo con una voz ronca que me bajó directa a la ingle—. No puedo más —me suplicó cuando la levanté y le pasé las piernas alrededor de mi cintura—. Vu... Pfff —gruñó cuando se la fui metiendo despacio.

—Sí que puedes —respondí tranquilamente—. Puedes con todo, cariño. —Se la hundí aún más hondo, hasta el final—. Uno más. —Le di un dulce beso en los labios—. Hagámoslo bien.

Y lo hicimos.

Llegados a mi segundo empellón, Ayana ya se había olvidado de sus protestas y me estaba cabalgando con abandono. La sujeté mientras ella me iba montando la polla, exprimiendo hasta la última gota de placer de los dos hasta que yo ya no pude aguantar más.

Se me contrajeron los huevos y maldije algo en voz baja. Me recoloqué bien para poder bajar la mano y estimularle el clítoris. Le clavé el pulgar en aquella hinchada protuberancia, acercándola rápidamente al...

Ayana gritó por enésima vez en lo que iba de día. Cerré los ojos y vi las estrellas. Solté un fuerte gruñido que se mezcló con los sonidos de su éxtasis mientras los dos nos dejábamos llevar por el orgasmo, fundiendo nuestros cuerpos en un solo abrazo, temblando y bañados en sudor.

Mientras que el estallido fue de una agonía exquisita, nos recuperamos de aquel subidón de una forma dulce, casi placentera. Permanecimos abrazados al otro un buen rato más, hasta que hubimos recuperado la respiración; estábamos tan perdidos en nuestro propio mundo que éramos incapaces de separarnos.

—Cuatro —susurró Ayana.

—¿Cuatro qué? —le pregunté con los labios pegados al cuello.

—¿Qué?

—¿Qué estás contando, Ayana?

—No lo sé. —Sonaba aturdida—. Ahora mismo no estoy para pensar con claridad.

Su piel acalló el sonido de mi risa. Levanté la cabeza y la dejé delicadamente en el suelo, de pie.

—Venga, cariño. Vamos a limpiarte.

Tenía unas pintas desastrosas, pero seguía siendo tan hermosa que me quedé sin respiración.

Volví a activar el ascensor y recogí sus bragas, destrozadas, del suelo. Cuando llegamos a mi despacho, me ocupé de adecentarnos a los dos con una larga ducha caliente.

—Menos mal que existen los ascensores privados —dijo Ayana al terminar—. Y los baños privados. —Se dejó caer en la cama con un soñoliento suspiro. Mi albornoz le quedaba tan grande que parecía que estuviese nadando en él.

Sonreí.

—Lo que te decía: ser el presidente tiene sus ventajas.

El despacho que tenía en el Valhalla era, en realidad, un conjunto de salas que incluían un despacho como tal, una sala de estar, un baño privado e incluso una habitación con vistas a los jardines. A duras penas la utilizaba, pero hoy me había venido de perlas.

—Espero que no te importe, pero he enviado tu vestido a la tintorería mientras estabas, eh..., ocupada —señalé. Ayana se había quedado en el baño tras la ducha conjunta que nos habíamos pegado y se había pasado bastante rato ahí dentro para seguir su rutina de belleza posducha—. Lo tendrán listo en unas horas. Mientras tanto, puedes coger lo que quieras del vestidor.

No había terminado de pronunciar ni la última palabra cuando ella saltó de la cama y se fue directa al vestidor.

—¿Siempre tienes ropa de mujer en la oficina? —me vaciló. Abrió las puertas de par en par y se le iluminó la cara a más no poder al ver la de opciones que tenía ahí delante.

Gruñí.

—Son para ti. He llamado a la estilista del club y le he pedido que trajera algunas cosas mientras estabas en el baño.

—No hacía falta —dijo perdiéndose por el vestidor y dejando que las capas de seda y cachemir le acallasen la voz. Reapareció al cabo de un minuto con los ojos como platos y un vestido de seda dorado en las manos—. Vuk. Este vestido vale diez mil dólares.

—Ya. —Como siguió mirándome boquiabierta, arrugué la frente y pregunté—: ¿Demasiado barato?

—Demasiado caro. —Acarició la tela con los dedos—. Este diseñador solo hace diez ejemplares de cada prenda. No es algo que te pongas mientras esperas a que te traigan la ropa de la tintorería.

Hacer diez ejemplares de cada prenda me parecía una pésima decisión empresarial, pero eso me lo callé.

—Solo es un vestido, *srce* —contesté divertido—. Si no te gusta, llamaré a alguien para que nos traiga más cosas.

—No. —Ayana se acercó el vestido al pecho—. Es perfecto. Ni se te ocurra quitármelo.

—La supermodelo eres tú. Pensaba que estarías acostumbrada a vestidos de diez mil dólares —la vacilé.

—Oye, esas cosas son para las pasarelas. Me encanta la ropa buena, pero no voy por ahí vestida con piezas de alta costura a diario. Sería como pedir a gritos que me robaran. —Se quitó el albornoz y se puso el vestido. Le quedaba como un guante.

—Como alguien intente robarte, pégale un tiro —señalé—. Pero procura darle a la persona correcta, no a algún inocente que merodee por ahí.

Me fulminó con la mirada, juguetona, y yo reí. Me tiró un trozo de papel arrugado y lo pillé como si nada con una mano.

—¿Qué haces el viernes que viene? —quise saber.

—Es el cumpleaños de Maya y ha organizado un fiestón para celebrarlo. —Se me acercó y se sentó a mi lado, en la cama—. Tú también estás invitado. Deberías venir.

La única Maya a quien conocía yo era Maya Singh. Me caía bastante bien, pero detestaba las fiestas de cumpleaños.

Solté un ruido, indeciso.

—Ya veré.

—¿Por qué? ¿Qué pasa el viernes que viene? —se interesó ella.

—Pensaba compensarte lo de Washington D. C., pero podemos aplazarlo al siguiente viernes.

—Ah. —Noté cómo se sonrojaba—. Pensaba que lo del ascensor ya era eso.

—Me gusta disculparme como es debido.

Se le dibujó una sonrisa ruborizada. No había pensado en recurrir al sexo para mi disculpa «oficial» (aunque tampoco me opondría a la idea, por supuestísimo); sin embargo, alguien llamó a la puerta del despacho e interrumpió nuestra conversación antes de que pudiese aclararle nada.

Me llegó una notificación al móvil para recordarme que tenía una reunión. Mierda. Se me había olvidado por completo.

—Perdona. Tengo que asistir a una reunión, pero no durará mucho. Tú, como si estuvieras en casa —le dije—. Enseguida vuelvo.

—No te preocupes —me tranquilizó Ayana—. Me mantendré ocupada.

Salí de la habitación y cerré la puerta tras de mí. Dominic Davenport entró decidido justo cuando yo me dejaba caer en la butaca que quedaba detrás de mi escritorio.

—Querías verme —señaló con expresión serena mientras se sentaba frente a mí y se recostaba en la silla.

Con aquel traje hecho a medida y esa corbata perfectamente anudada, Dominic era la mismísima imagen de un coloso de Wall Street.

Además, tampoco era partidario de las charlas triviales. Cosa que a mí me gustaba.

Le escribí mi respuesta en un papel:

Necesito que me rastrees una ruta de dinero.

Shepherd estaba muerto y Roman había echado las culpas de la explosión de su guarida al otro bando. Ahora estaba unificando a los seguidores de Shepherd bajo su propio liderazgo. Todo iba según lo previsto, pero aún había algo que me inquietaba.

Dexter no había entrado en demasiados detalles al hablarme de la fuente de financiación de La Hermandad. Sin embargo, yo quería saber quién le pasaba el dinero a la organización cuando no aceptaban nuevos encargos.

Roman se encabronaría como se enterase de que había metido a su hermano en todo este lío pero, dentro del mundo financiero, no había nadie más poderoso ni con mejores recursos que Dominic.

Le centelleó la mirada.

—Quieres un favor.

Yo casi nunca pedía favores. Odiaba deberle algo a los demás; aun así, había ocasiones en las que no quedaba otra.

Asentí.

Él sonrió.

—Hecho.

42

Ayana



Tal y como había esperado, Maya no escatimó en nada para la gala de su cumpleaños. La celebró en un local para acontecimientos privados que había en el centro de la ciudad y la temática giraba alrededor de los siete pecados capitales. En la fiesta, había zonas dedicadas a cada uno de los pecados, incluidos un espléndido bufé para la gula, unas llamativas actuaciones de cabaret para la lujuria y unos masajes y tratamientos faciales personalizados para la desidia.

Había convencido a Vuk para que hiciese su pertinente aparición. Aun así, habíamos venido por separado porque yo había quedado antes con Maya para prepararnos.

VUK
Estoy de camino. Enseguida llego.

VUK
Me muero de ganas de verte.

Acompañó el último mensaje con el meme de un gato entusiasmado. Se me escapó una risita y le respondí con otro meme parecido a un minion.

Jamás pensé que llegaría el día en que intercambiara memes de este tipo con Vuk Markovic, pero aquí estábamos. La broma empezó después de que yo me marchase del Club Valhalla el viernes pasado. Le envié un empalagoso y estúpido meme de agradecimiento (por haberme enseñado a disparar, que no por aquella sesión de sexo descabellada) y él me sorprendió respondiendo con otro. Desde entonces, había sido un no parar de imágenes, *gifs* y algún que otro vídeo de redes sociales.

Estaba convencida de que Vuk lo hacía para complacerme, porque me apostaba toda mi colección de zapatos y perfumes a que él no era el típico tío al que le gustan los memes. Sin embargo, eso no hacía sino darle un toque aún más encantador.

Cuando levanté la vista del móvil y vi que Maya venía decidida hacia mí, copa de champán en mano, yo seguía sonriendo. Nos habíamos separado al llegar porque ella tenía que darle la bienvenida a un montón de personas; no obstante, cuando se me acercó, parecía agotada.

—Rescátame, por favor —me dijo—. Mi madre me ha concertado una cita A CIEGAS. ¿A ti te parece normal? El tío lleva veinte minutos intentando bailar conmigo; no puedo más.

Seguí su mueca, poco discreta, hacia un atractivo hombre que llevaba la barba recortada y que la estaba mirando embelesado.

Reí.

—Oye, es guapo y parece que le gustas. Peores cosas hay en el mundo.

—No tiene personalidad. No, gracias. Además, es mi cumpleaños. Quiero pasármelo bien, no atarme a alguien. Mírame. —Maya se

señaló el *outfit*. Se había puesto un espectacular vestido de gala naranja cuya falda caía hasta el suelo y que le quedaba genial con su terroso tono de piel, se había recogido su gruesa melena negra en un elaborado moño y había complementado el atuendo con un par de diamantes sensacionales que le llegaban a los hombros—. No me he vestido así para una cita a ciegas.

—Cierto —reconocí.

—En fin, olvidémonos del tema. ¿Te lo estás pasando bien? ¿Dónde está Vuk?

Las noticias de mi «ruptura» con Jordan se habían ido esparciendo a lo largo del fin de semana pasado, más o menos cuando le conté a Maya lo de mi relación con Vuk. Jordan y yo ya habíamos hecho público un comunicado conjunto, no sin previa supervisión tanto de su equipo de relaciones públicas como del mío.

Cancelar los planes de la boda fue fácil; ocuparse de lo que vino después fue más complicado, sobre todo porque había quien ya me había visto con el padrino de mi exprometido antes de que nuestra ruptura se hiciera oficial. Por no hablar de la ofensiva en la boda y de que Jordan había estado en coma y de que todo era un escándalo tremendo. Maya se lo tomó con filosofía, pero se rumoreaba de todo por la ciudad.

A mí me daba igual. Por fin era feliz y no pensaba dejar que los cuchicheos de algunos lo estropearan.

—Está llegando —respondí—. Menuda fiesta. He visto a Indira y a Riley K. en la barra, tomándose unos chupitos con Asher Donovan y su novia.

Juro que a nuestro alrededor se congregaba la mitad de la alta sociedad de Manhattan, Hollywood y Londres.

—Ah, sí, puede ser. —Maya sonrió de oreja a oreja—. Por cierto, ¿sabes que esos pendientes te quedan de es-cán-da-lo? ¿De dónde

narices los has sacado?

—Gracias. Diría que de tu armario.

—Sí, ¿eh? —Le dio un sorbo a la bebida—. Guau, qué buen gusto tengo.

Nos echamos a reír. Había estrechado más lazos con ella en las últimas seis semanas que con otras personas a quienes conocía desde hacía seis años. La amistad no siempre tiene que ver con el tiempo que hace que conoces a alguien. Cuando dos personas encajan, encajan. Fin de la historia.

Aunque era cierto: aquellos pendientes de diamantes y esmeraldas que me había prestado eran de escándalo. En relación con la temática de la noche, yo me había decantado por el pecado de la envidia y había optado por un vestido de noche satinado de color esmeralda con un corte en la falda que me llegaba hasta el muslo y unos tacones dorados exquisitos. Los pendientes quedaban de muerte con el conjunto en cuestión.

—Sebastian —dijo con un tono de voz gélido.

El multimillonario francés se nos acercó con el atractivo y el mismo aspecto impecable de siempre.

—Maya —la saludó arrastrando las palabras y con una sonrisa socarrona en los labios—. Me sorprende que este año hayas tenido tiempo de organizar una fiesta de cumpleaños. ¿No tienes que ocuparte de todo un departamento de *marketing*?

—Hemos aumentado el margen de beneficios en un treinta por ciento a lo largo del último trimestre. ¿Qué has hecho tú? —Maya arqueó una de sus cejas perfectamente peinadas—. ¿Abrir otro de tus aburridos y desalmados restaurantes como siempre e irritar a todo aquel que trabaje contigo?

—Esos «aburridos y desalmados restaurantes» me han ayudado a conseguir más estrellas Michelin que éxito has tenido tú con tu

última línea de productos; entiendo que pueda molestarte. —Sebastian paseó la vista por la fiesta—. Los siete pecados capitales. Qué tierno.

—Serás...

—Ayana, me alegro de verte —la interrumpió él, mirándome—. Estás muy guapa —dijo con un tono de voz que parecía honesto.

—Gracias —respondí sin saber muy bien si mantener los buenos modales o si serle leal a mi amiga. Al final, opté por un híbrido—. ¿De qué pecado vas tú?

Gran parte de los invitados se había vestido acorde con uno de esos siete pecados. Sebastian iba con una camisa blanca, unos pantalones color gris oscuro y tirantes. Llevaba el botón del cuello de la camisa sin abrochar, lo cual le daba un toque todavía más desenfadado. Yo solo había visto a dos personas en toda la vida a quienes les quedasen bien los tirantes: él y Kai Young.

—De ninguno. Yo no soy pecaminoso. —Sonrió con picardía y, cuando desvió la vista hacia Maya, la sonrisa se le volvió más afilada aún—. Por desgracia, no me entusiasman las fiestas temáticas. Me parecen un poco horteras, pero si alguien es capaz de aventurarse para intentar que tengan más clase, esa eres tú, Secu. —Levantó la copa en una especie de brindis burlón y apartó la vista de Maya para reposarla en alguien que había en la barra—. Ah, mira, Kai. Justo a tiempo. Tenemos que hablar de mi próximo artículo de portada para *Gourmand*. Pasadlo bien. Ah, y feliz cumpleaños.

Se alejó y dejó atrás a una Maya iracunda. Tanto que juro que incluso vi cómo le salía humo de las orejas.

—Respira. —Le coloqué las manos en los hombros—. No puedes asesinar a un invitado en tu propia fiesta de cumpleaños.

—Eso crees tú —gruñó—. Debería haber elegido una temática de misterio y asesinato y que el cadáver fuese él. Lo habría apuñalado

con un cuchillo de carnicero y le habría dado más realismo a todo. A ver si así todavía le parecerían horteras estas fiestas.

—Vale. Basta de champán para ti. No necesitamos que el alcohol incremente tus fantasías violentas. —Le quité aquella fina copa de la mano y la dejé en una mesa que había cerca—. Además, ¿qué ha sido todo eso? ¿Por qué te ha llamado Secu?

Yo misma había interactuado con Sebastian en distintas ocasiones, aunque brevemente. Siempre se había mostrado encantador y amable, por eso me había quedado helada al verlo a él y a Maya lanzándose pullitas mutuamente. Fue como si, al estar cerca del otro, ambos se convirtiesen en personas distintas.

—Nada. Solo estaba siendo un cabrón competitivo. —Su bonito rostro se arrugó en una mueca—. Lleva así desde que éramos adolescentes.

—¿Ibais juntos a clase?

—Sí. Fuimos al mismo internado en Suiza.

Cómo no.

—Secu es la abreviación de *secundona*. —Maya arrugó más la frente todavía—. Me dio una intoxicación alimentaria justo antes del examen final de Química y lo pasé fatal. A duras penas pude concentrarme. Acabé sacando un ochenta y nueve y eso me hizo bajar toda la media. El muy rata ese me robó tener la mejor nota de la clase durante el último año de instituto por veinticinco centésimas y lleva toda la vida restregándomelo.

—Ah. —Hacía trece años del tema, lo cual me parecía muchísimo como para que siguiera guardándole tanto rencor, pero supongo que a mí también me molestaría que alguien no parase de restregarme por la cara que había fracasado. Ser la segunda mejor nota de la clase no era fracasar, pero para Maya sí.

—Si lo he invitado a la fiesta ha sido solo porque quería que viese con sus propios ojos lo que había montado. Que no te engañe: solo le molesta que no se le ocurriese a él antes esta temática para una fiesta —señaló Maya—. Su último sarao fue una macrofiesta en Mónaco. Ya ves tú qué original...

—Cero original —respondí guardándole lealtad a mi amiga.

—Exacto. —Suspiró—. Siento soltarte todo esto. Tendrías que estar pasándotelo bien, no escuchando cómo me quejo.

—No me importa. —Era bastante entretenido, aunque eso no se lo diría jamás.

Sabía por experiencia que la gente que se iba chinchando sin parar acababa enamorándose, y sospechaba que Maya y Sebastian encajaban en esa categoría, pero apreciaba lo bastante mi vida como para soltar semejante comentario en voz alta.

—Gracias. —Maya dibujó una sonrisa y se le relajó la expresión—. Tengo que volver a ver cómo están los invitados o mis padres me echarán la bronca por ser «una mala anfitriona». ¿Hablamos luego?

—Claro.

Se marchó. Vuk no había llegado todavía y estaba planteándome ir a echarle una ojeada a la sala de masajes justo cuando alguien me llamó.

—Ayana.

Una ráfaga de frío me recorrió la espalda.

—Emmanuelle.

La presidenta de la agencia echó a andar decidida hacia mí y yo mantuve una expresión neutral. Era la mujer de rojo. Vestido rojo, pintalabios rojo y zapatos rojos.

—No sabía que fueras amiga de Maya Singh —comentó.

Dibujé una prieta sonrisa por toda respuesta. Era la primera vez que hablábamos desde aquella llamada telefónica y yo estaba casi

segura de que Emmanuelle tenía pensado clavarme el tacón en el ojo.

—Detesto tener que hablar de negocios en una fiesta tan bonita como esta, pero quería comentarte algunas cosillas. —Tanto su sonrisa como la mía estaban desprovistas de humor alguno—. Y, como te he visto, he pensado que sería mejor hablarlo cara a cara que por teléfono.

—No voy a aceptar más encargos hasta pasadas las fiestas —señalé.

La agencia todavía me debía el trabajo que había hecho y, a pesar de que echaba de menos estar delante de una cámara, necesitaba un parón; tanto física como mentalmente. Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina; me parecía razonable esperar y empezar de cero con el nuevo año.

A pesar de mis protestas, Jordan me había pagado el tiempo que había destinado a fingir ser su prometida. No eran cinco millones de dólares, pero sí el dinero suficiente como para tener una discreta red de seguridad en el caso de que me fuera de Beaumont y estos me montaran un pollo. También me daba para cubrir gastos legales. Ya había pedido cita con mi abogado para hablar de cuáles eran los siguientes pasos para rescindir dicho contrato.

Aún no le había contado nada de esto a Vuk. Primero quería arreglarlo por mi cuenta. No podía depender constantemente de los demás para que me sacaran las castañas del fuego.

—No quería hablar de esto —contestó Emmanuelle—. Tenías razón. No estuvo bien que tardáramos tanto en pagarte lo que te debíamos. Si te metes en tu cuenta bancaria, verás que te hemos pagado la totalidad al completo esta misma noche.

Me balanceé y apoyé todo el peso en los talones. De todo lo que esperaba que fuera a decirme, «tenías razón» era lo último de lo

último. Emmanuelle nunca reconocía sus fallos, motivo por el cual digerí su media disculpa con una saludable dosis de recelo. A saber qué as se estaría guardando bajo la manga.

—Lo digo en serio —insistió ella, señalándome el móvil—. Mira tu cuenta, Ayana.

Lo hice. Ahí estaban. Absolutamente todos los pagos que me debían del último año; menos los honorarios de la agencia, claro.

—Gracias.

Seguí sin bajar la guardia todavía. Ahí había gato encerrado. Segurísimo.

—De nada. —Emmanuelle se terminó la bebida—. Ahora que ya hemos resuelto esto, damos por terminada nuestra relación laboral. Quedas oficialmente despedida de la agencia. —Me soltó aquella bomba con la misma naturalidad con la que alguien soltaría que se va a comer.

La música siguió oyéndose a nuestro alrededor. Me la quedé mirando boquiabierta y sentí que me daba un vuelco el estómago. Seguro que lo había oído mal.

—¿Perdón? ¿Y eso por qué?

Quería largarme de Beaumont, o sea, que podría no estar tan mal. Sin embargo, que Emmanuelle me hubiese soltado aquello en plena fiesta de cumpleaños de Maya y sin previo aviso me había dejado tan estupefacta que no supe ni qué responder.

Hank me había enviado una oferta para una sesión de fotos hacía solo unos días. Que sí, que la había rechazado, pero ¿por qué iba a ofrecerme nada si la agencia tenía previsto echarme?

—Por falta de profesionalidad e intimidar a un miembro de nuestro equipo —respondió sin pestañear siquiera.

Me quedé todavía más boquiabierta.

—¡Yo no he hecho nada de eso!

—¿Que no? ¿Te acuerdas de la última vez que hablamos por teléfono? Lo de los pagos era cierto, pero te dirigiste a mí, a la pre-si-den-ta y fundadora de la agencia, de una forma para nada profesional. Y en cuanto a lo de intimidar a alguien del equipo, Hank me contó lo que hizo tu nuevo novio. —A Emmanuelle le centelleó la mirada—. Vuk Markovic entró iracundo en su apartamento y lo asaltó por ti. Lo amenazó con llevar los daños físicos más allá como Hank no priorizara las sesiones de fotos de mayor caché y te las diera en lugar de dárselas a otros clientes. Las grabaciones de las cámaras de seguridad de su edificio lo corroborarán.

Empezaron a pitarme los oídos.

—Vuk jamás haría algo así.

Vale, lo de amenazarlo tal vez sí. Ahora bien, ¿exigirle a Hank que priorizase un tipo de sesiones antes que otras para dármelas a mí? Ni de broma. Y menos cuando sabía que a mí Hank ni siquiera me caía bien y que quería largarme de Beaumont.

—Hmmm. Puede que no. ¿Quién sabe? Es nuestra palabra contra la vuestra. —Se encogió de hombros—. Prepárate para recibir una demanda el lunes. Disfruta de lo que has ganado hasta la fecha, Ayana. Cuando vaya corriendo el boca a boca y el resto de la industria se entere de cómo has hecho las cosas, dudo que vayan a contratarte para más sesiones, a no ser que sea para una campaña local de prevención contra ETS. —Levantó la copa—. Salud.

Emmanuelle se marchó sin más y yo permanecí con los pies anclados en el suelo. ¿Una demanda? ¿Estaba de broma?

«Cuidado con lo que deseas». Eso solía decirlo siempre mi madre, y tenía razón.

Detestaba Beaumont, pero me apasionaba ser modelo. La belleza del movimiento, la expresión como forma de arte... Me sentía como

pez en el agua delante de las cámaras y se me daba la mar de bien caminar por una pasarela.

Había alcanzado el éxito, pero ni siquiera las mejores modelos del mercado eran inmunes a las difamaciones y a que los más poderosos de la industria les hicieran cruz y raya. Esto era todo una cuestión de política y a mí se me daban fatal estas cosas. Si mi carrera como modelo había llegado a su fin, ¿qué haría a partir de ahora?

Se me revolvieron las tripas.

Alguien me tocó el hombro. Me giré de inmediato y aquella repentina sensación de querer desaparecer se evaporó en cuanto vi a Vuk preocupado y con la frente arrugada.

—¿Qué pasa?

—Emmanuelle está aquí. Hemos hablado y me... me ha despedido. —Le resumí el resto de la conversación y vi que a Vuk se le iba ensombreciendo cada vez más y más la expresión hasta que su rostro adoptó el mismo tono que el de las nubes de tormenta cuando está a punto de caer un buen chaparrón—. Eso que ha dicho de Hank, ¿es verdad?

No me creía ni una palabra que saliese de la boca de Emmanuelle, pero tenía que asegurarme de ello.

—No le dije que hiciera nada por favoritismos. Le hice una advertencia por cómo se había presentado en tu apartamento sin avisar ese día. —A Vuk se le tensó la mandíbula a más no poder—. *Las razones que te ha dado para denunciarte son una gilipollez. Mis abogados se los comerán vivos en segundos, sobre todo porque tenemos pruebas de que Hank estaba controlándote en secreto.*

—No es una cuestión de si tienen unas bases legales sólidas o no para denunciarme —señalé—. Es por una cuestión de imagen. A

Emmanuelle le da igual ganar o perder el pleito. Lo único que le interesa es mancharme el nombre y cargarse mi carrera.

Podíamos tomar de ejemplo a un sinfín de mujeres famosas cuya reputación se habían cargado varias campañas difamatorias. Aunque dichas mujeres no hubiesen hecho nada malo, la idea de pensar que sí era suficiente para que los demás se te pusieran en contra.

¿Y por qué estaba haciendo todo esto Emmanuelle? ¿Porque le había llevado la contraria? ¿Porque le había pedido que me diese aquello que era legítimamente mío?

Una llamarada de fuego se llevó las náuseas por delante. Dejando de lado lo que yo sintiera a nivel personal hacia Beaumont, con ellos me había mostrado siempre profesional. Era la modelo que más ganancias generaba a la agencia y nunca jamás había hablado mal ni de ellos ni de las demás modelos. Y ahora iba Emmanuelle y trataba de arruinarme porque le había herido el ego. ¿Quién cojones se creía que era?

—Tengo que hablar con Sloane. Está por aquí, en alguna parte —anuncié mientras iban girando las tuercas de mi cabeza—. Emmanuelle ha dicho que la demanda me llegará el lunes. Tenemos que adelantarnos a los acontecimientos. Y también tendré que hablar con mi contable y contratar a...

—*Ayana.* —Vuk volvió a colocarme una mano en el hombro—. *Respira. Lo solucionaremos. La cabrona de Emmanuelle Beaumont no va a cargarse tu carrera. Antes muerto que dejar que se salga con la suya.*

Unas motas de emoción atravesaron el pánico que sentía.

Lo solucionaremos. No yo. Los dos.

De nuevo, me sorprendió aquella extraña sensación de tener a alguien a mi lado, luchando codo con codo. Alguien que me

protegería o que lucharía conmigo, según se viera. No iba a afrontar esto sola y me bastó con saber eso para calmar mi respiración.

Puede que no quisiera que otras personas libraran mis batallas por mí, pero tampoco era tan ingenua como para pensar que podría enfrentarme a Beaumont sin la ayuda de Vuk.

—Gracias. —Tragué saliva—. Siento haberte soltado las malas noticias en cuanto has cruzado la puerta. Las fiestas suelen ser más divertidas. Te lo prometo.

—*Lo dudo.* —Vuk paseó la vista por la actuación de cabaret y dibujó una mueca con los labios—. *Para mí, hablar contigo, incluso aunque no sea de algo positivo, es lo mejor de esta fiesta. En serio.*

Reí. Pasé de las miradas que nos estaban lanzando otros asistentes y entrelacé los dedos con los suyos, dispuesta a hacer que Vuk se lo pasara bien a pesar del nubarrón relacionado con las noticias de Beaumont que se cernía sobre nuestras cabezas.

Tiré de él hacia la barra y la presión que notaba antes en el pecho se fue disipando a cada paso que daba. Vuk tenía razón. Lo solucionaríamos.

Si estábamos juntos, podríamos con todo.

43

Vuk



Emmanuelle tenía unos ovarios descomunales.

Era sábado por la tarde, el día después de la fiesta de cumpleaños de Maya, y yo seguía furioso por la osadía que había tenido la agencia no solo de echar a Ayana sin previo aviso, sino de hacerlo además en medio de uno de los mayores acontecimientos sociales de la temporada.

Daba igual que Ayana tuviese pensado largarse de Beaumont de todas formas. Era una cuestión de principios.

Cuando hubiese acabado con Emmanuelle, tendría suerte de seguir teniendo una tarjeta de visita, por no hablar de una próspera agencia.

Jamás pensé que fuese a ser lo suficientemente atrevida o estúpida como para ir a por mí, pero la mujer tenía que saber que

estaba haciendo justamente lo mismo si decidía ir a por Ayana. Sin embargo, había sido lista al formular sus acusaciones. Eso había que reconocérselo. Al acusarme a mí de haber «intimidado» a Hank para defender a Ayana, básicamente me había atado de manos y pies. Así, yo no podría hacer nada que saliera de los confines legales de todo esto sin reforzar sus alegaciones.

Tuve que echar mano de todas mis fuerzas para no ir a por Hank y ocuparme de él personalmente, pero eso sería meterme de cabeza en la boca del lobo. Así pues, dejé que Sloane y mis abogados tomaran cartas en el asunto. De momento.

Por ahora, tenía otro problema que resolver.

—Me dijiste que podrías ocuparte del otro bando cuando nos hubiésemos deshecho de Shepherd. —Miré con frialdad al hombre que había sentado en el otro lado de la mesa—. ¿Y ahora vienes y vuelves a pedirme ayuda?

—Dije que *tal vez* podría ocuparme de ellos —me corrigió Roman —. Han demostrado ser más resilientes de lo que creía. Además, la muerte de Shepherd ha tenido... repercusiones. Es complicado.

Volvíamos a estar reunidos en el almacén de Brooklyn. No me preocupaba que Roman supiese dónde se encontraba el local porque aquí dentro no teníamos nada de valor; no era más que un espacio privado donde podía encargarme de asuntos extraoficiales.

Aun así, Roman seguía negándose a decirme quién era el líder del otro bando porque, según él, tampoco tenía por qué darme todos los detalles hasta que obtuviera lo que quería. Pero yo ya estaba harto de aquellas explicaciones tan genéricas.

Yo me había cargado a Shepherd y había cumplido con mi parte del trato. ¿Y ahora quería que invirtiera personal y recursos en cargarnos también al líder del otro bando?

—¿Sabes una cosa? —dije con un tono de voz más bajo; letal—. Si no fuera porque estoy seguro de que es imposible, diría que estás dándome largas.

—Tú piensa lo que quieras, pero no vivirás en paz hasta que sea yo quien esté al mando de La Hermandad, cosa que no pasará hasta que la persona que lidera el otro bando haya muerto. Además, tengo que ocuparme de... otras cuestiones que no tienen que ver con la organización.

Roman apretó la mandíbula. A juzgar por su atormentada expresión, supuse que se refería a ese «ellos» a los que había hecho referencia en la nota esa que me dejó hacía ya un siglo. Me había contado que se trataba de alguien con quien se había topado mientras estaba escondiéndose de La Hermandad.

Me daba igual. Su pasado no era asunto mío; su capacidad para contener a La Hermandad, en cambio, sí.

—Desde que Shepherd murió, el otro bando ha ido operando en secreto, pero siguen yendo a por ti —señaló Roman—. Si aún no han hecho nada ha sido porque están esperando a que la gente se olvide de lo ocurrido en la boda. Pero, a no ser que quieras alargar esto semanas o incluso meses, te aconsejo que encuentres la forma de hacer que dejen de esconderse para que podamos cargárnoslos a nuestra manera.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos?

—Con un cebo.

Se hizo el silencio. ¿Cómo podíamos...?

NO. Entré en tensión. No podía ser que Roman fuese tan tonto como para sugerir lo que creía que me estaba sugiriendo.

Las palabras que pronunció a continuación demostraron que, efectivamente, sí era así de tonto.

—No podemos utilizarte a ti porque estúpidos no son. No irán directamente a por ti sin haberlo pensado bien antes y no nos interesa que lo piensen bien. Queremos que actúen de forma descuidada. Pero la gente cercana a ti... Ya es otro tema. —Repiqueteó en la mesa con los nudillos—. Ahora que tu relación con Ayana ya es de dominio público, saben que te importa; además, es modelo. No se les ocurriría jamás que la chica fuese a...

Roman calló de inmediato nada más oír el clic de una pistola.

Entre que había pronunciado su nombre y ahora, yo me había levantado en el acto y me había inclinado sobre la mesa.

Ejercí presión con la punta de aquella Glock en su barbilla, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Como te acerques a Ayana o la metas en esto de alguna forma —le advertí con un tono de voz tan bajo y pausado que incluso se fueron viendo las nubes que formaba mi aliento en el aire—, haré que desees que te hubiese volado la cabeza.

Lo que le había hecho a Dexter no sería nada en comparación con lo que le haría a cualquiera que pusiese a Ayana en peligro a conciencia.

A Roman le centellearon los ojos, retándome.

—A esto me refiero precisamente —soltó con escarnio—. Al sentimentalismo. A las reacciones emocionales. Así solo conseguirás que te maten; y lo que es peor: que me maten también a mí. Esa chica te está nublando el puto juicio, Markovic. Amenázame tanto como quieras, pero mi plan tiene lógica y lo sabes.

Apreté los dientes.

Era cierto: lo que sentía por Ayana me estaba nublando el juicio. Incluso mientras planeaba cómo atacar a Shepherd no paraba de pensar en las ganas que tenía de quitármelo de encima para poder pasar más tiempo con ella.

Pero me daba igual que Ayana fuese una distracción. Era MI distracción; la única que quería. Roman podía soltar tanta mierda como quisiera; no íbamos a utilizarla a ella de cebo. Nunca jamás le pediría a Ayana que se pusiera en una situación de peligro por mí.

—Si no quieres meterla a ella en todo esto, de acuerdo. Pero piénsalo —prosiguió Roman arrastrando las palabras y sin inmutarse ante la pistola con la que lo estaba apuntando—. ¿Estás dispuesto a arruinarte la vida por una relación que no durará? Porque no te engañes: no durará. Verás cuando Ayana descubra quién eres realmente.

Agarré el arma con más fuerza todavía.

—Ya lo sabe.

—¿Tú crees? —me preguntó con un tono burlón—. ¿Sabe lo que le hiciste a Dexter? ¿Y lo que les hiciste a los líderes de La Hermandad hace años? Estoy hablando de detalles escabrosos, Markovic. Puede que sepa que formaste parte de la organización y que cometiste ilegalidades en su día, o incluso ahora, pero ¿en serio es del todo consciente de lo que eres capaz? Porque hay un salto abismal entre lo «ilegal» y el hecho de descuartizar a un tío en mil pedazos, por más que se lo tuviera merecido. La mayoría de la gente vería eso último como... desmesurado.

Se me heló el estómago. Parecía que toda la sangre del cuerpo me hubiese subido a los oídos, convirtiendo el vaivén del líquido en un ruido nauseabundo de fondo ante la brutal certeza que escondían las palabras de Roman. Me había arrancado mis peores miedos del escondite de la memoria donde habitaban y había convertido unas pesadillas intangibles en palabras concretas.

¿Seguiría Ayana estando conmigo si descubriera de lo que era realmente capaz? Sentí una fría aunque sutil ráfaga de viento en la nuca al imaginarme la respuesta.

No quería llegar a saberlo nunca.

—Como te decía... —Roman echó la silla hacia atrás y se levantó, haciendo caso omiso de mis amenazas—. Tú piénsalo.

Se marchó y me dejó solo, en medio del silencio.

44

Ayana



Cuando estaba estresada, tejía.

Desde el viernes pasado, había terminado un par de manoplas, un sombrero y ya llevaba media manta, lo cual era una cantidad extraordinaria de cosas, teniendo en cuenta que seguía siendo una costurera novel y que solo había pasado una semana.

La demanda me llegó de forma oficial el lunes y los últimos días se habían resumido en un sinfín de llamadas, reuniones y sesiones con Sloane y los abogados de Vuk (que no los míos) para pensar cómo afrontábamos el tema. En el sector, la gente no paraba de comentar y, a pesar de que la noticia todavía no se había convertido en un bombazo como para llegarle a todo el mundo, los *blogs* de cotilleo de la industria de la moda estaban salivando, ávidos de detalles. Sloane me había insistido para que me borrase las *apps* de redes sociales del móvil y no entrase en internet.

La expectación general ante lo que pudiera suceder era enorme. Los abogados estaban de acuerdo en que aquellos cargos eran una estupidez, cosa que ya sabíamos. Emmanuelle simplemente quería *generar* duda*s* al público y convertir mi nombre en sinónimo de escándalo y falta de profesionalidad, a pesar de que nada de eso fuese cierto. Sloane también estaba de acuerdo con ellos y estaba ocupándose de todo.

Confiaba en ella. Sin embargo, como necesitaba distraerme de alguna forma, me puse a tejer y convencí a Vuk para que me diese una segunda clase para aprender a disparar mejor. Por lo visto, imaginarme que tenía a Emmanuelle delante me vino de maravilla, porque fingí que el blanco era ella y le di justo en la cara. Fue sumamente gratificante.

Aun así, la distracción que más ansiaba era la de esta noche. Se suponía que, hoy, Vuk me compensaría oficialmente por el hecho de haberme dejado en Washington D. C. Me podía la curiosidad.

—*¿Tú vas siempre con tacones?* —me preguntó Vuk mientras Sean conducía por la ciudad en un deportivo blindado.

Ir en un coche blindado me parecía pasarse tres pueblos, pero la experta en seguridad no era yo.

No volvió a mencionar nada de La Hermandad desde la ofensiva de la boda y yo estaba cada vez más convencida de que si se había marchado de Washington había sido para ocuparse de ese asunto sin contármelo. De todos modos, Vuk estaba aquí y estaba vivo; esa era una buena señal, ¿no?

—Casi siempre —respondí—. ¿Es una queja?

Crucé las piernas a propósito para dejar mis curvas a la vista. Cuando vi cómo le ardía la mirada a Vuk, contuve las ganas de sonreír.

Me había dicho que me pusiera ropa informal y eso había hecho. Llevaba un jersey de cachemir y unos pantalones entallados. Pues eso: informal. Incluso me había puesto los tacones de punta más viejos que tenía y no algunos de la próxima temporada.

—Para nada. Solo me estaba cuestionando qué entiendes tú por «informal».

—Lo que entiendo yo es perfectamente válido. Además, si vas a cuestionar mis elecciones en cuanto a la moda, al menos ten los cojones de hacerlo en voz alta —espeté.

Vuk arrugó un poco los ojos. El adorable sonido de su risa me acarició el estómago y vi que Sean nos miraba boquiabierto por el retrovisor antes de apresurarse a apartar los ojos. Diría que vi cómo se le encorvaban los labios antes de que volviese a mirar al frente.

Vuk había intentado explicarme qué papel desempeñaba Sean en su vida, pero a mí todo eso me superaba por completo. Sean era el jefe de seguridad de Vuk ¿y también su guardaespaldas y su chófer? Pensaba que un exsoldado de operaciones especiales tendría cosas mejores que hacer que adoptar el rol de taxista para nuestra cita nocturna, pero a lo mejor me equivocaba.

Al cabo de diez minutos, llegamos a un edificio de ladrillos rojos que se encontraba en una calle tranquila. Entorné los ojos para leer las centelleantes letras plateadas de la entrada.

—¿Residencia geriátrica Greenberg? —Arrugué la frente. ¿Por qué iba Vuk a traerme a...? ¡Ay, la Virgen! Lo asimilé todo de repente y desvié la vista hacia él de inmediato—. No puede ser. ¿Va en serio?

Él se encogió de hombros. La picardía pueril que le centelleó en la mirada me hizo sonreír casi tanto como su risa.

Sean dijo que nos esperaría fuera. Cuando entramos en la residencia, nos saludaron encantados.

—¡Vuk! —Al vernos, una mujer de expresión agradable y cara redondita nos saludó desde detrás del escritorio de recepción—. Me alegro de volver a verte. Hacía muchísimo tiempo que no venías por aquí. ¡Y has traído a una chica! Ya era hora. Cielo, eres guapísima. Bueno, no os entretengo. Pasad. Estamos a punto de empezar.

De camino a donde sea que Vuk me estuviese llevando, nos cruzamos con unos cuantos trabajadores más que lo saludaron con la misma calidez.

Al final, nos detuvimos delante de un par de puertas batientes de color azul. Vuk las abrió y entramos en lo que parecía ser una sala comunitaria. Había mesas redondas por toda el área. La mayoría de los asientos estaban ocupados por residentes que tenían fichas de plástico de colores en mano. Varias personas estaban mirando las hojas que les quedaban justo delante con los ojos entrecerrados. Al frente de la sala, sujetando un micrófono y de pie al lado de una máquina de bingo profesional, había una mujer de pelo oscuro.

Era la noche de bingo en esa residencia y Vuk por fin había respondido a la pregunta que le hice sobre si era cierto que le encantaba jugar al bingo o no.

Sentí que me iba a estallar el corazón.

Nos sentamos a una mesa vacía que quedaba en el fondo. Distintos residentes saludaron a Vuk con la mano y un enfermero vestido con la bata pertinente nos repartió unas fichas y las cartulinas del bingo.

—No me lo puedo creer. —Intenté hacerme a la idea de esta nueva faceta de Vuk como aficionado al bingo. Fue como si acabase de descubrir que al gobernador de Nueva York le gustaba jugar con Barbies en su tiempo libre o que el capo de alguna mafia también hacía de payaso en fiestas infantiles de cumpleaños—. Vas a tener

que contarme cómo es que te gusta el bingo. ¿Cuándo empezaste a venir aquí? ¿Cómo...?

—*Shhh. Luego.* —Escudriñó su cartulina con la frente arrugada, concentrado—. *La partida está a punto de empezar.*

Cerré la boca de golpe.

A lo largo de las dos horas siguientes, me quedaron claras dos cosas: 1) A Vuk Markovic le gustaba muchísimo jugar al bingo (tanto que se negaba a hablar en general mientras jugaba) y 2) era competitivo de narices. Era un juego de azar; sin embargo, yo estaba convencida de que, si pudiera, Vuk le pegaría una buena paliza a la suerte con tal de ganar.

Yo no había echado una partida a esto desde que tenía diez u once años y mi profesora de español nos enseñó algo de vocabulario jugando al bingo; aun así, me lo pasé sorprendentemente bien. Ir marcando cuadritos en la cartulina era bastante terapéutico.

—¡B24! —gritó la mujer.

A duras penas había terminado de hablar cuando Vuk alzó un trozo de papel en el aire. En él, se leía «¡BINGO!» en unas grandes letras negras.

—¡Tenemos ganador! —dijo la mujer entre una maraña de ruidos —. Hagamos una pausa. Empezamos la próxima partida en diez minutos.

—Mecachis... —se quejó una mujer de pelo blanco que había en la mesa de al lado mientras le pegaba un puñetazo al reposabrazos de su silla—. ¡He perdido tres veces seguidas!

—Cállate, Fran —la reprendió el hombre que estaba a su lado. Tenía la espalda un tanto jorobada y la voz ronca. Parecía que tuviese, como mínimo, noventa años—. Tú ibas por el parque estafando a turistas con juegos de cartas amañados. El karma te la está devolviendo.

Fran chasqueó la lengua pero no negó la acusación del otro.

—Yo solo estafaba a quienes eran lo suficientemente estúpidos como para tragárselo.

Al ver que los miraba curiosa, Vuk me contó:

—Fran y Tom. —Supuse que, ahora que había terminado la partida, ya podíamos volver a hablar—. *Están saliendo.*

¡Hala! Pues yo que me alegraba, oye.

—Anda... Felicidades. Acabas de ganar a un montón de ancianos —bromeé—. Debes de estar muy orgulloso.

—Ya te lo dije. —Vuk parecía bastante satisfecho consigo mismo —. *Yo siempre gano.*

—Ya, ya... —Puse los ojos en blanco, pero sonreí—. A ver, dime. ¿En qué momento se le ocurrió por primera vez al gran y malvado Vuk Markovic adentrarse en el fascinante mundo de un bingo tan competitivo como este?

Vuk, que parecía todavía más pícaro que un segundo antes, dijo:

—Conque «gran» y «malvado», ¿eh?

Le di una patada juguetona por debajo de la mesa.

Rio y, a continuación, me contó con seriedad:

—Hace algunos años, estaba intentando cerrar un acuerdo muy importante con una sucursal. El padre del director ejecutivo de la empresa por aquel entonces vivía en esta residencia. Como le encantaban las noches de bingo de los viernes, el director ejecutivo intentaba jugar con él al menos una vez al mes. Íbamos a contrarreloj con las negociaciones y, tras la noche del viernes, él iba a marcharse de la ciudad porque tenía un viaje bastante largo por Asia. Sugerí que terminásemos las negociaciones aquí.

Ladeé la cabeza.

—¿Negociaste un acuerdo de miles de millones de dólares con otro director ejecutivo de la Fortune 500 durante una noche de

bingo en una residencia geriátrica? —le pregunté sin convicción.

Vuk sonrió socarrón.

—No es ni mejor ni peor que cerrar acuerdos en un campo de golf o mientras cenas.

Vale, ahí tenía razón.

—Su padre falleció al poco de que cerrásemos el acuerdo, pero yo disfruté tanto aquella noche de bingo que decidí volver a la semana siguiente y a la siguiente. Ya te lo dije: me gusta poder desconectar con algo que no implique pensar ni planear demasiado.

—¿Y los de la residencia te dejan venir a jugar a pesar de que no tengas a ningún familiar interno?

Vuk me miró.

—Ya... —Sacudí la cabeza. ¿Alguien le decía alguna vez que no a él?

—Al principio, ciertos miembros del personal se mostraron algo reticentes, pero fueron viéndome por aquí y se acostumbraron. Además, dono un montón de dinero a la residencia cada año y pagué para que pudieran tener una máquina de bingo profesional. Creo que... —Detuvo los movimientos de las manos un segundo y prosiguió*—: A mi padre le habría gustado. Estar en una residencia no, pero divertirse y disfrutar del compañerismo sí. Le encantaba jugar; sobre todo, con desconocidos. Solía sentarse en el parque y echarle una partida a las damas o al ajedrez a cualquier peatón que pasara. Ganaba casi siempre.*

Se me encogió el corazón.

—Debes de echarlo muchísimo de menos —señalé en voz baja.

Era la primera vez que Vuk me hablaba de sus padres. Leí en alguna parte que habían muerto los dos hacía algún tiempo, cada uno a causa de una enfermedad distinta.

—Ya hace años de eso. Me he acostumbrado a su ausencia.

A pesar de que se esmeró en esconderlo, le atisbé una pizca de dolor en la mirada.

Resultaba evidente que no quería seguir hablando de su familia, pero me sentí en la obligación de compartir también algo de mi vida a cambio.

Jugueteé con el borde de mi cartulina y lo pensé un poco antes de decir:

—Si me uní a Beaumont fue por mi padre. Cuando Hank me descubrió, mi familia no estaba pasando por un buen momento. El restaurante todavía no había acabado de alzar el vuelo y mi padre se había lesionado la mano cocinando. Fue... terrible. Tuvo que someterse a una aparatosa cirugía y luego vino la rehabilitación. El seguro solo le cubría parte de los gastos; o pagábamos el resto de nuestros bolsillos o renunciábamos a la rehabilitación directamente. Los médicos nos advirtieron que, si no hacía rehabilitación, nunca más recuperaría la movilidad total de la mano. Y no podría seguir cocinando como hasta entonces. —Los recuerdos fueron volviendo a mí, acompañados por el fantasma de la impotencia que sentí en aquel momento. Vuk me escuchó sin apartarme la mirada—. Ya había renunciado a sus sueños una vez —proseguí—. Estudió Ingeniería en Etiopía pero, cuando emigró a Estados Unidos, su carrera no le sirvió de nada. Así que se decantó por su segunda pasión: la cocina. Como perdiera también eso... lo destrozaría. Teníamos que encontrar la forma. —Arranqué un pedacito de papel de la esquina de la cartulina—. En esa época, Liya y yo todavía estábamos estudiando. Mi madre y Aaron trabajaban en el restaurante, que era todo cuanto podían hacer para mantenerlo a flote mientras mi padre no estuviera. Intentamos hacer todo lo que pudimos pero, aun así, no teníamos el dinero suficiente para cubrir los gastos médicos. Ni por asomo. Cuando Hank me descubrió y me

ofreció esa glamurosa carrera como modelo, me pareció demasiado bueno para ser verdad.

Y había acertado. Sí que fue demasiado bueno para ser verdad. Hacer de modelo me había salido bien, pero ¿a qué precio?

Debería haberlo dejado ahí. Dudaba que Vuk quisiera oír toda aquella sórdida historia. Sin embargo, ahora que había abierto las compuertas de mi memoria, no pude contener las palabras y siguieron brotándome de la boca.

—Me dijo que, si me unía a Beaumont, me darían un bonus. Ya solo con ese bonus podíamos pagar meses enteros de rehabilitación. También me pagaron los primeros planos, el transporte para ir a *castings* y todo cuanto necesité para empezar. Yo ya había oído hablar de Beaumont; estuve investigando y todo apuntaba a que era una agencia legítima. Una de las mejores, en realidad. Además, estaba tan desesperada por ayudar a pagar las facturas que ni siquiera me leí el contrato con tanto detenimiento como debería haberlo hecho. Hubo algunos puntos que me hicieron saltar las alarmas, pero Hank me aseguró que eran estándares del sector y, como en casa tampoco teníamos dinero para contratar a un abogado, firmé. No me di cuenta de lo abusivo que era el contrato hasta años más tarde. Y, encima, todos esos primeros planos y los demás gastos que me habían cubierto «tan generosamente» resulta que me los restaron del sueldo. Nada más empezar a trabajar, me pasé dos años endeudada con ellos.

Fui ingenua como la que más al pensar que me habían pagado todo eso a modo de inversión en mi carrera. En Beaumont nunca hacían nada por pura bondad.

—La cosa cambió en cuanto Jordan me escogió a mí para que fuese la cara de Jacob Ford. Conocí el estrellato gracias a aquella campaña y, después de hacerla, trabajé sin parar —le conté—. Aun

así, incluso después de saldar mis deudas con Beaumont, tuve problemas con pagos tardíos y tarifas basura. De no ser porque en el contrato había una cláusula en la cual se estipulaba que, como intentase rescindirlo sin una «causa justa» en base a SUS criterios me responsabilizaría de compensarlos con una importante cantidad de dinero, me habría marchado hace años. Esa penalización me habría dejado sin ahorros; además, me aterraba pensar que Emmanuelle fuese a hacerme cruz y raya como me marchara de malas maneras. —Reí desganada—. Visto lo visto, debería haberlo hecho igualmente porque, total, he terminado en una posición parecida a la que intentaba evitar.

Al final, Vuk signó:

—No va a hacerte cruz y raya. —La pausa ya estaba llegando a su fin, pero ya no parecía que le preocupase tanto la partida—*. Eres más fuerte de lo que crees. No dejes que te intimide.*

—Lo intentaré —le respondí con una débil sonrisa—. Le he dicho a mis padres que ya no trabajo para Beaumont, pero he... maquillado los detalles. —Con un poco de suerte, nunca descubrirían la verdad —. Como la denuncia llegue a los medios más relevantes...

—No pasará. Me aseguraré de ello.

Si estuviéramos hablando de otra persona y no de Vuk, diría que se acababa de marcar un farol espectacular. Sin embargo, él emanaba tanta seguridad y confianza en sí mismo que, si me dijera que me bajaría la Luna, le creería.

—Gracias. Por compartir esto conmigo... —Señalé alrededor de aquella sala—. Y por escucharme.

A él se le relajó la expresión y signó su respuesta:

—No hay de qué.

Cuando la mujer de pelo oscuro anunció que iba a empezar la siguiente partida, apartamos la mirada el uno del otro. Aun así, la

calidez de la conversación que acabábamos de mantener perduró.

Tenía gracia: cada vez que hablaba con Vuk de las cosas difíciles de la vida, luego me sentía mejor; no peor.

Nos quedamos una hora más en la residencia. Como a ninguno de los dos nos apetecía salir tras haber terminado oficialmente la noche de bingo, Vuk le pidió a Sean que nos llevase a mi apartamento. Me acompañó arriba y su jefe de seguridad aguardó en el coche.

—Deberías entrar —le dije—. Tómate una copa.

—Como entre, no salgo, *srce*.

—Tampoco me parece mal —respondí con timidez.

Todavía no habíamos hablado de qué éramos y Vuk nunca se había quedado a dormir en mi casa. Sin embargo, no había mejor momento que el presente, ¿no?

Para decepción mía, Vuk negó con la cabeza.

—Me encantaría pasar la noche contigo, pero tengo una reunión con Singapur en media hora. Queremos expandirnos allí. Ya la pospuse una vez; como vuelva a posponerla, los de la Junta me matan. —Me dedicó una pesarosa sonrisa—. No he estado prestándole demasiada atención a la empresa. Últimamente he tenido muchas distracciones.

Arqueé las cejas.

—¿Ya estás llamándome *distracción* otra vez?

Una sombra cruzó su expresión un segundo, pero se disipó antes de que me diese tiempo a decir nada.

—La mejor de todas —contestó antes de agacharse y darme un suave beso—. ¿Nos vemos el martes?

Habíamos quedado en que seguiría enseñándome a disparar ese día.

Asentí. Nos despedimos y él esperó a que yo hubiese entrado en mi apartamento antes de marcharse. Oí cómo se alejaba el sonido

de sus pasos mientras yo me dejaba caer contra la puerta; todavía notaba el sabor de su beso en los labios. No pude evitar sonreír de oreja a oreja.

A pesar de que no pudiese quedarse a dormir, esta noche había sido increíble. Ver aquella nueva faceta de Vuk y que se abriese así conmigo para hablarme de su familia, por poco que hubiese sido, había sido mejor que cualquier cita o regalo la mar de caros.

Disfruté de aquella emoción un poquito más. Acto seguido, encendí las luces, dejé el bolso en el sofá y me dispuse a ir hacia la ducha cuando se me erizó la piel.

Algo no iba bien. Lo intuía.

La calidez que me envolvía la piel se evaporó al instante. Se me aceleró el pulso y casi abro el pestillo de la puerta de la entrada para poder escaparme pasillo abajo en caso necesario. Aunque ¿y si había intrusos fuera, esperando a que hiciese precisamente eso?

Así pues, busqué el contacto de Vuk y dejé el pulgar sobre el botón de llamada mientras prestaba atención por si oía algún ruido extraño.

Reinaba un silencio sepulcral.

De todos modos, anduve hacia la cocina y pillé un cuchillo. Fui caminando por el piso con el corazón acelerado. Revisé los armarios rápidamente, mi habitación y el baño; incluso miré bajo el fregadero, pero no vi nada fuera de lo normal. Las ventanas estaban cerradas y todo seguía tal y como lo había dejado antes.

Despacio, exhalé temblorosa y el aire no tardó en convertirse en una risa. No me pasaba nada. Estaba siendo una paranoica, nada más.

Regresé a la cocina para dejar el cuchillo y volví al salón para coger la botella de agua. Ya la había medio sacado del bolso cuando me llamó la atención un sobre de papel manila. Estaba en la mesita

de noche, en medio de un montón de revistas, agujas de tejer y una libreta con notas que había tomado en mi última reunión con Sloane. Entre tantas cosas, quedaba disimulado, por eso no lo había visto antes.

Se me aceleró el corazón de nuevo. Me quedé mirándolo, helada.

No había remite ni tampoco habían escrito nada en el sobre. Era perfectamente inocuo.

También era muestra de que alguien había entrado en mi apartamento porque eso segurísimo que no estaba aquí cuando me marché.

Me acerqué a la mesita y cogí el sobre con la mano temblorosa. Quienquiera que lo hubiese dejado ya se había ido; sin embargo, un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza.

Quise salir por patas, bajar a recepción y abrirlo en compañía o tirarlo a la basura y hacer como si no lo hubiese visto jamás.

Pero no lo hice.

Saqué lo que había dentro y...

Me dio un vuelco el estómago y me subieron los restos de la cena mientras, aterrada, miraba aquellas imágenes.

Eran fotos. Unas fotos sangrientas y macabras del cadáver mutilado de un hombre. Lo habían cortado en tantísimas partes que parecía sacado de una película de terror.

También había una nota enganchada a una de las fotos con un clip. En ella se leía una única frase tecleada en una nítida fuente negra:

Ya va siendo hora de que sepas qué clase de hombre es Vuk Markovic en realidad.

45

Vuk / Ayana





Vuk

Me pasé el fin de semana sepultado bajo un montón de papeleo y llamadas. Dejando de lado lo de La Hermandad y el caos de Emmanuelle, tenía una empresa por dirigir. Mi equipo la había mantenido a flote mientras yo había estado ocupado priorizando otros asuntos pero, como no me esmerara un poco más antes de fiestas, acabarían sublevándose.

Sin embargo, todas mis cavilaciones sobre lanzamientos de productos e informes fiscales se evaporaron en cuanto Dominic me mandó un *e-mail* el lunes por la tarde:

Tema: Hecho.

En el correo en cuestión no había texto alguno; simplemente incluía un adjunto. Una vez pasados los controles de ciberseguridad necesarios, descargué la carpeta y abrí los archivos.

Fui leyendo los documentos con el pulso a mil por hora. Mi equipo era bueno, pero rastrear rutas de dinero no era su especialidad, sino la de Dominic.

Le había dado la dirección de la antigua guarida de Shepherd. Con esa pizca de información, consiguió rastrearla por completo.

Unos contables forenses de a pie habrían tardado años en desentrañar aquella intricada red de seudónimos y empresas fantasma. Sin embargo, Dominic no tenía un equipo normal; tenía a los mejores de los mejores. Además, le prometí un favor que le había servido de incentivo para dar con lo que estaba buscando en el margen de tiempo que le había dado.

Decid lo que queráis del hombre, pero había hecho su trabajo.

Pasé de los detalles innecesarios y me centré en el nombre que había al final de todo.

Exhalé de golpe y sonreí.

«Bingo».

Cuando ya tuve lo que estaba buscando, guardé los archivos de Dominic en una ubicación segura y borré el *e-mail* original. De momento, me guardé aquella revelación para mí. Tenía que utilizar dicha información de forma estratégica; no podía lanzarme y pasar a la acción de inmediato, por más que quisiera.

A la tarde siguiente, fui al Club Valhalla para continuar enseñándole a disparar a Ayana. Llevaba extrañamente distante desde el viernes por la noche. No me había escrito tanto como solía hacerlo y, cuando lo había hecho yo, me había respondido escueta,

algo bastante atípico en ella. Me dijo que solo estaba estresada por lo de Emmanuelle, pero me daba la sensación de que estaba callándose algo.

—Qué temprano has llegado —señalé.

Yo había llegado quince minutos antes de la hora a la que habíamos quedado, pero Ayana ya estaba esperándome en nuestro carril habitual. No solía llevar accesorios; hoy, en cambio, había venido con un bolso gigante colgado del hombro.

Le di un beso de saludo. Ella me lo devolvió con evidente titubeo.

—¿Todo bien? —le pregunté con la frente arrugada.

—Sí. No. —Ayana se agarró a la tira del bolso.

Esperé y noté cierto frío colándoseme en las venas. Ella no era así. No se mostraba tan distante ni cuando estaba molesta.

—Después de que nos despidiéramos el viernes por la noche, entré en mi apartamento y... —Tomó una profunda bocanada de aire —. Alguien entró en casa mientras yo no estaba. Y me dejó algo.

Mi reacción fue tan visceral que levanté la cabeza de inmediato antes de acabar de asimilar lo que me estaba diciendo. La sangre me llegó a los oídos y noté una repentina punzada del más puro y gélido pánico en el pecho.

—¿Te hicieron daño? ¿Qué te dejaron? ¿Por qué no me llamaste? —Fui lanzándole pregunta tras pregunta, como si estuviese disparando balas con una pistola.

A la mierda la reunión con Singapur. Debería haber entrado con ella y haberme asegurado de que todo estaba en orden antes de marcharme. Puede que Shepherd estuviese muerto, pero el otro bando seguía suelto.

Fue un despiste poco habitual por mi parte. Tendría que haber actuado mejor. Joder, si es que debería haberle hecho caso a mi instinto y dejar a un vigilante en su edificio las veinticuatro horas del

día después de que nos hubiésemos cargado a Shepherd. A Ayana no le habría hecho ni pizca de gracia y mi equipo bastante desbordado iba ya, pero habría merecido la pena.

Ahora, algún individuo había entrado en su apartamento y yo no había estado allí.

El arrepentimiento me invadió.

—Estoy bien —me tranquilizó Ayana—. No te alarmes. Cuando llegué a casa, ya no estaban y tampoco se llevaron nada. Además, he puesto una denuncia y he cambiado los cerrojos. Esta semana vendrá alguien para mejorar mi sistema de seguridad.

—Mi equipo lo hará hoy mismo —señalé—. Esto no puede esperar y nosotros tenemos lo mejor del mercado.

—No. Ya lo he organizado todo —contestó Ayana con una expresión extraña. Estaba a punto de llevarle la contraria cuando añadió—: El intruso también me dejó esto.

El terror aniquiló al arrepentimiento. Noté cómo se me encogía el estómago mientras la veía sacando un sobre de papel manila del bolso y pasándomelo. Le temblaba sutilmente la mano.

Dudé un segundo antes de coger el sobre.

Lo abrí.

Saqué lo que había dentro.

Y noté cómo me iba desapareciendo todo el color de la cara.

Me quedé sin aliento y se me instaló un nudo en la garganta. El *shock* que me causó ver aquellas fotos en concreto se cristalizó hasta convertirse en unas pequeñas y puntiagudas esquirlas heladas que, a medida que miraba aquellas imágenes, más hondo se me clavaban.

Había un total de tres fotos en las que se podía apreciar lo que le había hecho a Dexter con una macabra precisión gráfica. Mi equipo había tirado los restos de su cuerpo cerca de un punto de encuentro

frecuentado por La Hermandad a modo de advertencia. Si lo de Dexter había servido para que Shepherd pudiese intuir mis planes, ya podría haberlo hecho sin tapujos. No tenía sentido que me escondiese.

Aquellas fotos las habían sacado en el mismo punto donde dejamos el cadáver, lo cual significaba que alguien de la organización había estado en casa de Ayana. Nadie más habría tenido ni medios ni razones para hacerlo.

Noté el rugir de la sangre en los oídos. Arrastré la vista desde el primer plano del mutilado rostro de Dexter hasta la nota que había pegada justo arriba con un clip y donde ponía:

Ya va siendo hora de que sepas qué clase de hombre es Vuk Markovic en realidad.

Un sabor nauseabundo me inundó la boca. El tiempo fue ralentizándose hasta adoptar un ritmo insoportablemente lento. Cada segundo que pasaba me arrancaba un recuerdo distinto.

Jordan cuando lo dispararon. Mi primera noche con Ayana. La llamada de Sean en que me decía que habían pillado a Dexter. El almacén. Cómo me provocó Roman al decirme que Ayana me dejaría como se enterase de lo que era verdaderamente capaz.

Hacía poco más de una semana de eso. No se me ocurría ninguna otra razón por la cual alguien fuese a dejarle semejantes fotos a Ayana si no era para intentar separarnos; además, que hubiese ocurrido justo ahora me parecía sumamente oportuno.

Cerré el puño y arrugué las imágenes. Como el cabrón escurridizo de Roman tuviese algo que ver con esto, pensaba destriparlo cual pez.

Aunque primero tenía que ocuparme del ahora.

Cuando por fin volví a levantar la vista, Ayana me estaba mirando con la misma extraña expresión de antes, como si por un lado

quisiera aferrarse a una dolorosa esperanza y, por el otro, tuviese ganas de vomitar.

El tiempo recobró su ritmo habitual, pero yo continuaba con la sangre helada.

—Dime la verdad —me pidió con la voz temblorosa a la vez que señalaba las fotos—. ¿Eso lo hiciste tú?

Ayana

Se hizo un silencio ensordecedor.

Vuk se me quedó mirando con los nudillos blancos de lo fuerte que estaba cerrando el puño con el que sostenía las fotos. Unas fotos repulsivas y sangrientas que llevaban protagonizando mis pesadillas desde hacía cuatro días y que hacían que la comida me supiera a cartón.

Las estaba sujetando con las mismas manos con las que me había sujetado a mí. Con las mismas con las que me había tocado. Reconfortado.

No podía imaginarme a esas manos siendo las responsables de algo tan brutal como lo que le había ocurrido al hombre que aparecía en las fotografías. No quería creérmelo. Tenía que haber otra explicación.

O alguien me las había dejado ahí para hacerme una broma de muy mal gusto o es que estaban intentando acusar a Vuk de algo. A pesar de que sospechaba que lo que Vuk entendía por justicia cruzaba la raya de lo técnicamente legal, jamás lo había imaginado

capaz de eso. Además, sospechar algo y verlo expuesto en tétrico detalle no era lo mismo para nada.

«Dime que no es verdad. Por favor. Dime que no es verdad».

Su respuesta se cargó la fina brizna de esperanza que me quedaba.

—Sí.

El estómago me dio un vuelco descomunal. Un frío glacial me envolvió entera mientras pestañeaba e intentaba relacionar el significado de su confesión con su expresión estoica. Era como si alguien acabase de cerrar un portón delante de su cara y hubiese convertido al hombre a quien conocía en un extraño.

«Sí».

—Vale. —Fue una réplica insulsa y estúpida, pero fui incapaz de dar con la palabra correcta porque tenía miles revoloteándome por la mente. No podía respirar, no podía pensar, no podía hacer nada que no fuese quedarme ahí plantada y ver cómo el mundo se venía abajo a mi alrededor—. ¿Te ar...? —De nuevo, fui incapaz de encontrar las palabras.

—¿Que si me arrepiento? —Cómo no, Vuk entendió adónde quería ir a parar. Como siempre—. De lo único que me arrepiento, *srce*, es de no haber podido dedicarle más tiempo. —Y lo dijo sin el más mínimo indicio de arrepentimiento en la voz.

La saliva se me evaporó y me dejó la garganta más seca que el papel de lija. La sala me daba vueltas a una velocidad vertiginosa y no pude aferrarme a nada salvo a los jirones de lo que alguna vez fui.

Vuk acortó la distancia que nos separaba con dos simples zancadas. Levantó las fotos.

—Este es el hombre que disparó a Jordan. El que casi te mató *a ti*. Ya solo por eso se merecía algo peor de lo que le tocó.

Tenía un tono de voz gélido, pero su cuerpo era como un volcán. Emanaba calor por todos los poros de la piel, como si fuese un vívido recordatorio de su dualidad.

El hombre de negocios y el criminal.

El protector y el asesino.

El hombre que un día podía besarme con toda la ternura del mundo y, al siguiente, matar a alguien con brutalidad extrema.

—En mi mundo, la justicia se consigue de una sola forma: con represalias. —Vuk me agarró la mejilla con una mano y con un tacto insoportablemente tierno—. Te dije que yo no era buena persona, *srce*. Deberías haberme creído.

Cerré los ojos en un intento por ignorar sus palabras mientras disfrutaba de la calidez de su palma en mi piel. El aliento me salía en unas minúsculas y jadeantes exhalaciones.

Era extremadamente consciente de lo aislados que estábamos. Aparte de nosotros, nunca venía nadie al campo de tiro que, además, se encontraba al final del todo del Valhalla.

Si gritaba, ¿me oiría alguien? Y en caso de que me oyeran, ¿vendrían a rescatarme?

Me fui deshaciendo de todos aquellos casos hipotéticos a medida que fueron pasándome por la cabeza. A pesar de la confesión de Vuk y de las pruebas de su crueldad, no estaba asustada. Inquieta, sí. Perpleja, absolutamente. Pero no sentía ni una pizca del miedo que me invadió cuando me quedé a solas con Wentworth ni cuando vi esa bala directa hacia mí el día de la boda.

Los delitos que hubiese cometido Vuk daban igual. Estaba totalmente convencida de que a mí no me haría daño.

—Mírame. —Al oír su orden, abrí los ojos. Estaba mirándome fijamente a los ojos con desesperación e intransigencia a partes iguales—. Yo soy así, Ayana. Lo que le hice a ese hombre que sale

en las fotos no es nada en comparación con lo que les hice a los responsables de la muerte de mi hermano. Y si pudiera volver atrás en el tiempo, volvería a hacerlo todo otra vez y de forma cien veces más cruel. NADIE le hace daño a la gente que me importa y sale impune.

Se me nubló la vista. Una parte de mí quería gritar. ¿Por qué no me mentía y me dejaba vivir dichosamente en la ignorancia? ¿Por qué no me dejaba manga ancha para seguir fingiendo que no había cambiado nada? ¿Por qué tenía que ser tan dolorosamente honesto cuando esto significaba que ya no podríamos seguir como antes nunca más?

—No te haré daño. Nunca —me dijo Vuk—. Si te marchas ahora y me dices que no quieres volver a verme jamás, respetaré tu decisión. Pero no puedo fingir ser quien no soy. Lo hecho hecho está; y si alguien viniera mañana a por ti, me ocuparía de esa persona igual que hice con el que disparó esa bala —anunció con tono severo; despiadado—. Lo llevo en la sangre, *srce*. Puedo ceder hasta cierto punto, pero no puedo cambiar la esencia de quien soy en realidad. Ojalá pudiera, pero no es el caso.

Se me partió el corazón al oír el delicado crujido que se le coló en la voz al final de la frase.

Ahí había una pregunta implícita y la había entendido.

¿Me quedaba a sabiendas de lo que había hecho y de lo que era capaz de hacer? ¿O me alejaba como había dicho Vuk que podía hacer y dejaba su lúgubre mundo atrás?

Al imaginarme decantándome por esa segunda opción, una llameante ola de dolor me atravesó el cuerpo, mientras sonaban en mi interior los gritos fantasmagóricos de un hombre a quien no conocía y ya no podría conocer jamás.

Unas imágenes rojizas me tiñeron la vista y se me revolvieron las tripas por enésima vez desde el viernes.

«¿Me quedo o me voy?».

—He... —Las palabras se me atascaron en la garganta. Una decisión centelleó bajo las tenebrosas aguas de la incertidumbre, pero yo no conseguía llegar a ella. Y, como lo intentara, me ahogaría —. Necesito tiempo. —Una lágrima me resbaló mejilla abajo y me abrasó la piel—. Solo... Ahora mismo no puedo pensar. Necesito estar un tiempo a solas para poder... —Las lágrimas acumuladas impidieron el resto de la frase—. Solo necesito estar a solas —repetí.

Vuk tragó saliva. Su estoico rostro dejó entrever distintas emociones. Miedo, pánico, desesperación... Todas fueron saliendo a la superficie en busca de aire antes de volver a ponerse serio.

Bajó la mano y dio un paso atrás.

Noté el frío en la piel. Un escalofrío me azotó y el anhelo por volver a notar la calidez de su tacto me invadió mientras, a su vez, el vacío que había quedado en mi corazón amenazaba con tragárseme entera.

—Tómate todo el tiempo que necesites —me dijo—. Yo seguiré aquí.

Se suponía que, con aquella discreta promesa, yo tenía que sentirme mejor; sin embargo, surtió el efecto contrario. Y, cuando me alejé, noté semejante nudo en la garganta que me resultó imposible soltar ni una sílaba más; aun así, no pude evitar mirar atrás.

Vuk seguía de pie justo donde lo había dejado, con la cabeza gacha y los hombros hundidos.

No nos habíamos despedido, todavía no, pero lo parecía. Era como si acabara de interponerse un abismo entre los dos.

Inhalé temblorosa y volví a mirar al frente. «Primero un pie y luego el otro. Eso es. Puedes hacerlo».

Crucé los pasillos del Valhalla cual fantasma: corpórea pero perdida. Conseguí dar con la salida de alguna forma pero, cuando estuve fuera, no supe adónde ir.

Me estremecí con solo imaginarme regresando a mi apartamento vacío. A pesar de lo que había dicho sobre mejorar mi sistema de seguridad, me ponía histérica saber que alguien (seguramente un miembro de La Hermandad) había entrado en mi piso tan fácilmente. Tal vez debería irme a un hotel o pedirle a Maya si podía pasar unas cuantas noches en su casa.

En una realidad paralela, podría quedarme en casa de Vuk pero, en esta, eso ya no era una opción.

Me sequé las lágrimas y tomé otra profunda bocanada de aire. Ya me vendría abajo luego, en privado. Ahora mismo, necesitaba distraerme con algo; lo que fuera.

Caminé por la calle del Valhalla y paré un taxi. Le dije al conductor que me dejase en algún punto del SoHo, cualquiera. Caminar me vendría bien para relajarme y, como estábamos entre semana y era por la tarde, en aquel barrio habría la gente suficiente como para que me diese la sensación de que estaba a salvo.

Al cabo de treinta minutos, me bajé del taxi y me metí en una cafetería cercana para tomarme una taza de té. No era el *shai* de mi madre pero, en caso de apuro, serviría.

Dejé que la calidez reconfortante de la bebida se encargase de disipar mis lágrimas mientras paseaba por las calles. Tenía la nariz congestionada y era como si me estuviesen aporreando la cabeza; siempre que lloraba, me pasaba lo mismo. Aun así, me sentía tan agotada a nivel emocional que ni siquiera me importó que alguien pudiera reconocerme con estas pintas de mierda.

¿A quién le importaba que pudiesen sacarle una foto de improviso teniendo el corazón tan destrozado?

«No tiene por qué ser así». Podía volver corriendo al Valhalla ahora mismo y lanzarme a los brazos de Vuk. Podía mirar para otro lado cuando hiciera (si las hacía) este tipo de cosas y podríamos vivir felices para siempre.

Sin embargo, una parte de mí siempre sería consciente de ello. Siempre estaría nerviosa y él siempre me notaría distante por más que yo encontrase la forma de reconciliar mis valores morales con mis sentimientos hacia él.

Todavía estaba por ver si eso era posible o no.

—Ayana.

Al oír aquella voz familiar, me detuve. Hacía meses que no la oía en persona.

Hank estaba justo en la entrada de la sede de Beaumont, cigarrillo en mano. Me había perdido tanto en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que había vuelto directita a las oficinas de mi antigua agencia.

Entré en tensión. Mi exagente tenía las mismas pintas de siempre: pelo negro y relamido hacia atrás y la piel morena gracias al autobronceado. Sin embargo, tenía unas oscuras bolsas bajo los ojos y, en cuanto se acercó el cigarrillo a la boca, le tembló la mano.

Recordé que Emmanuelle me dijo que Vuk había amenazado a Hank. A lo mejor yo tampoco era tan buena persona porque, a pesar de que no soportaba las torturas, imaginarme a Hank acobardándose ante Vuk me hizo sentir una inmensa satisfacción.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Le dio una calada al cigarrillo y luego respondió:

—Nunca tuvimos la oportunidad de despedirnos. Seis años trabajando juntos lanzados por la borda. —Sacudió la cabeza—.

Cabreaste muchísimo a Emmanuelle.

—¿Pidiéndole lo que me correspondía desde un punto de vista legal? —Agarré el vaso de té con fuerza—. Además, no fueron seis años trabajando juntos, fueron seis años en los que me explotaste.

—¿Que te exploté? —Rio por la nariz—. De no ser por mí, seguirías en Washington D. C. Te di una carrera. Fama. Dinero. Descuenta los honorarios de la agencia, si quieres, y verás que ganaste más de lo que habrías ganado haciendo... ¿Qué? ¿Echando horas en un laboratorio químico de vete a saber dónde? —A Hank le centelleó la mirada—. ¿Acaso crees que habrías conocido a Jordan Ford o a Vuk Markovic de no ser por mí?

—Nunca te pedí nada de eso —repliqué. El enfado me venía bien. Evitaría que me dejase llevar por la punzada de dolor que sentí al oír el nombre de Vuk—. Yo solo quería dinero para poder pagar los gastos médicos de mi padre. No quería ser famosa y, menos aún, que me hicieseis semejante encerrona con aquella farsa de contrato.

—Tal vez no, pero aquí estamos. —Hank sonrió discretamente—. Por lo menos ya no tienes que seguir preocupándote por el contrato. Solo por la demanda.

—Esa demanda no tiene ni pies ni cabeza y lo sabe todo el mundo.

—Sí, pero cuando se haya terminado todo, tú ya no seguirás siendo la inmaculada chica perfecta del mundo de la moda, ¿a que no? —Hank apagó el cigarrillo—. Emmanuelle sabe lo que se hace. Puede que tengas a Markovic de tu parte, pero no te interesa llevarte mal con Emmanuelle. En ningún aspecto.

Reprimí un estremecimiento al oír el nombre de Vuk por segunda vez.

—No le tengo miedo —respondí—. Ya no.

¿Qué más podía hacerme esa mujer que no me hubiese hecho ya?

—Es una pena. —A Hank le centelleó la mirada—. Pensaba que eras más lista.

A la mierda. Ya había perdido suficiente tiempo hablando con él. Hank ya no era mi agente y yo ya no tenía razón alguna para dejar que intentase comerme la cabeza.

Me fui sin volver a mirarlo siquiera, pero sus palabras me acompañaron, al igual que su pestilente aroma.

¿Tendría Emmanuelle algún otro as bajo la manga o algún otro motivo por el que ir a por mí además de aquella llamada medio acalorada? Yo fui la modelo que más ingresos generó para Beaumont y ella era una astuta empresaria. Desde un punto de vista práctico, no tenía ningún sentido que me echara.

Aunque, claro está: el ego siempre lograba que la gente hiciese cosas que iban en contra de su propio beneficio. Dos años antes, un diseñador de moda con mucho futuro ignoró los consejos de sus amigos y se gastó un millón de dólares de su bolsillo en un acontecimiento de última hora para vengarse de su rival, que había organizado su propio evento esa misma noche. Fue todo un desastre y el diseñador en cuestión jamás se recuperó, ni social ni económicamente.

Así que sí: veía a Emmanuelle capaz de algo tan mezquino.

Doblé la esquina y me adentré por una calle secundaria. Era una de esas callejuelas que estaban vacías y que no servían para nada, solamente para conectar una vía pública con la otra.

Atisbé el brillo de una cafetería que conocía bien al otro lado de la calle. Ya casi me había terminado el té, así que me vino perfecto. En lugar de ir correteando por el centro, me tomaría otra bebida, me sentaría a la mesa de alguna esquina y le echaría una ojeada a las últimas publicaciones de mi *blog* de perfumes favorito. Nada de correos electrónicos, nada de mensajes, nada de entrar en redes y

nada de pensar en Vuk. Cuando me hubiese serenado, entonces ya decidiría qué hacer.

Aceleré el paso, decidida. No obstante, no había acabado de cruzar la calle cuando noté un punzante dolor en el cuello.

Primero pensé que me acababa de picar una abeja. Me llevé la mano atrás para apartarla y entonces todo se fue al traste. El vaso se me cayó de la otra mano y rodó por el suelo. La tapa saltó y lo que quedaba del té se desparramó por el cemento, dejando una oscura mancha a su paso.

Sentí que me faltaba el aire en los pulmones. Trastabillé y empecé a respirar de forma entrecortada y superficial. Lo último que oí fue el golpe de la puerta de un coche antes de que me agarrasen unas férreas manos y, entonces, todo se volvió negro.

46

Vuk



No podía dormir y tampoco podía trabajar. Ir al campo de tiro no me servía de nada porque el lugar me recordaba a Ayana. Así pues, el día después de que me enseñara las fotos y mi mundo se viniera abajo, hice algo que no hacía jamás: practicar boxeo.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había pisado el *ring* desde que me había unido al Valhalla. El boxeo no era mi deporte favorito pero, cuando se trataba de quitarme frustraciones de encima, no había nada mejor que una buena ronda en el *ring*.

—A ver, suelta —me dijo Dante—. ¿Por qué estás tan cabreado?

Esquivé su primer golpe y contraataqué con un *uppercut*. No respondí a su pregunta.

No era la primera vez que intentaba sonsacarme información. Tuve suerte de encontrarme a Dante al entrar en el gimnasio porque así no había tenido que buscar a alguien con quien pelearme, pero no había venido aquí a hablar. Si le contaba a alguien lo sucedido con Ayana, se volvería real. Y si se volvía real (si Ayana se había marchado para siempre), me entrarían ganas de derribar este edificio entero con mis puñeteras manos.

«Necesito estar un tiempo a solas».

Tenía sus palabras clavadas en el estómago; me habían calado más hondo que el miedo y que el arrepentimiento. Me desgarraban por dentro y yo no podía hacer nada para frenar la hemorragia.

«Necesito estar un tiempo a solas».

El eco de aquella frase me perseguía con la misma obstinación que el recuerdo de verla llorando. Debería haber sabido que la cosa acabaría así. Hay secretos que no podemos mantener enterrados para siempre y los míos eran, en gran parte, más atroces que los de los demás.

Habría mentido, pero eso solo habría servido de tirita; no habría aportado ninguna solución. Ayana y yo no habíamos definido aún la relación que manteníamos. Cuando lo hiciéramos (si es que llegaba el día), quería que supiera exactamente a qué atenerse.

Daba igual lo mucho que desease yo ser el hombre bueno y cariñoso que se merecía ella; no podía serlo. Yo era así: un monstruo forjado por la naturaleza y las circunstancias. No podía deshacerme de la oscuridad que llevaba dentro, al igual que un leopardo no puede deshacerse de las manchas que le cubren el pelaje, y nunca pediría perdón por vengarme de quienes lo merecían.

Aunque si Ayana decidía alejarse de mí...

Noté un puñetazo en el mentón. Eché la cabeza hacia la izquierda y un líquido con sabor cobrizo se me coló en la boca. Lo escupí. Me pitaban los oídos.

—Estás distraído. Tsss. —Dante me miró un tanto divertido—. Supongo que no tendrá nada que ver con cierta supermodelo que se fue corriendo ayer del club.

Me entraron ganas de gruñir. Le pegué un golpe directo y él lo recibió con un gruñido de dolor.

—Me lo tomaré como un sí —contestó a su propia hipótesis.

Volví a atacar. Llegados a este punto, me daba igual ganar o perder. Solo necesitaba pegarle puñetazos a algo y Dante me servía como me habría servido cualquier otra cosa.

El sudor que me chorreaba por la cara se me coló en los ojos. De lo tensos que tenía los músculos, parecía que fuesen a estallar.

«Necesito estar un tiempo a solas».

Ese «tiempo» podían ser días, semanas o meses. Podía ser para siempre. La incertidumbre me carcomía cual potente veneno, al igual que las intenciones que se escondían tras los movimientos de La Hermandad.

¿Qué lograban haciéndole llegar esas fotos a Ayana, aparte de alejarla de mí? ¿Qué más les daba si estábamos juntos o no? En todo caso, les interesaría tenernos cerca; eso les daría ventaja porque yo estaría más distraído. O a lo mejor es que tenían por objetivo desestabilizarme. Distraerme con problemas de pareja para que fuese más vulnerable ante otra acometida.

El sonido de una llamada entrante proveniente de mi móvil me sacó de aquella vorágine de pensamientos. Pedí tiempo muerto para responder.

En otra situación, la habría ignorado y habría seguido, pero igual era Ayana. Era poco probable, sobre todo porque no habían pasado

ni veinticuatro horas desde que hablamos por última vez, pero la esperanza es lo último que se pierde.

Por desgracia, no era Ayana, sino Sean. Y me estaba llamando. Eso nunca era buena señal.

Respondí y lo escuché. Y, por segunda vez en lo que iba de semana, el mundo se desmoronó a mi alrededor.

—¿Cómo cojones ha pasado esto? —gruñí con un tono feroz a más no poder.

Sean no flaqueó, pero su tono apesadumbrado delataba su inquietud.

—Después de que usted me llamara anoche, enviamos a una persona a su edificio, pero cuando sale de casa no podemos controlarla. Tal y como me ordenó usted, teníamos pensado asignarle un guardaespaldas personal a partir de hoy, pero ya es demasiado tarde. —Apretó la mandíbula—. Esto ha sido cosa mía y asumo toda la responsabilidad por lo ocurrido.

Estábamos en el despacho que tenía yo en el Valhalla. Me había marchado del gimnasio de boxeo y le había pedido a Sean que viniese inmediatamente después de que me llamara para contarme que Ayana había desaparecido.

Desaparecido.

Se me revolvieron las tripas.

Esta mañana, el guarda de seguridad que teníamos apostado en el edificio de Ayana le había comunicado a Sean que esta no había vuelto a casa por la noche, lo cual era muy extraño. Hablamos rápidamente con sus amigas y constatamos que ellas tampoco habían oído nada de Ayana desde ayer por la tarde. No podía

haberse ido de viaje porque antes habría tenido que pasarse por casa al salir del Valhalla para hacer las maletas.

Ahí fue cuando Sean empezó a sospechar que pasaba algo raro y me llamó.

La rabia se iba cociendo bajo una suave capa de pánico. Hacía veintidós horas que la había visto por última vez y quería echar abajo la ciudad entera hasta encontrarla.

—Hemos podido acceder a las grabaciones de las cámaras de seguridad del Valhalla y hemos dado con la matrícula del taxi que cogió al salir del club —señaló Sean—. Hemos buscado al conductor. Se acordaba de ella y nos ha dicho que le pidió que la dejara en el SoHo. Hemos revisado las grabaciones de las cámaras cercanas al lugar donde la dejó y hemos visto que entró en una cafetería que había por la zona y que luego salió.

A pesar de que Sean se hubiese disculpado antes, yo tenía la suficiente claridad mental como para reconocer que lo ocurrido no era su culpa, sino la mía. Debería haber sido yo quien se ocupase de todo. Debería haberme asegurado de que estaba a salvo antes de dejarla marchar; debería haberla advertido acerca de La Hermandad. «Debería, debería, debería...». Y ahora tal vez ya fuera demasiado tarde.

Se me revolvieron las tripas de nuevo.

—¿Habéis podido seguirle la pista y descubrir dónde la vieron por última vez?

Sean titubeó un momento.

—Hasta cierto punto. Tengo a un equipo entero trabajando en ello, pero hay muchísimas grabaciones. Eso suponiendo que desapareció en algún punto donde hubiese cámaras de seguridad. Muchos negocios de esa zona no las tienen. —Sean abrió su portátil encriptado, que había dejado antes sobre mi escritorio—. Sin

embargo, nos hemos dado cuenta de que la sede de Beaumont está a solo diez minutos andando de la cafetería. Dadas sus recientes complicaciones con la agencia, hemos revisado las cámaras de seguridad del edificio por si acaso y...

Reprodujo un vídeo.

El hombre que salía en pantalla quedaba lejos de la cámara, pero habría reconocido aquel pelo exageradamente engominado y ese ostentoso Rolex en cualquier parte. Estaba fumando. Al cabo de unos segundos, apareció Ayana. Parecía que tuviese los ojos hinchados y llevaba un vaso de cartón de la cafetería en la mano.

Una nueva punzada de dolor apabullante me azotó de los pies a la cabeza. «Está bien. Ayana está bien». Tenía que estarlo.

Por lo que se apreciaba ahí, era como si ambos hubiesen mantenido una acalorada conversación hasta que Ayana se marchó con expresión desafiante.

—Por desgracia, no hay más cámaras de seguridad por ahí, de modo que no hemos podido ver adónde fue —me contó Sean—. Aun así, tengo a gente barriendo la zona por si encontrasen alguna pista.

—Infórmame en cuanto encuentren algo. LO QUE SEA. Mientras tanto, tráeme a Hank —le ordené—. De inmediato.

—Hecho.

Cuando Sean se hubo ido, me puse a deambular por el despacho en un intento por controlar las náuseas que amenazaban con salírseme por la boca. Mientras me dedicaba a dar órdenes y a formular planes, conseguía moderarme; sin embargo, como ahora no podía hacer otra cosa que esperar, sentí cómo un hoyo inmenso me perforaba el estómago.

La última vez que habían visto a Ayana había sido mientras ella estaba hablando con Hank. Según indicaba el vídeo, de eso hacía veintitrés horas. En mi mundo, una eternidad.

Cabía una muy sutil posibilidad de que hubiese desaparecido del mapa por voluntad propia sin pasar por su apartamento a coger primero cuatro cosas. Sin embargo, la intuición me decía que no era el caso.

Ayana estaba en peligro y si quienquiera que la hubiese secuestrado le lastimaba un solo pelo... Joder.

El corazón se me convirtió en un sombrío y despiadado bloque de hielo mientras yo seguía con la vista puesta en la imagen de Hank en la pantalla.

Ni el mismísimo Dios podría evitar que me vengara.

47

Ayana



Antes de abrir los ojos, olí a sangre.

Apestaba a metal y a muerte, y aquel olor era tan intenso que no pude respirar ni una sola vez sin sentir que me asfixiaba. Con cada inhalación parecía que estuviese aspirando directamente cobre por la nariz. Notaba el mismo regusto al final de la lengua y tuve que contener las arcadas.

Se me cerró el estómago. Cerré los ojos con fuerza porque me aterraba la sangrienta escena que me esperaba si olía tanto a sangre, pero tampoco podía quedarme a oscuras para siempre. Y menos cuando alguien me había agarrado en medio de la calle para llevarme... donde quiera que estuviese ahora.

Debieron de inyectarme algún tipo de sedante, porque me dolía muchísimo la cabeza y justo estaban empezando a despertárseme los brazos y las piernas.

Hice de tripas corazón y fui abriendo los ojos lentamente. Pestañeé para deshacerme de aquel entumecimiento hasta que, poco a poco, fui viendo el lugar donde me encontraba.

Estaba atada a una silla en medio de una ancha nave. Tenía las manos atadas con una áspera cuerda detrás de la silla y los pies también sujetos a las patas de esta.

Unas motas de polvo bailoteaban bajo aquellos finos rayos de sol que se colaban en la sala. Parecía una especie de almacén. Techos altos, suelos de cemento y unas ventanas mugrientas situadas en lo alto de aquellas desnudas paredes. Estaba rodeada de contenedores de transporte que me impedían ver cualquier cosa que quedase más allá de lo inmediatamente cercano.

Y, tumbado justo frente a mí, a menos de tres metros, un cadáver.

Me corrijo: trozos de un cadáver. Un torso, un brazo y...

Se me revolvieron las tripas. La bilis me subió garganta arriba y me dieron unas sonoras arcadas.

Quise volver a cerrar los ojos y fingir que no estaba ahí, fingir que estaba a salvo y envuelta en la calidez de mi cuarto, tapada con el edredón hasta la barbilla y con la vela de aromaterapia de lavanda que tenía en la mesilla de noche encendida. Pero no podía apartar la vista.

Era como ver el contenido que aparecía en las fotos del sobre pero en la vida real, solo que ahora se trataba de otro hombre. No sabía quién era. Tenía la cara girada hacia el otro lado, lo cual era de agradecer. Dudaba que pudiese aguantar a un par de ojos inertes mirándome mientras yo esperaba a que me llegase el destino fatal que tuviesen planeado mis secuestradores.

Me quedé ahí sentada, de piedra y aterrada por completo, convencida de que el responsable de la macabra muerte de aquel hombre aparecería en cualquier momento y me descuartizaría de

forma similar. Sin embargo, los minutos fueron avanzando y, aparte de mi andrajosa respiración, no oí absolutamente nada.

«Serénate de una puñetera vez. El histerismo no te servirá de nada. Tienes que pensar».

Conté hasta diez en silencio y, al final, conseguí calmar lo suficiente la respiración como para estudiar el espacio que me rodeaba.

En Nueva York tampoco había tantos lugares donde cupiera un almacén de estas características. En Manhattan segurísimo que no estaba. Claro que también podía ser que me hubiesen trasladado a otro estado directamente.

¿Cuánto tiempo me había pasado inconsciente? ¿Horas? ¿Días? El tiempo suficiente como para llevarme a algún estado colindante como Pensilvania o, por lo menos, sacarme de la ciudad.

A juzgar por el ángulo y el color de la luz, parecía que fuese la última hora de la tarde.

La cabeza me iba a mil por hora. Tenía que largarme de aquí, pero ¿cómo?

Me moví para ver si me habían atado muy fuerte. La cuerda en sí no era demasiado gruesa, pero los nudos estaban prietos a más no poder. No vi mi bolso por ninguna parte, como tampoco vi ningún objeto afilado que pudiese servirme para cortar las cuerdas.

La frustración empezó a invadirme.

«Respira. Piensa».

Estaba viva, lo cual significaba que los secuestradores tenían algo orquestado para mí. Si me quisieran muerta, ya me habrían matado.

Aunque tal vez prefiriera estar muerta que comprobar qué tenían pensado hacerme.

Me fueron viniendo a la mente unas nauseabundas imágenes de lo que podía hacerle alguien a una persona además de matarla. Se me

revolvieron las tripas de nuevo y me obligué a respirar profundamente por la nariz.

Entrar en pánico no me serviría de nada. Si quería salir de aquí, tenía que pensar con claridad. ¿Qué haría Vuk?

«Vuk». Al pensar en él, se me encogió dolorosamente el pecho. Parecía que hiciese un siglo de nuestra discusión, si es que podía llamársele así, aunque seguramente no haría más de uno o dos días. No tenía ni idea de qué ocurriría con nuestra relación, pero daría lo que fuese con tal de volver a verle la cara y oírle la voz. Si esto no llegaba a darse nunca, las últimas palabras que habríamos intercambiado habrían sido el resultado del *shock* y del enfado; al menos, por mi parte.

El arrepentimiento se me arremolinó en el estómago. Hasta ahora, el mundo de sicarios y asesinatos que envolvía a Vuk se me había antojado ajeno a la vida real. Sabía que existía, pero había estado tan aturdida durante el ataque de la boda y los días posteriores que no lo había acabado de asimilar del todo. Los hombres de Vuk habían neutralizado a los atacantes y Jordan seguía vivo, pero le habían disparado. La amenaza había estado allí y, aun así, a mí no me había parecido real.

No tanto como esto.

Volví a desviar la vista hacia el cadáver. Reprimí otra arcada. A pesar de que saliera de aquí con vida, jamás me olvidaría de lo que acababa de ver.

Sentí un poco más de empatía hacia las acciones de Vuk. Eso de «ojo por ojo, diente por diente» no es siempre la mejor forma de vengarse, pero algo es algo.

Las lágrimas se me amontonaron en la garganta. Ojalá Vuk estuviera aquí. Ojalá pudiera decirle todo lo que me pasaba por la mente.

Pero no estaba aquí, lo cual significaba que quien tenía que encontrar la forma de salir de este lío era yo. Me negaba a morir sin verlo y decirle que...

Tomé otra profunda bocanada de aire y sacudí la cabeza. «Céntrate, Ayana. Pasito a pasito».

Primero: descubrir a quién me enfrentaba. ¿Quién tendría medios y razones para secuestrarme? Emmanuelle me odiaba, pero tampoco es que fuese una secuestradora. Era más probable que te atacara con palabras y a base de chantaje. Las únicas otras personas que se me ocurrían eran los miembros de La Hermandad. Ya me habían saboteado la boda; no me sorprendería que intentaran llegar hasta Vuk a través de mí.

Y, en caso de que así fuera, estaba jodidísima. No podía enfrentarme a asesinos a sueldo ni de coña.

Pero tenía que intentarlo.

Me retorcí en el asiento en un intento por soltar los nudos. Nada.

Empecé a notar que me sudaban las axilas y que se me iba acoplando una fina pátina de sudor en la frente y el labio superior. Me rugieron las tripas. No había vuelto a comer nada desde los huevos y el *smoothie* que me tomé antes de ir a encontrarme con Vuk en el Valhalla. Tal vez, si hubiese comido algo más, ahora tendría más energía para...

Unos pasos irrumpieron aquel silencio sepulcral.

Me quedé helada. La bilis me subió por la garganta.

Aquellos pasos se volvieron cada vez más y más fuertes...

El corazón me latía al mismo ritmo inquietante con el que caminaba esa persona.

Y más...

Me moví todavía con más ímpetu. Los pensamientos para dar con alguna estrategia se me fueron de la mente, el pánico regresó a mí y

mis movimientos se volvieron frenéticos. A pesar de que consiguiera soltarme, dudaba que pudiese correr más deprisa que el secuestrador, pero lo que NO pensaba hacer era quedarme aquí y esperar a que me descuartizaran sin intentar resistirme.

Y más...

¿Eran imaginaciones mías o la cuerda que tenía amarrada al pie derecho había cedido un poco? Puse un poco más de peso en el otro costado, intentado...

Los pasos se detuvieron.

Estaban aquí.

Me quedé inmóvil. Tenía el pulso acelerado a más no poder. Me erguí de nuevo para mirar a mi secuestrador a la cara.

Levanté la vista, pasándola por el cadáver que tenía delante y subiéndola por aquel par de piernas vestidas con unos pantalones negros.

La fui subiendo, subiendo, subiendo... Hasta que vi una cara que me resultaba familiar.

Me quedé sin aliento.

«No».

48

Vuk



—¡No sé dónde está! —sollozó Hank—. ¡Lo juro! Pasó por ahí de casualidad mientras yo estaba fumándome un piti en la pausa. Ya está. Yo no he tenido nada que ver con su desaparición ni con que Emmanuelle la echara. He... —Le agarré el cuello con más fuerza, y sus palabras se volvieron un gorjeo constante.

El rostro se le tiñó de color púrpura y fue pegando inútiles patadas al aire.

Me había puesto a interrogarle en el mismo instante en el que Sean me lo había traído a casa hacía una hora y ya estaba harto de excusas. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que Ayana fuese vista en público por última vez; se me estaba agotando la paciencia. Y la misericordia también.

—Por favor —jadeó Hank—. Puedo ayudarte. Si me sueltas... Pue... —Volvió a atragantarse y se le hincharon los ojos.

Tuve la tentación de estrujarle aún más el cuello hasta cargarme su patética existencia, pero Hank era la última persona que había hablado con Ayana. Además, seguía relacionado con Beaumont, lo cual significaba que, según fueran aconteciéndose los hechos, tal vez pudiera servirnos de ayuda. Ahora mismo, era todo demasiado incierto, joder.

Lo solté de mala gana. Él se dobló, resoplando.

Al poco de que Sean fuese a por Hank, yo me marché del despacho del Valhalla y me fui a casa. Al otro lado de mi campo de tiro improvisado, había montado una oficina terciaria. Necesitaba disponer de algún lugar privado donde poder ocuparme de Hank, y ni el Valhalla ni la sede oficial de mi empresa eran el lugar adecuado para eso.

—Mira, yo no... No sé qué ha pasado, pero sí en qué calle pegó esquinazo —dijo Hank cuando hubo recobrado el oxígeno suficiente para volver a hablar con claridad—. Fue en esa... esa calle secundaria en la que no hay nada. Lleva a un montón de cafeterías y tiendas. Conozco a Ayana: me he pasado años siendo su agente. Cuando está estresada, se va a alguna cafetería y se pasa horas ahí sentada. Si revisáis las...

—Ya lo hemos hecho —respondió Sean con frialdad, que estaba observándonos en silencio desde una esquina—. No aparece en las grabaciones de ninguna de las cámaras de seguridad de los negocios de la zona.

Unas gotas de sudor cubrían el labio superior de Hank.

—A ver, también hay un montón de... —Lo fulminé con la mirada y él titubeó. Desvió la vista hacia izquierda y derecha y luego volvió a llevarla hacia la derecha antes de mirarme de nuevo—. Vale. Decíais

que lleva desaparecida desde ayer por la tarde, ¿no? A ver, no sé si esto tendrá nada que ver o si servirá de algo, pero, eh...

—Escupe —gruñó Sean.

—Yo tampoco he visto a Emmanuelle desde ayer por la tarde —soltó Hank—. Teníamos una reunión prevista para esta mañana y no se ha presentado. No es normal en ella. No... no la estoy tachando de secuestradora ni nada, pero es extraño que haya sucedido todo a la vez, ¿no? Además, se la tiene jurada a Ayana. ¿Y si ella sabe algo? —preguntó con un tono agudo al final.

Sean y yo intercambiamos miradas.

Tal vez Hank fuese más listo de lo que creíamos porque a mí también se me había ocurrido lo mismo al principio, solo que yo tenía información de la que él no disponía.

Gracias a Dominic, sabía con certeza que Emmanuelle Beaumont (cuyo nombre real era Élodie Beaumont) estaba relacionada con La Hermandad. Era la hermana de Stéphane Bouvier, también conocido como Shepherd (a secas). Lo que me hizo saltar las alarmas cuando leí la biografía de la presidenta de la agencia de modelos fue el nombre de la diminuta ciudad francesa de ambos.

El camino de Shepherd y el mío se cruzaron antes de que mi hermano muriese. Se había unido a La Hermandad un mes antes de que yo me marchara y había mostrado interés en ver cómo preparaba los venenos. Una noche, en mi laboratorio, soltó un comentario sobre su ciudad natal.

Fue un error por su parte. Entrenaban a los miembros de La Hermandad para que no compartieran nunca ningún detalle personal, ni siquiera entre ellos; sin embargo, él era demasiado nuevo en la organización y todavía estaba muy verde como para darse cuenta de que la había pifiado. En ese momento, no le presté

demasiada atención, pero recuerdo haber buscado el lugar por mera curiosidad y ver que solo tenía unos dos mil habitantes.

¿Cuántas posibilidades había de que Emmanuelle y Shepherd fuesen del mismo sitio los dos y no estuvieran relacionados?

Mi equipo no había podido establecer conexión alguna porque la única prueba que podría demostrarla quedaba oculta como la que más en los movimientos financieros de ambos. Sin embargo, la contabilidad forense de Dominic por fin me había confirmado aquello que había intentado decirme mi intuición. Quien había mantenido a flote el bando de Shepherd con malversación de fondos de la agencia y de otras actividades paralelas más lucrativas pero también aberrantes había sido Emmanuelle.

Dominic dio con un montón de depósitos de grandes cantidades que no podían atribuirse ni a su salario de Beaumont ni a otras fuentes. Tras ahondar un poco más, encontró una vertiente laboral más desagradable; para ser concretos: un grupo de «entretenimiento sexual» que sacaba a los «artistas» de su propia plantilla de modelos.

Las modelos más lucrativas de Beaumont se salvaban de esta parte de su negocio*;* sin embargo, las que llevaban años con la agencia y no habían ganado tanto como le habría gustado a la dirección acababan viéndose forzadas a realizar otros trabajos distintos para pagar sus deudas.

Dominic no había investigado quiénes eran sus clientes, pero apostaría que formaban un quién es quién del mundo de la moda y demás. Lo cual explicaría por qué Emmanuelle tenía tantísimo poder.

O sea, que sí: estaba directamente relacionada con La Hermandad y tenía motivos para hacerle daño a Ayana. También tenía un motivo adicional, que era hacerme daño a mí por haberme cargado a su hermano, pero quien había secuestrado a Ayana no era ella. De

serlo, Enzo (el hombre a quien había encargado que la siguiese) me lo habría contado, pero me había dicho que todo iba como siempre.

Ignoraba por qué no había asistido Emmanuelle a la reunión con Hank. A lo mejor estaba tan harta de él como yo.

Hank seguía hablando de cafeterías cuando Sean me llamó:

—Vuk. —Hizo un gesto hacia la puerta con la cabeza, dándome a entender que debíamos hablar en privado.

Dejamos a Hank en la sala. Como no teníamos nada importante ahí, tampoco me preocupaba.

—Me han llamado los hombres que tengo rastreando la zona —me contó Sean cuando estuvimos a solas—. Han encontrado un vaso para llevar en la calle que ha mencionado Hank antes. Coincide con el que se veía en las grabaciones donde sale Ayana. Lo han traído al laboratorio para analizar las huellas. Lo que pasa es que en aquella calle no se puede ver nada. No hay cámaras y queda escondida para la mayoría de los transeúntes. Si alguien pusiera una furgoneta en un extremo, nadie vería lo ocurrido.

La frustración me corría por las venas.

—O sea, que da igual que el vaso fuera el suyo. Solo sabríamos dónde la pillaron; nada más.

—Puede. O puede que no. —Sean me enseñó una foto desde su móvil. En ella se veía un centelleante botón plateado en el sucio suelo de cemento—. También han encontrado esto en el suelo, cerca del vaso. A lo mejor se le cayó a alguien que también pasó por esa calle el mismo día o a saber por qué terminó ahí. No hay nada que indique que pueda estar relacionado con todo esto de Ayana, pero también lo han traído por si acaso. Lo primero que han analizado ha sido el botón. No han encontrado huellas dactilares, pero sí un trazo de suelo aluvial. En Long Island hay a montones. Tal vez estemos agarrándonos a un clavo ardiente, pero...

—Si tuvieran que llevarla a algún sitio, la llevarían a algún lugar remoto, sin cámaras ni testigos.

De modo que Manhattan quedaba prácticamente descartado. Long Island, en cambio, era el lugar ideal.

Como bien había señalado Sean, podía ser que nos estuviéramos agarrando a un clavo ardiente. Aquel botón podía pertenecer a alguien de Long Island que hubiese venido de visita a la ciudad. Aun así, seguía siendo una pista y yo estaba desesperado y dispuesto a aferrarme a todo lo que encontráramos, por somero que fuera.

—Exacto —Sean me dio la razón—. Long Island es grande, pero primero barreremos las zonas más aisladas; sobre todo, los puntos donde haya almacenes abandonados.

—Voy con vosotros.

Necesitaba hacer algo. Como me quedase en casa un minuto más, me volvería loco.

Sean no rechistó.

—Lo aviso cuando estemos listos para salir. ¿Qué quiere que hagamos con Hank?

—Encerradlo aquí. Quiero tenerlo controlado.

Dudaba que él tuviese nada que ver con la desaparición de Ayana, pero seguía sin confiar en la rata esa.

Mientras Sean fue a hacer las gestiones necesarias, yo llamé a Roman. Me saltó directamente el buzón. Otra vez.

Llevaba desde ayer sin poder localizarlo. Se había esfumado y yo cada vez estaba más seguro de que él sí tenía que ver con todo este follón de mierda.

Había un noventa por ciento de posibilidades de que fuese él quien le había hecho llegar esas fotos a Ayana. Cuando lo pillara, pensaba...

Me sonó el teléfono de prepago. «Hablando del papa de Roma...».

Respondí en el acto.

—¿Dónde cojones has estado?

—Disculpa, pero mi vida no gira a tu alrededor —espetó Roman—. Yo también tengo mis cosas. Bueno, ¿qué es tan importante para que me hayas llamado veinte veces las últimas dos horas?

Me obligué a postergar mis preguntas acerca de las fotos y me centré en lo más relevante ahora mismo. Ya lo mataría luego. De momento, necesitaba su ayuda.

Le resumí rápidamente lo de la desaparición de Ayana, lo que habíamos encontrado y en qué punto estábamos con la investigación.

—¿Tú tienes idea de dónde operan los del otro bando? ¿Alguna guarida o algún punto de encuentro en Long Island?

Roman guardó silencio un segundo.

—Puede. Me sorprendería que no tuvieran algo en Long Island. —Más silencio. Ya estaba a punto de colgar la llamada cuando volvió a hablar—. El otro bando... Tengo que contarte algo. En persona.

—¿Es importante o vas a soltarme más mierda?

No tenía tiempo que perder. Cuando se trataba de una desaparición, cada minuto valía oro y yo ya había desperdiciado suficientes.

—Es importante. Créeme —contestó—. De hecho, podría ayudarte a recuperar a Ayana.

Eso era todo cuanto necesitaba oír.

Quedamos en un lugar en concreto a una hora específica y colgué.

Me quedé mirando el móvil con un nudo en la garganta y lleno de desesperación. Intenté no imaginarme a Ayana atada en algún lugar, aterrada y sola.

«Aguanta, cielo. Ya voy».

49

Ayana



—Pareces sorprendida —dijo Wentworth arrastrando las palabras—. ¿Esperabas encontrarte a alguien más?

Me lo quedé mirando boquiabierta mientras me preguntaba si no me habrían inyectado un alucinógeno en lugar de un sedante. Era la única explicación que se me ocurrió al ver a aquel exfotógrafo del mundo de la moda apuntándome con una pistola en medio de un almacén vacío.

Desde que había intentado atacarme tras aquella sesión de fotos para Sage Studios, no había vuelto a oír hablar de él ni tampoco lo había visto más. Y ahora, aquí estaba: con un aspecto deteriorado pero vivito y coleando.

Se me quedó mirando con los ojos centelleantes. Tenía la nariz torcida, como si se le hubiese curado mal después de habérsela roto (al pensar en eso, sentí una pizca de satisfacción) y el pelo un poco más largo. Llevaba la mano derecha enyesada con una escayola

recubierta de una venda azul, lo cual significaba que estaba sujetando el arma con su mano izquierda, que no era la dominante.

—¿Formas parte de La Hermandad? —pregunté atónita y sin poder evitar que se me colara cierta incredulidad en la voz.

Lo dudaba. Imaginármelo como miembro de la organización me parecía más absurdo que imaginarme al capo de alguna mafia teniendo un trabajo secreto como payaso en fiestas de cumpleaños, pero necesitaba hacer tiempo mientras pensaba cómo diablos iba a salir yo de esta.

Asesino o no, Wentworth me la tenía jurada a nivel personal y buscaba venganza. Un hombre rencoroso y con una pistola en la mano era peor que un profesional a quien le importabas un bledo.

—No, no soy uno de ellos. Aunque se podría decir que tenemos a alguien en común. —Al ver la sonrisa de Wentworth, un escalofrío me recorrió entera—. Ellos querían a Vuk y yo te quería a ti. Por suerte, ahora sois un *pack*. Ojalá le hubiese visto la cara a ese cabrón al darse cuenta de que habías desaparecido. Debe de haberse vuelto loco. —Sonaba dichosamente malicioso—. Te estuvimos siguiendo todo el día. Él no se dio cuenta porque no llegó a salir nunca del Valhalla. Mira qué suerte la nuestra.

Reconocía ese tono maníaco y excitado. Iba drogado otra vez.

Genial. Por si tener que lidiar con un cabrón vengativo que iba armado no fuera suficiente, tenía que lidiar con un cabrón vengativo que iba armado y de coca hasta las cejas.

Le aguanté la mirada y ejercí presión con el tobillo derecho contra la cuerda. Cedió un milímetro.

—¿Sabes lo que hizo? —Cuando Wentworth se me acercó, me quedé petrificada. El aliento le olía a una fruta empalagosamente dulce y a *whisky*. Me entraron ganas de vomitar—. Me destrozó la mano. Me la machacó con un martillo. Se me ha acabado lo de

disparar; al menos, con la cámara. —Blandió la pistola en el aire y se rio de su propia broma—. Y todo porque yo quería besuquearte un poquito.

Me ejerció presión con el frío metal de la pistola en la sien. Noté la pesadez del terror en la boca y fui incapaz de contener un gemido.

—Cuando le dije que quien lo estaba pidiendo eras tú, no me creyó, pero he visto lo que haces en nombre de «la moda» —dijo Wentworth con desprecio—. Apareces medio desnuda en las pantallas de Times Square. Si eso no es una insinuación en toda regla, no sé qué es.

En mi interior fue cociéndose un enfado ardiente y desgarrador. Me ardía la piel y me mordí la lengua con tanta fuerza que me salió sangre. Tuve ganas de arremeter y decirle que el problema más grande del mundo era la gente como él y que tal vez Vuk debería haberle machacado la boca, en lugar de la mano. Así Wentworth no podría ir escupiendo su infame veneno por ahí.

Por desgracia, como quien tenía la sartén por el mango no era yo, no podía enfrentarme a él. Wentworth no estaba siendo racional. A saber lo que haría como lo hiciese estallar.

Me obligué a tragarme mi agria respuesta y levanté la barbilla para señalar algo que le quedaba detrás. «Pasa de su pullita. Haz que siga hablando».

—El cadáver. ¿Quién es? ¿Por qué lo has matado?

Wentworth puso los ojos en blanco.

—Nadie importante. Se las tuvo con la persona equivocada, ya está. Pero yo no lo maté. A mí solo me interesabas tú. —Sonrió de nuevo. Se me erizó la piel a más no poder de una forma sumamente desagradable—. Si por mí fuera, tú y yo ya estaríamos dándole ahora mismo; pero, como me desvíe del plan, los demás se cabrearán muchísimo. Además, quiero que llegue Vuk para que lo

vea. No creo que tarde demasiado en encontrarnos. —Las palabras que pronunció a continuación se cargaron mi brizna de esperanza—: Los de La Hermandad le han dejado una pista ideal en la calle. Pensará que ha dado con algo, pero nosotros ya estamos preparados. Además... —me recorrió cuidadosamente el lateral de la cara con la pistola— por más refuerzos que traiga, nunca tendrá suficientes. —Detuvo el recorrido del arma y me ejerció presión con el metal bajo la barbilla—. Porque te tenemos a ti y él nunca pondrá tu vida en peligro. Ni siquiera para salvarse a sí mismo.

—No vais a saliros con la vuestra —respondí porque fui incapaz de contenerme. Tenía que seguir hablando porque, de lo contrario, vomitaría sobre los zapatos de Wentworth, y dudaba que eso fuese a acabar demasiado bien—. Vuk nunca perderá. Es demasiado listo.

—Eso ya lo veremos.

La indiferencia que emanaba Wentworth me aterró más que si lo hubiese visto reaccionando desde el cabreo. ¿Qué trampa habrían preparado entre él y los de La Hermandad?

«Da igual. Vuk se las arreglará. Tiene que arreglárselas».

Era invencible. Mortal, sí, pero me resultaba imposible imaginarme algo o a alguien cargándoselo.

Vuk no moriría por mi culpa. Me negaba a imaginármelo siquiera.

—Tengo que irme. Tengo muchísimas cosas que hacer, pero quería pasarme a saludar —me dijo Wentworth—. Disfruta de la soledad mientras puedas. —Volvió a reír.

Aguanté la respiración hasta que hubo desaparecido por las oscuras entrañas de aquel almacén. ¿Cuántos guardias habría? ¿A qué se enfrentaría Vuk cuando me encontrase, si es que lo lograba?

«Te tenemos a ti y él nunca pondrá tu vida en peligro. Ni siquiera para salvarse a sí mismo».

Las lágrimas se me amontonaron en la garganta.

Wentworth y las personas con quienes estaba conspirando no me matarían hasta que llegase Vuk. Necesitaban mantenerme con vida para llegar hasta él. Pero eso no significaba que no fueran a hacerme otras cosas.

Tenía que soltarme. Si no conseguía escapar, por lo menos podría esconderme hasta que diese con la forma de buscar ayuda. Ya casi había caído la noche; sería más fácil esconderme en la oscuridad.

Volví a estudiar mis alrededores. No vi cámaras por ninguna parte y agradecí que no hubiesen puesto a nadie aquí para que montase guardia y me controlara. Si en lugar de ser yo fuera Vuk, tendrían a una decena de guardias armados acechándome constantemente. Debían de pensar que yo no les supondría una amenaza lo bastante importante como para destinar más recursos en mí, aparte de unas cuantas cuerdas y un sedante cuyos efectos no tardaban demasiado en desaparecer.

He aquí el lado positivo del estereotipo ese de «las modelos tontas». La gente no paraba de infravalorarme.

Reexaminé la situación. Intentar soltarme de manos y pies era imposible. Por más que consiguiera quitarme la cuerda de un tobillo, tampoco me serviría de mucho. Tenía que soltarme las manos.

Miré a mi alrededor por enésima vez buscando desesperadamente alguna horquilla o cualquier cosa que pudiese utilizar a modo de cuchilla improvisada.

Nada.

Ya estaba a punto de rendirme y continuar contorsionándome sentada en la silla cuando reparé en mis zapatos. Para variar, iba con tacones: unos preciosos *stiletto* de diez centímetros y con una buena punta. No eran un cuchillo ni tampoco unas tijeras, pero sí eran afilados y, usándolos bien, podían ser mortales. Y aún mejor: eran abiertos, de modo que me los podía quitar con facilidad.

Empecé a formular un plan mentalmente. Implicaba riesgo, pero era mejor que nada.

Solo esperaba que me diese tiempo a ejecutarlo antes de que regresara Wentworth.

50

Vuk



Lo encontramos.

Después de pasarnos tres horas buscando, planeando y agonizando, lo encontramos, joder. Teníamos el almacén donde habían llevado a Ayana.

Mi respiración iba manchando el fresco aire de la tarde-noche mientras Sean, Bruce, Mav y yo observábamos aquel inmenso edificio escondidos detrás de una pared baja de cemento. Era espeluznantemente parecido al que yo mismo tenía en Brooklyn. Se encontraba en un terreno desolado repleto de cemento agrietado y malas hierbas, y no había señal de vida alguna más allá de la rata que pasó a toda prisa por nuestro lado hacia ninguna parte.

Había una furgoneta negra aparcada fuera y una tenue luz dorada se colaba a través de las mugrientas ventanas del almacén.

Teníamos un cinco por ciento de posibilidades de que ese no fuera el lugar, pero Ayana estaba ahí dentro. Lo notaba. Su cercanía era como un imán que tiraba de mí hacia la luz, y la adrenalina me inundó la sangre, avivándome los sentidos mientras esperábamos al momento adecuado para atacar.

—Te lo he dicho. —El calmado comentario de Roman hizo que los cuatro lo fulmináramos con la mirada—. Me debéis una.

—No te debemos nada —gruñó Sean—. Nadie nos garantiza que esté ahí dentro.

La reacción de Roman confirmó la presencia de La Hermandad en la zona. Lo que no podía asegurarnos era que tuviesen a Ayana.

—Está ahí. Cuando la rescatéis, yo me ocupo del resto. —Roman me miró a los ojos—. No la caguéis.

Entorné la vista. Apreté un poco más el gatillo de la pistola y la temperatura bajó otros diez grados más mientras yo intentaba controlar la ira que me corría por las venas cada vez que lo miraba a la cara.

Tal y como él mismo me había pedido, nos habíamos reunido antes. Tenía muchísimas cosas que contarme: tanto sobre el secuestro de Ayana como sobre el otro bando y la verdad que se escondía detrás de las gilipolleces que había ido contándome en los últimos meses.

Tenía suerte de que no lo hubiese matado. Había estado a punto en más de una ocasión, pero cierto era que me había pasado información esencial, por más que debería habérmela dado hacía muchísimo tiempo.

Además, necesitaba a Roman para que nos cubriera esta noche. Solo había venido con tres de mis hombres porque meternos en un tiroteo con La Hermandad no era lo mismo que tenderle una emboscada a alguien. Era consciente de que, a diferencia de lo

ocurrido con Shepherd, aquí no íbamos a tener la sartén por el mango. Esta batalla no iba a ser para nada agradable y no pensaba arrastrar a todo mi equipo hacia una masacre.

Aparte, en este caso en concreto, era más importante ser sigilosos que ser más en cantidad. Si venía con mis doce hombres, no podríamos colarnos en el almacén sin levantar sospechas entre los miembros de La Hermandad ni de coña. Cuanto más por sorpresa los pillásemos, mejor.

A pesar de sus fallos, Roman nos venía de perlas. Era muy bueno disparando y trabajaba bien en la oscuridad.

—Ya es la hora —dijo Sean en voz baja.

Roman y yo apartamos la vista del otro.

Tras oír aquellas palabras, hubo un claro cambio en el ambiente. Bruce y Mav entraron en tensión y adoptaron un rostro más serio bajo el pálido brillo de la luna. A Roman le desapareció la sonrisa socarrona de los labios y a mí se me crispó la sangre. El cabreo que había sentido antes se fue disipando, sustituido por una fría y pausada lógica.

Había llegado el momento.

Sin terciar palabra, Sean, Roman y yo nos separamos del resto y fuimos sigilosamente hacia el almacén. Bruce y Mav se quedarían detrás para cubrirnos mientras nosotros nos colábamos dentro y rescatábamos a Ayana.

Nos mantuvimos escondidos entre las sombras y procuramos que a duras penas se oyesen nuestros pasos. Miedo, pánico y preocupación desaparecieron de repente en cuanto me fijé en la otra salida. Me quedaba delante y aquella puerta de metal oxidado me llamaba como el canto de las sirenas a los marineros.

El corazón empezó a latirme a un ritmo dolorosamente lento.

Cabía la posibilidad de que nos estuvieran tendiendo una trampa; lo tenía clarísimo. No llegué a creerme en ningún momento que quienquiera que hubiese secuestrado a Ayana se hubiese dejado algo tan evidente ahí por error, y menos un maldito botón sin huellas.

La nueva generación de La Hermandad era más torpe, pero tampoco tanto. Aquel botón lo habían dejado a propósito para que acabásemos aquí.

Aun así, no me quedaba otra opción que morder el anzuelo. De lo contrario, recurrirían a medidas más extremadas para llamar mi atención: un dedo cortado o un vídeo donde se viera cómo torturaban a Ayana. Puede que no llegaran a matarla, pero hay cosas peores que la muerte.

El terror que sentí al imaginarme todo eso se me clavó en el estómago con un frío glacial.

«Todavía no la han tocado. Es demasiado pronto». El frío también se me abrió paso por el pecho. «Es demasiado pronto», me repetí en silencio.

Aunque no podía dejar de imaginarme eso sin parar. Las imágenes iban intercalándose con recuerdos de los últimos meses: Ayana riendo, Ayana vacilándome con el tema del bingo, Ayana resplandeciente mientras me hablaba de los olores desde un punto de vista científico...

Era lo mejor que tenía en la vida. Al imaginarme a alguien o algo arrebatándole la felicidad, se me tiñó la vista de un rojo escarlata. Y se me contrajo el corazón.

No podía perderla. Ahora no. Nunca.

«La encontraremos». La encontraría aunque tuviera que echar la ciudad entera abajo, y Ayana estaría bien. Tenía que estarlo.

Sean, Roman y yo llegamos a la puerta sin contratiempos. Tal y como me había imaginado, estaba cerrada con llave, pero resolvimos aquel problema con un minisoplete.

Coloqué la mano en el mango de la puerta y dudé un segundo. Se me pusieron los pelos de punta. Me imaginé a un escuadrón de asesinos esperándonos al otro lado, dispuestos a disparar.

No, eso tampoco. No me matarían tan deprisa. Como tampoco matarían tan deprisa a Roman cuando se enterasen de que los había traicionado. Al único a quien tal vez le concederían una muerta rápida era a Sean.

Tal vez, aunque eso no ocurriría, porque ninguno de nosotros iba a morir.

Roman y Sean se pegaron a la pared a ambos lados de la puerta. La abrí y me coloqué sigilosamente detrás por si alguien salía de entre las sombras.

Silencio.

Aun así, yo me mantuve en guardia mientras me adentraba en el almacén y...

Una ráfaga de pistoletazos estalló en medio de la noche. Una bala se estampó contra la puerta que tenía pegada a la oreja. El metal chirrió y salimos a toda prisa, entre maldiciones, para devolver los disparos.

¡Mierda! Nos habíamos preparado mentalmente para esto, lo cual no impidió que se me acelerase peligrosamente el pulso. Por más que llevásemos chalecos con tejido kevlar, nos podían disparar en la cabeza y, ahora que había abierto la puerta, tenía dos frentes por cubrir, porque igual nos disparaba alguien desde dentro.

De momento, nada. Todos los atacantes se encontraban fuera, pero la cosa no tardaría en cambiar. Me apostaba lo que fuera.

—¡Ya nos ocupamos nosotros! —chilló Sean—. Venga —me gritó en un susurro.

Otra bala se incrustó contra la pared justo encima de su cabeza. Roman se giró y disparó a alguien que había dentro de la furgoneta.

El cristal se rompió. Gritos de dolor y los golpes de unos cuerpos al caer retumbaron a nuestro alrededor. Era imposible saber con precisión dónde estaban los atacantes. Además, había oído el grito de Mav a lo lejos. Estaba herido.

La culpabilidad me fue carcomiendo. Había traído a mis hombres hasta aquí a sabiendas de que muy probablemente nos encontraríamos ante una emboscada. Ellos mismos eran conscientes del riesgo que suponía venir pero, a fin de cuentas, esta era mi batalla.

—¡Venga! —volvió a gritarme Sean.

Roman seguía ocupado intercambiando disparos con los atacantes de la furgoneta.

Una bala pasó por nuestro lado y le rozó la oreja a Sean, que siseó y les devolvió el favor. A lo lejos, se oyó otro golpe, pero ahora los disparos provenían de más cerca. Los atacantes estaban avanzando.

Su férrea orden me sacó de mi aturdimiento. No había durado ni dos segundos pero, ahora, cada segundo contaba.

Sean y Roman sabían cómo protegerse. Mi prioridad absoluta era encontrar a Ayana.

Sean me cubrió mientras entraba en el almacén. Estaba intentado evitar a toda costa que los atacantes me atacaran.

El hecho de que estuviesen disparándonos desde fuera era una pésima señal. Significaba que dentro me aguardaba una trampa.

Fui adentrándome por las naves, donde me recibió un espeluznante silencio. Cuanto más avanzaba, más lejos se oían los

disparos del exterior. Aquel almacén era inmenso y había un montón de contenedores de transporte apilados a mi alrededor, lo cual permitía a La Hermandad tenderme una buena emboscada.

Tenía que andarme con mucho cuidado, de modo que fui avanzando muy lentamente. No sabía dónde tenían a Ayana y en ese lugar había, por lo menos, doce naves distintas. Sin embargo, al final atisbé un centelleo de luz en lo alto. Era una luz blanca y brillante, como el reflejo de un móvil o de un *flash*.

Dudaba muchísimo que los secuestradores le hubiesen dado a ella nada de eso, lo cual significaba que había un miembro de la organización cerca. Si los capturaba sigilosamente, podría conseguir que me dijeran dónde estaba Ayana o, por lo menos, que me dijeran a qué me estaba enfrentando... A no ser que esta fuese la trampa.

El pragmatismo y la desesperación empezaron a librar una batalla dentro de mí. Si mi antiguo yo pudiese verme en estos momentos, me pegaría un broncazo por semejante impulsividad e idiotez. Hoy no estaba ciñéndome a ningún guion y no estaba pensando tan estratégicamente como debería. Todas mis decisiones racionales acababan eclipsadas por mi necesidad de llegar a Ayana cuanto antes.

La Hermandad contaba con que actuara precisamente así, pero tampoco me quedaba otra. Por suerte, yo también tenía un as bajo la manga. Si eso no funcionaba... Bueno, en ese caso sí que estaría jodido.

Fui hacia la luz. Había silenciado el arma antes de salir de casa pero, con un poco de suerte, ni siquiera tendría que utilizarla. Las navajas eran más rápidas y más sigilosas, pero las Glock intimidaban más.

Casi hube llegado al final de la nave cuando oí el clic de una pistola a mis espaldas. Antes de que pudiese reaccionar, noté la

presión de aquel frío metal contra la sien.

Me detuve, inmóvil.

—Suelta el arma.

Unas enfurecidas y abrasadoras llamaradas de fuego se colaron en mi interior. Apreté los dientes, pero obedecí. La pistola cayó al suelo emitiendo un ruido metálico.

—Aléjala con el pie.

En mis adentros, las llamaradas adoptaron la forma de una hoguera infernal. Le pegué una patada a la pistola para echarla a un lado. El arma se deslizó por el suelo y se detuvo a pocos centímetros de un contenedor de transporte.

Al cabo de un segundo, vi una cara familiar. Le brotaba sangre de la frente, pero tenía una mirada fría y clara.

—Lo siento —anunció Roman tranquilo—, pero tienes que venir conmigo.

51

Ayana



Después de lo que parecieron horas, conseguí soltar la cuerda con la que tenía atado el tobillo derecho lo suficiente como para quitarme el tacón con el pie. Era un logro minúsculo, pero a mí me pareció como si acabase de llegar a la cima del Everest.

Estaba tan sudada que tenía los pantalones y la camisa pegados a la piel. Me ardían los pulmones y me dolían tanto brazos como hombros porque llevaba horas atada en esa misma posición.

Aunque todavía no había terminado y ya tenía otro problema que resolver: ¿cómo iba a coger el tacón si tenía las manos atadas?

Me mordí el labio. Con el paso de las horas, la peste a cadáver no había hecho sino aumentar, pero yo ya me había vuelto inmune. No era más que otra cosa de mierda en una situación de mierda.

Por suerte, Wentworth todavía no había regresado y por allí no había aparecido ningún secuestrador más, todavía. Tras pensarlo un minuto, aguanté la respiración y me fui acercando tanto como pude

al zapato. Entre tanto silencio, el chirriar de las patas de la silla contra el suelo resultaba ensordecedor, pero no vino nadie corriendo para comprobar de dónde provenía semejante ruido.

Cuando hube conseguido colocarme donde quería, miré el zapato y calculé los ángulos mentalmente. No eran perfectos, pero es lo que había.

Me preparé y, en lugar de volver a menearme con discreción, me balanceé de un lado al otro, con fuerza. Coloqué tanto peso como pude en la parte derecha de la silla, paré para respirar y repetí el movimiento. Tuve que intentarlo una decena de veces antes de que la gravedad por fin pusiera de su parte y la silla cayera.

Me di con el hombro contra el rígido cemento y ahogué un grito. Una fuerte oleada de agonía me reverberó por todo el cuerpo; ojalá aquel crujido de huesos hubiese sido solo cosa de mi imaginación.

Apreté los dientes ante el dolor y moví los brazos a tientas tras de mí en un intento por agarrar el tacón. Lo rocé en varias ocasiones, pero no logré cogerlo en ningún momento. El nudo con el que me habían atado las muñecas estaba prieto a más no poder y a duras penas podía girar la cabeza para llegar a ver lo que tenía detrás.

«Venga. Venga. Ven... ¡Vamos!».

Agarré el tacón justo cuando un fuerte ruido que provenía del exterior rompió el silencio y se me volvió a caer el zapato.

—Mierda. —El enfado me impidió contener aquella maldición.

Casi lo había conseguido. Sin embargo, mi frustración desapareció en cuanto asimilé qué era ese ruido.

Eran disparos. Decenas.

Me dio un vuelco el estómago. Ya había oído ese ruido antes, cuando Vuk me había enseñado a disparar. No obstante, oír semejante sonido cuando controlas el arma no es lo mismo que oírlo

cuando estás atada, muerta de hambre y, seguramente, te acabas de fracturar el hombro.

Pero... los miembros de La Hermandad no se dispararían entre sí. Aquel tiroteo indicaba que había llegado alguien más. Indicaba que había llegado Vuk.

«Pensará que ha dado con algo, pero nosotros ya estamos preparados». El recuerdo de la provocación previa de Wentworth se encargó de partir mi alegría en dos.

Incluso en el caso de que Vuk estuviese aquí, seguiríamos en peligro. Los de La Hermandad estaban esperándolo. Y todos esos disparos... ¿Y si lo...?

NO. Me negaba a pensar en eso. Iba a ponerme a delirar como la que más y a imaginármelo disparando sin parar para abrirse paso entre aquella andanada y, con algo de suerte, ya puestos, le atravesaría la boca al engreído de Wentworth con una bala, joder.

Al pensar que venían a rescatarme, sentí una nueva descarga energética. Continué buscando el tacón con más ahínco e intenté ignorar el dolor, cada vez mayor, que notaba en el hombro. En esta ocasión, no tardé ni un minuto en pillar el zapato.

Moví el cuerpo para poder meter el *stiletto* entre el nudo que me ataba las manos. No era lo bastante afilado como para cortar la cuerda, pero sí lo suficiente fino como para poder colarlo entre el nudo y, tal vez, si conseguía moverlo bien, soltarlo un poco.

Era esperar mucho, pero tampoco veía otra opción.

Los sonidos de los disparos cesaron de forma abrupta. «Mierda». Tenía la esperanza de que aquel tiroteo fuera a distraer a los miembros de La Hermandad el tiempo suficiente como para que no vinieran a por mí antes de que me diese tiempo a escapar.

¿A qué se debía aquel repentino silencio? ¿Quién había ganado? Si Vuk estaba por aquí, ¿estaría herido o muerto?

Unos puntitos empezaron a nublarme la vista. La sala me dio vueltas y mis esfuerzos por soltar el nudo fueron debilitándose a medida que fui imaginándome el cuerpo roto y ensangrentado de Vuk.

—Para —me susurré con firmeza—. Ubícate, Ayana.

Ahora mismo no podía permitirme entrar en bucle imaginándome hipótesis. Tenía que desatar aquel nudo pero ya.

Vendrían a por mí. Era solo cuestión de tiempo.

Reanudé mis esfuerzos, pero aquella oleada de energía previa ya había menguado. Al cabo de algunos segundos, cedí e intenté recuperar la respiración. El dolor que notaba en el hombro había cedido un poco, pero no tenía claro si era porque de verdad había disminuido o porque la adrenalina me había bloqueado los principales receptores de dolor.

Hundí un poco más el tacón en el nudo. Si conseguía...

Pasos. Ahora eran dobles.

Y estaban cerca.

No podría soltarme a tiempo ni de broma. Como aquellos pasos fuesen los de mis secuestradores, estaba muerta. Sabrían que había intentado escapar y me encerrarían bajo llave para evitar que se repitiera.

Los pasos se detuvieron frente a mí.

El enfado hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Qué poco me había faltado. Qué poco me había faltado para soltar el nudo.

Ahora ya no podía hacer nada al respecto. Se me había acabado el tiempo y, en situaciones como estas, que me hubiese faltado muy poco seguía siendo insuficiente.

Se me cerró el estómago. Pestañeé para deshacerme de las lágrimas y me obligué a levantar la vista. La paseé por unas piernas

vestidas de negro y un par de torsos cubiertos por ropa del mismo color hasta que...

—Vuk.

Pronuncié su nombre exhalando y en *shock*. Noté que me vibraba el cuerpo entero. Volví a pestañear, segura de que eran imaginaciones mías, pero no. Estaba ahí, de pie, con toda su altura y su fuerza, y estaba vivo.

Al verlo, el alivio se adueñó de mí. Casi le pido que me desate, de no ser porque entendí que jamás tendría que pedirle algo semejante a Vuk. Bajo unas circunstancias normales, ya estaría en sus brazos y él ya habría dado con un plan para sacarnos de aquí.

Se me desdibujó la sonrisa a la vez que empecé a dejar de verlo solo a él y todo lo que nos rodeaba se fue evidenciando con una doliente claridad.

Vuk estaba mirándome con una expresión de pura culpabilidad y terror. Tenía las manos atadas en la espalda y el hombre que iba a su lado le estaba ejerciendo presión con una pistola en la cabeza. Yo no había visto a ese hombre en la vida. Tenía los ojos verdes, el pelo oscuro y era engañosamente atractivo, pero de una forma cruel y brutal.

El hombre en cuestión me miró sin emoción discernible en el rostro mientras yo seguía tumbada en el suelo.

Antes de que me diera tiempo a decir nada más, oí que se me acercaba otra persona por detrás.

A Vuk se le hincharon las fosas nasales. Tenía la vista puesta detrás de mí y le ardía la mirada con tantísima frialdad que incluso sentí que me helaba yo, que estaba a más de tres metros y medio.

Vi a Wentworth. Y a su lado...

Me dio un vuelco inmenso el estómago. Otra vez.

Solté todo el aire que tenía dentro de repente, estupefacta, al ver a la elegante rubia que miraba aquella escena con diversión.

—Veo que ya estamos todos aquí —enunció Emmanuelle—. ¿Os parece si empezamos?

52

Vuk



Iba a hacerlos pedazos con mis propias manos. A TODOS.

A Wentworth, el asqueroso cobarde de turno que había salido de su guarida ahora que podía esconderse detrás de otra persona.

A Emmanuelle, la zorra perversa que lo había orquestado todo.

Y a Roman, el puto cabrón ese.

Intenté respirar pese a la impotente rabia que me nublaba el juicio. Notaba el puñal de la venganza clavándoseme en la piel y haciéndome sangrar. Una venganza que burbujeaba y chisporroteaba con un enfado incandescente mientras aguardaba, simplemente aguardaba, a que llegase el momento para poder estallar y convertir a sus enemigos en polvo.

Porque ese momento llegaría. Hasta entonces...

Volví a centrar mi atención en Ayana. Estaba tumbada en el suelo y tenía las manos y los pies atados a la silla. No sé cómo lo había hecho pero, a pesar de tener los brazos detrás de la espalda, tenía uno de los tacones entre las manos. Me miraba con los ojos como platos y centelleantes a causa del miedo y del dolor.

No parecía gravemente herida, pero sí asustada y a mí me bastaba con eso para que me entrasen ganas de matar a todas y cada una de las personas que la habían hecho sentir así.

Afuera, los disparos habían cesado. No tenía ni idea de si había supervivientes en mi equipo. Tenía que confiar en que sí. De lo contrario...

Eché aquel pensamiento a un lado. «Paso a paso». Primero tenía que ver cómo desatarme y ocuparme del trío que tenía delante.

—¿Qué? ¿No vas a soltarme ninguna respuesta mordaz? —Emmanuelle sacudió la cabeza, burlona y fingiendo estar decepcionada al ver que Ayana permanecía en silencio. En caso de que a Ayana le sorprendiera ver a la directora de su antigua agencia allí, no lo demostró—. Vaya, pues qué pena.

—Has dicho que podíamos empezar. ¿Podemos empezar ya? —Wentworth estaba casi pegando saltos. El cabrón encocado hasta las cejas—. Vuk está ahí.

A Emmanuelle se le encorvaron un segundo los labios, pero volvió a serenársele la expresión enseguida. Llevaba una blusa, unos pantalones entallados y tacones. De no ser por la pistola que tenía en la mano, habría pasado por una ejecutiva cualquiera que regresaba del despacho. Que, por lo que supuse, debería ser su día a día.

—Paciencia, Wentworth —le dijo esta con un tono de voz cortante.

Él calló en el acto con expresión huraña. Wentworth también estaba sujetando una pistola, pero llevaba la mano que yo le había

destrozado enyesada. Al verlo, me invadió una brutal satisfacción.

Emmanuelle anduvo hacia las partes mutiladas del cuerpo putrefacto que quedaba entre Ayana y yo. Como el almacén era tan grande, antes no había olido nada; sin embargo, ahora que lo tenía tan cerca, noté que apestaba a más no poder.

Le dio un ligero puntapié a la cabeza y esta rodó un poco.

Me aseguré de mantener una expresión absolutamente neutra. No pensaba darle el placer de verme reaccionar de ninguna forma; aun así, al identificar aquella cara tan familiar, se me revolvieron las tripas.

Era Enzo, la incorporación más reciente de mi equipo. Lo había contratado para que siguiera a Emmanuelle. Se había pasado el día manteniéndome actualizado; sin embargo, a juzgar por la condición de su cuerpo, debería de llevar, por lo menos, veinticuatro horas muerto. Emmanuelle debía de haberle hackeado el teléfono para enviarme información falsa.

Enzo se había unido a mi equipo hacía un año. Ahora estaba muerto por mi culpa. «Siempre es culpa mía».

—¿Pensabas que no nos habíamos dado cuenta? —preguntó Emmanuelle—. Sabía que llevaba semanas siguiéndome, al igual que también sabía que me pusiste micrófonos en el despacho. Tengo que reconocer que tardé más de lo que me habría gustado en encontrar el chip de vigilancia, pero eso a ti se te da mejor que a él. Casi me ofende que no mandaras para vigilarme a alguien con más experiencia. —Chasqueó la lengua. Apartó la vista de mí y la deslizó hacia Roman, que se había mantenido en silencio todo el tiempo—. Buen trabajo. Ha caído en nuestra trampa tal y como tú dijiste.

—Cuando algo tiene que ver con ella, es muy predecible —señaló Roman refiriéndose a mí y señalando a Ayana con la barbilla. Parecía

aburrido—. Si no fuera una estupidez como una catedral, sería hasta romántico.

A Ayana le ardía la mirada. Lo fulminó como si estuviese imaginándose a sí misma arrancándole las entrañas centímetro a centímetro a Roman.

—Basta de cháchara. Ahora sí que tenemos que empezar. —Emmanuelle blandió la pistola en dirección a Wentworth—. Haz lo que tengas que hacer.

A él se le iluminó la expresión. Se acercó a Ayana y volvió a sentarla bien.

—¿Estabas intentando escapar con un tacón? —Rio—. Muy tierno, pero no te iba a funcionar. —Alargó el brazo para cogerle el top.

—Tú tócale un pelo y verás cómo te arrepientes. Te lo juro —le advertí sin levantar la voz, aunque mi amenaza retumbó por aquel amplio espacio.

La sed de venganza fue acumulándose en mi interior, haciéndome sangrar sin parar hasta que una pátina de un rojo sangriento me nubló la vista.

Wentworth se detuvo. Se le iluminó el rostro, sorprendido, y a continuación se le dibujó una maliciosa satisfacción en la cara.

—¡Conque habla! Y yo que pensaba que no eras más que un bruto y un cretino.

Ayana abrió la boca, pero la corté enseguida con la mirada. No quería que ese cabrón volviera a centrar su atención en ella.

—¿A qué viene todo esto? ¿Quieres hacerte con el control de La Hermandad? ¿O quieres vengarte por lo de tu hermano? —le pregunté a Emmanuelle. Quien tenía que preocuparme era ella, no el sinvergüenza ese que intentaba ir de duro—. Si me querías a mí, podrías haberme atacado directamente en lugar de montar todo esto. —Señalé a nuestro alrededor.

—¿Mi hermano? —Emmanuelle pestañeó; resultaba evidente que le sorprendía ver que había atado cabos y que sabía que era familia de Shepherd. Tardó un solo segundo en recuperarse y rio como si acabase de soltarle alguna broma la mar de graciosa, como quien charla mientras toma el té de media tarde—. O sea, que has descubierto quién es Stéphane, o Shepherd, como se hacía llamar antes de morir. Pero no, esto no es por él. De hecho, me hiciste un favor al cargártelo. Se creía superlisto y, cuando murió el antiguo líder, pensó que podía hacerse cargo de toda La Hermandad. —Rio por lo bajo—. Pero siempre le faltó visión. Y estrategia. Por eso pudiste tenderle la emboscada esa tan fácilmente. Aunque si pudo seguir en pie durante tanto tiempo fue porque gozaba del nombre y de una buena plantilla. De lo contrario, me lo habría cargado hace mucho.

En ese instante asimilé lo que significaban sus palabras. Sin dejar de aguantarle la mirada, señalé:

—Tú lideras el otro bando.

A Emmanuelle se le ensanchó la sonrisa.

—No, de cretino no tiene nada —dijo ella. Wentworth puso los ojos en blanco, pero parecía tan cautivado por nuestra conversación que se había olvidado de Ayana... De momento—. He mantenido mi identidad en secreto; solo mis más fieles seguidores sabían quién era. Nadie ha sospechado nunca que yo sea una mujer. Si sabes utilizarla bien, la misoginia puede ser hasta positiva. —Acortó la distancia que nos separaba—. Roman era mi tapadera. Mi testaferro. La gente creía que el líder era él. —Rio otra vez—. Lo enviamos para que se infiltrara en el bando de mi hermano e hizo un trabajo impecable. Incluso te convenció a ti para que te cargaras a Shepherd por nosotros.

Guardó silencio un segundo a la espera de una respuesta. Al ver que yo no decía nada, prosiguió con cierta decepción en el rostro:

—Al principio, me daba igual borrarte o no del mapa. En su día acordamos que quien te matara se convertiría en el nuevo líder de la organización, pero yo me limité a relajarme y dejar que Shepherd fuera a por ti porque sabía que nunca te ganaría. Sabía que, a la larga, acabarías cargándotelo por mí y no me equivoqué. —Emmanuelle se encogió de hombros—. Lo de liderar La Hermandad era algo inevitable. Como he dicho ya, mi hermano no tenía visión alguna. Mi hermano quería que las cosas siguieran igual, pero la organización tiene el potencial de ser muchísimo más que un grupo de asesinos a sueldo. Con esta plantilla, podría haber construido un imperio. Tráfico de armas. Blanqueo de capitales. Todo era posible. Pero él eso nunca lo entendió.

—Y, aun así, tú fuiste financiándolo a través de esta «guerra» entre bandos —puntualicé con frialdad.

—Solo un poco. —Emmanuelle arrugó la nariz—. Tenía que fingir ser una buena hermana. Shepherd no sabía que la líder del otro bando era yo. Imagínate lo perdido que iba. Ya antes de que muriese el antiguo líder se fue un poco de la lengua y me contó de más sobre La Hermandad. Shepherd siempre fue un bocazas. Gracias a él, conseguí adentrarme en la organización e ir viendo cómo funcionaba todo. Fui acumulando seguidores, miembros que compartían la misma visión que yo. Confié en muy pocos, que eran quienes conocían mi verdadera identidad; al resto, lo que les interesaba eran mis promesas, no mi identidad. Si Shepherd se hubiese hecho con el control, habría llevado La Hermandad a la ruina. Pero... —Emmanuelle me dio unos cuantos golpes en el brazo con la pistola—. De no ser porque te metiste donde no te llamaban, yo te habría dejado en paz. No me gusta tener cabos sueltos. Por

suerte, Ayana resultó ser una buena distracción. —Sonrió de nuevo —. Con lo de la denuncia, os tuve a los dos ocupados el tiempo suficiente como para poder planificar todo esto, ¿a que sí?

—Me ordenó que dejara las fotos de lo que le hiciste a ese pobre hombre en el apartamento de Ayana —intervino Wentworth—. Me dijo que así os desestabilizaría completamente a los dos al máximo y tuvo razón. Si Emma...

—Cállate, Wentworth —le ordenó ella sin romper el contacto visual conmigo.

Él volvió a cerrar el pico y arrugó los labios en una terca expresión.

—Estaba muy cabreado por lo que le hiciste, Vuk — murmuró ella —. Le prometí que podría hacerte sufrir si me ayudaba con algunas cositas de nada. Espero que no te importe, pero es que tengo que saldar mis deudas si quiero levantar mi propio imperio y empezar con buen pie.

Estaba harto de oír la voz de esa mujer. Era más lista que su hermano, no cabía duda, pero también era igual que cualquier otro megalomaníaco narcisista que hubiese por ahí suelto: la motivaba el deseo de alardear de sus «logros» y la cegaba la necesidad de validación externa por parte de aquellos que consideraba dignos de otorgarla.

Por eso habló sin parar cuando podría habernos disparado en un santiamén y haber acabado con todo esto.

Por desgracia para ella, jamás contaría con mi respeto. Ni por asomo.

Me incliné hacia delante, la miré fijamente a los ojos y le escupí en la cara.

Wentworth se quedó literalmente boquiabierto.

A Emmanuelle, la saliva fue goteándole por su perfectamente maquillado rostro. Dibujó una mueca que se cargó su calmada satisfacción y me pegó tal bofetada con la pistola que hasta me pitaron los oídos. El dolor se me expandió por toda la mejilla derecha. Escupí sangre y sonreí.

Eso no hizo sino cabrearla todavía más. Se le salieron los ojos de órbita y levantó el brazo como si fuese a volver a pegarme, pero entonces frenó.

—Roman, apártate. Wentworth, ocúpate de Ayana —ordenó.

Roman me quitó el arma de la sien y dio un paso al lado sin terciar palabra. A la que Wentworth volvió a ir a por Ayana, el terror fue abriéndose paso entre la ira que sentía yo.

—Iba a dejarte que te quedaras aquí sentado para que pudieses observarlo todo quietecito, pero veo que estaría siendo demasiado maja. —Emmanuelle me apuntó con la pistola a la cara y colocó el dedo en el gatillo.

—¡No! —gritó Ayana. Estaba intentando desatar los nudos con todas sus fuerzas, entorpeciendo las tentativas de Wentworth por agarrarla con firmeza— No...

El estallido de un disparo acalló el resto de sus palabras. Se me ensombreció la mirada. La agonía se adueñó de mí mientras la bala me atravesaba piel y hueso y hacía que unas inmensas llamaradas me nublaran la consciencia... Pero estaba vivo.

Emmanuelle había cambiado de objetivo en el último segundo y me había disparado en el muslo.

Apreté tantísimo los dientes que incluso me dolía la mandíbula. La cabeza me daba vueltas y casi me ceden las piernas, pero me obligué a mantenerme en pie. Me negaba a caer de rodillas delante de esa mujer.

—Para que vayas saboreando lo que te espera luego. —Emmanuelle se secó el escupitajo que tenía en la barbilla con los ojos centelleantes—. A la próxima, te apuntaré en los putos huevos.

Desvió la vista hacia Wentworth, que estaba viendo cómo se desarrollaban los hechos con suma fascinación.

—¡Que te ocupes de ella, he dicho! —berreó Emmanuelle. Acto seguido, volvió a mirarme a mí—. A ver si aguantas el dolor de Ayana tan bien como el tuyo propio.

Rugí.

Wentworth le levantó el top a Ayana y a mí se me enturbió la vista por una razón completamente distinta.

Yo era racional. Era una persona calmada, serena y estratégica. No dejaba que las emociones me nublaran el juicio.

No obstante, en ese instante, eso Me. Dio. Igual. Quería tener la sangre de Wentworth en mis manos y su cabeza servida en una puta bandeja.

Me abalancé hacia delante con fuerza, haciendo caso omiso del hecho que tuviera las manos atadas y de la hostilidad de las armas que me rodeaban. Emmanuelle levantó su pistola. Detrás de ella, Ayana gritó más cabreada que asustada. Intentó pegarle un cabezazo a Wentworth, pero él lo esquivó con facilidad.

Emmanuelle me apuntó a la ingle y...

Una sombra gris saltó de encima de uno de los contenedores de transporte que había cerca y se agarró a la cara de Wentworth. Este gritó. Le cayó la pistola al suelo y el disparo de Emmanuelle salió desviado. Dio justo donde estaba antes Roman.

El muy cabrón había desaparecido, pero ahora no tenía tiempo que perder pensando en dónde habría ido o en qué momento se habría esfumado.

Emmanuelle se giró justo a tiempo para ver al recién llegado arañándole los ojos a Wentworth con un siseo enfurecido. Wentworth volvió a gritar con una agonía evidente.

Sombra. Puto gato.

Ahora mismo, hasta podría besar a la criatura esa.

Emmanuelle intentó dispararle, pero Wentworth estaba tambaleándose demasiado como para que la otra pudiese apuntar con claridad. Él intentó quitarse al gato de encima, pero *Sombra* se le había pegado como una lapa. Aquel peludo peligro maulló, le clavó las garras con más fuerza todavía y las hundió en los ojos del maldito Wentworth.

Aproveché que Emmanuelle estaba distraída para atacarla por detrás. Ambos caímos contra el suelo de cemento y gruñimos de dolor. Ella intentó volver a dispararme; sin embargo, como yo le había caído encima, no le quedó demasiado margen de movimiento. La bala se estampó contra un contenedor de metal, al igual que las otras dos que disparó.

A pesar de tener las manos atadas, podría liarla un poco procurando evitar que Emmanuelle pudiese disparar bien. Rodé sobre mi propio cuerpo y le inmovilicé el brazo que sujetaba el arma con todo mi peso. La mujer intentó zafarse de mí, pero no podía hacer nada contra mis más de noventa kilos de músculo y rabia pura y dura.

Eché la cabeza hacia atrás y le di con fuerza en toda la cara. Le crujieron los huesos y empezó a sangrar.

Emmanuelle gritó enfadada. Alargó el brazo hacia abajo y me clavó las uñas en la herida de la bala.

Solté un fuerte aullido. Se me nubló la vista. No era solo por la pierna; me ardía el cuerpo entero. Era como si carne y hueso me abrasaran hasta convertirse en cenizas mientras una tortura atroz

me entorpecía todos los sentidos. De no ser porque era sutilmente consciente de que Ayana y *Sombra* seguían en peligro y de que tenía que ayudarlos, tal vez me habría desmayado.

Auné la fuerza suficiente como para volver a pegarle un cabezazo a Emmanuelle. Ella ahogó un grito y gorjeó mientras la sangre le goteaba por la barbilla. Esta vez, tardó más en recuperarse.

Los gritos aterrados de Wentworth cesaron. Levanté la cabeza justo a tiempo para ver que *Sombra* salía volando por la sala. Se dio contra uno de los contenedores y cayó al suelo con un maullido de dolor.

Emmanuelle me empujó. Yo, que había perdido mucha sangre, me encontraba demasiado débil para oponer gran resistencia. Ella se soltó y se puso de pie.

—Ha llegado el momento de acabar con todo esto —siseó.

Volvió a levantar la pistola.

Se oyó un disparo.

Retrocedí instintivamente y me preparé para un impacto... que nunca llegó.

Emmanuelle se quedó literalmente boquiabierta a causa de la sorpresa. Tenía un pequeño y perfecto punto rojo justo en mitad del entrecejo. Movió los labios como si quisiera decir algo, pero entonces trastabilló y se inclinó hacia un lado. Se le apagó el brillo de la mirada antes de que su cuerpo se estampase contra el suelo.

Una ráfaga de aire fresco me alivió un poco el dolor. Junté la poca energía que me quedaba y levanté la vista.

Ayana había conseguido soltarse de la silla y ahora estaba de pie, con la pistola de Wentworth entre sus temblorosas manos. No pestañeaba, tenía los ojos abiertos como platos y clavados en el cuerpo de Emmanuelle.

Detrás de Ayana, el fotógrafo estaba intentando marcharse a cuatro patas lo más disimuladamente posible.

Ya me ocuparía luego de él. Emmanuelle estaba muerta y Ayana había entrado en *shock*, pero esto no acababa aquí. Teníamos que largarnos antes de que llegaran refuerzos.

—Ayana, cariño, mírame.

No se movió. Era como si la inerte figura de Emmanuelle la tuviese paralizada.

—Ayana —insistí con un tono de voz firme. Iba a quedarme inconsciente en cuestión de minutos y tenía que hacerla reaccionar antes de que ocurriese—. No pasa nada, *srce moje*. Mírame.

Un escalofrío le atravesó el cuerpo. Apartó los ojos de la presidenta de su antigua agencia de modelos y me miró.

Fue serenándose despacio. Inhaló con fuerza y vino corriendo hacia mí. Seguía con solo un zapato puesto. El otro estaba al lado de la silla, entre un montón de cuerdas.

—No tenemos tiempo —le dije mientras ella me iba desatando—. He venido con unos cuantos hombres, pero no sé si siguen vivos. Tenemos que marcharnos antes de que lleguen más miembros de La Hermandad.

—Vale —respondió con la voz temblorosa—. ¿Puedes caminar? ¿Sabes dónde está la salida?

Por fin consiguió desatarme las manos. Suspiré aliviado un microsegundo antes de contestar:

—Me las apañaré. Y sí. Pero antes... —Le quité el arma de la mano con delicadeza—. Tenemos que ocuparnos de una cosa más.

Emmanuelle tenía razón con algo: nada de cabos sueltos.

Un siseo animal hizo que desviáramos la atención hacia el otro lado de la sala. *Sombra* se había recuperado de su lesión anterior y

estaba cabreado. Fue a toda prisa hacia Wentworth y le mordió la pernera. Le rajó los tobillos, vengativo, y el hombre aulló de nuevo.

Me sentí tentado de dejar que fuese *Sombra* quien se ocupase de él pero, como había dicho ya, no teníamos tiempo.

Ayana me ayudó a ponerme de pie. A pesar del dolor y caminando con pesadez, conseguí acortar la distancia que me separaba de Wentworth.

La primera vez lo había dejado escapar. Ahora, el tipo no tendría tanta suerte.

—Espera —me suplicó. Tenía la cara hecha un cuadro y ensangrentada. Las heridas de antes le habían dejado un ojo hinchado y medio cerrado y hablaba con la voz llena de pánico—. Espera. Si dejas que me escape, te juro que...

—Ya te dije lo que te pasaría como volvieras a acercarte a Ayana. —Le apoyé la pistola en la frente con fuerza. Él sollozó. La peste a meado permeó el aire—. Aunque se me olvidó comentarte una cosa más: no toques a mi maldito gato.

Esta vez, el disparo fue acompañado de una fuerte rociadura de color rojo carmesí. Detrás de Wentworth, *Sombra* agitaba con fuerza la cola, satisfecho.

Yo era más de navajas, pero Wentworth no se merecía una cuchillada. Se merecía una muerte más ordinaria.

Ayana abrió la boca y volvió a cerrarla. Parecía que estuviese a punto de entrar en estado de *shock* otra vez.

—¡Markovic! —Roman pegó esquinazo y entró con un aspecto deplorable. Llevaba la camiseta rota a la altura del hombro y le estaba saliendo un moratón muy feo en el ojo izquierdo. Tenía una mirada desesperada; nada típico en él—. Tenemos que irnos. Han cableado la zona entera y va a explotar.

Entramos en acción enseguida. Como me habían dado en la pierna, no podía moverme con rapidez, pero intenté hacer todo lo que pude. De lo que sí me aseguré fue de coger a *Sombra* y llevármelo conmigo mientras nos dirigíamos a toda prisa hacia la salida.

Ayana y Roman me pasaron los brazos alrededor del cuerpo para ayudarme a caminar.

—Sean y los demás están esperando con un coche fuera —me contó Roman. «Menos mal, joder». Estaban vivos—. Ya nos hemos encargado de los otros miembros que había por aquí. No eran muchos. Emmanuelle solo vino con algunos de sus soldados más leales y ahora ya están todos muertos.

No disponía de la energía necesaria para responder. La respiración se me iba debilitando por segundos y todavía estábamos a medio camino de la salida.

Se oyó un estallido. El calor nos azotó en unas fuertes olas. Las sombras de unas crepitantes llamas bailoteaban en las paredes y un inequívoco olor a carne chamuscada inundó el aire.

—¡Mierda! —volvió a soltar Roman.

No me hizo falta girarme para saber que las llamas venían hacia nosotros. Esa era la trampa. Emmanuelle debía de haber manipulado los explosivos para que estallaran en un momento concreto y cerca de materiales inflamables. Ella se habría largado antes de que explotara todo y me habría matado después de haberme hecho experimentar lo que más miedo me daba.

Los incendios. El humo y la muerte y el calor. El chisporroteo crepitándome por la piel. El olor de mi propio cuerpo derritiéndose. Ver el cuerpo de mi hermano chamuscado hasta volverse irreconocible.

Trastabillé. Caí de rodillas al suelo y noté que las paredes se cerraban a mi alrededor. Oí a Roman gritando en lo alto o lejos de mí, no lo tenía muy claro. Ayana también gritó. Y entonces los ruidos se fueron convirtiendo en un lento y continuo rugido amortiguado, y lo único que oí finalmente fueron los frenéticos latidos de mi corazón.

El calor era cada vez mayor. Éramos tan inflamables que bastaba con que las llamas se nos acercasen sin llegar a tocarnos para que sufriéramos una muerte inmediata.

Por eso tenía que echar a correr. Salir de ahí. Escaparme. Debería, debería, debería... Pero no podía moverme y los recuerdos y el olor y...

Unas fuertes manos me agarraron. Roman.

Todo lo que me rodeaba se volvió borroso mientras él me guiaba hacia la salida medio en brazos medio arrastrándome.

Roman.

Hostia puta. Todo esto era culpa suya. Este plan lo había diseñado ÉL.

Él me había dicho que la líder del otro bando era Emmanuelle y que estaba trabajando codo con codo con Wentworth. Me había dicho que quienes habían secuestrado a Ayana en medio de la calle habían sido el fotógrafo y otro miembro de La Hermandad. Tras meses de mentirme sin cesar y decirme que no tenía información sobre el otro bando, por fin me había contado la verdad.

Emmanuelle pensaba que Roman le había sido fiel y él la había convencido de que la idea de mandármelo a mí cual espía había sido justamente de la exjefa de la agencia de modelos. De lo que Emmanuelle no tenía ni idea era de que, en realidad, estábamos conspirando nosotros en su contra y no al revés.

Para poder asegurarme de llegar a Ayana sin problemas, Roman había fingido traicionarme. Teníamos que hacer que pareciera convincente, de ahí que me hubiese atado las manos. Mientras mis hombres se peleaban con el resto de La Hermandad, nosotros esperaríamos al momento indicado. Cuando Emmanuelle y Wentworth estuviesen lo suficientemente distraídos, Roman soltaría el nudo con el que me había atado con un navajazo y me devolvería el arma (la mía, esa que se había guardado en la cintura del pantalón) para que pudiéramos deshacernos de aquellos dos y rescatar juntos a Ayana.

Roman no podría dispararles sin soltarme primero. Cabía un riesgo enorme de que uno de los dos lo atacara mientras él se ocupaba del otro. Tenía que utilizarme para cubrirse.

Era un plan de mierda, prueba de ello es que acabó como el culo. No habíamos previsto que Emmanuelle fuese a dispararme la pierna primero, aunque supongo que eso había sido culpa mía, por haberle escupido en la cara cuando me provocó.

Debería haberme mantenido calmado. Debería... Debería...

El frescor del aire me azotó de repente. La peste a carne chamuscada fue disipándose mientras inhalaba y el mundo a mi alrededor iba recobrando color y movimiento.

Roman había conseguido sacarnos de ahí sanos y salvos.

A los dos. A Ayana también.

Alargué el brazo en medio de la oscuridad. Roman estaba doblado a mi lado, respirando con pesadez. Tenía a *Sombra* a mis pies, con carita de preocupación, y Sean y Bruce salieron del coche y vinieron corriendo hacia mí. No veía a Mav. Y tampoco a Ayana.

—¿Dónde está? —pregunté de malas maneras. Agarré a Roman por los hombros y lo sacudí—. ¿¡Dónde está Ayana!?

—No lo sé —exhaló falto de aire—. Me ha dicho que te cogiera y que te fuera sacando primero porque estabas herido. Pensaba que la teníamos justo detrás. —Levantó la cabeza y miró a nuestro alrededor—. Mierda... No... ¿Adónde vas?

Ya estaba a medio camino del *parking*, en dirección al almacén.

Ignoro de dónde saqué la fuerza. Un segundo antes habría jurado que no me quedaba ni una pizca. Pero si Ayana no estaba con nosotros era porque seguía ahí dentro y no habíamos llegado hasta ese punto para dejar que muriera. Me NEGABA a dejar que muriera.

—¡Señor! ¡Vuk! —oí los gritos aterrados de Sean cada vez más cerca. Me agarró, pero me sacudí para zafarme de él—. ¡No podemos entrar ahí! ¡El incendio ya...!

A pesar de que siguió hablando, sus protestas se mezclaron con un largo y continuo montón de ruido.

Me pitaban los oídos y el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a vomitar.

Me sangraba la herida, pero a duras penas notaba la pegajosa calidez que me resbalaba por la pierna. El dolor que sentía no era nada en comparación con el cegador y absoluto terror que me invadía al pensar en lo que podía encontrarme ahí dentro.

«Ayana atrapada. Herida. Muerta».

Roman había dicho que la teníamos justo detrás. Si no había salido detrás de nosotros era solo porque...

NO. Seguía viva. Tenía que estarlo.

Si se hubiese ido de este planeta, yo lo habría sentido. Lo habría sa-bi-do porque yo también estaría muerto.

No sé muy bien cómo, pero conseguí volver a entrar en el almacén. Sean había dejado de intentar disuadirme y entró detrás de mí.

Nos envolvieron un calor apabullante y un olor fétido. Como el almacén era gigantesco, el incendio todavía no había llegado donde estábamos nosotros, pero iba acercándose. Demasiado.

A Sean le entraron náuseas y yo me quedé mirando las llamas con los pies anclados en el suelo. Ese olor me recordaba demasiado a *aquella* noche. Pasado y presente se mezclaron en una neblina borrosa mientras unas imágenes del cadáver chamuscado de mi hermano me fueron viniendo a la memoria.

«Como no reacciones, le ocurrirá lo mismo a Ayana».

Aquel pensamiento me sacó del trance y volví a la acción. Y una mierda. A Ayana no iba a pasarle nada. No mientras yo siguiera vivo.

Mi pirofobia retrocedió hasta esconderse en un rincón de mi mente mientras, frenético, buscaba a Ayana en medio del humo y de las sombras. Era imposible ver nada con claridad. ¿Dónde...?

—¡Ahí! —gritó Sean, señalando una figura que había en el suelo, a unos quince metros de donde nos encontrábamos nosotros.

Yo ya estaba yendo hacia allí. Corriendo tanto como me lo permitía la herida en mi pierna. Era la misma fuerza que hacía que las madres levantasen coches para salvar a sus hijos o que culminasen otras hazañas con poderes sobrehumanos. Casi ni notaba la herida de la bala ni oía a Sean gritando detrás de mí, tampoco.

Todas y cada una de las células de mi cuerpo y absolutamente toda mi atención se centraron en la figura inmóvil de Ayana.

Cuando me acerqué, sentí cierto alivio al ver que seguía respirando, aunque fuese de forma superficial. Se había pasado un día entero cautiva y estaba débil y exhausta; debía de haberse desmayado a causa de la inhalación de humo.

—No pasa nada, cielo. —Ahora me tocó a mí levantarla y pasarle un brazo por la cintura. No se despertó—. Voy a sacarte de aquí.

Fui caminando a trompicones hacia la salida, sujetándola. Las llamas estaban cada vez más y más cerca. Nos rozaban las espaldas con sus codiciosos dedos, buscando, ávidas, más carne que devorar.

Nos encontramos con Sean a mitad de camino. Se colocó el otro brazo de Ayana alrededor del cuello y recorrimos los siete metros que nos quedaban hacia la salida medio arrastrándola medio corriendo hasta que atravesamos la puerta y nos recibió el aire de la noche. Cuando hubimos cruzado una cuarta parte del *parking*, el incendio envolvió aquel edificio de metal y cemento por completo.

El almacén estalló detrás de nosotros en unas llamas inmensas.

Alguien cogió a Ayana y otra persona me guio a mí hacia el coche.

Era consciente de que había gente hablando y de que todo se iba moviendo, pero era incapaz de entender lo que decían ni de ver realmente nada.

Sus voces fueron apagándose y lo último que vi antes de que la oscuridad lo invadiese todo fue el cielo nocturno iluminado por el centelleo anaranjado del fuego.

53

Ayana



Inhalación de humo. Un hombro dislocado. Moratones y cortes por todo el cuerpo. Ah, y la muerte de alguien en mi haber, además del trauma que eso me supondrá de por vida a no ser que logre encontrar a un terapeuta muy pero que muy bueno (y, tal vez, ni así).

Pero estaba viva.

Estábamos vivos. Todos. O, al menos, la gente que importaba. Por mí, como si Emmanuelle, Wentworth y el resto de las personas implicadas en la conspiración se pudrían en el Infierno.

Visto con perspectiva, podría haber sido peor.

Aun así, me sentí emocionalmente agotada mientras caminaba hacia el cuarto de Vuk. Sean y Jeremiah estaban hablando justo fuera, en voz baja.

—Ayana. —Jeremiah fue el primero en verme. Me miró con expresión preocupada—. No debería haberse levantado de la cama.

—Como me quede más tiempo en la cama, me fusionaré con el colchón —respondí dedicándole una débil sonrisa. Ya hacía tres días que me habían rescatado y, entre una visita médica y la otra, me había limitado a comer, dormir y ver unos *realities* pésimos en la tele. Había hablado dos veces con Vuk, pero después de que me secuestraran y de que Emmanuelle muriese había sido todo tan caótico que casi no habíamos tenido tiempo de conversar como Dios manda—. ¿Está despierto?

—Sí. Le gustará saber que ha estado aterrando a todo el mundo —señaló Sean—. Cuando el médico le ha dicho que no podía visitarla a usted esta mañana, casi le arranca la cabeza de un mordisco. Si el hombre sigue vivo es solo porque ha dicho que estaba usted dormida y que Vuk no debería molestarla mientras descansaba.

Reí.

—Me alegra oír eso —contesté—. Al menos vuelve a estar en plena forma.

Dejé que Sean y Jeremiah siguieran charlando y entré en la habitación de Vuk. Lo encontré sentado en la cama y con la frente arrugada mientras la enfermera le estudiaba las constantes vitales. Al verme, la mujer se disculpó y se marchó a toda prisa.

—He oído que ya vuelves a estar aterrando a tus médicos —bromeé mientras me sentaba a su lado.

—Aterrándolos no; supervisándolos. Cosa que no tendría que hacer si desempeñaran bien su trabajo. Ya hace días de todo eso. No hace falta que me tengan postrado aquí como si me estuviera muriendo —gruñó a pesar de que dejó de arrugar tanto la frente en cuanto le acaricié la pierna con cuidado.

Tenía la herida que le había dejado el disparo en el muslo cubierta con una venda antiadherente y llevaba los cortes y moratones del resto del cuerpo tapados con otros vendajes más pequeños.

Los médicos me habían garantizado que la herida de la bala acabaría cicatrizándose y que, luego, si descansaba y hacía algunas sesiones de rehabilitación, Vuk podría volver a caminar con normalidad en unos cuantos meses o tal vez un año. Había tenido suerte: la bala le había salido con limpieza y no le había provocado daño alguno en ninguna arteria principal.

De todos modos, al verlo herido y lleno de moratones, me escocieron los ojos.

Jamás me olvidaría de cómo se estremeció cuando la bala le atravesó el muslo, como tampoco me olvidaría del terror que se apoderó de mí cuando Emmanuelle lo apuntó por segunda vez con la pistola.

Ni siquiera era capaz de recordar qué pensé en ese momento. Solo recordaba que conseguí soltarme mientras *Sombra* distraía a Wentworth y Vuk intentaba vencer a Emmanuelle. Mientras ellos habían estado hablando, yo había seguido intentando desatar el nudo en silencio y, al final, lo había logrado.

Recordaba haber pillado la pistola de Wentworth antes de que él pudiese apartarla.

Y recordaba haberla levantado y disparar a Emmanuelle justo en el entrecejo.

De no haberlo hecho, ella habría matado a Vuk. Solo pensé en eso y no dudé; en realidad, ni siquiera apunté. Simplemente... lo hice.

Maté a alguien.

Me temblaba la mano. Hice ademán de apartarla, pero Vuk me la cubrió con la suya al cabo de un segundo, atrapándomela entre su pierna y su firme y reconfortante tacto.

—Es una herida superficial. No te preocupes, *srce*. He pasado por cosas peores. —Nadie que no fuera Vuk se referiría a un balazo en la

pierna como «una herida superficial»—. Ahora puedo sumar una nueva cicatriz a la colección.

No reí.

—No hace gracia. Podrías haberte muer-to. Podrías... Y yo habría... —Se me cerró la garganta. El escozor que notaba en los ojos fue a más y una minúscula gota me resbaló mejilla abajo—. No me puedo creer que aceptaras llevar a cabo un plan tan estúpido como el que ingenió ese tal Roland...

—Roman —me corrigió Vuk arrugando los labios.

—Como se llame. Era un plan malísimo y podrías haber acabado muerto por su culpa. ¿Qué habría hecho yo entonces? —Ahora, las lágrimas me resbalaban libres y más deprisa por la cara.

Vuk me había hablado del plan cuando vine a verlo a la mañana siguiente de que nos escapáramos. Por lo visto, Roland..., digo Roman, era un miembro de La Hermandad que había estado ayudándolo todo este tiempo. Se escabulló mientras Vuk y Emmanuelle discutían y salvó a Sean para que no lo matasen. Se ve que a este último lo habían acorralado los demás miembros de La Hermandad hasta que Roman regresó para ver cómo estaba y fue a por más refuerzos. Roman también había sacado a Vuk de ahí para que estuviera a salvo cuando yo le insistí para que continuaran caminando cuando yo me quedé atrás.

Aunque nada de eso significaba que su plan no hubiese sido una estupidez.

—No era el mejor plan del mundo, pero al final nos sirvió. Estoy bien —señaló Vuk con ternura, y entrelazó los dedos con los míos—. Me preocupas más tú.

Me sequé las lágrimas.

—Yo estoy bien. Los médicos han dicho que en unas semanas ya me habré recuperado de lo del hombro.

Cuando hubimos escapado, el equipo de Vuk nos trajo directamente a su casa. Vuk tenía una sala médica montada para poder curar las heridas de su personal, y también contaba con dos médicos de guardia. Por lo visto, cuando se trataba de heridas «laborales», nunca iban al hospital; demasiado papeleo y demasiados dolores de cabeza.

Los médicos de Vuk eran los mejores entre los mejores y yo confiaba en ellos.

—No me refiero a tus heridas, *srce* —contraargumentó. Me estudió con la frente arrugada—. Si quieres hablar con alguien de lo ocurrido, conozco a una terapeuta. Mira. Me ayudó después de que muriera mi hermano, aunque nunca llegué a tratarme con ella de forma continua. Es buena.

Conseguí esbozar una sonrisa.

—Si dices que es buena, será que es fantástica. —Vuk no solía soltar cumplidos porque sí—. Cuando se haya calmado un poco todo, igual te tomo la palabra. —Solté una pesarosa risa—. Dentro de unos meses estará de mí hasta el moño.

Tenía un montón de cosas que comentar en terapia.

No me arrepentía de haber matado a Emmanuelle. Era o ella o Vuk, e incluso en el caso de que Emmanuelle no hubiese sido así de malvada, yo habría seguido eligiéndolo a él. Siempre.

Cuando Vuk me contó lo del plan de Roman, también me habló de las actividades secundarias a las que se dedicaba Emmanuelle y me dijo a qué había obligado a algunas chicas de la agencia. Yo todavía estaba intentado digerir todo eso.

Suficientemente estupefacta me dejó ya descubrir que la mujer formaba parte de La Hermandad. Sin embargo, que Emmanuelle Beaumont, la refinada exsupermodelo y leyenda del mundo de la

moda, hubiese dirigido lo que básicamente era una red de prostitución de alto *standing* me había dejado atónita.

La noche después del incendio, el equipo de Vuk se encargó de filtrar dicha información de forma anónima, junto con las noticias sobre su muerte y la de Wentworth. La historia que contaron como tapadera fue que Emmanuelle y Wentworth eran amantes y que los mató un antiguo cliente de la mujer a modo de venganza porque ella había intentado chantajearlo.

Él había enviado pruebas de las fechorías que había cometido Emmanuelle a todos los medios de comunicación más relevantes y se había desatado una tormenta mediática espectacular. El FBI ya había acordonado las oficinas de Beaumont y le había congelado las cuentas mientras la investigación estuviera en marcha. La denuncia que me había puesto Emmanuelle se había archivado y caído en el olvido.

Al enterarse de todo, mis padres se atolondraron, y todavía se atolondraron más cuando les conté que me había dislocado el hombro porque me había hecho daño en el gimnasio. Mi madre dijo que quería venir para cuidarme hasta que me recuperase del todo, pero la disuadí enseguida. Sería demasiado.

No iba a contarle a mis padres ni que me habían secuestrado ni tampoco lo que había hecho yo ni de coña. Me encerrarían y no me volverían a quitar los ojos de encima en la vida; eso si es que no les daba antes un patatús a causa del *shock*. Según ellos, que Emmanuelle hubiese muerto había sido cosa del karma; lo que no sabían era que quien había servido a dicho karma había sido su hija.

Tal vez sí que había sido algo kármico, pero Emmanuelle no dejaba de ser una persona. Una persona de carne y hueso cuya vida le había arrebatado yo de un plumazo.

Aún oía el eco del golpe que emitió su cuerpo al caer al suelo. Cuando cerraba los ojos, vi el hueco que le había dejado en la frente y su cara de sorpresa.

Ahora su sangre me mancharía las manos de por vida. No obstante, para mí, había merecido la pena por lo que nos había hecho a mí y a Vuk y a todas las chicas a las que había aterrado.

—Te pasaré el contacto de Mira —señaló Vuk—. Estará a tu disposición para cuando te sientas preparada.

—Gracias —respondí con un hilo de voz—. ¿Has tenido noticias de Roman?

—Nada desde ayer. Ahora que tanto Shepherd como Emmanuelle están muertos, se encuentra ocupado aunando lo que queda de La Hermandad; aunque se ha convertido en su líder, que es lo que quería —señaló con un tono monocorde—. Hizo un juramento de sangre para que La Hermandad no vaya de nuevo a por mí. Y, cuando un líder hace un juramento, se aplica a todos los miembros por igual. Son las nuevas normas.

Se me aceleró el corazón.

—¿Eso significa que eres libre? ¿Ya no tendrás que preocuparte por ellos nunca más?

Vuk asintió.

Sentí una agradable ligereza por todo el cuerpo. Adiós a La Hermandad. Adiós a los sicarios y a los secuestros y a los asesinatos. Quizá.

El espectro de nuestra última conversación me devolvió a la realidad con la misma rapidez con la que me había ido volando a las nubes. No me podía creer que hiciese menos de una semana de todo eso. Parecía que hubiese pasado una eternidad y, aun así, todavía quedaban ciertas cosas por resolver.

Aún no había respondido a la pregunta implícita de Vuk: ¿podía yo estar con alguien que me había demostrado que era capaz de asesinar y torturar, entre otros delitos? Por más que anhelara estar con él, ¿era el abismo que separaba su moral de la mía demasiado grande como para que pudiéramos cruzarlo juntos a largo plazo?

Aunque ahí estaba la cosa. Que yo no tenía claro que dicho abismo fuese tan grande como había pensado en un principio. Había visto a Vuk disparar a Wentworth sin dudar ni un segundo, pero es que yo había hecho exactamente lo mismo con Emmanuelle. En parte, hasta deseaba haber sido yo misma quien hubiese matado a Wentworth, pero me alegraba que no hubiese sido el caso. Suficiente tenía ya con haberle quitado la vida a una persona; quitársela a dos habría sido demasiado para mí, por más justificable que fuese todo.

Verlo arrastrándose a gatas como el patético cobarde que era al final de su paso por este planeta ya fue suficientemente gratificante. Una muerte de pacotilla para un hombre de pacotilla. Era justo lo que se merecía.

Vuk sabía lidiar con la muerte mejor que yo. De todos modos, lo que nos había conducido hasta ahí fue un mismo motivo: el deseo de proteger a la gente que amamos.

—¿Te acuerdas de la conversación que mantuvimos en el campo de tiro? ¿Antes de que, eh..., de que pasara todo eso? —le pregunté. A Vuk se le nubló la expresión. Tragó saliva y se le movió la nuez antes de asentir brevemente con la cabeza—. Bueno, pues he tomado una decisión. Vaya, que... que tengo una respuesta.

No estaba siendo la persona más elocuente del mundo, pero es que nunca había tenido que decirle algo así a nadie.

Noté cómo se le tensaba la mano a Vuk, aunque no la apartó de la mía y yo tampoco hice ademán de moverme.

—En el almacén hubo un momento... varios momentos en los que pensé que ya estaba. Que íbamos a morir y yo no habría podido decir lo que realmente quería decir. Que no habría podido decirte lo mucho que me importas. —Tragué saliva—. Sabía que lo que tú entendías por justicia no era lo mismo que lo que entiende la mayoría de la gente; aun así, cuando vi aquellas fotos, me costó asimilar que tuvieras dos facetas tan distintas. Estaba aquella versión de ti con la que había estado hablando en Washington D. C., esa que me llevó a jugar al bingo y que estuvo pasando el rato con mi familia a pesar de que se lo pasaran husmeando y siendo unos pesados... —señalé, y reí con lágrimas en la garganta—. Y luego estaba la versión de ti que vi en el almacén. La que mataría y mutilaría a alguien sin remordimiento alguno.

En la habitación no se oía nada aparte de mi voz y la rítmica respiración de Vuk. No dijo nada. Simplemente me miró con los ojos oscuros y llenos de una emoción inescrutable.

—Mi primer instinto fue salir por patas, porque ¿cómo iba a estar con alguien que tenía las manos tan manchadas de sangre? Pero entonces me di cuenta de que estaba pensando como mi yo del pasado, la que existió antes de saber nada de La Hermandad, antes de enterarse de las atrocidades que había cometido Emmanuelle y antes de descubrir todas las otras cosas que también salieron a la luz —proseguí—. Vivía en una burbuja que me protegía y tenía una visión predeterminada de lo que estaba bien y lo que estaba mal porque me basaba en cómo había vivido hasta entonces. Pero el mundo es mucho más que todo esto y está lleno de muchísima más oscuridad, y no podemos aferrarnos siempre a unas mismas normas mientras los demás juegan como si estuvieran en un mundo sin ley. El ataque de la boda me abrió los ojos, pero el factor detonante fue lo del almacén. A veces, si queremos sobrevivir, tenemos que

romper nuestras propias reglas. Mírame a mí, que le pegué un tiro a Emmanuelle.

Ahora, la risa que se me escapó fue acompañada de una pizca de histeria. Aun así, más que eso, lo que me embargaba era la empatía. Entendía perfectamente a Vuk.

—Lo que intento decirte es que entiendo el razonamiento que se esconde tras tus acciones —sentencié—. No creo que la violencia sea la respuesta a todos los problemas, pero entiendo que, en ocasiones, es necesaria. Hiciste lo que tenías que hacer por la gente que te importaba y yo habría hecho lo mismo. No me arrepiento de haber disparado a Emmanuelle porque te salvé la vida. Y no puedo negar que, si alguien le hubiese hecho daño a mi familia, si alguien hubiese secuestrado a mi sobrina o a mi sobrino y les hubiese hecho daño, habría querido que sufrieran por sus actos.

Inhalé profundamente. Vuk seguía sin decir nada, así que seguí hablando y me apresuré a soltar las siguientes palabras antes de que perdiera el coraje:

—Cuando pensé que te ibas a morir, todo lo demás dejó de importarme: La Hermandad, las fotos, tu absoluta falta de consideración hacia mi colección de zapatos. —Vuk resopló divertido y yo me permití sonreír antes de continuar—. Solo me importabas TÚ porque quiero estar contigo. —Él siguió mirándome. No dijo nada —. Esta es, eh..., mi respuesta. —Añadí por si no había quedado claro—. A la pregunta que me hiciste en el Valhalla el día que me secuestraste, ¿sabes? A ver, en realidad no me lo preguntaste directamente, pero entendí a qué te referías. Y mientras no vayas por la vida, eh..., apuñalando a los trabajadores del *parking*, pues...

Vuk por fin se movió. Me agarró y acalló el resto de mis palabras con un ávido y apasionado beso. Me derretí. Le bajé las manos por los hombros mientras le devolvía el beso con idéntico fervor y dejaba

que su sabor y su tacto se apoderasen de mí hasta dejarme sin aliento.

Vuk seguía vivo. Por fin me lo creí de verdad. Seguía vivo y podíamos estar juntos, sin restricciones. Sin estar yo prometida, sin secretos y sin La Hermandad acechándonos.

De no ser porque Vuk estaba sujetándome, habría salido volando directamente.

—Así que nada de apuñalar a los vigilantes de estacionamiento —dijo cuando nos separamos para respirar al cabo de lo que habían sido minutos o tal vez horas. Oí una sutil risa en su voz—. ¿Algún otro prerrequisito que tenga que saber antes de que lo hagamos oficial?

—Hmmm... —Tú solo bésame. YA. Aunque Vuk tenía razón: deberíamos estipular algunas normas primero—. Básicamente todo lo que caiga en esa misma categoría. Nada de violencia gratuita, excepto por algo extremadamente justificado. Justificado en plan... nivel Wentworth y Emmanuelle.

—Pero ¿la violencia no gratuita es aceptable? —Lo miré en señal de desaprobación y Vuk rio—. Es broma, *srce*. Ya sé a qué te refieres. —Me dio otro beso, ahora más delicado—. Trato hecho. Nada de violencia gratuita sin una buena justificación.

—Gracias.

—Si alguien te falta el respeto, ¿puedo amenazarlo?

Me lo pensé.

—Sí —respondí.

—Bien. —Con la boca pegada a mi piel, me susurró—: *Odlično. Nisam inače sklon kompromisima, srce, ali za tebe bih pristao i na hiljadu.*

Esperé a que me hiciera una traducción que nunca llegó.

—Eso también me vas a pedir que lo busque, ¿no?

Vuk dibujó una sonrisa engreída.

—Si me das un beso, luego te digo lo que significa.

No le hizo falta pedírmelo dos veces.

Me incliné hacia delante y rocé sus labios con los míos. Reposé la boca en la suya un rato más, saboreando aquel momento antes de apartarme.

—Muy bien, Markovic. A pagar —solté—. ¿Qué acabas de decirme?

—No soy el tipo de persona que hace ese tipo de trato, *srce*, pero por ti haría miles si me lo pidieras.

¿Era posible que una persona se derritiera con una sola frase? Porque estaba convencida de que eso mismo me estaba pasando a mí. No había otra explicación posible que justificara la forma en la que me cedieron las extremidades ni tampoco la densa calidez que noté corriéndome por las venas.

—Y dale con no traducir el *srce* —exhalé en un intento por recuperar cierto control sobre mis emociones.

—Ya sabes lo que significa —señaló Vuk recuperando un tierno tono de voz.

Y era cierto. Al final, lo había buscado. Aun así, en el caso de que no lo hubiese hecho, notaba toda la emoción que evocaban aquellas palabras cada vez que Vuk las pronunciaba.

Srce moje: «mi corazón».

Volví a besarlo con más ahínco todavía. Él me colocó la palma de la mano en la cadera y fue subiéndomela por la curva de la cintura. Se me encendió la piel y noté cierta electricidad recorriéndome la espalda.

—Espera. Sigues herido —rechisté un poco a regañadientes—. El médico ha dicho que...

—A la mierda lo que haya dicho el médico. —Vuk me acarició el cuello—. Quien le paga soy yo; lo que yo diga va a misa.

—Dudo que la cosa vaya as...

Me besó en un punto particularmente sensible del cuello. Gemí y dejé mis protestas a medias.

Le pasé las manos por los hombros con ganas de...

Un fuerte *miau* nos interrumpió mientras nos dábamos el lote. Me sobresalté y nos separamos en cuanto *Sombra* saltó a la cama y se colocó justo encima del pecho de Vuk.

A pesar de que *Sombra* había escogido el peor momento para aparecer, no pude evitar soltar una risita al ver cómo arrugaba Vuk la frente.

—Largo —le ordenó—. Estamos ocupados.

Sombra pasó de él y bostezó perezosamente mientras se estiraba. Le dio un golpecito en la barbilla a Vuk con la nariz antes de volver a acomodarse en el pecho de su dueño.

Después de su aparición en el almacén, gracias a la cual nos había salvado la vida, *Sombra* regresó a casa y el personal de Vuk se le abalanzó para abrazarlo y darle mimos. Por suerte, cuando Wentworth lo tiró por los aires, *Sombra* no se hizo daño y parecía que se hubiese tomado su nuevo estatus de héroe con humor. El gato se paseaba por doquier como si fuese el rey del mambo (igual que alguien que yo me sabía).

—Mira que llegas a ser tocapelotas —se quejó Vuk antes de rascarle la parte de atrás de las orejas. El gato ronroneó y empezó a mover la cola como si fuese el limpiaparabrisas más alegre del mundo—. Aunque yo tenía razón: eres un superviviente.

—¿Al final descubriste cómo te siguió hasta el almacén? —le pregunté.

Acaricié a *Sombra* y le sonreí. Él ronroneó con más ganas. Dios, si es que era una monada.

Di por hecho que se había vuelto a esconder en el coche de Vuk, pero no tenía ni idea de cómo había ido del coche a aquella parte del almacén sin que nadie lo viera.

—No. Va donde le sale de las narices y cuando le sale de las narices. Y tampoco sé cómo ha entrado ahora aquí; la puerta está cerrada. —Vuk sacudió la cabeza—. Nos acaba de cortar el rollo un gato. Increíble.

—Anda, deja que se quede un poquito. Ahora que lo nuestro ya es oficial y tal, tú y yo tendremos muchos ratos para estar a solas —bromeé, y, con un tono de voz más dulce, añadí—: Además, me has salvado la vida. Otra vez.

Perdí el conocimiento hacia el final de la noche. Sin embargo, al enterarme de que Vuk había entrado corriendo para ir a buscarme a pesar de su trauma con los incendios...

Se me encogió el corazón a más no poder.

—No, *srce* —respondió Vuk—. Fuiste tú quien me la salvó a mí.

—Quien te sacó de ahí fue Roland. Roman.

—No estoy hablando del almacén.

Me quedé sin aliento. Vuk estaba hablando con un tono de voz cálido y cargado de significado; en el caso de que no me hubiese derretido ya antes, seguro que ahora acababa de convertirme en un montón de masa deshecha.

No me hizo falta preguntarle a qué se refería. Al igual que ocurría en tantos otros aspectos de nuestra relación, había cosas que, más que oírlas, las sentía.

Sombra volvió a maullar justo cuando Vuk y yo intercambiamos unas reservadas sonrisas porque ambos teníamos claro de qué estábamos hablando. No nos hizo falta decir nada más y, a pesar de

mis heridas y del trauma, me di cuenta de que nunca había sido tan feliz como en ese instante.

Como bien decía mi madre: la alegría no implicaba la ausencia del dolor. Y dicha alegría no siempre llegaba en los momentos más memorables; a menudo, solía llegar en pequeños instantes como este: en una habitación con un gato adorable, el hombre al que amaba y la certeza de que él también me amaba a mí.

54

Vuk



Una vez salió a la luz la verdad sobre Emmanuelle, todo lo demás fue encajando. Cuando llegaron las vacaciones, la ciudad estaba cubierta por un blanco manto de nieve y los escaparates navideños lo decoraban todo, Beaumont ya había desaparecido. El FBI detuvo a todos los agentes que habían sido cómplices de sus tejemanejes y embargaron las oficinas.

En consecuencia, las antiguas modelos de Beaumont se quedaron sin agente, si bien, en la mayoría de los casos, fue algo positivo. Yo me ocupé de pagar las deudas ya contraídas de todas las modelos para que pudieran empezar desde cero. A aquellas que quisieron dejar el mundo de la moda y marcharse a casa, les compré billetes de primera clase y les di el equivalente a los gastos de un año. Para las que optaron por seguir trabajando en el sector, les pedí a mis

abogados que les revisaran los nuevos contratos y se asegurasen de que tuvieran buenas condiciones. También les pagué sesiones de terapia y servicios médicos a aquellas que se habían visto obligadas a participar en las actividades ilícitas de Emmanuelle.

Yo no conocía a ninguna de las modelos a excepción de Indira (cuyo éxito la había protegido de la faceta más desagradable de Emmanuelle), pero todas se merecían algo mejor de lo que les había tocado.

Por desgracia (y sorpresa, también), Hank no resultó ser uno de los agentes cómplices en todo eso. Aunque sí que lo declararon culpable por invasión de la intimidad y por vigilancia ilegal no solo de Ayana, sino de varias modelos más. Puede que yo instara a los fiscales a que fueran a por la pena de prisión máxima y que le pidiera al vigilante en cuestión que se asegurase de que Hank experimentara algo peor de lo meramente desagradable mientras estuviera entre rejas.

También le di el dinero suficiente a la familia de Enzo para que pudiese vivir bien hasta el fin de sus días. Con eso no conseguiría resucitar al hombre ni tampoco me libró de toda la culpabilidad que sentía por su muerte, pero era lo mínimo que podía hacer.

Ayana, a su vez, decidió trabajar por cuenta propia. No quería volver a tener a más agentes; quería poder controlar su carrera y sus finanzas personalmente. Tenía pensado contratar a una asistenta de cara al año entrante para que la ayudara a mantener el calendario en orden y a gestionar las sesiones de fotos para las cuales la contratasen.

Por paradójico que parezca, los meses en los que dejó de trabajar la convirtieron en la modelo más anhelada del sector. Todo el mundo quería reservar sesiones de fotos con ella y tenía un montón de contratos acumulados hasta finales del año siguiente.

Ahora mismo nos encontrábamos en uno de los eventos de Stella Alonso, una diseñadora de moda con quien Ayana llevaba trabajando desde que empezó a hacer de modelo. Se trataba de un preestreno navideño en La Bóveda y el local estaba a rebosar de invitados.

—Me alegra verte de regreso al circuito. —Stella sonrió a mi novia con dulzura. Era incluso más alta que Ayana, tenía el pelo oscuro y rizado y unos ojos verdes que conjuntaban perfectamente con las esmeraldas que le adornaban el cuello. Además, estaba casada con el antiguo jefe de Sean: Christian Harper—. Te hemos echado de menos en los desfiles de este año.

—Este otoño ha sido una locura —reconoció Ayana—, pero me alegra haber vuelto. Me muero de ganas de que lleguen las pasarelas de la temporada de otoño/invierno.

—Lo mismo digo. Entre tú y yo... —Stella bajó la voz y le susurró cómplice—: Siempre he pensado que eras demasiado buena para estar con Beaumont. Emmanuelle me daba malas vibraciones. No me sorprendería si de repente nos enterásemos de que también mató a alguien.

Tenía buen instinto. Con razón Harper se había casado con ella.

—Bueno, ya basta de charlas morbosas esta noche. Cuando haya pasado Año Nuevo, me encantaría que quedáramos para comer y ponernos al día —le dijo Stella—. Ahora, si me disculpas, tengo que asegurarme de que mi marido no esté liándola en mi ausencia. Cuando Christian se aburre, la cosa tiende a... torcerse.

—Te entiendo —respondió Ayana mirándome con segundas.

Le devolví la mirada con expresión inocente. Llevaba todo el mes manteniendo un comportamiento impecable; menos, quizá, por la vez que empujé a un tío «sin querer» y cayó en una piscina interior por haberse quedado mirándole el culo a Ayana demasiado rato. El

tío había estado desvistiéndola con la mirada delante de todo el mundo en un evento del sector.

¿Cómo podía yo haber adivinado que el chaval no sabía nadar? Al final sobrevivió. Algún buen samaritano lo pescó del agua cual rata empapada.

—Encantada de conocerte, Vuk —me dijo Stella.

Asentí sutilmente con la cabeza para indicarle que el sentimiento era mutuo.

Cuando Stella se hubo marchado, le pregunté a Ayana:

—Echabas de menos todo esto, ¿a que sí?

Faltaba una semana para Navidad. Desde que escapamos del almacén, nos habíamos pasado casi todos los días en mi casa o en su apartamento, perdidos entre el aturdimiento inducido por el sexo, la comida y el sueño. Nos habíamos alejado del resto del mundo y nos habíamos priorizado mutuamente. Para mí bastaba, pero Ayana era más sociable que yo y quería que tuviese la oportunidad de brillar ahora que Beaumont ya no existía.

—Pues sí —confesó—. No me malinterpretes: me encanta pasar tiempo contigo, pero me gusta volver a ver ciertas caras familiares. En mi mundillo hay algunas víboras, pero también buenas personas. Y hablando de esto precisamente... —Se le fue apagando la voz y miró detrás de mí con una sonrisa.

Me giré y reí por lo bajo de inmediato.

—¿Te has ido a las islas o te has caído en algún barril de aceite bronceador?

—Qué gracioso —respondió Jordan poniendo los ojos en blanco. Se había ido a pasar el fin de semana a San Bartolomé y había vuelto, por lo menos, cinco tonos más moreno que cuando se había marchado—. Deberías plantearte hacer alguna de esas dos cosas en

algún momento, no vaya a ser que la gente te confunda con un cadáver.

Por mí, ningún problema. Preferiría revolcarme en un manto de hiedra venenosa que tostarme por voluntad propia en una playa donde hacía calor y rodeado de desconocidos sudorosos. Quienquiera que inventara el concepto de tomar el sol debía de ser masoca.

—¿Has podido resolverlo todo? —se interesó Ayana—. ¿Qué tal sigue tu abuela?

Jordan volvió a adoptar una expresión seria. Orla había empezado con los cuidados paliativos a principios de mes. Había aguantado más de lo que esperaban los médicos, pero se le iba acercando la hora. Todo el mundo se había preparado mentalmente para cuando ocurriese y ya estaban dejándolo todo en orden.

Por eso se había ido Jordan a San Bartolomé: para entregar oficialmente la villa de su abuela a los nuevos propietarios. A excepción de la casa que tenía en Rhode Island, Orla quería desprenderse de todos los bienes inmuebles que poseía antes de morir y donar todas las ganancias a obras benéficas.

—Igual. Anda siempre cansada, pero todavía le queda algo de nervio. Fue ella quien me insistió para que viajara a las islas en lugar de dejar que sus abogados se ocuparan de todo. —Nos dedicó una pesarosa sonrisa—. Ese viejo dragón no soporta tenernos encima todo el rato.

Jordan la llamaba «viejo dragón» con cariño. Desde Acción de Gracias, cuando le contó oficialmente a toda su familia que era arromántico y asexual, Jordan empezó a llevarse todavía mejor con su abuela. Además, tampoco tenía previsto casarse nunca ni quería tener hijos biológicos.

Su padre no estuvo presente en esa charla (aunque, por lo visto, cuando se enteró, pareció darle igual) y su madre se desmoronó porque nunca llegaría a tener nietos; Orla, en cambio, se lo tomó con filosofía. No cuestionó a Jordan ni intentó convencerlo diciéndole que «se estaba equivocando»; simplemente cambió el testamento para que su nieto pudiese quedarse con la herencia.

Le dijo que «cada uno es como es» y que «no debería castigarse a nadie por eso».

Jordan se había pasado muchísimo tiempo aterrado por tener que confesarle la verdad a su abuela (hasta tal punto que incluso intentó casarse por conveniencia) y, al final, resultó que la mujer fue la más comprensiva de todos.

—Me he enterado de que ibais a venir y he decidido pasarme para saludaros, y a Stella también —nos contó—. Aunque tengo que marcharme pronto. Esta noche vuelo a Rhode Island. Creo que me quedaré allí hasta que... Bueno, ya me entendéis.

—Sí. —Ayana le dio un abrazo—. Sé que estos días estaréis solo los miembros de la familia allí, pero dile a Orla que pensamos mucho en ella, ¿vale?

A lo que yo añadí:

—Si necesitas cualquier cosa, llámanos.

Jordan respondió con otra triste sonrisa y contestó:

—Lo haré.

Seguimos hablando un rato más antes de que él se excusara y se marchara para poder coger el avión a tiempo.

Mientras charlábamos los tres, nadie nos prestó más atención de la habitual. La gente ya se había acostumbrado a nuestra nueva normalidad y los escandalosos rumores que habían ido circulando por ahí sobre el hecho de que Ayana y yo empezáramos a salir justo después de que anularan el compromiso con Jordan cesaron en

cuanto todo el mundo se dio cuenta de que nos llevábamos todos la mar de bien.

—Me alegro de que vaya a pasar las Navidades con Orla —señaló Ayana, melancólica—. Espero que la mujer encuentre la paz.

—Estamos hablando de Orla Ford. Estará bien pase lo que pase.

Era una mujer robusta. La muerte tendría que llevársela a rastras y gritando. Y, cuando eso ocurriera, Orla seguramente le daría la vuelta a la tortilla y se aseguraría de tener la sartén por el mango en el otro barrio también.

—Cierto. —Ayana rio con discreción—. Bueno, ya está. En fiestas, tenemos que dejar de hablar de cosas morbosas sí o sí. Si mis padres estuvieran aquí, me darían una bofetada en toda la cara por sacar estos temas. —Entrelazó los dedos con los míos y me guio hacia la pasarela; el preestreno estaba a punto de empezar—. Están ilusionadísimos de volver a verte. Se te vienen dos semanas de comida y juegos de mesa a montones.

Íbamos a pasar Navidad y Año Nuevo con toda su familia en Washington D. C. Nos marchábamos en dos días.

Sonreí.

—Me muero de ganas.

E iba en serio. Desde que mi familia había muerto y ahora que Willow se había jubilado y vivía en Oregón, cuando pasaba tiempo con los Kidane me sentía casi como si volviese a tener una familia.

Ayana y yo tomamos asiento. Las luces se atenuaron y comenzó el desfile. A mí no es que me importara demasiado la moda, pero me encantaba ver a Ayana aguantando la respiración y riendo ilusionada al ver los *outfits* que iban apareciendo.

—¿Cuál es tu favorito hasta ahora? —me preguntó en un susurro, ya hacia el final.

A mí me parecían todos iguales. Mucho rojo, mucho dorado y mucho brillo.

Me encogí de hombros.

—Supongo que la cosa esa de encaje con el lazo. Te quedaría de infarto.

—¿Esa es tu forma de decir que quieres verme con lencería navideña? —bromeó Ayana.

—Quiero verte con todo. Lo que sea. —Dibujé una sonrisa pícara y añadí*—: Y sin nada.*

Oí cómo se le cortaba la respiración. La temperatura aumentó a nuestro alrededor y, cuando hubo terminado el desfile, no dijimos nada. Simplemente nos levantamos y nos marchamos de la planta principal al unísono. Fuimos rompiendo el silencio con algunas risas jadeantes hasta que, al final, conseguí abrir el baño privado que había arriba y que estaba reservado para los dueños.

Los únicos que teníamos acceso éramos Xavier y yo. Encimeras de mármol blancas. Suelos pulidos. Espejos retroiluminados.

Mucho más bonito que los aseos públicos de la discoteca y muchísimo más idóneo para llevar a cabo las actividades que tenía yo en mente.

—No deberíamos estar haciendo esto aquí —exhaló Ayana cuando la levanté y la senté en el mármol—. Deberíamos estar abajo con... Ah.

Mientras ella hablaba, yo le iba levantando el vestido y bajándole la ropa interior. Me arrodillé ante ella y jugueteé con su clítoris, lamiéndoselo con dulzura.

—¿Qué decías?

—Eh... —Parecía aturdida—. Que no deberíamos... Abajo... ¡Ah, Dios, síííí!

La satisfacción me invadió entero en cuando le cubrí el clítoris con los labios y se lo succioné. Se volvió jodidamente loca y yo no me achiqué mientras se lo comía ahí mismo, en el baño de la discoteca. No paré hasta que el orgasmo la dejó gritando y chorreándome en la cara.

Era el sonido más bonito del mundo.

Me puse de pie y me desabroché el cinturón. La lujuria me bajó del glande hasta los cojones, ya adoloridos. Por más que nos enrolláramos, siempre parecía que fuese la primera vez.

Cuando la agarré por las caderas y le coloqué la punta de la polla en la hendidura, Ayana seguía temblando a causa del clímax. Como ahora se tomaba píldoras anticonceptivas, casi nunca utilizábamos condón.

Y menos mal. Porque ahora mismo no llevaba ninguno encima y como tuviese que esperar un segundo más para estar dentro de ella, estallaría.

Cuando se la metí hasta el fondo y noté cómo me resbalaba la polla, a pelo, por su palpitante vagina, gruñí. Me pasó los brazos por el cuello y se agarró a mí como si no hubiera un mañana mientras se lo hacía con dulzura y lento primero y, luego, pasaba a follármela rápido y duro hasta que acabamos los dos empapados en sudor y con una perezosa dicha poscoital.

Que yo prefiriera estar en el baño de una discoteca con Ayana en lugar de estar en cualquier otra parte del mundo sin ella ya decía mucho de por sí. Sexo aparte, yo sería feliz siempre y cuando estuviésemos los dos solos.

—Feliz Navidad por adelantado, *srce moje* —murmuré.

Ayana sonrió y la felicidad le iluminó tantísimo el rostro que se me encogió el corazón.

—Feliz Navidad por adelantado, mi amor.

Me quedé helado. «Mi amor».

Habíamos evitado la palabra *amor* o el verbo *amar* hasta ahora. No porque yo no lo sintiera (Ayana llevaba siendo la única mujer para mí desde el momento en que la vi por vez primera, por más que en aquel instante yo no fuera consciente de ello), sino porque no quería que se sintiera presionada a responderme nada hasta que estuviera lista.

Había pasado más de un mes desde que la habían secuestrado, pero ella continuaba bregando con lo ocurrido ese día. Iba a terapia dos veces por semana y, a veces, las pesadillas la perseguían en la oscuridad. Yo le había salvado la vida, pero no quería que confundiera eso con el amor.

Ayana me cogió la cara con ambas manos.

—Te quiero —me dijo con los ojos llenos de emoción—. No porque me salvaras la vida, sino porque eres tú. —Fue como si acabase de leerme la mente—. Malhumorado, dulce, listo, leal... y un poco mortífero a veces, pero nadie es perfecto. —Resoplé discretamente y ella sonrió—. Estoy enamorada de todo tu ser, Vuk Markovic, y quería decírtelo desde hace tiempo, pero resulta que hoy he conseguido aunar las fuerzas para hacerlo.

«Te quiero». Nunca nadie me había dicho esas palabras; no en el sentido romántico. Pero daba igual, porque yo nunca había querido oírselas decir a nadie más.

Si tenían tanto poder era solo porque salían de la boca de Ayana.

—Repítemelo —le pedí con una voz tan áspera y densa que a duras penas asimilé que era la mía.

—Te quiero —repitió ella con voz ronca.

Le centellearon los ojos bajo la luz.

«Te quiero te quiero te quiero».

No me había sentido así de bien en toda mi vida.

Agaché mi frente hasta rozarle la suya.

—No te merezco, Ayana Kidane —susurré—. Pero, joder, yo también te quiero.

Si oírla decirme aquellas palabras me había avivado por dentro, pronunciarlas en alto hizo que se me incendiara el cuerpo de la mejor forma posible: con unas llamaradas dulces y exquisitas, para nada destructoras, que se llevaron por delante la fealdad que había empañado el mes anterior dejando espacio para crear recuerdos nuevos.

Y, mientras Ayana y yo volvíamos a besarnos y nuestras lenguas saboreaban la dulzura de aquellas palabras, tuve la sensación de que crearíamos un sinfín de recuerdos nuevos los dos juntos.

55

Vuk / Ayana





Vuk
Diez meses después

Amaba a Ayana. De verdad que sí.

Sin embargo, a lo largo de nuestra relación, me di cuenta de que salir con ella implicaba sumarle a mi vida algo que no me gustaba nada: los eventos sociales.

Había cenas y galas benéficas y otros saraos para hacer contactos dentro del sector. Y había fiestas para celebrar cosas que a mí jamás se me habría ocurrido celebrar con una fiesta, como el cumpleaños de una mascota. Me desconcertó que mi equipo insistiera en organizarle una fiesta de cumpleaños a *Sombra* cuando ni siquiera

sabíamos qué día había nacido. Pero ¡si había rescatado al maldito bicho ese de la calle!

Jeremiah decía que se habían inventado una fecha de nacimiento para el animal, lo cual le quitaba absolutamente todo el sentido a un cumpleaños. Cuando lo señalé, nadie más pareció compartir mi punto de vista, así que ahí estábamos: cantándole el cumpleaños feliz a un puto gato.

—¡Ay, míralo! ¡Si es que es monísimo! —señaló Maya animada en cuanto hubo terminado la canción y todo el mundo empezó a aplaudir, y le sacó una foto a un orgulloso *Sombra* mientras la gente lo hinchaba a premios y le hacía carantoñas—. ¿De quién fue la idea del pastel?

—De Vuk —respondió Ayana antes de que me diese tiempo a echarle la culpa a ella. Ayana se había mudado a vivir conmigo en verano y, cuando algo tenía que ver con *Sombra*, tanto ella como mi personal siempre conspiraban contra mí—. Que no te engañe su antipatía: está superilusionado con la fiesta. La semana pasada llamó tantas veces al pastelero que el hombre al final lo amenazó con dimitir como Vuk no dejase de preguntarle si estaba seguro de que el pastel era apto para gatos.

Arrugué la frente.

—No soy antipático.

Ayana me dio unos golpecitos en la mano y respondió:

—Claro que no, cielo.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Que dejara que me envenenase al gato? Los que habrían tenido que ocuparse luego del lío habríamos sido nosotros.

Había encargado un pastel de boniato con forma de ratón. No dejaba que *Sombra* comiese boniato a menudo porque no era bueno

para él, pero aquella era una ocasión especial. O eso me iba repitiendo la gente.

Nunca había trabajado con ese pastelero en concreto, así que perdonadme por querer asegurarme de que todo estaba en orden. Quien me había convencido al final para que montara semejante fiestón fue Ayana, de ahí que hubiesen venido tantísimos amigos y socios del trabajo. Debería alegrarse de que no pusiera un bol lleno de comida seca para gatos delante de *Sombra* y diese la celebración por terminada.

—Claro que no —contestó tranquilizadora—. Estoy segura de que el hombre entendió por qué, eh..., *insistías* tanto cada día en asegurarte de que todo iba bien.

—Ahora incluso me dan ganas de tener un gato, pero mi madre me mataría. —Maya suspiró—. Es alérgica.

—Vuk. —Una voz fría y familiar interrumpió nuestra conversación. Dominic apareció con su mujer Alessandra—. ¿Podemos hablar un segundo? En privado.

—Yo también quería hablar contigo —le dijo Alessandra a Ayana con una sonrisa. Se conocían porque, en su día, la madre de Alessandra le hizo de mentora no oficial a Ayana—. Mi madre ha venido a la ciudad y me ha preguntado si podríamos quedar...

Dejamos que las mujeres conversaran y yo me marché para hablar con Dominic. Salimos al pasillo que quedaba justo fuera del salón, que era donde estábamos celebrando la fiesta.

No le había dicho nada de mi «relación» con Roman ni tampoco le había contado a nadie el papel que había jugado este al derribar a Emmanuelle. No tenía sentido alguno que hiciera ninguna de esas cosas porque solo servirían para complicarlo más todo.

—Vengo a cobrarme mi favor —anunció Dominic—. Quiero compartir ciertas noticias personales con alguien, pero primero

necesito que me ayudes a encontrarlo. Lo he intentado por mi cuenta, pero no lo he conseguido. Y he oído por ahí que tú tienes... ciertos recursos que tal vez puedan servirme de ayuda.

Hostia puta. Me daba la sensación de que ya sabía quién era ese «alguien», pero mantuve una expresión neutral y tecleé la respuesta en el móvil:

Envíame los detalles. Yo me ocupo del resto.

No había vuelto a saber absolutamente nada de Roman desde el otoño pasado. No se me ocurría nadie más con quien Dominic quisiera compartir algo personal y con quien no consiguiera dar, y yo no tenía ningunas ganas de volver a establecer contacto alguno con el nuevo líder de La Hermandad.

Aun así, cuando se le debe un favor a alguien, hay que devolvérselo. Y yo siempre cumplía mis promesas.

El alivio hizo que se le relajara la expresión a Dominic.

—Gracias.

Cuando regresamos a la fiesta, se había desmadrado por completo. Maya estaba bailando con un *Sombra* que parecía perplejo; Xavier y Sloane estaban dominando una partida de póquer improvisada con cartas que tenían distintas fotos de *Sombra* impresas por detrás (¿de dónde cojones las habían sacado?, porque yo no recordaba haberlas encargado), y Jordan estaba hablándole del último meme que se había viralizado por internet a Jeremiah.

Música fuerte. Risas fuertes. *Todo* fuerte.

Se me erizó la piel.

Dominic regresó decidido con su mujer y yo me quedé mirando aquella escena mientras me planteaba hasta qué punto sería de mala educación que cometiera un asesinato en una fiesta que yo

mismo había organizado. Y luego valoré si realmente me importaba que fuese o no de mala educación.

Respuesta: no, no me importaba.

—Estás planteándote asesinar a alguien, ¿a que sí? —me preguntó Ayana acercándoseme y con cara divertida.

—Es probable. Ni lo confirmo ni lo desmiento.

Rio y me pasó los brazos por el cuello.

—Ahora en serio: gracias. Estoy bastante segura de que a nuestros amigos les dio algo cuando recibieron una invitación a la primera fiesta organizada por el mismísimo Vuk Markovic.

Reí por la bajo.

—La primera y la última.

Hasta... Bueno, esa será una ocasión distinta que dejaremos para otro momento.

—Venga ya... ¿Me vas a decir que no te lo estás pasando bien? —Ayana me quitó uno de los brazos del cuello y juntó el índice con el pulgar para preguntar—: ¿Ni siquiera un poquitín de nada?

—Define «pasármelo bien».

Agaché la cabeza para que solo me oyera ella.

—Me lo paso bien cuando estoy contigo —le dije—. Cuando te veo feliz. Eso es lo que me gusta.

Se le relajó la expresión.

—Es el cumpleaños de *Sombra*, no el mío —señaló sonriendo—. Ya hace un año que lo encontraste.

—Le he comprado un pastel de boniato. Es suficiente. —Aunque supongo que tampoco estaba mal verlo tan activo. A lo mejor, si Maya lo mantenía entretenido, dejaría de rascarme los muebles, que eran caros a más no poder, hostia—. ¿Podemos echar ya a todo el mundo? Ya ha pasado una hora.

Ayana sonrió.

—Yo diría que deberíamos esperar un par de horas más, aproximadamente. Han venido hasta aquí para celebrar la fiesta de cumpleaños de nuestro gato.

—La mayoría viven a menos de diez minutos.

—Vuk.

—Vale. —Contesté—. Dos horas más. Tienes suerte de que te quiera tanto.

—Pues sí. —Me dio un discreto beso en los labios—. No te preocupes. Luego te demuestro lo muy agradecida que te estoy.

Se me animó el cuerpo entero.

—Si con eso pretendías que estuviera más dispuesto a tener a gente por aquí, estás consiguiendo justo lo contrario.

—Quedarte con las ganas hace que sea más divertido —me dijo guiñándome el ojo—. Venga, vamos. A ver si es verdad que no podemos rascarles algo de pasta a Xavier y a Sloane.

Volvimos a unirnos a la fiesta. A pesar de haberme quejado, sí que disfruté, sobre todo después de ganar a Xavier al póquer.

Y lo que era más importante todavía: Ayana se estaba divirtiendo. Y yo haría lo que fuera con tal de verla sonreír, incluido organizarle una fiesta de cumpleaños a un felino y que-dar-me.

Al cabo de unas horas, cuando ya se hubo marchado todo el mundo y solo estábamos nosotros dos en nuestro cuarto, Ayana cumplió la promesa que me había hecho antes y me demostró con creces lo agradecida que estaba.

Y estaba en lo cierto: quedarse con las ganas lo hacía más divertido.

Ayana
Dos meses después

—No tengo muy claro que sea buena idea ir con esos zapatos.

Puse los brazos en jarras.

—No deberías infravalorar mi capacidad de caminar con calzado poco práctico.

Vuk arqueó una ceja con los ojos puestos en mis botas de tacón resistentes al agua que me había comprado a propósito para este viaje.

—Vamos a caminar por la nieve, *srce* —señaló—. Se te van a helar los pies.

—Son botas de nieve.

—No he visto botas de nieve con tacones en la vida.

—Crees que el crudo y el *beige* son el mismo color. Te quiero muchísimo pero, con todo el cariño del mundo, voy a tener que ignorar tu opinión en cuestiones de moda.

Vuk sacudió la cabeza y rio.

—Como quieras. Son tus pies.

Estábamos a principios de diciembre y habíamos venido a Finlandia a pasar una semana en un nuevo resort de lujo que habían abierto en Laponia. Nuestra «habitación» era un iglú gigante con una bóveda de cristal por techo y unas vistas espectaculares del cielo. Esta noche, aquella hermosa aurora boreal centelleaba sobre nuestras cabezas y le daba un toque etéreo al lugar.

Dejando las vistas de lado, el resort también contaba con un *spa* de primera categoría, una fuente de chocolate y guías privados para actividades que iban desde ir en un trineo tirado por huskies a hacer excursiones con renos. Básicamente era el paraíso invernal de mis sueños y no quería marcharme jamás.

—Deberíamos haber traído a *Sombra* —dije mientras Vuk y yo nos marchábamos de la habitación y nos íbamos a un taller privado que había reservado él para elaborar perfumes—. Le encantaría todo esto.

—A ese gato no le hacen falta unas vacaciones con todos los gastos pagados en Europa —respondió seco—. Bastante malcriado lo tiene ya el personal.

Me abstuve de comentar que quien le había reservado una sesión de un día en un *spa* gatuno de lujo el fin de semana pasado había sido él.

Y también eludí reconocer que tenía razón: me estaba he-lan-do los pies. De camino al pabellón donde realizaríamos la actividad, no habíamos recorrido ni la mitad del trayecto y yo ya empecé a caminar más despacio. Me estremecí y noté cómo el frío me iba subiendo por las piernas e iba extendiéndoseme por los brazos y el pecho.

Y una mierda, resistentes al agua. No pensaba volver a comprar nada de esa marca nunca más.

—¿Todo bien? —me preguntó al ver que me quedaba rezagada.

—Mmmm.

Se le dibujó una media sonrisa.

—Es por los zapatos, ¿a que sí?

—A ver, no del todo, pero... ¡Vuk! —grité cuando me cogió en volandas. El mundo me dio vueltas y mi risa retumbó entre los pinos nevados mientras él me llevaba a cuestas lo que quedaba de camino —. ¿Qué haces? ¡Bájame!

—Cuando estemos dentro. Aún nos quedan dos días más aquí, *srce*. No te los pasarás con los pies congelados.

—Tampoco dramatices —resoplé, aunque no podía dejar de sonreír.

Llegamos al sitio donde pronto empezaría la actividad. Ante aquella entrada poco convencional, la instructora del taller ni siquiera pestañeó y nos saludó calurosamente antes de iniciar la clase.

Tanto Vuk como yo pudimos crear una fragancia y llevárnosla a casa. La instructora nos habló de las distintas notas del perfume y nos contó cómo combinarlas para conseguir el equilibrio ideal. También nos fue guiando a lo largo de todo el proceso de selección, durante el cual tuvimos que escoger los ingredientes adecuados que encajaran con nuestros gustos personales.

A pesar de que antes había estado vacilándome, Vuk parecía extrañamente apagado. Siempre que estaba con gente que no conocía se mostraba más reservado, pero esta noche parecía casi... ¿nervioso? Aun así, como odiaría que le preguntara algo delante de la instructora, me guardé las dudas para más tarde.

Tras deliberar largo y tendido, seleccioné una combinación de aromas que me recordaría a este viaje: una nota inicial mentolada que evocaba sutilmente al musgo infusionado con iris, campanillas de invierno y lirios del valle, rematada con una pizca de vainilla amaderada.

—Excelente elección —dijo la mujer—. Déjenme que guarde sus fragancias en una caja. Un segundo, por favor. —Desapareció en la trastienda y regresó al cabo de un minuto con un par de bolsas—. Pueden quedarse aquí tanto como deseen. Tienen el local a su completa disposición toda la noche. —Nos pasó ambas bolsas con una sonrisa—. Espero que les haya gustado el taller y deseo que acaben de disfrutar del viaje.

Pestañeé un poco sorprendida al ver lo rápido que se marchaba.

—Qué raro... —dije—. ¿Por qué íbamos a necesitar el local toda la noche si ya se ha terminado el taller?

—No tengo ni idea.

Era extraño, pero Vuk parecía tenso. Aunque, a ver: siempre se mostraba un poco molesto después de haber participado en alguna actividad social.

—¿Qué le has puesto a tu perfume? —me interesé. Se había negado a dejarme ver su combinación final y la curiosidad me estaba matando—. Espero que te hayas decantado por esa primera base amaderada. Te sienta genial.

Se le encorvaron los labios en una sonrisa.

—¿Por qué no lo miras tú misma en la caja?

Los perfumes que acabábamos de crear venían con una etiqueta personalizada por detrás donde aparecían todas las notas aromáticas, así como la fecha en que los habíamos elaborado.

Vuk se metió las manos en los bolsillos y esperó, con la mandíbula apretada, a que yo sacara su fragancia de la bolsa. Giré la botella a la espera de encontrarme con una combinación de toques amaderados y de vainilla en la etiqueta.

Pero no fue el caso. De hecho, no vi nada relacionado con olores. En la etiqueta solo había una frase escrita con tipografía *vintage* de máquina de escribir donde ponía:

¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé sin aliento. Me empezaron a sudar y a arder las manos y, de no ser porque estaba sujetando la botella con fuerza, se me habría resbalado hasta acabar rota en el suelo.

Cuando levanté la vista, me ardía la garganta con un montón de lágrimas por soltar y me encontré a Vuk arrodillado ante mí. El anillo más espectacular que había visto en toda mi vida le centelleaba en la mano. Aquel impecable diamante en forma de pera descansaba

sobre una base negra aterciopelada. La alianza era de oro y estaba adornada con unas exquisitas esmeraldas diminutas.

—El primer día que te hablé de este taller, me preguntaste que por qué lo hacíamos por la noche, tan tarde —me contó. Tenía las mejillas de un sutil color rosado y le temblaba ligeramente la voz, por lo común firme y serena—. Pues porque quería hacer esto bajo las auroras boreales. El año pasado, cuando estuvimos en Washington D. C., me dijiste que nunca llegaste a verlas y yo quería que las vieras. Quiero que veas todo lo hermoso que hay en el mundo, Ayana, y espero que me concedas el placer de estar a tu lado a cada paso. —Vuk tragó saliva—. Tenía previsto un discurso mucho más largo, pero las palabras no son precisamente lo mío. Además, tú y yo no es que las hayamos necesitado demasiado; siempre hemos sabido lo que sentía el otro, en realidad. Así que solo me queda hacerte una pregunta: Ayana Kidane, ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas empezaron a brotarme incluso antes de que Vuk hubiese terminado de pronunciar la frase y, ahora que su pregunta había quedado suspendida en el aire, me fueron resbalando mejilla abajo más deprisa y con más ímpetu.

—SÍ. ¡Ay, Dios, sí! —sollocé—. ¡Claro que quiero casarme contigo!

Me dio la impresión de que relajó los hombros con alivio. Aunque la verdad es que aquel velo de lágrimas no me dejaba ver demasiado.

Cuando me colocó el anillo en el dedo, el mundo se volvió borroso. Y luego empezamos a besarnos y a abrazarnos y a besarnos todavía más.

Debería haberme imaginado que estaba planeando algo en cuanto propuso que hiciéramos un viaje «de improviso» a Finlandia.

Aunque, tampoco me habría sorprendido que me hubiese traído hasta aquí solo porque yo le había dicho que me gustaría volver.

Vuk era estoico, malhumorado y con cierta tendencia homicida ocasional. Sin embargo, en el fondo, era buena persona. Encajábamos de una forma muy nuestra, como la luz y la oscuridad, el mar y la nieve, el fuego y el hielo.

Antes de que nos conociéramos, me había pasado años lamentándome por mi inexistente vida amorosa cuando, en el fondo, el Universo me había estado susurrando: «Espera un poco más. Encontrarás a la persona perfecta para ti».

La había encontrado.

Y todos y cada uno de los segundos de espera habían merecido la pena.

¡Gracias por leer *Rey de la envidia*! Si te ha gustado este libro, te agradecería que me dejaras una reseña en la(s) plataforma(s) que prefieras.

Las reseñas son como propinas para los autores. ¡Todas cuentan!

Con amor,

Ana

P. D.: ¿Quieres hablar de mis libros y de otras cositas la mar de divertidas con personas cuyos intereses sean parecidos a los tuyos? ¡Únete a mi grupo de lectoras: Ana's Twisted Squad!

Agradecimientos

Hacía bastante que no escribía sobre un héroe desquiciado y de moralidad gris. ¡Tal vez por eso me divertí tantísimo con la historia de Vuk y Ayana!

Este libro también ha tenido un poco más de acción y suspense que los volúmenes previos de la serie Pecados, así que ¡gracias a todo el mundo que forma parte del Equipo Ana por adaptarse!

A Becca. Tardamos un poco en entender cómo pensaba esta pareja, pero ¡lo hemos conseguido! Mover ya-sabes-qué a ya-sabes-dónde en la historia fue claramente un acierto. Además, Jordan consiguió sobrevivir.

A mis lectoras alfa Brittney, Rebecca y Salma. ¡Tenemos otra novela más! Gracias por darme confianza y alentarme a lo largo de todo el proceso.

A mis alfas expertas Marijana, Efrata y Hayley. Gracias por compartir vuestro conocimiento conmigo y por vuestras mágicas traducciones. He aprendido muchísimo y no podría haberlo hecho sin vosotras.

A mis lectoras de sensibilidad y lectoras beta Chelé, Erica, Aishah, Emma, Jessie, Sonali, Malia y Nina. Gracias por darme un *feedback* tan detallado. Os agradezco muchísimo el tiempo y el cariño que destináis a vuestros comentarios. ¡Me habéis ayudado a hacer brillar esta historia!

A Britt. «Piensa rollo pitón, no rollo serpiente de jardín». Tú ya me entiendes. Gracias por ser una gran diseñadora y una gran amiga.

A Christa, Madison y al resto del equipo de Bloom. ¡Me parece increíble que ya vayamos por el quinto libro de la serie! Me hace muy feliz ver mis libros en tiendas de todo el mundo, y esto no sería posible sin vosotros.

A Kimberly, Aimee, Joy y al resto del equipo de Park, Fine and Brower. Estoy enormemente agradecida de teneros a mi lado. ¡Sois unos *cracks*!

A Jess. ¡Gracias por trabajar con tanto ahínco! Lograste que la semana de publicación fuese sobre ruedas. De no ser por ti, no podría hacer ni la mitad de lo que hago.

A mis lectoras. Ha sido increíble ver lo ilusionadas que estabais con *Rey de la envidia*. Gracias por apoyarme a lo largo de los años. Sois las mejores lectoras que podría pedir, de verdad. Poder formar parte de esta comunidad junto con todas vosotras es un honor para mí.

Con amor,

Ana

Contacta con Ana Huang

Grupo de lectoras: facebook.com/groups/anastwistedsquad
Página web: anahuang.com
BookBub: bookbub.com/profile/ana-huang
Instagram: instagram.com/authoranahuang
TikTok: tiktok.com/@authoranahuang
Goodreads: goodreads.com/authoranahuang

Notas

Capítulo 32

1. Nombre oficial del juego, también en español, cuya traducción sería «Gatitos explosivos». [N. de la T.].

Rey de la envidia
Ana Huang

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

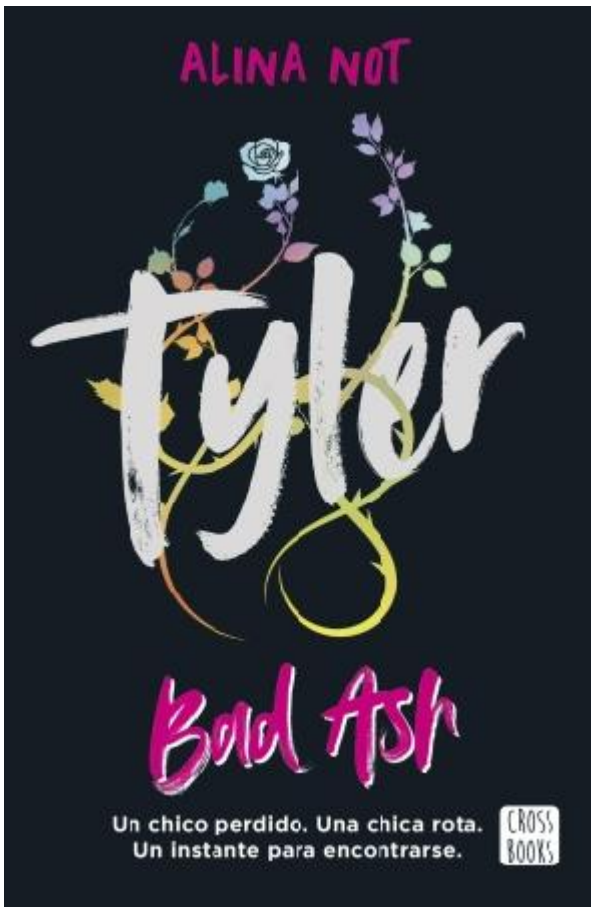
Título original: *King of Envy*
© del texto: Ana Huang, 2025
© de la traducción: Mariona Gastó, 2025
© del diseño de cubierta: Cat/TRC Designs
© Ilustraciones de la cubierta y de interior: Shutterstock

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30866-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Tyler. Piezas rotas

Not, Alina

9788408306399

624

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un chico perdido. Una chica rota. Un instante para encontrarse.

Tyler Sparks siempre se ha sentido perdido, pero ahora, con el corazón hecho pedazos y desterrado al olvido por su mejor amigo, lo está más que nunca. Tras un año complicado, tiene muy claro que lo que de verdad necesita es mantenerse alejado de los problemas, conseguir ese trabajo al que aspira, poner en orden su vida y tratar de arreglar lo que rompió. Lo último que quiere es que un encuentro fugaz lo arrastre al caos.

Sue Morrison está tan rota que no duda de que jamás llegó a estar entera, y quizá por eso se ha acostumbrado a convivir con el desastre: ese que arrastra a cada paso. Pero, cuando la situación se complica y escapa por completo a su control, solo hay una persona a la que pueda acudir para pedir ayuda: aquel chico de una noche cualquiera al que ni siquiera quería volver a ver.

Los dos tienen claro que no quieren enredarse en nada complicado, y menos el uno con el otro. Pero ¿y si la tentación es demasiado fuerte? ¿Qué pasa si caer en ella se vuelve adictivo?

Cuando un chico perdido y una chica rota se cruzan, ¿será posible encontrarse a mitad de camino?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



No le dejes entrar

Jewell, Lisa

9788408308638

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¡Descubre el thriller más trepidante de Lisa Jewell!

Es el **hombre perfecto**.

Te dice que **te ama**.

Crees que es **tu media naranja**.

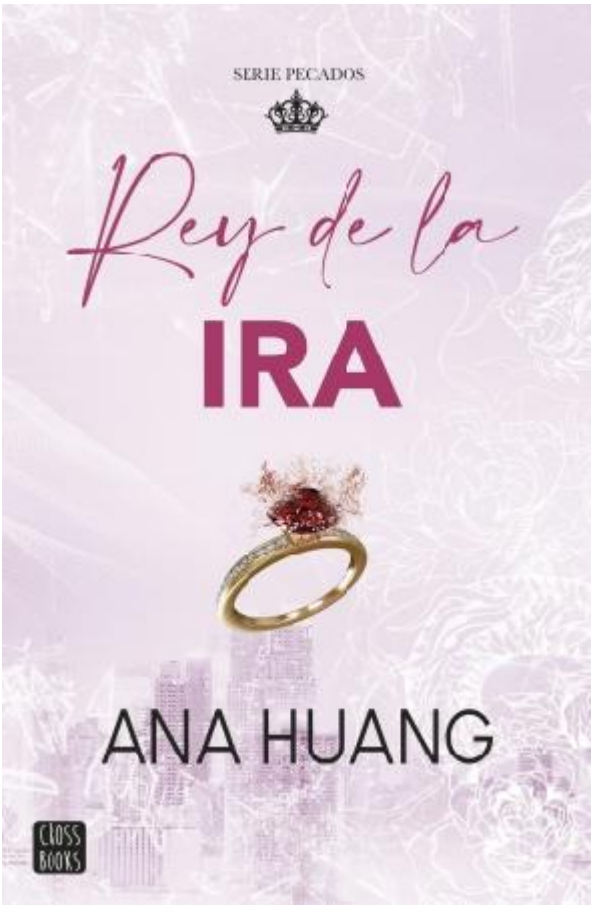
En poco tiempo, **se ha instalado** en **tu corazón** y en **tu casa**.

Y luego se va durante días. No sabes adónde ha ido ni con quién está.

Pronto te das cuenta de que, si pudieras volver el tiempo atrás, te dirías a ti misma: **no le dejes entrar.**

«**«Apasionante. Impactante. Magistral.»** FREIDA McFADDEN, autora de *La asistenta*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pecados 1. Rey de la ira

Huang, Ana
9788408290520
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Déjate tentar por la nueva serie Pecados de Ana Huang.

Ella es la esposa que él nunca quiso… y la debilidad que no vio venir.

Implacable. Meticuloso. Arrogante.

Nada escapa al control del multimillonario Dante Russo, ya sea en su trabajo o en su vida.

Nunca planeó casarse… pero el chantaje lo obliga a **comprometerse con Vivian Lau**, la heredera de un imperio de la joyería e hija de su mayor enemigo.

No le importa lo **hermosa o encantadora** que sea. Hará todo lo que esté en su mano para liberarse de la **extorsión y de su compromiso**.

El único problema es que **ahora que la tiene, no quiere dejarla ir.**

Elegante. Ambiciosa. Cortés.

Vivian Lau es la **hija perfecta**.

Casarse con un Russo significa abrir las puertas de un mundo que ni su familia es capaz de comprar. Dante está lejos de ser el marido que ella imaginaba para sí, pero el deber es más fuerte que cualquiera de sus deseos.

Ansiar su tacto nunca fue parte del plan...

Y enamorarse de su futuro marido, tampoco.

- Matrimonio de conveniencia
- *Fake dating*

- *Enemies to lovers*
- Proximidad forzada
- Billonarios
- *Spicy*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Secretos y mentiras 2. Mentiras que arden

Han, Jenny
9788408308683
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Continúa la trilogía de misterio de la autora de El verano en que me enamoré

Lillia, Kat y Mary tenían el plan perfecto: conspirar para **vengarse** de quienes les hicieron daño. Pero las cosas no salieron como esperaban en el **baile de bienvenida**.

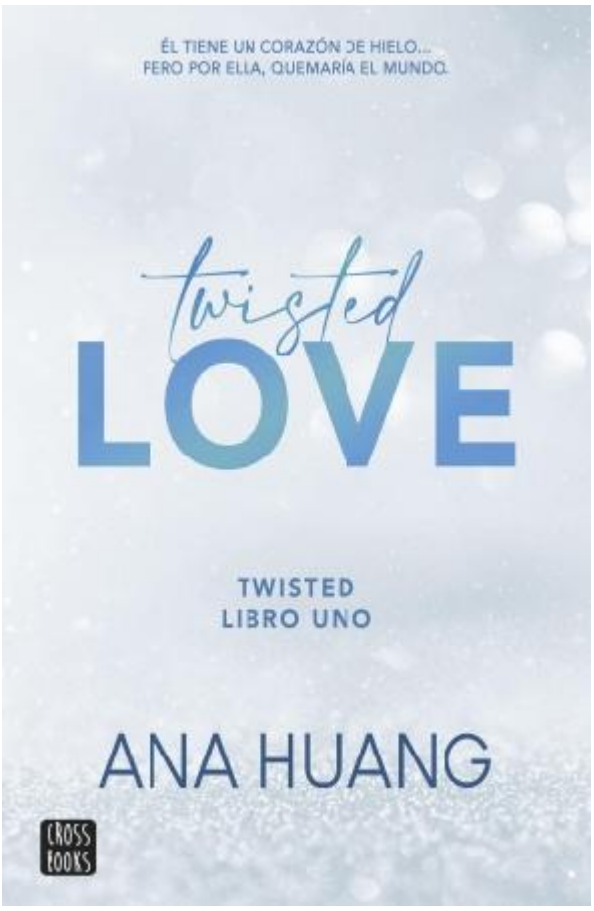
Solo les queda seguir adelante y **recomponerse**, **olvidar** que alguna vez hubo un pacto. Pero no es fácil, no cuando **Reeve** sigue siendo un completo imbécil y **Rennie** es más cruel que nunca.

Y por otro lado, **Mary... algo anda muy mal con ella**. Si no puede **controlar su ira**, está segura de que alguien saldrá herido, aún más que Reeve.

Ojo por ojo, diente por diente, corazón roto por corazón roto. La única forma de que Reeve aprenda es destrozar su corazón, y Lillia se encargará de ello.

Una vez se prende el fuego, lo único que se puede hacer es dejar que arda...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana

9788408263142

384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

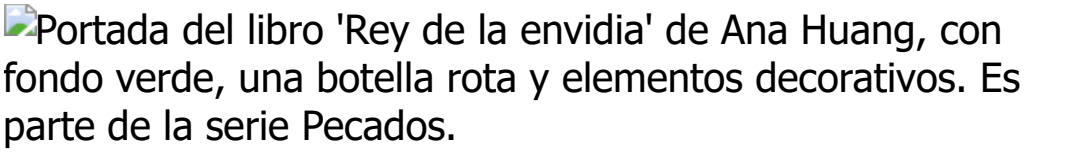
Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.... Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos… A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!» **kay_entreletras**

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro 'Rey de la envidia' de Ana Huang, con fondo verde, una botella rota y elementos decorativos. Es parte de la serie Pecados.